# Taschenbuch

für

Freunde der Poesie des Südens.

Erstes.

Berlin,
bei Julius Eduard Hitzig.

Bei dem Beginn meiner mit dem dritten Bändchen nunmehr vollendeten Ausgabe der Fiabe des Gozzi versprach ich, wenn dies Unternehmen nicht ungünstig aufgenommen werden würde, den Freunden italienischer, spanischer und anderer südlichen Poesie nach und nach mehrere in Deutschland schwer zu findende Meisterwerke jener Dichtkunst in ähnlichen Abdrücken zu liefern, und es freut mich, meine Zusage so bald erfüllen zu können.

Die Numancia des Cervantes, die das gegenwärtige Taschenbuch einnimmt, dem in Frisen, die von der Unterstützung des Publikums abhangen werden, Fortsetzungen folgen sollen, »ein (wie Bouterwek in seiner Geschichte der spanischen Poesie und Beredsamkeit S. 354. mit Recht bemerkt) herrliches und, wie der Don Quixote, in seiner Art einziges Werk« wird, wie ich mir schmeichle, um so willkommener erscheinen, da sie selbst den mit dem Dichter derselben Vertrauteren, wegen der großen Seltenheit des Originals, in der Regel unbekannt zu sein pflegt. Die Mittheilung dieses Originals (in der Ausgabe des Don Antonio de Sancha Madrid 1784) so wie die sinnreiche Berichtigung vieler darin mangelhaft abgedruckten Stellen, und eine treu mir bei dem Correcturgeschäfte geleistete Hülfe, verdank ich der Güte des Herrn Karl von Winterfeld, eine feinen Kenners der spanischen Sprache und Literatur

# LA NÚMANCIA.

TRAGEDIA

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

EDICION DE J. E. HITZIG.

Ex Biblioth.
Universitatis
Frider. Guil.
Berolin.

14

# LA NUMANCIA,

## TRAGEDIA

DE

## MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

# JORNADA I.

## INTERLOCUTORES.

CIPION, JUGURTA, GAYO MARIO, DOS EMBAXADORES DE NUMANCIA, SOLDADOS ROMANOS, QUINTO FABIO MAXIMO: HERMANO DE CIPION.

## SCENA I.

(Salen CIPION y JUGURTA.)

CIPION.

Esta difícil y pesada carga
Que el senado Romano me ha encargado,
Tanto me aprieta, me fatiga y carga,
Que ya sale de quicio mi cuidado:
Guerra de curso tan estraño y larga,
Y que tantos Romanos ha costado,
Quien no estará suspenso al acabarla,
O quien no temerá de renovarla?

JUGURTA.

Quien, Cipion? quien tiene la ventura
Y el valor nunca visto, que en ti encierras,
Pues con ella y con él está segura
La victoria y el triunfo destas guerras.

CIPION.

El esfuerzo regido con cordura
Allana al suelo las mas altas sierras
Y la fuerza feroz de loca mano
Aspero vuelve lo que está mas llano:
Mas no hay que reprimir, á lo que veo,
La furia del exercito presente,
Que olvidado de gloria y de trofeo
Yace embebido en la lascivia ardiente:
Esto solo pretendo, esto deseo,
Volver á nuevo trato á nuestra gente,
Que enmendado primero el que es amigo,
Sujetaré mas presto al enemigo.
Mario?

(Sale GAYO MARIO.)

GAYO MARIO.

Señor?

CIPION.

Haz que á noticia venga
De todo nuestro exercito en un punto,
Que sin que estorbo alguno le detenga
Parezca en este sitio todo junto,
Porque una breve platica ó arenga
Les quiero hacer.

GAYO MARIO.

Harélo en este punto.

CIPION.

Camina, porque es bien que sepan todos
Mis nuevas trazas y sus viejos modos.

(Vase GAYO MARIO.)

JUGURTA.

Séte decir, señor, que no hay soldado
Que no te tema juntamente y te ame;
Y porque ese valor tuyo extremado
De Antartico á Calisto se derrame,
Cada qual con feroz ánimo osado,
Quando la trompa á la ocasion le llame,
Piensa de hacer en tu servicio cosas
Que pasen las hazañas fabulosas.

CIPION.

Primero es menester que se refrene
El vicio que entre todos se derrama,
Que si esto no se quita, en nada tiene
Con ellos que hacer la buena fama:
Si este daño comun no se previene,
Y se dexa arraigar su ardiente llama,
El vicio solo puede hacernos guerra
Mas que los enemigos desta tierra.

(Dentro se echa este bando, habiendo primero tocado á recoger el atambor.)

Manda nuestro General
Que se recojan armados
Luego todos los soldados
En la plaza principal,
Y que ninguno no quede
De parecer á esta vista,
So pena que de la lista
Al punto borrado quede.

JUGURTA.

No dudo yo, señor, sino que importa
Regir con duro freno la milicia,

Y que se dé al soldado rienda corta
Quando él se precipita en la injusticia:
La fuerza del exercito se acorta
Quando va sin arrimo de justicia,
Aunque mas le acompañen á montones
Mil pintadas banderas y esquadrones.

(A este punto han de entrar los mas soldados que pudieren, y Gayo Mario, armados á la antigua, sin arcabuces, y Cipion se sube sobre una peñuela que está en el tablado, y mirando á los soldados, dice.)

CIPION.

En el fiero ademan, en los lozanos
Marciales aderezos y vistosos
Bien os conozco, amigos, por Romanos:
Romanos digo, fuertes y animosos;
Mas en las blancas delicadas manos
Y en las teces de rostros tan lustrosos
Allá en Bretaña pareceis criados,
Y de padres Flamencos engendrados.
El general descuido vuestro, amigos,
El no mirar por lo que tanto os toca,
Levanta los caidos enemigos,
Y vuestro esfuerzo y opinion apoca.
Desta ciudad los muros son testigos
Que aun hoy están qual bien fundada roca,
De vuestras perezosas fuerzas vanas,
Que solo el nombre tienen de Romanas.
Pareceos, hijos, que es gentil hazaña
Que tiemble del Romano nombre el mundo,
Y que vosotros solos en España

Le aniquileis y echeis en el profundo?
Qué floxedad es esta tan extraña?
Qué floxedad? Si mal yo no me fundo,
Es floxedad nacida de pereza,
Enemiga mortal de fortaleza.
La blanda Venus con el duro Marte
Jamas hacen durable ayuntamiento:
Ella regalos sigue, él sigue el arte
Que incita á daños, y á furor sangriento:
La Cipria diosa estése agora á parte,
Dexe su hijo nuestro alojamiento:
Que mal se aloja en las marciales tiendas
Quien gusta de banquetes y meriendas.
Pensais que solo atierra la muralla
El ariete de ferrada punta,
Y que solo atropella la batalla
La multitud de gente y armas junta?
Si el esfuerzo y cordura no se halla
Que todo lo previene y lo barrunta,
Poco aprovechan muchos esquadrones
Y menos infinitas municiones.
Si á militar concierto se reduce
Qualquier pequeño exercito que sea,
Vereis que como sol claro reluce,
Y alcanza las victorias que desea:
Pero si a floxedad él se conduce,
Aunque abreviado el mundo en él se vea,
En un momento quedará deshecho
Por mas reglada mano y fuerte pecho.
Avergüenceos, varones esforzados,
Ver que á nuestro pesar con arrogancia
Tan pocos Españoles y encerrados

Defiendan este nido de Numancia.
Diez y seis años son y mas pasados,
Que mantienen la guerra y la jactancia
De haber vencido con feroces manos
Millares de millares de Romanos.
Vosotros os venceis, que estais vencidos
Del baxo antojo femenil liviano,
Con Venus y con Baco entretenidos,
Sin que á las armas extendais la mano.
Correos agora, sino estais corridos,
De ver que este pequeño pueblo Hispano
Contra el poder Romano se defienda,
Y quando mas rendido, mas ofenda.
De nuestro campo quiero en todo caso
Que salgan las infames meretrices,
Que de ser reducidos á este paso
Ellas solas han sido las raices;
Para beber no quede mas de un vaso,
Y los lechos un tiempo ya felices,
Llenos de concubinas, se deshagan,
Y de fagina y en el suelo se hagan.
No me huela el soldado á otros olores,
Que al olor de la pez y la resina,
Ni por gulosidad de los sabores
Traiga aparato alguno de cocina,
Que el que busca en la guerra estos primores,
Muy mal podrá sufrir la corazina:
No quiero otro primor ni otra fragrancia
En tanto que Español viva en Numancia.
No os parezca, varones, escabroso
Ni duro este mi justo mandamiento.
Que al fin conocereis ser provechoso,

Quando aquel consigais de vuestro intento.
Bien sé se os ha de hacer dificultoso
Dar á vuestras costumbres nuevo asiento:
Mas sino las mudais, estará firme
La guerra, que esta afrenta mas confirme.
En blandas camas, entre juego y vino
Hallase mal el trabajoso Marte:
Otro aparejo busca, otro camino.
Otros brazos levantan su estandarte;
Cada qual se fabrica su destino;
No tiene aqui fortuna alguna parte;
La pereza fortuna baxa cria,
La diligencia imperio y monarquia.
Estoy con todo esto tan seguro
De que al fin mostrareis que sois Romanos,
Que tengo en nada el defendido muro
Destos rebeldes barbaros Hispanos,
Y asi os prometo por mi diestra y juro
Que si igualais al ánimo las manos,
Que las mias se alarguen en pagaros
Y mi lengua tambien en alabaros.

(Miranse los soldados unos á otros, y hacen señas á uno de ellos, Gayo Mario, que responda par todos, y asi dice.)

GAYO MARIO.

Si con atentos ojos has mirado,
Inclito General, en los semblantes
Que á tus breves razones han mostrado
Los que tienes agora circunstantes,
Qual habreis visto sin color, turbado,
Y qual con ella, indicios bien bastantes

De que el temor y la vergüenza á una
Los allige, molesta é importuna:
Vergüenza de mirarse reducidos
A terminos tan baxos, por su culpa,
Que viendo ser por ti reprehendidos
No saben á su falta hallar disculpa:
Temor de tantos yerros cometidos:
Y la torpe pereza que los culpa,
Los tiene de tal modo, que se holgaran
Antes morir que en esto se hallaran.
Pero el lugar y tiempo que les queda
Para mostrar alguna recompensa,
Es causa que con menos fuerza pueda
Fatigar el rigor de tal ofensa:
De hoy mas, con presta voluntad y leda
El mas mínimo de éstos cuida y piensa
De ofrecer sus reves á tu servicio
La hacienda, vida y honra en sacrificio.
Admite pues de sus intentos sanos
El justo ofrecimiento, señor mio,
Y considera al fin que son Romanos,
En quien nunca faltó del todo el brio.
Vos otros levantad las diestras manos,
En señas que aprobais el voto mio.

SOLDADOS.

Todo lo que aquí has dicho confirmamos
Y lo juramos todos.

TODOS.

Si juramos.

CIPION.

Pues arrimada a tal ofreciniento
Crecerá deste hoy mas mi confianza,

Creciendo en vuestros pechos ardimiento,
Y del viejo vivir nueva mudanza:
Vuestras promesas no se lleve el viento,
Hacedlas verdaderas con la lanza,
Que las mias saldrán tan verdaderas
Quanto fuere el valor de vuestras veras.

SOLDADO.

Dos Numantinos con severo vienen
A darte, Cipion, una embaxada.

CIPION.

Porqué no llegan ya? en qué se detienen?

SOLDADO.

Esperan que licencia les sea dada.

CIPION.

Si son Embaxadores, ya la tienen.

SOLDADO.

Embaxadores son.

CIPION.

Dales entrada,
Que aunque descubra cierto ó falso pecho
El enemigo, siempre es de provecho.
Jamas la falsedad vino cubierta
Tanto con la verdad, que no mostrase
Algun pequeño indicio, alguna puerta
Por donde su maldad se investigase:
Oir al enemigo es cosa cierta
Que siempre aprovechó, antes que dañase,
Y en las cosas de guerra la experiencia
Muestra que lo que digo, es cierta ciencia.

(Entran dos Embaxadores Numantinos,
Primero y Segundo.)

PRIMERO.

Si nos das, buen señor, grata licencia
De decir la embaxada que traemos,
Do estamos, ó ante sola tu presencia,
Todo á lo que venimos te diremos.

CIPION.

Decid, que á donde quiera doy audiencia.

PRIMERO.

Pues con ese seguro que tenemos,
De tu real grandeza concedido,
Daré principio á lo que soy venido.
Numancia, de quien yo soy ciudadano,
Inclito General, á ti me envia
Como al mas fuerte Cipion Romano,
Que ha cubierto la noche, ó visto el dia,
A pedirte, señor, la amiga mano
En señal de que cesa la porfia
Tan trabada y cruel de tantos años,
Que ha causado sus propios y tus daños.
Dice que nunca de la ley y fueros,
Del Romano senado se apartára,
Si el insufrible mando y desafueros
De un consul y otro no la fatigára:
Ellos con duros estatutos fieros
Y con su estrecha condicion avara
Pusieron tan gran yugo á nuestros cuellos,
Que forzados salimos dél y de ellos;
Y en todo el largo tiempo que ha durado
Entre ambas partes la contienda, es cierto
Que ningun General hemos hallado
Con quien poder tratar de algun concierto
Empero agora, que ha querido el hado

Reducir nuestra nave a tan buen puerto,
Las velas de la guerra recogemos,
Y a qualquiera partido nos ponemos.
Y no imagines que temor nos lleva
A pedirte las paces con instancia,
Pues la larga experiencia ha dado prueba
Del poder valeroso de Numancia:
Tu virtud y valor es quien nos ceba,
Y nos declara que será ganancia
Mayor de quantas desear podremos,
Si por señor y amigo te tenemos.
A esto ha sido la venida nuestra:
Respondenos, señor, lo que te place.

CIPION.

Tarde de arrepentidos dais la muestra,
Poco vuestra amistad me satisface,
De nuevo exercitad la fuerte diestra,
Que quiero ver lo que la mia hace,
Ya que ha puesto en ella la ventura
La gloria mia y vuestra desventura:
A desvergüenza de tan largos años
Es poca recompensa pedir paces:
Seguid la guerra, renovad los daños,
Salgan de nuevo las valientes haces.

EMBAXADOR SEGUNDO.

La falsa confianza mil engaños
Consigo trae: advierte lo que haces,
Señor, que esa arrogancia que nos muestras,
Renovará el valor en nuestras diestras;
Y pues niegas la paz, que con buen zelo
Te ha sido por nosotros demandada,
De hoy mas la causa nuestra con el cielo

Quedará por mejor calificada,
Y antes que pises de Numancia el suelo,
Probarás do se extiende la indignada
Furia de aquel que siendote enemigo,
Quiere serte vasallo y fiel amigo.

CIPION.

Teneis mas que decir?

PRIMERO.

No: mas tenemos
Que hacer, pues tú, señor, ansi lo quieres,
Sin querer la amistad que te ofrecemos,
Correspondiendo mal á ser quien eres.
Pero entonces verás lo que podemos,
Quando nos muestres tú lo que pudieres:
Que es una cosa razonar de paces,
Y otra romper por las armadas haces.

CIPION.

Verdád dices, y ansi para mostraros
Si sé tratar en paz y obrar en guerra,
No quiero por amigos aceptaros,
Ni lo seré jamas de vuestra tierra,
Y con esto podeis luego tornaros.

SEGUNDO.

Que en esto tu querer, señor, se encierra?

CIPION.

Ya he dicho que sí.

SEGUNDO.

Pues sús al hecho:
Que guerras ama el Numantino pecho.

(Salense los Embaxadores, y QUINTO FABIO, hermano de Cipion dice.)

El descuido pasado nuestro ha sido

El que os hace hablar de aquesa suerte:
Mas ya ha llegado el tiempo, ya es venido,
Do vereis nuestra gloria y vuestra muerte.

CIPION.

El vano blasonar no es admitido
De pecho valeroso, honrado y fuerte,
Templa las amenazas, Fabio, y calla,
Y tu valor descubre en la batalla,
Aunque yo pienso hacer que el Numantino
Nunca á las manos con nosotros venga,
Buscando de vencerle tal camino
Que mas á mi provecho le convenga:
Yo haré que abaxe el brio y pierda el tino,
Y que en si mesmo su furor detenga.
Pienso de un hondo foso rodeallos,
Y por hambre insufrible subjetallos:
No quiero ya que sangre de Romanos
Colore mas el suelo desta tierra:
Basta la que han vertido estos Hispanos
En tan larga, reñida y cruda guerra:
Exercitense agora vuestras manos
En romper y cabar la dura tierra,
Y cubranse de polvo los amigos
Que no lo están de sangre de enemigos:
No quede de este oficio reservado
Ninguno que le tenga preminente:
Trabaje el decurion como el soldado,
No se muestre en esto diferente:
Lo mismo tomaré el hierro pesado,
Romperé la tierra facilmente;
Haced todos qual yo, y vereis que hago
Tal obra con que á todos satisfago.

QUINTO FABIO.

Valeroso señor y hermano mio,
Bien nos muestras en esto tu cordura,
Pues fuera conocido desvario
Y temeraria muestra de locura,
Pelear contra el loco ayrado brio
Destos desesperados sin ventura:
Mejor será cercallos como dices,
Y quitarles al brio las raices.
Bien puede la ciudad toda cercarse,
Sino es la parte por do el rio la baña.

CIPION.

Vamos, y venga luego a efectuarse
Esta mi nueva poco usada hazaña,
Y si en nuestro favor quiere mostrarse
El cielo, quedará subjeta España
Al senado Romano solamente
Con vencer la soberbia de esta gente.

## SCENA II.

(Sale una doncella coronada con unas torres y trae un castillo en la mano, la qual significa España, y dice)

ESPAÑA.

Alto, sereno, y espacioso cielo,
Que con tus influencias enriqueces
La parte que es mayor deste mi suelo,
Y sobre muchos otros le engrandeces,

Muev

Muevate á compasion mi amargo duelo,
Y pues al afligido favoreces,
Favoreceme á mi en ansia tamaña,
Que soy la sola desdichada España.
Bastete ya que un tiempo me tuviste
Todos mis fuertes miembros abrasados,
Y al sol por mis entrañas descubriste
El reyno escuro de los condenados:
A mil tiranos, mil riquezas diste,
A Fenices y Griegos entregados
Mis reynos fueron, porque tú has querido,
O porque mi maldad lo ha merecido.
Será posible que contino sea
Esclava de naciones estrangeras,
Y que un pequeño tiempo yo no vea
De libertad, tendidas mis banderas?
Con justisimo titulo se emplea
En mí el rigor de tantas penas fieras,
Pues mis famosos hijos y valientes
Andan entre sí mesmos diferentes.
Jamas en su provecho concertaron
Los divididos ánimos briosos,
Antes entonces mas los apartaron
Quando se vieron mas menesterosos;
Y ansi con sus discordias convidaron
Los bárbaros de pechos codiciosos
A venir y entregarse en mis riquezas,
Usando en mí y en ellos mil crueзas.
Sola Numancia es la que sola ha sido
Quien la luciente espada sacó fuera,
Y á costa de su sangre ha mantenido
La amada libertad suya primera:

Mas ay! que veo el termino cumplido,
Y llegada la hora postrimera,
Do acabará su vida y no su fama,
Qual Fenix renovandose en la llama!
Estos tan muchos timidos Romanos,
Que buscan de vencer cien mil caminos,
Rehuyen de venir mas á las manos
Con los pocos valientes Numantinos.
O si saliesen sus intentos vanos,
Y fuesen sus quimeras desatinos,
Y esta pequeña tierra de Numancia
Sacase de su pérdida ganancia!
Mas ay! que el enemigo la ha cercado
No solo con las armas contrapuestas
Al flaco muro suyo, mas ha obrado
Con diligencia estraña y manos prestas,
Que un foso por la márgen trincheado
Rodea la ciudad por llano y cuestas;
Sola la parte, por do el rio se extiende,
De este ardid nunca visto se defiende.
Ansi están encogidos y encerrados
Los tristes Numantinos en sus muros;
Ni ellos pueden salir ni ser entrados,
Y están de los asaltos bien seguros;
Pero en solo mirar que están privados
De exercitar sus fuertes brazos duros,
Con horrendos acentos y feroces
La guerra piden ó la muerte á voces.
Y pues sola la parte por do corre
Y toca á la ciudad el ancho Duero,
Es aquella que ayuda y que socorre
En algo al Numantino prisionero,

Antes que alguna máquina ó gran torre
En sus aguas se funde, rogar quiero
Al caudaloso conocido rio,
En lo que puede ayude el pueblo mio.
Duero gentil, que con torcidas vueltas
Humedeces gran parte de mi seno,
Ansi en tus aguas siempre veas envueltas
Arenas de oro qual el Tajo ameno,
Y ansi las ninfas fugitivas sueltas,
De que está el verde prado y bosque lleno,
Vengan humildes á tus aguas claras,
Y en prestarte favor no sean avaras;
Que prestes á mis ásperos lamentos
Atento oido, ó que á escucharlas vengas,
Y aunque dexes un rato tus contentos,
Suplícote que en nada te detengas:
Si tú con tus continos crecimientos
Destos fieros Romanos no me vengas,
Cerrado veo yo qualquier camino
A la salud del pueblo Numantino.

(Sale el Rio Duero con otros muchachos vestidos de rio como él, que son tres riachuelos que entran en Duero.)

DUERO.

Madre y querida España, rato habia
Que hirieron mis oidos tus querellas,
Y si en salir acá me detenia
Fue por no poder dar remedio á ellas.
El fatal, miserable y triste dia
Segun el disponer de las estrellas
Se llega á Numancia, y cierto temo

Que no hay dar medio á su dolor extremo.
Con Orvion, Minuesa y tambien Tera
Cuyas aguas las mias acrecientan,
He llenado mi seno en tal manera,
Que los usados margenes rebientan;
Mas sin temor de mi veloz carrera,
Qual si fuera un arroyo, veo que intentan
De hacer lo que tú, España, nunca veas,
Sobre mis aguas, torres y trincheas.
Mas ya que el revolver del duro hado
Tenga el último fin estatuido
Deste tu pueblo Numantino amado,
Pues á términos tales ha venido,
Un consuelo le queda en este estado,
Que no podrán las sombras del olvido
Escurecer el sol de sus hazañas,
En toda edad temidas por estrañas.
Y puesto que el feroz Romano tiende
El paso agora por tu fertil suelo,
Y que te oprime aqui, y alli te ofende
Con arrogante y ambicioso zelo,
Tiempo vendrá, segun que ansi lo entiende
El saber que á Proteo ha dado el cielo,
Que esos Romanos sean oprimidos
Por los que agora tienen abatidos.
De remotas naciones venir veo
Gentes que habitarán tu dulce seno
Despues que como quieren tu deseo
Habrán á los Romanos puesto freno:
Godos serán, que con vistoso arreo,
Dexando de su fama al mundo lleno,
Vendrán á recogerse en tus entrañas

Dando de nuevo vida á sus hazañas.
Estas injurias vengará la mano
Del fiero Atila en tiempos venideros,
Poniendo al pueblo tan feroz Romano
Sujeto á obedecer todos sus fueros;
Y portillos abriendo en Vaticano,
Tus bravos hijos y otros estrangeros
Harán que para huir vuelva la planta
El gran Piloto de la nave santa.
Y tambien vendrá tiempo en que se mire
Estar blandiendo el Español cuchillo
Sobre el cuello Romano, y que respire
Solo por la bondad de su caudillo
El grande Albano: hará que se retire
El Español exercito, sencillo
No de valor, sino de poca gente,
Que iguala al mayor numero en valiente.
Y quando fuere ya mas conocido
El propio hacedor de tierra y cielo,
Aquel que ha de quedar estatuido
Por visorrey de Dios en todo el suelo,
A tus Reyes dará tal apellido,
Qual viere que mas quadra con su zelo:
Catolicos serán llamados todos,
Succesion digna de los fuertes Godos.
Pero el que mas levantará la mano
En honra tuya y general contento,
Haciendo que el valor del nombre Hispano
Tenga entre todos el mejor asiento,
Un Rey será, de cuyo intento sano
Grandes cosas me muestra el pensamiento;
Será llamado, siendo suyo el mundo,

El segundo Filipo sin segundo.
Debaxo deste imperio tan dichoso
Serán á una corona reducidos
Por bien universal y tu reposo
Tres reynos hasta entonces divididos:
El giron Lusitano tan famoso
Que un tiempo se cortó de los vestidos
De la ilustre Castilla, ha de zurcirse
De nuevo, y á su estado antiguo unirse.
Qué envidia, y qué temor, España amada,
Te tendrán las naciones estrangeras,
En quien tu teñirás tu aguda espada,
Y tenderás triunfando tus banderas!
Sirvate esto de alivio en la pesada
Ocasion, por quien lloras tan de veras,
Pues no puede faltar lo que ordenado
Ya tiene de Numancia el duro hado.

ESPAÑA.

Tus razones alivio han dado en parte,
Famoso Duero, á las pasiones mias,
Solo porque imagino que no hay parte
De engaño alguno en estas profecias.

DUERO.

Bien puedes de eso, España, asegurarte,
Puesto que tarden tan dichosos dias,
Y á Dios, porque me esperan ya mis Ninfas.

ESPAÑA.

El cielo aumente tus sabrosas linfas.

# JORNADA II.

## SCENA I.

### INTERLOCUTORES.

TROGENES y CORABINO, con otros quatro Numantinos, Gobernadores de Numancia, y MARQUINO, hechicero, y un cuerpo muerto, que saldrá á su tiempo. Sientanse á consejo, y los quatro Numantinos que no tienen nombres, se señalan así: Primero, Segundo, Tercero, Quarto.

TROGENES.

Pareceme, varones esforzados,
Que en nuestros daños con rigor influyen
Los tristes signos y contrarios hados,
Pues nuestra fuerza y maña disminuyen:
Tienennos los Romanos encerrados,
Y con cobardes mañas nos destruyen,
Ni con matar muriendo no hay vengarnos,
Ni podemos sin alas escaparnos.

Y no solo á vencernos se despiertan
Los que habemos vencido veces tantas,
Que tambien Españoles se conciertan
Con ellos á segar nuestras gargantas.
Tan gran maldad los cielos no consientan;
Con rayos hieran las ligeras plantas
Que se mueven en daño del amigo,
Favoreciendo al perfido enemigo.
Mirad si imaginais algun remedio
Para salir de tanta desventura,
Porque este largo y trabajoso asedio
Solo promete presta sepultura;
El ancho foso nos estorva el medio
De probar con las armas la ventura,
Aunque á veces valientes, fuertes brazos
Rompen mil contrapuestos embarazos.

CORABINO.

A Jupiter pluguiera soberano
Que nuestra juventud sola se viera
Con todo el bravo exercito Romano
A donde el brazo rodear pudiera!
Que alli al valor de la Española mano
La misma muerte poco estorvo fuera
Para dexar de abrir ancho camino
A la salud del pueblo Numantino.
Mas pues en tales terminos nos vemos,
Que estamos como damas encerrados,
Hagamos todo quanto hacer podremos,
Para mostrar los ánimos osados:
A nuestros enemigos convidemos
A singular batalla, que cansados
De este cerco tan largo, ser podria

Quisiesen acabarle por tal via.
Y quando este remedio no suceda
A la justa medida del deseo,
Otro camino de intentar nos queda,
Aunque mas trabajoso á lo que creo:
Este foso y muralla que nos veda
El paso al enemigo que allí veo,
En un tropel de noche le rompamos,
Y por ayuda á los amigos vamos.

NUMANTINO PRIMERO.

O sea por el foso ó por la muerte
De abrir tenemos paso á nuestra vida:
Que es dolor insufrible el de la muerte,
Si llega quando mas vive la vida;
Remedio á las miserias es la muerte,
Si se acrecientan ellas con la vida,
Y suele tanto mas ser excelente,
Quanto se muere mas honradamente.

SEGUNDO.

Con qué mas honra pueden apartarse
De nuestros cuerpos estas almas nuestras
Que en las Romanas armas arrojarse
Y en su daño mover las fuertes diestras?
En la ciudad podrá muy bien quedarse
Quien gusta de cobarde dar las muestras:
Que yo mi gusto pongo en quedar muerto
En el cerrado foso ó campo abierto.

TERCERO.

Esta insufrible hambre macilenta
Que tanto nos persigue y nos rodea,
Hace que en vuestro parecer consienta,
Puesto que temerario y duro sea,

Muriendo escusaremos tanta afrenta:
Mas quien morir de hambre no desea,
Arrojese conmigo al foso, y haga
Camino á su remedio con la daga.

QUARTO.

Primero que vengais al trance duro
Desta resolucion que habeis tomado,
Pareceme ser bien, que desde el muro
Nuestro fiero enemigo sea avisado,
Diciendole que dé campo seguro
A un Numantino, y otro su soldado,
Y que la muerte de uno sea sentencia
Que acabe nuestra antigua diferencia.
Son los Romanos tan soberbia gente,
Que luego aceptarán este partido,
Y si lo aceptan, creo firmemente
Que nuestro amargo daño ha fenecido,
Pues está Corabino aqui presente,
Cuyo valor me tiene persuadido
Que él solo contra tres bravos Romanos
Quitará la victoria de las manos.
Tambien será acertado, que Marquino,
Pues es un agorero tan famoso,
Mire qué estrella, qué planeta ó signo
Nos amenaza muerte, ó fin honroso,
Y si puede hallar algun camino
Que nos pueda mostrar si del dudoso
Cerco cruel, do estamos oprimidos,
Saldremos vencedores ó vencidos.
Tambien primero encargo que se haga
A Jupiter solene sacrificio,
De quien podremos esperar la paga

Harto mayor que nuestro beneficio;
Curese luego la profunda llaga
Del arraigado acostumbrado vicio,
Quiza con esto mudará de intento
El hado esquivo, y nos dará contento.
Para morir jamas le falta tiempo
Al que quiere morir desesperado:
Siempre seremos á sazon y á tiempo
Para mostrar muriendo el pecho osado.
Mas porque no se pase en valde el tiempo,
Mirad si os quadra lo que aqui he ordenado,
Y sino os pareciere, dad un modo
Que mejor venga, y que convenga á todo.

MARQUINO.

Esa razon que muestran tus razones
Es aprobada del intento mio,
Hagause sacrificios y oblaciones,
Y pongase en efeto el desafio:
Que yo no perderé las ocasiones
De mostrar de mi ciencia el poderio:
Yo sacaré del hondo centro escuro
Quien nos declare el bien ó el mal futuro.

TROGENES.

Yo desde aqui me ofrezco, si os parece
Que puede de mi esfuerzo algo hacerse,
De salir á este duelo que se ofrece,
Si por ventura viene á efectuarse.

CORABINO.

Mas honra tu valor raro merece,
Bien pueden de tu esfuerzo confiarse
Mas dificiles cosas y mayores,
Por ser el que es mejor de los mejores;

Y pues tu ocupas el lugar primero
De la honra y valor con causa justa,
Yo que en todo me cuento por postrero,
Quiero ser el Haraldo desta justa.

PRIMERO.

Pues yo con todo el pueblo me prefiero
Hacer de lo que Jupiter mas gusta,
Que son los sacrificios y oraciones,
Si van con enmendados corazones.

SEGUNDO.

Vamonos, y con presta diligencia
Hagamos quanto aqui propuesto habemos,
Antes que la pestifera dolencia
De la hambre nos ponga en los extremos.

TERCERO.

Si tiene el cielo dada la sentencia
De que en este rigor fiero acabemos,
Revoquela, si acaso lo merece
La justa enmienda que Numancia ofrece.

## SCENA II.

(Salen primero dos soldados Numantinos, MORANDRO y LEONCIO.

LEONCIO.

Morandro amigo, á do vas,
O hácia do mueves el pie?

MORANDRO.

Si yo mismo no lo sé,
Tampoco tu lo sabras.

LEONCIO.

Cómo te saca de seso
Tu amoroso pensamiento?

MORANDRO.

Antes despues que lo siento
Tengo mas razon y peso.

LEONCIO.

Eso ya está averiguado
Que el que sirviere al amor,
Ha de ser por su dolor
Con razon muy mas pesado.

MORANDRO.

De malicia ó de agudeza
No escapa lo que dixiste.

LEONCIO.

Tu mi agudeza entendiste,
Mas yo entiendo tu simpleza.

MORANDRO.

Qué, soy simple en querer bien?

LEONCIO.

Si, si ya el querer no se mide.
Como la razon lo pide,
Con quando, como y a quien.

MORANDRO.

Reglas quieres pon r á amor?

LEONCIO.

La razon puede ponellas

MORANDRO.

Razonables serán ellas,
Mas no de mucho primor.

LEONCIO.

En la amorosa porfia
A razon no hay conocella.

MORANDRO.

Amor no va contra ella,
Aunque de ella se desvia.

LEONCIO.

No es ya contra la razon,
Siendo tú tan buen soldado,
Andar tan enamorado
En esta estrecha ocasion?
A tiempo que del dios Marte
Has de pedir el favor,
Te entretienes con amor,
Que mil blandezas reparte?
Ves la patria consumida,
Y de enemigos cercada,
Y tu memoria turbada
Por amor de ella se olvida?

MORANDRO.

En ira mi pecho se arde
Por verte hablar sin cordura:
Hizo el amor por ventura
A ningun pecho cobarde?
Dexo ya la centinela
Por ir donde está mi dama?
O estoy durmiendo en la cama
Quando mi capitan vela?
Hasme tu visto faltar
De lo que debo á mi oficio,
Por algun regalo ó vicio,
Ni menos por bien amar?

Y si nada me has hallado
De que deba dar disculpa,
Porqué me das tama culpa
De que sea enamorado?
Y si de conversacion
Me ves que ando siempre ageno,
Mete la mano en tu seno,
Verás si tengo razon.
No sabes los muchos años,
Que tras Lira ando perdido?
No sabes que era venido
El fin de mis tristes daños,
Porque su padre ordenaba
De darmela por muger,
Y que Lira su querer
Con el mio concertaba?
Tambien sabes que llegó
En tan dulce coyuntura
Esta fuerte guerra dura,
Por quien mi gloria cesó.
Dilatóse el casamiento
Hasta acabar esta guerra,
Porque no está nuestra tierra
Para fiestas y contento.
Mira quan poca esperanza
Puedo tener de mi gloria,
Pues está nuestra victoria
Toda en la enemiga lanza.
De la hambre fatigados,
Sin miedo de algun remedio,
Tal muralla y foso en medio,
Pocos, y esos encerrados.

Pues como veo llevar
Mis esperanzas del viento,
Ando triste y desconsiento
Ansi qual me ves andar.

LEONCIO.

Sosiega, Morandro, el pecho,
Vuelve al brio que tenias,
Quizá por ocultas vias
Se ordena nuestro provecho:
Que Jupiter soberano
Nos descubrirá camino,
Por do el pueblo Numantino
Quede libre del Romano;
Y en dulce paz y sosiego
De tu esposa gozarás,
Y las llamas templarás
Deste tu amoroso fuego,
Que para tener propicio
Al gran Jupiter tonante,
Hoy Numancia en este instante
Le quiere hacer sacrificio.
Ya el pueblo viene y se muestra
Con las victimas é incienso.
O Jupiter, padre imenso!
Mira la miseria nuestra.

(Han de salir agora dos Numantinos vestidos como sacerdotes antiguos, y traen asido de los cuernos en medio de entrambos un carnero grande, coronado de oliva o yedra, y otras flores, y un page con una fuente de plata y una toalla al hombro, otro con un jarro de plata

plata lleno de agua, otro con otro, lleno de vino, otro con otro plato de plata con un poco de incienso, otro con fuego y leña, otro que ponga una mesa con un tapete, donde se ponga todo esto, y salgan en esta scena todos los que hubiere en la comedia en hábito de Numantinos, y luego los sacerdotes, y dexando el uno el carnero de la mano, diga:)

SACERDOTE PRIMERO.

Señales ciertas de dolores ciertos
Se me han representado en el camino,
Y los canos cabellos tengo yertos.

SACERDOTE SEGUNDO.

Si a caso yo no soy mal adevino,
Nunca con bien saldremos desta impresa.
Ay desdichado pueblo Numantino!

PRIMERO.

Hagamos nuestro oficio con la priesa
Que nos incitan los agüeros tristes.

SEGUNDO.

Poned, amigos, hácia aqui esa mesa,
El vino, encienso y agua, que truxistes,
Poneldo encima, y apartaos afuera
Y arrepentios de quanto mal hicistes,
Que la oblacion mejor y la primera
Que se debe ofrecer al alto cielo,
Es alma limpia y voluntad sincera.

PRIMERO.

El fuego no le hagais, vos, en el suelo,
Que aqui viene brasero para ello,
Que assi lo pide el religioso zelo.

SEGUNDO.

Lavaos las manos, y limpiaos el cuello.

PRIMERO.

Dad acá el agua: el fuego no se enciende?

UNO.

No hay quien pueda, señores, encendello.

SEGUNDO.

O Jupiter! qué es esto que pretende
De hacer en nuestro daño el hado esquivo?
Cómo el fuego en la tea no se enciende?

UNO.

Ya parece, señor, que está algo vivo.

PRIMERO.

Quitate afuera, ó flaca llama escura,
Que dolor en mirarte ansi, recibo.
No miras como el humo se apresura
A caminar al lado del Poniente,
Y la amarilla llama mal sigura
Sus puntas encamina hácia el Oriente?
Desdichada señal, señal notoria
Que nuestro mal y daño está presente.

SEGUNDO.

Aunque lleven Romanos la victoria
De nuestra muerte, en humo ha de tornarse,
Y en llamas vivas nuestra muerte y gloria.

PRIMERO.

Pues debe con el vino rociarse
El sacro fuego, dad acá ese vino,
Y el incienso tambien que ha de quemarse.

(Rocian el fuego, y á la redonda con el vino, y luego ponen el incienso en el fuego, y dice el)

SEGUNDO.

Al bien del triste pueblo Numantino
Endereza, ó gran Jupiter, la fuerza
Propicia, del contrario amargo signo.

PRIMERO.

Ansi como este ardiente fuego fuerza
A que en humo se vaya el sacro incienso,
Ansi se haga al enemigo fuerza,
Para que en humo eterno, padre inmenso,
Todo su bien, toda su gloria vaya,
Ansi como tú puedes, y yo pienso.

SEGUNDO.

Tengan los cielos su poder á raya
Ansi como esta victima tenemos,
Y lo que ella ha de haber, él tambien haya.

PRIMERO.

Mal responde el agüero, mal podremos
Ofrecer esperanza al pueblo triste,
Para salir del mal que poseemos.

(Hagase ruido debaxo del tablado con un barril lleno de piedras, y disparese un cohete volador.)

SEGUNDO.

No oyes un ruido, amigo? viste
El rayo ardiente que pasó volando?
Presago verdadero desto fuiste.

PRIMERO

Turbado estoy, de miedo estoy temblando,
O qué señales en el ayre veo!
Qué amargo fin nos van pronosticando!
No ves un esquadron ayrado y feo

De unas aguilas fieras, que pelean
Con otras aves en marcial rodeo?

SEGUNDO.

Solo su esfuerzo y su rigor emplean
En encerrar las aves en un cabo,
Y con astucia y arte las rodean.

PRIMERO.

Tal señal vitupero, y no la alabo,
Aguilas imperiales vencedoras:
Tú verás de Numancia presto el cabo.

SEGUNDO.

Aguilas, de gran mal anunciadoras,
Partios, que ya el agüero vuestro entiendo,
Ya el efecto, contadas son las horas.

PRIMERO.

Con todo, el sacrificio hacer pretendo
Desta inocente victima, guardada
Para aplacar el dios del rostro horrendo.
O gran Pluton, á quien por suerte dada
Le fue la habitacion del reyno oscuro,
Y el mando en la infernal triste morada,
Ansi vivas en paz, cierto y seguro
De que la hija de la sacra Ceres
Corresponde á tu amor con amor puro,
Que en todo aquello, que en provecho vieres
Venir del pueblo triste que te invoca,
Lo allegues, qual se espera de quien eres;
Atapa la profunda escura boca,
Por do salen las tres fieras hermanas,
A hacernos el daño que nos toca,
Y sean de dañarnos tan livianas

(Quite algunos pelos al carnero, y echelos al ayre.)

Sus intenciones, que las lleve el viento:
Y asi como yo baño y ensangriento
Este cuchillo en esta sangre pura
Con alma limpia y limpio pensamiento,
Ansi la tierra de Numancia dura
Se bañe con la sangre de Romanos,
Y aun les sirva tambien de sepultura.

(Aqui ha de salir por los huecos del tablado un demonio hasta el medio cuerpo, y ha de arrebatar el carnero, y meterlo dentro, y tornar luego á salir, y derramar y esparcir el fuego, y todos los sacrificios.)

Mas quien me ha arrebatado de las manos
La victima? que es esto, dioses santos?
Que prodigios son estos tan insanos?
No os han enternecido ya los llantos
Deste pueblo lloroso y afligido,
Ni la sagrada voz de nuestros cantos?

SEGUNDO.

Antes creo que se han endurecido,
Qual se puede inferir de las señales
Tan fieras como aqui han acontecido;
Nuestros vivos remedios son mortales,
Toda es nuestra pereza diligencia,
Y los bienes agenos nuestros males.

UNO DEL PUEBLO.

Enfin, dado han los cielos la sentencia

De nuestro fin amargo y miserable,
No nos quiere valer ya su clemencia.

OTRO.

Lloremos pues en son tan lamentable
Nuestra desdicha, que en la edad postrera
Dél y de nuestro esfuerzo siempre se hable.
Marquino haga la experiencia entera
De todo su saber, y sepa quanto
Nos promete de mal la lastimera
Suerte, que ha vuelto nuestra risa en llanto.

(Salense todos, y quedan solos MORANDRO y LEONCIO.)

MORANDRO.

Leoncio, qué te parece?
Tendrán remedio mis males
Con estas buenas señales,
Que aqui el cielo nos ofrece?
Tendrá fin mi desventura
Quando se acabe la guerra?
Que será quando la tierra
Me sirva de sepultura?

LEONCIO.

Morandro, al que es buen soldado
Agüeros no le dan pena,
Que pone la suerte buena
En el ánimo esforzado;
Y esas vanas apariencias
Nunca le turban el tino,
Su brazo es su estrella y signo,
Su valor sus influencias;
Pero si quieres creer

En este notorio engaño,
Aun quedan, si no me engaño,
Experiencias mas que hacer,
Que Marquino las hará,
Las mejores de su ciencia,
Y el fin de nuestra dolencia
Ser bueno, ó malo sabrá.
Pareceme que le veo:
En que estraño trage viene!

MORANDRO.

Quien con feos se entretiene
No es mucho que venga feo:
Será acertado seguirle?

LEONCIO.

Acertado me parece
Por si acaso se le ofrece
Algo en que poder servirle.

(Aquí sale MARQUINO con una ropa negra de bocací ancha, y una cabellera negra, y los pies descalzos, y en la cinta traerá, de modo que se le vean, tres redomillas llenas de agua, la una negra, la otra teñida con azafran, y la otra clara; y en la una mano una lanza barnizada de negro, y en la otra un libro, y víene MILVIO con él, y así como entran, se ponen á un lado LEONCIO y MORANDRO.)

MARQUINO.

Dó dices, Milvio, que está el joven triste?

MILVIO.

En esta sepultura está enterrado

MARQUINO.

No yerres el lugar do le pusiste.

MILVIO.

Nó, que con esta piedra señalado
Dexé el lugar adonde el mozo tierno
Fue con lágrimas tiernas sepultado.

MARQUINO.

De qué murió?

MILVIO.

Murió de mal gobierno:
La flaca hambre le acabó la vida,
Peste cruel salida del infierno.

MARQUINO.

En fin, que dices, que ninguna herida
Le cortó el hilo del vital aliento,
Ni fue cancer, ni llaga su homicida?
Esto te digo, porque hace al cuento
De mi saber, que esté este cuerpo entero,
Organizado todo, y en su asiento.

MILVIO.

Habrá tres horas, que le dí el postrero
Reposo, y le entregué á la sepultura,
Y de hambre murió, como refiero.

MARQUINO.

Está muy bien, y es buena coyuntura
La que me ofrecen los propicios signos
Para invocar de la region oscura
Los feroces espíritus malignos.
Presta atentos oidos á mis versos
Fiero Pluton, que en la region oscura
Entre ministros de ánimos perversos
Te cupo de reynar suerte y ventura;

Haz, aunque sean de tu gusto adversos,
Cumplidos mis deseos, y en la dura
Ocasion que te invoco, no te tardes
Ni á ser mas oprimido de mi aguardes.
Quiero que al cuerpo que aqui está enterrado,
Vuelves el alma que le daba vida,
Aunque el fiero Caron del otro lado
La tenga en la ribera denegrida,
Y aunque en las tres gargantas del ayrado
Cerbero esté penada y escondida,
Salga, y torne á la luz del mundo nuestro,
Que luego tornará al escuro vuestro;
Y pues ha de salir, salga informada
Del fin que ha de tener guerra tan cruda,
Y desto no me encubra ó calle nada,
Ni me dexe confuso y con mas duda
La platica desta alma desdichada,
De toda ambiguidad libre y desnuda
Tiene de ser. Inviala, qué esperas?
Esperas á que hable con mas veras?
No revolveis la piedra, desleales?
Decid, ministros falsos, qué os detiene?
Como? no me habeis dado ya señales
De que haceis lo que digo, y me conviene?
Buscais con deteneros vuestros males,
O gustais de que yo al momento ordene
De poner en efecto los conjuros
Que ablandan vuestros fieros pechos duros?
Ea pues, vil canalla, mentirosa,
Aparejaos á duro sentimiento,
Pues sabeis que mi voz es poderosa
De doblaros la rabia y el tormento.

Dime traydor esposo de la esposa
Que seis meses del año á su contento
Está sin ti, haciendote cornudo, (*)
Porque á mis peticiones estás mudo?
Este hierro bañado en agua clara
Que al suelo no tocó en el mes de Mayo
Herirá en esta piedra, y hará clara
Y patente la fuerza deste ensayo.

(Con el agua de la redoma clara baña el hierro de la lanza, y luego hiere en la tabla, y debaxo ó sueltense cohetes, ó hagase el rumor con el barril de piedras.)

Ya parece, canalla, que á la clara
Dais muestras de que os toma cruel desmayo.
Qué rumores son estos, ea malvados,
Que alfin venis, aunque venis forzados?
Levantad esta piedra, fementidos,
Y descubridme el cuerpo que aqui yace.
Qué es esto? que tardais? á dó sois idos?
Cómo mi mandado al punto no se hace?
No os curais de amenazas, descreidos?
Pues no espereis que mas os amenace:
Esta agua negra del Estigio lago
Dará á vuestra tardanza presto el pago.
Agua de la fatal negra laguna,
Cogida en triste noche, escura y negra,
Por el poder que en ti junto se auna,

---

(*) Alusion á las puntas ó cuernos de la luna, quando crece ó mengua.

A quien otro poder ninguno quiebra,
A la turba diabolica importuna,
Y á quien la primer forma de culebra
Tomó, conjuro, apremio, pido y mando,
Que venga á obedecerme aqui volando.

(Rocia con el agua la sepultura, y abrese.)

O mal logrado mozo, sal ya fuera,
Y vuelve á ver el sol claro y sereno;
Dexa aquella region do no se espera
En ella un dia sosegado y bueno;
Dame, pues puedes, relacion entera
De lo que has visto en el profundo seno
Digo, de aquello á que mandado eres,
Y mas, si al caso toca, y tú pudieres.

(Sale el Cuerpo amortajado, con un rostro de mascara descolorido, como de muerto, y va saliendo poco á poco, y en saliendo, déxase caer en el teatro sin mover pie ni mano hasta su tiempo.)

Qué es esto? no respondes? no revives?
Otra vez has gustado de la muerte?
Pues yo haré que con tu pena avives,
Y tengas el hablar á buena suerte,
Pues eres de los nuestros, no te esquives
De hablarme y responderme, mira, advierto
Que si callas, haré que con tu mengua
Sueltes la atada y encogida lengua.

(Rocia el cuerpo con el agua amarilla, y luego le azota con un azote.)

Espíritus malignos, no aprovecha?
Pues esperad, saldrá el agua encantada
Que hará mi voluntad tan satisfecha,
Quanto es la vuestra pérfida y dañada,
Y aunque esta carne fuera polvos hecha,
Siendo con este azote castigada,
Cobrará nueva aunque ligera vida,
Del áspero rigor suyo oprimida.

(Menéase y estremécese el cuerpo á este punto.)

Alma rebelde, vuelve al aposento
Que pocas horas ha desocupaste.

El Cuerpo.

Cese la furia del rigor violento,
Tuyo, Marquino, baste, triste, baste,
La que yo paso en la region escura,
Sin que tu crezcas mas mi desventura.
Engáñaste, si piensas que recibo
Contento de volver á esta penosa
Misera y corta vida, que ahora vivo,
Que ya me va faltando presurosa;
Antes me causas un dolor esquivo,
Pues otra vez la muerte rigurosa
Triunfará de mi vida y de mi alma,
Mi enemigo tendrá doblada palma,
El qual con otros del escuro bando,
De los que son sujetos á aguardarte,
Está con rabia en torno, aqui esperando
A que acabe, Marquino, de informarte
Del lamentable fin, del mal nefando,
Que de Numancia puedo asegurarte,

La qual acabará á las mismos manos
De los que son á ella mas cercanos.
No llevarán Romanos la victoria
De la fuerte Numancia, ni ella menos
Tendrá del enemigo triunfo ó gloria,
Amigos y enemigos, siendo buenos.
No entiendas que de paz habrá memoria,
Que rabia alverga en sus contrarios senos:
El amigo cuchillo el homicida
De Numancia será, y será su vida.

(Arrojase en la sepultura, y dice:)

Y quédate, Marquino, que los hados
No me conceden mas hablar contigo,
Y aunque mis dichos tengas por trocados,
Al fin saldrá verdad lo que te digo.

MARQUINO

O tristes signos, signos desdichados,
Si esto ha de suceder del pueblo, amigos,
Primero que mirar tal desventura,
Mi vida acabe en esta sepultura.

(Arrojase MARQUINO en la sepultura.)

MORANDRO.

Mira, Leoncio, si ves,
Por do yo pueda decir,
Que no me haya de salir
Todo mi gusto al reves!
De toda nuestra ventura
Cerrado está ya el camino,
Sino, digalo, Marquino,
El muerto y la sepultura.

LEONCIO.

Que todas son ilusiones,
Quimeras y fantasias,
Agüeros y hechicerias,
Diabolicas invenciones:
No muestres que tienes poca
Ciencia en creer desconciertos,
Que poco cuidan los muertos
De lo que á los vivos toca.

MILVIO.

Nunca Marquino hiciera
Desatino tan estraño,
Si nuestro futuro daño
Como presente no viera:
Avisemos este caso
Al pueblo, que está mortal:
Mas para dar nueva tal,
Quien podrá mover el paso?

# JORNADA III.

## SCENA I.

### INTERLOCUTORES.

CIPION, JUGURTA y GAYO MARIO.

CIPION.

En forma estoy contento en mirar como
Corresponde á mi gusto la ventura,
Y esta libre nacion soberbia domo
Sin fuerzas, solamente con cordura.
En viendo la ocasion, luego la tomo
Porqué sé que si corre, y se apresura,
Y si se pasa, en cosas de la guerra
El credito consume y vida atierra.
Juzgabades á loco desvario
Tener los enemigos encerrados,
Y que era mengua del Romano brio,
No vencerlos con modos mas usados:
Bien sé que lo habrán dicho, mas yo fio

Que los que fueren prácticos soldados
Dirán que es de tener en mayor cuenta
La victoria que menos es sangrienta.
Qué gloria puede haber mas levantada
En las cosas de guerra que aqui digo,
Que sin quitar de su lugar la espada
Vencer y sujetar al enemigo?
Que quando la victoria es grangeada
Con la sangre vertida del amigo,
El gusto mengua que causar pudiera
La que sin sangre tal, ganada fuera.

(Aqui ha de sonar una trompeta desde el muro de Numancia.)

QUINTO FABIO.

Oye, señor, que de Numancia suena
El són de una trompeta, y me asiguro
Que decirte algo desde allá se ordena,
Pues el salir de acá lo estorva el muro.
Corabino se ha puesto en una almena.
Y una señal ha hecho de seguro:
Lleguemonos mas cerca.

CIPION.

Sea, lleguemos.

GAYO MARIO.

No mas: que dende aqui le entenderemos.

(Ponese Corabino encima de la muralla con bandera blanca puesta en una lanza.)

CORABINO.

Romanos, ah Romanos, puede acaso
Ser de vosotros esta voz oida?

GAYO

GAYO MARIO.

Puesto que mas la baxes, y hables paso,
Qualquiera tu razon será entendida.

CORABINO.

Decid al General, que acerque el paso
Al foso, porque vieno dirigida
A él una embaxada.

CIPION.

Dila presto,
Que yo soy Cipion.

CORABINO.

Escucha el resto.
Dice Numancia, General prudente,
Que consideres bien que ha muchos años,
Que entre la nuestra y tu Romana gente
Duran los males de la guerra estraños,
Y que por evitar que no se aumente
La dura pestilencia destos daños,
Quiere, si tu quisieres, acaballa,
Con una breve y singular batalla.
Un soldado se ofrece de los nuestros
A combatir cerrado en estacada,
Con qualquiera esforzado de los vuestros
Por acabar contienda tan pesada,
Y si los hados fueren tan siniestros,
Que el uno quede sin la vida amada,
Si fuere el nuestro, darse ha la tierra,
Si el tuyo fuere, acabese la guerra:
Y por seguridad desto concierto,
Daremos á tu gusto los rehenes.
Bien sé que en él vendrás, porque estás cierto
De los soldados que á tu cargo tienes,

Y sabes que el menor en campo abierto
Hará sudar el pecho, el rostro y sienes
Al mas aventajado de Numancia:
Ansi que está sigura tu ganancia.
Respondeme, señor, si estás en ello,
Porque á la execucion se venga luego.

CIPION.

Donayre es lo que dices, risa, juego,
Y loco el que pensase de hacello.
Usad el medio del humilde ruego,
Si quereis que se escape vuestro cuello
De probar el rigor y filos diestros
Del Romano cuchillo y brazos nuestros.
La fiera que en la jaula está encerrada
Por su sobatiquez y fuerza dura,
Si puede alli con maña ser domada
Y con el tiempo y medios de cordura,
Quien la dexase ir libre y desatada,
Daria grandes muestras de locura:
Bestias sois, y por tales encerrados
Os tenga donde habeis de ser domados:
Mia será Numancia á pesar vuestro,
Sin que me cueste un minimo soldado,
Y el que teneis vosotros por mas diestro
Rompa por ese foso trincheado,
Y si en esto os parece que yo muestro
Un poco mi valor acobardado,
El viento lleve agora esta vergüenza,
Y vuelvale la fama quando os venza.

(Vanse CIPION y los suyos.)

CORABINO.

No escuchas mas, cobarde? ya te escondes?
Entádate la igual justa batalla?
Mal con tu nombradia correspondes,
Mal podrás deste modo sustentalla:
En fin, como cobarde me respondes:
Cobardes sois, Romanos, vil canalla,
En vuestra muchedumbre confiados,
Y no en los diestros brazos levantados.
Perfidos, desleales, fementidos,
Crueles, revoltosos y tiranos,
Ingratos, codiciosos, mal nacidos,
Pertinaces, feroces y villanos,
Adulteros, infames, conocidos
Por de industriosas, mas cobardes manos,
Que gloria alcanzareis en darnos muerte.
Teniendonos atados desta suerte?
En cerrado escuadron, ó manga suelta
En la campaña rasa, do no pueda
Estorbar la mortal fiera rebuelta
El ancho foso y muro que la veda,
Fuere bien que sin dar el pie la vuelta
Y sin temer jamas la espada queda,
Ese exercito mucho bravo vuestro,
Se viera con el poco flaco nuestro.
Mas como siempre estais acostumbrados
A vencer con ventajas y con mañas,
Estos conciertos en valor fundados
No los admiten bien vuestras marañas:
Liebres en pieles fieras disfrazados,
Load y engrandeced vuestras hazañas,

Que espero en el gran Jupiter de veros
Sujetos á Numancia y á sus fueros.

(Báxase, y torna á salir luego con todos los Numantinos que salieron en el principio de la segunda Jornada, excepto Marquino, que se arrojó en la sepultura, y sale tambien Morandro.)

Teogenes.

En términos nos tiene nuestra suerte,
Dulces amigos, que será ventura
Acabar nuestros daños con la muerte;
Ser nuestro mal, por nuestra desventura,
Vistes del sacrificio el triste agüero,
Y á Marquino tragar la sepultura:
El desafio no ha importado un cero:
De intentar que nos queda, no lo siento,
Sino es acelerar el fin postrero.
Esta noche se muestra el ardimiento
Del Numantino acelerado pecho,
Y póngase por obra nuestro intento:
El enemigo muro sea deshecho,
Salgamos á morir en la campaña,
Y no como cobardes en estrecho.
Bien sé que solo sirve esta hazaña
De que á nuestro morir se mude el modo,
Que con ella la muerte se acompaña.

Corabino.

Con ese parecer yo me acomodo,
Morir quiero rompiendo el fuerte muro,
Y deshacelle por mi mano todo.
Mas tieneme una cosa mal seguro,

Que si nuestras mugeres saben esto,
De que no haremos nada os aseguro.
Quando otra vez tuvimos presupuesto
De salir y dexallas, cada uno
Fiado en su caballo y brazo diestro,
Ellas que el trato á ellas importuno
Supieron, al momento nos robaron
Los frenos, sin dexarnos solo uno.
Entonces el salir nos estorbaron,
Y assi lo harán agora facilmente,
Si las lágrimas muestran que mostraron.

MORANDRO.

Nuestro disignio á todas es patente,
Todas lo saben, ya no queda alguna
Que no se queja dello amargamente;
Y dicen que en la buena ó ruin fortuna
Quieren en vida y muerte acompañarnos,
Aunque su compañia es importuna.

(Aqui entran quatro ó mas mugeres de Numancia, y con ellas LIRA, las mugeres traen unas figuras de niños en los brazos, y otros de las manos, excepto LIRA que no trae ninguno.)

Veislas aqui do vienen á rogaros,
No las dexeis en tantos embarazos,
Aunque seais de acero han de ablandaros.
Los tiernos hijos vuestros en los brazos
Las tristes traen: no veis con qué señales
De amor les dan los ultimos abrazos?

PRIMERA.

Dulces señores nuestros, si en los males

Hasta aqui de Numancia padecidos,
Que son menores los que son mortales,
Y en los bienes tambien que ya son idos,
Siempre mostramos ser mugeres vuestras,
Y vosotros tambien nuestros maridos,
Porqué en las ocasiones tan siniestras
Que el cielo avrado agora nos ofrece,
Nos dais de aquel amor tan cortas muestras?
Hemos sabido, y claro se parece
Que en las Romanas armas arrojaros
Quereis, pues su rigor menos empece
Que no la hambre de que veis cercaros,
De cuyas flacas manos desabridas
Por imposible tengo el escaparos.
Peleando quereis dexar las vidas,
Y dexarnos tambien desamparadas,
A deshonras y muertes ofrecidas.
Nuestro cuello ofreced á las espadas
Vuestras primero, que es mejor partido,
Que vernos de enemigos deshonradas.
Yo tengo en mi intencion estatuido
Que si puedo, haré quanto en mi fuere
Por morir do muriere mi marido.
Y esto mesmo hará la que quisiere
Mostrar que no los miedos de la muerte.
Le estorban, de querer á quien bien quiere
En buena, ó mala, en dulce ó amarga suerte.

OTRA.

Qué pensais, varones claros?
Revolveis aun todavia
En la triste fantasia
De dexarnos y ausentaros?

Queréis dexar por ventura
A la Romana arrogancia
Las virgenes de Numancia
Para mayor desventura?
Y á los libres hijos nuestros
Quereis esclavos dexallos?
No será mejor ahogallos
Con los propios brazos vuestros?
Quereis hartar el deseo
De la Romana codicia,
Y que triunfe su justicia
De nuestro justo troleo?
Serán por agenas manos
Nuestras casas derribadas:
Y las bodas esperadas
Haulas de gozar Romanos?
En salir haréis error,
Que acarrea cien mil yerros,
Porque dexais sin los perros
El ganado, y sin señor.
Si al foso quereis salir
Llevadnos en tal salida,
Porque tendremos por vida
A vuestros lados morir.
No apresureis el camino
Al morir, porque su estambre
Cuidado tiene la hambre
De cercenarla contino.

OTRAS.

Hijos destas tristes madres,
Qué es esto? cómo no hablais?
Y con lagrimas rogais

Que no os dexen vuestros padres?
Basta que la hambre insana
Os acabe con dolor,
Sin esperar el rigor
De la aspereza Romana.
Decidles que os engendraron
Libres, y libres nacisteis,
Y que vuestras madres tristes
Tambien libres os criaron.
Decidles que pues la suerte
Nuestra va tan de caida,
Que como os dieron la vida,
Ansi mismo os den la muerte.
O muros desta ciudad,
Si podeis, hablad, decid,
Y mil veces repetid:
Numantinos, libertad.
Los templos, las casas nuestras
Levantadas en concordia
Os piden misericordia,
Hijos y mugeres vuestras.
Ablandad, claros varones,
Esos pechos diamantinos,
Y mostrad qual Numantinos
Amorosos corazones:
Que no por romper el muro
Remediais un mal tamaño,
Antes en ello está el daño
Mas propincuo y mas seguro.

LIRA.

Tambien las tiernas doncellas
Ponen en vuestra defensa

El remedio de su ofensa,
Y el alivio á sus querellas.
No dexeis tan ricos robos
A las codiciosas manos,
Mirad que son los Romanos
Hambrientos y fieros lobos.
Desesperacion notoria
Es esta que hacer quereis,
A donde solo hallareis
Breve muerte y larga gloria.
Mas ya que salga mejor
Que yo pienso, esta hazaña,
Que ciudad hay en España
Que quiera daros favor?
Mi pobre ingenio se advierte
Que si haceis esta salida,
Al enemigo dais vida,
Y á toda Numancia muerte.
De vuestro acuerdo gentil
Los Romanos burlarán;
Porque, decidme, qué harán
Tres mil contra ochenta mil?
Aunque estuviesen abiertos
Los muros y sin defensa,
Seriades con ofensa
Mal vengados y bien muertos.
Mejor es que la ventura
Del daño que el cielo ordene,
O nos salve, ó nos condene,
Dé la vida ó sepultura.

TEOGENES.

Limpiad los ojos humidos del llanto,

Mugeres tiernas, y tené entendido
Que vuestra angustia la sentimos tanto,
Que responde al amor nuestro subido,
Ora crezca el dolor, ora el quebranto
Sea por nuestro bien disminuido,
Jamas en vida ó muerte os dejaremos,
Antes en muerte y vida os serviremos.
Pensabamos salir al foso ciertos
Antes de alli morir que de escaparnos,
Pues fuera quedar vivos aunque muertos,
Si muriendo pudieramos vengarnos;
Mas pues nuestros disignios descubiertos
Han sido, y es locura aventurarnos,
Amades hijos y mugeres nuestras,
Nuestras vidas serán de hoy mas las vuestras.
Solo se ha de mirar que el enemigo
No alcance de nosotros triunfo y gloria,
Antes ha de servir él de testigo
Que apruebe y eternice nuestra historia;
Y si todos venis en lo que digo
Mil siglos durará nuestra memoria,
Y es que no quede cosa aqui en Numancia
De do el contrario pueda haber ganancia.
En medio de la plaza se haga un fuego,
En cuya ardiente llama licenciosa
Nuestras riquezas todas se echen luego
Desde la pobre á la mas rica cosa,
Y esto podeis tener á dulce juego,
Quando os declare la intencion honrosa
Que se ha de efectuar, despues que sea
Abrasada qualquier rica presea.
Y para entretener por alguna hora

La hambre que ya roe nuestros huesos,
Hareis descuartizar luego á la hora
Esos tristes Romanos que están presos,
Y sin del chico al grande hacer mejora,
Repartanse entre todos, que con esos
Será nuestra comida celebrada
Por estraña cruel necesitada.
Amigos, qué os parece? estais en esto?

CORARINO.

Digo que á mi me tiene satisfecho,
Y que á la execucion se venga presto
De tan estraño y tan honroso hecho.

TROGENES.

Pues yo de mi intencion os diré el resto
Despues que sea lo que digo hecho.
Vamos á ser ministros todos luego
De encender el ardiente y rico fuego.

MUGER PRIMERA.

Nosotras desde aqui ya comenzamos
A dar con voluntad nuestros arreos,
Y á la vida las vuestras entregamos
Como se han entregado los deseos.

LIRA.

Ea, pues, caminemos, vamos, vamos,
Y abrasense en un punto los trofeos
Que pudieran hacer ricas las manos,
Y aun hartar la codicia de Romanos.

(Vanse todos, y al salir MORANDRO, ase á LIRA por el brazo, y detiene-la.)

MORANDRO.

No vayas tan de corrida,

Lira, dexame gozar
Del bien que me puede dar
En la muerte alegre vida:
Dexa que miren mis ojos
Un rato tu hermosura,
Pues tanto mi desventura
Se entretiene en mis enojos.
O dulce Lira, que suenas
Continuo en mi fantasia
Con tan suave harmonia
Que vuelve en gloria mis penas!
Qué tienes? qué estás pensando,
Gloria de mi pensamiento?

LIRA.

Pienso como mi contento
Y el tuyo se va acabando,
Y no será su homicida
El cerco de nuestra tierra,
Que primero que la guerra
Se me acabará la vida.

MORANDRO.

Qué dices, bien de mi alma?

LIRA.

Que me tiene tal la hambre,
Que de mi vital estambre
Llevará presto la palma.
Qué talamo has de esperar
De quien está en tal extremo
Que te asegura que temo
Antes de una hora espirar.
Mi hermano ayer espiró
De la hambre fatigado,

Y mi madre ya ha acabado
Que la hambre la acabó.
Y si la hambre y su fuerza
No ha rendido mi salud,
Es porque la juventud
Contra su rigor se esfuerza,
Pero como ha tantos dias
Que no le hago defensa,
No pueden contra su ofensa
Las debiles fuerzas mias.

MORANDRO.

Enjuga, Lira, los ojos,
Dexa que los tristes mios
Se vuelvan corrientes rios
Nacidos de tus enojos;
Y aunque la hambre ofendida
Te tenga tan sin compás,
De hambre no morirás
Mientras yo tuviere vida.
Yo me ofrezco de saltar
El foso y el muro fuerte,
Y entrar por la misma muerte
Para la tuya escusar.
El pan que el Romano toca
Sin que el temor me destruya,
Lo quitaré de la suya
Para ponerlo en tu boca.
Con mi brazo haré carrera
A tu vida y á mi muerte,
Porque mas me mata el verte,
Señora, de esa manera.
Yo te traeré de comer

A pesar de los Romanos,
Si ya son estas mis manos
Las mismas que solian ser.

LIRA.

Hablas como enamorado,
Morandro, pero no es justo
Que ya tome gusto el gusto
Con tu peligro comprado.
Poco podrá sustentarme
Qualquier robo que harás,
Aunque mas cierto hallarás
El perderte que ganarme.
Goza de tu mocedad
En fresca edad y crecida,
Que mas importa tu vida
Que la mia, á la ciudad.
Tu podrás bien defendella
De la enemiga asechanza,
Que no la flaca pujanza
Desta tan triste doncella.
Ansi que, mi dulce amor,
Despide ese pensamiento,
Que yo no quiero sustento
Ganado con tu sudor.
Que aunque puedas alargar
Mi muerte por algun dia,
Esta hambre que porfia,
En fin nos ha de acabar,

MORANDRO.

En vano trabajas, Lira,
De impidirme este camino,
Do mi voluntad y siguo

Allá me convida y tira.
Tú rogarás entretanto
A los Dioses, que me vuelvan
Con despojos que resuelvan
Tu miseria y mi quebranto.

LIRA.

Morandro, mi dulce amigo,
No vayas, que se me antoja
Que de tu sangre veo roxa
La espada del enemigo.
No hagas esta jornada,
Morandro, bien de mi vida,
Que si es mala la salida,
Es muy peor la tornada.
Si quiero aplacar tu brio,
Por testigo pongo al cielo,
Que de mi daño recelo
Y no del provecho mio.
Mas si acaso, amado amigo,
Prosigues esta contienda,
Lleva este abrazo por prenda
De que me llevas contigo.

MORANDRO.

Lira, el cielo te acompañe:
Vete, que á Leoncio veo.

LIRA.

Y á ti te cumpla el deseo,
Y en ninguna parte dañe.

(LEONCIO ha de estar escuchando todo lo que ha pasado entre su amigo MORANDRO y LIRA.)

LEONCIO.

Terrible ofrecimiento es el que has hecho,
Y en él, Morandro, se nos muestra claro
Que no hay cobarde enamorado pecho,
Aunque de tu virtud y valor raro
Debe mas esperarse; mas yo temo
Que el hado infeliz se muestre avaro.
He estado atento al miserable extremo
En que te ha dicho Lira que se halla,
Indigno cierto á su valor supremo:
Y que tú has prometido de librarla
Deste presente daño, y arrojarte
En las armas Romanas á batalla.
Yo quiero, buen amigo, acompañarte,
Y en empresa tan justa y tan forzosa
Con mis pequeñas fuerzas ayudarte.

MORANDRO.

O mitad de mi alma! ó venturosa
Amistad no en trabajos dividida,
Ni en la ocasion mas prospera y dichosa!
Goza, Leoncio, de la dulce vida,
Quedate en la ciudad, que yo no quiero
Ser de tus verdes años homicida:
Yo solo tengo de ir, yo solo espero
Volver con los despojos merecidos
A mi inviolable fe y amor sincero.

LEONCIO.

Pues ya tienes, Morandro, conocidos
Mis deseos, que en buena ó mala suerte
Al sabor de los tuyos van medidos;
Sabrás que no los miedos de la muerte
De ti me apartarán un solo punto,

Ni

Ni otra cosa (si la hay) que sea mas fuerte.
Contigo tengo de ir, contigo junto
He de volver, si ya el cielo no ordena
Que quede en tu defensa allá difunto.

MORANDRO.

Quedate, amigo! queda, enhorabuena,
Porque si yo acabare aquí la vida
En esta empresa de peligro llena,
Tú puedas á mi madre dolorida
Consolar en el trance riguroso,
Y á la esposa de mi tanto querida.

LEONCIO.

Cierto que estás, amigo, muy donoso
En pensar que tú muerto, quedaria
Yo con tal quietud y tal reposo,
Que de consuelo alguno serviria
A la doliente madre y triste esposa:
Pues en la tuya está la muerte mia,
Seguirte tengo en la ocasion dudosa,
Mira, como ha de ser, Morandro amigo,
Y en el quedarme no me hables cosa.

MORANDRO.

Pues no puedo estorbarte el ir conmigo,
En el silencio de la noche oscura
Tenemos de asaltar al enemigo;
Lleva ligeras armas, que ventura
Es la que ha de ayudar al alto intento,
Que no la malla entretexida y dura:
Lleva assi mismo puesto el pensamiento
En robar y traer á buen recado
Lo que pudieres mas de bastimento.

LEONCIO.

Vamos, que no saldré de tu mandado.

## SCENA II.

DOS NUMANTINOS.

PRIMERO.

Derrama, ó dulce hermano, por los ojos
El alma en llanto amargo convertida,
Venga la muerte y lleve los despojos
De nuestra miserable y triste vida.

SEGUNDO.

Bien poco durarán estos enojos,
Que ya la muerte viene apercebida
Para llevar en presto y breve vuelo
A quantos pisan de Numancia el suelo.
Principios veo que prometen presto
Amargo fin á nuestra dulce tierra,
Sin que tengan cuidado de hacer esto
Los contrarios ministros de la guerra:
Nosotros mismos á quien ya es molesto
Y enfadoso el vivir que nos aterra,
Hemos dado sentencia irrevocable
De nuestra muerte, aunque cruel, loable.
En la plaza mayor ya levantada
Queda una ardiente cudiciosa hoguera,
Que de nuestras riquezas ministrada
Sus llamas sube hasta la quarta esfera:
Allí con triste priesa acelerada
Y con mortal y tímida carrera,
Acuden todos, como á santa ofrenda,

A sustentar sus llamas con su hacienda.
Allí la perla del rosado Oriente,
Y el oro en mil vasijas fabricado,
Y el diamante y rubí mas exceiente,
Y la extremada púrpura y brocado
En medio del rigor fogoso ardiente
De la encendida llama es arrojado:
Despojos do pudieran los Romanos
Henchir los senos y ocupar las manos.

(Aquí salen algunos cargados de ropa, y entran por una puerta y salen por otra.)

Vuelve al triste espectáculo la vista,
Verás con quanta priesa y quanta gana
Toda Numancia en numerosa lista
Aguija á sustentar la llama insana;
Y no con verde leño y seca arista,
No con materia al consumir liviana,
Sino con sus haciendas mal gozadas,
Pues se ganaron para ser quemadas.

PRIMERO

Si con esto acabára nuestro daño,
Pudiéramos llevallo con paciencia,
Mas ay! que se ha de dar, si no me engaño,
De que muramos todos, cruel sentencia.
Primero que el rigor bárbaro estraño
Muestre en nuestras gargantas su inclemencia,
Verdugos de nosotros nuestras manos
Serán, y no los perfidos Romanos.
Han acordado que no quede alguna
Muger, niño, ni viejo con la vida,
Pues al fin la cruel hambre importuna

Con mas fiero rigor es su homicida.
Mas ves allí do asoma, hermano, una,
Que como sabes, fué de mi querida
Un tiempo, con extremo tal de amores
Qual es el que ella tiene de dolores.

(Sale una muger con una criatura en los brazos, y otra de la mano.)

MADRE.

O duro vivir molesto!
Terrible y triste agonía!

HIJO.

Madre, por ventura habria
Quien nos diese pan por esto?

MADRE.

Pan, hijo, ni aun otra cosa
Que semeje de comer!

HIJO.

Pues tengo de perecer
De dura hambre rabiosa?
Con poco pan que me deis,
Madre, no os pediré mas.

MADRE.

Hijo, qué penas me das!

HIJO.

Pues qué, madre, no quereis?

MADRE.

Si quiero; mas qué haré
Que no sé donde buscallo?

HIJO.

Bien podeis, madre, comprallo,
Si no yo lo compraré:
Mas por quitarme de afan,

Si alguno conmigo topa,
Le daré toda esta ropa
Por un mendrugo de pan.

MADRE.

Qué mamas, triste criatura!
No sientes que á mi despecho
Sacas ya del flaco pecho
Por leche, la sangre pura?
Lleva la carne á pedazos,
Y procura de hartarte,
Que no pueden mas llevarte
Mis floxos cansados brazos!
Hijos del ánima mia,
Con qué os podré sustentar,
Si apenas tengo que os dar
De la propia carne mia?
O hambre terrible y fuerte,
Como me acabas la vida!
O guerra, solo venida
Para causarme la muerte!

HIJO.

Madre mia, que me fino,
Aguijemos á do vamos,
Que parece que alargamos
La hambre con el camino.

MADRE.

Hijo, cerca está la casa
Adonde echarémos luego
En mitad del vivo luego
El peso que te embaraza.

(Entrase.)

# JORNADA IV.

## SCENA I.

(Tócase al arma con gran priesa, y á este rumor salen CIPION con JUGURTA y GAYO MARIO al tablado.)

CIPION.

Qué es esto, capitanes? quién nos toca
Al arma en tal sazon? es por ventura
Alguna gente desmandada y loca
Que viene á procurar su sepultura?
O no sea algun motin el que provoca
Tocar al arma en recia coyuntura:
Que tan seguro estoy del enemigo,
Que tengo mas temor al que es amigo.

(Sale QUINTO FABIO con la espada desnuda, y dice:)

QUINTO FABIO.

Sosiega el pecho, General prudente,
Que ya desta arma la ocasion se sabe,

Puesto que ha sido á costa de tu gente,
De aquella en quien mas brio y fuerza cabe;
Dos Numantinos con soberbia fuerte,
Cuyo valor será razon se alabe,
Saltando el ancho foso y la muralla
Han movido á tu campo cruel batalla.
A las primeras guardias invistieron,
Y en medio de mil lanzas se arrojaron,
Y con tal furia y rabia arremetieron,
Que libre paso al campo les dexaron:
Las tiendas de Fabricio acometieron,
Y alli su fuerza y su valor mostraron
De modo, que en un punto seis soldados
Fueron de agudas puntas traspasados.
No con tanta presteza el rayo ardiente
Pasa rompiendo el ayre en presto vuelo,
Ni tanto la cometa reluciente
Se muestra ir presurosa por el cielo
Como estos dos por medio de tu gente
Pasaron, colorando el duro suelo
Con la sangre Romana, que sacaban
Sus espadas do quiera que llegaban.
Queda Fabricio traspasado el pecho,
Àbierta la cabeza tiene Oracio,
Olmida ya perdió el brazo derecho,
Y de vivir le queda poco espacio.
Fuele ansi mismo poco de provecho
La ligereza al valeroso Estacio,
Pues el correr al Numantino fuerte
Fue abreviar el camino de su muerte.
Con presta ligereza discurriendo
Iban de tienda en tienda, hasta que hallaron

Un poco de bizcocho, el qual cogiendo
El paso y no el furor atras volvieron;
El uno dellos se escapó huyendo,
Al otro mil espadas le acabaron,
Por donde infiero que la hambre ha sido
Quien les dió atrevimiento tan subido.

CIPION.

Si estando deshambridos y encerrados
Muestran tan demasiado atrevimiento,
Qué hicieran siendo libres, y enterados
En sus fuerzas primeras y ardimiento?
Indomitos, al fin sereis domados,
Porque contra el furor vuestro violento
Se tiene de poner la industria nuestra,
Que de domar soberbios es maestra.

(Entrase CIPION y los suyos, y luego tócase al arma en la ciudad, y al rumor sale MORANDRO herido y lleno de sangre con una cestilla blanca en el brazo izquierdo con algun poco de bizcocho ensangrentado, y dice:)

MORANDRO.

No vienes, Leoncio, di?
Qué es esto, mi dulce amigo?
Si tú no vienes conmigo,
Como vengo yo sin tí?
Amigo, qué? te has quedado?
Amigo, qué? te quedaste?
No eres tú el que me dexaste,
Sino yo el que te he dexado?
Qué es posible que ya dan

Tus carnes despedazadas
Señales averiguadas
De lo que cuesta este pan!
Y es posible que la herida
Que á ti te dexó difunto,
En aqueste instante y punto
No me quitó á mi la vida!
No quiso el hado cruel
Acabarme en paso tal
Por hacerme á mi mas mal,
Y hacerte á ti mas bien!
Tú enfin llevarás la palma
De mas verdadero amigo,
Y á desculparme contigo
Enviaré bien presto el alma:
Y tan presto, que el afan
A morir me llama, y tira,
En dando á mi dulce Lira
Este tan amargo pan:
Pan ganado de enemigos;
Pero no ha sido ganado,
Sino con sangre comprado
De dos sin ventura amigos.

(Sale LIRA con alguna ropa, como que la lleva á quemar, y dice:)

LIRA.

Qué es esto que ven mis ojos!

MORANDRO.

Lo que presto no verán
Segun la priesa se dan
De acabarme mis enojos:

Ves aqui, Lira, cumplida
Mi palabra y mis porfias
De que tú no moririas
Mientras yo tuviese vida.
Y aun podré mejor decir
Que presto vendrás á ver
Que á tí sobrará el comer,
Y á mi faltará el vivir.

LIRA.

Qué dices, Morandro amado?

MORANDRO.

Lira que acortes la hambre,
Entretanto que la estambre
De mi vida corta el hado.
Pero mi sangre vertida
Y con este pan mezclada,
Te ha de dar, mi dulce amada,
Triste y amarga comida.
Ves aqui el pan que guardaban
Ochenta mil enemigos,
Que cuesta de dos amigos
Las vidas que mas amaban.
Y porque lo entiendas cierto
Y quanto tu amor merezco,
Ya yo, señora perezco,
Y Leoncio ya está muerto.
Mi voluntad sana y justa
Recibela con amor,
Que es la comida mejor,
Y de que el alma mas gusta.
Y pues en tormenta y calma
Siempre has sido mi señora,

Recibe este cuerpo agora
Como recibiste el alma.

(Caese muerto, y cógele en las faldas Lira.)

LIRA.

Morandro? dulce bien mio?
Qué sentis, ó qué teneis?
Como tan presto perdeis
Vuestro acostuæbrado brio?
May ay triste sin ventura!
Que ya está muerto mi esposo!
O caso el mas lastimoso
Que se vió en la desventura!
Quien os hizo, dulce amado,
Con valor tan excelente,
Enamorado valiente,
Y soldado desdichado?
Hicistes una salida,
Esposo mio, de suerte,
Que por escusar mi muerte
Me habeis quitado la vida!
O pan de la sangre lleno
Que por mi se derramó,
No te tengo en cuenta yo
De pan sino de veneno!
No te llegaré á mi boca
Por poderme sustentar,
Si ya no es para besar
Esta sangre que te toca.

(A este punto ha de entrar un muchacho hablando desmayadamente, el qual es hermano de Lira.)

HERMANO.

Lira, hermana, ya espiró
Mi padre, y mi madre está
En terminos que ya, ya
Morirá qual muero yo.
La hambre los ha acabado.
Hermana mia, pan tienes?
O pan, y quan tarde vienes
Que ya no hay pasar bocado!
Tiene la hambre apretada
Mi garganta en tal manera,
Que aunque este pan agua fuera,
No pudiera pasar nada.
Tómalo, hermana querida,
Que por mas crecer mi afan,
Veo que me sobra el pan
Quando me falta la vida.

(Caese muerto.)

LIRA.

Espiraste, hermano amado?
Ni aliento ni vida tiene:
Bien es el mal quando viene
Sin venir acompañado!
Fortuna, por qué me aquejas
Con un daño y otro junto?
Y porque en un solo punto
Huerfana y viuda me dexas?
O duro esquadron Romano!
Como me tiene tu espada
De dos muertos rodeada,
Uno esposo y otro hermano!

A qual volveré la cara
En este trance importuno,
Si en la vida cada uno
Fue prenda del alma cara!
Dulce esposo, hermano tierno,
Yo os igualaré en quereros,
Porque pienso presto veros
En el cielo ó el infierno!
En el modo de morir
A entrambos he de imitar,
Porque el hierro ha de acabar
Y la hambre mi vivir!
Primero daré á mi pecho
Una daga que este pan,
Que á quien vive con afan
Es la muerte de provecho.
Qué aguardo? cobarde estoy!
Brazo, ya os habeis turbado?
Dulce esposo, hermano amado,
Esperadme que ya voy!

(A este punto sale una Muger huyendo, y tras ella un Soldado Numantino con una daga en la mano para matarla)

MUGER.

Eterno padre, Jupiter piadoso,
Favorecedme en tan adversa suerte!

SOLDADO.

Aunque mas lleves vuelo presuroso
Mi dura mano te ha de dar la muerte,

(Entrase la Muger adentro, y dice Lira:)

LIRA.

El hierro agudo, el brazo belicoso
Contra mi, buen soldado, le convierte;
Dexa vivir á quien la vida agrada,
Y quitame la mia que me enfada.

SOLDADO.

Puesto que es el decreto del Senado
Que ninguna muger quede con vida,
Quál será el bravo pecho acelerado
Que en ese hermoso vuestro dé herida?
Yo, señora, no soy tan mal mirado
Que me precie de ser vuestro homicida:
Otra mano, otro hierro ha de acabaros,
Que yo solo naci para adoraros.

LIRA.

Esa piedad que quies usar conmigo,
Valeroso soldado, yo te juro
Y al alto cielo pongo por testigo,
Que yo la estimo por rigor muy duro:
Tuvierate yo entonces por amigo
Quando con pecho y animo seguro
Este mio afligido traspasáras,
Y de la amarga vida me privâras.
Pero pues quies mostrarte piadoso
Tan en daño, señor, de mi contento,
Muestralo agora en que á mi triste esposo
Demos el funeral, último asiento:
Tambien á este mi hermano, que en reposo
Yace, ya libre del vital aliento:
Mi esposo feneció por darme vida,
De mi hermano la hambre fue homicida.

SOLDADO.

Hacer lo que me mandas está llano
Con condicion que en el camino cuentes,
Quién á tu amado esposo y caro hermano
Truxo á los postrimeros accidentes.

LIRA.

Amigo, ya el hablar no está en mi mano.

SOLDADO.

Qué tan al cabo estás? qué tal te sientes?
Lleva á tu hermano, pues que es menor carga,
Y yo á tu esposo, que mas pesa y carga.

(Salense llevando los dos cuerpos.)

## SCENA II.

(Sale una muger armada, con un escudo en el brazo izquierdo, y una lancilla en la mano, que significa la Guerra, trae consigo á la Enfermedad, arrimada á una muleta, y rodeada de paños la cabeza, con una máscara amarilla, y la Hambre saldrá vestida con una ropa de bocací amarillo, y una máscara amarilla ó descolorida: pueden estas figuras hacellas hombres, pues llevan máscaras.)

GUERRA.

Hambre y Enfermedad, executoras
De mis terribles mandos y severos,
De vidas y salud consumidoras,
Con quien no vale ruego, mando ó fueros,

Pues ya de mi intencion sois sabidoras,
No hay para que de nuevo encareceros
De quánto gusto me será y contento,
Que luego, luego, hagais mi mandamiento:
La fuerza incontrastable de los hados,
Cuyos efectos nunca salen vanos,
Me fuerza á que de mi sean ayudados
Estos sagaces milites Romanos,
Ellos serán un tiempo levantados,
Y abatidos tambien estos Hispanos:
Pero tiempo vendrá en que yo me mude,
Y dañe al alto y al pequeño ayude.
Que yo que soy la poderosa guerra,
De tantas madres detestada en vano,
Aunque quien me maldice, á veces yerra,
Pues no sabe el valor desta mi mano,
Sé bien que en todo el orbe de la tierra
Seré llevada del valor Hispano,
En la dulce sazon que esten reynando
Un Carlos, un Filipo, y un Fernando.

ENFERMEDAD.

Si ya la Hambre, nuestra amiga fida,
No tuviera tomado con instancia
A su cargo, de ser fiera homicida
De todos quantos viven en Numancia,
Fuera de mi tu voluntad cumplida,
De modo que se viera la ganancia
Facil y rica que el Romano hubiera,
Harto mejor de aquella que se espera.
Mas ella, en quanto su poder alcanza,
Ya tiene tal al pueblo Numantino
Que de esperar alguna buena andanza

Le ha tomado las sendas y el camino;
Mas del furor la rigurosa lanza,
Y la influencia del contrario signo
Le trata con tan áspera violencia,
Que no es menester hambre ni dolencia.
El furor y la rabia, tus sequaces,
Han tomado en sus pechos tal asiento,
Que qual si fuese de Romanas haces,
Cada qual de su sangre está sediento.
Muertes, incendios, iras son sus paces,
En el morir han puesto su contento,
Y por quitar el triunfo á los Romanos,
Ellos mesmos se matan con sus manos.

HAMBRE.

Volved los ojos, y vereis ardiendo
De la ciudad los encumbrados techos,
Escuchad los suspiros que saliendo
Van de mil tristes lastimados pechos;
Oid la voz y lamentable estruendo
De bellas damas, á quien, ya deshechos
Los tiernos miembros en ceniza y fuego,
No valen padre, amigo, amor ni ruego.
Qual suelen las ovejas descuidadas,
Siendo del fiero lobo acometidas,
Andar aqui y alli descarriadas
Con temor de perder las simples vidas:
Tal niños y mugeres delicadas,
Huyendo las espadas homicidas
Andan de calle en calle, ó hado insano!
Su cierta muerte dilatando en vano.
Al pecho de la nueva amada esposa
Traspasa del esposo el hierro agudo,

Contra la madre, ó nunca vista cosa!
Se muestra el hijo de piedad desnudo:
Y contra el hijo el padre con rabiosa
Clemencia levantando el brazo crudo
Rompe aquellas entrañas que ha engendrado,
Quedando satisfecho y lastimado.
No hay plaza, no hay rincon, no hay calle ó casa
Que de sangre y de muertos no esté llena,
El hierro mata, el duro fuego abrasa,
Y el rigor ferocísimo condena:
Presto vereis que por el suelo rasa
Está la mas subida y alta almena,
Y las casas y templos mas crecidos
En polvo y en ceniza convertidos.
Venid, vereis que en los amados cuellos
De tiernos hijos y muger querida,
Teogenes afila y prueba en ellos
De su espada el cruel corte homicida,
Y como ya despues de muertos ellos
Estima en poco la cansada vida,
Buscando de morir un modo estraño
Que causó con el suyo mas de un daño.

GUERRA.

Vamos pues, y ninguna se descuide
De executar por eso aqui su fuerza,
Y á lo que digo solo atienda y cuide,
Sin que de mi intencion un punto tuerza.

(Vanse.)

## SCENA III.

(Sale TROGENES con dos Hijos pequeños y una Hija y su Muger.

TROGENES.

Quando el paterno amor no me detiene
De executar la furia de mi intento,
Considerad, mis hijos, qual me tiene
El zelo de mi honroso pensamiento!
Terrible es el dolor que se previene
Con acabar la vida en fin violento,
Y mas el mio, pues al hado plugo
Que yo sea de vosotros cruel verdugo.
No quedareis, ó hijos de mi alma,
Esclavos, ni el Romano poderio
Llevará de vosotros triunfo ó palma,
Por mas que á sujetarnos alce el brio;
El camino mas llano que la palma
De nuestra libertad el cielo p o
Nos ofrece, nos muestra y nos advierte,
Que solo está en las manos de la muerte.
Ni vos, dulce consorte amada mia,
Os vereis en peligro que Romanos
Pongan en vuestro pecho y gallardia
Los vanos ojos, y las torpes manos!
Mi espada os sacará desta agonia,
Y hará que sus intentos salgan vanos,
Pues por mas que codicia los atiza,
Triunfarán de Numancia en la ceniza.
Yo soy, consorte amada, el que primero
Di el parecer que todos pereciesemos

Antes que al insufrible desafuero
Del Romano poder sujetos fuesemos,
Y en el morir no pienso ser postrero,
Ni lo serán mis hijos.

MADRE.

Si pudiesemos
Escaparnos, señor, por otra via,
El cielo sabe si me holgaria;
Mas pues no puede ser, segun yo veo,
Y está ya mi muerte tan cercana,
Lleva de nuestros vidas tú el troféo,
Y no la espada pérfida Romana,
Mas pues que he de morir, morir deseo
En el sagrado templo de Diana:
Alla nos lleva, buen señor, y luego
Entréganos al hierro, al lazo y fuego.

TEOGENES.

Ansi se haga, y no nos detengamos,
Que ya á morir me incita el triste hado.

HIJO.

Madre, porqué llorais? adónde vamos?
Teneos, que andar no puedo de cansado,
Mejor será, mi madre, que comamos,
Que la hambre me tiene fatigado.

MADRE.

Ven en mis brazos, hijo de mi vida,
Do te daré la muerte por comida.

(Vanse luego, y salen dos muchachos huyendo, y el uno de ellos ha de ser el que se arroja de la torre, que se llama VIRIATO, y el otro SARVIO.)

VIRIATO.

Por donde quieres que huyamos,
Servio?

SERVIO.

Yo por do quisieres.

VIRIATO.

Camina, qué floxo eres!
Tú ordenas que aqui muramos.
No ves, triste, que nos siguen
Mil hierros para matarnos?

SERVIO.

Imposible es escaparnos
De aquellos que nos prosiguen:
Mas di, qué piensas hacer?
O qué medio hay que nos cuadre?

VIRIATO.

A una torre de mi padre
Me pienso ir á esconder.

SERVIO.

Amigo, bien puedes irte,
Que yo estoy tan flaco y laso
De hambre, que un solo paso
No puedo dar ni seguirte.

VIRIATO.

Qué, no quies venir?

SERVIO.

No puedo.

VIRIATO.

Si no puedes caminar,
Ahi te habrá de acabar
La hambre, la espada, ó miedo.
Y voime, porque ya temo

Lo que el vivir desbarata,
O que la espada me mata,
O que en el fuego me quemo.

(Vase y sale TEOGENES con dos espadas desnudas, y ensangrentadas las manos, y como SERVIO le ve venir, huyese y éntrase dentro.)

TEOGENES.

Sangre de mis entrañas derramada,
Pues sois aquella de los hijos mios:
Mano contra ti misma acelerada,
Llena de honrosos y crueles brios:
Fortuna en daño nuestro conjurada:
Cielos de justa piedad vacios,
Ofrecedme en tan dura amarga suerte
Alguna honrosa aunque cercana muerte!
Valientes Numantinos, haced cuenta
Que yo soy algun perfido Romano,
Y vengad en mi pecho vuestra afrenta,
Ensangrentando en él la espada y mano.

(Arroja la una espada de la mano.)

Una de estas espadas os presenta
Mi airada furia, mi dolor insano,
Que muriendo en batalla no se siente
Tanto el rigor del ultimo accidente:
Y el que privare del vital sosiego
Al otro, por señal de beneficio
Entregue el desdichado cuerpo al fuego,
Que este será bien piadoso oficio.
Venid, qué os deteneis? acudid luego,

Haced ya de mi vida sacrificio,
Y esa terneza que teneis de amigos
Volved en rabia fiera de enemigos.

UN NUMANTINO.

A quién, fuerte Teogenes, invocas?
Qué nuevo modo de morir procuras?
Paraqué nos incitas y provocas
A tantas desiguales desventuras?

TEOGENES.

Valiente Numantino, sino apocas
Con el miedo tus bravas fuerzas duras,
Toma esa espada, y matate conmigo
Ansi como si fuese tu enemigo,
Que esta manera de ntorir me aplaco
En este trance mas que otra alguna.

NUMANTINO.

Tambien á mi me agrada y satisface,
Pues que lo quiere ansi nuestra fortuna;
Mas vamos á la plaza adonde yace
La hoguera á nuestras vidas importuna,
Porque el que alli venciere, pueda luego
Entregar el vencido al duro fuego.

TEOGENES.

Bien dices, y camina, que se tarda
El tiempo de morir como deseo,
Ora me mate el hierro, ó el fuego me arda,
Que gloria nuestra en qualquier muerte veo.

(Entrase.)

## SCENA IV.

(CIPION, JUGURTA, QUINTO FABIO, GAYO MARIO, y algunos soldados Romanos.)

CIPION.

Si no me engaña el pensamiento mio,
O salen mentirosas las señales,
Que habeis visto en Numancia, del estruendo
Y lamentable son, y ardientes llamas,
Sin duda alguna que recelo y temo
Que el barbaro furor del enemigo
Contra su propio pecho no se vuelva:
Ya no parece gente en la muralla,
Ni suenan las usadas centinelas,
Todo está en calma y en silencio puesto
Como si en paz tranquila y sosegada
Estuviesen los fieros Numantinos.

GAYO MARIO.

Presto podrás salir de aquesa duda,
Porque si tu lo quieres, yo me ofrezco
De subir sobre el muro, aunque me ponga
Al riguroso trance que se ofrece,
Solo por ver aquello que en Numancia
Hacen nuestros soberbios enemigos.

CIPION.

Arrima pues, o Mario, alguna escala
A la muralla, y haz lo que prometes.

GAYO MARIO.

Id por la escala luego, y vos, Ermilio,
Haced que mi rodela se me traiga,
Y la celada blanca de las plumas,

Que á fe que tengo de perder la vida,
O sacar desta duda al campo todo.

ERMILIO.

Ves aqui la rodela y la celada,
La escala vesla allí la trae Olimpio.

GAYO MARIO.

Encomendadme á Jupiter inmenso,
Que yo voy á cumplir lo prometido.

CIPION.

Alza mas alta la rodilla, Mario,
Y encoje el cuerpo, y cubre la cabeza:
Animo, que ya llegas á lo alto.
Qué ves?

GAYO MARIO.

O santos Dioses! y qué es esto?

JUGURTA.

De qué te admiras?

GAYO MARIO.

De mirar de sangre
Un roxo lago, y de ver mil cuerpos
Tendidos por las calles de Numancia.

CIPION.

Qué no hay ninguno vivo?

GAYO MARIO.

Ni por pienso;
A lo menos ninguno se me ofrece
En todo quanto alcanzo con la vista.

CIPION.

Salta pues dentro, y miralo bien todo.

(Salta GAYO MARIO en la ciudad.)

Siguele tú tambien, Jugurta, amigo;
Mas sigamosle todos.

JUGURTA.

No conviene
Al oficio que tienes, esta impresa,
Sosiega el pecho, buen señor, y espera
Que Mario vuelva o yo con la respuesta
De lo que pasa en la ciudad soberbia:
Tened bien esa escala. O cielos justos!
Y quan triste espectáculo y horrendo
Se me ofrece á la vista! ó caso estraño!
Caliente sangre baña todo el suelo:
Cuerpos muertos ocupan plaza y calles:
Dentro quiero saltar, y verlo todo.

(Salta JUGURTA en la ciudad, y dice QUINTO FABIO.)

QUINTO FABIO.

Sin duda que los fieros Numantinos
Del bárbaro furor suyo incitados,
Viéndose sin remedio de salvarse,
Antes quisieron entregar las vidas
Al filo agudo de sus propios hierros,
Que no á las vencedoras manos nuestras
Aborrecidas dellos lo posible.

CIPION.

Con uno solo que quedase vivo
No se me negaria el triunfo en Roma
De haber domado esta nacion soberbia
Enemiga mortal de nuestro nombre,
Constante en su opinion, presta, arrojada
Al peligro mayor y duro trance,

De quien jamas se alabará Romano
Que vió la espalda vuelta al Numantino,
Cuyo valor, cuya destreza en armas
Me forzó con razon á usar el medio
De encerrarlos qual fieras indomables,
Y triunfar dellos con industria y maña,
Pues era con las fuerzas imposible.
Pero ya me parece vuelve Mario.

(GAYO MARIO torna á salir por las murallas, y dice:)

GAYO MARIO.

En valde, ilustre General prudente,
Han sido nuestras fuerzas ocupadas,
En valde te has mostrado diligente,
Pues en humo y en viento son tornadas
Las ciertas esperanzas de victoria,
De tu industria contino aseguradas:
El lamentable fin y triste historia
De la ciudad invicta de Numancia,
Merece ser eterna la memoria.
Sacado han de su pérdida ganancia,
Quitado te han el triunfo de las manos,
Muriendo con magnánima constancia.
Nuestros disignios han salido vanos,
Pues ha podido mas su honroso intento,
Que toda la potencia de Romanos.
El fatigado pueblo en fin violento
Acabó la miseria de su vida,
Dando triste remate al largo cuento.
Numancia está en un lago convertida
De roxa sangre y de mil cuerpos llena,

De quien fué su rigor propio homicida:
De la pesada y sin igual cadena
Dura de esclavitud se han escapado
Con presta audacia de temor agena.
En medio de la plaza levantado
Está un ardiente fuego temeroso,
De sus cuerpos y haciendas sustentado.
A tiempo llegué á verlo, que el furioso
Teogenes, valiente Numantino,
De fenecer su vida deseoso,
Maldiciendo su corto amargo signo,
En medio se arrojaba de la llama
Lleno de temerario desatino.
Y al arrojarse dixo: ó clara fama,
Ocupa aqui tus lenguas y tus ojos
En esta hazaña que á cantar te llama!
Venid, Romanos, ya por los despojos
Desta ciudad en polvo y humo envueltos,
Y sus flores y frutos en abrojos.
De alli con pies y pensamientos sueltos
Gran parte de la tierra he rodeado,
Por las calles y pasos mal revueltos,
Y á un solo Numantino no he hallado
Que poderte traer vivo siquiera
Para que fueras dél bien informado
Por qué orasion, de qué suerte ó manera
Cometieron tan grande desvario,
Apresurando la mortal carrera.

CIPION.

Estaba por ventura el pecho mio
De bárbara arrogancia y muertes lleno,
Y de crueldad justisima vacio?

Es por ventura de mi condicion ageno
Usar benignidad con el rendido,
Como conviene al vencedor que es bueno?
Mal por cierto teniades conocido
El valor en Numancia de mi pecho,
Para vencer y perdonar nacido.

QUINTO FABIO.

Jugurta te hará mas satisfecho,
Señor, de aquello que saber deseas,
Que veste vuelve lleno de despecho.

(Torna JUGURTA por la mesma muralla.)

JUGURTA.

Prudente General, en vano empleas
Mas aqui tu valor, vuelve á otra parte
La industria sin igual de que te arreas.
No hay en Numancia cosa en que ocuparte,
Todos son muertos ya, solo uno creo
Que queda vivo, para el triunfo darte.
Alli en aquella torre, segun veo,
Alli denantes un muchacho estaba,
Turbado en vista y de gentil arreo,

CIPION.

Si eso fuese verdad, eso bastaba
Para triunfar en Roma de Numancia,
Que es lo que mas a ora deseaba.
Lleguemonos allá, y haced instancia.
Como el muchacho vuelva á nuestras manos
Vivo, que es lo que agora es de importancia.

VIRIATO desde la torre

Dónde venis? ó qué buscais, Romanos?
Si en Numancia quereis entrar por suerte,

Hareislo sin contraste á pasos llanos.
Pero mi lengua desde aqui os advierte
Que yo las llaves mal guardadas tengo
Desta ciudad, de quien triunfó la muerte.

CIPION.

Por esas, joven, deseoso vengo,
Y mas de que tu hagas experiencia
Si en este pecho piedad sostengo.

VIRIATO.

Tarde, cruel, ofreces tu clemencia,
Pues no hay en quien usarla, que yo quiero
Pasar por el rigor de la sentencia,
Que consuelo amargo lastimero
De mis padres y patria tan querida
Causó el último fin terrible y fiero.

QUINTO FABIO.

Dime, tienes por suerte aborrecida
Ciego de un temerario desvario,
Tu floreciente edad, tu tierna vida?

CIPION.

Templa, pequeño joven, templa el brio
Y sugeta el valor tuyo y pequeño
Al mayor de mi honroso poderio.
Que desde aqui te doy mi fe, y empeño
Mi palabra, que solo de ti seas
Tú mismo el propio y conocido dueño;
Y que de ricas joyas y preseas
Vivas lo que vivieres, abastado,
Como yo podré darte, y tú deseas,
Si á mi te entregas, y te das de grado.

VIRIATO

Todo el furor de quantos ya son muertos

En este pueblo en polvo reducido,
Todo el huir los pactos y conciertos,
Ni el dar á sujecion jamas oido,
Sus iras y rencores descubiertos
Está en mi pecho todo junto unido;
Yo herede de Numancia todo el brio,
Ved si pensar vencerme es desvario.
Patria querida, pueblo desdichado,
No temas ni imagines que delire
De lo que debe hacer en ti engendrado,
Ni que promesa ó miedo me retire,
Ora me falte el suelo, el cielo, el hado,
Ora á vencerme todo el mundo aspire,
Que imposible será que yo no haga
A tu valor la merecida paga.
Que si á esconderme aqui me truxe el miedo
De la cercana y espantosa muerte,
Ella me sacará con mas denuedo,
Con el deseo de seguir tu suerte;
Del vil temor pasado, como puedo
Haré ahora la enmienda osado y fuerte,
Y el error de mi edad tierna inocente
Pagaré con morir osadamente.
Yo os aseguro, ó fuertes ciudadanos,
Que no falte por mi la intencion vuestra
De que no triunfen pérfidos Romanos,
Si ya no fuere de ceniza nuestra.
Saldrán conmigo sus intentos vanos,
Ora levanten contra mi su diestra,
O me asesaren con promesa cierta,
A vida y á regalos, ancha puerta.
Teneos, Romanos, sosegad el brio,

Y no os canseis en asaltar el muro,
Que aunque fuera mayor el poderio
Vuestro, de no vencerme os asegura,
Pero muéstrese ya el intento mio,
Y si ha sido el amor perfecto y puro
Que yo tuve á mi patria tan querida,
Asegúrelo luego esta caida.

(Aqui se arroja de la torre, y dice CIPION:)

CIPION.

O nunca vista memorable hazaña,
Digna de anciano y valeroso pecho,
Que no solo á Numancia, mas á España
Has adquerido gloria en este hecho!
Con tu viva virtud, y heroyca, estraña,
Queda muerto y perdido mi derecho:
Tú con esta caida levantaste
Tu fama y mis victorias derribaste.
Que fuera aun viva, y en su ser Numancia
Solo por que vivieras, me holgara,
Que tú solo has llevado la ganancia
Desta larga contienda, ilustre y rara.
Lleva pues, niño, lleva la jactancia,
Y la gloria que el cielo te prepara,
Por haber, derribándote, vencido
Al que subiendo queda mas caido.

(Suena una trompeta, y sale la FAMA.)

FAMA.

Vaya mi clara voz de gente en gente,
Y en dulce y suavisimo sonido
Llene las almas de un deseo ardiente

De

De eternizar un hecho tan subido.
Alzad, Romanos, la inclinada frente,
Llevad de aqui este cuerpo, que ha podido
En tan pequeña edad arrebataros
El triunfo que pudiera tanto honraros:
Que yo que soy la Fama pregonera,
Tendré cuidado, enquanto el alto cielo
Moviere el paso en la subida esfera,
Dando fuerza y vigor al baxo suelo,
De publicar con lengua verdadera
Con justo intento y presuroso vuelo
El valor de Numancia, unico y solo,
De Batro a Tile, y de uno al otro Polo.
Indicio ha dado esta no vista hazaña
Del valor que en los siglos venideros
Tendrán los hijos de la fuerte España,
Hijos de tales padres herederos:
No de la muerte la feroz guadaña,
Ni los cursos de tiempos tan ligeros
Harán que de Numancia yo no cante
El fuerte brazo y ánimo constante:
Hallo sola en Numancia todo quanto
Debe con justo titulo cantarse
Y lo que puede dar materia al canto,
Para poder mil siglos ocuparse:
La fuerza no vencida, el valor tanto,
Dino de en prosa y verso celebrarse;
Mas pues de esto se encarga mi memoria
Dése felis remate á nuestra historia.

# Das Trauerſpiel Numancia.

Roms Heeren, die im langen Kampf erſchlaffen,
Numancia frei und kühn entgegenſtunde;
Da nahte des unabwendbarn Schickſals Stunde,
Als Scipio neu der Krieger Zucht erſchaffen.

Umbeſtwerkt nun, verſchmachtend, helfen Waffen
Den Tapfern nicht; ſie weihn im Todesbunde
Sich, Weiber, Kinder, Einer Flamme Schlunde,
Um dem Triumph die Beute zu entraffen.

So triumphirt, erliegend noch, Hiſpania:
Stolz wandeln ihre Heldenblut-Verſtrömer
Zur Unterwelt auf würdigem Kothurne.

Wen Libyen nicht erzeugte, noch Hyrcania,
Der weint, es weinten wohl die letzten Römer
Hier an des letzten Numantiners Urne.

A. W. Schlegel.

# Numancia,

## ein Trauerſpiel

des Miguel de Cervantes Saavedra.

# ERRATAS.

Pag. 5 Lin. 2 Saldado lee Soldade.
— 37 — 5 Sangrem lee Sangre.

# Numancia.

Trauerſpiel

von

## Miguel de Cervantes Saavedra.

Zum Erſtenmale überſetzt aus dem Spaniſchen
in den Versmaaßen des Originals.

Berlin,
bei Julius Eduard Hitzig.

# Erſter Aufzug.

## Sprechende Perſonen.

Scipio, Jugurtha, Caius Marius, zwei Geſandte aus Numancia, Römiſche Soldaten, Quintus Fabius Maximus, Scipio's Bruder.

## Erſte Scene.

(Scipio und Jugurtha treten auf.)

Scipio.

Dies ſchwierige Geſchäfft voll wicht'ger Laſten,
Vom Römiſchen Senat mir aufgegeben,
Läßt nimmer ab, ſo hart mich zu belaſten,
Daß ſchon die Sorgen ihrem Bord entſtreben.
Solch wunderſamer Streifkrieg, ſonder Raſten,
Bezahlt ſchon mit ſo vieler Römer Leben,
Wer wird nicht ſtaunend, ihn zu end'gen, ſinnen,
Wer ſich nicht ſcheu'n, ihn wieder zu beginnen?

Jugurtha.

Wer, Scipio? Wen des Glückes Huld begleitet,
Und niegeſehner Werth, Dir ganz zu eigen,
Weil beides ihm die Sicherheit bereitet,
Daß dieſem Kampf Sieg und Triumph entſteigen.

Scipio.

Der tapfre Muth, von weisem Sinn geleitet,
Zwingt auch die höchsten Gipfel, sich zu neigen,
Indeß die thör'ge Hand voll roher Stärke
Das Ebne selbst verkehrt zum schwiergen Werke.
Doch gilt's nur hier, nach dem, was ich betrachtet,
Den Wahnsinn unsres Heeres zu bezwingen,
Das nicht des Ruhms, nicht der Trophäen achtet,
Gefangen in der glüh'nden Wollust Schlingen.
Dies ist, wonach mein ganz Verlangen trachtet:
Auf neue Weisen unser Volk zu bringen,
Denn, erst gebessert nur die eignen Freunde,
Besieg' ich um so schneller unsre Feinde.
Marius?

(Cajus Marius tritt auf.)

Cajus Marius.

Feldherr?

Scipio.

Nach all' des Lagers Theilen
Laß rufen in demselben Augenblicke,
Daß ohn' um irgend etwas zu verweilen,
Sich Jeglicher hierherzueilen schicke,
Denn einer kurzen Mahnung Spruch ertheilen
Will ich dem Heer.

Cajus Marius.

Ich thu's im Augenblicke.

Scipio.

Geh, denn es ziemt sich, Allen kund zu geben
Mein neu Beginnen und ihr altes Leben.

(Cajus Marius geht ab.)

Jugurtha.

Herr, keinen Krieger giebt's, kann ich Dir sagen,
Dem nicht zugleich Du Lieb' erregst und Schrecken,
Und weil vom Süd bis zum geitirnten Wagen
Dein hoher Ruhm durchströmt der Länder Strecken,
Sinnt eines Jeden Muth, durch grimm'ges Wagen,
Sobald zur Schlacht ihn die Trompeten wecken,
In Deinem Dienste Thaten zu vollbringen,
Die sich noch über die der Fabel schwingen.

Scipio.

Vor Allem ist es Noth, zurückzuhalten
Das Laster, dran sie sämmtlich jetzt erschlaffen,
Denn räumt man dies nicht fort, so hat das Walten
Des guten Rufs mit ihnen nichts zu schaffen.
Darf dieses Uebel noch gemeinsam schalten,
Und läßt man seine Gluth mehr um sich raffen,
So kann uns Laster schlimmern Krieg beginnen,
Als unsrer Feinde Heer von jenen Zinnen.

(Drinnen wird folgender Befehl ausgerufen, nachdem vorher der Trommelschläger zum Antreten geschlagen hat.)

Dies ist unsres Feldherrn Wort:
Seinem Wink alsbald gewärtig
Sei in Waffen Jeder fertig
Auf des Lagers Sammlungsort.
Um der Musirung zu entweichen,

Möge Niemand ſich verweilen,
Sonſt wird aus der Liſte Zeilen
Gleich man ſeinen Namen ſtreichen.

Jugurtha.

Nicht zweifl' ich, Herr, es ſeie wohlgerathen,
Das Kriegsvolk zu umfahn mit harten Schranken,
Die Zügel gleich zu kürzen dem Soldaten,
Wo er auf's Unrecht hinſtürmt die Gedanken;
Klein wird des Heeres Kraft und ſeine Thaten,
Wenn Recht und Ordnung ſonder Anhalt wanken,
Und mag ſich's auch zu ganzen Haufen zieren
Mit glänzenden Geſchwadern und Panieren.

(Hier treten ſo viel Soldaten, als möglich, auf, worunter Cajus Marius, alle auf alte Weiſe bewaffnet, ohne Flinten: Scipio beſteigt ein Felsſtück, welches ſich auf der Scene befindet, und ſpricht, die Soldaten betrachtend.)

Scipio.

Am ſtolzen Anſtand, an des Helms Gefieder,
Und wie ſich freud'ger Kriegsſchmuck ſonſt verkündet,
Erkenn' ich wohl Euch, Freund', als Römer wieder,
Als Römer, ſag' ich, ſtark und muthentzündet;
Doch ſeh' ich auf die weiſſen Hände nieder,
Und wie ſich zart und hell Eu'r Antlitz ründet,
So ſcheint Ihr in Bretagne mir geſäuget,
Und von Flamänd'ſchen Vätern All' erzeuget.
Dies Eu'r gemeinſam ſorglos Thun, ihr Freunde,

Dies nicht Beachten Eurer groſsen Pflichten,
Dies nur ſtellt aufrecht die gefall'nen Feinde,
Und droht, Euch Muth und Ruhm faſt zu vernichten.
Die Mauern jener trotzenden Gemeinde,
So noch empor, gleich ſicherm Fels, ſich richten,
Bezeugen Eurer Kräfte eitles Treiben,
Die nur nach der Benennung römiſch bleiben.
Dünkt's, meine Krieger, Euch ein ſchön Bezeigen,
Daß vor dem Namen Rom's die Länder zittern,
Und Euch allein in Spanien ihn zu beugen
Beſchieden iſt, und tief ihn zu erſchüttern?
Welch' unerhörte Schwäche ward Euch eigen?
Welch' eine Schwäche? Doch es läßt ſich wittern,
Die Schwäch' erwuchs Euch aus der Trägheit Saaten,
Der tödtlichen Verderbrin kühner Thaten.
Der Venus Huld und Mavors hartes Streiten,
Sie ſchlieſſen niemals dauernde Verbindung,
Weil jen' auf Labung ſinnt, er, zu bereiten
Schädliche Kunſt, und blut'gen Zorns Erfindung.
Uns ſtehe Cyprus Göttin nun von weiten,
Dem Lager fern ſei ihres Sohns Erblindung,
Denn ſchlimm wohnt unter kriegriſch lein'nen Dächern,
Wer ſich an Feſtgelagen freut und Bechern.
Denkt Ihr, daß ſich die Mauern niederſtrecken
Nur vor des Widders erzbeſchlagner Spitze?

Daß, um ein Heer zu ſchlagen und zu ſchrecken
Nur Zahl der Krieger und der Waffen nütze?
Läßt weder Muth noch Klugheit ſich erwecken,
Dran ſich das Ganze vorbereit' und ſtütze,
So fruchtet wenig großer Schaar Gedränge,
Und minder noch endloſen Vorraths Menge.
Wenn ſich nach ächter Kriegszucht guten Sitten
Ein noch ſo kleines Heer gewöhnt zu trachten,
So leuchtet es wie Sonn' in Tages Mitten,
Erwünſchte Siege werden ſeine Schlachten.
Doch iſt es ab zur Weichlichkeit geſchritten,
Und wär's für eine kleine Welt zu achten,
So wird's in einem Augenblick zerrinnen
Vor mehr gezähmter Schaar und kräft'gern Sinnen.
Von Schaam ſeid, tapfre Krieger, übergoſſen,
Zu ſehn daß, uns zum Trotz, mit keckem Walten
So wen'ge Spanier, und ſchon eingeſchloſſen,
Noch ſtets in ihrem Neſt Numancia ſchalten.
Schon ſechzehn Jahre ſind und mehr verfloſſen,
Daß ſie im Krieg ihr Prahlen ſich erhalten:
Erlegen ſei'n, vor ihrer Fauſt ergrauſend,
Der Römer Tauſend und noch aber Tauſend.
Ihr ſelbſt allein bezwingt Euch, Ihr, bezwungen
Von weibiſchen phantaſtiſchen Gelüſten;
Durch Venus und durch Bachus feſt umſchlungen,
Bewegt Ihr keine Hand, um Euch zu rüſten.

Durchdring' Euch jetzt, hat ſie Euch nicht durchdrungen,
Die Schmach, daß ſich die wen'gen Spanier brüſten,
Sich gegen Rom's gewalt'ge Macht vertheid'gend,
Je mehr erlegen, um ſo mehr beleid'gend.
Aus unſers Lagers Zirk ſoll man vertreiben,
Ich will's, die ſchändlichen Buhldirnen plötzlich,
Denn dieſer Wurzel iſt es zuzuſchreiben,
Daß wir in Uebeln ſtehn, faſt unerſetzlich.
Zum Trinken mög' ein eing'ger Becher bleiben,
Und die Ruhſtätten, vormals ſo ergötzlich,
An Beiſchläf'rinnen reich, ſoll man vernichten,
Und von Reisbündeln an der Erd' errichten.
Nicht andern Duft will ich am Krieger haben,
Als den Geruch, den Pech und Harz verbreiten,
Nicht, um die gier'ge Leckerheit zu laben,
Soll das Geſchirr der Küchen ihn begleiten,
Denn wer im Kriege ſucht dergleichen Gaben,
Dem drückt der Harniſch bald die ſchwachen Seiten:
Nichts von Gedüften oder ſonſt Genüſſen,
So lang' wir Spanier in Numancia wiſſen!
Und nicht, Ihr Männer, müßt Ihr drückend nennen,
Und hart nicht meinen höchſt gerechten Willen,
Denn ſeinen Nutzen ſollt Ihr einſt erkennen,
Wenn Eure Wünſche ſich durch ihn erfüllen.
Ich weiß, Ihr werdet nur mit Müh' Euch trennen
Von Eurer Weiſ' um neuer Sitte willen,

Doch ändert Ihr sie nicht, bleibt Ihr belästigt,
Vom Krieg, den diese Schmach nur mehr befestigt.
In weichen Betten, unter Wein und Spielen
Haust Mavors nicht, der arbeitsame, harte;
Der sucht nach andrer Rüstung, andern Zielen,
Ihm schwingen andre Arme die Standarte;
Jedweder muß sein Schicksal selbst erzielen,
Bethört, wer hier auf Glückes Beistand harrte,
Die Trägheit wird sich niedres Glück erziehen,
Die Thätigkeit Herrschaft und Monarchieen.
Doch weiß ich, röm'schen Vätern angehörig,
Müßt Ihr dem Ursprung endlich Zeugniß stellen,
Drum halt ich jene Mauer schwach, und thörig
Den Kampf barbarisch spanischer Rebellen,
Und so bei meiner Rechten sag' und schwör' ich,
Wenn Euerm Muth die Hände sich gesellen,
Soll'n meine sich, Euch zu besolden, regen,
Und meine Zunge, Preis Euch beizulegen.

(Die Kriegsleute sehen einander an, und winken Einem von ihnen, dem Cajus Marius, daß er für Alle antworte, welcher folgendermaßen spricht.)

Cajus Marius.

Wenn aufmerksam sich Deine Augen neigten,
Ruhmvoller Held, auf Stirnen so, als Wangen,
Die Alle Deinen kurzen Reden zeigten,
So viel hierher, um Dich zu hören drangen,
So sahst Du Welche, die farblos erbleichten,
Und Ander' erglüh'nd. Ein Zeugniß, daß sie rangen

Mit Furcht und auch mit Schaam, die ihre Seelen
Zugleich belaſten, ängſtigen und quälen.
Schaam, ſich in ſolchem Zuſtand zu betrachten,
In den ſie ſelber ſich geſtürzt, die Schuld'gen,
Und nun umſonſt, von Dir getadelt, trachten
Zum Theil ſich ihres Fehls nur zu entſchuld'gen,
Furcht um ſo manch Vergehn, das ſie vollbrachten.
Und ihrer blöden Trägheit Selbſtbeſchuld'gen,
Das Alles macht, daß ſie's mit Luſt erwürben,
Wenn ſie, ſtatt dieſer Schmach, des Todes ſtürben.
Doch weil noch Zeit und Raum für ſie geblieben,
Zu zeigen, wie zur Beſſ'rung ſie ſich lenken,
Mag nicht mit voller Kraft an ihnen üben
Die Strenge ſolches Schimpfs ihr bitt'res Kränken;
Von heut' an wird mit freudig will'gen Trieben
Auch der Geringſt' aus dieſen nur bedenken,
Wie er's in Deinem Dienſte mög' erringen,
Gut, Leib und Ehre opfernd darzubringen.
Nimm auf, o Herr, was ſie zu bieten ſtreben,
Vorſätze, die geheiltem Will'n entſtammen,
Bedenk, in Allen doch wallt römiſch Leben,
Dem nimmer ganz verlöſchten muth'ge Flammen.
Auf, Ihr, die rechten Hände zu erheben,
Bejah'nd: Ihr ſtimmt in mein Gelübd zuſammen.

Einige Soldaten.

Du ließt aus unſerm Sinn das Rechte hören,
Und wir beſchwören's Alle.

Alle.

Ja, wir ſchwören.

Scipio.

Nun dann, von dem, was Ihr verhießt, getragen,
Wird mein Vertrau'n ſich wachſend jetzt beweiſen,
Wenn Euch im Buſen wächſt ein tapfres Wagen,
Und Euer altes Thun zu neuen Weiſen;
Laßt die Verheißung nicht vom Wind verjagen,
Macht ſie wahrhaft mit Eures Speeres Eiſen,
Denn meine wird ſo wahrhaft ſich erzeigen,
Als Eurer Wahrheit Kraft Euch bleibt zu eigen.

Ein Soldat.

Zwei Numantiner, die Geleit verlangen,
Sind als Geſandtſchaft an Dich eingetroffen.

Scipio.

Was hält ſie, daß ſie nicht hierher gelangen?

Soldat.

Daß ſie noch auf Vergunſt von Dir erſt hoffen.

Scipio.

Sind ſie Geſandte, gilt ſchon ihr Verlangen.

Soldat.

Geſandte ſind's.

Scipio.

So laß den Zutritt offen,
Denn was der Feind auch meint uns zu erklären:

Wahr oder Falsch, muß Vortheil stets gewähren.
Nie konnte ja sich Falschheit so verstecken
In Wahrheitsschein, daß nicht durch eine Pforte,
Durch irgend einen Wink, sich ließ' entdecken,
Es laure Bosheit am verborg'nen Orte.
Mehr immer hilft als schadet's unsern Zwecken,
Achtsam zu hören auf des Feindes Worte;
Erfahrung lehrt aus manchen Kriegsthaten
Dies sei durch sichre Wissenschaft gerathen.

(Zwei Numantiner Abgesandte treten auf, ein Erster und Zweiter.)

Erster.

Willst Du uns günstig, guter Herr, vergönnen,
Zu sprechen, wie man's uns hat aufgetragen,
Ob jetzt, ob wir allein vor Dir begönnen,
Sind wir bereit, was uns herführt, zu sagen.

Scipio.

Sagt's. Wo ich bin, soll man mich sprechen können.

Erster.

So will ich unterm Schutz, uns angetragen
Von Deiner königlichen Huld, nicht weilen,
Dem, was mich herbringt, Anfang zu ertheilen.
Numancia, die als Bürger wir bewohnen,
Ruhmvoller Feldherr, schickt Dir diese Sendung,
Dem größten aller Römischen Scipionen,
Den Nacht und Tag je sahn in ihrer Wendung.
Sie bittet, Herr, Du wollst ihr Zutrau'n lohnen,

Die Hand ihr friedlich reichend zur Beendung
Des grauſen Streit's, in dem manch Jahr verfloſſen,
Und dem ihr Schad' und auch der Dein' entſproſſen.
Sie ſpricht, ſie hätte nimmer den Geſetzen
Des Römiſchen Senat's den Will'n entzogen,
Nur daß unleidlich Heiſchen und Verletzen
Bald des, bald jenes Conſuls an ihr ſogen.
Die wußten hart Verordnungen zu ſetzen,
Und, von engherzig geiz'gem Sinn bewogen,
In ſolch ein Joch den Hals uns einzuſchließen,
Daß wir gezwungen Joch und Herrn verließen,
Und in der ganzen langen Zeit, entſchwunden
Für beide Parten im raſtloſen Streiten,
Hat wahrlich noch kein Feldherr ſich gefunden,
Mit welchem der Vertrag ſtand einzuleiten.
Doch weil nun das Geſchick in dieſen Stunden
So guten Port will unſerm Schiff bereiten,
So ziehn wir willig ein des Krieges Seegel,
Bereit für jeglicher Vermittlung Regel.
Und wähne nicht, daß Furcht dahin uns brachte,
Daß wir Dich jetzt anrufen um den Frieden,
Indem Erfahrung längſt ja kundbar machte,
Wie Kraft und Muth Numancia nimmer mieden
Man that's, weil Deiner Tugend man gedachte,
Durch die Gewinn und Heil uns wird beſchieden,

Das

Das größte, ſo wir wüßten zu verlangen,
Wenn wir zum Herrn und Freunde Dich erlangen.
Zu dieſem Endzweck ſind wir hergeſendet.
Erwiedr' uns, Herr, was gut Dir mag erſcheinen.

Scipio.

Spät habt Ihr zum Bereuen Euch gewendet,
Nicht kann ich Eurer Freundſchaft mich vereinen.
Auf! Neu die Kraft des Armes angewendet!
Denn proben will ich nun die Macht des meinen,
Weil das Geſchick ihm einmal gab die Waffen,
Mir Glorie, Euch den Untergang zu ſchaffen.
Schaamloſes Dräu'n, in ſoviel langen Jahren,
Wird nicht geſühnt durch dies um Friede Bitten.
Verfolgt den Krieg; es ſei'n die tapfern Schaaren
Zu neuen Uebeln neu in's Feld geſchritten.

Zweiter Geſandte.

Ein falſch Vertrau'n muß Täuſchung oft erfahren.
Bedenke was Du thuſt. Die ſtolzen Sitten,
Herr, welche dieſer Hochmuth uns entfaltet,
Erneu'n die Kraft, die uns im Arme waltet.
Und weil den Frieden, welchen wir erbeten
Aufricht'gen Sinnes, Du nicht willſt ertheilen,
Wird alle Gunſt von Himmels hohen Räthen
Nun ſichrer noch auf unſrer Seite weilen.
Eh' Du Numancias Boden magſt betreten,

Sollst Du erproben, wie sich Wunden heilen,
So Jener Furie schlug, die, künftig Feinde,
Vasall'n Dir wollten sein, und treue Freunde.

Scipio.

Habt Ihr noch mehr zu sagen?

Erster.

Nein. Wir haben
Zu handeln jetzt, weil Du es, Herr, erlesen,
Verschmäh'nd der angebot'nen Freundschaft Gaben,
Nicht dem entsprechend, was Du stets gewesen.
Bald schau'st Du, wie uns Muth und Kraft begaben,
Wenn wir, was Du vermagst, aus Thaten lesen.
Denn Eines ist es, von Verträgen sprechen,
Und Andres, durch bewehrte Schaaren brechen.

Scipio.

Du sagst die Wahrheit, und Euch zu belehren,
Ob ich in Krieg und Frieden weiß zu handeln,
Will ich Euch Freundschaft nimmermehr gewähren,
Nie mich zum Freund für Eure Stadt verwandeln.
Und somit könnt Ihr gleich zurücke kehren.

Zweiter.

Dies, Herr, Dein Schluß für jegliches Verhandeln?

Scipio.

Ich sprach schon Ja.

Erſter.

Auf, mit Gefahr zu ſcherzen!
Denn Krieg iſt Luſt für Numantiner Herzen.

(Die Geſandten gehn ab, und Quintus Fabius, Scipio's Bruder, ſpricht:)

Daß unſer Muth in Trägheit war verglommen,
Schafft Euch zu ſolchen Reden das Vertrauen.
Doch nah' ſchon iſt die Zeit, iſt ſchon gekommen,
Die unſern Sieg und Euern Tod ſoll ſchauen.

Scipio.

Kein Prahlen wird in Herzen aufgenommen,
Wo Kraft und Ehre Tempel ſich erbauen,
Drum mindre, Fabius, Dein Bedrohn, und ſchwrige;
Es ſei die Schlacht, die Deinen Werth uns zeige.
Zwar denk' ich, alſo dieſen Krieg zu leiten,
Daß nie der Numantiner mit uns fechte,
Für ſeinen Fall mir Wege zu bereiten,
Wo mehr zu meiner Gunſt erwächſt das Rechte:
Zu Boden ſoll ihm Muth und Faſſung gleiten,
So daß er ſich in eigne Wuth verflechte.
Mit tiefem Graben will ich ſie umſchlingen,
Und ſie durch Hungers Allgewalt bezwingen.
Nicht mehr ſoll Blut, aus Römerbruſt gefloſſen,
Mit ſeiner Farbe dieſes Land begaben;
Genug an dem, was ſchon im Streit vergoſſen.

Im langen, heft'gen, dieſe Spanier haben.
Nun übt nur Eure Hände, Ihr Genoſſen,
Den harten Grund zu hölen und zu graben,
Und rings mit Staube ſei'n bedeckt die Freunde,
Da nicht ſie deckt das Blut erſchlagner Feinde.
Nicht ſoll ſich wer zu hoch für dieſes preiſen,
Und Niemand ſoll ſich dieſer Arbeit ſchämen,
Fleiß ſoll Decurio wie Soldat beweiſen,
Und hier kein Rang ſich irgend Vorzug nehmen.
Ich ſelbſt, ergreife das gewicht'ge Eiſen
Um leicht das harte Erdreich zu bezähmen.
Thut ſo wie ich; ich will in's Werk mich fügen,
Und Jeglichem durch meine Arbeit gnügen.

Quintus Fabius.

Mein edler Herr und Bruder, weiſes Sinnen
Haſt Du auch hierin jetzt uns kund gegeben,
Denn offenbar wär's irrendes Beginnen
Und ein verwegen thörichtes Beſtreben,
Im Kampf den Preis von ſolchen zu gewinnen,
Die toll in Unheil und Verzweiflung leben.
Viel beſſer taugt Dein Rath, ſie zu umſtellen,
Und ihren Muth am Wurzelſtamm zu fällen.
Die Stadt läßt allerwärts ſich leicht umringen,
Bis wo des Fluſſes Well'n ſich an ſie ſchmiegen.

Scipio

Kommt, um ſogleich in Ausübung zu bringen
Den ungewohnten Weg zu neuen Siegen,

Und gönnt uns nur der Himmel jetzt Gelingen,
So muß Hispania unterworfen liegen
Dem Römischen Senat, blos weil das Pochen
So stolzen Volks gezähmt wird und gebrochen.

## Zweite Scene.

(Eine Jungfrau, welche Spanien vorstellt, mit Mauerzinnen gekrönt, eine Burg in der Hand, tritt auf und spricht.)

### Spanien.

Du hoher Himmel, klar in weiter Helle,
Der günst'gen Einfluß stets hernieder regnest
Auf meinen Boden fast an jeder Stelle,
Und ihn bereichernd vor viel andern segnest,
Erbarm Dich meiner bittern Thränenquelle,
Und weil Du Traur'gen gern mit Schutz begegnest,
So wollst auch schützend mich in Noth erfassen,
Denn Spanien bin ich, angstvoll und verlassen.
Es gnüge Dir, was ich vormals erlitten,
Als mir durch Dich die starken Glieder flammten,
Daß Sonnenstrahlen durch mein Inn'res glitten,
Erspäh'nd die dunkeln Sitze der Verdammten.
Tyrannen durften meinen Schatz verschütten,
Und die aus Grácia und Phönizien stammten,
Beherrschten mir das Land, weil Du's geduldet,

Vielleicht auch, weil mein Unrecht es verſchuldet.
Iſt's möglich? Muß durch aller Zeiten Bahnen
Ich unter fremde Herrſchaft ſtets mich ſchmiegen?
Soll ich nie Freiheit ſehn? nie meine Fahnen
Auch nur für kurze Augenblicke fliegen?
Zwar darf auf höchſt gerechten Anſpruch's Mahnen
So ſtrenges Unheil laſtend ob mir liegen,
Weil meinen tapfern und berühmten Kindern
Zwietracht und inn're Groll die Kräfte mindern.
Nie für ihr Heil vereinten ſie zum Bunde
Die muth'gen, aber ſtets getrennten Seelen,
Vielmehr entfernten ſie ſich mehr zur Stunde,
Wo Hülf' und Rath am mind'ſten durfte fehlen;
So luden ſie durch ihrer Zwietracht Kunde
Barbar'ſchen Geiz, ſich dieſes Land zu wählen,
Um hier mit meinen Schätzen ſich zu ſchmücken,
Und mich mit tauſend Gräueln zu bedrücken.
Numancia nur ließ ganz allein vor Allen
Die lichten Klingen aus der Scheide blitzen,
Sie ließ ihr edles Blut aus Wunden wallen,
Die theu're uralte Freiheit ſich zu ſchützen.
Doch ach! Schon ſeh' ich ihre Zeit verfallen,
Die letzte Stunde ſchon am Ruder ſitzen;
Bald ſtürzt ihr Leben, nicht ihr Ruhm zuſammen,
Wie Phönix ſich erneuend aus den Flammen.
Dies Heer ſo vieler furchtſamen Quiriten,

Das ſich zehntauſend Wege ſucht zum Siegen,
Es meidet, je im Kampf die Hand zu bieten
Den Wenigen, die für Numancia kriegen.
O, daß ihm ſeine Pläne nicht geriethen,
Und müßten ſeine Grill'n in Wind verfliegen,
Daß für Numancia, dieſe kleine Veſte,
Aus Jener Schaden auferwüchs' das Beſte!
Doch ach! Es hält der Feind ſie ſchon umgeben,
Nicht nur durch Waffen, die ſich drohend wenden
Auf ihre ſchwache Mau'r; ſein ämſig Streben
Mit unerhörtem Fleiß und ſchnellen Händen,
Konnt' einen Graben, dran ſich Wäll' erheben,
Rings über Höh'n und Thäler hin vollenden;
Die Seit' allein noch an des Fluſſes Wogen
Hat ſich bis jetzt der neuen Liſt entzogen.
So wohnen, eingeſchnürt von feſten Schlingen,
Die Numantiner trüb in ihren Mauern,
Man kann heraus nicht und hinein nicht dringen,
Sie dürfen nicht auf Sturm und Angriff lauern;
Doch ſchon gehemmt ſich ſeh'nd, mit kräft'gem Ringen
In harter Schlachten Hebung auszudauern,
Erheiſchen ſie im wild furchtbaren Grimme
Kriegsthaten oder Tod mit lauter Stimme.
Und weil vor allen nur die eing'ge Seite,
Von Duero's breitem Strome nah' umglitten,
Die iſt, ſo irgend Hülf' und Beiſtand leite

Zu der gefangnen Numantiner Mitten,
So will, eh' Bollwerk sich und Thurm bereite
Auf seiner Fluthen Rücken, ich erbitten
Den weitberühmten Strom, den wellenreichen,
Nach Kräften meinem Volke Schirm zu reichen.
Du holder Duero, deß gewundne Bogen
Den Busen vielfach labend mir befeuchten,
So mögst Du immer seh'n in Deinen Wogen
Goldkörner, wie sie Tajo herführt, leuchten,
So mögen stets, von Wies' und Wald erzogen,
Die schlanken Nymphen, die sonst bald verscheuchten,
Sich mild zu Deinen klaren Wassern neigen,
Und ohne Geiz Dir manche Gunst erzeigen,
Wie jetzt Dein Ohr Du neigst zu meinen Klagen,
Vielleicht erscheinst auch, um sie selbst zu hören;
Wollst Deinem Spiel für Augenblick' entsagen,
Laß nichts, ich flehe, Dich zu helfen stören!
Magst Du die Fluth nicht immer höher tragen,
Und rächend so der Römer Werk zerstören,
So seh' ich jeden Ausweg zugeschlossen
Für's Heil der Numantinischen Genossen.

(Der Fluß Duero tritt auf, nebst drei andern Jünglingen, gleich ihm als Flußgotter gekleidet, welche drei in den Duero fließende Bache sind.)

Duero.

O Mutter und geliebtes Spanien, lange
Verwundete mein Ohr bereits Dein Weinen,
Und wenn ich zögernd jetzt erst hergelange,
Ge schah's, weil ich Dir hülflos muß erscheinen

Der traur'ge Tag, der ſchickſalsvolle, bange,
Er naht Numancia durch Geſtirns Vereinen,
So daß ich fürchtend aber ſicher glaube,
Es ſei der letzten Noth ſchutzlos zum Raube.
Mit Orvion's, Minueſa's, Tera's Wellen,
Die ſich vereint in meinen Strom ergieſſen,
Strebt' ich den Buſen ſo mir anzuſchwellen,
Daß ſchon wir den gewohnten Strand verließen;
Doch ohne Furcht vor meinen raſchen Fällen,
Seh' ich, als ſei's ein Bach, ſich Jen' entſchließen,
(O möchteſt Du es, Spanien, nimmer ſchauen!)
Auf meinen Fluthen Wall und Thurm zu bauen.
Doch ſei's auch, daß die Stern' in harter Lenkung
Dir für Numancia wenig Friſt geſtatten
Bis zu der letzten traurigen Verſenkung,
Weil ſchon ſo weit gekommen ihr Ermatten,
So bleibt ihr doch ein Troſt in ſolcher Kränkung,
Denn nie wird durch Vergeſſens trübe Schatten
Sich ihrer Thaten Sonne je verdunkeln,
Nein, angeſtaunt durch alle Zeiten funkeln.
Und darf auch jetzt der grimm'ge Römer ſtrecken
Sein Heer durch Deine fruchterfüllte Gauen,
Bald dort bedrücken Dich, bald hier Dich ſchrecken
Mit ſtolzem Troß und frechem Selbſtvertrauen,

So kommt die Zeit, denn also konnt's entdecken
Proteus, dem Himmels Gunst vergönnt dies Schauen,
Wo diese Römer sich bezwungen bücken
Vor denen, die sie jetzt zu Boden drücken.
Von fernen Gränzen her seh' ich erscheinen
Ein Volk, den holden Busen Dir zu wahren,
Nachdem, weil Deinem Wunsch sie sich vereinen,
Sie Zügel angelegt den Röm'schen Schaaren.
Die Gothen sind's in lichter Rüstung Scheinen,
Die ihren Ruhm dem Erdkreis offenbaren,
In Deines Innern Sitze sich begebend,
Und dessen Thaten dort auf's Neu' belebend.
Für diese Schmähung naht die Hand sich rächend
Des stolzen Attila in künft'gen Zeiten,
Der herrisch zum so grimm'gen Römer sprechend
Ihn zwingt, nach seinem Will'n sich zu bereiten.
Und durch die Vatican'sche Mauer brechend
Wird Deiner Söhn' und andrer Fremden Streiten
In schnelle Flucht vor ihren tapfern Händen
Des heil'gen Schiffs großen Piloten wenden.
Noch andrer Zeiten Auge mag erkennen
Die hochgeschwungne, blanke Spanierklinge
Ob Röm'schem Hals; dem wird zu athmen gönnen
Nur seines Führers Werth in solcher Schlinge,

Des rühmlichen Albaners: vom Verrennen
Bringt er zurück das Span'ſche Heer, geringe
Durch Kräfte nicht, allein durch wen'ge Schaaren,
Die doch an Muth mit größrer Zahl ſich paaren.
Und wenn ſchon fernre Gegenden erkunden
Den Schöpfer, welchem Erd' und Luft entſtammen,
So wird von dem, der in zukünft'gen Stunden
Als Gottes Vogt die Reiche pflegt mitſammen,
Zu Deiner Kön'ge Ruhm ein Nam' erfunden,
Dem Eifer wohl geziemend, drin ſie flammen:
Catholiſche! Dies wird zum Gruß entboten
Den würdigen Nachkommen tapfrer Gothen.
Doch wer die Hand am höchſten wird erheben,
Dir Preis, und Jedem Freude zu erzeigen,
Bewirkend, daß des Span'ſchen Namens Leben
Vor All'n auf's Beſte ſtrahlt im kühnen Steigen,
Ein König iſt's von deſſen weiſem Streben
Mir hohe Dinge die Gedanken zeigen;
Genannt iſt er, dem Dienſt die Ehre reichet,
Philipp der Andre, dem kein Andrer gleichet.
Für deß glückſeel'ge Herrſchaft iſt's beſchieden,
In Eine Krone knüpfend, zu verändern
Zu allgemeinem Heil und Deinem Frieden
Die einſt getheilte Kraft von dreien Ländern.
Der edle Luſitan'ſche Stamm, geſchieden
Seit manchen Jahren ſchon von den Gewändern

Der rühmlichen Caſtilia, wird gewunden
Auf's Neu' um ſie, und altem Staat verbunden.
Wie wirſt Du, theures Spanien, Dir erwerben
Von fremden Völkern Neid ſowohl als Schrecken,
Bei denen roth ſich Deine Klingen färben,
Und im Triumph ſich Deine Banner ſtrecken!
Dies ſchaffe Dir Erleichr'rung in der herben
Bedrängniß, die wohl Thränen Dir muß wecken,
Denn nimmer wird der harte Schluß vermieden,
Den für Numancia das Geſchick beſchieden.

Spanien.

Dein Spruch vermocht's, in meines Jammer's Walten,
Faſt, edler Duero, lindernd mich zu heilen,
Blos weil mich dünkt, daß des Betrug's Gewalten
Kein Wort in dieſer Weiſſagung ertheilen.

Duero.

Deß kannſt Du, Spanien, Dich verſichert halten,
Ob auch ſo frohe Tage noch verweilen.
Und nun leb wohl, denn meine Nymphen winken.

Spanien.

Der Himmel mehre Deiner Fluthen Blinken.

# Zweiter Aufzug.

## Erſte Scene.

### Sprechende Perſonen.

Theogenes und Corabinus nebſt vier andern Numantinern, Regenten von Numancia; Marquinus, ein Zauberer; ein todter Leichnam, welcher zu ſeiner Zeit erſcheint. Sie ſetzen ſich zur Rathsverſammlung, und die vier Numantiner, welche nicht benannt ſind, unterſcheiden ſich folgendermaaßen: Erſter, Zweiter, Dritter, Vierter.

Theogenes.

Wie mich's bedünkt, Ihr muthigen Genoſſen,
Seh' ich zu unſerm Unheil Strahlen brechen
Ein trüb' Geſtirn, und feindlich hat beſchloſſen
Das Schickſal, uns ſo Kraft als Kunſt zu ſchwächen.
Es halten uns die Römer eingeſchloſſen,
Die feigen Armes unſern Staat zerbrechen,

Nicht können wir im Tode Tod vertheilen,
Noch sonder Flügel auch von hier entrinnen.
Und nicht, daß die nur, uns zum Fall, erwachen,
Die wir so viele Mal schon überwunden,
Auch Spanier sind es, die Gemeinschaft machen,
Den Weg zu unserm Herzen zu erkunden.
Nie mögst du, Himmel, solcher Bosheit lachen,
Nein, blutend ehr den leichten Fuß verwunden,
Der sich zu schaden wendet seinem Freunde,
Die Untreu noch begünstigend dem Feinde.
Seht, ob Ihr irgendwo ein Mittel findet,
Um so gewalt'gem Unheil zu entweichen,
Weil der Verrennung Mühsal uns verkündet
Nichts, als ein bald'ges Grab für unsre Leichen.
Uns wehrt's der Graben, der uns breit umwindet,
Das Glück zu proben mit der Waffen Streichen,
Obgleich oft tapfre Arme voller Stärke
Die Hindrung brachen vieler tausend Werke.

Corabinus.

Möcht' es der große Jupiter gebieten,
Daß unsre Jugend ganz allein sich fände
Mit all' dem muth'gen Heere der Quiriten,
Wo nichts den Arm in freier Schwingung bände!
Dort würde selbst der Tod umsonst verbieten,
Daß sich die Kraft der wackern Spanierhände
Nicht breite Pfade wüßte zu erringen,
Um Heil dem Numantinervolk zu bringen.

Doch weil es nun so weit mit uns gekommen,
Daß wir uns sehn gleich Gemsen eingeschlossen,
So sei von uns noch Alles unternommen,
Zu zeigen, daß wir kühn sind und entschlossen.
Laßt unsern Feinden Aufforderung zukommen
Auf einzeln Kampf. Vielleicht daß sie, verdrossen
Ermüdender Belagrung, sich verständ'gen
Mit uns, auf diesem Weg sie zu beend'gen.
Und ob sich dieser Rath auch nicht bewähre,
Wie ihn ermißt ein billiges Verlangen,
So gibt's noch andren Weg, der Trost gewähre;
Zwar dünkt mich, werd' er mühsamer gegangen.
Die Mau'r, den Graben, so zum Feindesheere,
Das dort wir schau'n, uns hindert, zu gelangen,
Wir brechen sie vereint zu nächt'ger Stunde,
Und suchen Hülf' in ferner Freunde Bunde.

Erster Numantiner.

Sei's durch den Graben oder sei's im Tode,
Bahn müssen wir eröffnen unserm Leben,
Denn unduldbares Weh bricht aus dem Tode
Der naht, wenn noch am mehrsten lebt das Leben.
Arznei für alle Leiden liegt im Tode,
Wo die sich wachsend mehren mit dem Leben,
Und pflegt so schön're Heilung zu erwerben,
Jemehr sich's ehrbar läßt und rühmlich sterben.

Zweiter.

Wie ließe rühmlicher das Band ſich kürzen,
Das unſre Leiber anknüpft unſern Geiſtern,
Als wenn wir uns in Röm'ſche Waffen ſtürzen,
Und kräft'gen Arms der Feinde Viel bemeiſtern?
Bleib' in der Stadt, wer Feigheit und Beſtürzen
Zu künden Luſt hat, die ſein Herz entgeiſtern;
Ich finde meine Luſt in Tod's Erringung,
Sei's frei im Feld, ſei's an des Wall's Umſchlingung.

Dritter.

Des Hungers unerträgliches Ermatten,
Der uns umſchließt mit alſo ſteten Plagen,
Dringt mich, zu Eurer Meinung mich zu gatten,
Wie hart ſie und wie drohend ſei zu wagen;
Wir fliehn vor ſolcher Noth in Todesſchatten;
Wer nun nicht Tod aus Hunger will ertragen,
Der ſtürze mit zum Graben, und erfechte
Den Pfad zur Rettung mit bewehrter Rechte.

Vierter.

Noch vor des wagend harten Thun's Beginnen,
Zu dem vereint jetzt Eure Stimmen riethen,
Scheint es mir gut, von unſrer Mauer Zinnen
Dem ſtolzen Feinde Botſchaft zu entbieten,
Ob wir zum Kampf nicht ſichres Feld gewinnen
Für einen Numantiner und Quiriten;

Dann

Dann gäb' des Einen Tod den Spruch der Richtung,
Und unſers alten Streites letzte Schlichtung.
Die Römer ſind zu jedem Hochmuth fertig,
Sie laſſen gleich die Bahn des Kampfes offen,
Und wenn ſie's thun, bin ich auch deß gewärtig,
Daß unſer Jammer hat ſein Ziel getroffen,
Denn hier ſteht Corabinus gegenwärtig,
Von deſſen Werth ich zweifelsohn darf hoffen,
Daß er aus dreier tapfrer Römer Händen
Allein den Sieg vermöchte zu entwenden.
Auch mag zu unſerm Nutz Marquinus ſpüren,
Er, ein Wahrſager, ſo berühmt und weiſe,
Wie Stern' uns und Planeten Tod berführen,
Wie ein ruhmvolles End' auf ihrer Reiſe,
Und wie er wohl ein Mittel mög' erküren,
Zu wiſſen, ob wir aus dem bangen Kreiſe,
Der ſich grauſam belagernd um uns fügte,
Als Sieger künftig gehn, ob als Beſiegte.
Auch muß ich noch vor Allem Euch empfehlen,
Dem Zeus ein Opfer fei'rlich darzubringen,
Von dem wir leicht viel mehr Vergeltung zählen,
Als wir zu ſchenken ihm jemals erſchwingen.
Mög' heilend uns die Wunde zu verhehlen
Des eingewohnten Laſters bald gelingen!
Vielleicht dann führt, auch wechſelnd in Entſchlüſſen,
Geſchick, bisher streng, uns zu Genüſſen.

Zum Sterben mangelt nimmer dem die Stunde,
Der in Verzweiflung sterbend will erblassen;
Stets finden wir die rechte Zeit und Stunde,
Um sterbend unsre Kühnheit schau'n zu lassen.
Doch daß uns nicht umsonst vergeh' die Stunde,
So prüft, ob was ich rieth, für Euch mag passen,
Und dünkts Euch nicht, so sagt, was man bereite,
Das leidlicher aus aller Noth uns leite.

Marquinus.

Die sinn'ge Rede, so Dein Sinn erdachte,
Muß meiner Einsicht Schluß beifällig loben.
Auf! Daß man Opfer zünde, Stiere schlachte!
Dem Feinde sei die Ausfodrung erhoben,
Indeß ich die Gelegenheit beachte,
Mein kraft'ges Wissen rühmlich zu erproben.
Ich rufe wen aus dunkeln Centrums Schlunde
Der uns der Zukunft Heil und Noth erkunde.

Theogenes.

Ich bin erbötig, wofern Andre dächten,
Daß etwas meiner Kraft sich ließe trauen,
Den Zweikampf, der sich darbeut, auszufechten,
Wenn Glück uns gönnt, genehmigt ihn zu schauen.

Corabinus.

Noch höh'ren Ruhm verdient Dein Werth mit Rechten,
Wohl mögen Deiner Kraft sich anvertrauen
Noch wicht'gre Sachen von den allergrößten,

Weil Du der Beſte biſt vo andern Beſten.
Und weil Dir's wohl gebührt, Dich aufzuſchwingen,
Wo Deinen Muth auf erſtem Platz man preiſe,
Will ich; Dir gern nachſteh'nd in allen Dingen,
Der Herold ſein für dieſe Kampfesreiſe.

Erſter.

So will ich mit dem Volk indeß darbringen,
Was Zeus am mehrſten liebt zu ſeinem Preiſe.
Gebete nähmlich, Opferflammen, Kerzen,
Die man ihm ſpendet aus reuvollen Herzen.

Zweiter.

Laßt uns denn gehn, mit eifriger Beſchleun'gung,
Was wir erdacht, ſogleich in's Werk zu richten,
Bevor des Hungers peſterfüllte Pein'gung
Vermag, uns bis auf's äußerſte zu ſichten.

Dritter.

Wenn, Götter, Euer Rathſchlag in Verein'gung
Beſchloß, in dieſer Noth uns zu vernichten,
Ruft ihn zurück, wofern den Fehl vergütet
Die ſchuld'ge Beſſrung, die Numancia bietet.

## Zweite Scene.

(Es treten zuerſt zwei Numantiniſche Kriegsleute auf, Morander und Leoncius.)

Leoncius.
Freund Morander, ſag', wohin?
Und was treibt Dich ſo umher?
Morander.
Dir's zu ſagen, wäre ſchwer,
Nicht weiß ich's im eignen Sinn.
Leoncius.
Iſt Verſtand Dir ſo entronnen
Vor den vielen Lieb'sgedanken?
Morander
Ehr hab' ich in ihren Schranken
Noch gewicht'gern Geiſt gewonnen.
Leoncius.
Das muß man in Wahrheit ſagen,
Wer der Liebe weiht ſein Herz,
Wird gewicht'ger durch den Schmerz,
Und viel ſchwerer drum zu tragen.
Morander.
Als ein ſchlau boshaftes Necken
Muß Dein Wort in's Auge ſpringen.
Leoncius.
Du kannſt meiner Schlauheit Schlingen,
Deine Einfalt ich entdecken.
Morander.
Einfalt heißt's, in Liebe ſtehn?
Leoncius.
Ja, wo man nicht mißt ſein Lieben,

Wie Vernunft es vorgeſchrieben,
Durch wannehr, durch wie und wen?

Morander.

Regeln ſchreibſt Du Amor'n vor?

Leoncius.

Die Vernunft kann wohl ſie ſetzen.

Morander.

Die mag man vernünftig ſchätzen,
Arm doch an der Freuden Flor.

Leoncius.

Im verliebt hartnäck'gen Streiten
Kann man nicht Vernunft erwägen.

Morander.

Nicht ſteht Amor ihr entgegen,
Will er ſie auch nicht begleiten.

Leoncius.

Iſt's nicht der Vernunft ein Hohn,
Daß ein ſo im Krieg Geübter
Umgeht als ein ſo Verliebter
Jetzt in ſtrengen Unheils Drohn?
Und die Zeit, die Dir zu weihen
Ziemt für Mavors Wuth und Mord,
Tändelſt Du mit Amorn fort,
Und mit tauſend Schmeicheleien?
Sieh die Stadt durch Mangel preſſen,
Sieh vom Feind umringt die Zinnen,
Und Dein ganz verſtörtes Sinnen
Kann um Liebe ſie vergeſſen?

Morander.

Zornfluth muß in mir entquellen,
Hör' ich Deine thör'gen Worte.
Kennt' an irgend einem Orte

Lieb' ein Herz je feig' entſtellen?
Schleich' ich jemals von den Wachen,
Mich der Helden nah zu wiſſen?
Oder ſchlaf' ich auf den Kiſſen,
Wenn des Feldherrn Augen wachen?
Gab ich mich Dir träge kund
Durch des Dienſtes läß'ges Höhnen,
Irgend arger Luſt zu fröhnen,
Oder edlem Liebesbund?
Und haſt nie Du was gefunden,
Drum es brauchte, mich zu entſchuld'gen,
Warum mich ſo hart beſchuld'gen,
Daß mich Liebe hält umwunden?
Und wenn auf einſamer Bahn
Du mich wandeln ſiehſt in Schmerzen,
Streck' die Hand zum eignen Herzen,
Dort triffſt Du die Urſach an.
Weißt Du nicht, daß ich ſeit Jahren
Schon für Lira bin entglommen?
Nicht, daß an ihr Ziel gekommen
Endlich meine Leiden waren,
Weil ihr Vater es verkündet,
Bräutlich geb' er mir ſie hin,
Und ſich Lira's Will' und Sinn
Nun dem meinen hielt verbündet?
So auch weißt Du ja: es kam
In ſo holder Hoffnung Zeiten
Dieſes harten Krieges Streiten,
Drum mein Heil ſein Ende nahm.
Es verſchob ſich die Verbindung
Bis man dieſen Krieg beendet,
Weil nicht unſre Stadt ſich wendet

Jetzt auf Luſt und Feſterfindung.
Sieh, wie ſchwache Hoffnungsblitze
Für mein Heil ſich offenbaren,
Denn der Sieg für unſre Schaaren
Schwebt auf Feindes Lanzenſpitze:
Schon durch Hunger ganz verdroſſen,
Sonder Ausſicht zur Errettung,
Vor uns ſolches Wall's Umkettung,
Wen'ge wir, und eingeſchloſſen!
Weil mein Hoffen denn entflieht
Mit des Windes flücht'gem Schauer,
Wandl' ich ſo in Gram und Trauer,
Wie Dein Blick mich wandeln ſieht.

Leucius.

Wollſt die Bruſt, Nioxander, ſtillen,
Und gewohnten Muthes pflegen,
Leicht, daß auf verborgnen Wegen
Unſer Wunſch ſich mag erfüllen,
Wohl kann Jupiter gebieten
Einen Pfad noch ſeinen Dienern,
Welcher allen Numantinern
Freiheit ſchafft vor den Quiriten,
Und mit Lieb' und Ruh beiſammen
Labt Dich Deiner Gattin Huld,
Mindernd ſo die Ungeduld
Dieſer heißen Liebesflammen;
Denn vom Donnrer zu erringen
Günſt'gen Wink der Himmelswage,
Will Numancia heut am Tage
Ihm vereint ein Opfer bringen.
Dort der Zug im Volksgedränge,
Thier und Weihrauch bringend, naht er.

Zeus, Du unermeßner Vater,
Blick' in unsres Jammers Enge!

(Hier treten zwei Numantiner auf, als alterthümliche Priester gekleidet, und führen, bei den Hörnern gefaßt, in ihrer Mitte einen großen Widder, mit Oliven, Epheu oder sonst mit Blumen bekränzt, dann ein Edelknabe mit einem silbernen Becken, und einem Handtuche auf der Schulter, ein andrer mit einem silbernen Kruge voll Wasser, ein andrer mit einem gleichen voll Wein, ein andrer mit einer Schüssel, auch von Silber, worauf etwas Weihrauch, ein andrer mit Feuer und Holz, ein andrer bringt einen Tisch mit einem Teppich, worauf alles dieses gesetzt wird. Es treten in dieser Scene soviel Schauspieler, als sich vorfinden, in Numantinischer Kleidung auf, und nach ihnen die Priester, deren einer, den Widder von der Hand lassend, spricht.)

Erster Priester.

Manch sichre Vorbedeutung sichrer Schmerzen
Trat mir auf unserm Gange heut entgegen;
Drob starr'n die greisen Haare mir wie Kerzen.

Zweiter Priester.

Wenn ich's versteh, prophet'scher Kunst zu pflegen,
Wird dieser Krieg uns nie zum Guten leiten,
O Volk der Numantiner ohne Seegen!

Erster.

Laß unser Thun so eilig uns bereiten,
Als traur'ge Ahnung heischt, die wir beachtet.

Zweiter.

Kommt, Freunde, stellt den Tisch zu dieser Seiten.

Setzt Wein, Weihrauch und Waſſer, ſo Ihr brauchet.
Drauf hin, und ſteht nun fern dem ernſten Feste.
Bereu'nd indeß was Uebles Ihr vollbrachtet,
Denn von den Opfern iſt das höchſt' und beſte,
Durch die man ſich dem Himmel kann verbänden,
Ein reiner Geiſt, ein Wille treu und feſte.

**Erſter.**

Ihr müßt das Feuer nicht am Boden zünden,
Das Beiken dorten ſoll man dazu brauchen,
Weil heilige Gebot' es ſo verkünden.

**Zweiter.**

Auf, Hals und Hand in reine Fluth zu tauchen.

**Erſter.**

Gebt her das Waſſer. Will das Feu'r nicht brennen?

**Einer der Gehülfen.**

Wir ſtreben, Herr, umſonſt, es aufzuhauchen.

**Zweiter.**

O Jupiter! Was giebt uns zu erkennen
Des harten Schickſals unheildrohnd Verlangen?
Wie mag das Feuer nicht im Kiene brennen?

**Der Gehülfe.**

Jetzt, Herr, ſcheint's etwas Leben zu empfangen.

**Erſter.**

Herauf, o ſchwache Flamm' aus deinem Dunkeln,

Dich also schau'nd muß ich in Schmerz erbangen.
Siehst Du den Rauch nun dichter sich verdunkeln,
Um gegen Niedergang sich hinzuneigen,
Und der unsichren Flamme bleiches Funkeln
Mit ihren Spitzen gegen Aufgang zeigen?
Unseel'ges Zeichen! Zeichen voll Verderben,
Daß sichres Weh' nun bald uns nimmt zu eigen.

Zweiter.

Ob Römer auch Victoria sich erwerben
Aus unserm Tod, zu Rauch wird ihr Bemühen.
In freud'ger Glut brennt Ruhm für uns und Sterben.

Erster.

So laßt uns jetzt nun Tropfen Weines sprühen
In's heil'ge Feuer; hierher mit dem Weine,
Dem Weihrauch, welcher opfernd soll verglühen.

(Sie besprengen das Feuer ringsum mit Wein, und werfen gleich darauf Weihrauch in die Flamme; dabei spricht)

Der Zweite.

Zum Heil des Numantinervolks erscheine,
Zeus, Deiner hohen Macht gewalt'ges Zwingen
Gunstvoll! Dem Gegner leucht' im trüben Scheine.

Erster.

Wie Gluthen hier den heil'gen Weihrauch zwingen

Daß er dem Dampf ſein Weſen giebt zum Raube,
So laß uns unſern Widerpart bezwingen,
Daß, ew'ger Vater, ihm zu Dampf und Staube
All' ſeine Glorie müß' und Heil verſchwinden,
So wie Du es vermagſt, und ich es glaube.

Zweiter.

Die Himmel mögen ſeine Kraft ihm binden,
Feſt, wie wir dieſes Opfers Nacken drücken,
Und was dies bald erfährt, mög' er auch finden.

Erſter.

Nichts ſagt uns das Augurium, nicht beglücken
Läßt ſich mit Hoffnung unſers Volks Beginnen,
Als könnten wir uns dieſer Noth entrücken.

(Man macht unter dem Theater Lärmen mit einem Gefäß voller Steine, und brennt eine Rakete ab.)

Erſter.

Hört'ſt Du ein Lärmen, Freund? Sah'ſt vor uns rinnen
Den flücht'gen Strahl, der hinſchoß in Gewittern?
Wahr haſt Du prophezeit, was wir gewinnen.

Zweiter.

Verworren ſteh' ich, und im bangen Zittern. —
O, in der Luft ſchau' ich unglückl'ge Dinge,
Die uns bedeuten ein hellos Zerſtieben!
Siehſt Du die Schaar, häßlich, mit krauſer Schwinge,
Die grimmerfüllten Adler, welche ſtreiten
Mit andern Vögeln im krieg'riſchen Ringe?

Erſter.

Wie ſtreng' und ſtark ſie einzig ſich bereiten,
Die andern Vögel ganzlich einzuſchließen,
Und ſie mit liſt'gen Netzen zu umgleiten!

Zweiter.

Dies Zeichen ſcheit' ihr; Leid muß ihm entſprießen,
Den Adlern, kaiſerlich, unüberwunden!
Du ſiehſt Numancia bald den Lauf beſchließen.

Zweiter.

Ihr Adler, bringend großes Uebels Kunden,
Hinweg! Schon läßt eu'r Zeichen ſich verſtehen,
Schon der Erfolg. Gezählt ſind unſre Stunden.

Erſter.

Und dennoch will das Opfer ich begehen,
Ob wir durch dieſes frommen Thieres Fallen
Den Gott mit grauſem Blick für uns erflehen.
O großer Pluto, dem es zugefallen
Durch's Schickſal iſt, im dunkeln Reich zu wohnen,
Zu herrſchen in des Abgrunds traur'gen Hallen,
Es möge jeder Zwietracht Dich verſchonen,
Ob treu das Kind der heil'gen Ceres meine,
Dein Lieben reines Liebens Dir zu lohnen,
Als Du herſchaffſt was irgend Dir erſcheine
Zu Rettung unſrer trauernden Verbindung,
Daß Deine That ſich Deinem Ruhm vereine.
Verſchleuß die tiefe, nachterfüllte Mündung,
Daraus die drei ergrimmten Schweſtern ſtergen

Zu unsres Unheils schmerzlicher Entzündung;
Und uns zu schäd'gen, mag so leicht sich zeigen

(Er rauft dem Widder etwas Wolle aus, und streut sie in die Luft.)

Ihr Wille, daß ihn Lufthauch führt von hinnen.
Und wie ich jetzo roth laß überrinnen
Den Stahl vom reinen Blut der Opferwunde,
Mit reinem Herzen und mit reinen Sinnen,
So rinn' auch auf Numancia's hartem Grunde
Der Römer Blut, ihm röthend seine Strecken,
Und dafür berg' er sie im dunkeln Schlunde.

(Hier steigt aus der Höhlung des Tropens ein Dämon bis an den Gürtel auf; er faßt den Widder, zieht ihn hinein, und kommt gleich wieder hervor, das Feuer und alles Opfergeräth auseinanderreißend und umherstreuend.)

Doch wer riß aus den Händen mir im Schrecken
Das Opfer? Heil'ge Götter, welch Verstören!
Wie schlimme Wunder, die sich uns entdecken!
So hat Euch nicht bewegt, uns zu erhören,
Dies traur'ge Volk mit seinem bangen Weinen,
Und nicht die heil'ge Stimm' aus unsern Chören?

Zweiter.

Ehr glaub' ich, daß sie sich noch mehr versteinen,
Wie die verschiednen Zeichen es ergeben,
So gräßlich, als wir jetzt sie sahn erscheinen.
Zu Tod wird unsrer Heilungsmittel Leben,

Zu Trägheit wird all' unser Fleiß gebrochen,
Aus unserm Fall kommt fremden Heil's Erheben.

Einer aus dem Volke.

Genug! Die Himmel haben's ausgesprochen:
Uns hält ein bittres Ende schon umsponnen,
Ihr mildes Licht ist uns nicht angebrochen.

Ein Andrer.

Sei denn trau'roller Wehlaut so begonnen
Um unser Leid, daß in den letzten Zeiten
Deß Mund' und unser Muth bleib' unverronnen.
Marquinus soll sein Wissen all' bereiten,
Um zu erforschen, mit wie bangen Plagen
Zum Tod uns will ein trüb Geschick begleiten,
Das unsre Last verwandelt hat in Klagen.

(Alle gehn ab, und Morander und Leoncius bleiben allein.)

Morander.

Sag' Leoncius, Deine Meinung:
Wirden meine Uebel weichen
Vor so vielen guten Zeichen
Gottgesendeter Erscheinung?
Hat mein Unglück ausgewaltet,
Wenn nun ruht die Kriegsbeschwerde,
Welches sein wird, wenn die Erde
Mir zum Grabe sich gestaltet?

Leoncius.

Freund, den muthigen Soldaten
Darf kein Prophezeihen schmerzen,
Denn in seinem tapfern Herzen

Iſt ſein gutes Glück berathen.
Nie verſtört es ihm ſein Sinnen,
Was das eitle Gaukeln brächte;
Sein Geſtirn iſt ſeine Rechte,
Sein Geſchick ſein kühn Beginnen.
Aber willſt Du doch vertrau'n
Dieſem Weg zu ſichrer Irre,
Sind, wofern ich mich nicht irre,
Mehr Verſuche noch zu ſchau'n,
Die Marquinus unternimmt,
Und durch höchſter Kunſt Entſcheiden
Uns den Ausgang unſrer Leiden
Günſtig oder hart beſtimmt.
Siehſt Du dort ihn niederſteigen?
Durch wie ſeltne Tracht verwandelt!

Morander.

Wer mit Gräßlichen verhandelt,
Muß wohl gräßlich auch ſich zeigen.
Scheint Dir's gut, ihn zu begleiten?

Leoncius.

Freilich muß ich's dafür halten,
Um vielleicht bei ſeinem Walten
Hülf' und Dienſt ihm zu bereiten.

(Hier tritt Marquinus auf, in einem ſchwarzen, weiten Gewande von Seide und ſchwarzem fliegendem Haar, die Füße blos; im Gürtel trägt er, ſo daß ſie zu ſehn ſind, drei Flaſchchen voll Waſſer, die eine mit Schwarz, die andere mit Weiß gefärbt, die dritte klar. In der einen Hand führt er eine ſchwarze Lanze, in der anderen ein Buch; Milvius kommt mit ihm, und ſo wie ſie eintreten, ſtellen ſich Leoncius und Morander auf die eine Seite.)

Marquinus.

Wo, Milvius, haben wir den armen Knaben?

Milvius.

Hier diese Grube hat seinen Leib umflossen.

Marquinus.

Verfehl' den Ort nicht, wo Du ihn begraben.

Milvius.

Mit diesem Stein bezeichnet und verschlossen
Ließ ich des zarten Jünglings's Todtenlager,
Das von viel zarten Thränen ward begossen.

Marquinus.

Woran starb er?

Milvius.

An Kost, zu schlecht und mager.
Die Hungerspest litt nicht, daß er gesunde,
Die graß der Unterwelt entstieg und hunger.

Marquinus.

Du kannst versichern denn, daß keine Wunde
Den Faden seiner Lebenslust zerstöret,
Kein Krebs heute ihm hat die letzte Stunde?
Dies frag' ich Dich, weil's zum Erfolg gehöret
Von meiner Kunst, daß ich als unverletzte
Die Leiche find', an keinem Glied verstöret.

Milvius.

Drei Stunden sind's, da gab' ich ihm die letzte
Ruhstatt, senkt' ihn hinab des Grabes Stufen,
Und Hunger war's, der ihn hierher versetzte.

Marquinus.

Es steht es gut, und meinem Werke schaffen
Günst'ge Gelegenheit die Himmelszeichen,
Um aus dem dunkeln Land heraufzurufen

Die

Die grimmen Geiſter, ſtark zu böſen Streichen,
Leih aufmerkſames Ohr für meine Lieder,
Furchtbarer Pluto, dem in dunkeln Klauſen,
Wo ſchuld'ge Seelen drückt die Strafe nieder,
Das Loos beſtimmt, zu herrſchen und zu hauſen,
Schaff', ſei es Deiner Luſt auch ganz zuwider,
Daß ſich mein Wunſch erfüll', und in der grauſen
Noth, drin ich Dich berufe, harr' nicht länger,
Nicht reize herber mich Dir zum Bedränger.
Ich will, Du ſollſt dem Leib' in dieſem Grunde
Die Seele, die ihn ſonſt belebt', erſtatten,
Obgleich ſie Charon im jenſeit'gen Bunde
Schon halt' am traur'gen Ufer ſchwarzer Schatten,
Ja, ob in Cerberus dreifachem Schlunde
Verſteckt ſie ſei im peinlichen Ermatten,
Sie ſteig' herauf zu dieſer Erde Schimmer,
Doch bald rückkehrend Eurer Nacht für immer.
Und weil herauf ſie muß, laß ſie aufſteigen
Vom Schluß des harten Krieges unterrichtet,
Nichts darf ſie mir verdecken, nichts verſchweigen,
Verwirrung ſei und Zweifel mir vernichtet,
Wahrheit muß der Unſeel'gen Spruch mir zeigen,
Von jeglicher Zweideutigkeit geſichtet,
Und offenbar. Auf, ſchick' ſie! Welch Verweilen,
Soll ich noch ernſtre Mahnung Dir ertheilen?
Treuloſe, wälzt den Stein Ihr nicht zurücke?

Sagt, falsche Diener, was noch fern Euch halte.
Wie? Zeigtet Ihr nicht schon in manchem Stücke,
Daß ich mit Euch nach meinem Willen schalte?
Sucht Ihr Euch Schmerz mit Eures Zögerns Tücke?
Und wollt Ihr, daß ich Augenblicks gestalte
Zu voller Kraft die mächtige Beschwörung,
Erweichend Eures wilden Sinns Bethörung?
Nun dann, schmählich Gesindel, reich an Lügen,
Bereite Dich zu schrecklicher Empfindung;
Du weißt, daß meine starken Worte gnügen,
Dir zu verdoppeln Wuth und Schmerzenswindung.
Sag' arger Mann, der Frau, die auf Vergnügen
Sechs Monden ausgeht in des Jahres Ründung,
Und fern von Dir umzieht, Dir Hörner zeigend,
Was bleibst Du noch für mein Begehren schweigend?
Dies Eisen, welches Tropfen Thau's verklären,
Die nicht zum Grund gelangt im Mond des Maien,
Verwunde diesen Stein, um zu erklären,
Wie große Kräft' an dieses Werk sich reihen.

(Er netzt das Eisen der Lanze mit dem Wasser aus der klaren Flasche, und stößt alsbald damit auf den Boden, worauf man unten Raketen abbrennt, oder mit dem Gefäße voll Steine Larmen macht.)

Nun ſcheints, Geſindel, müßt Ihr ſchon erklären,
In grauſen Aengſten lieg' Eu'r arger Reihen.
Was ſoll der Lärm? Ha, Ihr vom Fluch umſchlungen,
Doch endlich kommt Ihr, kommt Ihr gleich gezwungen!
Heb' dieſen Stein empor, Volk der Untreuen,
Zeig mir den Leib, der drunter liegt befangen.
Wie nun? Ihr weilt? Ihr durftet Euch verſtreuen?
Nicht kann mein Wink Gehorſam gleich erlangen?
Ihr achtet nicht, Ungläub'ge, auf mein Dräuen?
Harrt nicht, bis ſtreng'res Dräu'n Euch macht erbangen;
Dies Waſſer, ſtygiſch finſtrer Fluth entnommen,
Soll Euerm Zaudern zur Belohnung kommen.
Du Well', aus ſchickſalsdunkler Fluth zur Stunde
Der Nacht geſchöpft in ſchwarzen Finſterniſſen,
Bei allen Kräften, dein im ſtäten Bunde,
Durch keine andre Kraft jemals zerriſſen,
Ruf' ich die Schaar, die teufliſch frech ſich funde,
Und wer der Schlangen Urbild ſchlaubeflifſen
Annahm, ihn ruf ich, heiſch' ich, und verlange,
Daß er im Flug, mir dienend, hergelange.

(Er beſprengt mit dem Waſſer die Grabſtatte, welche ſich öffnet.)

O unbeglückter Jüngling, komm nach oben,
Nochmals der Sonne heitres Licht zu ſchauen;

Laß jenes Land, in deſſen düſterm Toben
Auf keinen frohen Tag man kann vertrauen.
Durch Dich, Du kannſt es, ſei mir Kund' erhoben
Von Allem was Du ſahſt in Abgrund's Grauen.
Das, mein ich, ſag', drum her Dein Geiſt gebannt iſt,
Und mehr, wenn's für uns taugt, und Dir bekannt iſt.

(Der Leichnam kommt hervor, mit einem entfärbten Larven-Antlitz wie das eines Todten; er hebt ſich nach und nach hervor, und ganz herausgekommen fällt er kraftlos auf den Boden, ohne Hand noch Fuß bis zur beſtimmten Zeit zu regen.)

Was ſoll das? Kein Erwiedern? Kein Beleben?
Ward'ſt Du zum zweitenmal des Sterbens inne?
So ruf ich Dich mit Deinem Schmerz in's Leben,
Bald hält'ſt Du Dir das Sprechen zum Gewinne.
Du biſt der Unſern; wollſt nicht widerſtreben,
Antworte mir. Bedenk' im eignen Sinne:
Wenn Du noch ſchweigſt, werd' ich zu Deinem Schaden
Gleich ihres Band's die ſtarre Zung' entladen.

(Er beſprengt den Leichnam mit dem gelben Waſſer, und geißelt ihn darauf mit einer Geißel.)

Hilft dies noch nicht, Ihr übelwoll'nde Geiſter?
So wartet auf beſprochnen Waſſers Wellen;

Die machen meines Willens ſo mich Meiſter,
Als Euern Untreu und Verdammniß ſchwellen.
Und ſei auch dieſer Leichnam Staub, doch leiſt' er
Mir Dienſt vor dieſer Geiſſel harten Fällen,
Gewinne neuen Hauch, zwar bald verflüchtigt,
Von ihrer grauſen Strenge ſchwer gezüchtigt.

(Der Leichnam bewegt ſich und zuckt.)

Rebell'ſche Seele, wende Dich zur Wohnung,
Vor wen'gen Stunden erſt von Dir geſchieden.

Der Leichnam.

Halt inn' mit Deiner Wuth, gönn' mir Verſchonung,
Marquinus! Sei zufrieden, Feind, zufrieden
Mit dem was ich im Abgrund muß erfunden,
Und nicht vermehre meines Jammers Wunden.
Du trügſt Dich, wenn Du glaubſt, daß ich mich freue,
Rückkehrend in dies peinerfüllte Leben,
Dies kurze, traur'ge, das ich jetzt erneue,
Und das mir ſchon in Eile will entſchweben;
Ehr weckſt Du Schmerz mir, den ich billig ſcheue,
Weil nochmals nun des Todes hartes Streben
Mir Seel' und Leib wird im Triumph zermalmen,
Und ſo mein Feind erwirbt zwiefache Palmen,
Der nebſt den Andern von der finſtern Bande,
Die Deinem Ruf gezwungen ſich verpflichten,
Schon ſeit ich ſprach, in Grimm' erwartend ſtande,

Daß ich, Marquinus, ſchließe die Geſchichten
Vom thränenvollen End', vom argen Stande
Numancia's, ſo ich ſicher kann berichten.
Sie wird vergehn von derer eignen Händen,
Die ſich als ihre Nächſten zu ihr wenden:
Nicht werden Römer Siegesfahnen ſchwenken
Ueber Numancia's Kraft; ſie nicht wird ſiegend
Die Feinde durch Triumph und Glorie kränken.
Bei Freund und Feind, gleich brav im Streite liegend,
Glaub' nicht, daß je an Frieden ſei zu denken,
Wuth flammt in beider Gegner Buſen kriegend.
Befreundet wird ein Dolch Numancia fällen,
Zugleich unſterblich Leben ihr geſellen.

(Er ſtürzt ſich in die Grabſtatte und ſpricht:)

Und ruhe nun, Marquinus; nicht mehr leiden
Die Mächte, daß ich Dir noch fürdres ſage.
Glaubſt Du, die Wahrheit woll ich Dir verkleiden,
So bringt der Ausgang wohl mein Wort zu Tage.

Marquinus.

O trau'rge Zeichen! Zeichen voller Leiden!
Freund, muß es ſein, daß dies mein Volk ertrage,
So mag, um nicht zu ſeh'n ſo böſe Stunde,
Mein Leben end'gen hier im Grabesſchlunde.

(Marquinus ſtürzt ſich in die Grabſtatte.)

Morander.

Nun, Leoncius, magſt Du ſchau'n,

Ob ſich's noch nicht glauben läßt,
Daß all' meiner Freuden Feſt
Sich verwandeln muß in Graun.
Wo ſich Glück für uns verkünde
Wird die Pfort' uns zugeſchlagen;
Zweifl'rn ſoll's Marquinus ſagen,
Tod, und dieſes Grabes Schlünde.

Leoncius.

Täuſchend necken in Verſchwindung,
Mährchen ſind und Phantaſeien
Dieſe Künſt' und Zaubereien,
Alles teufliſche Erfindung.
Laß nicht ſchwaches Wiſſen ſehen,
Glaubend an ſo thör'ge Boten;
Wenig kümmern ſich die Todten
Um der Lebenden Ergehen.

Milvius.

Nie zu ſolcher Unthat fertig
Wär Marquin in Tod gegangen,
Nur daß unſer künft'ges Bangen
Ihm ſich zeigt' als gegenwärtig.
Kommt, dem Volk es vorzulegen,
Was wie Todesbotſchaft klingt;
Doch wer ſolche Nachricht bringt,
Kann er wohl den Fuß bewegen?

# Dritter Aufzug.

## Erſte Scene.

Sprechende Perſonen.

Scipio, Jugurtha und Cajus Marius.

Scipio.

Fürwahr mich freut's zu ſehn, daß alle Dinge,
Vom Glück gelenkt ſich günſtig mir beweiſen,
Daß dieſes Volkes Freiheitsſtolz ich zwinge,
Nicht durch Gewalt, blos in der Klugheit Kreiſen.
Stets faß' ich der Gelegenheit die Schwinge,
Wohl wiſſend, wie ſie eilt auf ihren Reiſen,
Und wie im Krieg', wenn ungenutzt ſie flüchtet,
Am Ruf ſie zehrt, und Lebenskraft vernichtet.
Ihr hieltet es ein thörichte Unterfangen,
Den Feind mit Wall und Graben zu umwinden,

Auch ſchien's Euch faſt unrömiſches Erbangen,
Ihn nicht gewohnter Art zu überwinden.
Wohl weiß ich es, daß ſolche Worte klangen,
Doch auch, daß die geübt'ſten Krieger finden:
Um ſo viel höher ſei der Sieg zu ſchätzen,
Als minder ihn des Blutes Tropfen netzen.
Giebt es wohl größern Ruhm und mehr erhaben
In Kriegsgeſchichten, wovon jetzt ich ſpreche,
Als daß man, ohn' ein Schwerdt gezückt zu haben,
Den Feind bezwing' und ſeine Stärke breche?
Soll man an einem Siege ſich erlab n,
Erkauft durch eigner Freunde Blutesbäche,
Wird des Gewinnens Luſt alsbald verdorben,
Die man gehegt, wär's ohn' ſolch Blut erworben.

(Hier wird eine Trompete auf der Mauer von Numancia geblaſen.)

Quintus Fabius.

Vernimmſt Du, Herr, wie eben jetzt, von innen
Der Stadt, Trompetenklang die Luft verkläret?
Mich dünkt, ſie woll'n Geſpräch fernher beginnen,
Weil dort die Mau'r jedwedem Ausfall wehret.
Schon ſtellt ſich Corabinus auf die Zinnen,
Durch Zeichen hat er friedlich Wort begehret.
Gehn wir hinzu.

Scipio.

Ja, laßt uns näher kommen.

Cajus Marius.

Genug! Von hier wird Alles leicht vernommen.

(Corabinus ſtellt ſich auf die Mauer, mit einem weißen Panier, an eine Lanze geſteckt.)

Corabinus.

Römer! Ho, Römer! Könnt' Ihr, wie ich denke
Von hier aus meiner Stimme Rufen hören?

Cajus Marius.

So, daß ob ſie auch leiſer noch ſich ſenke,
Wir doch kein einz'ges Wort von Dir verlören.

Corabinus.

Dem Feldherrn ſagt, daß er die Schritte lenke
Zum Graben, eine Botſchaft anzuhören,
Durch mich geſandt.

Scipio.

Sprich gleich an dieſem Orte,
Denn ich bin Scipio.

Corabinus.

Hör' denn meine Worte.
Numancia ſpricht, Feldherr voll weiſer Thaten,
Du mög'ſt bedenken, ſeit wie langen Zeiten
Sich unſer Volk und Deines Rom Soldaten
Zu Kriegs furchtbaren Uebeln ſtreng' entzweiten.
Um zu vermeiden durch ein klug Berathen,
Daß nicht ſo harte Schaden vorwärts ſchreiten,
Will unſre Stadt, wenn Du es willſt, ſie dämpfen
Durch zweier Einzeln bald entſchiednes Kämpfen.

Ein Kriegsmann beut ſich dar von den uns theuern,
Zu fechten, eingeſchloſſen in den Schranken,
Mit jeglichem Kampfluſt'gen aus den Euern,
Um zu beenden ſolch hartnäck'ges Zanken.
Und wenn die Sterne ſich ſo grimm beſeuern,
Daß Einem muß des Lebens Freud' entſchwanken,
Iſt's Unſrer, nehmt die Stadt zu Euern Händen,
Iſt's Eurer, muß der Krieg ſogleich ſich enden;
Und als der Uebereinkunft ſichre Zeugen
Kannſt Du Dir unſre Geiſſel ſelbſt beſtellen;
Ich weiß, Du thuſt's; es muß Dich überzeugen
Der Fechter Werth, die Deinem Wink ſich ſtellen,
Von denen der Geringſt', im Kampf zu beugen
Und Stirn und Bruſt mit Schweiß ihm anzuſchwellen
Vermag der Numantiner beſten Krieger,
So daß Du ſchon Dich ſiehſt als ſichern Sieger.
Sprich Herr, ob Du dazu Dich willſt verpflichten,
Und dann ſei's gleich zur Ausführung geſchritten.

Scipio.

Spiel, Poſſe, Spott iſt Deinem Mund' entglitten,
Und toll, wer meint, es in das Werk zu richten.
Gebraucht als Rettung ein demüth'ges Bitten,
Wenn Euer Hals nicht Buße ſoll entrichten,
Erprobend, wie zu Boden ſcharfe Ecken

Des Römerſchwerdt's und unſre Arme ſtrecken.
Das Raubthier, ſo des Königs Stäb' umfaſſen
Weil ſeine Kraft und Wildheit droht Gefahren,
Man macht es durch Geſchicklichkeit gelaſſen,
Durch Klugheit und die Zeit von manchen Jahren;
Wollt' Einer bandlos es und frei entlaſſen,
Er würd' als Thor ſogleich ſich offenbaren.
Unthiere ſeid Ihr, und als die gefangen
Halt' ich Euch, Eure Zähmung zu erlangen.
Numancia will ich mir, troz Euch! verſchaffen,
Und keinen einz'gen Krieger drum begraben,
Und glaubt ſich wer der Euern ſtark in Waffen,
So brech' er hier durch den umwallten Graben.
Und wenn's Euch dünkt, als ließ' ich faſt erſchlaffen
Den Heldenmuth, in mir ſonſt ſo erhaben,
Verwech' jezt dieſe Schmach des Windes Schwingung,
Rückführend Ruhm nach Eurer Stadt Bezwingung.

(Scipio geht ab mit den Seinen.)

Corabinus.

Du hörſt nicht mehr? Verbirgſt Dich ſchon? Dir widert,
O Feiger, ein gerecht und gleiches Fechten?
Wie wird Dein Ruf und Name tief erniedert?
Umſonſt wirſt Du, ihn zu erhalten, rechten.
Ja, wie ein Feiger haſt Du mir erwiedert,
Feiglinge ſeid Ihr Römer All', Ihr Schlechten,
Vertrauend Eurer Menge wüſtem Toben,

Nicht dem gewandten Arm, im Streit erhoben.
Treulose Ihr, wortbrüchig, ehrverloren,
Tyrannen, grimm, zu Wildheit stets berathen,
Undankbare, zu Geiz und Schmach geboren,
Hartnäck'ge, bäurisch roh und ungerathen,
Ehbrecher, Schändliche, in Aller Ohren
Bekannt durch list'ge, um so feig're Thaten,
Wie soll nur unser Tod Euch Ruhm erwerben,
Wenn wir auf diese Art gebunden sterben?
Ob in geschloßnen Reihen, ob entzügelt
Die Schaar auf freiem Feld, wo nicht vermindern
Den Schlachtsturm, der zu grausem Mord aufwiegelt,
So Mau'r als Graben, welche hier ihn hindern,
Geziemt' es Euch, vorwärts den Fuß beflügelt,
Mit Schwerdtesschlägen, mehr und mehr geschwindern,
Eu'r starkes Heer, so zahlreich und vermessen
Mit unsrer kleinen, schwachen Zahl zu messen.
Doch weil Ihr stets dem Truge pflegt zu trauen,
Sieg zu erschleichen Euch mit schlauen Listen,
Wie soll'n Entwürfe, die auf Ehre bauen,
In Eures Sinn's verschlung'nen Irren nisten?
Ihr Hasen, in des Unthier's Haut zu schauen,
Mögt Euch zu preisen Eure Siege rüsten,
Doch hoff' ich noch vom Zeus, es zu erblicken,
Daß Numantiner Euch Gebote schicken.

(Er steigt herab, und tritt gleich nachher wieder auf mit allen den Numantinern, die zu Anfange des zweiten

Aetes aufgetreten waren, ausgenommen Marquinus, welcher ſich in das Begräbniß geſtürzt hat. Alexander tritt gleichfalls auf.)

Theogenes.

Es hält das Schickſal uns ſo hart gefangen,
Daß es noch Glück ſcheint unſerm treuen Bunde,
Der Leiden Ziel im Tode zu erlangen.
Als unſrer Noth und Schmerzen ſichre Kunde
Saht Ihr des Opfers trüb' Augurium winken,
Saht, wie Marquin ſich barg im dunkeln Schlunde.
Ihr ſaht die Ausfodrung in Nichts verſinken;
Nun einzig iſt mein Trachten und mein Dichten,
Daß nur recht ſchnell den Todeskelch wir trinken.
Die nächſte Nacht ſoll durch die That berichten,
Wie freudig Numantinerherzen pochen,
Da' woll'n wir uns zur Ausführung verpflichten.
Des Feindes ſtarke Mauer ſei durchbrochen;
Laßt uns hinaus, im freien Feld zu ſterben,
Nicht hier, in dieſen Engen feig verkrochen!
Wohl weiß ich, dieſe That kann bloß ererben,
Daß wir den Tod auf andre Weiſe finden,
Denn Tod muß ſich auf dieſem Weg' erwerben.

Corabinus.

Gern will ich dieſem Anſchlag mich verbinden,
Will ſterbend noch die ſtarke Mauer brechen,
Daß ſie vor meiner Rechten ſoll verſchwinden.
Nur noch von Einem Zweifel laßt mich ſprechen:

Wird dies vor unſern Weibern aufgeſchloſſen,
So kann ich, daß wir nichts thun, Euch verſprechen.
Schon früher, wißt Ihr, waren wir entſchloſſen,
Herauszuſtürmen und ſie zu verlaſſen,
Vertrauend unſern Fäuſten, unſern Roſſen.
Sie hörten von dem Rathſchlag, den ſie haſſen,
Und plötzlich raubten ſie aus unſern Ställen
Die Zäum', ohn' auch nur Einen uns zu laſſen.
Da ſtörten ſie des Ausfalls keuke Wellen,
Und werden leicht auch jetzt ihn uns verſtören,
Wenn ihre Thränen reich wie damals quellen.

Morander.

Sie wiſſen ſchon, wozu wir uns verſchwören,
Sie wiſſen's All', auch Keine ausgenommen,
Weshalb ſich Aller Klagen laut empören.
Sie ſprechen: möge Glück, mög' Unheil kommen,
Wollen nicht todt, nicht lebend von uns weichen,
Sei ihr Geleit auch ungern aufgenommen.

(Hier treten vier oder mehr Frauen aus Numancia auf, und mit ihnen Lira. Die Frauen haben Kinder auf den Armen und andre an den Händen, ausgenommen Lira, welche deren keines trägt.)

Seht, wie ſie bittend dort ſchon näher ſchleichen,
In ſolcher Noth Euch flehend um Erbarmen.
Wärt Ihr auch Stahl, ſie müßten Euch erweichen.

Mit Euern zarten Kindern auf den Armen
Nahn die Betrübten. Seht, wie sie sich weiden
An ihnen noch mit letztem Lieb'umarmen.

Die Erste.

O, unsre theure Herr'n, wenn in den Leiden,
Durch die bis heut Numancia ward bestritten,
Die härter waren, als des Lebens Scheiden,
Wenn auch im Glück, nun abwärts längst geschritten,
Wir uns als Eure Weiber stets betragen,
Ihr Euch als Gatten, nach des Ehbunds Sitten;
Warum denn wollt Ihr in den finstern Tagen,
Die uns der Zorn des Himmels jetzo sendet,
Uns jener Liebe Zeichen so versagen?
Wir wissen's wohl, ob Ihr's auch nicht geständet,
Ihr wollt Euch in die Röm'schen Waffen stürzen,
Weil ihre Wuth so schlimmen Fall nicht spendet,
Als Hungersqualen, die Eu'r Leben kürzen,
Und deren hagre Arm' uns so umschlingen,
Daß wohl nicht mehr ihr Band ist loszuschürzen.
Dem Kampfe wollt Ihr Euch zum Opfer bringen,
Und uns indessen schutzlos hinterlassen,
In der Unehr' und in des Todes Schlingen.
Laßt doch von Euern Schwerdtern uns erblassen
Verher,

Vorher, weil ſo wir beſſres Loos erwerben,
Als wenn uns ſchändet feindliches Umfaſſen.
Für mich beſchloß ich feſt, darnach zu werben,
So lang' noch irgend Kraft mir ſei geblieben,
Da, wo mein Gatte ſtirbt, auch mit zu ſterben;
Und ſo thu's Jede, die der Wunſch getrieben,
Zu zeigen, daß mit nichten Todes Dräuen
Die rechte Liebe hindern kann, zu lieben,
In Luſt und Noth, im Jammern und Erfreuen.

### Eine Andre.

Männer, was wollt Ihr beginnen?
Kann durch trübe Phantaſieen
Euch noch ſtets die Meinung ziehen,
Uns verlaſſend, zu entrinnen?
Wollt Ihr in des Römers Händen
Für des Römers ſtolzes Haſſen
Numantin'ſche Jungfrau'n laſſen,
Um das Unheil zu vollenden?
Was mit Euern freien Kindern?
Soll'n ſich die als Sclaven bücken?
Wollt ſie lieber ſelbſt erſticken,
Eignen Arms ihr Elend mindern.
Möchtet Ihr Euch Allem fügen,
Was ſich geiz'ge Römer dächten?
Darf ſie für ihr feindlich Rechten
Rechtlich Freundesgut vergnügen?
Duldet Ihr's, daß Eure Wohnung
Fremde Hand brech' und verletze?
Werden heitrer Mitgift Schätze
Nun den Römern zur Belohnung?
Denkt, wie Ihr, uns laſſend, irrt;
Vielfach Unheil muß geſchehen,

Wenn allein die Heerden gehen,
Fern der Hund iſt und der Hirt.
Treibt hinaus Euch Zorn und Noth,
Laßt den Ausfall uns begleiten,
Denn zu fall'n an Eurer Seiten,
Macht zum Leben uns den Tod.
Ihr beeilt dem Tod die Schritte,
Als ob nicht ſchon Hunger ſtrebe
Zu verkürzen das Gewebe,
Mit unausgeſetztem Schnitte.

Einige Andre.

Kinder, armer Mütter Früchte,
Zögert Ihr? Wollt Ihr nicht ſprechen?
Wollt nicht fleh'n mit Thränenbächen,
Daß der Vater nicht ſich flüchte?
Gnügt's doch, daß mit Hungers Plagen
Ihr in letzten Schmerzen ringt,
Ohne daß man erſt Euch zwingt,
Röm'ſche Härte zu ertragen.
Sagt, daß frei ſie Euch erzeugten,
Sagt, daß frei Ihr ſeid geboren,
Daß die Mütter, jetzt verloren!
Euch mit freier Milch auch ſäugten.
Sagt: weil das Geſchick mit herben
Schlägen uns will widerſtreben,
Helfe wer uns gab das Leben
Jetzt uns eben ſo zum Sterben.
Mauern, dieſes Ortes Wehr,
Wenn Ihr könnt, ſo ſprecht, ſo ruft
Tauſendfältig durch die Luft:
Freiheit, Numantinerheer!
Aufgerichtet einſt in linder

Eintracht, flehen Häuſer, Hallen
Um Erbarmen zu Euch Allen.
Flehen Weiber Euch und Kinder.
Helden, ſeid nicht taub für Schmerzen,
Diamantner Härte Diener,
Sondern zeigt als Numantiner
Treu von Lieb' erfüllte Herzen.
Denn nicht, ob Ihr brecht die Mauer,
Mögt Ihr Euch der Noth entladen,
Ehr erwächſt dadurch der Schaden
Zu ſo größ'rer Noth und Trauer.

Lira.

Zarte Jungfrau'n übertragen
Euerm Muthe zur Vertheid'gung
Ihre Rettung vor Beleid'gung,
Die Erleichterung ihrer Klagen.
Nimmer mögt Ihr alſo reichen
Raub ſo geiz'gen Händen bieten;
Wißt Ihr's doch, daß die Quiriten
Wolfen, grimm und hungrig, gleichen.
Nur Verzweiflungs-Unterweiſen
Konnt' auf ſolchen Pfad Euch bringen,
Wo Ihr höchſtens mögt erringen
Kurzen Tod und langes Preiſen.
Aber krönt auch beßrer Flor,
Als mich's dünkt, dies Unterfangen,
Welche Span'ſche Städt' empfangen
Euch alsdann mit offnem Thor?
Meinem ſchwachen Geiſt im herben
Sinnen ſcheint's, ein ſolch Beſtreben
Sei für unſre Feinde Leben,
Für Numancia ſei es Sterben.

Euer ruhmliches Gefecht
Wird der Römer Spötterei,
Denn was thun der Tausend Drei
Gegen Achtzigtausend? Sprecht!
Wär' die Mauer auch gebrochen,
Baar an jeglicher Vertheid'gung,
Würdet Ihr doch mit Beleid'gung
Wohl erschlagen, schlecht gerochen.
Laßt dem Schicksal denn die Lenkung,
Jetzt in Himmels Zornentflammung:
Uns zum Schirm, uns zur Verdammung,
Uns zum Heil, uns zur Versenkung.

Theogenes.

Die Quellen, die dem feuchten Blick entsprangen
Laßt trocknen, und gewährt uns das Vertrauen,
Daß wir so lebhaft fühlen Euer Bangen,
Als hohe Lieb' es heischt, Ihr zarten Frauen!
Ob wachse nun der Schmerz, ob wir's erlangen
Zu unserm Glück vermindert ihn zu schauen:
Wir woll'n nicht todt, nicht lebend Euch verlassen,
Vielmehr Euch dienend leben und erblassen.
Hinaus zum Graben ging zwar unser Trachten,
Mehr um zu sterben dort, als zu entwischen;
Wir wollten noch im Tod uns lebend achten,
Mit Rach' im Sterben unser Herz erfrischen,
Doch weil Ihr schon erfuhrt, was wir erdachten,
Und jenes hieße Muth mit Tollheit mischen,
So haltet, Frau'n und Kinder, Ihr so theuern,

Uns von heut' an noch inn'ger für die Euern.
Das ſchafft nur, daß den feindlichen Soldaten
Nicht Ruhm, nicht Glorie wird aus unſern Mauern,
Daß ſie vielmehr als Zeugen unſrer Thaten
Verew'gen unſern Fall und ihn bedauern.
Wollt All' Ihr Euch nach meinem Sinn berathen,
Soll Eu'r Andenken manch Jahrtauſend dauern;
Nichts, mein' ich, bleib' in Tempeln, Häuſern, Speichern,
Dran ſich der Feind vermöchte zu bereichern.
In Mitten unſres Marktes lodr' ein Feuer,
In deſſen heiße, ungezähmte Flammen
Jedweder Vorrath, reicher, alter, neuer,
Und armer ſei geſchleudert allzuſammen,
Und dies gelt' als ein heitres Spiel Euch theuer,
Wenn Eure Herzen erſt ich werd' entflammen.
Mit der ruhmvollen That, hernach begonnen,
Wenn ganz in Aſch' Eu'r Reichthum iſt verronnen.
Und, ein'ge Zeit noch Lindrung zu ertheilen
Den Hungersplagen, die ſtreng' in uns wüthen,
Laßt umgeſäumt uns zu zerſtücken eilen
Die finſtre Schaar gefangener Quiriten;
Dann unter Klein und Groß zu gleichen Theilen
Gebt ſie dem ganzen Volk, daß ſie uns bieten
Ein letztes Mittel, unſer Mahl zu halten;

So wollens unerhört grause Gewalten.
Sprecht, Freund', ob Euern Beifall dies gewonnen?

Corabinus.

Gern nenn' ich mich als Deines Sinn's Genossen,
Und schleunig sei die Ausführung begonnen
So seltner That, aus edlem Muth entsprossen.

Theogenes.

Ich sag' Euch an, was fürder ich ersonnen,
Wenn erst vollführt ist, was wir jetzt beschlossen.
Laßt uns denn eilend gehn, um all mitsammen
Heiß zu entzünden diese reichen Flammen.

Erste Frau.

Wir andern wollen Augenblicks beginnen,
Den Schmuck zu holen, sonder Reu noch Schmerzen;
Das Leben auch mögt Ihr uns abgewinnen,
Wie Ihr uns früher abgewannt die Herzen.

Lira.

Auf denn, und kommt! Von hinnen eilt, von hinnen!
Verbrennen soll'n Trophäen schnell wie Kerzen,
Die sonst bereichernd Feindeshände füllten,
Ja, selbst vielleicht den Geiz des Römers stillten.

(Alle gehn ab, und beim Hinausgehn faßt Morander Lira's Arm, sie zurückhaltend.)

Morander.

Willst Du mir so schnell entschweben?
Lira, gönne mir das Gut,

Deſſen Leuchten kund mir thut
Selbſt im Tod ein freud'ges Leben.
Laß es meinen Blick erwerben,
Deine Schönheit noch zu ſchauen,
Weil doch meines Unheils Grauen
Sich ergötzt, mich zu verderben.
Süße Lira, die Du töneſt
Stets durch meine Phantaſieen
Mit ſo linden Harmonieen,
Daß Du Pein zu Luſt verſchöneſt!
Schweigſt Du? Wohin zieht Dein Denken,
Licht, das meinen Sinn getroffen?

Lira.

Ich bedenke, wie mein Hoffen
Und das Dein' in's Grab ſich ſenken.
Und nicht brauchts, ihm Tod zu geben,
Daß der Feind die Stadt umthürme;
Früher, als des Krieges Stürme
Endet ſich gewiß mein Leben.

Morander.

Süßes Gut, was ſoll das heißen?

Lira.

Daß vor Hungers ſtäter Plage
Nun der Faden meiner Tage
Bald muß überwunden reißen.
Welch ein Brautbett wartet Dein,
Wenn die Braut ſo ſchwebt in Jammer,
Daß ich denk' in Todes Kammer
Eh' die Stund' ausläuft, zu ſein.
Geſtern lag mein Bruder todt,
In des Hungers Weh verdorben,
Auch die Mutter iſt geſtorben,

Endend vor der Hungersnoth.
Und wenn mir des Hungers Stärke
Noch nicht ganz das Leben zwingt,
Ist's nur, weil noch Jugend ringt,
Ob sie gegen ihn sich stärke.
Doch da ich in vielen Tagen
Nicht vermocht, mich zu vertheid'gen,
Muß wohl endlich sein Beleid'gen
Meine schwache Kraft zerschlagen.

Morander.

Trockne, Lira, Deine Augen,
Laß die kummervollen meinen
In zwei reichen Strömen weinen,
Stoff aus Deinen Leiden saugen.
Und ob auch vor Hungers Nagen
Du beinahe jetzt verdirbst,
Glaub', daß Du nicht Hungers stirbst,
Während mir noch Pulse schlagen.
Ueber'n Graben spring' ich hin,
Ueberklimm' die starke Mauer,
Dringe durch des Todes Schauer
Sie zu fernen Deinem Sinn;
Dann die Speise des Quiriten,
Sonder Furcht vor Tod und Wunde
Reiß' ich ihm aus seinem Munde,
Sie dem Deinen darzubieten.
Bahn soll meine Rechte hauen
Deinem Leben, meinem Sterben;
Schlimm'rer Tod ist's und Verderben,
Herrin, also Dich zu schauen.
Speise von des Grabens Rand,
Zu der Römer Schmach und Harme,

Hol' ich Dir, wenn meine Arme
Sind, wie ich ſie ſonſt gekannt.

Lira.

Liebend iſt Dein Wort erklungen,
Doch ich meide ſolche Gaben;
Nimmer kann die Labung laben,
Die Du mit Gefahr errungen.
Was Du ſiegend auch begönneſt,
Hilft mir nicht auf lange mehr,
Ob Du dorten zwar viel ehr
Dich verlörſt, als mich gewönneſt.
Du genieße Stärk' und Kraft
Die die Jugend Dir erheben,
Denk', daß unſrer Stadt Dein Leben
Mehr als meines Vortheil ſchafft.
Du kannſt wohl ſie noch beſchützen
Gegen Feindes droh'nde Werke,
Doch was ſoll die wen'ge Stärke
Dieſer armen Jungfrau nützen?
Drum, o meiner Liebe Mann,
Laß' von ſolcherlei Gedanken;
Nicht mag dem ich Nahrung danken,
Was Dein blut'ger Schweiß gewann.
Und verſpät'ſt Du auch den Lauf
Meines Tod's um ein'ge Tage:
Dieſes Hungers ſtäte Plage
Zehrt doch endlich All' uns auf.

Morander.

Lira, Du verſuchſt vergebens,
Dieſen Weg mir zu verkümmern;
Dahin will ich, dahin ſchimmern
Alle Sterne meines Lebens.

Bei' indeß, ob uns bedauern
Neid die Götter, und mich senden
Mit der Beute, die beenden
Kann Dein Elend und mein Trauern.

Lira.

O Morander, süße Minne,
Sehe nicht! Mich dünkt, ich schaue,
Wie Dein Blut im rothen Thaue
Von des Feindes Stahle rinne.
Wage diese Fahrt doch nimmer,
O Morander, theures Leben.
Droht der Hinweg vorhin zu geben,
Ist der Rückweg noch viel schlimmer.
Ihm den kecken Muth zu binden,
Seid als Zeugen eingeladen,
Götter, daß ich allwärts Schaden,
Nirgends denke Heil zu finden.
Aber wenn Du solchem Streite,
Holder Freund, nicht willst entsagen,
Laß Dir dies Umarmen sagen,
Daß mein Geist Dich stets begleite.

Morander.

Lira, sei'n mit Dir die Götter!
Geh. Dort kommt Leucius eben.

Lira.

Mögen sie Dir Segen geben!
Sei'n sie günstig Dir und Retter!

(Leucius hat nahe gestanden, Alles hörend, was zwischen seinem Freunde Morander und Lira vorgegangen ist.)

Leontius.

Furchtbares Wagſtück, Freund, haſt Du verſprochen,
Draus Jeglichem ſich's klar beweiſen würde,
Daß Herzen, liebentbrannt, nie feige ſtehen.
Viel hoff' ich zwar von Deiner Tugend Würde,
Doch fürcht' ich ſehr des harten Schickſals Tücken,
Das geizt mit Glück, nicht mit des Unheils Bürde.
Aufmerkſam hört' ich, welche Leiden drücken
Auf Liras Tag', und ſie dem Grabe weihen,
Unwerth fürwahr, der Hulden, die ſie ſchmükken;
Auch, wie Du ihr verhießt, ſie zu befreien
Von dieſem nächſten Jammer, kühn zu ſchreiten
Hinaus in die bewehrten Feindesreihen.
Ich will Dich, o mein wackrer Freund, begleiten,
Und bei der edlen That für die Geliebte
Nach meinen ſchwachen Kräften für Dich ſtreiten.

Morander.

O Hälfte meiner ſelbſt! O gottgeliebte
Freundſchaft, du ungetrennt in Noth und Plage,
Wie als kein Dunkel unſer Glück noch trübte!
Genieße, Freund, des ſüßen Lebens Tage,
Bleib' in der Stadt; ſoll mordend mein Beginnen

So sein, das früh' in Jugend Dich erschlage?
Nur ich muß gehn, nur ich zu unsern Zinnen,
So hoff' ich es, heimkehren mit der Beute,
Die stäte Treu' und Liebe mir gewinnen.

Leonatus.

Du weißt, Merander, und nicht erst seit heute,
Daß so in Glück als Unglück ich begehre,
Allein das nur zu thun, was Dich erfreute;
So wiß' denn auch, daß, eh mich Tod zerstöre
Ich nicht von Dir mich trenne auf Minuten,
Und gäb' es was, das schrecklicher noch wäre,
Mit Dir muß ich hinaus, mit Dir im guten
Erfolg heimkehren, wofern Zeus es hüte,
Sonst dorten mich im Streit für Dich verbluten.

Merander.

Bleib hier, geliebter Freund, o bleib', ich bitte,
Und soll mein Blut des Lagers Boden schwärzen,
(Geht doch mein Weg durch der Gefahren Mitte!)
So tröste mir die Mutter in den Schmerzen,
In die so'ch harter Schlag sie wird versenken,
Und ach, die Braut, so theuer meinem Herzen.

Leonatus.

Du machst mich lächeln, Freund; wie kannst Du denken,
Mir wär' nach Deinem Tode noch geblieben

So viele Ruh' und weibliches Bedenken,
Daß ich nur irgend Deine traur'gen Lieben,
Die Braut und Mutter, trostend kaum pflegen?
Mit Deinem Urtheil iſt auch meines ge-
ſchrieben.
Ich folg' Dir auf den zweifelhaften Wegen,
Sprich nur, Morander, wie's uns ſoll ge-
lingen;
Nichts mag ich vom Rückbleiben mehr erwägen.

Morander.

Willſt Du die Fahrt durchaus denn mit voll-
bringen,
So laß, wenn ſtill ringsum Nachtwolken kreiſen,
Uns raſch in unſrer Feinde Lager dringen;
Nimm leichte Waffen nur, denn Gunſt be-
weiſen
Muß uns das Glück für ſolch ein kühnes
Hoffen,
Und nicht des Panzerhemd's geflochtnes Eiſen.
So halt' auch achtſam ſtets die Augen offen,
Zu faſſen, und in Sicherheit zu halten,
Was nur von Vorrath irgend wird getroffen.

Leonatus.

Komm; treu werd' ich nach Deinem Willen
ſchalten.

## Zweite Scene.

Zwei Numantiner.

Erſter.

Ergeuß, o ſüßer Bruder, durch die Augen
Die Seele, aufgelöſt in bittres Weinen!
Komm, Tod! Daß zu Trophäen wir Dir taugen,
Wollſt Deinem Reich dies Jammerleben einen.

Zweiter.

Kurz währen dieſer Thränen bittre Laugen,
Weil ſichtbar ſchon der Tod uns will erſcheinen,
Um ſchnell im kurzen Fluge zu geleiten,
So viel Numancia's Boden noch beſchreiten.
Anfänge ſeh' ich, wie ſie bald verſprechen
Dem holden Vaterland ein hart Erliegen,
Und ob auch ſorgend unſre Kraft nicht ſchwächen
Die, ſo dem Mavors dienend, uns bekriegen:
Wir andern ſelbſt, weil wir zuſammenbrechen
Vor Lebensübeln, die ſo drückend wiegen,
Wir haben ſonder Widerruf erhoben
Des Todes Spruch, zwar grauſend, doch zu loben.
Bereits in unſres Marktes Mitte lodert
Ein lechzender und geiz'ger Scheiterhaufen,
Deß Flammen, ſo gewaltig aufgefodert
Durch unſer Gut, zur vierten Sphär' auflaufen;
Furchtſam, und wie im Tod ſchon halb vermodert,
Siehſt Du das Volk in trüber Eile laufen,

Um zu erhalten, als durch Opfergabe
Solch kühne Flammen mit der eigner Habe.
Hier wird die Perl', aus rosigem Ost herschwimmend,
Und Gold, in vieler Vasen Pracht zu loben,
Rubin und Diamant, hochherrlich glimmend,
Und Purpur, schön mit Stickerei durchwoben,
In jene Gluth, so furchtbarlich ergrimmend,
Hineingestürzt, geopfert ihrem Toben;
Denn All' das wär' den Römern solche Beute,
Die ihre Hände füllt', ihr Herz erfreute.

(Hier treten Einige auf, mit Geräthschaften beladen, sie kommen von der einen Seite herein, und gehn nach der andern ab.)

Nach jenem traur'gen Schauspiel laß uns blicken,
Sieh mit wie vielem Eifer, welcher Schnelle
Jetzt alle Numantiner an sich schicken,
Daß sich die wüth'ge Flamme mehr erhelle,
Und nicht mit Holz noch Oern, noch andern Stücken,
Wo leicht sich Gleiches schafft an deren Stelle,
Nein, mit all' ihrer schlecht genoßnen Habe,
Erworben, daß sie Asch' und Gluth begrabe.

**Erster.**

Und thäten damit wir dem Uebel Gnüge,
So könnten wir's als leicht zu tragen schätzen,
Doch ach, man heischt, wofern ich mich nicht trüge,
Bald Aller Tod in grausamen Gesetzen.
Eh' man der Fremden Barbarei erträge,

Und daß ſie, würgend uns, ſich dürft' ergötzen,
Wird eigne Hand, als eignen Blut's Verſtrömer,
Uns richten, aber nie der falſche Römer.
Sie haben's ſchon beſchloſſen, daß von Allen
Nicht Weib, nicht Kind, nicht Greis auch bleib' am Leben,
Weil doch zuletzt des grauſen Hungers Krallen
Sie tödten, und in härtern Leid's Erbeben.
Doch ſieh', o Bruder, Jene näher wallen,
Der, weißt Du, einſt in Lieb' ich war ergeben,
Und zwar mit alſo heiß entflammtem Herzen,
Als jetzt ſie heiß empfindet ihre Schmerzen.

(Es tritt eine Frau auf, ein Kind in den Armen, ein anderes an der Hand.)

Die Mutter.

O du Pein, darin ich lebe!
O du grauſenbringend Ende!

Der Knabe.

Mutter, ob wohl wer ſich fände,
Der uns Brod für dies hier gäbe?

Mutter.

Brod nicht, Kind, noch irgend Dinge,
Die der Speiſe ähnlich ſehn.

Knabe.

Alſo muß ich denn vergehn
In des würg'gen Hungers Schlinge?
Kurzig laß ich gern Dich ruhn,
Mutter; nur ein Bißlein Brodt.

Mutter.

Kind, was giebſt Du mir für Noth!

Knab

Knabe.

Mutter, ſag', willſt Du's nicht thun?

Mutter.

Gern; doch wo find' ich es auf?
Wohin ſoll ich darnach laufen?

Knabe.

Kannſt ja, Mutter, wohl es kaufen,
Sonſten ſchließ' ich ſelbſt den Kauf;
Denn in ſolcher großen Noth,
Wo mir wer entgegen träte,
Gäb' ich gleich ihm dies Geräthe
Für ein einz'ges Bröcklein Brod.

Mutter.

Warum ſaugſt Du, armes Weſen?
Fühlſt Du nicht, daß mir zum Leide
Du von ſchlaffen Buſens Weide
Statt der Milch nur Blut kannſt leſen?
Reiß dies Fleiſch nur ohn' Erbarmen,
Um Dir Sätt'gung zu erjagen:
Schon unmöglich, Dich zu tragen,
Wird's den ſchwachen, müden Armen!
Liebe Kinder meiner Seelen,
Womit halt' ich noch Euch hin,
Wenn zu Eures Mahl's Gewinn
Mir's am eignen Fleiſch muß fehlen?
O du Hunger, graus Verderben,
Wie beendeſt du mein Leben!
O du Krieg, dein einzig Streben
Iſt mein trauriges Erſterben!

Knabe.

Mutter, mich wird's gleich verzehren;
Komm, zu unſerm Ziele eilend,

Weil wir, unterwegens weilend,
Wohl den Hunger noch vermehren.

Mutter.

Kind, das Ziel iſt nah gemeſſen,
Wo wir ſchleudern allzuſammen
Mitten in lebend'ge Flammen
Alle Laſten, die Dich preſſen.

(Geht ab.)

# Vierter Aufzug.

## Erſte Scene.

(Man bläſt ſehr eilig zu den Waffen, und auf dieſen Lärm tritt Scipio nebſt Jugurtha und Cajus Marius auf die Bühne.)

**Scipio.**

Was ſoll's, Hauptleute? Wie läßt jetzt ſich hören
Der Waffenruf? Iſt aus der Stadt gekommen
Ein Hauf' im ungeordneten Bethören,
Grabſtätten ſich zu ſuchen, wild entglommen?
Wie, oder iſt's ein meutriſches Empören,
Das ſich zur günſt'gen Zeit das Schwerdt genommen?
Denn ſo geſichert bin ich vor dem Feinde,
Daß mir Beſorgniß mehr erwächſt vom Freunde.

(Quintus Fabius tritt auf, mit gezücktem Schwerdt, und ſpricht:)

Quintus Fabius.

Beruh'ge, weiſer Feldherr, Deine Sinnen;
Man weiß es ſchon, woher entſtand dies Toben,
Obgleich der Dein'gen Blut drum mußte rinnen,
Und Solcher zwar, die Muth und Kraft erhoben.
Zwei Numantiner muthig im Beginnen,
Und deren Werth nach Rechten ſteht zu loben,
Den Graben und die Mauer überſprangen,
Und grauſen Kampf's in unſer Lager drangen.
Die erſten Wachen traf ihr wildes Streiten,
Sie ſtürzten dreiſt in all' das Heer von Spießen,
Und hieben wüthend ſo nach allen Seiten,
Daß Jene frei den Weg zum Lager ließen;
Dann, wo Fabricius Zelte ſich verbreiten,
Zeigt' ihre Stärke ſich im Blutvergießen,
Der Art, daß gleich ſechs Krieger unterlagen
Von ſcharfer Wehr durchbohret und erſchlagen.
So ſchnell vermag die Luft nicht zu durchzücken
Der Blitz mit ſeinen glühendrothen Pfeilen,
So ſchnell nicht der Comet erſtaunten Blicken
Im leuchtend raſchen Flug vorbei zu eilen,
Als durch Dein Volk man's ſah den Beiden glücken,
Die harte Erd' entlängſt des Lagers Zeilen
Färbend mit Römerblut, das ihre Klingen,
Wo ſie nur hingelangt, reich ließen ſpringen.
Fabricius Bruſt durchbohrten ihre Waffen,

Aus offnem Schädel muß Horazius bluten,
Olmida ſah den Arm vom Rumpf ſich raffen,
Und zählt nur noch ſein Leben nach Minuten,
Nicht Vortheil konnt's dem wackern Statius ſchaffen,
Daß nie die Füß' im ſchnellen Lauf ihm ruhten,
Denn raſch zum tapfern Numantiner ſtürzen
Hieß auch, des eignen Todes Weg ihm kürzen.
Nun hatten ſie mit Leichtigkeit begonnen
Den Lauf von Zelt zu Zelt als wie auf Schwingen,
Bis ſie ein wenig Zwieback ſich gewonnen;
Da wandten ſie den Schritt, nicht Zorn und Ringen.
Der Ein' iſt uns in ſchneller Flucht entronnen,
Den Andern tödteten wohl tauſend Klingen,
Woraus ich ſchließe, daß des Hungers Nagen
Sie angeſpornt hat zu ſo keckem Wagen.

Scipio.

Wenn ausgehungert ſie und eingeſchloſſen
So unermeſſen kühn ſich noch erzeigen,
Was thäten erſt ſie friſch und unverdroſſen,
In aller Kraft, von Anfang ihnen eigen?
Zuchtloſe! Bald habt Ihr die Zucht genoſſen,
Weil gegen Eures Wüthens heft'ges Steigen
Euch unſre Klugheit wird beſtändig ſtemmen,
Die Meiſt'rin iſt, der Wilden Trotz zu hemmen.

(Scipio und die Seinen gehn ab, und ſogleich wird in der Stadt zu den Waffen geblaſen, und auf den Leichen tritt Merander auf, verwundet und voller Blut, mit einem weißen Kißchen im Un-

ken Arm, worin etwas weniges von blutigem Zwi
back liegt, er spricht:)

Morander.

Kommst Du nicht, Leoncius? Sprich,
Süßer Freund, was dies bedeute?
Kehrst Du heim nicht mir zur Seite,
Wie denn komm' ich ohne Dich?
Freund, hör'! Müßtest Du erblassen?
Freund, hör'! Müßtest Du erkalten?
Hast Dich treu zu mir gehalten,
Und ich war's der Dich verlassen?
Haben wirklich schon bekannt
Deine ganz zerfetzten, bleichen
Glieder mit wahrhaften Zeichen,
Wie dies Brod im Preise stand?
Wie nur, daß von jener Wunde,
Die vom Leib den Geist Dir trennte;
Nicht im selbigen Momente
Mir das Leben auch entschwunde?
Nicht erlaubt' es das Geschick,
Daß ich dorten bliebe todt,
Um zu wehren mir die Noth,
Und zu wehren Dir das Glück;
Denn Du konnt'st die Palm' entwenden,
Wo's der Freundschaft galt zu huld'gen,
Und bei Dir mich zu entschuld'gen,
Werd' ich bald die Seele senden;
Und das schnell: der Wunde Noth
Mahnt und zieht, daß ich erbleiche,
Während meiner Braut ich reiche
Dieses also bittre Brod.
Brod, gewonnen du von Feinden!

Aber nein, du nicht gewonnen,
Du erkauft mit Blut, entronnen
Zweien unbeglückten Freunden!

(Lira tritt auf, mit einigen Kleidungsstücken, als trage sie es zum Verbrennen, und spricht.)

Lira.

Was doch schauen meine Blicke?

Morander.

Was sie bald nicht fürder schaun,
Weil mein Leid im starken Graun
Eilt, daß es in's Grab mich schicke.
Lira, sieh Erfüllung geben
Meinem Wort und treuen Werben,
Daß Du nimmer solltest sterben,
Während ich noch blieb' am Leben.
Unser Schicksal künd' ich hier,
Wie Du's wahrhaft bald erfährst:
Dir, mehr Speis' als Du begehrst,
Und des Lebens Mangel mir.

Lira.

Holder Freund, was muß ich hören?

Morander.

Daß Du mögst den Hunger stillen,
Während schon des Schicksals Willen
Eilt, mein Leben zu zerstören.
Doch weil meines Blutes Rinnen
Diesem Brodte ward zur Mischung,
Wirst Du, süßes Lieb, Erfrischung
Trüb' und bitter nur gewinnen.
Sieh' das Brod hier, das umgeben
War von achtzigtausend Feinden;

Jedem koſtet's von zwei Freunden
Ein ihm meiſt geliebtes Leben;
Und zu richten, ob mein Lieben
Wohlverdient um Deines werbe,
Herrin, wiß, daß jetzt ich ſterbe,
Und mein Freund ſchon todt geblieben;
Wenn für guten Will'n mich Treuen
Du mit ſüßen Hulden liebſt,
Glaub', daß Du mir Speiſe giebſt,
Dran ſich Herz und Seele freuen.
War, ob Glück uns ſchmeichl', ob quäle,
Stets Dein Dienſt mein treu Verlangen,
O, ſo wollſt den Leib empfangen,
Wie Du längſt empfingſt die Seele.

(Er fällt todt nieder, und Lira nimmt ihn in ihren Schooß.)

Lira.

Mein Morander? Holder Treuer?
Sag', wie Dir ſo plötzlich wird?
Wie verlöſchend abwärts irrt
Dein gewohntes edles Feuer?
Doch, weh mir! beſtimmt zu Klagen!
Schon iſt mir der Gatt' erblichen!
Traurigſter der fürchterlichen
Fäll' in dieſen Unglückstagen!
Wer, mein Lieb', hat Dich berathen
Mit den Gaben edlen Blutes,
Treuer Liebe, tapfern Muthes,
Doch mit Unglück als Soldaten?
Einen Ausfall that Dein Streben,
O mein Gatt', und zu erwerben,

Daß ich bliebe frei vom Sterben,
Nahmst Du mir dabei das Leben.
O du Brod, vom Blut geröthet,
Das um mich der Wund' entrann,
Nicht für Brod seh' ich dich an,
Nein für Gift, das feindlich tödtet;
Nicht zu rettenden Genüssen
Nah' ich dich dem Munde, Brod!
Sondern nur, das theure Roth,
So dich überströmt, zu küssen.

(Hier tritt ein Knabe auf, ohnmächtig redend, Liras Bruder.)

Knabe.

Lira, Schwester, schon ist hin
Unser Vater; Mutter liegt
So, daß sie jetzt, jetzt versiegt,
Wie auch ich im Sterben bin.
Hunger schafft ihr Todeszucken.
Schwester, hast Dir Brod genommen?
O nun, Brod, wie spät gekommen,
Nicht ein Bi lein kann ich schlucken.
Hunger schnürt in festen Schlingen
Mir den Schlund auf solche Weise,
Daß, wär' Wasser diese Speise,
Doch nichts könnt' hinunter dringen.
Schwester, nimm; Dir will ich's geben,
Denn, zu mehren meine Noth,
Seh' ich Ueberfluß an Brod
Während mir vergeht das Leben.

(Fällt todt nieder.)

Lira.

Holder Bruder, schon erkaltet?
Athem, Leben fehlt dem Munde.
Heil noch ist des Unheils Bunde,
Die nicht vielfach sich gestaltet!
Glück, damit Dein seltnes Hassen
Mich mit Doppelleid bedrücke,
Darfst im selben Augenblicke
Mich verwaist und Witwe lassen?
Römerzug, vom Grimm durchtobter,
Wie doch feindlich Deine Klingen
Mir zwei Todten mich umringen:
Bruder der, und der Verlobter!
Welchem soll in diesen Schmerzen
Ich die mehrsten Blicke geben,
Wenn Jedweder war im Leben
Theures Kleinod meinem Herzen?
Süßer Gatte, theurer Bruder,
Gleichen will ich Euch im Lieben,
Bald Euch beiden nachgetrieben,
Wo auch hinführt Charons Ruder;
In der Art auch, wie man stirbt,
Mach' ich mich den beiden gleich,
Weil mir so des Eisens Streich,
Als der Hunger Tod erwirbt.
Eh'r soll meine Brust erlaben
Dieser Dolch, als dieses Brod,
Denn wer lebt in solcher Noth,
Hofft vom Sterben heitre Gaben.
Zögr' ich vor des Stahles Drohn?
Hemmt Dich, Arm, des Todes Schatte?

Holder Bruder, ſüßer Gatte,
Wartet mein, ich komme ſchon!

(Hier tritt eine Frau blutend auf, und nach ihr ein Numantiniſcher Kriegsmann, mit einem Beil in der Hand, um ſie zu tödten.)

Frau.

O Zeus, Du ew'ger Vater, hilf! O merke
Auf dies mein Leid, das arge Sterne ſchicken.

Kriegsmann.

Ob noch zu ſchnellerm Flug die Angſt Dich ſtärke,
Doch ſollſt den Tod von dieſer Fauſt erblicken.

(Die Frau geht ab, und Lira ſpricht.)

Lira.

Den ſcharfen Stahl in Deiner Hand voll Stärke
Wollſt gegen mich, o wackrer Krieger, zücken.
Laß leben, die am Leben ſich erfreut,
Und nimm es mir, die es verwünſcht und ſcheuet.

Kriegsmann.

Ob des Senats Gebote zwar verlangen,
Daß nicht mehr lebend werd' ein Weib erfunden,
Welch kecke Bruſt darf's raſch ſich unterfangen,
Den ſchönen Buſen wild Euch zu verwunden?
Mich, Herrin, hat nicht Blödſinn ſo umfangen,
Daß ich zu Euerm Mord mich hielt verbunden;

Von andrem Arm und Dolche müßt Ihr enden,
Ich lebe nur, um Preis Euch zuzuwenden.

Lira.

Dein Mitleid, so mir That und Wort bezeugen, —
Ich kann's, o wackrer Kriegsmann, Dir beſchwören,
Und auf den hohen Himmel drum zu Zeugen, —
Es muß mein Leid nur grimm'ger noch empören;
Vor Dir wollt' ich mich freundlich dankend beugen,
Wenn Du mit Kraft, die keine Zweifel ſtören,
Dies mein betrübtes Herz mir gleich durchrennteſt,
Und alſo mich vom bittern Leben trennteſt.
Doch wenn Du huldreich Troſt mir willſt verſtatten,
O Herr, in ſolchen Jammers ſtrengem Ringen,
So zeig's, indem wir meinen armen Gatten
Zu ſeines Grabes letzter Ruhe bringen.
Mein Bruder auch liegt hier in Todes Schatten,
Zu dem nicht mehr des Lebens Hauche dringen;
Mein Gatte ſtarb, mir Leben zu verſchaffen,
Den Bruder trafen Hungers grauſe Waffen.

Kriegsmann.

Gern thu ich Dein Gebot, Dir ganz ergeben,
Doch ſag' mir unterweges die Geſchichten,
Wie Deines Gatten und des Bruders Leben
Gezogen ward zum endlichen Vernichten.

Lira.

Freund, Sprechen wird mir ſchon ein eitles Streben.

Kriegsmann.

Fühlſt Dich ſo nah des Todes letztem Richten?
Trag denn den Bruder, der wird minder laſten,
Ich will mich mit dem ſtärkern Mann belaſten.

(Gehn ab, die beiden Leichname forttragend.)

## Zweite Scene.

(Es tritt ein bewaffnetes Weib auf, mit einem Schild am linken Arm, und einen Wurfſpieß in der Hand; ſie ſtellt die Bellona vor, und führt mit ſich die Krankheit, auf eine Krücke gelehnt, und den Kopf mit Tüchern umwunden, eine bleiche Larve vor; die Hungersnoth folgt, im gelblich ſeidnen Gewande, mit einer bleichen farbloſen Larve. Dieſe Geſtalten können durch Manner vorgeſtellt werden, weil ſie Larven tragen.)

Bellona.

Krankheit und Hungersnoth, ihr zwei Vollbringer
Deß, dran ſich meine grauſen Blicke freuen,
So vieler Leben, vieles Glücks Verſchlinger,
Ihr, die nicht Bitte, Recht noch Ordnung ſcheuen,
Ihr wißt, wohin mich führt des Schickſals Finger,
Und nicht bedarf's zu künden Euch von neuen,
Wie ſehr mich's labt und Euerm Thun verpflichtet,

Wenn schnell ins Werk Ihr, was ich heische, richtet.
Der Stern' unwiderſprechlich herrſchend Lenken,
Die nie vergebens ihren Will'n entbieten,
Zwingt mich, all meine Hülfe jetzt zu ſchenken
Dem ſchlangewandten Heere der Quiriten.
Siegreich ſoll'n ſie für jetzt die Schritte lenken,
Und dem geſtürzten Spaniervolk gebieten;
Doch kommt dereinſt die Zeit, wo ich mich wandle,
Den Großen ſtreng, den Kleinen mild behandle.
Denn mächt ge Kriegsgluth, ich, in mancher Stunde
Verwünſcht von Müttern, die in Schmerz entbrennen,
Obgleich man oft mir flucht mit irr'ndem Munde,
Weil Wen ge meines Armes Werth recht kennen,
Ich weiß wohl, daß dem ganzen Erdenrunde,
Mich Span'ſcher Muth dereinſt giebt zu erkennen,
In froher Zeit, wo herrſchen auf der Erden
Ein Ferdinand, ein Karl, ein Philipp werden.

Krankheit.

Wenn Hungersnoth, verbündet unſerm Orden,
Nicht übernommen hätt' im fleiß'gen Streben
Den Auftrag, grimmen Magens zu ermorden,
Soviel hier Menſchen in Numancia leben,
Wär' Deinem Will'n durch mich Erfüll'ung worden,
Und ſo zwar, daß ſich preiſend ließ erheben
Das leicht' und reiche Siegen des Quiriten,
Und beſſer, als ihm nur ſich's wird erbieten.

Doch Jene zwängt mit geimmigem Umfaſſen
Das Numantinervolk ſo hart in Leiden,
Daß, wo ſich Hülf' und Ausweg blicken laſſen,
Sie es verrennend weiß davon zu ſcheiden.
Gleich einem ſcharfen Speer drängt Wuth und Haſſen,
Drängt auch ungünſt'ger Sterne ſtreng' Beneiden
Schon die Verzweifelnden zu ſolchen Nöthen,
Daß Hunger nicht, nicht Schmerz ſie braucht zu tödten.
Wahnſinn und Wuth, die nimmer von Dir ſchieden,
Sie hauſen in der Numantiner Muthe,
Die, wie den Römerkampf ſie nie vermieden,
Nun Alle dürſten nach dem eignen Blute.
Mord, Flamme, Zorn gilt ihnen jetzt als Frieden,
Dem Tod nachſtreben ſie als beſtem Gute,
Und um Triumph den Römern zu entwenden,
Erſchlagen ſie ſich All' mit eignen Händen.

Hungersnoth.

Wendet die Augen, nach der Stadt zu blicken,
Seht die gethürmten Giebel ſchon in Flammen,
Vernehmt die Seufzer, die zum Himmel ſchicken
Viel tauſend traur'ge Herzen allzuſammen,
Das Rufen hört, ſo Thränen faſt erſticken,
Von ſchönen Frauen, die ſchon in den Flammen
Die zarten Glieder ſehn auf Aſche betten,
Wo Vater, Freund, und Lieb' und Flehn nicht retten.
So wie die unverwahrten Schaafe pflegen,

Wenn ſie den Anfall grimmer Wölfe ſcheuen,
Zerſprengt zu fliehn, auf den, auf jenen Wegen,
Um ſich ſchuldloſen Lebens noch zu freuen:
So ſieht man hier ſich Fraun und Kinder regen
Bang' flüchtend vor der Schwerdter Todesdräuen,
Ziehn ſie, o hart Geſchick! von Gaſſ' in Gaſſe,
Vergebens hoffend, daß ſie Mord verlaſſe.
Die Bruſt der Neuvermählten muß behauen
Mit Tropfen Bluts des Gatten ſcharfes Eiſen;
Der Mutter, — o Begegniß, nie zu ſchauen! —
Muß ſich der Sohn erbarmungslos beweiſen;
Ob eignem Sohn, voll Mitleid und voll Grauen
Läßt hoch der Vater, hart die Klinge kreiſen,
Zerbricht den Leib, den er doch ſelbſt erzeugte,
Und ſteht als der Entehrte und Gebeugte.
Nicht Markt noch Winkel giebt's, nicht Straß' und Schwelle,
Wo Leichen nicht ſich lagern, Wunden rinnen;
Es tötet Stahl, Gluth brennt in heißer Welle,
Und Urtheilsſprüch' erheben grimm' Beginnen.
Bald ſeht Ihr's, daß der Ebne ſich geſelle
Die kühnſt' und die erhabenſte der Zinnen,
Daß Häuſer und die höchſten Tempelhallen,
In Aſch' und Staub verzehrt zuſammenfallen.
Kommt, Ihr ſollt ſchaun, welch theuern Gegenſtänden,
Den zarten Kindern, dem geliebten Weibe
Theogenes nun will entgegenwenden
Den ſcharfen Stahl, verderblich manchem Leibe,
Strebend

Strebend, nachdem er Jener Lauf hieß enden,
Wie er das müde Leben von ſich treibe,
Und Wege trifft, ſich deſſen zu entladen,
Nicht nur zu ſeinem, auch zu fremdem Schaden.

Bellona.

Gehn wir, und Keine woll' es unterlaſſen,
Deshalb all' ihre Kraft hier auszuüben,
Und feſt nur meines Winkes Bahn erfaſſen,
Von dem nicht wankend, was ich vorgeſchrieben.

(Gehn ab.)

## Dritte Scene.

(Theogenes tritt auf mit zwei kleinen Söhnen, einer Tochter und ſeiner Frau.)

Theogenes.

Wenn nicht zurück mich hält die Vaterliebe,
An Euch des Sinnes Furie zu vollführen,
So denkt, Ihr Kinder, wie gewalt'ge Triebe
Den Eifer meines tapfern Strebens ſchüren;
Furchtbar wohl iſt des Schmerzens wild Betriebe,
Wo man gewaltſam nach dem Tod muß ſpüren,
Furchtbarer mir, weil richtende Gewalten
Zu Euerm grauſen Henker mich geſtalten.
Nicht laß' ich, Herzenskinder, Euch zurücke
Als Sclaven, nicht ſoll Römermacht gewinnen
Triumph und Palm' ob Euch und Euerm Glücke,
Wie kühn ſie mag auf Unterjochung ſinnen;
Der Himmel hat uns günſtig eine Brücke,

Durch die zu ſichrer Freiheit wir entrinnen,
Ermahnend angezeigt und dargeboten,
Und die führt einzig in das Land der Todten.
Nicht du, o ſüße Gattin meiner Tage,
Sollſt fürchten, daß ein Römer ſich zu wenden
Nach Deiner Bruſt und holden Reizen wage,
Mit eiteln Augen und mit frechen Händen;
Mein Schwerdt, errettend Dich von ſolcher Plage,
Wird Jener Wünſch' in eitles Nichts beenden;
Sie ſoll'n, wie keck ihr Geiz auch nach uns haſche,
Triumph nur halten ob Numancias Aſche.
Ich bin's Geliebte, der zuerſt es ſchätzte
Für beſſer, daß in Tod wir allſammt wandelten,
Als daß unleidlich Heiſchen uns verletzte,
Und wir in Röm'ſche Sclaven uns verwandelten.
Und nicht ſchreit' ich zum Sterben als der letzte,
Nicht mein Geſchlecht.

Mutter.

Wär's möglich, daß wir handelten
Auf mild're Weiſe, Herr, um uns zu ſchützen,
Wie würd', o Himmel! Freude mich durchblitzen.
Doch wird, ich ſeh's, uns dies nicht zugelaſſen,
Schon rauſcht mir nah heran des Todes Schwinge;
Du nur ſollſt unſres Falls Trophä'n erfaſſen,
Fern bleib' uns die treuloſe Römerklinge.

Doch weil's Erblaſſen gilt, möcht' ich erblaſſen
In Artemis geweihtem Tempelringe;
Dorthin, o guter Herr, führ' uns mitſammen,
Und gieb uns dann dem Schwerdt, dem Strang, den Flammen.

Theogenes.

Es ſei. Doch zögern wir auf keine Weiſe;
Mein trüb Verhängniß ruft; ſei's nun geſtorben!

Knabe.

Was weinſt Du, Mutter? Wohin geht die Reiſe?
Wart', denn zum Gehn iſt mir die Kraft verdorben;
Viel beſſer, Mutter, wär's, du gäbſt mir Speiſe,
Denn ſchon bin ich vor Hunger faſt erſtorben.

Mutter.

Komm, holdes Kind, ich trag' Dich auf den Armen;
Da giebt Dir Tod für Speiſe mein Erbarmen.

(Sie gehn ſogleich ab, und es kommen zwei Knaben fliehend, von welchen Einer der iſt, der ſich nachher vom Thurm ſtürzt; er heißt Viriatus, der andere Servius.)

Viriatus.

Servius, wie in ſolchen Nöthen
Fliehn?

Servius.

Ich folge Deinem Wege.

Viriatus.

Lauf! Wie ſchwach Du biſt und träge!
Du biſt Schuld, wenn ſie uns tödten.

Siehst nicht, Armer, tausend Klingen
Hoch gezückt, uns zu erreichen?

Servius.

Ganz umsonst ist's, zu entweichen,
Wo so Viele auf uns dringen.
Doch, was willst Du machen? Sprich!
Welch ein Trost der unser warte?

Viriatus.

Dort liegt meines Vaters Warte,
Und da droben berg' ich mich.

Servius.

Leicht wird sie von Dir erklommen;
Doch vor Hunger, lang erlitten,
Weiß ich selbst mit wen'gen Schritten,
Freund, Dir nicht mehr nachzukommen.

Viriatus.

Weilst Du?

Servius.

Könnt' ich fort gelangen!

Viriatus.

Mich der Füße Kraft von Dir,
Wird Dich bald beenden hier
Hunger, Degen, oder Bangen.
Und ich geh', weil ich erkenne,
Daß hier lau'rt des Todes Tücke,
Ob der Degen mich zerstücke,
Ob das Feuer mich verbrenne.

(Er geht ab, und es tritt Theogenes auf mit zwei bloßen Schwertern und blutigen Händen, und wie Servius ihn kommen sieht, flieht er, und läuft hinein.)

Theogenes.

O Blut, aus meinem eignen Selbſt gefloſſen,
Denn in den Kindern warſt du, mir entflammend,
Hand, Du zum eignen Morden unverdroſſen,
Im grauſamen und edlen Muth entflammend,
Du Glück, das unſern Fall bei Dir beſchloſſen,
Ihr Himmel, frommer Milde Ruf verdammend,
Zeigt mir in ſolches bittern Grauns Verderben
Irgend ein ehrenvoll und nahes Sterben!
Ihr tapfern Numantiner müßt nun denken,
Ich ſei von jenen treuloſen Quiriten;
Kommt, rächt an dieſer Bruſt Eu'r hartes Kränken,
Wollt' Euerm Schwerdt und Arm dies Blut hier bieten!

(Er ſchleudert das eine Schwerdt aus der Hand.)

Eins dieſer Schwerdter, es im Kampf zu ſchwenken,
Beut Euch mein heißer Zorn, mein tolles Wüthen,
Weil, wer im tapfern Kampf ſein Ende findet,
Nicht alſo hart des Todes Grimm empfindet.
Und wer den Andern von des Lebens Schwelle
Ausſtößt, der werf' als güt'ger Freundſchaft Zeichen,
Den traur'gen Leichnam in der Flammen Helle,
Den letzten frommen Dienſt ihm ſo zu reichen.
Heran! Was zögert Ihr? Heran zur Stelle!
Treibt mir das Leben aus mit Opferſtreichen,

Und alle Huld, mir sonst bewahrt, dem Freunde
Verkehrt nun in die Wuth ergrimmter Feinde.

Ein Numantiner.

Wem gilt, starker Theogenes, Dein Rufen?
Welch neue Todesweis' hast Du erfunden?
Was treibst uns an zu Unheils höchsten Stufen,
Dort zu empfangen nie erhörte Wunden?

Theogenes.

Du tapfrer Numantiner, wenn nicht schufen
Verminderung Dir des Muths die bangen Stunden,
So nimm dies Schwerdt, um Dich mit mir zu tödten,
Als wolltest Du's in Feindesblute röthen;
Denn diese Todesart muß mich vergnügen
In solcher Noth, mehr als die andern alle.

Numantiner.

Auch mir kann sie behagen und genügen,
Weil unser Glück doch will, daß Jeder falle.
Doch komm zum Markte, wo mit heißen Zügen
Der Holzstoß nach uns lechzt im wilden Schwalle,
Weil dort der Sieger gleich den er bezwungen,
Hinschleudern mag in strenger Flamme Zungen.

Theogenes.

Du redest gut; und komm! die Zeit zum Sterben
Sei meinem Wunsche länger nicht verschoben.
Nun mag mich Eisen, mag mich Feu'r verderben;
Ruhm seh' ich uns aus jedem Tod' erhoben.

(Geht ab.)

## Vierte Scene.

(Scipio, Jugurtha, Quintus Fabius, Cajus Marius, und einige römiſche Soldaten.)

Scipio.

Wofern nicht die Gedanken mich bethören,
Und lügenhaft die Zeichen ſich erweiſen,
Die in Numancia Ihr geſehn: dies Toſen,
Der jammervolle Laut, die glüh'nden Flammen, —
Muß zweifelsohn' ich ahnen und befürchten,
Daß ſich des Feinds barbariſches Ergrimmen
Zum eignen Buſen habe rückgewendet.
Schon läßt ſich Niemand auf den Mauern blicken,
Nicht wird gewohnter Poſten Ruf vernommen,
Das Ganze liegt in Schweigen und in Stille,
Gleich als ob in des Friedens ſicherm Schatten
Das ſtolze Volk der Numantiner ruhte.

Cajus Marius.

Du kannſt alsbald aus dieſem Zweifel kommen.
Weil ich, wenn Du es wünſcheſt, mich erbiete,
Zur Mauer aufzuſteigen, ob ich freilich
Dem ſtrengen Zufall gänzlich bloß mich ſtelle,
Nur um zu ſchauen, was jetzt in Numancia
Beginnen unſre übermüth'gen Feinde.

Scipio.

So lehne denn, o Marius, eine Leiter
Der Mauer an, und thu' was Du verſprochen.

Cajus Marius.

Geht nach der Leiter gleich, und Du, Ermilius,

Schaff' daß man meine Tartsche her mir bringe,
Und auch den weißen Helm, den mit den Federn;
Denn wahrlich, müßt' ich drum das Leben lassen,
Bald reiß' ich unser Lager aus dem Zweifel.

Ermilius.

Sieh hier den Helm, sieh hier auch Deine Tartsche,
Und dort die Leiter, die Olympius herbringt.

Cajus Marius.

Befehlt dem unermeßnen Zeus mein Leben;
Ich gehe das Verheißne zu vollbringen.

Scipio.

Den Arm noch höher mit der Tartsche, Marius!
Zieh' ein den Leib, bedecke Dir den Scheitel.
Muth! Denn Du näherst Dich bereits den Zinnen.
Wa siehst Du?

Cajus Marius.

Heil'ge Götter, o was ist das?

Jugurtha.

Weshalb erstaunst Du?

Cajus Marius.

Ob des See's von Blute
Der roth sich ausdehnt, und ob tausend Leichen,
Gestreckt durch alle Straßen von Numancia.

Scipio.

Kein Lebender dabei?

Cajus Marius.

Nicht d'ran zu denken!
Zum Mindesten zeigt deren mir sich Keiner,
So weit ich mit dem Blick vermag zu reichen.

Scipio.

Spring' denn hinein, das Ganze wohl durchſpähend.

(Cajus Marius ſpringt in die Stadt.)

Und Du auch folg' ihm, Bundesfreund Jugurtha.
Doch thun wir's lieber Alle!

Jugurtha.

Nicht geziemet
Der Würde, die Du trägſt, ſolch Unternehmen.
Mäß'ge den Muth, o edler Herr, und warte,
Bis Marius oder ich Dir Bothſchaft bringen,
Von dem, was in der ſtolzen Stadt ſich zuträgt.
Haltet die Leiter feſt. — Gerechte Himmel!
Welch trauriges, entſetzenvolles Schauſpiel
Beut meinem Blick ſich dar! O fremd Begegniß!
Es badet heißes Blut den ganzen Boden,
Leichname nehmen Marktplatz ein und Gaſſen;
Ich will hinein, es Alles zu beſchauen.

(Jugurtha ſpringt hinein, und Quintus Fabius ſpricht:)

Quintus Fabius.

Gewißlich, daß die ſtolzen Numantiner,
Von ihrem Grimm barbariſch aufgewiegelt,
Und ohne Rettungsausſicht ſich erblickend,
Es vorgezogen haben, eh' das Leben
Der Schärfe eigner Schwerdter hinzuliefern,
Als dieſen unſern ſieggekrönten Händen,
Von ihnen aufs gewaltſamſte verabſcheut.

Scipio.

Wenn einen Einz'gen noch ich lebend fände,
Nicht würd' in Rom man den Triumph mir läugnen,
Gezähmt zu haben dieses Volk voll Trotzes,
Tödtlicher Feind von jeher unserm Namen,
In seiner Meinung fest, rasch, sich hinstürzend
Der grausendsten Gefahr, dem härt'sten Ausgang;
So daß sich nimmer preisen darf ein Römer,
Daß er den Rücken sah des Numantiners;
Durch welche Tapferkeit und Waffenübung
Ich mich gezwungen fand zu diesem Mittel,
Sie einzuschließen, wie zaumlose Thiere,
Zu triumphiren über sie durch Listen,
Weil es unmöglich war durch Heeresstärke.
Doch schon, wie mir's bedünkt, kehrt Marius wieder.

(Cajus Marius kommt wieder über die Mauer zurück, und spricht:)

Cajus Marius.

Vergebens, Feldherr weitberühmt und weise,
Hat unsre Kraft die Arbeit hier begonnen,
Vergebens zogst Du fleißig diese Kreise.
Denn schon in Wind und Rauch ist uns zerronnen
Der herrlichen Victorie sichres Hoffen,
Geschöpft aus Deiner stäten Klugheit Bronnen.
Der Trauermähr', dem Ende, so betroffen
Numantias edle Stadt, unüberwunden,
Sei noch das Ohr der fernsten Nachwelt offen.

Sie haben Sieg aus ihrem Fall gefunden,
Dir aus den Händen den Triumph gerungen,
Im Tode zu ſtandhaftem Muth verbunden.
Wonach wir hingeſtrebt, es iſt mißlungen,
Denn Jene haben mit des Ehrgeizs Waffen
Des Römiſchen Heeres ganze Macht bezwungen;
Das Volk, im heftigen Zuſammenraffen
Brach, längſt gequält, durch trüben Daſeins Enge,
Der langen Rechnung traur'gen Schluß zu ſchaffen.
Blutroth quillt durch Numancia's Breit' und Länge,
Ein See, darin ſich tauſend Leichen betten,
Gerichtet durch des eignen Sinnes Strenge.
Aus ſchweren und vergleichungsloſen Ketten
Der Sclaverei, vermocht' ein ſchnelles Wagen,
Des Bangens frei, ſie alleſamt zu retten.
Man ſieht in Mitten ihres Marktes ragen
Ein heißes Feuer, furchtbarlich verzehrend,
Was ſie an Leib und Gut ihm zugetragen;
Und näher es zu ſchauen kam ich, während
Theogenes, ein tapfrer Numantiner,
Das Ende ſeines Lebens heiß begehrend,
Verwünſchend böſe Stern', als Schickſals Diener,
Sich mitten ſtürzt' in das ergrimmte Feuer,
In der Verzweiflung Ungeſtüm noch kühner;
Und ſtürzend rief er aus: Ruhm! Du Erneuer
Des Lebens, hierher Deine Zung' und Augen;
Erkauft hat ſolcher Tod Dein Lied ſich theuer.

Kommt, Römer, kommt! Nun plündernd auszusaugen
Die Stadt, so Asch' und Dampf schon in sich fassen,
Wo Baum und Strauch nur zu Fußangeln taugen.
Ich, Schritt' und auch Gedanken freigelassen,
Ging hin nun durch den Ort in weiten Runden,
Durch die zerstörten Plätz' und wüsten Gassen,
Und keinen Numantiner hab' ich funden,
Um ihn vielleicht Dir lebend herzuführen,
Daß Du genauer mögst von ihm erkunden,
Auf welche Weis' und Art, durch weß Verführen
Sie also unerhörte That begangen,
Dem Tod freiwillig öffnend alle Thüren.

Scipio.

War denn mein Busen etwa ganz umfangen
Von grausem Mord und von barbar'schem Höhnen?
Und that ich nicht nach strengen Recht's Verlangen?
Konnt' etwa nie mein Wesen sich gewöhnen,
Den so zu halten, der den Sieg verloren,
Wie Mild' es herscht, der edle Helden fröhnen?
Fürwahr, man kannte schlecht in Deinen Thoren,
Numancia, meines Busens tapfres Streben,
Für Sieg, doch für Verzeihung auch geboren.

Quintus Fabius.

Jugurtha bringt Dir sichre Bothschaft eben,

Herr, über das, ſo Du begehrſt, zu wiſſen;
Sieh, dorten kommt er, doch von Sorg' umgeben.

(Jugurtha kommt ebenfalls über die Mauer zurück.)

Jugurtha.

Umſonſt hat, weiſer Feldherr, ſich befliſſen
Dein ſeltner Werth allhier. Zu andern Dingen
Brauch' was Dich ſchmückt, Dein unvergleichbar Wiſſen.
Nichts giebt's mehr in Numancia zu bezwingen;
Denn todt ſind Alle. Nur ein Einz'ger werde,
Glaub' ich, noch leben, Dir Triumph zu bringen.
Im Thurm, der dorten überſchaut die Erde,
Schien mir's vorhin, verberge ſich ein Knabe,
Von ſcheuem Blick und zierlicher Geberde.

Scipio.

Iſt dieſes wahr, ſo kann mir ſolche Gabe
Triumph in Rom über Numancia ſchenken,
Was jetzt vor Allem meiſt erſehnt ich habe.
Laßt hin uns gehn, und ſucht es ſo zu lenken,
Daß jener Knab' uns in die Hand muß kommen,
Und lebend. Darauf ziemt's ſich's jetzt zu denken.

Viriatus vom Thurm.

Woher, Ihr Römer? Und wozu Ein'r Kommen?
Strebt Ihr vielleicht, Numancia zu gewinnen?
Das wird nun leicht und ebnen Schritt's genommen:
Doch ruf ich Euch hinab von dieſen Zinnen,

Daß ich der Stadt ſchirmloſe Schlüſſel halte,
Ob welcher Todes-Schau'r Triumph beginnen.

Scipio.

Daß ich fortan mit dieſen Schlüſſeln ſchalte,
Komm' ich, und daß Du, Knab', auch mögſt erfahren,
Ob Milde nicht in dieſem Buſen walte.

Viriatus.

Spät bietet Ihr Erbarmen jetzt, Barbaren,
Weil Kein' am Leben ſind, die noch es brauchen,
Denn ich auch will des Spruches Streng' erfahren,
Durch deſſen bittern Troſt im letzten Hauchen
Mir Vaterland und Vater, die ſo lieben,
Vergingen in grauſamer Flamme Rauchen.

Quintus Fabius.

Sag' mir, ſähſt Du vielleicht gern aufgerieben,
In thör'gem Haß erblindet und verwegen,
Dein junges Leben, reich an blüh'nden Trieben?

Scipio.

Laß', zarter Knabe, laß' den Trotz ſich legen,
Die ſchwache Kraft der meinen unterwerfend.
Der nichts an Ruhm und Macht kann widerwägen;
Denn hier verſprech' ich Dir, das Wort noch ſchärfend
Durch meiner Treu Verpfändung: Du alleine
Sollſt Dich regieren, allen Zwang verwerfend.
Und reichliche Geſchenk' und Edelſteine
Soll'n all' Dein Leben lang Dich ſo vergnügen,

Wie Du es wünſchſt, und ich's vermag und meine,
Dafern Du jetzt Dich willſt freiwillig fügen.

Viriatus.

Die ganze Wuth von all' den tapfern Todten
Aus dieſem Volk, in Aſche nun verlohren,
Ihr Meiden aller Pakt' und Friedensboten,
Ihr Trotz, der vor Ergebung ſchloß die Ohren,
Und all das offne Zürnen, drin ſie drohten,
Hat meine Bruſt zum Sitze ſich erkohren;
Numancia erbt' auf mich ihr ganz Erkühnen;
Wie hofft Ihr denn, der Schmach mich zu verſühnen?
Unglücklich Volk, Land, das ſo mild mich ſäugte,
Nicht fürchte, ahne nicht, daß je ich wanke,
Zu thun, was thun muß der von Dir Erzeugte,
Nicht, daß vor Drau'n ich und Verheißung ſchwanke.
Ob Erd' und Luft mir fehlt, Schickſal mich beugte,
Ob mich zu fah'n ſei aller Welt Gedanke:
Unmöglich iſt's, daß ich nicht Denen Hulden
Mit Luſt abſage die verdienten Schulden.
Erſt rief mich zum Verſteck hier das Erbangen
Vor nahem und ſo grauſenvollem Sterben;
Nun treibt's mich vor im Freiſtern Unterfangen,
Im Wunſch, mit Dir das gleiche Loos zu erben.
Für niedre Furcht, doch mir bereits vergangen,

Will tapfern Thun's Entſchuld'gung ich erwerben,
Und meiner zart unſchuld'gen Jahre Fehle
Beſſr' ich, dem Tod hingebend kühn die Seele.
O rühmliche Mitbürger, ſchenkt mir Glauben!
Nicht ich will Euch den edlen Plan verkümmern,
Nicht ſoll'n durch mich treuloſe Feinde rauben
Triumph ob uns, als nur aus Aſch' und Trümmern;
Nicht ich will ihrem Will'n den Sieg erlauben,
Mag auch ihr Schwerdt mir droh'nd entgegen ſchimmern,
Mag ſichern Hafen mir ihr Wort verheißen,
Wo Leben lockt und tauſend Freuden gleißen.
Ihr Römer halt! Laßt Euern Stolz ſich neigen,
Klimmt nicht umſonſt empor zu dieſen Zinnen,
Denn wär' auch größte Macht Euch noch zu eigen,
Doch ſag' ich Euch, Ihr ſollt mich nicht gewinnen.
Zeit iſt es nun, Euch mein Gemüth zu zeigen;
Und ob die Liebe kam aus treuen Sinnen,
Die ich gehegt zu theurer Väter Hallen,
Bezeug' es mir im Augenblick dies Fallen.

(Hier ſtürzt er ſich vom Thurm, und Scipio ſpricht.)

Scipio.

O That voll Ruhm's und ſonder Gleich begonnen,
Werth, alter Krieger Herzen zu entſprießen!
Nicht nur Numancia hat hier Preis gewonnen,
Der

Der Glorie wird ganz Spanien mitgenießen;
Vor Deiner Tugend lebenskräft'gem Bronnen
Muß mein Gewinnſt in nicht'gen Tod zerfließen;
Dich hob Dein Fall, und half Dir Ehr' erlangen,
Mir ſtürzt' er in den Staub mein Siegesprangen.
Wär' noch Numancia friſch, in alten Gränzen,
Mich ſollt' es freu'n, um Leben Dir zu ſchaffen!
Denn Dir gelang's, Dich mit dem Preis zu kränzen
Aus dieſem langen, ſeltnen Streit der Waffen.
So freu' denn, Knabe, freu' Dich an dem Glänzen
Der Glorie, ſo die Himmel Dir erſchaffen,
Weil im Herabſturz Du haſt überwunden
Den, welcher ſteigend tiefern Fall gefunden.

(Man bläſt eine Trompete und Fama tritt auf.)

**Fama.**

Fleuch Du von Land zu Land, mein klar Verkünden
In Deinen lieblichſten und reinſten Tönen,
Daß heißerglüh'nd die Seelen ſich entzünden,
Mit ew'gem Lob ſo hohe That zu krönen.
Hebt, Römer, Euern Blick! In dieſen Gründen
Begrabt den Letzten aus Numancia's Söhnen,
Der, noch ſo jung, vermocht hat, umzuſtürzen,
Was den Triumph mit Ruhm Euch konnte würzen.
Denn Fama, ich, zum Heroldsamt erkohren,

Will ſorgen ſtets, ſo lang die Himmel kreiſen
In der erhabenſten Lichtſphären Thoren,
Und niedrem Erdreich Hülf' und Schutz erweiſen,
Wahrhaft zu künden aller Völker Ohren,
Mit treuem Sinn und fittigſchnellen Reiſen
Numancia's Ruhm, dem nichts von Süd bis Norden,
Von Bactria bis Thule gleich geworden.
Solch unerhörte That gilt für ein Zeichen
Der Tugend, die in fern zukünft'gen Jahren
Die Söhne aus dieſen tapfern Spanierreichen
Als ſolcher Väter Erben offenbaren.
Nicht daß im grimmen Tode dieſ' erbleichen,
Nicht daß die Zeiten ſchnell vorüber fahren,
Darf hindern mich, Numancia's Werth zu loben
An Arm und Geiſt, bewährt in harten Proben:
Mir glänzt Numancia reich an allen Dingen,
Die billig tönen von der Dichter Leiern,
Die irgend nur darbieten Stoff dem Singen,
Um es für manch Jahrhundert zu befeuern:
Die unbeſiegte Kraft, das edle Ringen,
Verdienend, ſie in Red' und Lied zu feiern! —
Doch weil zu reich ſie mir den Sinn umfließen,
So laßt die Kunde glücklich uns beſchließen.

## Druckfehler.

S. 25. Z. 4. ſtatt Es, lies Sie.
S. 27. Z. 6. ſtatt Dem, lies Den.

die Ueberſetzung aber einem Manne, den Deutſchland ſchon um ſeines neueſten Originalwerkes, neben ſeinen großen Dichtern nennt, und der die gegenwärtige Arbeit auf meine Bitte unternommen, nicht ohne vollſtändige Kenntniß ihrer ungemeinen Schwierigkeit und ohne beſcheidene Furcht vor derſelben. Beiden meinen freundlichen Freunden kann ich nicht umhin, hier meinen warmſten Dank zu bezeigen, und zu wünſchen, daß das von allen Seiten mit Liebe ausgeſtattete Büchlein ſo freundlich aufgenommen werden möge, als wir es vorbereitet.

Berlin.

Der Verleger.

# Novellen-Mappe.

Von

L. M. Fouqué, Friedrichsen,
F. W. Gubitz, Ludwig Halirsch,
Moltek, Schiff und einem
Ungenannten.

Berlin, 1843.
Vereins-Buchhandlung.

# Inhalt.


Seite

Die Seherin. Von Dr. **Schiff** ..... 1

Marie mit der Katze. Von **Friedrichsen** . 89

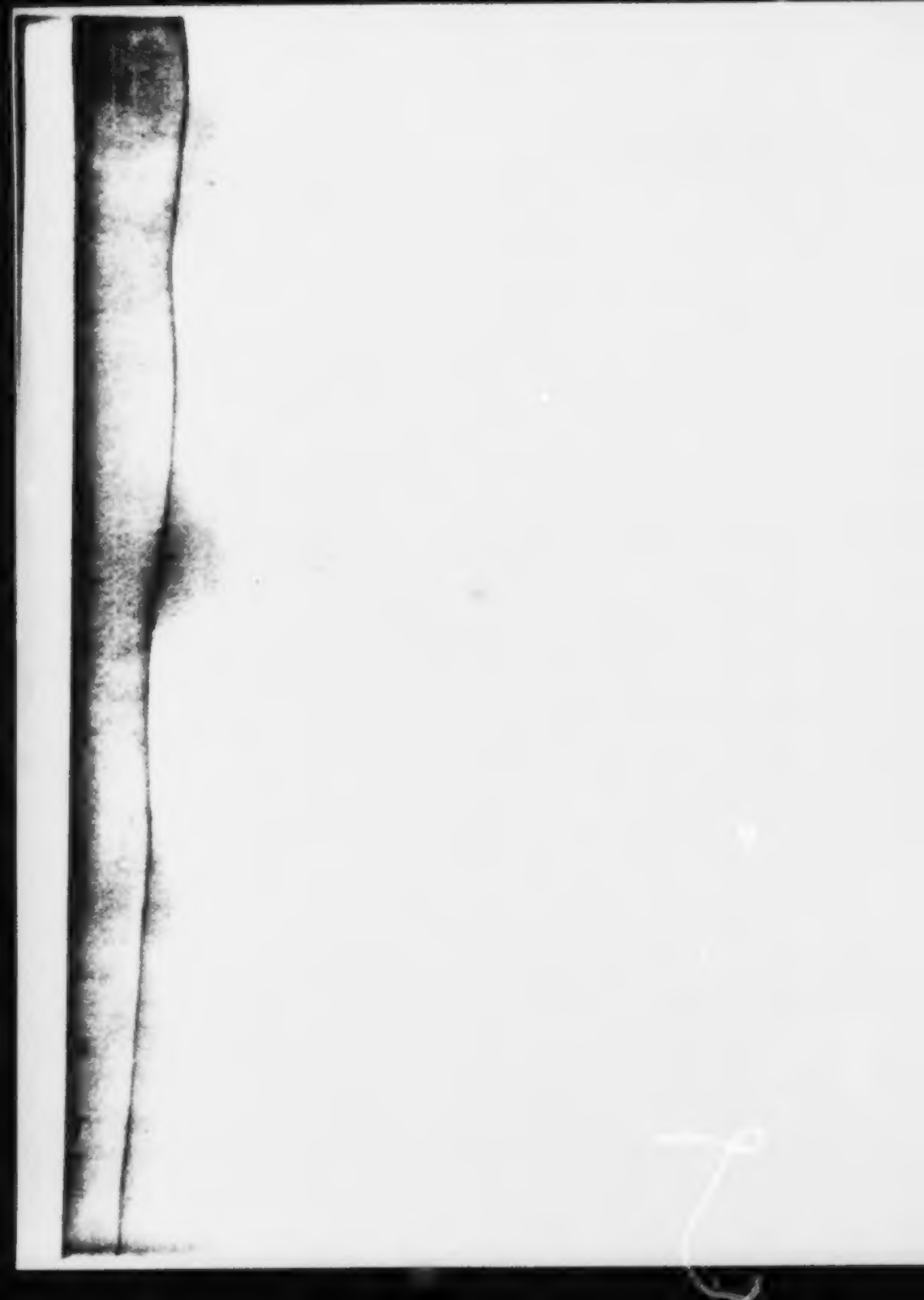
Fanatismus. Von **F. W. Gubitz** ..... 125

Die Kinderfrau auf dem Schlachtfelde. Von **L. M. Fouqué** ..... 167

Das Portrait zum Sprechen. Von **Ludwig Hallirsch** ..... 225

Die Anklage. Begebenheit aus dem siebzehnten Jahrhundert ..... 269

Memoiren eines Ringes. Von **Moltke** ... 323



# Die Seherin.

Von

Dr. Schiff.

„Es iſt kein Spaß, Dorfſchulmeiſter zu ſeyn. Trauben wachſen nicht auf Dornen und Pfirſiche nicht auf Tannen. Allein Mäuler, zum Kauen und Beißen eingerichtet, ſollen leſen und beten, Fäuſte, für den Dreſchflegel geſchaffen, ſollen ſchreiben lernen! — Was ſind die zwölf Arbeiten des Herkules gegen die Alltagsmühe eines Dorfſchulmeiſters! — Herkules war ein Halbgott und hatte überirdiſchen Beiſtand, und Jaſon — was wäre aus ihm geworden ohne Medea's Zauberhülfe? Ein Schulmeiſter hingegen hat keine Ausſicht auf Halbgötterſchaft, und nichts als ſeinen Stock, welcher kein Zauberſtab iſt.“

So urtheilte Herr Werner, Dorfſchulmeiſter zu *, und fügte hinzu: „Was hilft alle Weisheit, was nützt das gründliche Forſchen und wiſſenſchaftliche Streben, es giebt ja nicht einmal eine vollkommene Fibel!“

Werner nannte alle vorhandenen Fibeln unvollkommen, denn sie verließen sich mehr auf den Lehrer, wie auf den Stock! — Er hatte Recht! Von einer Vollkommenheit der Fibel kann nicht die Rede seyn, sobald der Lehrer nachhelfen muß. Und wer Dorfschulen kennt, und wie schwierig Bauerkinder begreifen und wie schwerfällig Dorfschulmeister sich ausdrücken, ja wie oft sie gänzlich unfähig sind, sich verständlich zu machen, der wird einräumen, daß Stöcke allemal zuverlässig sind, aber Lehrer nicht. — Eine vollkommene Fibel hingegen ist die objektivirte Idee des Lesenlehrens, die Methode an sich von gleicher Wirkung auf jede beliebige Anzahl Schulkinder und auf jeglichen Grad von Stupidität. — Sie verlangt nichts außer sich selbst, einen Stock und einen Lehrer. Werner hatte beschlossen, sogleich eine vollkommene Fibel zu schaffen. Das war der Zweck seines Lebens, den er mit unglaublichem Eifer verfolgte, und dem er Hab und Gut und sich selbst opferte. Stundenlang konnte er da sitzen, in tiefes Sinnen verloren. Nur die Lippen regte er, und die sehr merklichen Regungen wurden zu unwillkürlichen Lauten: „Ge!“ „Che!“ „Ke!“ darüber vergaß er Essen und Trinken, ließ die Pfeife ausgehen und den Kaffee kalt werden. Auch mitten im Gespräch befiel ihn solche Zerstreuung, und besann er sich, so entschuldigte er sich bei denen, die

seine Eigenheiten nicht kannten, mit den Worten etwa: „Sie glauben nicht, wie schwer es ist, den Kindern das „ch" beizubringen, welches bald ein Gaumen- und bald ein Kehlbuchstabe ist. Ja, dasselbe Zeichen wird auch wie „k" ausgesprochen, z. B. Achsel, Christ, Ochs. Also ein Zeichen für drei Laute. Dies ist eine der größten Schwierigkeiten."

Vergebens hatte er die Druckereien der Umgegend nach Schriftzeichen durchstöbert, die den bäuerischen Kinder-Augen am faßlichsten und deutlichsten seyn mochten. Hier hatte er ein „B" und „B" gewählt, die sich trefflich unterschieden, dort ein „i", „ä", „ö" und „ü", der herrlichen unverkennbaren Ueberpunkte halber; dort ein „f", welches vermöge seines dicken Striches nicht mit dem „ſ" zu verwechseln war. — Diese Schriften aber paßten nicht auf Einen Kegel, und er wandte sich an eine Gießerei, die nach seiner Zeichnung Formen stechen ließ. Dabei setzte er seine wenige Habe zu, und als die vollkommene Fibel endlich im Stereotypdruck erschien, fand der arme alte Mann keinen Lohn für Mühe und Kosten, fand sein redlicher Wille keine Anerkennung von Seiten seiner Obern, und seine Amtsgenossen, denen er so gewissenhaft die kleine Ausbeute seines mühseligen Lebens widmete, verfolgten ihn mit Spott und Hohn, nannten ihn den alten ABC-Schützen, den Fibel-Philo-

sophen, und was der boshaften Neckereien mehr waren. — Er ertrug dies wie ein Christ, seine Geduld ermüdete nicht, zehn Jahre lang und drüber. Hatte er doch die Beruhigung, etwas Vollkommenes geschaffen zu haben, wenn auch nur eine vollkommene Fibel.

Eines Tages jedoch fand er ein altes zerrissenes Gesangbuch. — Er wurde bleich, zitterte — plötzlich stürzten Thränen aus seinen Augen. — Man fragte, was ihm fehle? — Er deutete auf das Wort HERR, welches nach alter fromm-lutherischer Weise in großen Buchstaben gedruckt war. Noch begriff Niemand seinen Schmerz, und woher ihn das heilige Wort betrübte. — Endlich ergab sich, daß das „E" einen derben Punkt hatte, einen viel anschaulicheren als das E in der vollkommenen Fibel, welches sich nur schwach von dem C unterschied.

Lache nicht, o Leser! — durfte Alexander der Große weinen, als er den Philosophen von unzähligen Welten reden hörte, weil er noch nicht Herr einer einzigen war: warum nicht auch ein Schulmeister, daß sich auf Erden nicht einmal eine vollkommene Fibel zu Stande bringen läßt! Alexanders Thränen gehörten einem wilden, rasenden Hochmuthe an, die des Schulmeisters der wehmuthsvollen Einsicht, daß auch das geringste Menschenthum unvollkommen bleibt. Alexan-

der ſtand jung und tollkühn am Eingange ſeiner Heldenlaufbahn, der Schulmeiſter hatte ſein ſechszigſtes Jahr zurück gelegt, und ſo nah dem Grabe täuſchte ihn ſein mühſeliges, dornenvolles Leben.

Seine Jugendgeſchichte, und was ihn bewog, Schulmeiſter zu werden, hat er ſelbſt folgendermaßen aufgezeichnet:

Da ich mein ſiebentes Jahr erreicht hatte, ſchickten meine Eltern, reiche Bauersleute in dem Filialdorfe — witz, mich hieher zur Schule, wo ich nun ſelber Schulmeiſter bin. Knaben und Mädchen ſaßen damals bunt durcheinander, denn daß ſie jetzt abgeſondert ſitzen, habe ich veranſtaltet.

Bei dieſer Gelegenheit lernte ich ein wunderbares Weſen kennen, von dem ich ſchon viel reden gehört. Dörthe Schulz war damals ſchon ein erwachſenes und völlig ausgebildetes Mädchen. Sie zählte funfzehn Jahre; deſſenungeachtet ſaß ſie unten an, denn obgleich ſie acht Jahre die Schule beſuchte, konnte ſie weder ſchreiben noch leſen, und wußte keinen einzigen Vers, weder aus der Bibel noch aus dem Geſangbuche. Einige ihrer jüngern Geſchwiſter waren bereits confirmirt, ſie aber mußte zum Leidweſen ihrer Eltern immer noch die Schule beſuchen, der Paſtor nannte ſie blödſinnig und der Schulmeiſter hatte be-

reits alle Luſt verloren, ihr die nöthige Weisheit einzubläuen.

Freilich hatte es mit ihrem Blödſinn eine eigene Bewandniß, und die Bauern, welche anders wie der Pfarrer und der Schulmeiſter urtheilten, behandelten das gute Kind einigermaßen mit Ehrfurcht. Denn hatte Jemand etwas verlegt oder verloren, hatte ſich ein Pferd, eine Kuh von der Weide verlaufen, ſo ging man zu Dörthe und klagte es ihr, und ſie wußte es ſtets wieder zu finden. Noch viel merkwürdiger war ihre Vorahnung einer jeglichen Witterung. Nahm ſie beim Botengehen ihren groben Tuchmantel um, ſo gab es Sturm oder Kälte, trug ſie Männerſtiefeln, heftigen Regen- oder Thauwetter. Gewitter konnte ſie Tage lang vorher fühlen, dann war ſie ängſtlich und unſtät. Der Paſtor und der Schulmeiſter ſagten: „Das beweiſt ihren Blödſinn, denn auch unverſtändige Thiere haben Vorgefühle.“

Die Bauern aber ſagten: „Das beweiſt, daß ſie mehr ſieht wie Unſereins.“

Und wie ſehr ſie ſonſt auch auf den Paſtor hörten, war ihnen die Witterung nichts Gleichgültiges, und ihr lebendiges, natürliches Wetterglas wollten ſie nicht verachten laſſen. — Der Paſtor hatte manchen Aerger darüber, was er dem ahnungsloſen guten Mädchen nie vergab.

Wirklich war Dörthe die Gutmüthigkeit selbst. Sie that, was man von ihr begehrte, und gab, was man von ihr forderte, selbst wenn es ihr nicht gehörte, sondern ihren Eltern etwa. Dafür erlitt sie oft harte Züchtigungen, besonders von ihrem Vater, einem armen Schuster, der mit dem Knieriemen rächte, daß sie sein karges Brod ihm schmälerte. Sie aber ertrug geduldig jegliche Mißhandlung, das wußten die kleinsten Kinder, sie neckten, schlugen sie, warfen sie mit Steinen, denn Dörthe wehrte sich nicht. Weh' aber den Bauerburschen, die sie unanständig zu berühren wagten, die größten und stärksten sandte sie wohl zerkratzt und zerbläut nach Hause.

Dörthe war schlank, bleich und hochblond, und hatte große hellblaue Augen. Ihre Gestalt verrieth keinen Blödsinn. Aber sprechen konnte sie nur wenig, und Fragen, die man an sie richtete, pflegte sie meist durch Zeichen zu beantworten, oder sie sah den Frager mit ihren schönen Augen groß und offen an; gekleidet war sie immer sehr ärmlich, aber an ihrer Haut gewahrte man nie ein Fleckchen, und die werthlosen Lumpen, in die sie sich hüllte, glänzten von Sauberkeit; im schlechtesten Wetter auf den schlechtesten Wegen bespritzte sie sich nicht, es war, als dürften Koth und Staub nicht an ihr haften.

Ich war so glücklich, schon am ersten Tage die Gunst des Schulmeisters mir zu erwerben. Während des Unterrichts nämlich mußten wir die Hände gefaltet auf den Tisch legen, mir aber behagte das Stillesitzen nicht, ich fing an, mit den Daumen zu spielen und sie munter übereinander zu wälzen. Diese Lebhaftigkeit ist bei Dorfkindern nichts Gewöhnliches, sie erregte die Aufmerksamkeit des Schulmeisters, welcher mit der Frage auf mich zu kam: „Wie heißt der erste Buchstabe im ABC?"

Ich sah ihn groß an und fragte: „Wa?" (was?)

Auch dies schien ihm ein günstiges Omen. Bauerkinder antworten im ersten Vierteljahre auf keine Frage. Sie sperren die Mäuler auf und nicken mit den rundgeschornen Köpfen, wie Pagoden, die eine Zugluft berührt.

„Das ist ein aufgeweckter Junge", sagte mein Schulmeister. „Grüß' Deinen Vater und sage, Du willst recht fleißig seyn und etwas recht Tüchtiges werden."

Als ich heimkehrte, ermangelte ich nicht, meinem Vater zu sagen: „Einen schönen Gruß vom Herrn Schulmeister, und — ob Vater weiß, wie der erste Buchstabe im ABC heißt."

„A", sagte mein Vater.

„Nein! Wa heißt er, das kommt daher, weil Er nicht Schulen gebt, ich aber soll was Tüchtiges werden.“

Vier Wochen später war Jahrmarkt. Mein Vater, ein leidenschaftlicher Kartenspieler, gewann an diesem Tage beträchtlich und erwies mir viel väterliche Zärtlichkeit, einen hölzernen Kuckuk mir mitzubringen. Ich war darüber sehr glücklich und musicirte den ganzen Tag mein „f d, f d“, bald in halben, bald in Viertel-Noten, oder aus Entzücken gar in Achteln und Sechszehnteln. Es war die erste Musik, die ich machte.

Als ich Mittwochs wieder in die Schule ging (bis zum Kirchdorf war fast eine Stunde), nahm ich meinen Kuckuk mit, um mir die Zeit unterwegs zu vertreiben.

Unglücklicher Weise begann der Schulmeister heut ein Examen. Er fragte einen ältern Knaben: „Wie heißen die fünf Selbstlaute?“

Der Schüler antwortete gleich beispielsweise: „Affe, Esel, Igel, Ochs, Uhu!“

„Ja!“ entgegnete stampfend der Schulmeister, „Affe! Esel! Igel! Ochs! Uhu! Der Kuckuk ruft seinen eigenen Namen!“

Kuckuk, so hieß mein theures Spielwerk, dessen ich über die Ankunft des Schulmeisters und über das

Examen gänzlich vergessen hatte. Um mich zu überzeugen, daß ich mein Kleinod noch besäße, griff ich an meine Hosentasche, leider aber so hastig und täppisch, daß ich den Balg niederdrückte und mein Kuckuk durch ein deutliches f, d, nach dem Jammerton oder nach dem Orgelton g, e, seine Anwesenheit kund gab.

Auf diese Bestätigung, daß der Kuckuk seinen Namen rief, war der Schulmeister nicht gefaßt. „Wer hat Spielzeug bei sich?" fragte er. „Heraus damit, oder ich visitire."

Das war ein Donnerschlag für die ganze Schule. Alle hatten den Jahrmarkt gefeiert, alle hatten zärtliche Väter gehabt. „Gieb Deinen Kuckuk heraus!" drohte mein derbfäustiger Nachbar, „denn ich habe ein hölzernes Pferdchen bei mir mit einem Pfeifchen im Steiß, um das ich nicht kommen will. Ein Anderer hatte eine Schnarre; ein Dritter eine Henne mit Küchlein, welche sehr fein zirpen konnten. Von allen Seiten ward ich gerauft, gestoßen, geknippen, und mein vorlautes Spielzeug mußte geopfert werden, um die allgemeine Visitation zu vermeiden. Mit Thränen in den Augen reichte ich es hin.

Aber siehe, zur Verwunderung Aller bestrafte mich der Schulmeister nicht. Er begnügte sich, zu sagen: „Thu' Er das nicht wieder!" und als die Schule aus war, gab er mir den Kuckuk zurück. Sonst pflegte

er alles Spielzeug, das man mitbrachte, zum Beſten ſeiner Kinder zu confiſciren.

Ein verlorenes und wieder gewonnenes Gut iſt doppelt theuer, und am folgenden Tage konnte ich mich vollends nicht von meinem geliebten Spielwerke trennen, ich nahm es wieder mit, wollte aber für dies Mal klüger ſeyn.

Ich war der Erſte in der Schulſtube und ſpähte nach einem Verſteck für mein theures Kleinod. Aber die vortrefflichſten Mäuſelöcher, die anſehnlichſten Wandritzen waren mir nicht ſicher genug. Dagegen hatte der Schulmeiſter einen Polſterſtuhl, ich ſah, daß die Gurten hohl lagen, freute mich der Entdeckung, und hatte nichts Eiligeres zu thun, als meinen Kuckuk zwiſchen die Federn und Gurten hineinzuſchieben, um ihn nach geendeter Schule wieder heim zu nehmen.

Die Kinder fanden ſich nach und nach ein, zuletzt kam auch der Schulmeiſter und ſetzte ſich wie gewöhnlich auf ſeinen Polſterſtuhl, als zum Entſetzen der ganzen Schule das „k" meines Kuckuks laut und deutlich anſprach. Der Schulmeiſter ſprang auf, und eben ſo deutlich folgte das „d".

„Hat Er ſeinen Kuckuk wieder bei ſich?" donnerte er mich an. Der Schulmeiſter war ein gutmüthiger alter Mann, doch hatte man alle Urſache, ſeinen Jäh-

zorn zu fürchten. Zitternd und weinend sagte ich also: „Nein!“ denn es war ja keine Lüge.

Der Schulmeister fing an zu visitiren. — Ach, die gestrige Gefahr hatte Niemanden gewarnt! Er fand das Pferdchen mit der Pfeife im Steiß, die Henne mit den feinzirpenden Küchlein. Er fand Soldaten und Seiltänzer mit und ohne Geklimper. Er fand Trompeten, Pfeifen, Schnarren, und fast alle Mädchen hatten Puppen bei sich, aber ein Kuckuk wollte sich nicht finden. Der Schulmeister confiscirte Alles, und der Pascher bekam sechs derbe Stockschläge; Seufzer und stilles Weinen erfüllte die Schulstube. Er aber kehrte zu dem Polsterstuhle zurück und warf sich ingrimmig darauf, daß mein Kuckuk, über den heftigen Stoß erbittert, die große Terze „fis” kreischte, der sogleich, da der Schulmeister aufsprang, der Grundton „d” folgte.

Auf solche Weise war der Schulmeister noch nie verhöhnt worden, und war nicht der Mann danach, sich derlei bieten zu lassen. In seiner Rechten den Stock, die Linke gebieterisch ausgestreckt, fragte er drohend: „Wer hat einen Kuckuk?“

Es erfolgte keine Antwort. Noch einmal visitirte er eben so fruchtlos, kopfschüttelnd setzte er sich, und dieselbe Scene fing wieder von vorn an. — Es war kein Scherz mehr. Ich litt Todesangst, der Schul-

meiſter war wie raſend, und erhitzte ſich wie der fabelhafte Baſilisk vor einem Spiegel. Sein Geſchrei und ſein Handthieren machte die ganze Schule zittern, und ich, der ich nie viel Beiſtesgegenwart beſaß und nie eine kühne That vollbracht, wagte nicht zu bekennen und mit einem Wort das abſcheuliche Mißverſtändniß zu zerſtören.

Weil er nichts ausrichtete, ſandte er zum Paſtor, ſeine Magd mußte beſtellen: Ein frevelhafter Muthwille ſtöre den Unterricht, und er ſey nicht im Stande, ihn zu entdecken.

Wir hatten jetzt einen Augenblick Ruhe, denn der Schulmeiſter ging hin und her. Der Paſtor kam, und in Gegenwart ſeines Obern wagte der Schulmeiſter nicht, ſich zu ſetzen, ſondern klagte ſtehend ſein Leid. — Der Paſtor war überaus milde, er machte auf den unwiederbringlichen Verluſt der Zeit aufmerkſam, auf die verabſäumte Gelegenheit, etwas zu lernen, und ſchloß mit der Hoffnung, daß der Frevel fortan unterbleiben würde. — Er ging, und der Schulmeiſter complimentirte ihn bis zur Hausthür und kehrte wieder. Kopfſchüttelnd ſetzte er ſich, und von Neuem muſicirte der Kuckuk. Spornſtreichs rannte er dem Paſtor nach.

Der Paſtor kehrte zurück und warf ſich in die Bruſt, drohte mit körperlicher Züchtigung und mit

ewigen Strafen. — Umſonſt! Er ging, wieder complimentirte ihn der Schulmeiſter, wieder kehrte er zurück, ſetzte ſich und der Kuckuk muſicirte ſo deutlich, daß, wäre er minder zornig geweſen, er den Zuſammenhang hätte merken müſſen. — Als er den Paſtor zum dritten Male in's Zimmer führte, hatte er Thränen in den Augen.

Diesmal zeigte ſich der Paſtor als eifriger Seelenhirt. „Wehe!“ donnerte er im Kanzeltone. „Wehe nicht nur dem Thäter, ſondern auch dem Mitſchuldigen, und nicht minder wehe dem Mitwiſſer dieſes Frevels, denn jeglicher ſoll gleiche Strafe erleiden. Nur aus Langmuth, ähnlich der himmliſchen, welcher den Uebelthäter lange ſchont, auf daß der Weg zur Reue und Beſſerung ihm einleuchte und er ihn betrete! — nur aus Langmuth, ſage ich, werde ich noch eine kleine Friſt geſtatten, auf daß der Thäter, oder der Mitſchuldige, oder der Mitwiſſer ſich retten kann. Ja, Einer kann ſich retten, indem er die Andern zur gerechten Strafe liefert, zu dieſem Endzwecke werde ich jeden Einzelnen fragen. Jeder Einzelne ſoll mir Rede ſtehen. Aber wehe! ſage ich, wehe Allen, wofern ich vergeblich frage. Denn gleich wie der Himmel ſeinen Zorn ausgießt über Schuldige und Unſchuldige, alſo werde auch ich einen jeglichen, er ſey ſchuldig oder nicht, gleich wie den Uebelthäter züch-

tigen lassen. Wohlan, noch ist es Zeit, der über die ganze Schule verhängten Strafruthe zu entgehen, welche Strafruthe keine symbolische, auch keine figürliche ist, sondern aus einem echten derben Birkenreis bestehen wird. Wohlan, ich frage, und suche sich zu retten, wer kann. — Amen!" fügte er nach langer Gewohnheit hinzu.

Ich war entschlossen, Alles zu sagen, aber ich zögerte und dachte, die Reihe wird schon an mich kommen; unglücklicher Weise fing aber der Pastor von unten an zu fragen, und unten an saß ein für allemal Dörthe. — Als er zu ihr voll Ernst und Würde begann: „Hast Du einen Kuckuk mitgebracht, den Du verborgenerweise regierst, oder weißt Du, wer solches gethan hat oder thut?"

Sie sah ihn groß an, sagte nichts, aber plötzlich sprang sie mit seltsamer Gewandtheit über Tisch und Bänke und holte den Kuckuk unter dem Stuhle hervor.

Jetzt ging Allen ein Licht auf. „Wie kommt es", fragte der Pastor, „daß Sie das nicht gemerkt haben?"

Der Schulmeister zuckte die Achseln. „Wie konnte ich rathen, daß der Kuckuk so angebracht war, um, wie ich mich auf dem Stuhle bewegte, zu schreien."

„In der That ein hämiſcher Streich!“ ſagte der Paſtor; „da haben Sie einen Beweis, wie nahe Dummheit und Hinterliſt verwandt ſind. Geben Sie ihr einen tüchtigen Denkzettel, Herr Schulmeiſter, damit ſie dergleichen verlernt.“

Zum dritten Male complimentirte ihn der Schulmeiſter bis zur Hausthür, dann kam er mit einer derben Haſelgerte wieder und befahl Dörthen hervorzukommen.

Zu meiner Beſchämung muß ich bekennen, daß ich Anfangs eine Erleichterung fühlte, weil ich mich von der Strafe befreit, die eine Unſchuldige für mich leiden ſollte. — Aber Dörthe ward unbarmherzig gezüchtigt, und unbarmherzig ſagt immer noch zu wenig. Der Schulmeiſter zeigte ſich grauſam, er züchtigte mit der Luſt und Schadenfreude eines Henkers. — Eine Execution, ſo wie Alles, was den Unterricht eine Weile unterbrach, war uns Kindern ein wünſchenswerther Zeitvertreib. Diesmal aber war Niemand wohlgemuthet, und das Gefährliche ſolch einer Züchtigung leuchtete den roheſten und ſchadenfroheſten Bauerknaben ein.

Der Schulmeiſter hieb darauf los, bis ſein Arm kraftlos niederſank, und der Haſelſtock der lahmen Hand entglitt. Dörthe hatte ſich faſt nicht geſträubt, nur Augen und Bruſt hatte ſie mit Armen und Händen

geſchützt. Zuletzt taumelte ſie, wollte ſich an dem Stuhle halten, fiel aber mit demſelben zu Boden, und lag eine Weile da, nach Athem ringend. Dann bekam ſie Krämpfe, alle Muskeln an ihrem Körper tanzten und die Verrenkungen waren entſetzlich anzuſehen. — Plötzlich richtete ſie ſich auf, und ihr Antlitz glänzte, ihre Stirn leuchtete, die Augäpfel lagen in den Höhlen zurückgedrängt. Sie glich einem Geſpenſt. Mit einer gellenden Flötenſtimme fing ſie an, Bibelſtellen und Verſe herzuſagen, als fiele ihr mit einem Male Alles bei, was ſie früher nicht behalten konnte. Dazwiſchen betheuerte ſie ſehr erbaulich, daß ſie unſchuldig gelitten habe für einen Andern, der jetzt aus Menſchenfurcht ſchweige.

„Aber", fügte ſie hinzu, „der Gott der Liebe hat ſein Herz bereits gerührt und gewendet, und jetzt, derweil ich rede, bereut er ſchon und wird ſogleich ſeine Schuld bekennen."

Dem war ſo! — Ich fühlte mich durch und durch erſchüttert und vernichtet. Unſtreitig wirken ſolche Scenen auf geiſtesrohe Bauerkinder anſteckend, mir war, als ſollte ich auch Krämpfe bekommen und ſingen und prophezeien. Ich rang die Hände, ſtürzte dem Schulmeiſter zu Füßen und ſchrie: „Um Gotteswillen, Herr Schulmeiſter, ich bin der Thäter, ſchlagen

Sie mich. Schlagen Sie mich auch, oder ich bin unglücklich."

Dem Schulmeister aber war die Luſt zu ſtrafen vergangen. Er entließ die Kinder, um der armen Dörthe Hülfe zu ſpenden, mich brachte er in ein Nebenzimmer, wo er unter den beſten und ſchönſten Worten mich beſchwor, ruhig zu ſeyn.

Dörthe beſuchte die Schule nicht wieder. Täglich und faſt zur ſelben Stunde hatte ſie Krämpfe, und bald konnte ſie ihr Lager nicht mehr verlaſſen. — Es ſteht ſchlimm um ärztliche Hülfe auf unſern Dörfern. In zwei bis drei Ortſchaften trifft man kaum einen Arzt, der meiſtens nichts zu thun hat, als Geburtshülfe zu leiſten und Todtenſcheine auszufertigen. Bei übrigen Fällen behilft man ſich mit Hirten und klugen Frauen, mit Sympathieen und Verſprechungen, und kauft von herumziehenden Krämern und Charlatans Univerſal-Mittel und Salben.

Zum Glück bedurfte Dörthe keines Arztes, ſie gerieth von ſelbſt in magnetiſchen Schlaf, fing an, ſich Arzneien zu verordnen und auch Andere zu kuriren. Ihre Mittel ſchlugen nie fehl, ſie ſagte den Verlauf der Krankheit pünktlich voraus, beſchrieb Kräuter nach Geruch, Geſtalt und Farbe, wo ſie zu finden waren und wie ſie zubereitet werden ſollten, und Waſſer und

Steine wurden durch ihre Berührung ebenfalls heilkräftig.

Mit ſogenannten Gebildeten kam Dörthe nicht in Berührung, und ihr Ruf erſtreckte ſich nicht über drei bis vier Dörfer; hier aber ſprach man eine Zeit lang nur von ihren Wunderthaten, und daß der Schulmeiſter die Schuſterdörthe zum Doctor geſchlagen habe. — Manches Geld und anderweitige Spenden, denn Bauern bezahlen gern in Naturalien, floſſen dem armen Kinde zu, und ſie überließ willig Alles ihren Eltern, welche mit der armen Kranken eine Art Handel trieben. Jeder Beſuch mußte ihnen ein Geſchenk eintragen, ihrer unglücklichen Tochter widmeten ſie aber keine Liebe, keine Pflege, und reichten ihr kaum das Nöthigſte.

Jener Auftritt in der Schule hatte einen tiefen Eindruck auf meine junge Seele gemacht. Zu ſieben Jahren hatte ich ſchon Gewiſſensbiſſe. Freilich wußte ich damals nicht, daß es Gewiſſensbiſſe waren, und erſt heute, indem ich mein Leben beſchreibe, gebe ich dieſen Namen jener ſchmerzlichen Angſt, die mich damals ſo häufig befiel, ich wußte nicht, wie und weher. — Wenn ich Dörthe's Namen hörte, fing ich an zu weinen und zu ſchreien, ſie aber machte viel von ſich reden, und Bosheit und Schadenfreude merkten mir bald meine Schwäche ab und machten ſich eine

Freude daraus, mein wundes Gemüth zu quälen und zu peinigen.

Wohl möglich, daß hiermit schon der Grund zu meiner spätern Melancholie gelegt wurde. Ach, nur die Unschuld freut sich ihres Daseyns in dieser reichen schönen Welt, und hat den Muth, ihr Glück darin zu versuchen; nicht so das wunde Gewissen, welches sich vor der flüchtigen, wechselnden Erscheinung in die Einsamkeit rettet, um dort in sich selbst den Trost zu finden, um deswillen einzig und allein es das Leben nicht hasst und wegwirft.

Die Zeit indessen lindert wenigstens die Schmerzen, welche nicht ganz und gar zu tilgen sind. Man gewöhnte sich an Dörthe's Wunder-Kuren, wurde überdrüssig, mich zu necken, ich hörte nicht mehr von ihr reden, und denken an sie wollte ich nicht. So erreichte ich mein dreizehntes Jahr. Ich schrieb, las, rechnete mit einiger Fertigkeit, und wenn ich Fortepiano spielte, liefen alle Bauerkinder vor meinem Fenster zusammen. — Der Pastor und der Schulmeister erklärten mich für einen fähigen Kopf, der studiren müsse. Der Meinung aber war mein Vater nicht. Ich, der einzige Sohn, sollte einst die Felder und Grundstücke besitzen, und mit seinem baaren Gelde gedachte er meine Schwester auszusteuern. Deshalb machte er kurzen Prozeß mit mir, warf meine Bücher

und Hefte in's Feuer, ſchickte mich mit Knechten und Mägden auf's Feld und ſagte: es ſey nun aus mit der Feder- und Schulfuchſerei, und jetzt müſſe gear-beitet werden. Sicher hätte er auch mein Fortepiano zertrümmert, aber es war ein ſchönes Möbel, welches das Zimmer ungemein putzte.

Dieſe Art, ſeinen Willen durchzuſetzen, verdroß meine Mutter, die für ihr Leben gern mich auf der Kanzel geſehen hätte. Täglich zankte ſie ſich mit meinem Vater darüber, die Nachbarn miſchten ſich drein, im ganzen Dorfe ſprach man davon, endlich auch in den umliegenden Dörfern. Mein Vater nämlich war reich und geldſtolz, deshalb ſuchte jeder ihm was am Zeuge zu flicken', und daß er mich nicht ſtudiren ließ, war Allen ein willkommener Vorwand, ihn des Geizes zu beſchuldigen, denn kein Vorwurf konnte ihn mehr erbittern. Er war in der That nicht geizig, vielmehr liebte er es, ſein Geld zu zeigen, und wo dies Neid und Aerger verurſachte, trieb er es bis zur Verſchwendung. — Wo er ſich jetzt blicken ließ, auf Kirmſen und Schmäuſen, fing man damit an, mich zu loben: „Sein Fritz iſt ein herrlicher Junge, ein offener Kopf, er hat viel gelernt." Dies Lob diente aber nur zur Einleitung. „An ſolch einem Jungen würde ich nichts ſparen", hieß es dann weiter, und das Ende davon war: „Werner! Er ſollte um die paar

tausend Thaler, die es Ihm kosten kann, den Jungen studiren zu lassen, nicht geizig seyn.“ — Aus Spaß wird Ernst, aus Neckereien ein Sprüchwort, bald hieß mein Vater nicht mehr der reiche, sondern der geizige Werner. Und leider erzeugte sich damit zugleich der Glaube an meine überaus großen Fähigkeiten, ja ich selber glaubte daran, denn jedweder behandelte mich wie ein Wunderkind.

Eines Tages ließ sich der Pastor bei meinem Vater als Gast anmelden, offenbar in der Absicht, mir das Wort zu reden; was ihn veranlaßte, als Vermittler aufzutreten, kann ich nicht sagen. So viel aber ist gewiß, daß mein Vater nur solch eine Vermittelung abwartete, um auf gute Art seine Willensänderung einzugestehen.

Der Pastor war mit vielem Pompe empfangen und nur der Schulze unseres Dorfes hinzugebeten. Der Pastor und der Schulze redeten lange, ohne daß mein Vater nur ein Wort entgegnete. Endlich ließ er mich rufen.

„Höre, Fritz!“ sagte er, „ich will, daß Du ein Pastor werden sollst, und Du mußt mir nach der Residenz auf die Hochschule. Geld kannst Du bekommen, so viel Du haben willst! Höre, Fritz! Du mußt bedenken, daß Du der Sohn des reichen Werner bist, und Dich nicht lumpen lassen.“

Ich meines Theils wäre eben ſo gern ein Bauer geblieben, ich arbeitete mich gern müde, dann ſchmeckte mir Eſſen und Trinken und ich ſchlief gut. In Wahrheit, auch ich fürchtete mich vor dem Studiren, beſonders weil ich Latein lernen ſollte, und Griechiſch und Hebräiſch hielt ich der fremden Chiffern halber für Zauberſprachen. Aber alle Welt intereſſirte ſich für mein Studium, als geſchähe damit der ganzen Menſchheit ein Dienſt, und ich war zu jung, einzuſehen, welchen Einfluß Grillen und Thorheiten der Menſchen auf unſer Geſchick ausüben, und daß im alltäglichen Thun und Treiben kein ſonderlich vernünftiger und nothwendiger Zuſammenhang ſey. Vollends glücklich aber war ich, als ich herrliche bürgerliche Kleider, koſtbare Wäſche erhielt, kurz, eine Ausſteuer, deren ſich der Sohn eines Edelmannes nicht zu ſchämen brauchte, und außerdem gab mir mein Vater noch Geld, mir zu kaufen, wozu ich Luſt hätte, und ſchärfte mir ein, nur nicht zu ſparen.

Bevor aber irgend ein Wunſch in mir aufkam, fühlte ich mich gedrungen, ein altes Unrecht gut zu machen. Ich wollte Dörthe beſuchen, ihr ſagen, wie wohl es mir ginge, wie ich aber, um glücklich zu ſeyn, ihr meine Schuld abbitten müſſe und ihrer Vergebung bedürfe. Beim Abſchiede wollte ich ihr ein beträchtliches Geldgeſchenk hinterlaſſen.

Leider fand ich Dörthe nicht im hellſehenden Schlafe. Eine blödſinnige Bäuerin fand ich, leidend, verwahrloſt, in einem dumpfigen Bettſchranke, in einer ſchmutzigen, räucherigen, von der ganzen Schuſter-Familie bewohnten Stube. — Es war ein ſchauerlicher Anblick! Schwächliche Perſonen können davon augenblicklich dieſelben Leiden bekommen: das fühlte ich. — Ich brachte mein Geſchenk dar, deſſen der Schuſter mit freudiger Gier ſich bemächtigte, und eilte davon zu kommen. Der Schuſter und die Schuſterin ließen ſich's nicht nehmen, mich mit Dank und Segenswünſchen bis zur Schwelle zu geleiten, mich, den Unglücksſtifter, den Peiniger der guten Dörthe. So war ich denn wieder allen frühern Schmerzen preisgegeben. — Aber ich werde fleißig ſeyn, ich werde ſtudiren, ich werde ein großer berühmter Mann werden, werde der Menſchheit Nutzen und Segen ſtiften, um wieder gut zu machen, was ich hier verbrochen! — So dachte ich und war getröſtet, denn bald und leicht tröſtet man ſich zu dreizehn Jahren.

In der Reſidenz aber galt der talentvolle Bauerknabe für einen ſehr gewöhnlichen und beſchränkten Kopf. — Wie glücklich ſind die Kinder in großen Städten! Sie lernen, wenn ſie ſprechen lernen, richtig ſprechen, ſie haben gebildete Lehrer, ſie hören gelehrte Hausfreunde ſich mit einander unterhalten, und der

praktiſche Zweck des Wiſſens und der Gelehrſamkeit offenbart ſich in ihrer nächſten Umgebung. Ich ſollte Sprachen, Geſchichte, Mathematik, Geographie lernen, das Alles waren mir neue und fremde Begriffe. Mein Gedächtniß war nicht geübt, ich ſchrieb langſam und ſchwerfällig und konnte weder den Diktaten folgen, noch in der gehörigen Zeit meine Arbeiten vollenden. Viel Geiſtesgegenwart hatte ich auch nicht. Sollte ich eine Lektion aufſagen, ſo ſtammelte ich, jede Frage meines Lehrers ſetzte mich in Verlegenheit; da fehlte es denn nicht an Verwürfen und Strafen, und meine Mitſchüler, die ſämmtlich jünger waren als ich, verſpotteten und verhöhnten mich obendrein.

Wie bald ſehnte ich mich wieder nach meinem Dorfe zurück, um Feldarbeiten zu verrichten, Abends meinem Vater die Zeitung vorzuleſen und Sonntags in der Kirche die Predigt zu hören.

Aber meine Klagen daheim halfen nichts. Mein Vater ſagte: „Jetzt will ich nun einmal, daß Du Prediger wirſt. Ich laſſe es Dir an Geld nicht fehlen, und nun ſoll mich Niemand mehr irre machen.“ — Meine Mutter ſagte: „Aller Anfang iſt ſchwer, Du mußt an den Tag denken, wo Du Deine Probepredigt hältſt und wir Alle erbauet ſeyn werden; erlebe ich das, ſo werde ich vor Freuden wieder jung.“

So blieb es denn beim Alten, und ein Semester nach dem andern verstrich; ich ward groß und stark, und saß immer unter kleinen Knaben, die es mir in Allem zuvorthaten.

Bereits zum fünften Male war ich bei der Beförderung in höhere Klassen übergangen, und schon damals glaubte ich, mir geschähe Unrecht, und ich sey nicht völlig talentlos. — Dies war nicht ganz Selbsttäuschung, schon als Dorfschulknabe sann und träumte ich gern. Aber auf dem Dorfe lernt man nur für sich selber denken und empfinden. Im Gegensatz dazu bedingt das Lernen in den Klassen die Fähigkeit, sich fremde Gedanken und Begriffe mit Leichtigkeit anzueignen. Dieses Talent hatte ich nicht, diese Fähigkeit errang ich erst sehr spät.

Ich bin nur ein Dorfschulmeister, und mein Stolz ist, ganz zu seyn, was ich bin; man wird mich also schwerlich mißverstehen, wenn ich sage, daß es mir tröstlich ist, die Aehnlichkeit mit manchem großen Manne zu haben, daß man auf Schulen mich verkannte. — Ein Lehrer nach herkömmlicher Weise zu seyn, ist ja auch keine übermenschliche Aufgabe. Wer sich darauf beschränkt, Knabenweisheit zu lehren, verliert sich am Ende in Knabenweisheit, beurtheilt die Welt nach dieser Weisheit, und auch seine Schüler. Daher verkannten mich meine Lehrer. Wenn ich mich aber in

eine höhere Klasse wünschte, weil ich glaubte, schwerere Aufgaben würden meinen Eifer wecken und größeres Interesse für mich haben, so irrte ich sehr. Auf Schulen soll man gelehrte Arbeiten angreifen und anfertigen lernen. Aus den meisten Schülern werden nur gelehrte Handwerker, und die Welt bedarf ihrer. So lange aber die Elemente noch Schwierigkeiten machen, kann man nicht arbeiten. Man sollte daher keinen Schüler vermöge der Anciennetät promoviren. Nur völlig unfähige und talentlose Knaben, mit denen man hinsichts einer gelehrten Erziehung ein Abfinden treffen muß, kann man auf diese Weise durch alle Klassen laufen lassen. — Diese Abschweifung wird man einem alten Pädagogen verzeihen.

Wie gesagt, ich glaubte, daß mir Unrecht geschähe, und konnte die Behandlung nicht länger ertragen. — Eines Tages übermannte mich die Verzweiflung, so daß ich beschloß, geradewegs zum Direktor zu gehen und ihm meine Beschwerde vorzutragen.

Dieser Muth begleitete mich aber nur bis an die Schwelle seines Studirzimmers. Als ich pochte und er „Herein!" sagte, als ich die Thür öffnete und die Menge Bücher sah rings an den Wänden, auf Stühlen, Tischen, auf dem Sopha und auf der Erde selbst, da war ich von heiliger Ehrfurcht durchdrungen, ich

hatte Thränen in den Augen und war keines Wortes mächtig.

Der Direktor legte seine Feder hin und fragte sanft: „Was hat man Ihnen zu Leide gethan, mein lieber Werner?“

Hätte ich die Fähigkeit besessen, meine Empfindungen in Worten auszudrücken, ich würde gesagt haben: „Ach! mir hat Niemand etwas zu Leide gethan; aber ich habe noch niemals so viele und so große Bücher gesehen, und Sie, Herr Direktor, sitzen darunter wie ein König unter seinen Vasallen. Ich habe keinen Muth mehr, ein Gelehrter zu werden, und ich verschweige meine Bitte, da ich ihre Nutzlosigkeit einsehe.“

Schulmänner sind eitel; unstreitig hätte dies ihn günstig gestimmt. Statt dessen schwieg ich und weinte, bis er die Geduld verlor und mich derb ausschalt. — Weil ich endlich doch reden mußte, sagte ich: „Ich bin nun schon fünf Mal beim Aufsteigen übergangen.“

Er ward vollends böse. „Können Sie Ihre Arbeiten für Quarta machen?“ fragte er. „Was wollen Sie in Tertia anfangen? Hätten Sie Verstand, Sie würden mich bitten, Sie als Ultimus unten an zu setzen. Gehen Sie, Ihre Thränen rühren mich nicht; bessern Sie Ihren Fleiß und Ihre Aufmerksamkeit, das ist der Weg, der zu höheren Klassen führt.“

Dies war der Erfolg meines Entſchluſſes, den mir Verzweiflung eingegeben. Ich ging und dachte mit Schrecken an die Zukunft, wo mein Vater mich fragen würde: „Was hat alles Geld genützt, das ich für Dich ausgegeben?“ und meine Mutter beſeufzen würde, daß ihr Lieblingswunſch, mich auf der Kanzel zu ſehen, unerfüllt bliebe.

Doch während ich ſo an meinem Schickſale verzweifelte, gefiel es einem Weſen, an dem ich mich ſchwer verſündigt hatte, ſich meiner anzunehmen und durch ihre Wundergaben mich zu ſtärken, um die ſchweren Prüfungen, die über mich verhängt waren, beſtehen zu können.

Selbſt meines Geldes ward ich nicht froh, ich hatte es nur für Andere, und meine Schulkameraden thaten freundlich mit mir, wenn ſie was verlangten; hatten ſie es, ſo behandelten ſie mich nach wie vor mit Verachtung. — Eines Tages hatten mehrere Primaner und Secundaner mich bewogen, ſie nach einer Kirmes auf ein fernes Dorf zu begleiten. Der Grund, weshalb ſie die Geſellſchaft eines Quartaners ſuchten, war kein anderer, als daß ich die Koſten des Vergnügens tragen ſollte. Und als mein Geld für Bier, Abendbrod und Cigarren ausgegeben war, ſchlichen ſie ſich fort, um ſich anderweitigen Vergnügungen zu überlaſſen. Vergebens wartete ich auf ihre Wieder-

kehr; es wurde spät, und ich beschloß, bei meinen Eltern zu übernachten, denn der Weg nach der Residenz war weit, und ich mochte ihn allein nicht gehen.

Die Sommer-Nacht war mild und lau, an der reinen Himmelsdecke funkelte das zahllose Heer der Sterne. Ich blickte sehnsüchtig hinauf nach jenem großen Geheimnisse, dachte an Gott und Unsterblichkeit, und wie wunderbar die Fähigkeit des menschlichen Geistes sey, zu so erhabenen Gedanken sich emporzuschwingen. — Darüber ließ ich den Weg außer Acht, vertiefte mich in Kornfelder, irrte hin und her und traf nur neue, mir unbekannte Querpfade und Steige, die endlos weit sich zu dehnen schienen, wenn ich sie einschlug. — Ich erhitzte mich, ich ermüdete, ich fürchtete schon die Nacht auf freiem Felde zubringen und allen gewohnten Bequemlichkeiten, vielleicht auf Kosten meiner Gesundheit, entsagen zu müssen. Ich dachte an Räuber und Wölfe und versank am Ende dermaßen in Kleinmuth, daß ich mich in's Korn warf und bitterlich zu weinen anfing.

Nicht lange hatte ich so gelegen, als eine leise Stimme rief: „Fritz! Fritz! bist Du denn so verstört, daß Du in Deiner eigenen Heimath Dich verirrst?"

Ich ließ die Hände von den Augen sinken und sah Dörthe, schöner und lieblicher als ich je etwas er-

blickt. „Dörthe!“ fragte ich erſchrecken, „was machſt Du hier?“

Und eben die leiſe Stimme erwiederte: „Ich bin nicht hier! Ich liege krank und ſchlafend auf demſelben Lager, auf dem Du vor drei Jahren mich geſehen, im Traume hörte ich Dich jammern; nun erſcheine ich Dir, um den Weg Dir zu weiſen.“

Ich fühlte einen Schauer vom Kopfe über den Rücken rieſeln, doch war es mehr eine Empfindung des Entzückens als der Angſt.

Die Erſcheinung fuhr fort: „Siehſt Du den hellen Sirius über dem Hügel dort? Dieſer Stern führt Dich in Deine Heimath, und der Hügel verbirgt Dir das Dorf; wärſt Du hundert Schritt weiter gegangen, ſo hätteſt Du meiner Zurechtweiſung nicht bedurft.“

Sie verſchwand und ich glaubte wahnſinnig zu ſeyn, oder mit wachen Augen geträumt zu haben. Ich blickte nach dem Stern, nach dem Hügel, und plötzlich war die Gegend mir bekannt. — Wenn man Nachts ſchlaftrunken aufwacht, glaubt man bisweilen, das Bett ſey umgekehrt, verwechſelt Rechts mit Links, und hält zu Füßen was zu Kopfe iſt. — Allein man richtet ſich auf, erkennt das Fenſter, den Ofen, die Thür — da hat Alles die gewohnte Lage wieder, und umſonſt bemüht man ſich, ſeine Verwirrung zu er-

klären, oder gar sich in den Zustand zurück zu bringen. — So war mir, als ich Stern und Hügel sah, ich war orientirt, ich wußte nicht mehr, wie ich mich verirrt glauben konnte.

Und plötzlich stand dieselbe Erscheinung wieder vor mir. „Hör', Fritz!" sprach sie ernst, „das ist die echte Sehnsucht nicht, die so kindisch sich fürchten kann!" — und husch war sie wieder verschwunden.

Ihre zweite Erscheinung hatte mich fast mehr als zum ersten Male erschreckt; in dem Schreck aber lag zugleich etwas Wollüstiges, oder besser gesagt, ein heimliches Entzücken. Mit heiligen Schauern nahte ich mich dem Hügel, wohinter ihre Hütte lag, und bei jedem Schritte war mir's, als nahte ich mich dem Himmel und der Ewigkeit.

Endlich stand ich vor dem schlechten kleinen Hause. Es war finster und todtenstill darin. Dörthe! dachte ich, schläfst Du? und sieht Deine wache Seele den dankbaren Knaben hier vor Deiner Thür stehen? Oder ist Deine Seele wieder eingeschlafen zum Wachen in dieser Körperwelt? — Du kümmerst Dich um mich und erweisest mir Liebe! Ich habe es nicht um Dich verdient, ich habe Dich verrathen, ich ließ Dich unbarmherzig züchtigen, und die Leiden Deines Krankenbettes, ich habe sie Dir veranlaßt. Aber ich bin gewiß recht unglücklich. Vater und Mutter, Prediger

und Schulmeiſter wollen einen Gelehrten aus mir machen, und ich kann nicht einmal Tertianer werden. Ich habe nicht einmal den Muth, den Direktor zu bitten, mich nach Tertia zu verſetzen. Ich habe ſo wenig Entſchloſſenheit, daß ich all das Meine hergebe, weil ich keinem Menſchen etwas abſchlagen kann, und ſelbſt, wenn ich beleidigt werde, fehlt mir die Kraft, zu zürnen. Was ſoll ich auf der Welt, was werde ich den Meinigen nützen, wie häufig werde ich noch dem Undank, der Verkennung und den Mißhandlungen preis gegeben ſeyn! — Daß Du meiner gedenkſt, o Dörthe, das iſt mein einziger Troſt! Ja, Du haſt vergeben, und Dir gegenüber habe ich den Muth, einzugeſtehen, daß, wärſt Du in meiner und ich in Deiner Stelle, ich eben ſo gegen Dich gehandelt haben würde.

Ich ſagte, daß ich ſo dachte, ich hätte ſagen müſſen: „ſo fühlte ich damals", denn es iſt eine ſchwere Kunſt, ſein Fühlen zu denken und ſein Denken auszuſprechen, und erſt heute verleihe ich meiner damaligen Empfindung Worte.

Ich erzählte dies wunderbare Abenteuer meinen Eltern, die gar nicht ſonderlich darüber erſtaunten; es war nicht das erſte Wunder, das Dörthe vollbracht hatte. Leider! verſchwieg ich es aber auch meinen Schulkameraden nicht, welche nicht anders dachten,

als daß ich ihnen etwas aufbinden wollte und mich einen Lügner nannten. Dies gab viele ärgerliche Gespräche und Auftritte. Auch die Lehrer hörten davon und examinirten mich; ich sagte, was ich wußte, berief mich auf die Dorfbewohner, die auch viel Wunderbares von Dörthen zu erzählen wußten. Endlich wurde ich auch zum Direktor gerufen, der meiner Schwärmerei derb den Text las. „Der Studirende", sagte er, „soll sich nur um das kümmern, wodurch er etwas lernt, und sonst um nichts. Was nützen Ihnen Visionen, von denen Sie nichts lernen? Denn was hat Ihnen die Vision gelehrt? Den Weg nach Hause zu finden. — Das ist der Mühe werth, und darum geschehen auch Wunder! Behalten Sie künftig Ihre Träume für sich, und noch besser wär's, Sie träumten gar nicht und machten Ihre Arbeiten."

Ich wurde entlassen, und draußen fiel mir bei, daß meine Erscheinung mir allerdings etwas gelehrt hatte. „Das ist die echte Sehnsucht nicht, bei der man so kindisch sich fürchtet!" — Ja wohl! ein Pferd, ein Hund wäre in der lauen Sommer-Nacht wohlgemuth nach Hause getrabt, allein der in erhabenen Gedanken, in Hochgefühlen schwelgende Knabe verirrte sich in den heimischen Kornfeldern. Ist das nicht Lehre und Weisheit genug?

Ich konnte nicht anders und mußte stets an Dörthe denken. Wohl aber war ich ein Schwärmer und Träumer. Ich mochte nichts thun als lesen, und zwar philosophische, theologische und mystische Bücher. Ich verstand davon nur wenig; dessen ungeachtet bemühte ich mich, sie auszulegen. Diese Auslegungen schrieb ich sogar nieder. Freilich, was ich schrieb, war verworren und unbehülflich, ohne Folge und Zusammenhang. Was ich gestern schrieb, strich ich heute aus, und morgen warf ich Alles in's Feuer, um wieder von vorn zu beginnen. Hätte ich jene Papiere bewahrt, sie würden für die Schriften eines Irrsinnigen gelten können, und doch muß ich jene wunderlichen Bemühungen segnen. Mir waren sie nothwendig, mein Geist mußte sich durch solch eine chaotische Verwirrung durcharbeiten, um Klarheit und Besonnenheit zu gewinnen.

Der Glaube an Dörthe betrog mich nicht. Sie war und blieb mein Schutzgeist, und dies bewies mir ein Traum in einer Winter-Nacht, vom 14ten auf den 15ten Dezember. — Mir träumte, ich säße auf einem Stuhle vor dem Bettschranke, in welchem sie krank lag. — Fritz, sagte sie, eins mußt du mir versprechen: wenn du zu Bett gehst, vergiß nicht, drei Nächte lang dich gegen den Ofen zu verneigen. — Ich sagte: Ich verspreche es dir! — Wirst du

auch Wort halten? — Ohne Zweifel! — Wirst du nicht denken, dies sey ein thörichter Traum? — Nein! niemals! — Gieb mir die Hand darauf. — Ich gab ihr die Hand, sie hielt sie fest in der ihrigen. — Du hast es versprochen, sagte sie, gleichviel, ob schlafend oder wachend.

Ich hatte so lebhaft geträumt, daß mir kein Zweifel war, ich müsse Wort halten. Und die nächste Nacht, als ich zu Bette ging, machte ich, nachdem ich entkleidet war, dem Ofen meine Reverenz und sprach lachend: Gute Nacht, wohlgeborner Herr Ofen, ich wünsche angenehme Ruhe! — Nach diesen Worten aber fühlte ich eine seltsame Angst, ich eilte in's Bett und zog mir die Decke über die Ohren.

Am folgenden Abend entschloß ich mich mit einiger Schwierigkeit zu derselben Ceremonie. Ich wohnte mit mehreren Scholaren auf demselben Corridor, Wand an Wand. Wie, wenn sie mich belauschten, würden sie mich nicht für wahnsinnig halten? — Dennoch vollzog ich die Ceremonie und eilte eben so ängstlich wie am vorigen Abend zu Bett. Ich fürchtete in der That wahnsinnig zu seyn, oder es zu werden, denn daß ich eine so widersinnige Ceremonie vollzog, geschah nur aus Gehorsam, aber nicht aus Ueberzeugung. Ich urtheilte so: Mein Benehmen ist das eines Wahnsinnigen. Ich berufe mich freilich auf einen Traum,

aber der Wahnſinnige beruft ſich auch ſtets auf Träumereien. — Wenn der Direktor recht hätte, wenn jene Erſcheinung in den Kornfeldern nun auch Gebilde einer kranken Phantaſie, eines wunden Gemüthes war? — Wenn man jung iſt, ſind die fieberhaften Aufregungen, die man Abends im Bette hat, ungleich ſtärker; da kann man Alles glauben, Alles fürchten.

In der dritten Nacht hätte ich die Ceremonie, die mich ſtets ſo ängſtigte, ſicher unterlaſſen; aber es war die letzte Nacht, und ich durfte erwarten, daß etwas Entſcheidendes geſchehen müſſe. Und ſiehe! als ich mich gegen den Ofen neigte, ſah ich im Torfkorbe etwas glimmen. — Die Möbel eines Scholaren ſind weder ſehr elegant noch ſolide. Mein Torfkorb hatte bereits vielen Vorgängern gedient, und war ſo ſchadhaft und mürbe, daß er mit großen Bogen Papier gefüttert werden mußte, damit der Grus nicht hindurch fiel. Dieſes Papier glimmte und der Grus dampfte. Ich hatte Tabak geraucht und (was bei meiner Zerſtreutheit leicht anging) wohl einen ſchlecht gelöſchten oder gar brennenden Fidibus hineingeworfen.

Ich eilte, die ganzen Soden auszupacken, den Grus ſammt dem angebrannten Papiere in den Ofen zu werfen, den Torfkorb von Neuem zu füttern und die ganzen Soden wieder hineinzulegen. Ich reinigte den Boden und glaubte nun alle Spuren meiner Un-

vorsichtigkeit getilgt. Aber eine neue Angst hatte ich zu bestehen, denn der Grus und das Papier im Ofen erzeugten eine furchtbare Hitze; der Ofen ward glühend, ich fürchtete, er würde springen. Nach Verlauf einer halben Stunde aber erkaltete er wieder, und zuletzt hatte ich Muße, die ganze Gefahr zu überschauen. — Mein Schreibtisch voller Bücher und Schriften stand dicht beim Ofen, mein Bett an der jenseitigen Wand. Das Haus des Rektors, bei dem ich wohnte, war alt und baufällig, halb Holz, halb Mauerwerk, in weniger als einer Viertelstunde hätten es die Flammen verzehrt, und unrettbar hätte ich meinen Tod gefunden.

Mit welcher Rührung gedachte ich meines Schutzengels, der so wundersam mein unnützes junges Leben mir bewahrt, wie bat ich ihm alle gehegten Zweifel ab, und wie stolz fühlte ich mich am Ende, unter dem Schutze eines mit so seltenen Wunderkräften begabten Wesens zu stehen! — Dieses Abenteuer verschwieg ich wohlweislich, denn einmal hatte ich gegen das ausdrückliche Schulgesetz Tabak geraucht, und zum andern Male hätte das unvorsichtige Umgehen mit Feuer mir eine schwere Ahndung zugezogen.

Minder gut konnte ich einen andern Traum verschweigen, der wohl zu den merkwürdigsten gehört, die je geträumt wurden, und der recht eigentlich be-

weiſt: daß man von Seherinnen auch wiſſenſchaftliche Reſultate erhalten kann, obſchon der Direktor doch behauptete, man könne aus ihren Viſionen nichts lernen, und, wenn auch ein Theologe, die Wahrheit der Verzückungen leugnete.

In Secunda unterrichtete der Subrektor, der ſich viel mit Belletriſtik beſchäftigte. Goethe's Fauſt war erſchienen und machte Epoche, wie wenig er auch verſtanden ward. Unſer Subrektor aber war ſo begeiſtert von dem dramatiſchen Gedicht, daß er es in Secunda von Anfang bis Ende vorlas und commentirte. — Die damalige Jugend war anders geſtimmt als die heutige. Es galt für eine Ehre, den Fauſt zu verſtehen, oder ſich mit dem Verſtändniß deſſelben zu beſchäftigen, und die Commentationen des Subrektors wurden mit großem Eifer nachgeſchrieben. Ich ruhte nicht eher, bis ich das Buch ſammt dem Hefte eines Secundaners in Händen hatte, um beides eifrig zu ſtudiren. Zu meinem Entſetzen aber las ich, daß das menſchliche Wiſſen in jeder Hinſicht ungenügend und untröſtlich ſey. — Wie kann das ſeyn? fragte ich. Durch ſeinen Geiſt iſt der Menſch König der Schöpfung, Herr der Elemente. Die Wiſſenſchaft iſt dem Menſchen Bürgſchaft ſeiner Fortdauer, ſeiner ewigen Beſtimmung. Und bietet das Leben dem Gelehrten nicht Genüſſe, Ruhm und Schätze, warum ſoll das

Alles verachtet werden? Iſt wiſſenſchaftliches Forſchen und Entdecken nicht in ſich ſelbſt Lohn und Troſt genug? Wäre es in der That beſſer, ſich im bodenloſen Kelch des Laſters zu berauſchen? — Und was wird für die Wiſſenſchaft geboten, die das fleißige Leben tauſend großer Männer mühſam den Jahrtauſenden abgerungen: Magie, Hexen, Blocksbergsſpuk, Zauberblendwerk! — Aber es giebt keine Magie, keine Hexen, keinen Mephiſto. Höhere Geiſter können nicht böſe Geiſter ſeyn, nur gemeine Kräfte können zu Freveln mißbraucht werden, keine Wunderkräfte! — Und es wird dem Menſchen ja ſauer genug, gut zu ſeyn. Ja, das Aeußerſte, was er vermag, iſt, gut zu ſeyn. Gehören da übernatürliche Kräfte dazu, ihn zu verderben?

Ich brauche wohl nicht zu erinnern, daß ich damals weder ſo ſprach noch dachte. — Ich fühlte mich nur unbefriedigt, wenn ich den Fauſt las, und grämte mich, Goethe nicht bewundern zu können. Ich begreife ihn nicht, dieſen gefeierten unſterblichen Dichter, ich bin Bauerknabe, ein Quartaner, ein Dummkopf.

Da träumte mir eines Nachts, ich ſäße wieder an Dörthe's Lager. Ich hatte ein Buch in der Hand, wie die erſte Ausgabe des Fauſt von Goethe, des dramatiſchen Fragments. Sie hielt ein ſchwarz gebundenes mit goldenem Schnitt, es war die Bibel. Sie

zeigte mir die Bibel und sagte: Dies Buch ist dennoch besser als deines. Hierauf schlug sie die erste Epistel Pauli an die Korinther auf und ließ mich einen Vers lesen: „Weisheit bläht auf, Liebe bessert" — worüber ich im Traum eine große Freude hatte.

Folgenden Tages hatte ich nichts eifriger zu thun, als jenen Vers in der Bibel zu suchen. Ich fand ihn nicht. Derselbe Vers stand in der ganzen Bibel nicht, allein der Inhalt und Sinn des Kapitel 15 der ersten Epistel Pauli an die Korinther ist kein anderer.

Gewiß ist es auffallend, daß ich von einer Bibelstelle träumte, die es gar nicht giebt. Allein der Traum ist mystisch, und dafür ist er Traum. Bei Produkten von Menschenhand läßt sich fragen: warum ist dies so und nicht anders? und Verstand und Erfahrung beantworten dies zur Genüge. Woher hat aber die Blume ihre Eigenschaften, woher das Thier die Eigenschaften des Thieres, woher ist der Vogel kein Fisch, das Quecksilber kein Blei? Alle diese Fragen deuten auf die Allweisheit, der es nicht gefällt, sie zu beantworten.

Wir sind es gewohnt, die Rose uns so und nicht anders zu denken. Eben so ist's mit dem Traum, wäre er anders, so wäre er nicht Traum mehr. Der Traum hält sich nicht an Körper und Buchstaben, sonst

wäre er nicht Traum, und ſo muß Alles ſein Weſentliches haben, um ſeyn zu können.

Dieſer Umſtand ſcheint ebenfalls zu beſtätigen, daß Mittheilungen von Seele zu Seele ſo gut wie außerhalb des Raumes auch außerhalb der Zeit geſchehen. — Dörthe wohnte fünf ſtarke Stunden von der Reſidenz, und ein Traum, in dem ſie ſich mir mittheilte, war wohl, ſo zu ſagen, nur ein Pulsſchlag. — Dies iſt mir um ſo wahrſcheinlicher, weil ich ihre erſte Erſcheinung wachend hatte. Sie zu hören, zu erblicken, zu fragen und ihre Antwort zu vernehmen, war ein Pulsſchlag. Als ich die Beſinnung wieder hatte, fühlte ich zuerſt den rieſelnden Schauer, dann erſt wußte ich, was geſchehen war. — Daher auch erſchien ſie mir zwei Mal, denn beide ganz verſchiedenartige Mittheilungen hätte ich auf ein Mal ſchwerlich faſſen oder behalten können. — Hiezu kommt noch, daß dieſe Erſcheinungen mich nicht erſchreckten. Ich bin kein Held, woher alſo erſchrak ich nicht? Ich fühlte Schauer, ich war von Liebe durchdrungen: doch ſpürte ich keine Angſt! Dieſe Mittheilungen alſo, wie gewaltig ſie erſchüttern und wirken, ſind höchſt leichter und zarter Natur.

Eben mag ich vielleicht in dem jetzt erzählten Traume das ganze Kapitel 15 des Korinther-Briefes geleſen haben. Es giebt auch Täuſchungen des Ge-

dächtniſſes, wie Jeder weiß, der ſich ſelber ſorgfältig beobachtet. Als ich erwachte, oder als ich in's Bewußtſeyn zurückkehrte, glaubte ich nur den Inhalt, den Eindruck, oder vielmehr Dasjenige, was ich gebrauchte, geleſen zu haben. — Auf dieſe Weiſe iſt die Wirklichkeit meines Traumes in jeder Hinſicht gerettet. Seine Wahrheit bleibt unbeſtritten. Wenigſtens damals glaubte ich, jung und unerfahren wie ich war, daß alle Verſe jenes dramatiſchen Gedichts von den wenigen Worten, die ich geträumt, in die Luft geſchnellt würden, höher als die Verſe des Euripides von denen des Sophokles. — Ich verſuchte auch ſchriftlich den Fauſt zu widerlegen, wobei ich freilich nicht beachtete, daß die Sentenzen eines dramatiſchen Gedichtes nicht auf abſtrakte Wahrheiten bezogen werden dürfen, ſondern das Innere eines Charakters verwirklichen und bewahrheiten ſollen. Außerdem war meine Schreibart unbehülflich und mein Denken, wie geſagt, unklar. Ich war ohne Erfahrung und mußte daher Alles, was ich ſagen wollte, erſt erfinden. Ich war ohne Kenntniſſe, und mußte zuvor Alles erforſchen. Daher machte ich die ſeltſamſten Combinationen, ſtellte die gewagteſten Hypotheſen auf. Ich glaubte Alles beweiſen zu müſſen, erging mich in Nebenſachen und wurde nicht fertig. — Allein meine Arbeit war mir ſo lieb, daß ich ſie mir nicht aus dem Sinne ſchlagen

konnte. Ja, in der Klaſſe, während des Unterrichts, hatte ich Einfälle, die ich nicht vergeſſen wollte, ich ſchrieb ſie nieder. — Eines Tages benahm ich mich dabei ſo unvorſichtig, daß mich der Lehrer überraſchte. Er nahm mir das Papier weg und fragte: „Was ſoll das hier?“ Ich war ſchamroth und keiner Erwiederung fähig. — Er las und las und ſchüttelte den Kopf. „Ich ſehe“, ſagte er, „Sie ſind zum Tollhaus bald reif.“ — Von der Zeit an behandelte er mich wie einen Verlorenen und kümmerte ſich gar nicht mehr um mich. Dadurch war uns Beiden geholfen; denn ich, in der Begeiſterung des Schreibens von tauſend embryoniſchen Gedanken umſchwärmt, fühlte mich groß und glücklich.

Allein die Zeit nahte, in der raſch aufeinander folgende Unglücksfälle mich trafen, die ich ohne den Beiſtand meines gütigen Schutzengels ſchwerlich ertragen haben würde. Ein Traum bereitete mich darauf vor.

Mir träumte, ich ſey noch dreizehn Jahre alt, und ſäße mit den Dorfkindern auf den Bänken vor dem Altar, wo der Paſtor uns katechiſirte. Es ſollte ein Vers geſungen werden und meine Nachbarin zur Linken bat mich, ſie in mein Geſangbuch einſehen zu laſſen. Ich hielt es ihr hin und wunderte mich, daß es Dörthe war. Wie? rief ich, Dörthe, haſt du endlich ſo viel gelernt, daß du confirmirt werden

kannſt? — Sie ſchien dies übel zu nehmen. — Und was kannſt du? entgegnete ſie. Thun nicht die jüngſten Knaben es dir zuvor? Deine Eltern ſenden dich in die Schule, damit du etwas lernſt, du aber beſchäftigſt dich nach Neigung und Willkür, als brauchteſt du nie in der Welt zu arbeiten und könnteſt nur der Luſt und dem Vergnügen leben. Armer Fritz! Es wird eine Zeit kommen, wo du für's Brod arbeiten mußt, du wirſt Noth und Entbehrung kennen lernen, und wirſt manchmal wünſchen: Ach! hätte mein Vater mich hinter dem Pfluge gelaſſen und mich nicht zum Studiren nach der Reſidenz geſchickt! So aber wirſt du wünſchen, weil du die Alltagsmühe ſcheuſt und nicht Luſt haſt, aus heiler Haut deine Kräfte zu gebrauchen, ſondern erhitzt und begeiſtert ſeyn willſt, um dich anzuſtrengen. Empfändeſt du aber die Mühen des Landmannes, zugleich mit den Sorgen der Armuth, ſo würdeſt du ſeufzen: O, warum ließ mein eigenſinniger Vater mich nicht ſtudiren! und dein Leben würde dir vollends zur Laſt ſeyn. Du würdeſt die Klagen der Deinigen hören, die mit dir darben, und könnteſt nicht dir, noch ihnen helfen, du möchteſt ihnen helfen, und ſollteſt du auch doppelt leiden, dir aber bietet ſich kein Hülfsmittel dar, du würdeſt ihnen obendrein zur Laſt fallen.

Ungern glaubt man einer Prophezeiung, die allen Hoffnungen und Wünschen widerspricht, aber zu wörtlich lautete dieser Traum, zu überraschend hatte sich bisher Alles erfüllt. Ich konnte keinen Unglauben und keinen Zweifel mehr hegen. — Die allgütige Vorsehung hat nicht umsonst die Zukunft unsern Blicken verhüllt, weh' dem, dem der Schleier sich lüftet. Es ist Höllenqual, einem finsteren Schicksal unvermeidlich entgegen zu gehen. Wir ringen mit verbundenen Augen gegen einen hinterlistigen Feind. Im Unglücke selbst haben wir wenigstens die Augen offen, wir erkennen unsere Lage und können sie beherrschen. Allein die Furcht vor dem Unglück ist bitterer als das Unglück selbst.

Am nächsten Sonnabend bat ich den Direktor um Erlaubniß, meine Eltern zu besuchen. Er schlug es mir rund ab. „Es ist zu arg mit Ihnen", sagte er, „Sie thun gar nichts, das ist die Beschwerde aller Lehrer; ich werde Ihnen daher auch in keinem Stücke willfahren."

„Wenn ich gefehlt habe", entgegnete ich mit einem Muthe, über den ich selbst erstaunte, „so bitte ich um eine andere Strafe, denn eben die häuslichen Angelegenheiten, um derentwillen ich meine Eltern sehen muß, sind wohl geeignet, meine Unachtsamkeit und Nachlässigkeit zu entschuldigen."

„Ihre Angelegenheiten sind unmöglich so ernsthaft", entgegnete der Direktor, „daß die Nichterfüllung Ihrer Pflichten sich damit rechtfertigen ließe. Ein Gelehrter muß Herr über sich seyn, sein Beruf verlangt einen regen, ungetrübten Geist, und Unannehmlichkeiten und Mißhelligkeiten, von denen man sich im Leben nie befreien kann, dürfen ihn nicht stören, er muß stets aufgelegt seyn, seine Pflichten zu thun. Haben Sie Ihre Arbeiten zu Montag vollendet?"

„Nein!"

„Thun Sie das Ihrige. Arbeiten Sie einige Stunden recht besonnen und ruhig, bringen Sie mir Ihre Ausarbeitungen hieher auf mein Zimmer und gehen Sie dann in Gottes Namen bis Montag zum Anfang der Klasse."

Ich habe mein Gespräch mit dem Direktor ausführlich nacherzählt, weil seine Reden wunderbar mit Dörthe's Worten übereinstimmen: „Du scheust die Alltagsmühe, hast nicht Lust, aus heiler Haut Deine Kräfte zu gebrauchen, und willst erhitzt und begeistert seyn, um Dich anzustrengen!"

Ich begab mich an die Arbeit, und siehe, es ging besser von Statten als ich dachte. Wirklich vergaß ich auf einige Stunden Furcht und Sorge. Hätte ich früher gewußt, daß es alle Zeit beruhigend ist, seine Pflicht zu erfüllen, ich hätte wohl minder mit

Nebendingen mich beschäftigt, doch Alles will erfahren, erlernt, erlebt seyn.

Es ward Nacht, eh' ich meine Heimath erreichte. Als die ersten Häuser des Dorfes schwarz vor meinen Augen auftauchten, hörte ich das fromme Lied des Nachtwächters:

„Hört Ihr Herr'n und laßt Euch sagen.
Die Glocke hat zehn geschlagen!
Menschenwachen wird nicht nützen,
Gott wird wachen, Gott wird schützen.
Herr, durch deine Güt' und Macht
Schenk' uns eine gute Nacht!"

Er stieß zwei Mal in's Horn, dann blieb er stehen, weil er meine Schritte hörte.

„Wer da?" rief er mich an. — Ich gab mich zu erkennen.

„Sie sind's?" fuhr er fort. „Machen Sie nur, daß Sie heim kommen, mit Ihrem Vater thut's nicht länger gut." Er brummte noch Allerlei in den Bart, wovon ich nur abgerissene Worte verstand: „Mord und Todtschlag! — Nächtliche Zeit. — Soll schon sehen, wer ich bin."

Ich erreichte unser Gehöfte, wollte anklopfen, fand aber die Thür zerschlagen, in ihren Angeln hängend. Auf dem Flur war es finster. Ich stolperte

über allerlei zerbrochene Möbeln und Geräth, über Topf- und Glasscherben. In der Stube sah es nicht viel besser aus, auch hier war Alles, wie bei einer feindlichen Plünderung, zertrümmert. Nur ein einziges dünnes Licht brannte in einem Drahtleuchter, und mein Vater saß davor, die Ellenbogen auf den Tisch gestützt und starr vor sich hinblickend.

„Um Gotteswillen!“ rief ich, „was ist hier geschehen?“ — Ich mußte drei Mal fragen, da hörte ich meiner Mutter Stimme, sie selber sah ich nicht, denn sie saß im Lehnstuhle in einem düstern Winkel beim Ofen. „Wir haben keinen harten Thaler mehr im Hause!“ klagte sie; „Dein Vater hat heut und gestern Alles verspielt.“

Mein Vater schlug mit geballter Faust auf den bereits gespaltenen Tisch, daß das Licht im schweren Drahtleuchter emporhüpfte. „Noch ein Wort!“ drohte er, „die Wirthschaft ist schon kurz und klein, ich stecke aber auch das Haus in Brand!“ — Hiemit blickte er auf das Licht, denn Wort und That waren bei ihm nicht weit auseinander.

Meine Mutter ward stille und wagte kaum einige Male zu seufzen.

„Für Dich und mich“, fuhr mein Vater, ein wenig besänftigt, zu ihr fort, „habe ich genug zeitlebens, aus unsern Kindern mag werden, was da will.“ —

Er warf mir einen feindlichen Blick zu und sprach: „Geh' mir aus den Augen!"

Meine Mutter zündete Licht an, um mich hinauf in's Schlafzimmer zu geleiten.

Oben fragte ich sie: „Der Vater hat doch nur sein baares Geld verspielt? Er hat doch noch Haus, Hof, Pferde, Kühe, volle Böden und Scheuern?"

Meine Mutter ward sehr böse. Ihr ahnete nicht, daß meine Träume mir bereits mehr geweissagt hatten, als geschehen sey. „Unser Verlust ist hart genug", klagte sie, „aber ein toller leichtsinniger Student wie Du, hat kein Gefühl für das Unglück seiner Eltern."

Ich wollte sie trösten, ermahnte sie, auf Gott zu vertrauen und seine Schickungen in Demuth und Geduld hinzunehmen. Damit verdarb ich's vollends. — „Noch bist Du kein Prediger!" sagte meine Mutter. „Ist unser Unglück Dir nicht groß genug, so denke immerhin, der Vater hat auch Haus und Vieh, Aecker und Scheuern verspielt, und sieh, wie Du Dir weiter hilfst, von uns hast Du nichts mehr zu erwarten."

Ich aber fühlte selber den Trost, den ich spenden wollte. Ja, ich will mir selber helfen, will mein Brod selbst verdienen! dachte ich, denn mir fiel bei, daß ich Unterricht in der Musik geben könne.

Der Stadtmuſikus, bei dem ich Lektionen nahm, war der einzige meiner Lehrer, der mich nicht für talentlos hielt; alle ſeine Schüler verdienten durch Unterricht ihr Brod, und er verſchaffte ihnen Stunden. Ich bezahlte die Lektionen gut, er hatte ſchon bedeutende Geſchenke von mir empfangen, ich war ſein älteſter Schüler, ſicher hoffte ich, daß er mich ganz beſonders empfehlen würde. Ich ſah ſchon im Voraus alle meine Nebenſtunden beſetzt, und um meine Schularbeiten nicht zu verſäumen (denn mein Studium wollte ich mit Eifer fortſetzen), beſchloß ich, meinen Schlaf um einige Stunden zu kürzen. Ich berechnete im Voraus meinen Gewinnſt, der die Bedürfniſſe meiner ſparſamen Lebensweiſe bei weitem überſteigen müſſe. Welch ein Glück, die Früchte meines Fleißes dereinſt mit meinen Eltern zu theilen! So dachte ich und liebte mich ſelbſt meiner edeln und frommen Entſchlüſſe halber. Ich ging zu Bette, in der Hoffnung, von Dörthe zu träumen, die mir ihre Zufriedenheit und das Gelingen meiner Plane verkünden würde. Allein ich ſchlief ruhig und traumlos; der Weg hatte mich ermüdet, und die Sorge meine vorigen Nächte geſtört.

Wehmüthig ſchied ich am andern Tage von meinen Eltern, die rauh und trocken mir ihr Lebewohl ſagten. Meine Schweſtern ſchienen, völlig gleichgültig,

sich weder um das Geschehene zu kümmern, noch für die Zukunft besorgt zu seyn, sie bemühten sich, die Trümmer fortzuschaffen und die Zerstörungen zu tilgen und zu verstecken, damit Alles wieder in's Gleiche käme.

Bevor ich in die Residenz zurückkehrte, ging ich nach dem Kirchdorfe, um Dörthe zu besuchen. Allein es war, als sollte ein wirkliches Begegnen mit ihr stets unerfreulich seyn. Ich traf sie nicht im hellsehenden Schlafe, und sah nur die kranke, stumpfsinnige Bäuerin im Bettschranke ächzen, in der von der ganzen Schusterfamilie bewohnten armseligen Stube. — War dies das Wesen, das über meine Handlungen herrschte und all meine Gedanken einnahm, zu dem ich in Noth und Mißgeschick mich flüchtete, um Trost und Rettung zu empfangen? Ach! wo ist der Zusammenhang dieses elenden grillenhaften Staublebens mit der schönen und klaren Geisterwelt? —

Bei Zeiten langte ich in der Residenz an und traf noch glücklicherweise den Stadtmusikus, der eben, die Geige unterm Arme, ausgehen wollte, um zum Tanze zu spielen.

Als ich ihm vertraute, daß ich wohl Lust hätte, Lektionen zu geben, schüttelte er den Kopf. — „Lieber Herr Werner!“ sagte er, „die Kunst ist heilig und das Leben profan. Fängt man in Ihren Jahren und bei Ihrer Stellung an, aus der Kunst einen Brod-

erwerb zu machen, ſo iſt es aus mit der Freude, und man bringt es nicht weiter. Sie müſſen trachten, ſich ſelbſt zu vervollkommnen; das iſt beſſer als ſich mit talentloſen Anfängern abzuquälen und mit ihren Mißtönen ſich ſein Ohr zu verderben. — Und wie geht es denn bei dem Privatunterricht! Reicher Leute Kindern läßt ſich die Muſik nicht einbläuen, und aus Hunger ſtrengen ſie ſich nicht an, denn ſie eſſen ſich ſatt bis zum Faulwerden. — Da ſchwatzt man den Eltern nach dem Munde, giebt Hoffnungen, an die man ſelbſt nicht denkt, und läßt Alles geben, wie es geht, nur um zu Ende des Monats ſein Sündengeld einzuſtreichen. Ich ſelber unterrichte keinen Anfänger, ich halte mich für zu gut, und Ihnen rathe ich, wie ich ſelber berathen bin. Danken Sie Gott, daß Sie einen reichen Vater haben, und wollen Sie einmal des Geldes halber zum Schelmen werden, ſo thun Sie es auf andere Weiſe, als durch Muſik, damit es Ihnen leichter, angenehmer und einträglicher ſey."

„Allein ich werde zu dieſem Erwerbe ſchreiten müſſen, ich habe mehr Geſchwiſter, mein Vater kann mir ſo viel nicht geben, als hinreicht, meine Studien zu vollenden."

„Und meine Schüler, die ärmeren, kann ich ſie zurückſetzen? Sie müſſen Geld verdienen, damit ſie auch mich bezahlen können."

„Bin ich nicht Ihr Schüler?“

„Wenn Sie nur ein anderes Instrument als Fortepiano ſpielten! Wollen Sie ein Saiten-, ein Blas-Inſtrument lernen? Wollen Sie mit mir zum Tanz, auf dem Markt und wo es ſonſt iſt, ſpielen? Ich könnte dieſen Abend einen Mann gebrauchen, und er ſoll zwei Thaler verdienen. Aber Sie wollen Geiſtlicher werden!“

„Nun“, rief ich, „Sie können mir nicht helfen, und ich bin verloren!“

„Verloren?“ fragte er erſtaunt.

Ich ging. O, es iſt hart, unglücklich zu ſeyn und ſeine Klagen verſchweigen zu müſſen, weil ſie Niemand glaubt.

Ich erfüllte jetzt pünktlich meine Pflichten und arbeitete fleißig und gewiſſenhaft. Ich vermochte es, denn ich war älter geworden, und meine Geiſteskräfte, meine Erfahrungen hatten zugenommen, und Sorgen hatten mich ernſthaft geſtimmt. Was half das aber? Meine Lehrer waren gewohnt, mich zu ſchelten, meine Mitſchüler, mich zu verlachen. Die Gewohnheit iſt allmächtig, bei Verſtändigen wie bei Unverſtändigen, bei Erwachſenen wie bei Kindern, in Städten wie auf Dörfern, in der Klaſſe wie in der Welt. War ich nunmehr auch ein erträglicher Schüler, ſo konnte ich doch nicht jeden Anlaß meiden; oft genug brach man

ihn vom Zaune, und ich mußte mich der gewöhnlichen Behandlung unterziehen.

Ich besuchte meine Eltern jetzt alle Sonntage. Sie setzten ihre verschwenderische Lebensweise fort, ohne sich im Mindesten zu beschränken. Auch mein Vater fuhr fort zu spielen und meistens unglücklich, dann pflegten sich jene Auftritte zu erneuern, zu denen ich einst hinzugekommen war. Ich theilte meine Besorgnisse einmal meiner Mutter mit. „Possen!" sagte sie, „darüber kannst Du ganz ruhig seyn, wir sind noch die Leute, die wir waren." — „Aber der Vater hat viel Geld verspielt, und spielt immer fort." — „Man spielt nicht allemal unglücklich, manchmal gewinnt man auch." — „Aber der Vater verliert, und dann —" (dieses dann sollte auf die Wiederholung jener Scenen gehen). Meine Mutter verstand mich. „Ja", sagte sie, „Dein Vater ist dermaßen auf Gewinn gestellt, daß der kleinste Verlust ihn rasend macht. Manchmal gewinnt er ganze Haufen Geldes, dann ist er still und man sieht ihm nichts an, als meinte er, er müsse gewinnen. Just aber, wenn Du kommst, spielt er unglücklich, ich würde, wenn ich abergläubisch wäre, meinen, Du brächtest ihm Unglück."

Diese Reden vermochten keineswegs mich zu beruhigen, vielmehr erkannte ich den Ehrgeiz nur zu

deutlich, der blindlings und gewaltsam sich in sein Verderben stürzen will, und den ich mit meinen wohlgemeinten Warnungen nur verletzen konnte. Kurz, ich fand die Meinigen entschlossen, ihre Ansprüche bis auf's Aeußerste zu behaupten und kein Titelchen davon zu vergeben, bevor die äußerste Noth sie zwänge. Meine Eltern galten mit für die reichsten Bauern in der Umgegend, wollten dies bei jeder Gelegenheit zeigen und immer etwas voraus haben. Bei Schmäusen hatten sie mehr Gäste, fettern Braten, bessere Weine als irgend ein anderer, und überhaupt war die Wirthschaft mehr auf einen städtischen Fuß eingerichtet. Gingen meine Schwestern in die Kirche, oder besuchten sie die Kirmse, so waren sie feiner und modischer gekleidet, als alle Uebrigen, man räumte ihnen die Ehrenplätze ein, erwies ihnen die meisten Rücksichten, und sie verlangten es so. Auch der kühnste Spieler wollte mein Vater seyn und bleiben, und seit er unglücklich spielte, spielte er leidenschaftlich, seine Kühnheit war ohne Schranken. — Auch ohne prophetische Träume, glaub' ich, würde ich erkannt haben, welche Zukunft uns Allen bevorstand. Die Meinigen aber wollten an keine Zukunft denken. Denn um an die Zukunft zu denken, muß man denken können, um denken zu können muß man seinen Geist geübt haben, und endlich muß man gewohnt seyn, den Eingebungen

deſſelben zu gehorchen. Dies letzte iſt das ſchwerſte. Wer einigermaßen auf ſich ſelbſt achtet, und ſich Rechenſchaft von ſeinem Denken und Handeln giebt, der weiß, wie groß die Macht der Gegenwart und des Augenblicks iſt, und wie ſie die beſten Vorſätze, die geübteſte Willenskraft lähmt und hindert. Wem es um ein behagliches Selbſtgefühl zu thun iſt, der entſage allem Streben und ſuche bei Zeiten mit jener Macht ein Abfinden zu treffen. — Auch wäre der Ehrgeiz ja keine Leidenſchaft, wenn er der Vernunft Gehör geben könnte, wenn er nicht blindlings nur ſich ſelber folgen müßte. Wie manche Miniſter, Günſtlinge, Favoritinnen haben Seele und Seligkeit daran gewagt, nur um ſechs Monate länger ſich zu behaupten. Verhältnißmäßig geht's in der kleinen Welt wie in der großen. Hier verſteckt ſich die Thorheit hinter Glanz und Größe, dort kommt ſie in ihrer Nacktheit und Armuth an den Tag.

Die Gelder zu meinem Unterhalt blieben ebenfalls dieſelben. Bisweilen ſogar gab mir meine Mutter bedeutende Zuſchüſſe, und äußerte ich Bedenklichkeiten, ſie anzunehmen, ſo erhielt ich derbe Vorwürfe. Sie wollte mich durchaus irre machen, und fürchtete nichts ſo ſehr, als daß ich ihre Lage durchſchaute. Mein Vater, dem ſie jedesmal meine Aeußerungen hinterbrachte, fragte mich dann: „Fritz, wie lebſt Du

in der Reſidenz? Du wirſt doch wohl zeigen, daß Du der Sohn des reichen Werner biſt, und Dich nicht wie ein armer Schüler aufführen?" — Woher gingen meine Eltern ſo zuverſichtlich ihrem Verderben mit großen Schritten entgegen, was gab ihnen Hoffnung, Muth und Kraft, in die nächſte Zukunft zu blicken? — Sie ſpielten in der Lotterie und zwar eine beträchtliche Anzahl Looſe, womit ſie das Glück zu zwingen hofften. —

Mein Leben damals war ein langer Traum. Ich ſah keine Möglichkeit, mir irgend etwas zu erwerben, und bemühte mich, wenigſtens mein Gewiſſen zu retten, indem ich mit dem Gelde genau zu Rathe ging, und mich vor jeder unnützen Ausgabe hütete. So brauchte ich kaum den vierten Theil von dem, was ich erhielt, und mit meinen Erſparniſſen durfte ich hoffen, meinen Eltern dereinſt eine nicht unbeträchtliche Hülfe zu leiſten.

Aber ſchon wurden die Symptome einer nahen Kataſtrophe immer ſichtbarer. Eines Sonntags ſaß mein Vater traurig im Lehnſtuhl, meine Schweſtern kamen im reichen Sonntagsſtaate aus der Kirche, und während ſie auf mich zueilten, mich zu grüßen und mit mir zu ſchwatzen, trat meine Mutter ein und nahm die Gelegenheit wahr, meinem Vater etwas in's Ohr zu flüſtern.

„Aber es iſt ja Sonntag!“ rief mein Vater laut und klaglich. — Meine Mutter gebot ihm Stille und fuhr fort, ihm in's Ohr zu flüſtern, bis mein Vater aufſtand, ſeinen Geldſchrank öffnete, einen Beutel herausnahm, und einige hundert Thaler abzählte. — Ich ſah ſeine Hände zittern, ſah ihn den Angſtſchweiß von der Stirn trocknen. Meine Mutter ging mit dem Gelde, er nahm ſeinen Platz beim Ofen wieder ein und ſtarrte von Neuem bekümmert vor ſich hin.

Vielleicht, dachte ich, kann er heute ſchon von meinen Erſparniſſen Gebrauch machen. Wie aber ſollte ich es ihm anbieten, ohne ihn zu erzürnen? — Das fiel mir ein und ich ſagte ihm leiſe: „Vater, ich habe einiges Geld in der Lotterie gewonnen, will Er ſo gut ſeyn und es mir aufheben? aber Er muß der Mutter nichts davon ſagen!“ — „Wie viel?“ — „Ein Paar hundert Thaler.“ — „In der Landeslotterie?“ — „Ja.“ — „Auf welche Nummer?“ — Ich nannte die erſte beſte, die mir einfiel. — Mein Vater holte die Liſte, ſah nach und rief: „Junge, Du lügſt, die Nummer iſt noch drinnen.“ — In dieſem Augenblicke hörte ich die Mutter kommen. — „Still, Vater, um Gotteswillen!“ bat ich. — Er drückte mir die Hand. — „Du biſt ein guter Menſch!“ ſagte er, „aber Dein Geld brauche ich nicht. Und für Dich iſt noch ſo viel da, daß Du Deine Studien

vollenden kannſt. Lerne nur was!“ — Meine Mutter kam und fragte, was wir ſprachen. — „Nichts!“ ſagte mein Vater. „Er iſt ein guter Junge! Und ich hoffe, wir werden viel Freude und Ehre an ihm erleben.“ —

Der Winter trat ein, die Wege wurden ſchlimm, ich mußte meine Beſuche einſtellen. So verging eine geraume Zeit, und ich erhielt von Hauſe nur die gewöhnlichen Nachrichten vom allgemeinen Wohlbefinden, mit den Geldbriefen, welche immer noch regelmäßig einliefen.

Zu Anbeginn des Frühjahrs träumte mir wieder von Dörthe. Mir war, als ſäß' ich an einem Schreibtiſch, als ſich die Thür öffnete, ohne daß Jemand angepocht hatte. Mein Vater trat ein, die Verzweiflung in allen Mienen, und geberdete ſich ſehr kläglich. Aber plötzlich ſtand Dörthe zwiſchen mir und ihm und ſah recht hold und heilig aus gegen die finſtre kummervolle Geſtalt meines Vaters. „Gieb ihm kein Geld!“ ſprach ſie. „Hörſt du, Fritz, gieb ihm kein Geld“, fuhr ſie dringender fort. „Mein Jeſus! ich kann ja nur warnen, hindern kann ich kein Unheil.“— „Gieb ihm kein Geld!“ ſagte ſie zum dritten Male ſtreng und zürnend. „Du ſiehſt, er iſt raſend, Du aber biſt ein feiger, unentſchloſſener Menſch! Schmach

Dir! Wehe! Mich ſiehſt du nie wieder, es ſey denn im Sarge."

So oft ich die nächſten Tage mich an meinen Schreibtiſch ſetzte, mußte ich des Traumes gedenken, und mein feſter Vorſatz war, ihm zu gehorchen, was auch mein Vater thun oder ſagen würde. Allein was ſind unſere Vorſätze und unſere feſten Entſchlüſſe! Wo iſt die geprieſene Willensfreiheit! Wir ſind die reinen Geiſter nicht, die ſich nur von der Erkenntniß leiten laſſen.

Eines Morgens ſaß ich am Schreibtiſche, dachte an meinen Traum, erneute meine Entſchlüſſe und Vorſätze für alle Fälle. Da öffnete ſich die Thür, ohne daß geklopft wurde, und mein Vater, bleich und entſtellt, trat ein, kam näher; ich ſah die Verzweiflung in ſeinen Mienen, ſein Mund zuckte, ſein Auge rollte, ich dachte: Barmherziger Gott! er iſt wahnſinnig!

„Du zitterſt und entfärbſt Dich?" ſagte er, ſchmerzlich den Kopf ſchüttelnd, und ich begann ſchon die Unmöglichkeit, dem warnenden Traume zu gehorchen, zu verſpüren.

„Erſchreck' ich Dich?" fuhr mein Vater bitter lächelnd fort. „Räthſt Du, was ich will? Gehörſt Du zu den Menſchen, welche das Unglück fliehen, aus Furcht, ſie möchten gutherzig ſeyn und ſich Schaden

thun? Mein Sohn! mein Sohn! Was iſt das? Du wirſt immer bleicher, und ich habe ja noch kein Wort geſagt? Aber ich will Dir ſagen: Gieb mir, was Du mir verſprochen, Deinen Gewinnſt in der Lotterie. Ich bitte Dich darum! o nein, ich bettle darum. — Ja, ich komme zu betteln. — Aber erſchrick nicht, ich bin kein gemeiner Bettler. Ich habe noch keinen Menſchen angeſprochen, und eh' ich's thu'! — ſieh! dieſe Stiefeln (ſie waren bis über's Knie aufgezogen und mit Koth beſpritzt), bei dieſer Jahreszeit braucht man Stiefeln, dieſe Stiefeln aber verkaufe ich lieber, um mir eine Piſtole, Pulver und Blei anzuſchaffen. Ja, Fritz! ich bin ein verſchämter Armer, zu meinem Kinde komm' ich zu betteln, ſonſt nirgend. Schäm' Dich meiner nicht, noch habe ich Ehrgefühl, Niemand erfährt, daß ich bettle." — Er bückte ſich, hielt die Hand auf und rief kläglich: „Lieber Fritz, die Paar hundert Thaler. Ach, ein Paar hundert Thaler!"

Das war heller, unverkennbarer Wahnſinn. „O Vater!" rief ich weinend, „wie bekümmert, wie elend ſiehſt Du aus!"

„Alle Donner!" ſagte mein Vater. (Er war ein großer muskelkräftiger Mann, in deſſen Munde ein Fluch, mit leidenſchaftlichen Geberden begleitet, von Gewicht war.) „Alle Donner! liegt mir das Unglück ſchon auf dem Geſichte? — O Gott, wie

geht es mir? Ich muß Geld haben, und das Unglück liegt mir auf dem Geſichte. Unglück hat kein Kredit, aber ich brauche doch Geld. Ich ſtrecke meine Hand in die Hoſentaſche, in die Weſtentaſche, in die Rocktaſche. Hier iſt nichts, da iſt nichts, dort iſt nichts. Nichts! und ich bin doch der reiche Werner. Ja, heute bin ich noch der reiche Werner, heute bin ich's noch."

„Ich habe leider das Geld nicht im Hauſe!" ſagte ich, aber das Lügen ward mir ſauer, ich wechſelte die Farbe, ich zitterte. Mein Vater ſtieß ein ſchneidendes Gelächter aus. „Kein Geld im Hauſe! ſo reden Hinz und Kunz und Caspar, Melchior und Balthaſar. Nein, ich bin kein verſchämter Bettler, ich will ein unverſchämter Bettler ſeyn. Du mußt Deinem Vater den Willen thun, oder ihn die Treppe hinunterwerfen. Ein Paar hundert Thaler, Fritz, Deinem armen Vater! Fritz, ein Paar hundert Thaler haſt Du mir verſprochen! Fritz, Deinem armen Vater ein Paar hundert Thaler!" So ſchrie er immer lauter, kläglicher, dringender, bis ich mit Abſcheu vom Stuhle aufſprang, das Schiebfach aufriß, welches meine Baarſchaft enthielt, und ausrief: „Nehm' Er hin, Vater! Es iſt Sein Geld, Er hat es mir gegeben, und ich will es Ihm nicht vorenthalten. Nur fürcht' ich — ich fürchte —." Weiter vermochte ich nicht zu reden.

Mein Vater war still. Er leerte das Schiebfach und sprach sanft: „Du bist ein guter Mensch, Gott wird es Dir vergelten und ich segne Dich — Fritz! Entweder — oder — morgen bin ich noch der reiche Werner, und dann ist's Dein Werk. Oder —"

„Oder?" rief ich. „Vater! Er führt Böses im Sinn!"

„Böses? Fritz! Das Schaf kann kein Pferd seyn, und das Pferd kein Ochs, das Pferd muß Pferd, das Schaf ein Schaf bleiben, der reiche Werner kann kein Lump werden. — Wozu hat man seinen Verstand? — Um gemächlich zu leben! — Kann man nicht gemächlich leben, so muß man einen Ausweg suchen. Gieb Acht, der Ausweg, den ich ersonnen, macht meinem Geiste Ehre. Du wirst sagen: Dein Vater ist ein ganzer Mann. Lebe wohl!"

„Vater, wohin? Er denkt doch nicht Hand an sich selber legen zu wollen?"

„Narr! wer spricht dergleichen? Aber meines Bleibens ist nicht länger hier, wo Jeder den reichen Werner kennt, wo man an meinem Tische sich satt geschwelgt, wo man an meinen Weinen sich voll getrunken, wo man so tief den Hut vor mir zog. Ich will hier nicht Mitleid, Spott, Verachtung ertragen, will keine gute Lehre hören, die zu spät kommt. Ich weiß, ich habe mich und Euch alle unglücklich gemacht.

Es iſt geſchehen, es läßt ſich nicht ändern. Verwünſchtes Roulett, darum entweder, oder ich — will fort von hier, weit, weit, nach Amerika. Gott befohlen!" —

Er riß ſich los von mir und eilte ſpornſtreichs davon. Ich wußte nicht, wie mir geſchehen war. Eine Weile ſtarrte ich die leere Schieblade an und wunderte mich, ſie leer zu ſehen, als hätte ich nur geträumt. — Ja! ein Traum dünkte mich, daß mein Traum in Erfüllung ging. Daß er aber in Erfüllung ging, daß mein Vater das Geld verſpielen und dann ſich entleiben würde, ſo wenig ich es faſſen konnte, ich durfte nicht länger zweifeln. — Ich hätte es hindern können. „Gieb ihm kein Geld, du ſiehſt, er iſt raſend!" hatte Dörthe mir geſagt. Und wenn es eine Sünde iſt, der beſſeren Erkenntniß zuwider zu handeln, einer Erkenntniß, eingeflößt von einem edleren, höher begabten Weſen, ſo hatte ich eine Sünde im vollſten Sinne des Wortes begangen.

Aber ſie hatte mir ja auch prophezeit, daß ich ihr nicht gehorchen würde. Was nützt es, wenn Engel ſich zu uns neigen! Nein, wir dürfen keine Gemeinſchaft mit den Himmliſchen haben, die höheren Erkenntniſſe, die einem beſſeren Daſeyn angehören, können uns hienieden nur quälen und peinigen, ſie machen das Erdenleben ſchon zur Hölle. Hienieden

gehören wir dem Staube, unſern Verhältniſſen, dem Augenblicke an, und nur Selbſtkraft kann uns befreien.

Es war eine bange Stunde. Ich wollte beten, ich kniete vor dem Fenſter, erhob Herz und Auge zum Himmel. Abermals wollte ich, was ich nicht konnte. Meiner Schwachheit, meiner Sünde mir bewußt, wagte ſich mein Herz nicht zum Allerhabenen. Ich haßte mich, ich ſchämte mich vor mir und — vor Dörthen.

Eine Weile glaubte ich, ich ſey der elendeſte, verworfenſte Sterbliche und hielt die unvernünftigen Thiere für beneidenswerth, die keine Rechenſchaft von ihren Handlungen geben. — War etwas Aehnliches ſchon in der Welt geſchehen? Hatte Jemand ſchon dermaßen ſeinen Eingebungen zuwider gehandelt, nachdem alle Zweifel gehoben und die Unfehlbarkeit ſiegreich beſtätigt war? — Meine Gedanken, meine Kenntniſſe ſagten ein bitteres „Nein!“ — Die Geſtalten der griechiſchen Tragödie ſtanden wie ſteinerne Götterbilder vor meiner Seele und zermalmten mit ihren Marmorfüßen das arme heutige Geſchlecht. Die Helden der Geſchichte hatten Göttermuth und Rieſenkraft, ſelbſt Schiller's und Goethe's poetiſche Figuren drangen auf Seelengröße und Geiſteskraft, um dem Geſchicke zu trotzen, kurz, alles Erzählens-, Beſingens-, Gedenkenswerthe war ein Gegenſatz zu mir. Mir war's, als

ſey ich einzig und allein ein Geſchöpf, unwerth ſeines Daſeyns. — Und ſiehe, während ich ſo troſtlos in meinem Gedächtniſſe nachſuchte, fiel mir der Apoſtel Petrus ein. Auch ihm war prophezeit worden, er würde ſeinen Herrn und Heiland verleugnen, und er verleugnete ihn. Er, der erſte Chriſt, der Fels der Kirche, hatte ſich einer Sünde ſchuldig gemacht, welche der meinigen mindeſtens ähnlich ſah. — O, wunderbares Evangelium, Quell und Inbegriff alles deſſen, was das Herz auf Erden braucht! Die Antike iſt doch nur Stein, und hat die Grenzen des Steines. Was kann der Stein weiter, als mit Kraft und Größe die ſtille Komödie ſpielen? — Menſchheit, Wahrheit, Idealität iſt nur im Evangelium. — Da ich meine Schwachheit mir verzeihen durfte, vermochte ich zu beten.

Ich erhob mich von den Knieen, fühlte mich geſtärkt, aber nicht beruhigt. Ich eilte, mich anzukleiden, vor allen Dingen wollte ich meinen Vater aufſuchen. — Aber wo ihn finden? Ich eilte kreuz und quer durch die volkreichen Straßen der Reſidenz. Ich fragte an den Thoren, beſchrieb ſein Aeußeres, ſeine Kleidung; umſonſt! — ich erhielt keine oder nur ungenügende Auskunft.

Ich vermochte nicht müßig zu bleiben und entſchloß mich kurzweg, auf's Dorf zu gehen, um meine

Mutter zu ſprechen; wenigſtens hoffte ich, ihr mein Herz ausſchütten zu können, und gemeinſames Mißgeſchick erträgt ſich am beſten in Gemeinſchaft.

Es regnete und ſtürmte. Ich war nur leicht gekleidet und beſaß keinen Heller mehr. Mein Vater hatte Alles genommen. Dennoch trat ich den weiten Weg an. Die Fußſteige waren ſchlüpfrig, die Heerſtraße grundlos, auf allen Dörfern bedauerte man mich, daß ich bei ſolchem Wetter unterwegs ſey. Von meinem Vater wußte Niemand zu ſagen.

Mit Anbruch der Nacht erreichte ich, halb ohnmächtig vor Anſtrengung, Kälte und Hunger das Gehöft. Meine Mutter, welche mich kommen hörte, öffnete und rief verwundert: „Biſt Du es? Mein Gott, wie ſiehſt Du aus!“

Ich hätte ihr die Frage zurück geben mögen. Wie hatte ſie in den wenigen Wochen, ſeit ich ſie nicht geſehen, ſich verändert! Ihr Haar war völlig ergraut, ihre Wangen tief gefurcht. So raſch zerſtören Sorge und Kummer, und die Worte meines Vaters: „Weh! das Unglück liegt mir auf dem Geſichte!“ waren auch an meiner Mutter ſchrecklich erfüllt. Das Mißgeſchick hatte die Meinigen als unfehlbare Beute bezeichnet.

Ich fragte ſo ängſtlich, als wüßte ich bereits, welche niederſchlagende Antwort ich erhalten würde:

„Wo iſt der Vater? ich habe nothwendig mit ihm zu reden!“

„Ich erwarte ihn mit jedem Augenblick“, entgegnete meine Mutter, „und ich glaubte, er wäre es, weil ich Dich kommen hörte; die Knechte ſind ſchon ſeit geſtern Abend hier.“

„Welche Knechte?“

„Die bei den Pferden in L — zum Roßmarkt waren.“

Jetzt wußte ich Alles! Auf dem Roßmarkt zu L — wurde viel und falſch geſpielt. Ohne Zweifel hatte mein Vater die Pferde verkauft, das Geld verſpielt und war zu Fuß nach der Reſidenz gekommen, mir meine Erſparniſſe abzufordern, um ſeinen Verluſt wieder einzuholen; oder — ein entſetzliches Oder, ich fühlte mich mitſchuldig und wagte nicht, meiner Mutter etwas zu erwiedern. — L — lag einige Stunden jenſeits der Reſidenz. Nunmehr war Alles zu ſpät, ich mußte ihn ſeinem Schickſal überlaſſen. — So geht es denen, die nur in Aufregung und Hitze des Augenblicks handeln. Sie übereilen ſich ſtets und ſind die Bälle des Schickſals, die es nach ſeinen Launen ſchwingt. — Vorläufig bedurfte ich der Erquickung. Faſt nüchtern hatte ich die Reſidenz verlaſſen, und in den naſſen Kleidern bebte ich vor Froſt. Meine Mutter ſchalt mich derb aus, weil ich bei ſolchem Wetter

zu Fuße gekommen war. Meine Schweſtern beſorgten mir ein kleines Mahl und ein warmes Getränk, während ich mich umkleidete. Nachdem ich einige Gläſer warmen Wein genoſſen, fühlte ich mich ermuthigt, das Geſpräch wieder auf den Vater zu bringen. Ich fragte, was er denn ſo lange in L— mache, da ſeine Knechte bereits heimgekehrt?

„Vielleicht hat er noch nicht alles Geld einkaſſirt", entgegnete meine Mutter ſo ahnungslos, daß ich abermals nicht der Unglücksbote zu ſeyn vermochte.

Erſt nachdem meine Schweſtern zu Bette waren begann ich: „Aber Mutter, iſt Sie immer noch nicht ängſtlich, weil der Vater nicht heimkehrt?"

„Ob ich ängſtlich bin?" entgegnete ſie. „Der Vater iſt zu Fuß und hat viel Geld bei ſich. Gern wollte ich den Großknecht ihm entgegenſchicken, allein das hat er nicht gern."

„Sende Sie um Gotteswillen den Großknecht ihm entgegen!" rief ich, in einem Tone, der Alles errathen ließ, „wenn Sie den Vater irgend wieder ſehen will."

Meine Mutter war erſchrocken. Ich erzählte ihr den Beſuch meines Vaters, ſo wie meinen Traum, und ergänzte aus den Reden des Vaters, was der Traum nur geheimnißvoll andeutete. — Eine Viertel-

ſtunde darauf ſaß der Großknecht zu Pferde, um nach L — zu reiten.

Bis zwei Uhr blieben wir wach, um den Vater zu erwarten; erſt nach zwei Uhr gingen wir troſtlos und betäubt zu Bette. — Ich vermochte kein Auge zu ſchließen, ſo müde ich auch war. — Ich betete für den Vater, und dies Gebet gelang mir wunderſam, die Andacht hielt mich wach und ſtärkte mich. Ich ſprach zu dem allerhabenen Weſen, wie zu einem Freunde, zu einem Bruder. Ich entſchuldigte meinen Vater vor dem lieben Gott, zum erſten Male durchſchaute ich einen Menſchen, ſein Inneres, ſo wie die Einwirkung äußerer Umſtände. Das Alles ſprach ich aus, und bat den Ewigen, ſich des ſchwachen, verwahrloſten, verführten Menſchen zu erbarmen, und vermöge ſeiner Allgüte ihm Gnade zu ſchenken. — Ich glaube, der ewige Erbarmer hat mich erhört, denn die That war geſchehen, als ich betete. Vielleicht auch, daß der Geiſt meines Vaters, bereits losgerungen von dem ſündigen Leibe, reuevoll mit mir betete. Denn ich ſage noch einmal, mein Gebet gerieth wundervoll, und ich darf nicht hoffen, noch einmal ſo zu beten, außer in meiner Todesſtunde etwa.

Gegen Mittag des folgenden Tages kehrte der Großknecht heim. „Hilf Gott!“ ſagte er, „wenn nur dem Herrn kein Unglück zugeſtoßen iſt!“

Aus seiner Erzählung ergab sich, daß mein Vater in L — bis Mitternacht gespielt und zu Fuße aufgebrochen war. Im Wirthshause des nächsten Dorfes hatte man ihn zuletzt gesehen. Gegen ein Uhr hatte er den Wirth aus dem Schlafe gepocht und sich eine Flasche Rum geben lassen, welche er hastig leerte. — Als er vom Stuhle aufstand, taumelte er. Der Wirth suchte ihn zu bewegen, die Nacht dort zu bleiben, wozu er sich aber auf keine Weise verstehen wollte. Er meinte, im Freien würde ihm besser werden und ging. — Der Wirth sah ihn den abschüssigen Fußsteig längs dem Strome einschlagen, der bei Nachtzeit und zumal bei bösem Wetter nicht ohne Gefahr ist. Er weckte seinen Burschen und hieß ihn, meinen Vater mit einer Laterne bis zum nächsten Dorfe, wo jener Steig wieder auf die große Straße führte, begleiten. Allein mein Vater zerschlug die Laterne, mißhandelte den Burschen und drohte ihn in's Wasser zu werfen, wofern er ihm weiter folge. Von da an, sagte der Großknecht, höre jegliche Spur auf.

Zwei Tage verstrichen in Sorge und Betrübniß, da wußte alle Welt, daß mein Vater auf dem Heimwege von L — verunglückt sey. Das Gerücht fügte hinzu, er habe eine große Summe Geldes bei sich gehabt, und muthmaßlich sey er beraubt und erschlagen.

Wir erhielten zahlreiche Beſuche von allen möglichen Freunden und Bekannten, welche ihre Neugierde unter der Maske der Theilnahme verſteckten. Sie wurden glänzend bewirthet, denn ſo verlangte es die Sitte, und es galt, den troſtloſen Zuſtand unſerer Finanzen zu verheimlichen.

Erſt am fünften Tage wurde der Leichnam gefunden, der Fluß hatte ihn mehrere Meilen weit fortgeſpült. Unfern der Uferſtelle, wo er anſchwamm, wohnte ein Bruder meiner Mutter. Er hatte uns lange nicht beſucht, denn auch mit ihm hatte mein Vater ſich entzweit. Er war indeß edel genug, mit Unglücklichen nicht zu hadern, und eilte zu uns, bevor gewiſſe finſtere Gerüchte unſer Dorf erreichten.

Er hatte eine lange Unterredung mit meiner Mutter. Endlich wurde ich gerufen, und meine Mutter redete mich an: „Du haſt keinen Vater mehr, Fritz! Weißt Du ſchon?“ Und ſie entdeckte mir einige nähere Umſtände bei Auffindung des Leichnams. — „Großer Gott!“ rief ich aus, „ſo darf ich nicht länger zweifeln, daß er Hand an ſich gelegt!“

Mein Ohm fuhr mich hart an, nannte mich einen dummen Jungen, fragte, ob man beim Studiren nicht klüger würde und auf Hochſchulen in der Reſidenz nicht mehr lerne?

„Schweſter!“ fuhr er fort; „dem vertraue Sie ja nicht. Der darf von nichts wiſſen. Sie ſieht ja, er kann den Schnabel nicht halten.“

„Willſt Du mich um das Wenige noch bringen, was Dein Vater hinterlaſſen?“ fragte weinend meine Mutter.

„Willſt Du Deinen Vater um ein ehrliches Begräbniß bringen?“ fügte mein Ohm hinzu. „Du weißt, der Paſtor verſteht keinen Spaß.“

Ich gelobte unverbrüchliches Schweigen, und weil mein Ohm mich ermahnte, als älteſter Sohn für Mutter und Schweſter zu ſorgen, verſprach ich ihm, Alles zu thun, was er mir auftragen würde.

An demſelben Tage noch fuhren wir nach der Reſidenz, mein Ohm, um die Hülfe eines Rechtsgelehrten für meine Mutter in Anſpruch zu nehmen, ich, um meine Kleider und ſonſtige Habſeligkeiten abzuholen. — Bei unſerer Heimkehr hatte er wieder eine lange Unterredung mit meiner Mutter, die ſodann, erſchöpft von Jammer und Leid, ſich zu Bett legte, mir aber auftrug, für das Hausweſen zu ſorgen, die Beſuche zu empfangen und das Begräbniß meines Vaters anzuordnen.

Es war kein leichter Stand. Es gab viel zu thun und manches bittere Wort zu verſchlucken. Die Zeit war gekommen, ſich für die Kränkungen unſeres

Uebermuthes und Geldſtolzes zu rächen, und eben diejenigen, die ſich ſo ſehr für meine Fähigkeiten verwendet hatten, und denen ich einſt große Hoffnungen eingeflößt, ließen ihren Haß gegen meinen Vater an mir aus. — Indeß konnte trotz aller Bosheit und Schadenfreude, trotz allen Gerüchten und Klatſchereien, meinem Vater das ehrliche Begräbniß nicht geweigert werden; vielleicht, weil thatſächliche Beweiſe nicht vorhanden waren, vielleicht auch, weil unſer Dorf ſeinen eigenen Gottesacker hatte, der meinem Vater vor längerer Zeit abgekauft war, auf dem er ſich aber einen anſehnlichen Familienbegräbnißplatz ausbedungen.

Endlich waren die Begräbniß-Feierlichkeiten und der Leichenſchmaus vorüber; meine Mutter hatte bis dahin ihr Bett nicht verlaſſen. Jetzt ſchieden wir ſammt und ſonders von Haus und Hof, Alles wurde mit dem Gerichtsſiegel belegt (ſo hatte unſer Anwalt uns gerathen), und wir flüchteten zu unſerem Ohm.

Unſere Angelegenheiten waren mit Anbruch des Frühjahrs geordnet. Eines Morgens ſagte mir meine Mutter: „Wir ſind zwar verarmt, aber immer noch keine Bettler. Doch bin ich Wittwe und Mutter von vier unverſorgten Kindern. Für Dich iſt mir nicht bange, Du haſt etwas gelernt, haſt Kenntniſſe, Du kannſt Dir helfen. Deine Schweſtern aber — und wollten ſie auch die härteſte Behandlung ſich gefallen

laſſen, um nur als Mägde zu dienen — können ſie ſchwere Arbeiten verrichten, ſind ſie von Jugend an dazu angehalten? Wer wird ſich auch mit reich erzogenen Kindern befaſſen wollen! Es giebt der rüſtigen und derben Mägde genug."

„Bin ich denn beſſer daran, wie meine Schweſtern?" fragte ich. „Ich habe den Ohm ſchon angeſprochen, mich als Müllerburſchen anzunehmen, und er hat es geweigert, weil ich ſchwächlich bin."

„Wie, Fritz, ein Müllerburſche möchteſt Du ſeyn, Du, der ſo viel gelernt hat?"

„So muß ich betteln oder Hungers ſterben. Ja wohl, ſterben, denn auf dem Dorfe haßt man mich des Vaters halber, und in der Reſidenz bin ich ein unreifer Schüler!"

„Weißt Du noch, Fritz", fuhr ſie fort, „wie Dir unſer Unglück zu Anfang nicht groß genug ſchien, weil der Vater noch Haus und Hof, Vieh und Scheuern beſaß? Nicht wahr, jetzt weißt Du, was Unglück iſt?"

Meine Mutter ſah mich erbleichen, und in der That, ich war der Verzweiflung nahe; ich ſuchte nach den bitterſten Worten, um meinem Herzen Luft zu machen, doch hatte ich niemals Worte für meine Gefühle, welche diesmal auch allzuheftig waren.

„Beruhige Dich!“ ſagte meine Mutter. „Du darfſt den Muth nicht verlieren. Du biſt noch jung, wer weiß, welches Glück Dir noch bevorſteht. Und iſt es nicht Glück genug für uns, daß ich Alles rette, was ich dem Vater zubrachte? Sieh', ich hätte mir Manches aneignen können, eh' verſiegelt wurde. Es wäre bei der Maſſe nicht darauf angekommen. Aber ich dachte, ungerechtes Gut gedeiht nicht, Gott ſieht es! und vielleicht auch Dörthe. Die Schuſter-Dörthe habe ich jetzt wahrlich von Herzen lieb, ſie hat Dir viel Gutes gethan, und von uns hat ſie nie etwas erhalten, ſo lange wir zu geben hatten. Gott ſey Dank, etwas habe ich noch übrig, wenn auch wenig nur. Ein Paar Goldſtücke, einige Wäſche. Willſt Du es ihr bringen? Sie weiß ſo Manches und wird auch ſagen können, wie Dir zu helfen iſt. Geh hin und befrage ſie.“

Der Name Dörthe ſchreckte mich wie aus einem Schlummer auf. Ich hatte, da wir jetzt bei weitem ferner wohnten, nichts von ihr reden hören und nur wenig an ſie gedacht. Ich hatte Geſchäfte und Sorgen kennen lernen. Träume und Gedanken gehören der glücklichen Muße und der ſorgloſen Willkür an. — Ich dachte an ihre Prophezeiung: „Mich ſiehſt Du nicht wieder, es ſey denn im Sarge!“ — Für dieſe Welt alſo hatte ich keinen Troſt mehr von ihr

zu erwarten. Mir ahnte, was mir bevorstand, und ich wünschte selber zu sterben.

Bald trat ich meine Reise an. Ein armer verlassener Knabe schlenderte ich dahin auf der freien Landstraße unter Gottes weitem Himmel, und dachte nach über Europa's civilisirte Verzärtelung. Das Thier findet sein Futter und seine Lagerstelle, und kennt nicht Kummer noch Elend. Dem nackten Wilden liefert der Boden, was er braucht und wünscht, und seine Körperkraft, sein Scharfsinn vermögen ein glückliches Daseyn ihm zu bereiten. — Allein die theuren Stoffe, mit denen wir uns bekleiden, die gekochte Nahrung, der Schlaf in Betten, die festen Häuser gegen Sturm und Wetter, das ist der Quell von tausendfältigem Elend und Verzweiflung. — Und diese große gesellige Welt, die Alles zu Reichthum macht und nach dem Geldwerth schätzt, welche den Boden unter meinen Füßen, die Vögel unter dem Himmel, die Thiere des Waldes, die Steine, die Pflanzen, die Gräser, ja selbst die Körperkräfte und Fähigkeiten des Menschen nach dem Geldwerthe abmißt und verhandelt, — mir Unglückseligen bot sie keinen Nahrungszweig, außer den Bettelstab. — Und Dörthe sollte ich im Sarge finden. Ach, ich sehnte mich heute nicht nach der anmuthigen Erscheinung meiner Träume, sondern nach der von Krämpfen ent-

ſtellten und verzerrten Bäuerin, die auf dem ſchmutzigen Lager ächzte, nichts ahnend von den höheren Geſinnungen, welche ſie mir einflößte. Das dumpfige Krankenzimmer erſchien mir heute ein Heiligthum, ſie ſelber eine Heilige in Fleiſch und Bein, eine Märtyrin in tiefer menſchlicher Entwürdigung.

Ich erreichte das Dorf, ich erreichte Dörthe's Hütte. Sie ſelber aber fand ich nicht mehr. Denn wie ich ſie fand, war ſie ſelbſt es nicht. Ihr Selbſt lebte in einer beſſern Welt, davon hatte ich genügende Ueberzeugung. In der Hütte war es laut und lebhaft. Viele Menſchen ſah ich mit dem Rücken gegen die Fenſter ſtehen, ich unterſchied auch die dröhnende Stimme des Paſtors. Ich öffnete die Hausthür. Der Flur war geſäubert und mit weißem Sande beſtreut; mitten auf demſelben ſtand der offene Sarg, worin Dörthe den ewigen Schlummer ſchlief. Der Friede des Todes konnte ſich rührender nicht malen, als in dem ſchmalen, feinen Antlitz mit geſchloſſenen Augen, in dem geſtreckten bleichen Leibe mit den gefaltenen Händen, welche die ſchwarzgebundene Bibel hielten. Und dieſe ſchwarzgebundene Bibel fiel beſonders in's Auge. Noch einmal, wie damals in meinem Traume, empfahl mir Dörthe ihr Lieblingsbuch, bevor ſie es mit in die Gruft nahm. — Ich aber brachte zwei Dukaten, Hemden, Strümpfe und Tü-

cher — einer Leiche. Es war die Gabe des hartherzigen Reichthums, des erwachten Tugendgefühls. — Ich kniete nieder vor dem Sarge und weinte bitterlich, und meine Bruſt ward freier, mein Herz ſchlug ruhiger. Ich wußte, meine Thränen waren hier die einzige arme Feier deſſen, daß ein gutes Weſen auf Erden geweilt hatte.

Endlich erhob ich mich und ging in's Zimmer. Der Paſtor ſprach von Politik, von den Franzoſen, ihrem kirchenſchänderiſchen Vernunftdienſte, und wie ihr Reich die längſte Zeit gewährt und die Alliirten es unter ſich zertheilen würden. — Mit Dörthe's Eltern verſöhnte ich mich einigermaßen. Sie beweinten ihr Kind! Sie lobten und rühmten es nicht als ihr Kind, ſondern als ihr Glück, das ſie heute begruben. Dörthe war ihnen nützlich geweſen, an der Lebenden hatten ſie viel geſündigt, die Todte lernten ſie vermiſſen und lieben. Ich gab ihnen das Bündelchen und die zwei Dukaten, und ſagte ihnen ſchluchzend: „Ihr müßt dies als ein Abſchiedsgeſchenk betrachten, welches Dörthe Euch durch mich ſendet, bevor Ihr den Sarg ſchließt und ſie unter die Erde bringt.“

Nichts läßt alberner, fratzenhafter, als eine ländliche Begräbniß-Scene. Es kleidet grobe bäueriſche Geſtalten nicht, paarweiſe zu gehen, und wollen ſie gar in ihrem geſchmackloſen Sonntagsſtaate eine gewiſſe

Würde annehmen, ſo wird eine jämmerliche Altklugheit daraus. Solche plumpe, ſtumpfſinnige Geſichter, wie paſſen ſie zu einem Sarge? Ein ſchwarzer Sarg, wie geheimnißvoll, wie ſehnſucht- und ſchreckerregend! Eine Hieroglyphe, welche Einheit, Zweck und Ziel in das verworrene Menſchendaſeyn bringt, und die tiefſten Schmerzen wie die höchſten Wünſche zu beruhigen verſpricht, daß der Gedanke ſchwindelt und die Phantaſie erlahmt. Allein der träge Menſch begnügt ſich, wo ſeine Kräfte nichtig werden, mit einem Abfinden, wenn es auch nur ein äußerliches iſt. Für Räthſel, die er nicht löſen kann, übt er herkömmliche Gebräuche. So iſt's, vielleicht auch muß es ſo ſeyn! Ich aber, durch die Eleganz und den Geſchmack der Reſidenz verwöhnt, ſah mich mit der Welt zerfallen. — Nun iſt der Kirchhof erreicht, der Sarg wird von der Bahre genommen und verſenkt. Das Gefolge ſchließt einen Kreis um das offene Grab, der Eine ſtäubt ſich den Rock ab, der Andere ſchnupft eine Priſe und reicht die Doſe ſeinem Nachbar, der Dritte ſchneuzt ſich, der Vierte kratzt ſich den Kopf. Und jetzt — o Gaukelſpiel! — tritt der Pfarrer an den Rand der Gruft. Er glaubt, was er ſpricht, denn er hat weiter nichts gelernt und muß davon leben. Allein er fühlt nichts davon. Ein herumziehender

Bettel-Komödiant würde eine fremde Rede richtiger und beſſer ſprechen, als er die eigene. Auch er hat ſich abgefunden mit Amt und Gott und Jenſeits.

Der Paſtor ſprach von der Gnadenwahl: wie Gott nach ſeinem Wohlgefallen unter Heiden fromme Chriſten erwecke und mitten unter Chriſten dieſem und jenem ſeine Gnade verſage, indem er ihm die Fähigkeit raubt, den Troſt des Evangeliums zu faſſen. (Eine Anſpielung darauf, daß er Dörthe vom Confirmations-Unterricht ausgeſchloſſen.) Indeß fügte er zum Troſte hinzu, daß der liebe Gott nach Wohlgefallen ſeine Gnade dieſem und jenem wieder entziehe und dieſem und jenem wieder ſchenke. — So ſprach er und ſchien recht pfäffiſch glücklich, und die Bauern ließen ſich ſeine Rede gefallen, wie Alles, was ihnen nicht an die Haut geht. Nur Einer hatte Thränen in den Augen und war bleich und bewegt. Es war der Schulmeiſter, bei all ſeiner Devotion gegen den Paſtor lauſchte er ſcheu auf deſſen Rede und ſchien über die Frechheit derſelben erſchrocken.

Das Grab war längſt zugeworfen, die Menge hatte ſich verlaufen, ich blieb ſtarr und ſtumm auf dem Kirchhofe. Was ich dachte, kann ich nicht mehr ſagen; ich glaube, ich hatte nur den einen Gedanken und Wunſch: todt und begraben zu ſeyn, und ich blieb, weil ich den Kirchhof nicht verlaſſen mochte.

Doch siehe! während ich so dastand, ein in der unendlichen Gotteswelt verirrtes Atom, nichts habend als ein erträgliches Gewissen und vor Augen ein frisches Grab — klopfte mir Jemand auf die Schulter. Es war der alte Schulmeister. Seine Wohnung stieß an den Kirchhof, denn er war zugleich Küster und Organist.

„Fritz!" begann er. „Herr Werner!" corrigirte er sich. „Aus meinem Fenster seh' ich Sie immerfort hier weilen. Ich habe Ihnen etwas zu sagen: Ich werde alt, ich brauche einen Gehülfen. Haben Sie Lust?"

„Ich?" fragte ich erschrocken und lachte und weinte zugleich. Ich wollte nicht an das Glück glauben, das diese Worte mir verhießen. „Wie kommen Sie auf mich?"

„Sie — sind mir empfohlen!" stammelte er.

Ich deutete hastig auf das Grab. „Haben Sie sie auch gesehen?" fragte ich. — „Wo sie nicht war!" fügte ich hinzu, weil er mit der Antwort zögerte.

„Auch Sie?" fragte er bleich und zitternd.

„Wachend oder im Traume?" fuhr ich fort.

„Wachend haben Sie sie?"

„Ein Mal und oft im Traume."

Der alte Mann war einer Ohnmacht nahe. „Lassen Sie uns nie darüber reden, wenn wir Freunde bleiben wollen!" bat er.

Ich ging mit ihm in seine Wohnung, übernachtete bei ihm, und die Gastfreundschaft, mit der er mich behandelte, grenzte an Ehrfurcht. Erst Nachmittag des folgenden Tages entließ er mich.

Wie ihm Dörthe erschienen, und was sie ihm offenbart, hat er keinem Menschen anvertraut. Allein Tag und Stunde seines Todes wußte er pünktlich voraus; er starb noch in demselben Jahre.

Als ich heimkehrte und Mutter und Schwestern mein Glück erzählte, stimmten sie freilich nur schwach in meine Freude ein. Sie wollten mich als einen großen Gelehrten sehen, von allem Glanz des Ruhms, mit allen Reichthümern der Welt umgeben. Ich aber war glücklich, denn ich war der Welt wiedergegeben. Ein Schulmeister konnte ich seyn. Zeit meines Lebens hatte ich mich mit den Elementen geplagt, auch spielte ich Clavier, und durfte hoffen, ein wackerer Organist zu werden. — Von allen Loosen des Schicksals konnte nur ein einziges Werth für mich haben, und diesen Treffer hatte Dörthe für mich gezogen.

Vier Wochen darauf wurde ich als Unterlehrer in eben der Schule, wo ich vor zehn Jahren als Schüler saß, eingeführt. Mein Gehalt war gering, aber die Amtsfolge war mir gesichert, und dann durfte ich hoffen, der Meinigen Trost und Stütze zu seyn. Ich selber brauche wenig, meine Wünsche erstrecken sich

nicht über die Grenzen des Dorfes. Ich liebe die Einsamkeit, die friedliche Stille, es wird mir so viel übrig bleiben, daß ich mir ein gutes Buch hin und wieder anschaffen kann. Und bin ich erst Schulmeister, so steht mir die Bibliothek der Residenz zur Benutzung frei. Mehr bedarf ich nicht, ich tauge nicht für die geräuschvolle Welt und verhaßt ist mir das großstädtische Leben. Ich will nicht die Laterne des Diogenes anstecken, um im Marktgewühl nach Menschen zu suchen. In der Bücherwelt giebt es Menschen. Die Edelsten haben ihr Edelstes da niedergelegt.

So dachte ich, allein es gefiel der fürsorgenden Allgüte nicht, meine Wünsche zu erfüllen.

---

So weit die Jugendgeschichte des Dorfschulmeisters. Er hat sein Tagebuch gewissenhaft bis zu seinen letzten Lebenstagen geführt. Aber es enthält nichts als Klagen über die Undankbarkeit des Menschen, über den geringen Erfolg seiner Anstrengungen und über die Plagen seines Amtes. Sein echt religiöses Gemüth konnte weder mit noch in der Welt sich zurecht finden. Das Leben verlangt einen gewissen Grad von Leichtsinn, die Religion einen unverletzlichen Ernst. Werner verstand nicht die Kunst, Wohlthaten zu üben, er konnte nur geben, und die Seinigen unterstützte er so reichlich, daß bald ihr alter

Hochmuth ſich wieder regte und ſeine gar nicht unbeträchtlichen Einkünfte nicht mehr hinreichten, ihren Anmaßungen zu genügen. Auch ſein Amt wäre ihm minder peinlich und zeitraubend geweſen, hätte er nicht ſtets mehr thun wollen, als er vermochte und von ihm gefordert ward. Die vollkommene Fibel iſt ein Beweis, wie weit er ſeine Gewiſſenhaftigkeit trieb. Er begann ſie nach dem Tode ſeiner Mutter, und nachdem er ſeine Schweſtern alle Drei verheirathet hatte. Die letzten Worte ſeines Tagebuchs lauten:

„Ich zweifle nicht, daß Gott die Menſchen unſterblich werden läßt. Aber Gott iſt allweiſe und allgerecht; was er für die Ewigkeit ſchafft, muß verdienen ewig zu ſeyn, muß der Ewigkeit werth ſeyn! O, Leſer, ſchlag' an deine Bruſt, leg' die Hand an deine Stirn, faſſe dieſe vorlaute Gedankenkugel und frage dich, was iſt da, was hier der Ewigkeit werth? Gott helfe mir und Allen!"

Dies ſchrieb er auf ſeinem Todtenbette. Friede ſeiner Aſche! Ein kleinliches Geſtirn beſtimmte ihn zum Dorfſchulmeiſter. Seine Treue und Emſigkeit waren eines höhern Looſes werth. Hoffen wir, daß Gott jenſeits ihn befördert, wo wir Alle ja Beförderung hoffen.

# Marie mit der Katze.

Von

Friedrichsen.

Mit zerriſſenem Herzen ſchwankte der, zum erſten Mal nach einer ſchweren Krankheit in's Freie hinaus ſchleichende Wilhelm in ſcheuer Entfernung an wogenden Kornfeldern vorüber, wo fröhliche Schnitter und Binderinnen ihre Arbeit begannen. Er betrauerte ein plötzlich abgeſtorbenes Lebensglück; der Gram über den Verluſt deſſelben hatte ihn auf ein ſchmerzliches Krankenlager geworfen, und ſeine Seele ſo erſchüttert, daß er ein ganzes Jahr unfähig war, über irgend einen Gegenſtand im Zuſammenhange nachzudenken. Der Anblick froher Menſchen war ihm zuwider; jeder Ausruf der Freude ſeinem ſchwer verwundeten Gemüthe Mißlaut. Das luſtige Schlagen der Wachtelmännchen um ihn her, die liebend ihre Weibchen lockten; die frohen Lieder der Droſſeln und Finken, die

in dem Gehölze vor ihm im muntern Kreiſe ihrer Jungen das Wonnegefühl ihres glücklichen Daſeyns ſangen, empörten ſeine Seele. So verſtimmt, ſchlich er auf die hohen Bäume zu, wo ſein einſamer Kummer wenigſtens kein läſtiges fröhliches Menſchengeſicht zu erblicken erwartete. Einladend winkten die düſtern Schatten ſeiner finſtern Schwermuth.

Da hört' er mit Erſtaunen hinter dem, das hohe, dunkle Wäldchen bekränzenden Gebüſche eine ſanfte weibliche Stimme, die, leiſe von einer Zither begleitet, nach der Weiſe: „Thekla, oder eine Geiſterſtimme", mit herzergreifendem Ausdruck folgendes Klagelied ſang:

„Erde, biſt doch gar zu wüſt' und öde!
Mein Geliebter wallt auf dir nicht mehr.
Mißgetön iſt deiner Menſchen Rede,
Seit er ſchwieg; dein Rund iſt kalt und leer.

Doch — dich, Vater, der ihn rief von oben
Und mit feur'gen Armen zu ſich nahm,
Werd' auch ich bald mit den Engeln loben,
Und mit ihm, der lange vor mir kam.

Unſer Vater, habe doch Erbarmen!
Trenne länger nicht, die du vereint!
Ach, hienieden wird kein Troſt mir Armen;
Und des Grames Thränen ſind verweint!

Nur die Hoffnung: daß des Grabes Pforte
Meiner Sehnsucht bald sich öffnen soll.
Giebt mir Muth, am freudenleeren Orte
Noch zu weilen, leid- und liebevoll."

Als Wilhelm, angezogen von dem Liede, dessen Inhalt und Weise ihm in die Seele drangen, der Sängerin näher schlich, erblickte er eine seltsame Erscheinung. Ein weibliches Geschöpf von ungefähr vierzig Jahren saß auf dem Rande des Grabens, welcher das Gehölz umfaßte. Neben ihr lag eine Katze mit einem Strick an ihren Arm gebunden, und schien mit Theilnahme ihrem traurigen Gesange zu lauschen. Die Zitherspielerin war in einem lächerlich phantastischen Aufzuge, der gleich eine Wahnsinnige verrieth. Sie trug einen runden Filzhut mit einem lang herab hängenden rothen Bande, worin eine große Hahnenfeder prangte. Um ihre Schultern hatte sie ein unförmliches Stück von einer alten, sehr bunten, aber zerrissenen Tapete befestigt, womit sie ihren ganzen Körper verhüllen konnte. Ihre Gestalt war hoch und schlank. Sie hatte einen edlen Anstand, der freilich, in dieser Mummerei, als lächerlich auffiel. Bei ihrem Gesange blickte sie oft, fromme Ergebung und innige Sehnsucht im glühenden schwarzen Auge, zum Himmel empor.

Als ſie geendigt hatte, trat Wilhelm, den ſie noch nicht gewahrt, zu ihr und grüßte ſie mit mitleidiger Miene.

Sie ſtand auf, erwiederte ſeinen Gruß mit artigem Anſtande, und ſetzte ſich wieder auf den blumigen Raſen, indem ſie ſagte: „Sie erlauben, mein Herr, daß ich mich noch ausruhe. Ich bin heute ſchon weit gewandert und ſehr ermüdet.“

Wilhelm fragte ſie theilnehmend: „Was haben die Menſchen Dir gethan, Du Arme, daß Du Dich ſo von ihnen abſonderſt? Du ſcheinſt ſchwere Leiden zu tragen!“

Mit einem tiefen Seufzer erwiederte ſie: „Die guten Menſchen haben mir nichts zu Leide gethan, lieber Herr! Aber — Gott der Allmächtige hat mich Unglückliche geſchlagen! — Doch bete ich in Ergebung und Hoffnung den heiligen Willen unſers himmliſchen Vaters an und beuge mich willig unter ſeine ſtrengen Fügungen, innigſt überzeugt, daß er, gerecht und die Quelle der heiligen Liebe, jenſeits der Gräber die leidende Unſchuld entſchädigen und für ihre Standhaftigkeit im Unglück väterlich belohnen wird.“

Wilhelm, erſtaunt, bei einer Wahnſinnigen eine Geſinnung anzutreffen, die des größten Weiſen würdig wäre, und ſie ihre Gedanken in einer ſo edlen

Sprache ausdrücken zu hören, blickte ſie forſchend an und ſagte, etwas zweifelhaft, ob es nicht unrecht ſey, die Unglückliche an die Quelle ihrer Leiden zurück zu führen: „Ich bin auch nicht glücklich und würde mit herzlicher Theilnahme die Geſchichte Ihres Unglücks vernehmen, wenn es Ihnen nicht zu ſchmerzhaft wäre, ſie mir mitzutheilen.“

Freundlich entgegnete ſie: „Ganz das Gegentheil, mein guter Herr! Es thut mir wohl, wenn ich einmal meinen Schmerz, der nur mit meinem letzten Athemzuge aufhören wird, an eine theilnehmende Bruſt legen kann. Die Thräne des Mitleids mildert ihn und das, aus gerührtem Herzen hervorquellende Troſtwort bannt oft meinen Trübſinn auf mehrere Tage.“ — Hier nahm ſie die neben ihr liegende Zither, ſpielte eine einfache eigenthümliche Weiſe und ſang:

„Wer keinen Freund im Leiden hat
Empfindet tief die Seelenwunde.
Und wem ein Herz voll Mitleid naht
Der freut ſich der durchweinten Stunde.

Wenn ich verlaſſen und allein
Den Gram im ſtummen Buſen trage,
Erſtarrt mein Herz, gleich kaltem Stein
Und es erweicht ſich, wenn ich klage.

Du fragst, was mich zu Boden drückt!
Du guter Mann, sey mir willkommen!
Schon ist die Last mir halb entrückt,
Du hast die Hälfte hingenommen.

Und muß ich wieder einsam seyn,
Allein des Herzens Bürde tragen;
Dann fällt mir Deine Rührung ein,
Und sanfter werden meine Klagen.

Befürchten Sie nicht", fuhr sie bewegt fort, „daß Sie eine schon halb geheilte Wunde wieder aufreißen, wenn Sie sich mein Unglück erzählen lassen. Meine Wunde blutet immer fort, auch wenn sie nicht berührt wird, und mein Schmerz ist am stärksten, wenn ich ihn mit scheinbarer äußerer Kälte in meiner Brust verschlossen halte. Die ganze Thätigkeit meiner Seele besteht in einem beständigen rastlosen Hin- und Herflattern, vom Rückblick auf mein ungeheures Unglück hienieden zum Hinblick auf meine seligen Hoffnungen dort oben. — Vernehmen Sie also meine Geschichte! Ihre Theilnahme wird meinen Gram auf Stunden — vielleicht auf ganze Tage besänftigen:

Einzige Tochter eines Landpredigers verlor ich meine Eltern so früh, daß ihr Tod von mir nicht beweint wurde. Beide starben in demselben Monate. Ein würdiger Freund meines seligen Vaters, eben-

falls Prediger auf dem Lande, ward mein Vormund. Schon bejahrt, lebte er mit seiner trefflichen Gattin ein glückliches und musterhaftes Leben. Ihre Ehe war kinderlos geblieben. Sie nahmen die hinterlassene Waise ihrer früh hinübergegangenen Freunde zu sich, und Beide liebten die Kleine, als wär's ihre leibliche Tochter. Meine Pflegemutter war verständig, gut und gefühlvoll und als Hausfrau und kluge Wirthschafterin in der ganzen Gegend berühmt. Mein Vormund war in seiner Jugend Hofmeister, und darauf lange Zeit Lehrer an einer hohen Schule gewesen; der Unterricht der Jugend blieb sein Lieblingsgeschäft. Sobald mein Alter es gestattete, ward ich der besondere Gegenstand seines pädagogischen Eifers. Früh lernte ich von ihm: Gott in kindlichem Geist und in der Wahrheit anbeten. Er unterrichtete mich unter Anderem mit Vorliebe in der Tonkunst, wozu ich eine besondere Neigung hatte; Fleiß und schnelle Fortschritte meiner Seits belohnten die Mühen meines großmüthigen Lehrers. Nach und nach lehrte er mich auch Lieder und Erzählungen von unseren vorzüglichsten Dichtern kennen, die er meinen Jahren angemessen fand, lehrte mich ihre Schönheiten fühlen. Indeß war die Zeit, wo ich mich seines Unterrichts erfreute, immer nur eine oder einige Stunden der Erholung von weiblicher Kunstfleiß oder hauswirthschaftlicher Beschäfti-

gung, welche mit Recht als Hauptsache bei der Erziehung einer Waise ohne Vermögen angesehen wurde.

Als ich meinen sechszehnten Frühling durchlebt hatte, ergriff mein Vormund jede Gelegenheit, mir die Wahrheit einzuprägen: daß Sittsamkeit und Häuslichkeit die Haupttugenden des weiblichen Geschlechts und die Quelle aller übrigen sind: daß daher jeder vernünftige Jüngling vorzüglich nach jener zwiefachen Krone der Weibeswürde sehe, wenn er sich eine Gattin wählen wolle. Er warnte mich auch oft vor dem gefährlichen Ehrgeiz: dem Trachten nach einer Verbindung über meinem Stande.

Ach, der rechtschaffene Mann wußte noch nicht, wie überflüssig diese Warnung war! Von Natur nicht ehrgeizig, ging ich ungern mit Vornehmeren um, weil das Gefühl der Ueberlegenheit, die bloß ihr Stand ihnen über mich gab, mich Stolze drückte. Aber auch ohne diesen Stolz hätt' es jener Warnung bei mir nicht bedurft, denn mein Herz schlug im Stillen für einen redlichen, gefühlvollen und sehr wohlgebildeten Jüngling. Er fühlte sich, wie er mir hernach gesagt hat, ebenfalls von der zärtlichsten Neigung zu mir hingezogen; aber wir vertrauten uns nichts davon, weil wir Beide vor uns selbst über eine Liebe erröthteten, welche so wenig durch unsre Jugend, als

durch irgend eine Aussicht auf die Möglichkeit einer nahen rechtmäßigen Verbindung gerechtfertigt wurde.

Franz war der einzige Sohn eines unserer Nachbarn, eines Gutspächters, der ein beträchtliches Vermögen besaß. Er hielt sich noch bei seinem Vater auf, bei welchem er die Landwirthschaft erlernt hatte, und sollte nächstens, eine Meile von uns, bei einem Grafen als Inspektor angestellt werden; denn er hatte schon den Ruf, ein trefflicher Landwirth zu seyn. Wer den lieben Jungen nur sah und hörte, ward ihm gewogen, so liebenswürdig war er. Niemand besaß in so hohem Grade als er die Kunst, sich in die Verschiedenheiten des Standes, der Launen und des Alters der Menschen zu schicken. Kunst, sagte ich? Nein, bei ihm war es keine Kunst; es war die natürliche Wirkung einer beständig regen Menschenliebe, die Allen Vergnügen gönnt und zu schaffen strebt, verbunden mit der seltensten Gegenwart und Gewandtheit des Geistes.

Er besuchte meine Pflege-Eltern wöchentlich mehrmals; sein Besuch war ihnen immer äußerst willkommen, und er wurde in der Regel zum Abendessen geladen. Er blieb, wie es schien, sehr gern, wenn seine Geschäfte es irgend erlaubten. Mein Vormund fand sichtbares Vergnügen in der Unterhaltung mit dem verständigen, einsichtsvollen Jünglinge. Bis zum

Essen, das ich zu bereiten pflegte, verbreitete sich ihr Gespräch über ernsthafte Gegenstände. Bei Tische aber gesellten sich Fröhlichkeit, Scherz und Witz zu den Gästen, und die muntere Unterhaltung war allgemein.

Nach dem Essen ward ich gewöhnlich aufgefordert, zu singen und zu spielen. Mit welcher Freude setzte ich mich dann an's Clavier! Franz war ein inniger Verehrer der Tonkunst, hatte viel musikalischen Sinn und eine schöne Tenorstimme, womit er mich bei Liedern, deren Weise ihm geläufig geworden war, zu begleiten pflegte. Und mit welcher Wonne hört' ich den Beifall des Geliebten, wenn mir der Vortrag eines Stücks vorzüglich gelungen war! Das Lob anderer Zuhörer — das meines würdigen Vormundes ausgenommen — war mir gleichgültig. Sie lobten unverständig Alles — auch das Mißlungenste. Wie hätte mich ein solcher Beifall rühren sollen?

Bei diesem heitern Stillleben, unter diesem reinen Zusammenklange unserer Seelen, war Franz dreiundzwanzig und ich neunzehn Jahre alt geworden. Hatten wir uns bis dahin gleich kein Wort von unserer glühenden Liebe für einander gesagt, so ahnte doch Jeder von uns das schöne Geheimniß, welches wir Beide aus Zartgefühl und Rücksicht auf unsre Lage in tiefer Brust verschlossen hielten.

Der zu Franzens Abreiſe beſtimmte Tag nahte heran, und wir wurden nun bei jedem ſeiner Beſuche Beide immer ſtiller und trauriger, der bevorſtehenden Trennung ſchmerzlich eingedenk. Wir hatten Mühe, unſer heimliches Herzeleid uns ſelbſt und Andern zu verbergen. Aber ſelbſt mein redlicher Vormund und meine gutherzige Pflegemutter äußerten erſt, wenn Franz des Abends fortgegangen war, ihr herzliches Bedauern, daß wir einen ſo lieben Geſellſchafter nun bald verlieren ſollten. Hätte ich die Guten nicht ſchon mit der innigſten Zärtlichkeit einer dankbaren Tochter geliebt — dieſes Bedauern der Entfernung meines Einziggeliebten hätt' ihnen auf immer mein Herz gewonnen.

Einige Tage vor ſeiner Abreiſe, als er uns zum vorletzten Male beſuchte, war mein Vormund zu einem Kranken gerufen worden, und meine Pflegemutter hatte ſich mit dem Abendeſſen beſchäftigt. — Es war ein ſchöner Herbſt-Abend. Als Franz die Predigerin gegrüßt, ſagte ſie: „Ja, nun iſt mein Alter nicht zu Hauſe, und Du, gute Marie, haſt den ganzen Tag geſeſſen und genäht; Du mußt Dir Bewegung machen. Das Wetter iſt ſchön: wollt Ihr nicht Beide ein wenig im Garten luſtwandeln, Kinder? Zieh' aber ja erſt Deinen Ueberrock an, Marie, daß Du Dich nicht erkälteſt!"

Kgl. Univ. Bibl.
Berlin



So willkommen dieſer Vorſchlag meiner guten Mutter mir war, ich konnte dennoch vor Zittern kaum den Ueberrock anziehen. Mir ahnte: daß dieſe Luſtwandlung ſehr ernſthaft ſeyn und über mein künftiges Leben entſcheiden werde.

Wir gingen ſchweigend in den Garten und ſahen ſchwermüthig nach der ſinkenden Sonne, welche die Gegend mit ihrem herbſtlichen Strahl matt beleuchtete. „Die ſchöne Sonne", ſagte Franz wehmüthig, „hat den Glanz des Sommers nicht mehr und neigt ſich früh zum Untergange. So verſchwinden oft die ſchönſten Freuden der Sterblichen, entkräftet von den kalten Berechnungen des Eigennutzes, wie die Sonnenſtrahlen von den Herbſtnebeln. Aber ſie wird dereinſt wieder in ihrem Sommerglanze ſcheinen; unſre Freuden gehen gewöhnlich unter auf immer und laſſen kalte Nacht in unſerm Herzen! So werden nun auch für mich die wonnevollen Stunden, die ich in dieſem Hauſe verlebte, dahin ſeyn — wahrſcheinlich auf immer!" — Er ſagte die letzten Worte mit einem tiefen Seufzer, und eine verhaltene Thräne dunkelte ſein helles, blaues Auge. Ich erwiederte mit Herzlichkeit: „Glauben Sie mir, Herr Franz, auch wir bedauern es von Herzen, daß wir Ihre Geſellſchaft nun bald entbehren ſollen. Meine Pflege-Eltern ſprachen noch heute von Ihrer nahen Abreiſe und waren ſehr bewegt." — „Ihre Pflege-

Eltern!“ erwiederte er; „ja, die guten, trefflichen Menschen begegnen mir so liebevoll, als wär' ich ihr Sohn. Aber ihre Pflege-Tochter! — Diese wird wohl meine Gesellschaft wenig vermissen — es sey denn allenfalls — beim Singen.“ — „Sie urtheilen falsch!“ antwortete ich. „Ich schätze Sie hoch, wie Sie es verdienen, und wünschte von Herzen, daß Sie bei uns blieben — wenigstens, bis auch ich in Condition treten werde.“ — „Also Sie sind mir auch ein wenig gut?“ fragte er. — „Nicht ein wenig“, erwiederte ich naiv genug; „ich bin Ihnen sehr gut!“

Wir schwiegen Beide einige Augenblicke; da stand er still, sah mir fest in's Gesicht und sagte gerührt: „Marie, wir sind für einander geschaffen. Ich liebte Dich längst mit der reinsten Zärtlichkeit; aber die Rücksicht auf unsre Lage gebot mir bisher, Dir den ersten Wunsch meines Herzens zu verschweigen. Jetzt, da ich mich auf Jahre von Dir trennen soll, muß ich reden. Eine glückliche Ahnung flüstert mir immer zu: Mariens Herz wird deine Liebe — nicht zurück stoßen. Ohne weitere Umschweife, Marie! sagen Sie mir aufrichtig: täuscht mich meine Ahnung?“ — „Ich bin Ihnen herzlich gut, Franz!“ stammelte ich. — Er fragte weiter: „Möchtest Du wohl an meiner Seite durch's Leben gehen, wenn die Umstände es erlaubten? — Ich heirathe nie, wenn Du nicht mein Weib wirst!“

— Schweigend reichte ich ihm meine zitternde Hand. Entzücken blitzte in ſeinem Auge und ich glühte in Wonne. Aber wir durften uns unſern Empfindungen nicht frei hingeben; wir mußten unſre Bewegungen ſtrenge bewachen, weil noch Leute im Garten waren, die uns ſehen konnten. Während wir langſamen Schrittes nach dem Hauſe zu wandelten, ſagte mir mein Geliebter: „Ich will nun noch einige Jahre conditioniren, bis ich mündig bin. Dann werde ich eine eigene Wirthſchaft anfangen und mich öffentlich um Dich bewerben, wenn Deine Neigung zu mir ſich gleich bleibt. Bis dahin, theure Marie, werd' ich Dich nicht beſuchen, auch ſelten ſchreiben, um Deines guten Rufes zu ſchonen. Wenn ich Dich auch nicht ſehe, weit von Dir entfernt bin — Dein holdes Bild iſt dennoch beſtändig in meinem Herzen gegenwärtig und lebendig." — „Ich liebe Dich, ſo lange ich athme!" erwiederte ich. — Da traten wir auf den dunklen Hausflur; es war Niemand da. Franz wandte ſich plötzlich, ſchloß mich in ſeine Arme und drückte den erſten Kuß auf meine Lippen. Ach, Herr! Das war ein Kuß! Er brennt noch auf meinen Lippen, durchſchauert noch mein ganzes Innere, wenn ich daran denke." — Sie ergriff mit glühenden Wangen ihre Zither und trieb wortlos wogende Töne aus den Saiten; endlich nach einer beruhigenden Pauſe ſprach ſie weiter:

„Mein Vormund kam gleich darauf nach Hause und war herzlich erfreut, Franz zu finden, weil, wie er sagte, der Besuch eines verstockten Sünders, der sich selbst auf dem Sterbelager nicht zu Gott wenden wolle, und fluchend den Allerheiligsten lästere, sein Gemüth so verstimmt habe, daß er der Aufheiterung sehr bedürfe. Mir schien die Sonne meines Lebens erst jetzt aufgegangen zu seyn; mein bisheriges Daseyn lag bedeutungslos hinter mir in tiefer Nacht. Ich lebte meinen glücklichsten Abend. Franz, das entging dem Auge der Liebenden nicht, war so entzückt als ich. Seine frohe Stimmung machte ihn bei Tische zu einem ungemein unterhaltenden Gaste; sein Witz und seine Laune sprudelten, wie die Strahlen eines natürlichen Springquells im Sonnenschein, glänzend und unerschöpflich. Der gute Alte hatte seinen verstockten Sünder bald vergessen und lachte von Herzen mit uns Andern. Gesungen wurde nicht; mein Geliebter belustigte uns so, daß Niemand eine andere Unterhaltung wünschte. Er verließ uns spät, indem er sagte, daß er nach einigen Tagen Abschied nehmen werde. Er hielt Wort. Wir sprachen uns nicht ohne Zeugen; beim Abschiede fiel nichts besonderes Merkwürdiges vor. Er umarmte uns Alle — auch mich — ohne Umstände und ging dahin. Unsre herzlichsten

Glückwünsche, die Thränen meiner guten Mutter und die meinigen begleiteten den theuren Jüngling.

Ein Vierteljahr darauf brachte mich mein Vormund als Wirthschafterin in ein adeliges Haus. Der Hof lag anderthalb Meilen von dem Dorfe, wo ich aufgewachsen und erzogen war.

In einem Zeitraume von beinahe zwei Jahren schrieb mir mein Franz drei Mal, und ich antwortete eben so oft. Unsre Briefe enthielten nichts als Schilderungen unsrer neuen Verhältnisse, Versicherungen ewig treuer Liebe und Seufzer der heißesten Sehnsucht nach baldigem Wiedersehen.

In seinem vierten Briefe meldete mir mein Franz: Sein Graf sey ihm so gewogen, daß er ihm ein anmuthiges Landgut von ergiebigem Boden, das jetzt administrirt werde, unter sehr billigen Bedingungen auf nächsten Michaelis in Pacht angeboten hätte. Er habe dies gütige Anerbieten mit Dank angenommen, und sein Vater, der die großen Vortheile einer solchen Pachtung anerkannt, habe sich bereits dem Grafen bündig verpflichtet, das Inventarium zu bezahlen und für seinen Sohn den üblichen Pachtvorschuß zu leisten. Er habe schon, mit Erlaubniß des Grafen, seine Inspektorstelle einem Andern abgetreten, weil, zur guten Bestellung des Feldes, seine Gegenwart von nun an oft auf mehrere Tage nothwendig sey. In der Zwi-

ſchenzeit werde er ſich zuweilen bei ſeinen Eltern aufhalten und meine Pflege-Eltern beſuchen. „Nun ſage mir“ — ſo ſchloß er — „Theure, Einziageliebte! biſt Du noch mein? Ja? Nun, ſo will ich ohne Verzug meinen Eltern meine Liebe zu Dir entdecken und um ihren Segen bitten. Zwar fürchte ich, daß ſie andre Pläne für mich haben; aber — ich bin jetzt mündig, und keine Andre ſoll je mein Weib werden als Du! Deines rechtſchaffenen Vormundes Zuſtimmung hoff ich leicht zu erhalten: er liebt mich wie ein Vater. Wenn ich mit ihnen Allen über die Sache werde geſprochen haben, beſuch' ich Dich und bringe Dir mündliche Nachricht vom Erfolge. Alſo nach vier oder fünf Tagen werden wir uns wieder umarmen. Freuſt Du Dich wohl ſo ſehr darauf, als ich? O Marie! wie ſelig werden wir ſchon hienieden ſeyn!“ — Meine Antwort auf dieſen beglückenden Brief können Sie ſich leicht denken.

Ich ſah ein Erdenglück, das ich mir lange als das möglich höchſte geträumt hatte, wirklich geworden, und ſchwelgte in Wonnegefühlen; aber ach! — Mein Geliebter beſuchte mich am fünften Tage nach ſeinem Schreiben. Er traf mich allein in meinem Zimmer. Er ſtürzte auf mich zu, und wir ſtanden wohl eine Minute in ſprachloſer Umarmung da, bis das Uebermaaß unſrer Gefühle uns erlaubte, ſie in abgebroche-

nen Lauten auszusprechen. — Als die heftigen Aufwallungen des ersten Entzückens vorüber waren, wurde plötzlich die Freude von dem Gesichte meines Geliebten von einem Ernst verscheucht, der mich erschreckte. Er gab mir einen Brief von meinem Vormund, worin dieser mir meldete, daß Franz ihn um Erlaubniß gebeten habe, sich um meine Hand zu bewerben und mir Glück wünschte, daß ein so vorzüglicher Jüngling mich zur Gattin gewählt. Zwar habe er die Einwilligung seiner Eltern noch nicht erhalten können; allein er — mein Vormund — hoffe, daß sie von ihrem Plane, ihm ein reiches Mädchen ohne alle andre empfehlende Eigenschaften, welches Franz nicht lieben könne, aufzudringen, abstehen würden, wenn die Zeit sie gelehrt, daß seine treue Liebe zu mir unerschütterlich sey.

„Was sagst Du, Marie?" fragte er, als ich den Brief gelesen. „Ich bin Dein, entschlossen und mündig." — „Ach, Geliebter!" erwiederte ich traurig, „ich Waise ohne Vermögen sollte Dir noch den Zorn und Haß Deiner Eltern zur Mitgift bringen? Nein, nein! suche sie zu rühren, zu bewegen, sonst wäre unser Glück ein schöner Traum, und schrecklich wäre mir das Erwachen!" — „O Marie!" rief er schmerzlich aus, „Deine Liebe gleicht nicht der meinigen! Mein Vater wird seinen Sinn nicht ändern; ich kenne ihn. Ich will gern um Deinen Besitz meiner Eltern unver-

dienten Haß tragen, und Du entſagſt mir ſo leicht: wie iſt es möglich?" — „Ach, nicht leicht, Franz! Der Gedanke, Dich zu verlieren, zerdrückt mir das Herz, tödtet alle meine Hoffnungen für dieſe Welt! Aber, mein theurer, ewig Geliebter! verſprich mir: alles Mögliche zu verſuchen, die Zuſtimmung Deiner Eltern zu erlangen! Von meinem Vormunde weiß ich, daß der würdige Oberamtmann A. ein treuer Freund meines ſeligen Vaters war; daß er Anſehen und Einfluß in der ganzen Provinz hat und eine ſeltene Beredſamkeit beſitzt. An dieſen wende Dich mit einer Empfehlung von meinem Vormunde. Seine Freundſchaft für den Vater wird ihn bewegen, ſich für die Tochter zu verwenden. Er ſoll ein ſehr edler Mann ſeyn, und wie ich gehört, haben höherer Stand und großes Anſehen immer viel Eindruck auf Deinen Vater gemacht." — „Ich kenne den Oberamtmann", ſagte Franz, „und bin ihm bekannt. Ich will Deinem Rathe folgen, Marie, und übermorgen zu ihm hinreiten. Aber ich fürchte, ich fürchte, Alles wird vergeblich ſeyn! Verſprichſt Du mir nun dagegen: daß Du Dich auf jeden Fall mit mir verbinden wirſt, auch wenn ich umſonſt Alles werde verſucht haben, meinen Vater für unſre Liebe zu gewinnen?" — Ich verſprach es ängſtlich. — Nachdem wir noch verabredet, daß ein Stück Tapete, auf einer beſtimmten Seite

aufgehangen, in einem offenen Bodenfenſter, das er in einiger Entfernung vom Hofe ſehen konnte, jeden Nachmittag gegen Abend, wenn ich in meinem Zimmer ſeyn würde, ihm dies vorher verkündigen ſolle, verließ er mich, mit dem Verſprechen, mir ſchriftlich und, wenn's gut gehe, mündlich Nachricht vom Stande unſerer Sache mitzutheilen.

O, wäre der gute Jüngling doch nicht ſo folgſam geweſen! Dann wär' ich das glücklichſte Weib geworden; und jetzt bin ich das verlaſſenſte, unglücklichſte Geſchöpf auf der Erde!

Es war mir eine unerträgliche Vorſtellung, daß meine Hand vielleicht das heilige Band der Eltern- und Kinderliebe zwiſchen meinem Geliebten und ſeinem Vater zerreißen ſollte, und ich bereute mein übereiltes Verſprechen, mich auf jeden Fall mit ihm zu verbinden — auch, wenn ſeine Eltern nicht einwilligen würden. Allein es war beſtimmt gegeben, und ich hätte meinem Franz Wort halten müſſen, wenn ich gleich mit Schmerzen fühlte, daß meine Verbindung mit ihm mir dann kein Glück, ſondern eine Quelle ſtiller Thränen ſeyn würde. Aengſtlich harrte ich acht lange Tage, zwiſchen Furcht und Hoffnung ſchwebend, auf Nachricht von dem Erfolge ſeiner Reiſe zum Oberamtmann. Da erhielt ich denn endlich den erſehnten Brief. Er ſchrieb mir: „Der Oberamtmann nehm-

den wärmſten Antheil an unſerm Schickſal und wolle Alles anwenden, was in ſeinen Kräften ſtehe, Franzens Vater zu bewegen: daß er in unſre Verbindung willige. Er habe ſich ſogleich Geſchäfte in unſerer Gegend erdacht, vorgeſtern ſeine Eltern beſucht und, auf ſeines Vaters dringendes Bitten, bei ihnen übernachtet.

Als ihr Fürſprecher am folgenden Morgen abgereiſet, habe er Franzen erſucht, ihn bis zu meinem Vormunde zu begleiten. Unterwegs hab' er ihm mit herzlichem Händedruck geſagt: „Seyn Sie ganz ruhig, junger Freund! Ihr Alter wankt ſchon, und wird gewiß endlich zu unſerer Partei übertreten. Es iſt nur nicht ſeine Art, ſich ſchnell zu entſchließen. Wir müſſen ihm etwas Zeit laſſen, über meine Vorſtellungen nachzuſinnen. In acht Tagen komm' ich wieder, und vollende mein Werk." — „Du ſiehſt, theure Marie!" fügte Franz hinzu, „unſer Glück iſt in der ſchönſten Blüthe, und wir dürfen mit Zuverſicht hoffen, bald die herrlichſten Früchte vom Baume des Lebens zu pflücken."

Dann beſchrieb er mir das Anmuthige unſers künftigen Wohnſitzes und ſeiner Umgebungen. Unſer Gehöft liege in einem kleinen Gehölze, das er in einen Park umſchaffen werde. Der Garten ſey beſonders ſchön, und mit Obſtbäumen von den edelſten Arten

geziert. Die Feldmarke gewähre den reizendſten Anblick: kleine Hügel mit Birken und Buchen gekrönt; in den Thälern beblümte Wieſen, durch welche ſich fiſchreiche Bäche zwiſchen kalmusduftigen Ufern von einem waldbekränzten See zum andern hinſchlängeln. „O Marie!“ rief er am Ende aus, „wir werden in einem Eden wohnen! Unſre Herzen ſind rein; kein ſtrafender Engel wird uns daraus vertreiben.“

Sie können ſich vorſtellen, lieber Herr, wie mich dieſer Brief entzückte, wie ich vor Freude lange ganz außer mir war. Als ich ihn durchgeleſen, ſank ich unwillkürlich auf meine Kniee und weinte Thränen der Seelenwonne und des unausſprechlichen Dankes vor dem Allgütigen, der mich arme Sterbliche ſchon auf Erden ſelig machte. In den nächſten Tagen ſchon verſäumte ich keinen Nachmittag, nach dem erwähnten Bodenfenſter hinaufzuſteigen, und mir Viertelſtunden lang vergebens die Augen nach meinem lieben Reiter feucht zu ſehen, ob ich gleich wußte: daß der Oberamtmann noch nicht wieder bei ſeinem Vater geweſen ſeyn konnte. Aber die Ungeduld meiner Wünſche, eine unruhige, glühende Sehnſucht trieb mich immer hinauf.

Am neunten Tage, der für einen Herbſttag ungewöhnlich ſchwül geweſen war, ſah ich aus meinem Fenſter am Rande des Geſichtskreiſes einen düſtern

Punkt, der in wenig Minuten zu einer drohenden Gewitterwolke anschwoll, schwarz wie die Nacht. Geschäfte entfernten mich auf eine Viertelstunde von meinem Standpunkt. Dann stieg ich wieder hinauf. Das Gewitter war schon hoch empor; das schwarze Gewölk wurde auf allen Punkten unaufhörlich von Blitzen durchschlängelt und ein ununterbrochenes, dumpfes Zusammendonnern hallte drohend herüber. Eine schrecklich erhabene Erscheinung! Das Gewitter stieg mit unglaublicher Schnelligkeit am Horizonte empor, auf den brausenden Flügeln des Sturmes. In einer halben Stunde war es über unserm Hofe und hüllte uns plötzlich in tiefe Finsterniß, schrecklich erhellt von Sekunde zu Sekunde durch zischende Blitze. O Gott, seufzte ich für mich selbst, wenn der arme Franz bei diesem furchtbaren Wetter unterweges wäre! und konnte nicht vom Fenster. Da fuhr plötzlich, wie es mir schien nahe vor mir, mit schmetterndem Gekrach ein zischender Blitz bis zur Erde hinab. Tief erschüttert und betäubt taumelte ich zurück, und wenig fehlte, daß ich nicht zu Boden stürzte. Sobald ich mich besinnen konnte, eilte ich erschrocken nach dem Flur hinunter, wo, auf Befehl des Edelmanns, bei Gewittern alle Leute, die sich auf dem Hofe befanden, sich versammeln mußten, bis es vorüber war.

Ich fand Alle, wie den Edelmann selbst, in ängstlicher Unruhe. Man glaubte, jener fürchterliche Blitz müsse in der Nähe eingeschlagen haben, und schaute bange nach allen Seiten um, wo der Rauch emporwirbeln, oder die Flamme auflodern würde. Indessen entstand nirgends Feuer und auf dem Flur wurde es wieder ruhig. Das Gewitter zog so schnell vorüber, als es aufgekommen war, und nach wenig Minuten beleuchteten milde Sonnenstrahlen unsern Hof, der eben noch in tiefe Nacht gehüllt gewesen. Die nach ihren Nestern und Schlupfwinkeln geflüchteten Vögel kamen schaarenweise wieder hervor und suchten sich unter fröhlichem Gezirpe ihre Abendspeise. Da stimmte der fromme Edelmann, wie es bei ihm nach glücklich überstandenem Gewitter eingeführter Gebrauch war, mit seinen Leuten das Lied an: „Nun danket Alle Gott", welches mit herzlicher Andacht gesungen wurde. Eine nie empfundene, peinliche Beklommenheit ließ mir durchaus nicht zu, mit zu singen, so dankbar ich's auch empfand, daß der Allerhöchste das furchtbar drohende Ungewitter gnädig über uns hingeführt hatte.

Kaum war das Danklied zu Ende, da kam mit eiligen Schritten ein alter Mann auf den Hof gegangen, welcher mit schreckenbleichem Gesichte dem Edelmanne meldete: In einiger Entfernung vom Tannengehölze liege mitten im Wege ein Reiter mit

seinem Pferde, Beide vom Blitz erschlagen. Der Mann scheine jung zu seyn; aber er habe ihn nicht erkannt, vielleicht, weil sein Gesicht ganz schwarz und entstellt sey.

Eine fürchterliche Ahnung durchschauderte mich; der Schrecken lähmte alle meine Kräfte, so daß ich halb ohnmächtig auf eine Bank mich setzte. Der Edelmann eilte sogleich mit der Hälfte seiner Leute hinaus zu dem Verunglückten. Unter den Andern blieb ein Knabe zurück, dem ich oft außer der Zeit etwas zu essen zu geben pflegte, weil er gut und dienstfertig war. — „Lauf auch hinaus, Fritz", sagte ich zu ihm, „und sobald Du weißt, wer der erschlagene Mensch ist, renne, was Du kannst, zu mir zurück, und gieb mir Nachricht! Halte Dich aber ja nicht draußen auf!" — Der Knabe lief den Andern nach.

Ich zitterte und bebte, daß ich nicht aufstehen konnte, ein kalter Angstschweiß rann mir von der Stirne. Nach einer schrecklichen Viertelstunde sah ich den Knaben wieder auf den Hof gerannt kommen. Kaum war er vor der Thür, da rief ich ihm ängstlich zu: „Wer ist's?" — Der Athemlose konnte noch nicht sprechen. „Es ist — der junge Pächter — Franz, der Sie jüngst hier besuchte. Er hat schwarze Streifen im Gesicht und ist schon ganz kalt."

Ich wundere mich noch immer, daß dieſe Worte mich nicht auf der Stelle tödteten: aber, im Gegentheil, ſie gaben mir plötzlich alle meine Kraft wieder. Ich ſprang auf und lief, wie eine Raſende, vom Hofe den Weg hinab. Bald erblickte ich den geliebten Leichnam, der von fünf oder ſechs Männern mir entgegen getragen wurde. In Verzweiflung wollt' ich mich auf ihn ſtürzen, ihn an mein Herz drücken, in's Leben zurück ſchreien; aber plötzlich war mein Bewußtſeyn entflohen und kehrte erſt nach vielen Wochen zurück.

Als ich wieder zur Beſinnung kam, war mein erſter Gedanke **Franz**, und ich fragte eine alte Frau, die an meinem Bette ſaß: „Wann wollen ſie meinen theuren Todten begraben, Mutter? Vielleicht morgen ſchon? Helfe ſie mir ja aufſtehen, daß ich ihn vorher noch ſehe!"

„Ach, armes Mädchen!" ſagte die Alte; „Ihr Herr Franz iſt ſchon vor zwei Monaten begraben worden. So lange haben Sie ohne Beſinnung gelegen. Da war es noch ſchönes Wetter und jetzt liegt tiefer Schnee. Ach, der liebe junge Herr war mit allen Menſchen ſo gut! Die Leute ſagen, daß er Sie zur Frau nehmen wollte, daß aber ſeine Eltern es anders mit ihm im Sinne gehabt und ſich lange geweigert, ihre Zuſtimmung zu geben. Endlich hat ſein Vater

ſich doch von einem vornehmen fremden Herrn bereden laſſen und nun, da Herr Franz Ihnen die fröhliche Nachricht bringen will, nimmt der liebe Gott ihn zu ſich!“

Jedes ihrer Worte drang mir wie ein Dolch durch's Herz. Ich verfiel in wüthende Verzweiflung: frevelnde Vorwürfe der Raſenden läſterten den himmliſchen Vater; ich warf dem Allgütigen in meinem unſinnigen Schmerz Ungerechtigkeit und Grauſamkeit vor. — Gott im Himmel, du haſt der Wahnſinnigen die Läſterung gnädig vergeben. Du, Allwiſſender, weißt es, die Prüfung war ihrem ſchwachen Herzen zu ſchwer! — Können Sie ſich etwas Schrecklicheres denken, lieber Herr, als in entzückender Wonne an der Hand des Geliebten vor dem offenen Paradieſe zu ſtehen, dort plötzlich von ſeiner Seite weggeriſſen und in eine kalte finſtere Einöde verſtoßen zu werden?

Es war Nacht, als meine Seele von ihrem langen Schlummer erwachte, und ich wußte nicht, wo ich mich befand. Ich fragte die alte Frau: „Wo bin ich denn jetzt?“ — „Bei Ihren Pflege-Eltern“, ſagte ſie. „Die guten Alten haben Thränen genug um Sie vergoſſen! Sobald es Tag wird, lauf' ich hinüber und bringe ihnen die unverhoffte Nachricht: daß ihre geliebte Tochter ihre Beſinnung wieder hat. Das

wird eine Freude seyn!" — Wirklich eilten die Guten am Morgen entzückt an mein Bette und bezeugten mit der rührendsten Herzlichkeit ihre Freude. Aber mein Gemüth war so zerrüttet, daß ihre Theilnahme mich wenig rührte; ich freute mich bloß, daß ich nun Alles, was mein Franz in seinen letzten Tagen gethan und gesprochen, so wie die genauere Geschichte seines Todes und Begräbnisses erfahren konnte, und ich war so unerschöpflich im Fragen, als sie bereitwillig waren, mir Alles ausführlich zu beantworten.

Es währte lange, bis ich mich so weit wieder erholte, daß ich mein Krankenzimmer auf Minuten verlassen konnte. Ich bedurfte nun des Nachts keiner Wächterin mehr. Eine unwiderstehliche Sehnsucht trieb mich, meines Geliebten Grab zu sehen, und über seiner Hülle zu weinen. Er schlief auf dem nahen Kirchhofe unsers Dorfes, und mein Vormund hatte mir seine Grabstätte genau bezeichnet. Man ließ mich noch nicht aus dem Hause, weil ich äußerst schwach war. Ich beschloß daher: des Nachts heimlich nach dem Kirchhofe zu gehen. Erfrierst du da, dacht' ich, so bist du gleich wieder mit ihm vereinigt. Schon in der zweiten oder dritten Nacht führte ich mein Vorhaben aus, fand gleich das Grab, setzte mich auf den hartgefrornen Schnee, der seinen Hügel bedeckte, und zerfloß in Thränen.

Allein der Wächter im Dorfe hatte mich nach dem Kirchhofe hintaumeln ſehen und war mir von ferne nachgeſchlichen, um mich zu beobachten. Als ihm däuchte, daß ich dort zu lange, auf dem Schnee ſitzend, verweilte, kam er zu mir heran und ſagte ernſthaft: „Was treiben Sie denn hier in der kalten, finſtern Nacht? Sie erfrieren ja!“ — „Wenn ich auch erfriere“, ſtotterte ich, ſchon halb erſtarrt, „das thut nichts! Das wäre das größte Glück für mich!“ Der Mann faßte mich beim Arm und führte mich, die kaum die froſterſtarrten Füße bewegen konnte, nach Hauſe. Ich bat ihn, meine Pflege-Eltern nicht zu wecken. — „Ich muß“, entgegnete er ſtrenge. „Sie ſind noch krank und bedürfen einer Wache.“

Meine Pflege-Eltern erſchraken, als ich eine Stunde nach Mitternacht mit meinem Führer in ihrem Schlafgemach erſchien. Als mein Vormund gehört, wo und wie mich der Mann angetroffen, wurden ſogleich die Mädchen geweckt und man brachte mich eiligſt zu Bette. Der gute alte Vater kam mir bald in ſeinem Schlafrocke nach, ermahnte mich ernſtlich, und überzeugte mich, daß ich meinen Franz in jener Welt nicht wiederſehen würde, wenn ich vorſätzlich mein Leben kürzte, weil Selbſtmörder nicht zugelaſſen würden zum Wohnſitze der Seligen. Indeſſen mußte ein Mädchen bei mir bleiben. In ſchwermü-

thiger Ungeduld erharrte ich den Sommer, da man mich ungestört über dem Staube meines Geliebten würde weinen lassen.

Unterdessen ward ich körperlich wieder so gesund und stark, als vorher; aber mein Gemüth war auf immer verstimmt. Nichts erregte meine Theilnahme; ich mochte keine Arbeit anfassen, kein Buch lesen: nur das Clavier und die Zither blieben mir lieb, als die treuen Vertrauten meines Grams, welche in meine Klagen mit einstimmten. Alles Uebrige hienieden schien mir eitel.

Im Sommer war ich fast immer auf dem Kirchhofe, bis mich mein Vormund mit freundlichen Ermahnungen und Bitten nach Hause holte. So ging es vier Jahre hindurch; da starben meine Pflege-Eltern kurz nach einander. — Ich war an Beider Sterbelager und beneidete Jeden um seinen letzten Athemzug. Der gute Alte hatte mir etwas vermacht, wovon ich, bei einigem Arbeiten, bequem leben konnte. Aber ich hatte keine Ruhe mehr im Orte und verließ ihn, um die Gegend zwecklos zu durchkreuzen. Nur wenn die Sehnsucht mich unwiderstehlich nach seinem Grabhügel treibt, kehr' ich nach unserm Dorfe zurück. Gute, mitleidige Seelen reichen mir allenthalben, wo ich hinkomme, ungebeten Speise und Trank; auch Kleidungsstücke, wenn sie sehen, daß ich ihrer bedarf.

Ach, und dieſe innere Unruhe, die mich nirgends weilen läßt, lieber Herr, ſie herrſcht immerfort in meiner Seele; ja, ſie wird mit jedem Tage ſtärker.“ — Sie ſang, ſich begleitend:

„Ich habe weder Raſt noch Ruh';
Die Sehnſucht treibt dem Grabe zu,
Von einem Ort zum andern.
Und ſagen herz'ge Menſchen mir:
Du armes Mädchen, weile hier!
Muß dennoch weiter wandern.

Mein leeres Daſeyn wird mir ſchwer;
Ach, trüg' ich's doch nicht lange mehr!
Im Tode nur iſt Leben.
Oft hör' ich auf des Theuren Gruft
Des Engels Stimme, der mir ruft:
Verklärt hinauf zu ſchweben.

Ja, guter Franz, ich komme bald,
Denn langſam ſchleicht mein Blut und kalt;
Es wird nun bald gerinnen. —
Dort glänzt des Dulders Krone mir,
Dort werd' ich, gottvereint mit dir,
Der Liebe Preis gewinnen.“

Sie ſchwieg und ſtarrte, in ſtillem Entzücken verſunken, vor ſich hin. Darauf ward ihr Blick ernſt und tiefſinnig. — Wilhelm wollte ſie auf andre Gedanken bringen und machte ihr bemerklich: daß ihre Katze den Strick ſtraff angezogen hatte, und ſich oft

nach ihr umsah, als wenn sie wünschte, davon befreit zu seyn. „Ach, die Thörin!“ sagte Marie; „sie sieht die Meisen da in den kleinen Tannen, und es gelüstet sie, eine davon zu fangen. Ich will ihr den Willen thun, sie los zu machen. Sie läuft mir nicht weg, und ich habe sie bloß am Stricke, daß sie sich nicht bisweilen zu weit entferne. Erhaschen wird sie keine von den Meisen; sie haben die Feindin schon gesehen und sich einander durch Schreien gewarnt.“

Sie löst'e den Strick von ihrem Arme und ließ die Katze damit den Vögeln nachschleichen. — „Wozu schleppen Sie sich aber mit einer Katze, gute Marie?“ fragte ich. — „Ach, lieber Herr“, erwiederte sie, „wenn Sie wüßten, wie theuer dies Thier meinem Herzen ist! Ich hab' es mir selbst aufgezogen und hab' es immer auf meinen Armen getragen. Sie ist das einzige lebendige Geschöpf auf dieser Erde, das mir angehört, mir mit treuer Liebe anhängt, und ich kann es ihr ansehen, daß sie Theil an meinen Leiden nimmt, wenn sie im einsam klagenden Liede laut werden. Diese Katze ist meine wahre, unzertrennliche Freundin; das Einzige, was mich noch unglücklicher machen könnte als ich schon bin, wäre ihr Verlust. Um ihretwillen schlaf' ich nie in einem Hause, weil die leidige Kläfferbrut der ungastfreundlichen Hunde die ganze Nacht knurrt und klifflafft, wenn sie eine fremde Katze unter ihrem Dache

wittert. Ich ſuche mir jeden Abend einen Backofen auf, worin des Morgens gebacken worden, und darin übernachte ich mit meiner Katze in der nachgebliebenen Wärme. Im Sommer iſt uns jeder Backofen recht.“

Während dieſes Geſprächs war die Katze den Vögeln ziemlich weit nachgeſchlichen, und jetzt außerhalb des Buſches im Freien beſchäftigt, Feldmäuſe zu erlauern. Das Gebüſch bildete einen Winkel, wo ſie war. Auf einmal kamen zwei Windhunde mit Blitzesſchnelle um die Ecke geſtürzt, ergriffen das arme Thier und zerriſſen es in demſelben Augenblick. Unbeſchreiblich war das Zeter- und Jammergeſchrei der unglücklichen Marie. Hätt' ich ſie nicht geſehen, ich hätte ihre Stimme für keine menſchliche gehalten. Sie glich dem Geheul des Schakals in der Wüſte. — Wilhelm wollte einige Worte des Troſtes verſuchen, aber ſie hörte nicht auf ihn; auch ſeiner herzlichen Bitte, ihm zu ſeiner Mutter zu folgen, achtete ſie nicht. Sie riß ihre Hand, die er ergriffen hatte, mit wüthendem Blick aus der ſeinigen, und wälzte ſich mit den Fetzen ihrer zerriſſenen Freundin winſelnd im Staube.

Er konnt' es nicht länger ertragen und verſuchte noch einmal, ſie dem Anblick zu entreißen, mußte ſie aber ihrem Jammer überlaſſen. Sein Gemüth war jetzt mehr von Mariens Schmerz als vom eignen Kummer bewegt. „Gott allein“, ſeufzte er, „der ihr

den Kelch der Leiden in solchem Uebermaaß zu leeren gab, kann Trost in ihre Seele bringen. Vielleicht gefällt es ihm, ihr sehnliches Flehen zu erhören, und sie abzufordern zu einem Leben, wo die Unschuld, wenn sie dort Thränen hat, keine andre, als Dank- und Freudenthränen weinen wird. — Nein, nein! ich irrte, da ich mich für den unglücklichsten Sterblichen hielt. Die unschuldige Marie leidet weit mehr als ich, und ich habe mein Unglück zum Theil durch Leichtsinn mir bereitet."

Marie ließ sich nicht wieder in der dortigen Gegend sehen. Wilhelm, der sich oft nach ihr erkundigte, erfuhr nach einem Jahre, daß sie ohne Katze geblieben, immer stiller und finsterer geworden, und neulich todt in einem Backofen gefunden sey, ohne daß sie sich bei den Leuten, wo sie Abends vorher gewesen, über Uebelbefinden beklagt habe. Eine Thräne der Menschlichkeit sey dem Andenken der Dulderin geweiht. Mögen ihre Hoffnungen in jener Welt erfüllt seyn!

# Fanatismus.

Von

F. W. Gubitz.

Sinnend, aber himmelan ſchauend, ſtand Juan Diaz de Cuenza an einer der Barrieren von Paris, und nur die heftige Bewegung ſeiner Bruſt verrieth Leben. Es mußt' ein Entſchluß gefaßt werden über ſeine Zukunft und er, in ſtetem Umgange mit den Wiſſenſchaften zum Manne gereift, befand ſich im Zwieſpalt mit den äußeren Verhältniſſen. Sollt' er nach Spanien zurück? — dem er vor dreizehn Jahren entflohen war, weil das Niederdrücken des Geiſtes ihn empörte, weil ihm vor der Tyrannei der Inquiſition ſchauderte. Und dennoch, es zogen ihn ſo viele liebe Erinnerungen in die Heimath, es riefen die Stimmen der Verwandten alle Gefühle wach. Aber, hatte er als Jüngling ſchon die Banden, die Spaniens Cleriſei dem Volke um die Seele legte, nicht dulden können, wie

ſollt' er es jetzt, nachdem ein eifriges Studium auf der hohen Schule zu Paris ihm den Sinn des Lebens deutlicher gemacht, und kühne Aufklärung, die unlängſt, beſchirmt von Luther und Calvin, ſich viele edle Geiſter gewann, auch ihm den Muth erhob! — Wie konnt' er anders als mit innerer Gluth und wildem Schmerze zu dem Schloſſe ſeiner Väter zurück kehren, da in der Furcht vor der Reformation in Spanien eben jede Feſſel ſchärfer angezogen wurde, jeder Tag neue Greuel hervor rief, mit denen Schmachwürdige die Ehre Gottes läſterten. Wenn Juan dorthin kam, mußte er entweder ſeinen Geiſt verleugnen, oder er ſtürzte ſich und die ihm Angehörigen in's Verderben. — Fürwahr, er hätte jetzt eines Freundes bedurft, aber wo ihn finden? — da auch in Frankreich die hierarchiſchen Gewalten ſtrenge herrſchten zur Bewahrung ihrer eigenſüchtigen Zwecke.

So kam auch diesmal, wie ſchon oft, Juan ohne beſtimmten Entſchluß nach ſeiner ſtillen Wohnung zurück, als es ſchon ſpät Abend war und die ewigen Sterne über ihm die Beklommenheit ſeiner Bruſt milderten. In duldſamer Wehmuth ſchlug er daheim die Bibel auf und das erſte, was er las, waren die Worte des Matthäus: „Alle Sünde und Läſterung wird dem Menſchen vergeben, aber die Läſterung wider den Geiſt wird dem Menſchen nicht vergeben.“ — Und

er gerieth darüber in ſo tiefe Gedanken, daß er endlich ermattet entſchlief, und bei dem Erwachen, auf den gefalteten Händen ruhend, noch denſelben Spruch vor ſich ſah. Eine neue Kraft ſchien über ihn gekommen. „Ja!“ rief er aus, „die Läſterung wider den Geiſt wird dem Menſchen nie vergeben!“ — und ich würd' ihn läſtern, wollt' ich ihn unterdrücken, um in meiner Heimath mich vor verruchter Tyrannei zu ſchützen. Nein, ich will auf Gott vertrauen, in Noth und Tod der ewigen Wahrheit treu und gewärtig ſeyn!“

Mit geringer Habe, aber ſicheren Muthes, wanderte er nach wenigen Tagen fort von Paris, auf der Straße nach Genf, nachdem er ſeinen Verwandten gemeldet, daß er dem Trieb, mehrere Länder zu ſehen, nicht widerſtehen könne. Die Natur begann ſchon, ſich herbſtlich zu färben; und wie in einem edlen Gemüth der Erde Vergänglichkeit immer die Sehnſucht nach dem Ewigen erweitert, ſo auch bei Juan, der es in ſolcher Stimmung wohlthuend fand, daß eben, als er in Genfs Mauern eintrat, der aus Savoyen hergekommene Biſchof feierlichen Umzug hielt; denn es war das Feſt der Erhöhung. Tiefer Andacht voll warf er ſich neben Vielen in den Staub vor dem Bilde des Gekreuzigten, dem erhabenſten Kämpfer für den Geiſt, dem verklärteſten Dulder der Tyrannei.

Da drängte ſich ein Mann aus der Menge hervor; Verzweiflung ſprach aus ſeinem bleichen Antlitz und niederſinkend, die Kniee des Biſchofs umfaſſend, bat er: „O Herr, habt endlich Erbarmen! Werft Weib und Kind nicht aus der ärmlichen Hütte; erlaßt mir, was ich Euch noch ſchuldig bin, denn Feld und Weinberg, Ihr wißt es, ſind auch in dieſem Jahre vom Mißwachs befallen, und nicht zu erſchwingen iſt, was Ihr verlangt, wie ſehr ſich auch mein Weib mit mir mühet. Anbringen will es der Vicedem bei unſerm Herzog und hofft mir Hülfe zu ſchaffen, wenn auch Ihr nicht auf Eurer Forderung beſteht; Ihr werdet ſeiner Güte folgen und barmherzig ſeyn, wie es der Himmel uns Allen ſeyn möge!“

Aengſtliche Stille ringsum harrte der Antwort des Biſchofs; der aber ſtand zornglühend und ſprach: „Ich kenn' Euch! Es iſt der Fluch Gottes, der auf Euren Feldern und Bergen ruht, weil ſich Viele trennen von der alleinſeligmachenden Kirche und dem Neuerer folgen, der Euch führen wird in die Schlingen des Satans. Nicht hindern darf ich die Züchtigung, die Gott über Euch verhängt, weil Ihr mich hier nicht dulden mochtet als Oberhaupt Eurer Kirche; und er will, daß ſelbſt die Gerechten leiden, wenn ſie die Sünder unter ſich hegen. Hinweg von mir, Gottes Gericht ſey über Euch!“

In wilder Geberde erhob ſich der Unglückliche und wie er davon ſtürzte und ein Gemurmel im Volke laut wurde, rief der Biſchof mit donnernder Stimme: „Fluch Allen, die Gottes Zorn bezeichnet und die nicht Buße thun im Kampf wider Ketzereien!“ — und vorwärts ſchritt er, mit dem Allerheiligſten in den Händen. — Wie zermalmt im Inneren erhob ſich Juan; ſein Gehirn glühte, ſeine Gedanken ſtockten und einſam in der Herberge ſitzend verbrachte er den Tag im Gebet und Ringen um Gleichmuth der Seele.

Am nächſten Morgen aber ging er zu Calvin, mit dem er ſchon auf der hohen Schule zu Paris bekannt worden war. Wie ein alter Freund ward er aufgenommen, und bald waren Beide in ernſthaften Geſprächen vertieft, alſo, daß die gepreßten Herzen ſich Kraft gewannen zu friſchen, freien Worten. Und Calvin ließ ihn nicht von ſich; Juan mußte das Mittagsmahl mit ihm theilen und fühlte ſich beglückt von den Reden eines Mannes, der obzuſiegen gedachte über diejenigen, welche auch die Seelen hinabwerfen in den Staub, um ihres Leibes Glanz ſicher zu ſeyn. Begeiſtert worden in ſolcher Unterhaltung ſtörte ſie ein Geräuſch vieler Stimmen, von der Straße herauf; und als ſie an das Fenſter traten, gewahrte Juan denſelben Mann, der geſtern dem Biſchof zu Füßen lag, gefeſſelt und von Bewaffneten geführet; hinter

ihm ſchritt händeringend ſein Weib, ihr zur Seite gingen zwei weinende Kinder. Und wie nun Calvin hinaus fragte: was geſchehen? da erfuhr Juan mit ihm: daß der Unglückliche einen Greis erſchlagen habe, um den Zins zu erlangen, den der Biſchof mit ſo fürchterlicher Härte eintreiben ließ. Thränen entſtürzten den Augen des edlen Spaniers; er verhüllte ſein Antlitz an der Bruſt Calvin's, der in Zorn auflederte über den Biſchof, dazwiſchen aber triumphirte, daß dieſe Begebenheit die Freiheit der Kirche in Genf völlig begründen werde. Ach, Juan hörte nur den Jammer derer, die unten vorüber ſchritten, kein Triumph war da mächtig genug, ihn zu berühren. Das aber empfand er, wie ſich auch das letzte Band geiſtiger Knechtſchaft von ihm löſe; er konnte nicht mehr nachlallen, was ihm Menſchenſatzung aufdrängte, er wollte freier Bürger ſeyn im Reiche Gottes, und ſo — obwohl er wußte, daß er dadurch ſeines irdiſchen Erbtheils in Spanien verluſtig werden würde — bekannte er am 18ten Oktober 1541 ſich feierlich zu dem neuen, forſchenden Glauben, der aus der Reformation hervorgegangen war. Wenige Tage nachher verließ er Genf mit einem Empfehlungsſchreiben von Calvin an den gelehrten Martin Bucer in Straßburg, der ihn mit offenem Herzen empfing, als treuen Gehülfen in Schrift

und Rede für das Werk der Wahrheit, zu welchem Juan ſich rüſtete.

Mit furchtloſem Vertrauen meldete Juan ſeinen Beitritt zur Reformation den Verwandten nach Spanien; es ergrimmten dieſe, wie er voraus geſehen, und beſonders ſein Bruder Alphonſo Diaz de Cuenza bot Alles auf, um ihn durch Verſagung der Hülfsmittel zur Rückkehr in's Vaterland und zur katholiſchen Kirche zu zwingen. Juan aber blieb unerſchüttert von den Verwünſchungen der Seinen, ungebeugt von der Dürftigkeit, die ihn nun umgab. Sein Freund Martin Bucer erleichterte ſein Schickſal, ſo ſehr er konnte, und Juan verlebte mehrere Monate in Straßburgs Mauern, ſtets beſchäftigt mit Arbeiten zur Ehre der Wahrheit und der Erweckung der Menſchen. Zu Ende des Jahres 1542 war es, als Bucer ihn nach Deutſchland ſendete, daß er dort die Aufſicht führe über den Druck einiger Werke und demnächſt Weiteres beſpreche mit mehreren Mitkämpfern gegen das Reich der Finſterniß. — Als er ſich eben anſchickte zur Reiſe, trat zu ihm Claudius Senarclaeus, aus Savoyen gebürtig und ſehr arm; er bat, daß ihn Juan in der neuen Lehre unterrichten möge, und wollte, daß dies geſchehen könne, ihm gern als Diener folgen. Juan nahm ihn auf zum Begleiter, vollbrachte in Deutſch-

land ſeine Aufträge und that auch ſonſt noch, was der Geiſt ihm hieß.

Es hatte aber eines vornehmen und gelehrten Spaniers Abfall von der Autorität des Papſtes ein gewaltig Aufſehen geweckt; denn es war in ſolcher Zeit, wo der kühne Luther die Säulen einer, ſchon von Gregor dem Siebenten begründeten freventlichen Hierarchie tief untergrub, ein gänzlicher Umſturz des römiſchen Stuhls zu fürchten, wenn der Strahl des Lichts auch des Südens Länder traf. Selbſt Karl der Fünfte, auf deſſen Größe kein Schatten fallen würde, hätt' er nicht niederen Pfaffen ſeine Macht geliehen, ward aufmerkſam: und da eben wieder der Deutſchen Religions-Unruhen ihn in ſeinen Plänen zu ſtören drohten, ſo wünſchte er, daß Männer von gelehrtem Anſehen Beiſpiele geben möchten zur Unterdrückung deſſen, was er Ketzerei nannte, und ſo empfing des Kaiſers Miniſter, der Cardinal von Granvella, Befehl, den edlen Spanier um jeden Preis zur Abſchwörung der neuen Lehre zu vermögen. Ein Dominikaner-Mönch, Pietro Malvenda, ward abgeſchickt, und dieſer vermeinte in ſeiner Schlauheit bald den richtigen Weg gefunden zu haben, indem er auf der Burg Steinach am Neckar einſprach. Juan ward hier oft geſehen; — denn ach! die Liebe hatte auch ihn gefunden. Mathilde von Steinach war das holde

Bild, das in seinem Herzen lebte, es wieder hinein zu reißen drohte in die Wünsche der Welt; und um so tiefer wurde er von der Liebe betroffen, da er ihr bis zum Mannesalter entgangen, alle Gluth der sehnenden Gefühle in ihm zusammen gedrängt war.

Nur ihr gegenüber hatte er noch nicht den Muth gehabt, ein Bekenntniß seines neuen Glaubens zu thun, und hieher trat nun jener Mönch, den Schleier seines Geheimnisses zu zerreißen. Ob auch Juan schweigen konnte, leugnen mocht' er nicht, und hätt' er damit das Höchste im Leben gewonnen, sie, der er bisher noch nicht den kleinsten Beweis von Zuneigung abgelauscht — auf die er auch in seiner Armuth nicht zu hoffen wagte. Der Vater Mathildens, Ruprecht von Steinach, dessen Stamm dem Sachsenlande entsprossen, und dem das frische Leben, das dort hervor ging, nicht zuwider war, weil er der Sachsen Hochherzigkeit als ihm noch mit angeboren betrachtete, vernahm die Kunde ohne sonderliche Verwunderung; doch ahnt' er auch nicht, was den Spanier, dessen Gelehrsamkeit ihn erfreute, so gern nach seiner Burg führte. Malvenda wandte sich nun an Juan, ließ ihm fühlen, daß er seine Liebe zu Mathilde kenne, verhieß ihm, im Namen Granvella's, reiche Güter in Deutschland, ja selbst des Kaisers Fürwort bei dem Pfalzgrafen am Rhein — dessen Vasall der Ritter

von Steinach war — damit er die Vermählung Juans mit Mathilde begünſtige. Auch dieſe ſchien ihm jetzt mehr zugethan als ſonſt, und nicht ohne fürchterlichen Kampf wies Juan die Anträge Malvenda's von ſich. Aber ſchwerere Prüfung mußt' ihn befallen; Mathilde ſelbſt bot die Innigkeit ihrer Rede, alle Macht ihrer Reize auf, ihren Glauben wieder zu dem des Heißliebenden zu machen; ohnmächtig ſchien alle Kraft der Seele vor ſolchen Waffen, die noch gefährlicher wurden in der Traulichkeit, welche die Jahreszeit — es war der Winter im Anfange des Jahres 1544 — herbei führte. — In Düſterheit und Sehnſucht ſah nun Juan viele Tage thatlos vergehen, als plötzlich ein Brief Bucer's ihn zu einem wichtigen Geſchäft nach Stuttgart berief. Die Pflicht entſchied — er riß ſich los, und muthiger ſprach er von den Tagen des Wiederſehens mit Mathilden: denn ſichtlich vernahm ſie den Scheidegruß in Beſtürzung, was ihm freudige Hoffnungen aufregte, indem er vermeinte, die eigene Begeiſterung der Geliebten mitzutheilen, wenn er nach ſeiner Rückkehr den Verſucher Pietro Malvenda nicht mehr fände.

Aber dennoch mit ſchwerem Herzen wanderte er endlich von dannen. Die wichtigen Geſchäfte feſſelten ſeine ganze Anſtrengung; ſie ließen ihm nur wenige Augenblicke, um ſeiner zu gedenken, und bald forderte

ſogar der Geiſt der Wiſſenſchaft ihn auf zu kühner Erhebung. Merkwürdige Erſcheinungen in der Natur hatten in jener Zeit ſchon oft den Pfaffen dazu dienen müſſen, die Verdammniß über die Häupter derer auszuſprechen, die, nach ihrer Sage, Gott ſelbſt durch Ketzereien zu Zeichen der Welt-Zerſtörung aufforderten, und lauter wurden ringsum die betrügeriſchen Stimmen, da Luther's körperliches Leiden ein baldiges Hinſcheiden dieſes, gegen das Zwerg-Geſindel mönchiſcher Schlauheit ſiegbaften Rieſen ahnen ließ. Jetzt geſchah es, daß im Jahre 1533 viermal die Sonne ſich verfinſtert zeigte und jedes ſchwache Gemüth von Schrecken ergriffen wurde. Zahlloſe Reden und Schriften donnerten in das Volk hinein, die Ketzer zu vertreiben, welche den Grimm des Himmels ſo verwirkten, daß er Unſchuldige mit den Schuldigen unter den Trümmern der Erde begraben werde. Da erhob ſich Juan Diaz zum Beweiſe des Satzes: es könne nicht Zeichen göttlicher Strafe ſeyn, was gegründet wurde in dem Bau des Alls vom Anfang her; und mit der klarſten Berechnung der Geſtirne verband er die edelſte Gewalt der Rede, alſo, daß ſein Werk bald in den Händen von Tauſenden war, die Furcht in Allen raſch vorüber ging und die Hierarchie ihren böſen Samen ſchon im Keim erſtickt ſah. Und wie ein recht Gemüth ſich ſtärkt im Kampf

für das Rechte, so auch Juan; er hatte sich fester hingestellt, und in der achtungswerthen That fühlte er sich selbst in seiner Liebe zu Mathilde sicherer, da sein Ruf auch zu ihr gedrungen seyn mußte, die er nun bald wieder sehen sollte.

Im Frühlinge des Jahres 1545 reisete er von Stuttgart ab und kam einst spät Abends, nur von Senarclaeus begleitet, in Neckargemünd an, von wo der Blick Steinach zu erreichen vermag. Juan's Sehnsucht, den Ort, wo Mathilde wohnte, noch heut zu betreten, war immer höher gestiegen, je mehr die sich rasch verbreitenden Abendschatten seinem Wunsche wehrten. Obwohl Senarclaeus ihm dringend, ja zuletzt fast ängstlich zusprach, bittend: er möge den nächsten Morgen erwarten — Juan konnte seinem Gefühl nicht gebieten. Bald waren Schiffer gedungen, mit ihnen den Neckar hinauf zu fahren, dessen Strom und Ufer in schauerlich-schöner Mondbeleuchtung diesmal die Herzen nicht mit der Bewunderung Gottes erfüllte: denn Juan hatte sein Auge nur auf Steinach gewendet, sein Begleiter aber sah starr in den Strom, schrak auch sichtlich zusammen, als Jener rief: „Wir sind zur Stelle!" — und die Schiffer anlegten.

Mit freudiger Hast sprang Juan aus dem Schiffe und eilte den Bergpfad hinauf, daß ihm Senarclaeus kaum zu folgen vermochte; doch, auf der Höhe ange-

kommen, gewahrte er nirgends in der Burg einen Lichtschein und stand lange verzagt, weil er sich zu klopfen nicht getraute in der Stille der nahen Mitternacht. Beglückt schon, heute noch die Mauern begrüßt zu haben, die sein Alles umschlossen, hinauf schauen zu können nach ihrem Gemach, stand Juan in frohen Gedanken völlig verloren, da riß sein Begleiter ihn aus dem Gewebe seiner Phantasie mit dem Geschrei: „Herr! schützt Euer Leben!“ — und als er sich wendete, zog er sogleich den Degen, indem Senarclaeus schon dreien Männern fechtend gegenüber stand. — Einer von ihnen rief Jenem zu: „Verräther!“ und entfloh; Juan glaubte Malvenda's Stimme zu erkennen — und schwang schleunig das Schwert gegen einen ihm völlig unbekannten Ritter, der mit wüthenden Reden ihn zum Kampf aufrief, im ersten Ansturm ihn auch schon in der Schulter verwundet hatte. Senarclaeus, dem Andern sich zur Wehre stellend, schrie unablässig nach Hülfe, und von unten ließen sich die Antworten der Schiffer, bald auch ihre eilenden Tritte auf dem Fußpfade vernehmen, daß, ob des Lärmens, selbst der Thurmwächter mit vielfach wiederklingendem Schmettern des Hornes die Bewohner der Burg aufschreckte. Da erst wich der Ritter; Juan, dem auch vom Haupte herab Blut floß, wollte nun nach der Burg geleitet seyn, aber Senar-

claeus warf ſich auf die Kniee mit den Worten: „Um Gotteswillen, Herr! flieht mit mir nach dem Schiffe!“— und als Juan eben noch ſprechen wollte, ſank er erſchöpft nieder. — Mit Hülfe der herbeigekommenen Schiffer trug ihn Senarclaeus hinab, hieß den Kahn eilend abſtoßen und am jenſeitigen Ufer ſie zu Menſchen bringen; ſo kamen ſie in das Dorf Kleingemünd, ein Landmann gab ihnen Obdach und half die Wunden Juan's verbinden, der im todtähnlichen Schlaf auf ein ärmliches Lager hinſank.

Wohl mehrere Tage hatte Juan mit dem Tode gerungen, da öffnete er endlich die Augen und gewahrte, wie Senarclaeus mit niedergeſchlagenen Blicken und verſchränkten Armen umher ſchritt in dem kleinen Raum der ärmlichen Hütte, worin er ſich wieder fand. „Was iſt Dir, Senarclaeus?“ ſprach er mit matter Stimme.

Schnell verklärt in ſeinen Zügen ſank dieſer an ſeinem Lager nieder, und oft gehemmt von Thränen, ſprach er: „Dem Allmächtigen ſey Dank, daß Ihr lebt! — mein Geſtändniß hören, meine Reue ſehen könnt!“

Fragend ſah Juan auf ihn hin.

„Ja! ich war es, der Euch in dieſes Unglück ſtürzte; ſey es auch nur durch Verheimlichung! Wißt denn, Malvenda hatte ſich, während wir in Stuttgart

lebten, durch mehrere Boten an mich gewendet und mir melden laſſen: Euer Glück well' es, daß Ihr nach Spanien zurück kehrtet, und Ihr würdet endlich den als Euren Retter preiſen, der Euch mit Güte oder Gewalt dahin brächte. Von mir wußte er, daß ich nothleidende Eltern und Geſchwiſter in Savoyen verließ und bot mir für dieſe ein Beſitzthum in meiner Heimath, wenn ich jenes Vorhaben in Euch zu wecken vermöchte, oder die Gewalt, welche es vollbringen ſollte, unterſtützte. — O Herr, ſchaut nicht ſo ernſt auf mich her! — ich ſchwankte wohl — Gott und Ihr mögt' es meiner Sorge für die armen Eltern vergeben! — aber ich verſprach es nicht, obwohl Malvenda mich zuletzt ſelbſt heftig bedrohen ließ. — Nun reiſ'tet Ihr zurück; ich ſtritt mit mir: ob ich über das Vorgefallene ſchweigen oder es Euch vertrauen ſollte — da gedachtet Ihr noch ſpät Abends nach Steinach — entſinnt Euch! ich bat Euch dringend, es zu verſchieben — ach! ich wußte, daß Malvenda dort war und fürchtete das Zuſammentreffen, wurde aber davon getröſtet: daß Mitternacht nahe ſey, auf der Burg gewiß Alles ſchon im Schlummer läge. Wie wir nun oben ſtanden, Ihr in tiefes Sinnen verſenket, hört' ich plötzlich ſprechen, erkannte Malvenda's Stimme, ſah ihn nach dem Bergpfad ſchreiten, im Geſpräch mit einem, mir unbekannten Ritter,

dem ſein Knappe folgte. Ich ſprach Euch mehrmals leiſe an, vergebens! — da waren Jene ſo nah, daß Malvenda Euch bei des Mondes Licht erkannte, indem er vernehmlich flüſterte: „Er iſt es; es iſt Juan Diaz, der dort hinauf ſchaut zu Mathildens Gemach!“ Mit zorniger Geberde riß jetzt der Ritter ſein Schwert aus der Scheide und ſtürzte auf uns daher; in Verzweiflung rief ich Euch zum Kampf, und jetzt nur an Euch gedenkend und an die Wohlthaten, die Ihr mir erzeigtet, trat ich zu Eurer Vertheidigung vor Euch hin. Malvenda hatte auch mich ſchon erkannt; ſein Ausruf: „Verräther!“ womit er entfloh, bewies es, und ſagte mir zugleich: daß er mich ſchon ganz zu ſeiner Partei gezählt hatte. — Das Uebrige wißt Ihr, bis zu dem Augenblick, da Ihr ohnmächtig in das Schiff und hieher gebracht wurdet, wo ich nun mehrere Tage Euch pflegte, ohne Hoffnung, Euch retten zu können. Geſegnet ſey der Ewige, der Euch in's Leben zurück führte! — mir aber vergebt, o Herr! und mehret nicht den Abſcheu, den ich ſelbſt in meiner Schuld wider mich hege!“

Mit Thränen benetzte der heftig Erſchütterte die Hand, die Juan ihm reichte, indem er ihn tröſtete mit den Worten: „Fürchte nicht, daß ich Dir zürne! Ich kenne Dich; Du meinſt es gut mit mir:

hüte Dich aber, daß Du nicht falleſt in die Schlingen der Böſen!"

Alsbald aber, da er eben leiſe fragte: „Wie lebt Mathilde?" — fiel er wieder in Mattigkeit zurück, und in der angeſtrengten Sorgſamkeit, womit Senarclacus ſeiner wartete, erkannte Juan täglich mehr die innere Zerknirſchung des armen Jünglings, ſo daß er offener als je ſich ihm anvertraute. Und wie er nun allmählig genas, waren Beide darüber einig, daß für jetzt in der Nähe der Burg Steinach keine Sicherheit ſey; Juan aber zögerte fort und fort, ehe er ſich entſchloß, und gab nur unwillig nach, daß Senarclacus die Anſtalten zur Reiſe in Neckargemünd und Heidelberg beſorge, als der Landmann, bei dem ſie wohnten, berichtete: es umſchlichen ſeit einigen Tagen fremde Männer ſeine Hütte. Aber nicht ohne Kunde von Mathilden wollt' er fort, und da es ihm noch an Kräften fehlte, um ſelbſt hinüber zu eilen, ſo empfahl er dem Gefährten, zu forſchen: was ſich auf Steinach begäbe. Senarclacus aber verſtellte ſich in Antlitz und Kleidung, und ging aus, ſeine Aufträge zu vollführen, zu denen er zween Tage nöthig hatte.

Einſam, ſich mit einem Stabe forthelfend, wankte nun Juan durch den kleinen Garten an der Bauerhütte zu dem Neckar, deſſen Strom jenen begrenzte. Oft ſchaut' er nach Steinach und ſein Herz war tief

betrübt, daß er abermals von der Geliebten, vielleicht auf lange Zeit, fern seyn solle, ohne sie gesehen und sich Tröstung aus dem Klange ihrer Stimme entnommen zu haben. Auf eine Bank, von wo der Hinblick ihm offen blieb, setzt' er sich endlich und träumte sich über alle Wirklichkeit hinweg, daß des Abends Dämmerung herein brach und er dies nicht eher gewahrte, als bis die Fernen bereits in Schatten zusammen flossen. Da bemerkt' er, schon nahe vor sich, einen leichten Kahn, und auf ihm eine im Mantel verhüllte Gestalt, die den Schiffer anwies: bei einer Stelle des Gartens, in Juan's Nähe, zu landen. Noch ehe der Kahn heran war, sprang die Gestalt an's Ufer und mit leichten, hastigen Schritten wollte sie nach der Hütte zu; — sie mußt' an Juan vorüber und stand plötzlich vor ihm still. „Ja, Ihr seyd es, Unglücklicher!" — so hört' er sprechen: es war ihre Stimme und Weh und Entzücken wollt' ihm die Brust zersprengen. „Mathilde!" rief er bebend.

„Um Gottes Willen, schweigt!" entgegnete sie, „und gebt mir Antwort auf die einzige Frage: Vertraut Ihr mir und wollt mir folgen?"

„Mit Euch in den Tod!" hauchte Juan; „doch sagt —?"

„Senarclacus war bei mir, sprach mich allein, entdeckte mir Euern Aufenthalt — gesegnet sey der

Augenblick, da ich ihn erfuhr! denn wißt: auch Malvenda kennt ihn seit gestern und eine Botschaft des Kaisers an unsern Pfalzgrafen bracht' es dahin, daß Ihr in heutiger Nacht mit Bewaffneten von hier entführt werden sollt. Kommt jetzt ohne Säumniß mit mir! Senarclacus weiß schon Alles — o zweifelt nicht, daß ich Euch retten will!"

Thränen hemmten ihre Rede; fast bewußtlos fühlte Juan seine Hand von der ihrigen ergriffen und folgte stumm, wohin sie ihn zog. Erst als der Kahn wieder den Strom hinab gleitete, wollt' er fragen — doch Mathilde gab ihm ein Zeichen, daß er sich nicht dem Schiffer verrathen möge.

An unbewohnter Gegend stand der Kahn und Mathilde leitete Juan auf einem schmalen, in der Dunkelheit kaum noch sichtbaren Waldweg, der bergan führte; nicht minder ermatteten ihre Kräfte als die seinigen, aber lautlos und ohne Rast ging es vorwärts und aus Mathildens beklemmener Brust drangen nur wiederholt die Worte: „Laßt Euch ja nicht grauen vor der Stätte, wohin ich Euch verberge!"

Da erklangen, vielfach an den Bergen anschlagend, Hifthörner und der dumpfe Ruf: „Mathilde!" tönte dazwischen.

„O ewige Macht, hilf uns!" jammerte sie und hörbar schlug ihr Herz; „man hat mich vermißt, man

ſucht mich!" — Und eben ſtanden ſie vor einem Pförtlein zum Burggarten und mit der Gewalt der Angſt riß Mathilde Juan mit ſich, der zu ſinken drohte. Endlich hatten ſie die Kapelle erreicht, die auf einer einzelnen Höhe, nahe der Burg Steinach, erbaut war, und raſch ſchritten ſie hinein. Ohne Zögern, heftig zitternd, öffnete Mathilde eine Thür und hieß Juan Stufen hinab ſteigen. „O glaubt an meine Redlichkeit und hofft auf meine baldige Wiederkehr!"

Dies vernahm er noch von Mathilden, da ſchlug ſie die Thür hinter ihm zu und verſchloß ſie. Und wie nun Juan um ſich ſchaute, ſah er rings nur Zeichen des Todes — er war in der Familien-Gruft der Steinach's. Auf einem der Geſtelle ſtand Speiſ' und Wein, eine brennende Lampe und ein Oelkrug daneben; — Schauer durchzuckten Juan's Glieder, und ſeiner Sinne nicht mehr mächtig lehnte er ſich an einen der Särge.

Als Juan ſeiner wieder bewußt ward, fand er ſich am Boden hingeſunken, erwacht von langem Schlummer: denn einzelne Sonnenſtrahlen drangen jetzt herab durch die kleinen Oeffnungen, welche den Luftzug in dieſem tiefen Gewölbe erhalten ſollten; von dem Tageslichte ſah er ſich hier nur ſchwach umdämmert und eilend mußte er ſorgen, daß die Lampe nicht ganz verlöſche. — Nun erſt befiel ihn ein Nach-

denken über das Geſchehene, und obwohl er ſich an furchtbarem Orte gefangen ſah, dennoch kam kein Zweifel in ihm auf vor dem Bilde Mathildens; daß er an ihrer Hand hieher gekommen war, ſchien ihm Bürgſchaft genug, um zu glauben, es ſey heilſam. So, geſtärkt durch einen Trunk Weins, ſtieg er die Stufen wieder hinan, ſetzte ſich an die feſt verwahrte Thür und harrte ſtill ſeines Engels.

Viele Stunden waren ihm in wachen Träumen vergangen, da erdröhnten Tritte von Bewaffneten und Stimmen wurden laut. Juan hielt den Athem an in Erwartung; er vernahm Worte und Malvenda war es, der ſprach: „Auch hier finden wir ihn nicht; vergebens iſt alle Mühe!“

„Ich hab' Euch die ganze Burg durchſuchen laſſen!“ ſprach ein Anderer, mit dem Ausdruck völliger Sicherheit — es war Mathildens Vater — „ob ich auch beſtimmt wußte, daß Juan bei mir nicht verborgen ſeyn kann. Seyd Ihr nicht betrogen von dem Schiffer, der Euch ſagte, er habe geſtern Abend einen Fremden von Kleingemünd abholen und hier an's Ufer bringen müſſen, und iſt jener Fremde der, den Ihr erſpähen wollt, ſo hat er einen andern Zufluchtsort gefunden. Daß Juan ihn bei mir ſuchen würde, iſt auch nimmer zu vermuthen, nachdem er, wie Ihr ſelbſt wißt, in jener Nacht an

den Mauern meiner Burg so unwürdig überfallen worden. Forscht jedoch weiter, und wenn Ihr's wünscht, will ich Euch sogar die Schlüssel holen lassen zu der Gruft meiner Ahnen, die Ihr fest verschlossen finden werdet!"

Juan fühlte bei dieser Rede das Blut in den Adern stocken — da rüttelte es an dem Schloß der Thür — dann aber entgegnete Malvenda: „Zürnt nicht, Herr Ritter! und glaubt es, daß kein Argwohn gegen Euch mich treibt. Aber zu strenge sind die Befehle, die mir der Cardinal Granvella von Neuem gesendet, als daß ich nicht Alles aufbieten sollte, meinem Auftrage zu genügen und diesen verwegenen Ketzer dem Gericht zu überliefern. In der Gruft kann er nicht seyn; wie sollt' er durch die verschlossene Thür dringen! — laßt uns daher eilend die Gegend nach dem Walde hin durchstreifen, vielleicht, daß er dort sich noch verborgen hält." — Und es hallten die Tritte bald nur noch von fern, verschollen endlich ganz und inbrünstiges Gebet rang sich aus Juan's schwer gepreßter Brust zu Gott hinauf.

Wieder hereingebrochen war die Nacht; kein Schlaf schloß ihm die brennenden Augen und düsterer wurden die Gebilde seiner Seele, da der Eulen und Geyer klägliches Geschrei, von draußen herein, ihn nicht zum Vergessen kommen ließ. Schon mußte der Morgen

nahe seyn, da rauscht' es an der Thür; sie ward aufgeschlossen, Mathilde flüsterte seinen Namen und trat herab.

„Bis Mitternacht haben die Späher die Gegend durchforscht und mich geängstigt", so begann sie, „nun erst sind sie fort. Am Morgen dieses Tages will Senarclaeus mit Reisen Eurer am Ausgange des Waldes harren, und so ist es Zeit, daß Ihr von hinnen eilt. Bevor ich Euch aber entlasse, müßt Ihr mich hören, damit Ihr mich nicht verkennt und gerechtfertigt werde, was Euch gegen die Sitte scheinen dürfte." — Sie hielt inne, und als Juan eben sprechen wollte, fiel sie, mit niedergeschlagenem Blick, ein: „Ihr mögt Euch vielleicht bald von mir getäuscht wähnen, würdet mir jedoch Unrecht thun; denn wißt, längst schon ist mein Herz nicht mehr frei: ich gab es dem Ritter von Breuberg, der aber zu arm ist, um meinem Vater ein erwünschter Eidam zu seyn; denn auch wir sind nicht reich. — Nun kam Malvenda auf unsere Burg, und wie er Jedem Versprechungen machte, der dazu helfen sollte, daß Ihr Eurem neuen Glauben wieder abtrünnig würdet, so gelobte er auch, das Geheimniß meiner Liebe errathend, dem Ritter von Breuberg die Schirmvogtei über mehrere Klöster zu verschaffen, und dadurch die Mittel, dessen verfallene Burg im Odenwalde wieder herzustellen, seine verschuldeten

Güter einzulösen. Nicht dieser verheißene irdische Gewinn allein, der mich endlich mein Glück erhoffen ließ, auch das Heil Eurer Seele mahnte mich, Euch traulicher zu begegnen; doch bald — und nur zu sichtlich, als Ihr nach Stuttgart reisen mußtet — gewahrt' ich: daß Ihr mich mißverstanden. Mein Erschrecken war groß, da zumal Ihr mit der festen Weigerung, Euch unserer Kirche wieder anzuschließen, auch meine Aussicht trübtet. Wenige Monden nach Eurem Scheiden kam Breuberg nach Steinach, und Malvenda wußte die Flammen der Eifersucht in ihm gegen Euch zu erregen, daß er willig ward, sich der Gewalt zu leihen, die Euch zu verderben strebt. So konnte jener Anfall auf Euch geschehen, den mir Breuberg, voll Reue über diese unritterliche That, nachher selbst, zugleich mit den Plänen Malvenda's, entdeckte. Ihr hattet um mich gelitten; es schien mir Pflicht, Euch zu zeigen, daß Ihr mich nicht unter Eure Feinde stellen dürft, als Senarclaeus zu mir kam und ich Euch hülflos sehen mußte. So vollbracht' ich, da ich keinem Menschen mich zu vertrauen wagte, was Ihr wißt und was Ihr selbst entschuldigen mögt mit der Achtung, die ich für Euch und den Frieden meines Gewissens hege. Und nun kommt — die Sonne dieses Tages darf Euch hier nicht mehr finden!"

In glühendem Schmerz hatte Juan dies Alles vernommen, und lautlos folgt' er endlich, betäubt und bebend, Mathilden; — ach! er wäre lieber gleich in der Behauſung der Todten geblieben: denn nichts auf der ganzen Erde gab es nun, was ihn zum Leben rief.

Stumm gingen Beide neben einander durch verwachſene Pfade, ſchon vom erſten Morgenlicht umdämmert, und am Saume des Waldes trafen ſie Senarclacus mit zween, reiſefertig aufgezäumten Roſſen, die früher in Neckargemünd zurück geblieben waren. Und wie nun im Weh des ewigen Scheidens Juan's Gefühl wieder erwachte, da ſank er vor Mathilden auf die Kniee, ſeine brennende Stirn auf ihre Hand legend; ſie aber ſprach erſchüttert: „Lebt wohl und gedenket Eurer Sicherheit hier und — dort!" — So, mit einem Blick zum Himmel, eilte ſie ihres Weges zurück; Juan aber hörte lange nicht auf Senarclacus Mahnungen, bis dieſer ihn gewaltſam in den Sattel hob; dann ſpornte er das Roß und jagte mit krampfhafter Anſtrengung ſtürmend von dannen, nicht fragend, wohin der Weg führe. — Erſt als er am Abend, ſchon weit ab von Steinach, in der Herberge ankam und, ſtarr vor ſich hinblickend, in völliger Ermattung da ſaß, konnte ihm Senarclacus Briefe geben, die er in Heidelberg empfangen hatte. Martin Bucer mel-

dete ihm: daß Alphonso Diaz de Cuenza, Juan's Bruder, durch Straßburg gereist sey und ihn in Deutschland aufsuchen wolle. Zugleich beschied er ihn durch Geschäfte nach Neuburg, in der Nähe von Regensburg, und Juan richtete nun seinen Weg dorthin, unbekümmert, ob dieses Wiedersehen seines Bruders ihm Freud' oder Qual bringe.

Es war aber Alphonso von dem Papste schlau zum Mitgliede der **Ruota romana**, dem höchsten geistlichen Gericht, zusammengesetzt aus zwölf, allen christlichen Völkern entwählten Männern, ernannt, und dadurch nach Rom berufen. Der ehrgeizige Spanier kam, und es ließ sich nun erwarten: er werde Alles daran wagen, seinen Bruder der katholischen Kirche unschädlich zu machen. In der Hauptstadt des Pfaffenthums mehr noch angereizt, war Alphonso auch rasch entschlossen, sein persönliches Ansehen zu gebrauchen, um Juan wieder in die Banden des Papismus zu legen; und nachdem er früher den Cardinal Granvella gesprochen, in Crespy, wo damals Karl der Fünfte sich aufhielt im Friedensgeschäft mit Frankreich, bereitete er sich zur Reise nach Deutschland, wurde aber mehrere Monden noch behindert von Geschäften, so daß er erst im Winter des Jahres 1545 den Weg dorthin nahm.

Während dieſer Zeit lebte Juan in Neuburg. Der Gram ſeines Herzens hatte ihn mehr noch losgetrennt von der Erde, und mit höherer Begeiſterung, die keine Gefahr mehr fürchtet, auf den Tod hofft, ging er vorwärts in ſeinem Beruf. Er wohnte in jener Stadt bei dem proteſtantiſchen Pfarrer Rigenus, unter einem fremden Namen; trat aber bald mit dem eigenen wieder hervor, da die Obrigkeit ihm Schutz zuſagte wider die Tücke ſeiner Feinde. Kühner drängte er nun ſeinen Glauben, geläutert im Schmerze, erhoben von der Sehnſucht, in ſeine Schriften, die er, neben denen ſeines Freundes Bucer, zum Druck beſorgte. In einem Werke, benannt: „Der Seele Muth wider Anfechtung“ warf er die freie, im Gefühl überſtrömende Bruſt allen falſchen Lehren entgegen, und mit geiſtigen Waffen ſchlug er an die Kronen, die hierarchiſche Politik dem Aberglauben und dem Truge verliehen. Der Grimm und die Schmähungen, aus der Finſterniß daher ziehend, blieben ohnmächtig gegen ihn, der allen irdiſchen Hoffnungen abgeſchieden war; der Dank erleuchteter Männer ward noch allein ſeines Lebens Nahrung, und er hatte die Freude, daß ſelbſt Luther ihm alſo ſchrieb:

„Gemeinſam Heil in Chriſto!

Ja wohl, gemeinſam Heil! denn es iſt mir fürkommen, als wolle ſich Vieles wieder zerſpalten, was

ich zuſammen hielt mein Lebelang; und iſt meine Hoffnung, daß ich noch Männer zurücke weiß, die Gott reich gemacht in alter Lehr und aller Erkenntniß. Denn ſolches hab' ich funden in Eurer Schrift: der Seele Muth wider Anfechtung, und ſchreib' ich Euch aus freier Luſt, obwohl am Körper gelähmt und mürbe, dazu auch einäugig. Und muß ich gar viel ſchreiben und reden, da ich doch gern Ruh' hätte und das Ziel meiner Tage vor mir ſehe; dennoch mag ich nicht ermüden, denen zu begegnen, die da hertreten, als hätten ſie noch nichts empfahen von dem Segen vieler Jahre, und ſoll ich ja zumal jetzt mich mühen mit Petri Worten: „Ich will aber Fleiß thun, daß ihr allenthalben habt nach meinem Abſchiede, ſolches im Gedächtniß zu halten.“ Um wie viel mehr aber muß ich bereit ſeyn denen, die mir die Laſt abnehmen, da ich des Weſens ſatt bin und doch gern der Freunde hinter mir laſſe, die der Argliſt wehren, auf daß ſie Gottes Gnade nicht abermals zerſtiebe, wenn nun mein Körper hinfällt im Staube. Darum grüß' ich Euch und Viele, bitte auch, daß Ihr Euch einet auf dem feſten Wege, und Euch nicht hindern laßt, vielmehr friſch darein greift. So Ihr auch zuweilen in Noth und Sorge gerathet, ſeyd ſtark im Kampfe. Denn das Reich der Wahrheit iſt voll Kranker, und die da heilen ſollten, vermögen oft nur Gift zu rei-

chen; dieweil viel Tod ſeyn muß auf Erden, ſo ſie behalten wollen ihre läſterliche Zier und ihre Freude in Völlerei und Wolluſt. Und das ſind nicht Menſchen, ſondern Krokodillen-Gezücht; weinen falſche Thränen und ſprühen Feuer, geht ein Geſunder ſeinen eigenen Weg: rufen aber in alle Welt Hoſianna, ſo Einer Hundert führet, die da leichtlich folgen, daß ſie im Moor des Laſters und Wahns verſinken. Bei aller Zeit iſt aber kein größer Elend, als mit denen, die's immer gut meinen und ſich von allerlei Leuten regieren laſſen; denn ſie jubiliren heut Dieſem, morgen Jenem, daß die Straßen immer voll Lärmens ſind ob des Hinüber- und Heräberlaufens, und wiſſen ſie nicht, wo ſie Gott finden, bis er ſie heimſucht in ihrer Schwachheit. Solche meiſt haben mir böſes Blut gemacht, daß ich oft mit harten Worten dazwiſchen ſtieß; denn ich mocht' lieber mit eitel Teufeln zu thun haben immerdar, als mit denen, die in Höll' und Himmel hinein ſchwänzeln und nirgends feſt ſitzen bleiben.

Und ob ich auch viel ſtürmiſch daher geſchritten, weil ich die Bahn nur erſt zurichten durfte, mag ich dennoch ſagen mit dem Apoſtel: „Ihr wiſſet, wie ihr uns ſollt nachfolgen, denn wir ſind nicht unordig unter euch geweſen; haben auch nicht umſonſt das Brod genommen von Jemand, ſondern mit Arbeit und

Mühe, Tag und Nacht haben wir gewirket, daß wir nicht Jemand beschwerlich wären." — Er aber, der Herr des Friedens, gebe Euch Frieden allenthalben und auf allerlei Weise. Der Herr sey mit Euch Allen! — Wittenberg, am Tage der Geburt des Herrn, im Jahre 1545.

Dr. M. Luther."

Gestärkt durch den wahren Mann Gottes und viele Freunde im Geist wendete Juan jeden, ihn quälenden Gedanken an Mathilde rasch in rechter That von sich ab; und so vernahm Alphonso manche, ihm widrige Mähr von seines Bruders stetem Kampf wider die Gewalt des Papstes, als er in Augsburg ankam, nach ihm forschend. Erneuerte Wuth spornte seine Ehrsucht immer mehr, und starr in seinen Entschlüssen erreichte er Neuburg. Nach sechszehnjähriger Trennung — denn seit Juan im siebenzehnten Jahre die hohe Schule zu Paris besuchte, blieben sie fern — fanden sich die Brüder in dem Hause eines protestantischen Pfarrers, und es ließen Anfangs die unwiderstehlichen Erinnerungen der Jugend keinem Groll Raum; sie sanken einander in die Arme und in den ersten Tagen wagte selbst Alphonso nicht, den Frieden zu brechen, den hier die Natur gestiftet. Juan aber war so innig bewegt in der Nähe des Bruders, des-

ſen Heimath nicht mehr die ſeinige werden konnte, daß Jener gar leichtes Spiel zu haben vermeinte.

An einem klaren Winter-Abende ſaßen die Brüder einſam in engem Gemach; da begann Alphonſo das Schickſal Juan's zu beklagen: daß er für immerdar geſchieden ſeyn wolle von der katholiſchen Chriſtenheit, hingeriſſen zu den Lehren einer Partei, die nur ihr Verderben finden könne in dem Streit wider die ehrwürdigen alten Satzungen der päpſtlichen Kirche. Er ſchilderte die Armuth, das verwaiſete Leben des Bruders, fern vom Vaterlande und den Verwandten, die in Sorge um ihn ſich abhärmten, mit aller Beredſamkeit, zu der ſein wohlbedachter Zweck ihn ermunterte. In Schauer und Erſchütterung hörte ihn Juan, mehr ergriffen von den wohlbekannten Tönen, als von der Gründe Haltbarkeit, und ſich gewaltſam faſſend, entgegnete er:

„Du irreſt, ſo Du meinen, ich kenne nicht die Größe der Opfer, die ich brachte; größer ſind ſie wohl, als Ihr zu ahnen vermögt! — aber dennoch halt' ich meinen Gewinn höher. Nicht begehr' ich, daß ein Anderer für wahr annehme, was mir alſo erſcheint; aber, bin ich bedrängt von der Ueberzeugung: Andere haben die Wahrheit gefunden, ſo wär' es Verrath an Gott und meiner Seele, wollt' ich mich ihnen nicht anſchließen. Der Mißbrauch der Macht will das Werk des

Erlöſers zertrümmern, und erfaſſen müſſen wir die Säulen ſeines echten Thrones, niederſchlagen die Irrthümer der Vergangenheit, wär' auch nicht die Gegenwart, nur die Zukunft unſer. Uns gilt des Heilands Lehre, wie ſie war, nicht wie ſie verhüllt ward durch eitel Pfaffenweſen. Darf mein Vaterland das Chriſtenthum nicht ſchauen in ſeiner Klarheit, nicht diejenigen dulden, die im Reiche des Ewigen ſchützen wollen vor Falſchheit, ſo trag' ich meine Verbannung, und vermag zu leiden um der Ehre des Geiſtes willen, deſſen Kraft mich ſchon damals aufrief zum Kampf, als ich in Paris auf die Bahn der Wiſſenſchaften trat, die Eure Römlinge dem Menſchengeſchlecht gern abgraben möchten. Doch ich habe auch des Troſtes genug: denn die Sonne, die hier aufging, wird dereinſt nicht minder leuchten in meinem Vaterlande; von meinem Gebein werden auch die Spanier dann die Schmach hinwegnehmen, mit der ſie mich jetzt belaſten, und das Elend, in welchem ich lebte, wird die Früchte reicher, mein Andenken ehrenwerther machen!"

„Laſſ' uns nicht ſtreiten über Verbotenes!" entgegnete Alphonſo; „aber bedenke, daß Du allein nichts vermagſt, daß auch Jener Häuflein, denen Du gleicheſt, nichts vermögen wird wider die Gewalt, die ſeit Jahrhunderten ihre Wurzeln ſchlug in alle Herzen. Be-

denk' auch, daß Du nicht allein ſiebeſt, daß Du der Ehre unſrer Familie Deine Talente ſchuldig biſt, mit denen Du der heiligen Mutterkirche unvergängliche Dienſte leiſten könnteſt. Sie ruft ſich jetzt Vertheidiger auf, da freventliche Neuerer, verwegen worden durch zu lange Nachſicht, an dem alten Bau rütteln. Hier haſt Du Schmach, Verfolgung und Elend; dort könnteſt Du glänzen, könnteſt leben im Ueberfluß; denn nichts zu verſagen wäre einem Manne von Deiner Gelehrſamkeit. Die Kirche iſt reich und eine gütige Mutter; ſie lohnt ihren Dienern mit vollen Händen und nicht entgehen würde Dir ſelbſt ein Erzbisthum, ſo Du nach ihm ſtrebteſt. Verſuch' es, tritt wieder herüber zu uns, und nichts ſoll Dir verloren ſeyn. Meine Gemeinſchaft mit dem oberſten Gerichtshofe und mein Anſehen verbürgen Dir Hoheit und Güter, ſobald Deine Reue den Papſt verſöhnt!"

Hochaufathmend ſah Juan empor zu den Sternen und ſprach in feierlicher Andacht: „O mein Gott, wie dank' ich Dir, daß Deine Tauſende von Welten dort oben mein Nichts mich fühlen laſſen. Vergieb es dem Bruder, wenn er mich in ſolcher Niedrigkeit ſieht, daß ich von Dir abfallen könnte um Silberlinge, und um vielen Menſchen zu gebieten, daß ſie Deinen reinen Himmel nicht ſehen!" — Und alſo wandte er ſich nun zu Alphonſe: „Aufgegeben hab' ich irdiſchen

Vortheil, und nicht von mir will ich geredet haben. Daß Ihr aber so viel zu bieten habt und immer noch mehr begehrt, möchte leicht Euer größtes Gebrechen seyn. Euch zu halten in Eurem Glanze, darum vermehrt Ihr die Sünden durch Indulgenzen und Ablaß, und eilend verkaufet Ihr der Hölle die Seelen, ehe sie sich erkühnen, Gott zu erkennen. Die ewige Liebe und Gerechtigkeit zu verkünden, bedarf es nicht kostbaren Schimmers, erworben auf so unwürdige Weise, und — bei jenen Sternen dort! — wäre die neue Kirche in gleicher Ausartung, ich würde mit donnernder Rede mich von ihr trennen; denn vor dem, was es hier gilt, werden Glanz und Güter zu ihrem wahren Stoff — zu Staub. Eine gütige Mutter muß freilich die seyn, die alle Verirrungen ihrer Kinder zu verantworten hat, weil sie nimmer Mündigkeit gestattet und auch dem Geiste nicht den freien Athemzug gönnt; ich aber kehre nicht zu ihr zurück und leicht kannst Du, theurer Bruder, Dein Ansehen edler gebrauchen, als daß Du mich damit gewinnen möchtest zu verächtlichem Thun; und eben weil ich dies hoffe, darum bin ich es Dir schuldig, sonder Hehl mit Dir zu reden, auf daß dereinst Dein Leben Dich nicht gereue!"

So sprach Juan und Alphonso schwieg, innerlich heftig ergrimmt. Wohl sah er ein, daß er hier nur

ſchwer ſein Ziel erreichen könne, aber, wie es auch ende, das Ungeheure ſelbſt ſchreckte ihn nicht; denn in ſeinem falſchen Ehrgeiz wähnt' er ſich geſchändet, müßt' er rückkehren nach Rom ſonder Erfolg, und die Liſt ſollte nun helfen gegen den, der es rüſtig weiter zu fördern gedachte, daß der Bau künſtlichen Flimmers zuſammen breche, der die allgemeine Wahrheit vor den Augen Aller verbergen ſollte.

Immer herrſchender aber wurden in Alphonſo Verdruß und Zorn, als eben in dieſen Tagen Claudius Senarclaeus zur proteſtantiſchen Kirche über trat und er an dem Zuſtrömen des Volkes zu dieſer Feierlichkeit gewahren mußte, wie man ringsum die neue Lehre mit jugendlicher Luſt empfange. Viele Geſpräche hatte er noch mit Juan, da aber keines ihn ſeinen Wünſchen näher brachte, gewann er es über ſich, nachgebend und endlich ſelbſt ſchwankend zu erſcheinen, ſo daß er den Bruder beſſen ließ, auch er könne der Reformation noch zugethan werden. Geleitet von der Reinheit ſeines Gemüths, dachte Juan an keinen Verrath und verhehlte den Freunden nicht, daß es ihm ſeines Bemühens erhabenſter Lohn ſeyn würde, mit ſeinem Bruder auf ſolche Weiſe wieder vereint zu ſeyn im Herzen und im Glauben. Näher aber kam Alphonſo in ſeinem Vorhaben, indem er Juan bereden wollte, mit ihm nach Italien zu reiſen. „Dort", ſagte

er, „iſt der Kampfplatz für Deine Begeiſterung! So viele der Glaubenshelden hat Deutſchland, daß es Dich nicht vermiſſen wird; wag' es denn, die erſte Fackel wiedergeborener Erleuchtung empor zu heben im Mittelpunkt der Hierarchie! — Furchtbar muß die Wirkung ſeyn, und Deiner harrt ein Ruhm, unvergänglicher als der Luther's und Calvin's, hätteſt Du gebeugt den römiſchen Clerus, zerſplittert die Einheit päpſtlicher Gewalt. Du, wunderbar hinweg gehoben über alles irdiſche Begehren, biſt ein würdig Rüſtzeug des Herrn und die rechte Zeit iſt jetzt für jenes Land; denn nicht an Empfänglichkeit fehlt es dort, nur am Geiſte, der voran geht und die Schranken nieder wirft, welche die reinere Sonne verbergen. Gefährlicher ſcheint das Unternehmen, als es iſt; denn auch die Erſten in den kirchlichen Aemtern würden nur an eigene Rettung, an Sicherung reicher Habe denken, nicht dem Triumph der Seele wehren können. Ja, fieleſt Du auch in ſolchem Kampfe, ehrenvoller wär' es, als hier zu erliegen in kleinen Händeln, und zeigen würdeſt Du doch, daß der innere Drang der Wahrheit, die Du errungen, Dich bereit macht, das Höchſte für ſie zu wagen und zu dulden!"

Leicht beredet fühlte ſich Juan von ſolcher Anſicht aus des Bruders Munde, und was die Erfahrung ihm zurief, verklang an der Ritterlichkeit des edlen

Spaniers, deſſen Empfinden aufflammte, wenn er nur dachte: es könne ein Zweifel entſtehen darüber, daß er ſein Leben gern hingäbe, ſo es mit Nutzen für das Reich Gottes geſchähe. Zuſagen wollt' er ſchon die Reiſe, da fiel ihm ein, daß ſeine Freunde ein Recht hätten, Berathung mit ihnen zu fordern, und Alphonſo mußte ſich dies widerwillig gefallen laſſen. Ein Antwortſchreiben Martin Bucer's aber gab Juan zu betrachten: ob er denn gewiß ſey, daß ihm auf Italiens Boden auch nur eine Stunde die Freiheit bleibe; ob nicht ein Bruder, der zu einer ſolchen That auffordere, neben den Marter-Werkzeugen der Inquiſition, es auch ſich als Heldenthum hinſtellen könne, für den Vortheil ſeines Glaubens und ſeiner Familien-Ehre einen gehaßten Bruder der Inquiſition zu überliefern? — Ehe noch dieſes Schreiben ankam, waren die Brüder auch zu oft beiſammen, als daß Alphonſo nicht in Leidenſchaft zuweilen vergeſſen hätte, die Maske ſich feſt zu halten, und ſo ward aus dem Zögern ein entſchieden Weigern, und die Freunde Juan's empfingen deſſen Wort, daß er nicht gen Italien wolle.

Alphonſo, in der Furcht, durchſchaut zu ſeyn, verbarg liſtig ſeine Wuth in wehmüthigen Klagen: daß Andere mehr gälten bei dem Bruder als er, und ſchied von dannen mit Traurigkeit und den Zeichen inniger Zuneigung. Denn nicht allein übergab er eine Summe

Geldes, ſondern überwies auch zwei Tauſend Goldkronen, niedergelegt im Handelshauſe derer von Fugger in Augsburg, an Juan; alſo, daß dieſer irre ward und ſeine Zweifel ſündig nannte, auch in langer Umarmung an des Bruders Bruſt lag: war es doch gewiß ein Scheiden — dieſſeits ohne Wiederſehen.

Juan aber, als er den Bruder nicht mehr um ſich ſah, ward unſtät in ſeinem Weſen. Was jemals ſein Herz verloren, ſtand in Wehlwollen vor ſeinem inneren Blick, zumal Mathilde in ihrer Liebe, die nur um eitles Gold kein Gehör fand vor dem Vater. Ueberzeugt, ſie für ſich nicht zu gebrauchen, ließ er in Augsburg jene Summe heben und ſandte ſie an Ruprecht von Steinach, bittend, ſie anzunehmen für Mathilden, ſeines Lebens Retterin, auf daß ſie das Ziel ihrer Sehnſucht erreiche und Alle im Glück ſeiner gedächten, wenn ihn Beruf oder Leid frühe von hinnen dränge.

Und wohl hatte er recht, das Vergängliche von ſich zu thun und gefaßt zu ſeyn auf die Gruft. Denn Alphonſo, tief verletzt in ſeiner Ehrſucht, daß er für ſeine Pläne vergebens alle Worte verſchwendet, alle Schlauheit aufgeboten, beſchloß in glühender Erbitterung, ſich um jeden Preis die Schmach abzuwenden, daß er vor dem Papſt erſcheine, ohne etwas vollbracht oder auch nur gewagt zu haben für das Heil der rö-

miſchen Herrſchaft. Allein wollt' er nun vollführen, was die Kirche verhängt über den Ketzer, ſicher, daß ſie ihn ſegne für eine That, die hierarchiſche Politik nicht Brudermord, ſondern ein Heldenwerk des Glaubens nennen werde. Gefunden hatte er bald einen Schergen der Inquiſition; mit dieſem kehrte er nach Neuburg zurück, kaum zwei Wochen von dort fern, und ſtand am 27ſten März des Jahres 1546 gegen Morgen vor dem Hauſe des Pfarrers Rigenus. Er ſandte jenen Schergen voran, der eingelaſſen ward, als er berichtete: er bringe an Juan ein Eil-Schreiben von ſeinem Bruder. Alphonſe blieb auf der Stiege, jede Störung zu hindern, und der Bote tritt ein zu Juan, der vom Lager emporſpringt. Er empfängt das Schreiben, öffnet es haſtig, und eben ruft er, weil das Morgenlicht noch zu ſchwach war, um dabei leſen zu können, nach einer Leuchte, da ſtürzt er nieder, tödtlich-getroffen mit einem Beil, das der Scherge unter dem Mantel verborgen hatte. Ein Schrei und ein Fall rufen Senarclacus herbei, der im Nebengemach ſchlief — da lag Juan in ſeinem Blute, keines Lautes mehr mächtig; die Mörder waren entflohen, ehe man im Schrecken ihrer gedachte, und in dem Schreiben, das der Todte noch feſt in der Hand hielt, las man nur die Worte: „So geſchehʼ es allen

Ketzern! — die Kirche hat Dich gerichtet, durch mich, Alphonso Diaz de Cuenza."

Herein drangen in den nächsten Tagen Viele, die um Juan Leid trugen, unter ihnen auch Mathilde und die Ritter von Steinach und Breuberg. Sie kamen, zurück zu bringen das reiche Geschenk — mußten es aber wieder mit sich hinwegnehmen als das Vermächtniß des Hingeschiedenen. Sie führten seine Leiche in die Gruft nach Steinach, und Mathilde und Breuberg standen oft, als glücklich Vermählte, voll Rührung und Dankbarkeit an Juan's Sarge, und sein Andenken leuchtete in ihnen, bis auch sie im Jahre 1552 dem gereinigten Gottesdienste in öffentlicher Feier sich anschlossen.

Alphonso aber, ob auch der Papst ihn mit Ansehen begabte, mit Würden schmückte, ward dennoch von der Vergeltung ereilt; denn er endete im Wahnsinn selbst sein Leben, zur Strafe, daß er Natur und Vernunft verleugnete, um den Götzen des finstern Glaubens und der falschen Ehre zu dienen.

# Die
# Kinderfrau
## auf dem Schlachtfelde.

---

Von

L. M. Fouqué.

Der junge freiwillige Jäger Anton von Sternbach, ſeit geſtern erſt vollſtändig ausgerüſtet für die nahe Kampfesbahn des Jahres 1813, hatte ſeinen geliebten Eltern gute Nacht geſagt, und das auf eine ſehr wehmüthig ernſte und froh feierliche Weiſe, daraus ſie wohl abnehmen konnten, wie es damit gemeint ſey. Zuverläſſig, das theure, einzige Kind hatte es im Sinne, ſtatt übermorgen — wie es eigentlich angeſetzt war — ſchon morgen früh die ſchöne, damascirte Büchſe ſammt Patrontaſche und Fernrohr über die Schultern zu ſchwingen, und ſo den einſamen Weg zu ſeinem Bataillon anzutreten. Auf dieſe Weiſe ſollte den lieben Eltern der eigentlich herbſte Schmerz der Scheideſtunde erſpart werden, und dem weichfühlenden Anton zugleich mit. So hatte er es ſich ausgedacht, freilich

nicht mitbedenkend, wie den Eltern in dem großen, abgelegenen Bergschlosse zu Muth seyn würde, wenn sie ihn so unerwartet darin vermißten, und statt seiner nur ein Abschieds-Brieflein fänden. Oder vielmehr, aufgestiegen war allerdings dies trübe Bild in seinen Gedanken. Aber er hatte es mit den Worten abgewiesen: „Was kann das nun helfen! So viel ist ein für allemal wahr:

„Ach, Scheiden und Meiden thut weh!“

und doch auch heißt es für jetzt wieder:

„Es muß geschieden seyn!“

Also ohne Schmerz geht es nicht ab. Und diese Art davon scheint mir nach bestem Gewissen noch immer die erträglichste. Demnach, Jäger Sternbach — morgen früh punkt drei Uhr in größter Stille aufgestanden, gepackt und sich reisefertig gemacht! Und punkt vier Uhr: Marsch! Ebenfalls in aller Stille mit Rechtsum abgezogen durch die kleine Hofespforte und so den nächsten Weg durch's Gebirge nach der Richtung von Breslau, also nördlich mit einer leisen Richtung gegen Westen fort!“

Innig erfreut von dem Gedanken, nicht mehr bloß Soldat zu spielen, sondern jetzt und fortan wahr und wahrhaftig ein Kriegsmann zu seyn, stellte Anton den Wecker der schönen Stutzuhr, die ihm seine Mutter am vorletzt vergangenen Weihnachts-Abend geschenkt

hatte, auf Vier. Etwas wehmüthig ward dem funfzehnjährigen Knaben, den die sorgfältigste Erziehung noch nie auch nur Tage lang von seinen Eltern fortgelassen hatte, dabei zu Muth. Er dachte während seiner kleinen Anordnung: „Das meinte mein liebes Mütterchen wohl auch noch nicht, damals, als sie mir dich schenkte, es solle dein erstes Ernstgeschäft seyn, du kunstreiches Werkzeug, mich früher von ihr fort zu rufen in Kampf und Mühsal — vielleicht auch in den Tod!“ — Da sah er aber auch wieder den schönen Ritterhelm an, welcher die Uhr krönte, und Schwert und Schild zu beiden Seiten derselben in kunstreich glänzender Erz Arbeit angelehnt, und sprach: „Hat sie es auch dazumal noch nicht zuvor gedacht, so hat sie doch gewiß in jeglicher Stunde gewollt, daß ich thue, was einem ehrbaren Jünger des ritterlichen Schildes-Amtes geziemt!“ — Und nun konnte er recht heiter, wenn auch gleich unter leise quillenden Thränen, die Abschiedszeilen an Vater und Mutter in schönen, wohlgeordneten Schriftzügen, wie Beide es gern sahen, aufs Papier bringen. Dann siegelte er sorgfältig das zusammen gefaltete Blatt mit seinem ritterlichen Wappen, und wie er sich nun auf sein Lager hinstreckte, gedachte er noch eines greisen Helden aus seinem Stamme, wie der auch einmal ganz jung und früh aus dem elterlichen Hause habe scheiden müssen.

Davon ward ihm sein Herz noch größer, und eben deshalb konnte er in recht tief inniger Kindes-Demuth zu Gott beten. Dann schlief er, nach Dokter Martin Luther's Vorschrift, flugs und fröhlich ein.

Seine Eltern aber wachten noch. — Sie blieben lange still einander gegenüber, ohne daß sie es nöthig gefunden hätten, mit Worten auszusprechen, was Jedes in des Andern Seele empfand. Die Mutter aber sah durch das Fenster nach dem Schlossesflügel hin, wo ihr Anton heute seine letzte Nachtruhe hielt: wer mochte wissen, ob nicht für immer. Sie faltete die zarten Hände, richtete ihr Auge nach dem Sternenhimmel empor, und heftete es dann fest auf das Lichtsternlein, welches aus des geliebten Kindes Kammer zu ihr herüber sah. Jetzt erlosch es, sie seufzte aus tiefem Herzen: „Er schläft!“ und leise Thränen quollen ihr über das edle Antlitz.

Der Vater, bis dahin im Zimmer langsam auf und nieder wandelnd, blieb jetzt vor ihr stehen, blickte sie aus den großen, männlich schönen Augen voll theilnehmender und eigener Wehmuth an und sagte endlich: „Ich glaube, wir könnten immer noch einmal hinüber gehen, und ihn uns ansehen. Pflegt ja doch sein gesunder Schlaf so fest über dem freundlichen Knaben zu walten!“

Die Mutter winkte bejahend, drängte ihre Thränen zurück und folgte dem Hausherrn, welcher die Schirmlampe vom Tiſche nahm, ihr leiſe nach dem Zimmer des Sohnes voran leuchtend.

Sie fanden Alles, wie der Vater es voraus geſetzt hatte. Im ſüßeſten Frieden reiner Seele und reiner Geſundheit ſchlief Anton, die Hände noch zuſammen gefalten, daß man wohl ſehen mochte, er war im ſanften Gebete eingeſchlummert. — Leiſe, leiſe flüſterte die Mutter: „Wenn es denn Gottes Wille iſt, daß der Engel der Schlachten Dich abrufe mit frühem Todesgruße, mein holdſeliges Schmerzenskind, mögeſt Du dann eben ſo ſanft und eben ſo fromm einſchlafen, als heute!“

Segnend, wie beſtätigend, hielt der Vater ſeine feſte Hand über den geweihten Schläfer ausgeſtreckt. Aber da überkam eine bewältigende Wehmuth der zärtlichen Mutter Herz. Sie hatte leiſe die Kopfkiſſen noch etwas bequemer zurecht rücken wollen. Jetzt fühlend, ſie vermöge das nicht, ohne in ihren überſtrömenden Thränen den Liebling aus ſeinem Schlummer zu ſtören, winkte ſie dem Gatten: „Von hinnen!“ — und ſo führte er die Wankende fort, und erſt nach der zweiten Wendung des langen Schloßganges vergönnte ſie ihren Thränen den vollen, herzerleichternden Strom.

Herr von Sternbach ſuchte jetzt nicht durch Troſt-reden ſeine Gattin zu beruhigen. Vielmehr gab auch er, ſeiner ernſten Wehmuth nach, in ſeiner ſtarken Seele klarbewußt, der echte Mann habe ſich keines weichen Gefühles, aus den Quellen heiliger Natur entſpringend, zu ſchämen, und zugleich überzeugt, Mit-empfindung ſey eine ungleich beſſere Tröſterin, als Weltweisheit. Der höchſte Troſt aber, wußte er, lebe ſo gut in ſeiner Gattin Herzen als in dem ſeinigen.

Wieder angelangt in ihrem Gemach, ſagte die Mutter nach einigem Schweigen, das thränenmüde Haupt leiſe gegen die Schulter des Gatten lehnend: „Geprieſen ſey Gott, der mir einen Ehemann ſchenkte, vor welchem mir immer die ganze Seele aufgeht, ſey es in Freud' oder Leid. Und ſo bekenn' ich Dir denn, lieber Sternbach, minder die blutig ruhmvolle Todes-gefahr der Schlacht erſchreckt und ängſtet mich um unſern lieben Anton, als die unſchöne Beſchwer der Ermattung und Pflegeloſigkeit. Und vollends, wenn ihn nun gar eine Wunde träfe, und er läge ſchmerz-voll auf dem Kampfesfelde, zwiſchen Maſſen von Er-ſchlagenen und Blutenden — er, der zarte Jüngling! noch Knabe faſt! — Wie er ſo ſanft in ſeinem Bette ſchlummerte! — Ach, Sternbach, hab' ich ihn dazu ſo ſorgfältig aufgepflegt und aufgeliebt bis an den heu-tigen Tag?“

„Ja, liebe Frau!“ entgegnete Herr von Sternbach; „dazu haſt Du es gethan, daß er in den Tagen der Noth ſich vor König und Vaterland aller genoſſenen Lieb' und Pflege würdig bezeige!“

Die Mutter drückte bejahend ſeine Hand, richtete ſich gefaßt empor, und langſamer floſſen ihre Thränen oder faſt gar nicht mehr. Ja, es ſpielte endlich ein anmuthiges, beinahe ſchalkhaftes Lächeln um ihre feinen Lippen, und ſie ſagte: „Wer ſich gar nicht drein finden würde, iſt Lisbeth, die gute Wärterin, die ihr Jünkerchen Tonerl — weißt Du noch? ſo nannte ſie immer unſern Anton! — ſo ängſtlich liebevoll hegte, daß wir genugſam zu ſorgen hatten, um den lieben Knaben vor Verzärtelung zu behüten!“

„Ja wohl, die gute, ängſtliche Lisbeth!“ ſagte lächelnd Herr von Sternbach. „Und eigentlich war ſie doch nur ängſtlich für ihr Junkerlein Tonerl! Sonſt bei aller andern Noth und Gefahr keck, flink, das Beſte hoffend, wie es einer ehrbaren Soldaten-Wittwe gebührt. Ja, als vor nun faſt acht Jahren ihr Bruder, der Schenkwirth bei Breslau, ſo plötzlich ſtarb und eine kränkelnde Wittib mit vier kleinen Kindern hinterließ — wie machte ſie ſich da ſchnell entſchloſſen, obgleich ſchon dem Alter näher als der Jugend, auf den Weg, den Ihrigen zu rathen und zu helfen! Und dazu wimmelte damals das Land von hin- und her-

ziehenden Kriegsſchaaren, Freund und Feind durch einander! Nur der Abſchied von ihrem kleinen Tonus — das brach wieder faſt das zärtliche Herz!"

„Gott half ihr auch das überſtehen!" ſagte Frau von Sternbach — „und half ihr glücklich zu den Ihrigen durch, und ſegnet, wie ich noch jüngſthin mit großen Freuden vernahm, reichlich — der ſchlimmen Zeiten ungeachtet — ihr treues Bemühen für die armen Anverwandten!"

„Siehſt Du, was Gott kann?" entgegnete ſehr ernſt, aber heiter, Herr von Sternbach — „freilich gehört auch dazu, daß man ihm recht feſt, ſo recht aus ganzem, freudigem Herzen vertraue!"

„O ich vertraue Ihm!" rief die Mutter begeiſtert aus. „Ich vertraue ihm aus ganzem, freudigem Herzen! Hegen und pflegen wird er mir meinen lieben muthigen Knaben! Beſſer, als ich es gekonnt hätte, wär' es mir auch vergönnt, den werdenden Helden auf Schritt und Tritt zu geleiten! War ich denn nicht oft voll heiterer Sicherheit bei manchem Freudenfeſt zugegen, wenn die treue Lisbeth an meines Kindleins Wiege ſaß? Und nun in den Schutz der Allmacht und der Liebe geb' ich ihn, und wahrlich, ob ich auch wohl noch ſehr viel weinen werde — das Zagen hat ein Ende für mich!"

Wer hat nicht ſchon den wunderſamen Reiz einer friſchen Morgenwallfahrt erlebt, zu irgend einem ſchön begeiſternden Ziele hinaus, beſonders auch zugleich in den Morgenzeiten des Lebens! Anton von Sternbach empfand dieſe ſchöne Begeiſterung in aller Friſche ſeiner Jahre und aller Kraft eines reinen, weder über- noch abgeſpannten Sinnes. Er wunderte ſich eigentlich, und ſchalt ſich ſogar darüber aus, daß ihm ſein Herz durchaus nicht ſchwer und trübe werden wollte, da er doch ſo liebende und geliebte Eltern hinter ſich ließ, die gewiß nun ſchon recht herzlich um ihn weinen mochten. Wie aber dies Bild deutlicher vor ſeiner Seele herauf ſtieg, kam freilich auch ihm das Weinen näher als das Lachen, und er ſagte zu ſich ſelbſt: „Laß nur gut ſeyn, Freund Anton! Wenn erſt der Abend vom Himmel dunkelt, und du nun bei fremden Leuten einkehreſt, der geliebten Heimatsſtelle vielleicht auf immer fern, da wird die Wehmuth ſchon ihr ſanftfeierliches Recht über dich gewinnen — und wer weiß, in wie manch ſchweren, trübverlaſſenen Augenblicken noch ſonſt!“ — Nur allzu deutlich begann er die weichen Schmerzensgrüße dieſer wunderbaren, wohl allzu früh von ihm herbeigerufenen Gewalt zu empfinden, und ſo rang er denn jünglingsfeck, daß er ſie wieder von ſich treibe, indem er einige recht kühne Kriegslieder mit heller Stimme durch die bereits im

frühen Erwachen lenzduftige Gegend laut hinſang. — Schon im nächſten Nachtquartier traf er mit einigen andern wackern Jünglingen zuſammen, die zu gleichem Berufsziele mit ihm gen Breslau zogen, und wie man eben nicht leicht zu Zweien, und minder noch zu Mehreren, den Anfällen eines geſpenſtigen Grauens zu erliegen befürchten darf, beſiegt auch eine ſolche Geſellenſchaft jede allzu weiche Rührung. Weil alſo dieſe jungen Freiwilligen meiſt allzuſammen liebe Eltern und würdige Herdesſtellen verlaſſen hatten, um einer zwar begeiſternden, aber doch immer dunkelblutigen Zukunft entgegen zu gehen, hielten ſie ſich um ſo mehr an einander, die Fröhlichkeit, ja Luſtigkeit, welche Keiner einzeln aus ſich hätte fortdauernd hervor rufen können, leicht und friſch aus der ganzen vereinten Genoſſenſchaft erndtend.

Unter dieſe lachend und ſingend in's ernſte Leben auftauchenden Jünglinge — man hätte ſie einer Schaar von gaukelnden Waſſergeiſtern vergleichen mögen, harmlos auf den bereits vom Sturm gekräuſelten Meereswogen ſpielend! — hatte ſich auch ein Weſen von höchſt verſchiedener Geſtaltung und Lebensweiſe mit eingedrängt. — Stellt Euch einen etwa vierzigjährigen Mann vor: ſeine Geſtalt nervig, unterſetzt, beinahe klein, aber feſt und ſtolz in jeder Bewegung; ſein Haargelock ſtark und kraus, von einigen frühen Silber-

lichtern zwiſchen tiefem Schwarz angeflogen; die Gluth der großen braunen Augen wildlodernd, nur daß es davor hernieder hing wie ein Schleier wehmüthiger Ergebung in unabänderlich herbes Geſchick — Braunold nannte er ſich. Wer von den jugendlichen Genoſſen zu Anfang ihn nach ſeinen früheren Verhältniſſen befragte, und wie es doch zugehe, daß ein Mann von ſchon ſo gereiftem Alter die Uniform der freiwilligen Jäger, faſt ausſchließlich für die Jugend beſtimmt, angezogen habe, bekam ſeltſame, zuweilen bittere Antworten zu hören, in kurze Sprüche und Gegenfragen eingekleidet, als etwa: „Hat ſich vielleicht die Welt jetzt umgekehrt, daß es heißen mag, nur die Jugend hat Tugend?“ — oder: „Wiſſet, der Krieg iſt kein Walzer, und die Kriegsglorie iſt kein unmündiges Gänslein; da können auch geſetzte Leute mittanzen!“ — oder: „Die Soldaten tragen jetzt Bärte, und die Welt iſt dem Repräſentativ-Syſtem ergeben. Ich bin der Bart-Repräſentant für die freiwilligen Jäger!“ — und was ſonſt der wunderlichen Reden mehr waren, wodurch die Fragenden einigermaßen beluſtigt, aber zugleich doch etwas ſcheu wurden, mit ähnlichen Fragen auf's Neue an die verſchloſſene Bruſt des räthſelhaften Mannes zu klopfen.

Die kriegsfreudige Genoſſenſchaft war nun in die Nähe von Breslau gelangt, und Anton erwog, daß

es wohl gutgethan sey, jetzt, wo noch kein eigentliches Dienstverhältniß ihm seine Bahnen vorschreibe und lenke, nach dem unfern gelegenen Wohnort seiner guten alten Kinderwärterin Lisbeth einen Seitenmarsch anzutreten. Sie müsse ja doch vernehmen, auf welchen Wegen ihr geliebtes Jünkerlein Tonerl jetzt einher ziehe, und auch ihre so billige Freude sehen an dem unter ihrer Pflege so frisch und rüstig aufgewachsenen Jünglinge. „Eine schmerzliche Freude zwar wird es für die gute Alte seyn!“ dachte Anton bei sich; „denn wie wird der überweichen Lisbeth zu Sinne seyn, wenn sie ihren Tonerl in's Feld rücken sieht! Sie, die es nicht gut leiden mochte, wenn ich in den gesicherten vier Pfählen des väterlichen Hof- und Garten-Raumes Soldat zu spielen anhub! Ja, liebster Himmel! sie mußte sich dennoch schon damals drein finden lernen, und wird es auch jetzt wiederum lernen. Und eine schmerzliche Freude bleibt doch immer viel besser als gar keine; zumal in einer Zeit, die reicher an Opfern als an Freuden ist!“

In dieser Ansicht ging er zu Braunold, ihm seine kurze Entfernung von der Genossenschaft anzudeuten; man hätte fast sagen können, ihn um Urlaub zu bitten, ein so wichtiges Ansehen — ob auch ganz unwillkürlich von beiden Seiten — hatte jener ernste Mann nach und nach über den kleinen Kreis gewon-

nen. Muß es ja doch allerwärts, wo Mehrere nach einem Zwecke ringen, einen Anführer geben, trage nun dieſer den Namen eines Solchen, oder nicht! — Braunold blickte aus den großen, dunkeln Feuer-Augen eine Zeit lang ſchweigend auf den Jüngling hin; dann ſagte er trübläche lnd: „Ich kann es Euch nicht verdenken, junger Waffengefährte! Abſchiednehmen iſt überhaupt das allereigentlichſte Geſchäft hier auf Erden. Man fängt damit an, ſobald man geboren iſt, oder wenigſtens, ſobald man einigermaßen zur Beſinnung gelangt; ſey es nun, daß man ſich ſelbſt ſchnell wieder empfehle, wie das Manche von uns in unbewußter Klugheit thun, oder daß Andere vor uns und von uns Abſchied nehmen. Hübſch, wenn die Kinderfrauen ſich ſo lange hier auf Erden aufhalten, daß man ihnen noch zu guter Letzt zeigen kann, wie ihre Pflege angeſchlagen hat! — Ueberhaupt aber zu einem wahren Gipfelpunkte des Abſchiednehmens iſt vorzüglich dieſes Jahr Tauſend Achthundert und Dreizehn auserleſen. Für mich geht es ziemlich bequem damit. Ich habe möglichſt wenig Viſiten-Karten mit p. p. c. — pour prendre congé — hienieden auszugeben; das heißt: gar keine!“ — Er fuhr mit der Hand über die Augen, und alsbald lag ein ſeltſam herbes Lächeln über dem kaum noch erſt wehmüthig leuchtenden Angeſicht. — „Glückliche Expedi-

tion!“ setzte er hinzu. — Wunderbar verletzt und angezogen zugleich trennte sich Anton einstweilen von dem räthselhaften Manne.

Als der Jäger-Jüngling in die Nähe des Wohnorts seiner alten Wärterin gelangte, wurden ihm die Schritte unwillkürlich etwas kürzer vor dem Gedanken, daß er sich einem ganz gewöhnlichen Schenkhause nähere, und darin gar unwillkommene Gesellschaft antreffen könne. Er sah sich um, ob er etwa Jemand finde, durch welchen er die gute alte Lisbeth könne heraus bescheiden lassen; aber die Gegend war just in diesem Augenblick wie ausgestorben rings um das einzeln an der Straße liegende Gehöfte her. Durch die Stille in dem Gebäude ermuthigt, aber auch einigermaßen beunruhigt, schritt er rasch vorwärts, und bemerkte jetzt mit wachsender Beängstigung, die Laden des Hauses seyen geschlossen. Vor dem gleichfalls verschlossenen Hofthor saß ein bitterlich weinendes Kind. — Etwas verschüchtert fuhr es vor dem Waffengeklirr des Heraneilenden empor und starrte ihn aus großen, trotzig anmuthigen Augen an.

„Guten Tag, lieber Knabe!“ sprach der Jäger; „wohnt hier nicht —?“

Aber ihn voll schmerzlichen Unwillens unterbrechend, sagte der Kleine: „O nein, hier wohnt jetzt Niemand! Und Er kriegt nun hier kein Abendbrod

und ich keine Butterſtulle mehr! Und bei meinen Eltern kriegen wir auch nichts zu eſſen, denn die haben ſelber nichts. Aber freilich, wenn hier noch die gute Frau Lisbeth wohnte, da hätten Er und ich vollauf gehabt; nun ſind wir alle Beide ſchlimm daran!“

Damit fingen ſeine Thränen wieder an zu fließen. Und mühſam und nur nach und nach konnte Anton von ihm heraus bringen, der guten Frau Lisbeth ſey ihre Schwägerin geſtorben, und darum habe ſie mit deren vier Kindern aus dem Hauſe fortgemußt, und was ſie nun anfangen werde und wo ſie hin ſey, wiſſe Niemand. — „Nicht einmal meine Eltern wiſſen es!“ ſetzte das weinende Kind ſtaunend und wie hochbetheuernd hinzu, als müßten dieſe Eltern doch eigentlich Alles wiſſen. Etwas mehr hoffte Anton auch wirklich von ihnen zu erfahren und ließ ſich deshalb durch den Kleinen zu ihrer nahen Hütte geleiten. Es waren verarmte Webersleute: der Mann ein verkrüppelter Soldat. Sie beſtätigten im Weſentlichen des Kindes Ausſage und verſicherten, auf Stunden weit im Umkreiſe werde gewiß Frau Lisbeth mit Schmerzen vermißt, die fromme, freundliche, hülfreich rüſtige Frau. — Da der gerichtliche Verkauf der Wirthſchaft nicht abzuwenden geweſen ſey, habe ſie die kleinen Waiſen entſchloſſenen Muthes auf ihren

Wagen gepackt, und ſey damit nach der öſtreichiſchen Grenze gefahren, in dem neutralen Kaiſerreich deſto ruhigere Tage für die Kindlein hoffend, und nächſt Gottes Schutz auf die Beihülfe eines entfernten Anverwandten bauend. Sie ſelbſt wolle ihr Haupt — hatte ſie betheuert — nicht eher ſanft legen, bis ſie den armen Kleinen irgend einen Sparpfennig zuſammengewirthſchaftet habe. Wenn auch nicht mehr jung, ſey ſie doch für ein ſolches Liebeswerk noch immer rüſtig und friſch genug! Was ſie eigentlich im Sinne trage, habe jedoch Niemand erfahren; „und ſo" — ſetzte der Invalide ſeufzend hinzu — „iſt uns ein lieber Schutzengel aller Armen und Bedrängten aus unſerer Gegend verſchwunden!"

Sein Weib und ſein Knäblein brachen über dieſe Worte in Thränen aus.

Der Jüngling beſchenkte ſie ſo reichlich, als es ihm in dieſem Augenblick möglich war; das blieb nun freilich ziemlich wenig, aber in dem ärmlichen Haushalte galt es dennoch für viel. Noch weit mehr als darüber jedoch freute ſich die Familie, da ihnen Anton kund gab, er ſey der guten Lisbeth Pflegling; und ſo trat er, von ihnen zwiefach geſegnet, den Rückweg um Vieles heiterer an, als er es nach dem verfehlten Ziel ſeiner Wanderung hätte hoffen dürfen.

Bei ſeinem Wiedereintreffen zur kleinen Genoſſenſchaft redete ihn Braunold mit den faſt höhnenden Worten an: „Nun, habt Ihr's abgemacht?“ — Aber die flammende Röthe der Empfindlichkeit auf des Jünglings Wangen beachtend, änderte der ſeltſame Mann ſogleich ſeinen Ton, Anton's Hand faſſend und mit freundlichem Lächeln ſprechend: „O, ich bitte Euch, denkt nicht ſchlimmer von mir als ich bin. Es liegt ſo viel Wehmuthsſtoff in meiner Seele als in der Eurigen. Und überhaupt fehlt es wohl eigentlich keinem Menſchen daran. Schon der Trauerſchleier ſorgt dafür, welcher ſeit Jahren über unſere Zeit ausgebreitet liegt, und eigentlich — wenn man's genau betrachtet — über all und jede Zeit!“

Anton ſah ihn mit leiſem Kopfſchütteln verwundert an und blickte dann wie fragend nach dem ſonnigblauen Himmel empor und nach einem blüthenüberſäeten Kirſchbaum, unter welchem jetzt eben die Zwei vor Braunold's Quartier in einem ſchönen Dörfchen ſaßen.

„Wartet nur!“ ſagte Braunold; „die Antwort auf Euern Frageblick wird nicht lange verziehen!“ — Und da bald darauf ein raſcher Lufthauch den Raſen vor ihnen mit abgewehten Blüthen überſtreute, ſagte Braunold: „Seht Ihr wohl? So geht's!“ — Dann ſeufzte er tief und ging langſam in das Haus.

Seit diesem Augenblick fühlte sich unser junger Freund wie durch ein inneres Gebot an Braunold gewiesen. Das tiefste Mitleiden für ihn empfindend, meinte er, ihm Alles mittheilen zu müssen, was in seiner eigenen jungen Seele so reich an Gottvertrauen und heiterer Zuversicht blühte, und zwar eben auch in jugendlicher Zuversicht hielt er diese Mittheilung für ein ganz leichtes Werk. Darin aber hatte er sehr geirrt und erfuhr das mit jedem Tage deutlicher. Je mehr er bestrebt war, sich dem seltsamen Braunold anzunähern, je entschiedener verschloß sich dieser vor ihm; bald durch mürrisches oder doch tiefdüsteres Verstummen, bald, indem er sich in seine spöttische Laune hüllte, man hätte fast sagen mögen: wie in einen elektrisch abstoßenden, funkensprühenden Mantel. Dennoch war es wieder, als ob eine wunderbare Lenkung die Beiden untrennbar zusammengepaart halten wolle. Nicht nur, daß Beide, längst ehe sie von einander wußten, dasselbe Regiment für ihre kriegerische Laufbahn erwählt hatten; sie wurden auch, gleich nachdem sie es in Breslau erreichten, unter eine und dieselbe Corporalschaft gestellt; sie standen in ein und demselben Zuge, ja, durch einige unerwartete Veränderungen wurden sie auch Nebenleute im ersten Gliede der Schaar.

Zu Anfang ſpöttelte Braunold nur über dieſe gezwungene Annäherung, aber vor Anton's heiter liebreichem und theilnehmendem Weſen begann mehr und mehr eine Vereiſung zu ſchmelzen, die gewiß eher Unglück als eigene Schuld um das Herz des wunderſamen Mannes gezogen hatte. Immer freundlicher fing er ſich ſeinem jungen Genoſſen zu erweiſen an und veranlaßte ihn auch zuweilen, daß er allerhand aus der noch ſo kurzen Spanne ſeines jungen Lebens erzählen mußte. Das wenige Betrübende, welches darin vorkam, hörte Braunold mit inniger Theilnahme an und forſchte dann achtſam näher nach allen Umſtänden, als fühle ſich ſein ſchwergepreßtes Herz dadurch erleichtert. Wenn dagegen Anton die ſchuldloſen Freuden ſeiner Kinderzeit ſchilderte, und wie ſeine Eltern ihn liebten und ſich einander, oder auch, wenn er von der holden Pflege der frommen Wärterin ſprach — da konnte man es dem ſtarken Braunold anſehen: nur mühſam drängte er den heftigen Ausbruch eines tiefen, ſein ganzes Inneres durchnagenden Schmerzes in ſich zurück, ſo daß ſelbſt der argloſefriſche Jünglingsknabe Anton endlich dieſes ängſtigenden Gefühls bei ſeinem Gefährten inne ward, und alſo die ſonſt ihm ſo lieben Gegenſtände des Geſpräches in milder Schonung vermied.

Aber was half es dem Jüngling, daß er ſtatt der Geſpräche über ſeine Jugendjahre von dem nahen Wiedererwachen eines ſchönen, bisher ſo furchtbar niedergedrückten Freudenlebens in den gottgeſegneten deutſchen Landen ſprach! Dann verſtellte ſich Braunold's Geberde nur noch trüblicher, ja ingrimmiger, und faſt wäre darüber ein häßlicher Verdacht in Anton's ſonſt ſo heiterklarer Seele aufgeſtiegen, als wünſche ſein wunderlicher Gefährte eigentlich den preußiſchen Waffen kein Glück, ſondern halte es vielmehr im Herzen mit dem Feinde. Aber dawider ſprach ja ſchon Braunold's freiwillig ergriffener Kampfes-Beruf, den in einer ſo männlich ſtarken Seele unmöglich andere als begeiſterte, oder doch ſehr feſt und klar angeſchaute Bewegungsgründe veranlaßt haben konnten. Und vollends mußte jedes Mißtrauen vor der rüſtigen Thätigkeit verſchwinden, womit Braunold bei den Waffen-Uebungen und auf dem Marſch und in allen denkbaren Verhältniſſen beſtrebt war, ſeine Verpflichtungen auf das Sorgſamſte zu erfüllen. Die Schnelligkeit, womit er ſich in alle kriegeriſchen Uebungen und Aufgaben fand, ließ zweifeln: ob ſchon frühere Waffen-Erfahrung oder nur allein glühendkräftiges Erfaſſen jeder Lehre und Vorſchrift ihn ſo ſchnell zu einem ausgezeichneten Soldaten reife, der dafür die Achtung und das Wohlwollen ſeiner Offiziere und Kameraden,

ungeachtet ſeines anhaltend düſter ſchweigſamen Weſens, im reichen Maaße genoß. — Was man von Braunold's früheren Lebens-Umſtänden wußte, beſchränkte ſich darauf, daß er Jahre lang einer Förſter-Stelle in einem der wüſteſten und furchtbarſten Thäler des Rieſen-Gebirges mit ausgezeichneter Tüchtigkeit und mit großer Schützen-Geſchicklichkeit, ihm auch die verwegenſten Jagd-Abenteuer ſieghaft erleichternd, vorgeſtanden hatte, und nun auf den erſten Aufruf in die Reihen der Jünglinge eingetreten war, ſeinem vorgerückten Alter beinahe zum Trotz. Vielleicht hätte er bei ſeinen luſtigen Gefährten unter dieſen Umſtänden für einen Abgeſandten des Rübezahl gelten mögen, oder wohl gar für den patriotiſch gewordenen Rübezahl ſelbſt. Aber wenn auch dergleichen Späßlein zuweilen leiſe auftauchen wollten, Braunold's ernſtes ehrfurchtgebietendes Weſen ſorgte dafür, daß ſo etwas ſich weder zu Neckereien geſtalten, noch überhaupt nur vor ſeinem Ohre laut werden durfte.

Auf dieſe Weiſe war man bis in die Gegend von Lützen gerückt. Der Abend vor dem großen Kampfestage hatte meiſt alle Kriegsleute, welche nicht irgend ein Dienſtgeſchäft wach erhielt, früh zum Schlummer gerufen; denn man wußte ja, es gelte zu Morgen frühen Aufbruch, und wer hätte nicht gewünſcht, recht klar und friſch und ſtark an Seel' und Leib dem

viel entſcheidenden Werke entgegen zu ziehen! An Braunold's Seite, der ſich gleichfalls zum Schlummer in ſeinen Mantel gewickelt hatte, war Anton nach Jünglingsweiſe raſch und behaglich eingeſchlafen, und ein freundlicher Traum führte ihn jetzt in das väterliche Bergſchloß zurück. Auch um manche Jahre wieder ging es zurück. Es war noch Frieden in der Welt, oder wenigſtens noch in allen Preußenlanden, und Anton kam ſich wie ein Knabe vor; dagegen erſchien ihm, was er ſeit einigen Wochen wirklich erlebt hatte, wie ein kühner Traum, den er nun den lieben Eltern vorerzählte.

Die ſagten freudig dazu: „Was nicht iſt, kann werden! Aber Du mußt Dich hübſch vorüben dazu, lieber Anton; ſonſt biſt Du allzu ſchwächlich, wenn ein großer Tag am Himmels-Gewölbe über Dich hindonnert. Um da mit Anſtand hinauf zu ſehen, muß der Menſch ſich ſehr früh an das Ertragen edler Laſten gewöhnen.“

Und zugleich brachten ſie ſo herrlich blanke Waffen herbei, wie Anton ſich nie erinnern konnte, jemals geſehen zu haben; Spielſachen noch, aber von lauter echtſtrahlenden Metallen verfertigt und ſehr ſchwerwiegend, welches Anton beinahe ſchmerzlich empfand, als er in fröhlicher Begierde danach faßte. Doch ſchämte er ſich, über ihre Wucht zu klagen, begehrte

ſogar voll kecken Trotzes immer der Waffen noch mehr. Und Vater und Mutter brachten auch deren noch immer mehr zuſammen und ſagten endlich: „O es iſt draußen noch eine große Waffenkammer voll, größer als die halbe Welt!“

Da begann es dem Knaben zu ſchwindeln, und er wankte unter ſeiner herrlichen Laſt, aber er wollte ſich durchaus nichts merken laſſen, und die Eltern trugen immer und immer noch Waffen zu. — Auf einmal ſtand die alte Kinderfrau Lisbeth weinend vor ihm und bemühte ſich angeſtrengt, ihm die Wucht der auf ihn drückenden Waffen zu erleichtern; dadurch fühlte ſich Anton ſehr wehmüthig bewegt, aber auch wieder einigermaßen gekränkt, und er brachte mit großer Anſtrengung die Worte hervor: „O Du liebe alte Pflegerin! O Du gute Kinderfrau, ich bin ja nun ſchon eigentlich kein Kind mehr! So laß doch ab mit Deiner allzu ſorglichen Liebe. Der liebe Vater weiß ja das Alles, und wenn es zuviel damit würde, bäte gewiß die liebe Mutter für mich. O, es iſt ja Alles nur ſelige Liebe!“

Aber da drang ein tiefes, ſchmerzliches Stöhnen in ſein Ohr, und aus dem Schlafe empor fahrend, ſah er, wie Braunold hochaufgerichtet neben ihm ſaß, das bleiche, wild gegen den Nachthimmel ſtarrende

Antlitz furchtbar von einem nahen Beiwacht-Feuer beleuchtet.

„Was iſt das? Was ſoll das?“ fragte haſtig der im wüſten Erwachen verwilderte Jüngling — „wer ſeyd Ihr?“

„Beſinnt Euch!“ entgegnete Braunold mit düſterer Faſſung und wiederum nicht frei von unwilligem Hohn. „Hier giebt es nicht Vater und Mutter, und noch weniger eine Kinderfrau. Und wie es in unſerer jetzigen Lage mit der ſeligen Liebe ſteht — da ſeht einmal in Eurer Patrontaſche nach, ob etwa derten von ſelbiger Waare viel vorhanden iſt!“

Die Augen von edler Zornesgluth und doch auch zugleich von milder Wehmuth flammend, entgegnete Anton: „Die Todesgrüße, welche morgen aus meiner Patrontaſche dem Feinde entgegen krachen ſollen, ſind dennoch Grüße der ewigen Liebe. Gott lenkt ſie und Gott iſt die Liebe. Ich aber lade mein Gewehr und brenne es los und ſtürme vorwärts im fröhlichen Hurrah aus Liebe für König und Vaterland und Eltern und Anverwandten und Heimath!“

„Alſo doch gewiß auch aus Liebe für die Kinderfrau?“ ſprach der höhnende Braunold.

„Verſteht ſich!“ entgegnete arglos der Jüngling, in dieſem Augenblick ſo lieb und hold aus allen ſüßen Erinnerungen auftauchend in das ſtolze Bewußtſeyn

des nahenden Waffenſturmes, daß kein Mißlaut in ſeine jubelnd zärtliche Seele zu bringen vermochte.

Braunold aber fühlte ſeines düſtern Genius ſtachelndes Mahnen nur deſto unbehaglicher, und heftig davon gereizt, fuhr er mit der Frage heraus: „Auch wohl den Franzoſen zu Liebe denkt Ihr morgen Euer Gewehr loszubrennen? — Ich meine nur, weil Ihr ja doch ausdrücklich und ausſchließlich mit Liebeswerken zu ſchaffen haben wollt!“

Eine Weile lang ſchwieg der Jüngling im ernſten Nachdenken; dann ſprach er heiter: „Ich habe mich geprüft, lieber Braunold! Gottlob, ich haſſe keinen Franzoſen. Und wenn in dieſem Augenblick ein Engel — oder auch ein Trompeter nur — die Botſchaft durch die Geſchwader bliese: „Friede! der Bonaparte zieht über den Rhein zurück und erkennt die Unabhängigkeit Deutſchlands an!“ ich würde von ganzer Seele zum Gegner hinüber rufen: „Friede!“ und froh zu meinen lieben Eltern heim eilen, ihnen den Segensgruß zu bringen!“

„Und doch lodert ihm unverkennbar auch die Kampfesluſt in der Seele!“ ſagte Braunold tief bewegt vor ſich hin; dann faßte er Anton's Hand und ſprach: „O Du lieber, ſeltſamer Jüngling, vermöchte ich es doch, Dir noch zu guter Letzt einen Wunſch, einen rechten Herzenswunſch zu erfüllen!“

„Ihr vermögt das recht gut!“ entgegnete Anton freundlich; „wenn das aber vielleicht nicht ohne große Seelenſchmerzen für Euch geſchehen könnte, da beding' ich mir's aus, daß Ihr mir lieber gar nicht antwortet, ſondern Euer Haupt ſtill zum Schlafen auf den Torniſter zurück legt. Ich will es dann eben ſo machen, und es ſoll von der ganzen Sache nicht mehr die Rede zwiſchen uns ſeyn!“

Ein heftiges Zucken — man hätte faſt ſagen mögen: ein Grauen — bebte durch Braunold's Gebeine; doch bald ſprach er gefaßt: „Ich merke ſchon, was Du begehrſt. Ich ſoll Dir kund geben, wer ich eigentlich bin. Seltſam! Ihr Knaben und Jünglinge pflegt immer gern zu zerbrechen, und könnt Euch dennoch unter allen Menſchen — vielleicht die Frauen ausgenommen — am allerwenigſten mit Lebens-Bruchſtücken begnügen. Wenn Euch ein Freund die rechte Hand bietet, möchtet Ihr immer, er ſteckte Euch zugleich mit der Linken ſeinen Taufſchein in die Taſche und berichtete Euch gleich nach dem erſten Bruderkuſſe ausführlich, was von ſeiner Geburt an bis zur jetzigen Minute mit ihm vorgefallen ſey! — Und dennoch — Du übſt eine wunderbare Gewalt über mich, Du freundlich reines, muthig ſanftes Kind — da haſt Du meine rechte Hand! da haſt Du meinen Bruderkuß! Und daß Du mich ja hinfort nie anders nen-

neſt, als: Du! — Meinen Taufſchein hab' ich leider nicht bei mir, und Deine Taſche muß alſo einſtweilen ſich ohne ihn behelfen. Aber wer ich bin und welch ein dunkles Schickſal über meinem Haupte ſchwebt — ſobald Du es wiſſen wirſt, mag Deine Seele Dir ſagen, ob ich Dir ein Freundſchafts-Opfer brachte mit dieſem Schmerzens-Bericht! — Hemme mich nun nicht weiter! Das Schlimmſte: der Entſchluß zu reden — es iſt überſtanden. Schweig' und höre, mein junger Bruder!"

Nun ſandte er die ſcharfen Blicke achtſam rings umher, und da er keinen abſichtlichen Lauſcher in der Nähe fand, neigte er ſich gegen ſeines jungen Freundes Ohr und flüſterte einen Namen hinein, davor dieſer erſchrocken in die Höhe fuhr, auf einen ernſten Wink Braunold's jedoch ſich gleich wieder zur Ruhe gab. Danach hub der finſtere Mann folgenden Spruch an: „So hieß ich, bevor ich Braunold hieß. Du wirſt nun ermeſſen, daß ich ein wenig da mitreden darf, wo es ſich von Glück und Weltlauf und unſichtbarer Weltregierung handelt. So lange meine Lebensbahn in den Dir und den Deinigen, wie vielen andern Menſchen wohlbekannten Lichtern der Ehre und des Glanzes friſch empor ging, dachte ich ungefähr, wie jetzt Du über jene wunderſamen Räthſel. Wem das

Gelingen allwärts entgegen blüht, vermeint gern, das komme daher, weil er der Gottheit Augapfel ſey.“

Anton unterbrach ihn ſcheu mit den Worten: „O nein doch, Herr, da dachtet Ihr viel anders als ich. So etwas entſetzlich Stolzes iſt Gottlob niemals in meine arme junge Seele gekommen.“

Trüb erwiederte der Andere: „Haſt doch wohl ſchon einmal den Samenkern mit dem Baume verglichen? der Augenſchein litt kaum den entfernteſten Gedanken an Aehnlichkeit. Und doch mußteſt Du bekennen: Samenkernlein und Baum war Eins und daſſelbe Ding. — Du ſchauderſt zurück vor mir, armer, lieber Knabe! Du ſiehſt mich ſpähend an, ob nun nicht bald Horn und Pferdefuß und Glühauge Dir den verkappten Verſucher kund geben werden. Dem iſt nicht ſo. Ich bin ein ſehr leidender, in jetzt ſehr dunkeln Körper gebannter Menſchengeiſt. Hätte ich Dämonenkraft — ha!“

Und wirklich furchtbar und geſpenſtig nun lederten ſeine großen dunkeln Augen himmelan. Aber er ſenkte ſie wieder voll ſanfter Wehmuth gegen den Jüngling und ſprach: „Denke nicht etwa, es ſeyen himmelſtürmende Titanen-Gedanken frech durch meine zerriſſene Seele gezogen. Und faſt minder noch konnte ich nach Dämonenblitzen verlangen, um die mich betroffene Verkennung und Schmach an unſrem Vater-

lande zu rächen. Nein, fürwahr: zu deſſen Rettung vom Joche Napoleons würde ich alle Donner des Zeus verwenden, lägen ſie in meiner Hand. Aber ſie raſten, die Donner droben auf dem Gipfel des friedeſtrahlenden Olympus, bis wohin unſre kleinen irdiſchen Donner nicht hinauf reichen, als inſofern ſie dem Herrſcher zur heitern Ergötzung dienen. — Ich möchte wohl auch einmal ein Ameiſengefecht zwiſchen zwei recht ergrimmten Haufen anſehen!" — ſetzte er voll ſchwermüthiger, herzzerreißender, aus zerriſſenem Herzen losbrechender Bitterkeit hinzu. — „So etwa Nachmittags beim Kaffee, mein' ich nur, wenn ich eben gar nichts Beſſeres zu thun hätte. — Sey ruhig, mein Jüngling! Sey ruhig! nicht frevl' ich ſo arg, daß ich mich damit jener dunkeln, unbegriffenen Gewalt gleich oder ähnlich ſtellen wollte. Ich hätte ja dann noch immer keine Wage zur Hand, den Ausgang des Ameiſenkampfes zu wägen. Und jene dunkle Gewalt wägt den Ausgang unſrer Kämpfe ab, davon bin ich feſt überzeugt, und hab' es ſchier mit Händen greifen können; aber freilich: nach uns ganz unbekannten Geſetzen. — „Da, da liegt's!" — mit dem tiefſinnigen, von den ſogenannten Leuten für unſinnig gehaltenen Hamlet zu reden. — Mein Irrthum früher lag eben darin, daß ich mir einbildete, die Geſetze jener Wagſchalen ſeyen mit den Geſetzen meines Denkens Eins,

oder doch ihnen vollkommen analog. Deshalb gab es in den erſten Jahren dieſes verhängnißvollen Jahrhunderts wohl keinen eifrigeren Kriegsredner und Siegespropheten wider Napoleon Buonaparte, als mich. Und je höher die Fluth der andräuenden Frankengewalt ſtieg, nur um ſo beſtimmter weiſſagte ich deſſen ganz nahen, unvermeidlichen Untergang. Nämlich mir ſtand der Satz feſt: Napoleon darf die Welt nicht umgeſtalten, denn die Gottheit kann es nicht wollen. Je minder alſo Mittel übrig ſind, ihn von ſeinem furchtbaren Entſcheidungsſiege zurück zu drängen, je zuverläſſiger, ja endlich je nothwendiger muß die Gottheit dieſe Mittel als Werkzeuge zu ihrem Zwecke ſieghaft anwenden. Deshalb ſteigerte meine frühere Begeiſterung ſich zum höchſten Grade der Zuverſicht, als nun 1806 in Deutſchland, ja im ganzen weſtlichen Europa nur Preußen noch ganz allein ſich gegen Napoleons Uebermacht annahm. Wir mußten ja ſiegen, denn er durfte ja nicht ſiegen. Und laß mich Dir's bekennen, mein Jüngling: auch um meines eigentlichſten Ich willen ſchien unſer Triumph mir unerläßlich. Wozu hätte — meinte ich — die Gottheit mich ſo raſch und wunderſam glücklich und glänzend emporgehoben, trüge ſie nicht irgend ein noch unendlich ſtrahlenderes Ziel für mich im Sinne! Das konnte ich aber nur erreichen, wenn Preußen den Weltſtürmer

zurück trieb. Alſo! — Ich hoffe, junger Freund, Du haſt gegen die Folgerichtigkeit jener Erwartungen nicht ſonderlich viel einzuwenden."

„Gegen die Folgerichtigkeit eben nicht!" — entgegnete Anton; — „aber viel dagegen, daß Ihr den lieben Gott ſo logiſch folgernd ordentlich in die Enge zu treiben dachtet. Und dann gegen das Princip überhaupt."

„Und doch iſt es Dein eignes Princip!" ſagte Braunfeld lächelnd. „Aber ſo ſind die Menſchen, und abſonderlich die jungen Menſchen. Ein Paar gefärbte Augenbrauen und ein plötzlich aufgeſchoſſener Stutzbart würden ihnen allenfalls ihr eignes Geſicht unkenntlich machen, wenn ſie es unverſehens im Spiegel erblickten — oder vollends in einer raſch bewegten Fluth, über die ſie ſich gebeugt hätten, um ſchnell ihren wilden Durſt an einem gewitterſchwülen Sommertage zu löſchen!"

„Ihr ſeyd" — hub Anton an, aber alsbald vor einem unwilligen Zucken ſeines ihm neu Verbrüderten die Rede beſſernd, ſprach er mit demüthiger Senkung ſeines lockigen Hauptes: „Du biſt ſtärker als ich im Disputiren, wie ſich das von ſelber verſteht, und vielleicht auch reicher als ich an Bildern. Erlaube mir nur einſtweilen die Verſicherung: ganz anders iſt es beſtellt mit meinem Vertrauen auf die göttliche, über

jeden Einzelnen väterlich wachende Huld, als mit Deinen damaligen Geſichten. Kindiſcher — das mag ſeyn! — aber auch kindlicher gewiß ſteht es um mich. Siehe, ſo beſtimmt ich weiß, meine Eltern würden mir einen Apfel nicht verſagen, wenn mein Leben daran hinge, daß ich ihn genöſſe, eben ſo beſtimmt weiß ich: ſelbſt das vor menſchlicher Erwartung Allerunwahrſcheinlichſte würde mein lieber Gott in jedem Augenblicke herbeiführen, wo ich deſſen wahrhaft bedürfte."

„Wie?" fragte wehmüthig lächelnd Braunold; „das wüßteſt Du gerade eben ſo gewiß als Jenes?"

Da ſprach der fromm erglühende Jüngling: „Nicht eben ſo gewiß, ſondern unendlich gewiſſer. Denn es könnte ſich doch fügen, daß meine lieben Eltern in jenem entſcheidenden Augenblicke keinen Apfel hätten. Mein lieber Gott aber hat in jeglichem Augenblick Alles, und vermag durch alle Ewigkeiten Alles."

Braunold, ihn wehmüthig anblickend, ſagte: „Ich ſollte Dir vielleicht Deinen tröſtlichen Glauben ungeſtört laſſen, guter Jüngling! Aber durch den Gang der Weltgeſchichte aus ſchönen Träumen aufgedonnert zu werden, iſt doch weit ſchmerzlicher, als wenn uns Freundſchaftshand mit linde ſchonender Berührung

erweckt. Bei Weitem nicht ſo kindlich ſüß als Deine lieben Träume waren die meinigen. Und doch — wie zerſchnitt es mir das Herz, als nun die Schlachtendonner von Saalfeld und Jena ſie mir in wenigen raſchen Stunden auf immer von hinnen ſcheuchten! Und in dieſer plötzlichen Blitzesblendung erſchrecklicher Wahrheit vermochte ich nicht ſchnell genug die neue Bahn zu erkennen, die als einzig errettende noch für uns einzuſchlagen ſtand: die Bahn zu einem rühmlichen Grabe. Wahrhaftig, Jüngling, nicht mir, nicht andern unglücklichen Männern jener Tage hat es an Muth und Entſchloſſenheit gefehlt, den Weg zu betreten, der in die letzte ehrenvolle Freiſtatt führt. Aber da ſtürmte noch ſo Vieles an mein Herz: das Blut und Lebensglück von Tauſenden, und ihrer Weiber und Kinder Thränen und Jammer! — Wirklich, damals bildete ich mir noch ein, es könne, wenn auch gerade nicht ich, doch ſonſt noch manch ein Menſch ruhig und heiter leben unter Napoleon Buonaparte's überhindonnerndem Giganten-Fußtritt. Ein Ueberhindonnern, meinte ich, gelte es nur eben, nach andern, neubedrohten Gegenden hin, wie etwa das Vorüberraſen eines ſtürmigen Gewitters, dem weder Gebirge noch andere Hemmungen ſeine raſche Bahn verlegen. In der überraſchenden Blitzesblendung — verſtehe mich

wohl! — ergriff mich dieſer Irrthum. Wäre ich auf den furchtbaren, alles Menſchenglück zertrümmernden Schickſalſpruch einigermaßen vorbereitet geweſen — auf deſſen Möglichkeit nur — o Knabe, ich hätte damals nicht in den weichlichen Rath zu Uebergabe und Schonung geſtimmt, wie ich es that, nur Eines richtig erkennend: die Unbeſiegbarkeit Napoleons, durch den Donner des Fatums beſiegelt und geheiligt. Jener unglückliche Rathſchlag koſtete mich meinen Ruhm und meiner ganzen, ſo ſchön durchflogenen Laufbahn Glanz — koſtete mich wohl gar — ha Knabe!" rief er mit herzerſchütterndem Ton, „haben wohl gar auch Deine Eltern mich für einen Teufel gehalten? — Denn was iſt ein Verräther anders als ein Abtrünniger — ein Teufel?"

Der furchtbare Klang und Sinn dieſer Worte hatte die nächſten Schläfer aufgerüttelt. Sie fuhren entſetzt in die Höhe und ſtarrten umher. Doch bald wieder — ſie waren allſammt ja Jünglinge, an tiefem Schlaf und luſtigem Muthe reich! — ſanken ſie auf ihre feuchten Feld- und Raſenbetten zurück, vielleicht Jeder von ihnen vermeinend, eben da, wo er gewacht hatte, habe er nur geträumt. Braunold aber, die Augen in beide Hände verbergend, flüſterte über die jugendlichen Schlummergeſtalten hin:

„Ich ſprech' Euch beſten Segen zu:
Schlaft bald ſo ſtill in ew'ger Ruh'!
Ringt Ihr noch lang' durch irre Welt,
Wer weiß, wofür auch Euch ſie hält!
Wer ſchläft, mit dem iſt's gut beſtellt!"

Anton, ſich liebevoll Brauneld anſchmiegend, ſagte feierlich leiſe: „O Du, den ich mit ſeinem rechten Namen — dem edlen, obzwar unbeglückten! — nicht nennen darf, o lieber, lieber Brauneld, empfange das unbeſcholtene, nie auch im Spiel noch verletzte Ehrenwort eines treuen Jünglings: in keinem Augenblick haben meine lieben Eltern Dich für einen Verräther gehalten! Nur als um einen edlen Irregeleiteten haben ſie um Dich, wie um manchen Deines Gleichen, geweint!"

„Das war Treu!" ſagte Brauneld tiefbewegt, und die Hand ſeines jungen Freundes mit herzlichem Drucke faſſend. „Gott geſegne Dir's in Deiner vermuthlich nahen Sterbeſtunde — oder wäre Dir der ungeheure Schmerz eines langen Lebens nach der morgenden Schlacht aufbehalten, nun, auch da blühe Dir Segen auf jedem Schritte, ſo viel er noch irgend aufzukeimen vermag auf der fortan entſetzlich dunkeln Lebensbahn!"

„Du segnest so schön!“ sagte Anton mit weicher Stimme; „was mischest Du denn so nächtig schwere Gewitterworte darein?“

„Die sind Wahrheit!“ sprach Jener zurück; „meine Segensworte sind wohl nur ein lieblich täuschender Traum. Aber die Wahrheit mußt Du ertragen lernen, junger Krieger, und sie anschauen, sey es auch in ihrer allerfurchtbarsten Gestalt. — Ja, Knabe, Donnerworte sind es, die auf meinen Lippen schweben, wie leise ich sie jetzt auch flüstere, um jener glücklichen Schläfer willen. Donnerworte sind es! Aber Dir sollen sie den ehrenden Ritterschlag geben, das edle Gebot Dir in die Seele dröhnend: Knabe, sey ein Mann! — Siehe, wir Preußen allzumal haben gewählt, wie wir schon vor sieben Jahren hätten wählen sollen: rühmlichen Tod für schmähliches Leben. In meine Waldberge hinein, wo ich verborgen vor aller Welt als kühner Waidmann mein verstörtes Leben zu beschließen gedachte, kam des Königs Ruf, zur Bewaffnung. Der schöne, heilige Todesruf! O Wenige vielleicht haben ihn so klar verstanden, als ich. Und selbst aus der rufenden Heldenseele ist er vielleicht mehr in pothisch unbewußter Entflammung ertönt, als in klar anschauender Besonnenheit. Aber ich verkünde Dir, wie es eigentlich heißt. Hinab! heißt es; in's schöne, stille, mit Blut gereinigte Ehren-

bett hinab! Die Welt hat keinen Raum mehr für uns. Aber was thut es? Unſern alten großen Namen ſoll ſie nicht vergeſſen dürfen, ſo wenig ſie jemals den Namen: Sparter und Thermopylen vergeſſen darf!" — Und mit gewaltigem Händedruck ſetzte er hinzu: „Stirb auch Du recht ſchön, mein edler Jüngling! Ich hoffe, Dir ſoll es nicht beſchieden ſeyn, in die Jammertage nach unſerm Erliegen hinüber zu leben!" — Doch kopfſchüttelnd unterbrach er ſich ſelbſt mit der trüben Frage: „Beſchieden? Ach, thörichte Ameiſen-Seele ich, die noch immer ſo hohe Werte von dem Geſchick der Einzelnen braucht! Mußte ja doch auch ich die Tage von Saalfeld und Jena überleben und ſchlimmere Tage noch! — Nun, lieber Anton, gieb mir Deine Hand darauf, daß Du Alles, was kommt, recht feſt und würdig ertragen willſt! Ich könnte es nicht ertragen, Dein anmuthiges Bild ſo verzerrt zu erblicken, wie ſeit jenem Unglücksſplitter das meinige unter den Menſchen umher ſpukt, — ja bisweilen als gräßlicher Spiegel-Reflex vor meinen eigenen Blicken erſcheint. Hu!" murmelte er, und drückte die eine Hand vor die Augen. — In die andere aber ſchlug Anton rüſtig ein und ſagte: „Ich will ehrbar leben und ehrbar ſterben mit Gottes Hülfe!" — „Alſo dennoch ſoll die Macht des unerforſchlichen Weltenlenkers" — ſagte Braunold, trüb zu den Ster-

nen emporblickend — „dennoch soll jene, Sonnen und Sonnen-Systeme lenkende Hand sich immerfort nach Dir ausstrecken und Dich leiten, wie etwa Deine Kinderfrau Dich leitete, wenn Ihr mitsammen Blumen suchen ginget?“

„Ja!“ sagte Anton sehr freundlich.

Da warf sich Braunold unwillig an den Boden zurück, wie um zu schlafen. — Anton legte sich sanft und behaglich nieder, und ein süß erquickender Schlummer säuselte bald um seine Sinne und seine stille Seele.

Nicht eben lange mochte er geschlafen haben, als Braunold's eiskalte Hand seine Wange leise berührte, und Braunold's Stimme ihm heiser und dumpf in's Ohr flüsterte: „Wohlauf, wohlan! Der Todesmorgen dämmert schon. O sey er Dir ein Triumphes-Morgen, mein junger Todgeweihter!“

Ein furchtbarer Schauder rann durch des Jünglings erwachende Seele. Aber mit den heiteren Worten: „Wie mein lieber Gott es haben will!“ faßte er nach Büchse und Patrontasche und fühlte sich durch das fröhliche Treiben und Regen des Aufbruches rings umher gar anmuthig erfrischt.

So schritt er dann bald recht munter neben Braunold her in dem kampfbereiten Zuge vorwärts. Wer die Beiden so neben einander wandeln sah in

den aufblitzenden Morgenlichtern, hätte fast denken mögen: „Wie haben doch das muthige Leben und der tapfere Tod so seltsam nahe Genossenschaft gemacht!“

Die heiße Prüfungs-Schlacht — oder, wie sie einer unserer edelsten frühverklärten Sänger getauft hat: die heiße Opfer-Schlacht bei Lützen stieg unter den heitern Frühlings-Lichtern des zweiten Mai empor. — Muthig frisch hielt sich der freundliche Anton auf seiner ersten Kriegerbahn; in edler Sterbenslust drang der geisteskräftige Braunfeld feindan.

Bei jedem Vorrücken lächelte Anton zu seinem Gefährten triumphirend hin. Bei jedem Sammeln und sich Feststellen an ersiegten Punkten sah er kindlich froh zu ihm auf, als wollte er sprechen: „Siehst Du wohl? Und ich bin auch noch da!“

Wankte dagegen das Zünglein der Siegeswage nach den Franzosen hinüber, und mußten die diesseitigen Schaaren vor der Uebermacht und Sturmes-Kühnheit des Gegners weichen — da blickte der düstere Braunfeld mit tiefem Schmerz seinen Jüngling an, und in dem Blicke lag der Gedanke: „Nun beginnt die dämonische Siegeskraft des großen Unterdrückers ihre Schwingen zu entfalten. Und wehe, Du lebst noch, das zu schauen, Du schuldlos fröhliches Licht!“

Wechselnd unter solchen stummen Grüßen hatten die Zweie sich rühmlich durch viele Wechsel-Erfolge des ernsten Tages durchgerungen. Da begann um die Zeit des leise heraufdämmernden Abends ein erneuter kühner Feindes-Angriff sich eines ihm abgerungenen Dorfes, koste das auch, was es möge, wieder zu bemeistern. — Die braven preußischen Jäger standen fest und frisch, den freien Willen herrlich bewährend, der sie in diese Kampfesgluthen berufen hatte. Kartätschen-Salven pfiffen und schmetterten wie mit grausem Hohngesange durch ihre Reihen. Da fühlte sich Anton plötzlich niedergerissen, an den Boden, und ein heißer Quell drang aus seiner rechten Schulter über seine Brust. „Ich bin wohl verwundet — und schwer!" dachte er in träumerischem Halb-Besinnen. Da schwankte etwas Dunkles über ihn hin und her wie ein taumelnder Riese. „Ist es der Tod?" flüsterte Anton. — Aber selbigen Augenblicks schlug die Gestalt hart neben ihm nieder, und es war der verwundete Braunold, der sich nur mit Anstrengung seitwärts gerissen hatte, um nicht noch im Falle seinen jungen Freund und Gefährten zu verletzen.

Beider Augen und Sinne hielt jetzt die Wunden-Ohnmacht umschleiert, und so lagen sie eine Zeit lang bewußtlos neben einander. Es war nach und nach Alles still geworden um sie her. In Anton's Seele

regte ſich zuerſt wieder die noch ſo jugendlich friſche Lebenskraft, aber vererſt nur in Träumen, und die ſpielten bei ihm, wie gewöhnlich, in den holden Umgebungen der friedlich ſüßen Heimath. Ihm war, als habe er bei einem Knaben Wageſtück einen ſchmerzlich gefährlichen Sturz gethan, und da ſey die gute alte Lisbeth gekommen, ihn zu verbinden. Ihn aber ängſtete nur dabei, daß ſeine Eltern ſich ängſten würden, wenn ſie ſeinen Unfall vernähmen, und ſo flüſterte er immer: „O gute, alte Lisbeth, o liebe Wärterin, nur leiſe! leiſe!“ — denn es kam ihm vor, als weine ſie und ſeufze: „Ach, Tenerl! o mein liebes Junkerlin Tenerl! Ei wer hätte doch das gedacht!“ — Da plötzlich faßte ihn ein entſetzlicher Wundenſchmerz, ein donnerndes Geraſſel rollte dicht an ſeinem Ohr vorüber, und aufſchreiend: „Weh, Alte! Du renkſt mir den Arm ja aus!“ erwachte er. — Neben ihm ſtöhnte der wundfiebernde Braunelb: „Ja, ja! — das iſt die Alte, von der Du im Traume ſprachſt; das iſt die rechte Lisbeth, die rechte Kinderfrau! Die hat heute wohl ſchon Manchen zur Ruhe geſungen — oder zur Ruhe gebrummt und gerüffen vielmehr. Aber Dich hat ſie in ihrer dummen, täppiſchen Eile nur hart verletzt, wie ſie über Dich hinraſſelte, und Du kannſt nun um ſo weniger in den Schlaf kommen, Du armer, zwiefach wunder Knabe! Ein rückgehendes

Kanon war Deine freundliche Wärterein, Dir von den pflegenden Gewalten da droben zugesendet! Von den Gewalten, auf deren Fürsorge Du Dich immer in so anmuthiger Blindheit verließest, daß Du beinah' auch mich mit blind gemacht hättest. Aber nun bin ich erwacht, und vollends, als ich sah, wie die liebe Kinderfrau, die Kanone, Dir über den ausgestreckten linken Arm hinfuhr und Deine Knochen zermalmte! — Dein zartes Aermchen, Du lieber Knabe!" setzte er voll tiefer Wehmuth hinzu; „o hätte sie Dir doch lieber die edelglühende Brust eingedrückt, so schliefest Du fest! — Aber solche ungeschickte Kinderfrauen giebt es nun einmal auf dem Schlachtfelde!" setzte er voll wieder erwachenden grimmigen Hohnes hinzu.

Der Jüngling, seine Wundenschmerzen nieder kämpfend, ermannte sich zu der Frage: „Ein zurückgehendes Kanon, sprachest Du? Ein vorgehendes wolltest Du sagen, Du furchtbarer Blutiger! Nicht wahr?"

Aber Braunold entgegnete dumpf: „Ein zurückgehendes. Ich sprach ganz recht. Wir haben die Bataille verloren!"

Ein hellschmerzlicher Schrei drang aus des Jünglings Munde. Aber einen heiligen, segenbringenden Namen rief er dabei an, und lindernde Ohnmacht umfing ihn.

Es war ſehr ſtill geworden auf dem nächtlichen Schlachtfelde, als unſerm jungen Freunde abermals die Beſinnung rückzukehren begann. Und abermals war es ihm, wie vorhin im Traume, als knie die gute Lisbeth neben ihm und verbinde ihm ſeine Wunden. Aber nicht empfand er Schmerz dabei, wie vorhin; vielmehr fühlte er, wie ſie ihm einen lindernden, angenehm duftenden Balſam durch die ſanft umgelegten Tücher auf die verletzten Stellen goß. Auch flößte ſie ihm einige Löffel erquickenden Ungarweines über die lechzenden Lippen. Dazu flüſterte ſie, leiſe weinend: „Ach, Tenerl, ach, Junker Tenerl! O liebes Herzenskind, wer hätte das gedacht!“

Anton aber entgegnete: „Stille, gute Lisbeth, o ſtille! ſonſt lacht uns der Braunold aus. Und Du biſt ja auch gar nicht die wirkliche gute alte Lisbeth, Du biſt ja nur ein Traum; aber ich freue mich dennoch zu Dir!“

„Das iſt hübſch von Ihnen, Junkerchen!“ ſagte die Kinderfrau. „Aber daß Sie ſo irre reden, liebes Tenerl, das iſt gar nicht hübſch von Ihnen. Damit ängſten Sie nur mich arme alte Frau, und was ſchlimmer iſt, Sie verderben ſich ſelber die Freude. Beſinnen Sie ſich doch; ſchmecken Sie doch den Wein, den ich Ihnen einflöße; ich bin's ja wahr und leibhaftig: Ihre alte gute Kinderfrau Lisbeth!“

„Lisbeth! wie kämeſt denn Du hieher auf dies große, blutige, dunkle Schlachtfeld bei Lützen?“

„Ach, ich mußte ja doch Etwas anfangen in dieſen ängſtlich bangen und ärmlichen Zeiten, um meinen verwaiſeten Schweſterkindlein ihr liebes Bischen hübſches Leben durchbringen zu helfen. Da bin ich denn — weil gar nichts Anderes mehr anſchlagen wollte — endlich eine Marketenderin geworden. Anfangs mochte ich durchaus nicht daran, aber ich mußte. Und wie hübſch gnädig kam das vom lieben Gott! ſonſt hätte ich ja hier mein liebes Junkerlin Tonerl nicht pflegen können, und wer weiß, ob Sie nicht hier in Blut und Elend ganz verkommen wären, Sie armes, liebes, braves Kind! Ach Gott, in alle dem Elend bin ich doch noch ordentlich ſtolz auf meinen braven Junker Tonerl. Ja, ja, nicht umſonſt haben Sie immer ſo feurig Soldaten geſpielt, und ich hatte Unrecht, wenn ich mich damals ſo ängſtlich anſtellte. Nun ſeh' ich, was es bedeuten ſollte!“

„Ja wohl, Du treue Pflegerin!“ ſprach Anton in freudig erwachender Begeiſterung — „und Gott wird uns Sieg geben und ich werde ihm noch danken auf manchem herrlichen, fern liegenden Schlachtfelde, von dem das leibliche Auge jetzt noch nichts erſieht und faſt eben ſo wenig der grübelnde Verſtand etwas vernimmt!“

„Ganz recht!“ ſagte Lisbeth; „habe ich doch auch Sie, liebes Kind, hier nicht mit leiblichen Augen und mit kluger Abſicht gefunden. Ich hörte nur, daß hier herum ſo viele Bleſſirte lägen; da machte ich mich ſo nahe mit meinem Wagen heran als es gehen wollte. Und dann ſteckte ich Bandagen und ein Fläſchlein Ungarwein und etwas guten Wundbalſam zu mir, und dann führte mich der Himmel und mein Herz gleich zu Ihnen zuerſt. Ei, das arme junge Blut! dachte ich bei mir; ſo in dem Alter etwa müßte jetzt mein liebes Junkerlin Toneri ſeyn! — Und da war es mein liebes Toneri ſelbſt, was ich verband. Das erfuhr ich mit jammervoller Wonne, liebes Kind, wie Sie ſo im Ohnmachts-Traume zu ſprechen begannen und meinen Namen lispelten!“

Die Seele ging ihr in Freuden- und Schmerzens-thränen über.

„Warſt Du denn vorhin ſchon einmal bei mir, Lisbeth?“ ſprach der ſich immer mehr beſinnende Jüngling. „Ach nein, da träumte mir ja nur von Dir! — da kam das böſe Kanon! — Himmel, und rückwärts ging es? — Erſchrick nicht, gute Lisbeth, ich faſele nicht; Du ſollſt das ſchon erfahren, wenn ich wieder geſunder bin. Jetzt —!“ — Er ſank erſchöpft zurück. Und ausrufend: „O mein Wagen! — Hierher, hierher damit! Gedulden Sie ſich, Herzens-Toneri!

Ich bin gleich wieder hier!" eilte die treue Kinderfrau von hinnen.

„Guter Braunold!" sagte der erheiterte Jüngling, „lebst Du noch?"

„Ja!" war die kurze, tieflautende Antwort.

„Und, Braunold, hast Du denn hier Alles gehört?"

„Ja!"

„Siehe, nun, hoff ich, soll auch Dir geholfen werden durch die gute Lisbeth!"

„Ich hoff es nicht, ich fühle mich sterbend."

„O Braunold, lieber Braunold, warum riefest Du nicht vorhin nach Wein und Balsam? Ach, so halte Dich doch wenigstens, bis die gute Lisbeth wieder kommt!"

„Du freundlicher Knabe, störe mich jetzt nicht!"

„Was machst Du denn, Braunold?"

„Ich bete!"

„Gottlob!" sagte Anton und betete nun auch still von ganzem Herzen für den Verscheidenden mit, den er zuweilen tief und schwer aufathmen hörte.

Nach einer Weile sagte Braunold: „Ich habe gebetet; mir ist verziehen. Und der die Kinderfrau Dir auf das Schlachtfeld sandte, Du liebes junges Blut, Er wird viel andern Schlachtfeldern herrlichere Gaben senden. Victoria!"

„Freilich!“ entgegnete Anton; „und auch diese Schlacht kann nicht so verloren seyn als Du meintest, Braunold; sonst könnten ja doch nicht Preußen auf dem Felde herum wanken, und zwar unbewaffnet! Und Weiber vollends!“

„Du hast recht, mein lieber, trostreicher Jüngling!“ sagte Braunold; „Du frischer Engelsbote, mir vom Höchsten zugesendet in der letzten schweren Stunde, so manche bange Last von meiner scheidenden Seele zu nehmen. Wunderbar hat mich Dein früheres, kindisch anmuthiges Geplauder zu dieser letzten, heilbringenden Erquickung vorbereitet, wie seltsam auch ich mich in meiner eingebildeten Kraft dawider stemmte. Lieber Anton, jetzt hab' ich nur noch eine Sorge, und zwar eine irdische — eine kindische vielleicht; aber diesseits will sie nicht von mir lassen. Möchtest Du mich wohl auch deren entheben?“

„Von ganzem Herzen gern, Du lieber Braunold!“

„So versprich mir denn, mein Jüngling, auf Dein gewiß recht jungfräulich reines Ehrenwort, daß Du mich, wenn Du inskünftige von mir redest — und in Deiner großen Liebe und Innigkeit wirst Du das wohl nicht lassen können — daß Du mich dann nie anders nennen willst als mit dem Namen: „Braunold“; nie mit jenem andern — ach, dem früher so glänzenden Namen! — den ich Dir vorige Nacht in

das Ohr flüſterte. Willſt Du mir's verſprechen?" ſetzte er lieblich bittend, mit beinahe kindlich anmuthiger Weichheit hinzu.

Anton entgegnete: „Wenn Du es begehrſt, edler Sterbender, da muß ich ja wohl. Bedenke jedoch — wär' es denn nicht ſchön und begeiſternd, wenn Deine Zeitgenoſſen erführen, wie Du, großer Verkannter, geſtorben biſt?"

„Nein, ach nein!" ſagte Jener, unruhig werdend. „Nein, laß mich verunglückte Feuerkugel im Dunkel verlöſchen, daß Niemand wiſſe, wo ich geblieben bin. Verſchweig, o verſchweige meinen Namen vor aller Welt! Verſprich mir das feierlich, recht feierlich; hörſt Du wohl?"

„Ich verſprech' es Dir bei Ehre und Pflicht!" ſagte der Jüngling; doch ſetzte er hinzu: „Verſteht ſich, daß nicht etwa irgend einmal Krankheit oder Wundfieber mir Deinen echten Namen unbewußt über die Lippen riſſe!"

„Recht ſo!" erwiederte der Andere; „wer ſo mit Bedacht verſpricht, gedenkt zu halten. Und was die Streiche betrifft, die Dir Krankheit oder Wundfieber mit meinem Geheimniß ſpielen möchten, da laſſ' ich den walten, welcher Dir Deine Kinderfrau hieher auf das Schlachtfeld ſandte. Gute Nacht!"

Einige Augenblicke nachher ſagte er mit wohllautender, beinahe jubelnder Stimme: „Anton, o lieber Anton — jetzt ſterbe ich wahrhaftig!“

Dann war es ſtill für immer.

Bald darauf kehrte die treue Mutter Lisbeth mit ihrem Wagen zurück und auch mit einem Wundarzt. Dieſen beauftragte Anton ſogleich, daß er vor allem Anderen nach Braunold ſehe. Der kunſterfahrene Mann erklärte nach einigen Verſuchen, hier ſey das irdiſche Leben unwiederbringlich entwichen. Da flüſterte der Jünaling noch einmal dem lieben Kampfgenoſſen zu: „Gute Nacht! Oder eigentlich: Guten Morgen! Und auf recht frohes Wiederſehen, Du edler Verſöhnter mit Gott und mit ſeiner Welt!“

Sie hatten ihn derweil auf ein bequemes, im Wagen ſorglich bereitetes Lager gehoben; die alte treue Pflegerin ſetzte ſich neben ihren Liebling, ihn vor jedem nachtheiligen oder auch nur ſchmerzenden Rütteln des Fuhrwerks nach Kräften zu hüten. Der Wundarzt ging hülfsfertig beiher.

Ein leiſes Seufzen, welches zuweilen ſich nicht ganz in das Herz der guten Frau wollte zurück drängen laſſen, erweckte in Anton's Seele den ernſten Gedanken: vermuthlich habe der Wundarzt gar keine oder doch nur ſehr wenige Ausſicht zu ſeinem Aufkommen

gegeben, und bald nun werde die Pforte auch für ihn sich öffnen, durch welche Braunold so eben gewandelt sey. Als aber im Städtlein Pegau, wo man Halt machte und für den Augenblick ein Unterkommen fand, der Wundarzt bestimmt versicherte: es sey weder Lebens- noch Lähmungs-Gefahr vorhanden, auch selbst nicht auf den wahrscheinlich nothwendigen Fall eines fortgesetzten Transports über die Elbe zurück — da zuckte der Jüngling wohl schmerzhaft zusammen vor dem Gedanken, daß nun dennoch das verbündete Heer weichen müsse, aber zugleich auch dankte er im Stillen Gott, daß er nun seine lieben Eltern wohl noch hienieden wiedersehen würde und daß sie, statt über ihn zu weinen, sich unaussprechlich freuen würden über ihn. Um so staunender aber sah er, wie das ehrwürdige Antlitz seiner Pflegerin noch immer nicht frei werden wollte von einem tiefen Schmerzens-Ausdruck, der darüber hingebreitet lag. Er fragte sie darum; da begannen ihre Thränen zu rinnen, und sie sprach: „O liebes Junkerlin Teuerl, ich kann Sie ja nicht auf meinem Wagen zurück fahren, bis nach Ihren lieben Eltern hin, wie ich mir's doch in der ersten wehmüthigen Herzensfreude ausgedacht hatte. Wozu möchte auch nur das Herumziehen in den Lazarethen helfen, für den, welcher seinen heimathlichen Herd —

und ſey es auf noch ſo fern hinaus — erreichen kann! In den Lazarethen, liebes Kind, ging' es Ihnen doch nie ſo gut als in der elternlichen Pflege! Und Sie müßten ja in den Leidens-Oertern ebenein nur andern weit Unbeglückteren Raum und Wartung beengen. Daheim jedoch — o, Vater- und Mutter-Augen gießen eine heilende Kraft aus, und wär' es auch manchmal in Thränen — das ſoll mir kein Doktor auf der ganzen Welt abſtreiten, und wär' er noch ſo hochſtudirt! — Und wie bald und friſch dann mein braves Junkerlin wieder feindan ziehen kann, vollkommen geneſen, und ein Hurrah anhebend im Sturmſchritt, daß den Feinden das Herz im Leibe kracht, während den munteren Freunden die ganze Seele lacht!"

„Alte!" unterbrach Anton ſie mit ſchmerzlichem Lächeln; „Du hätteſt mir das nicht ſo gar hübſch ausmalen ſollen, hübſcher noch, fürwahr, als ſelbſt das beſte der guten Mährlein klang, die Du mir vordem ſo anmuthig vorzuerzählen wußteſt! Denn ſiehe, nun haſt Du mir eine Sehnſucht nach der Heimath erweckt, und Du fingeſt doch Deine Geſchichte damit an, daß Du mich nicht hin zu ſchaffen weißt."

„O hinſchaffen, damit hat es gute Wege!" ſagte Lisbeth erheitert — „hier hab' ich ſchon einen guten

Mann ausgemittelt, der ſeinen eigenen Wagen hat; ein Altenburger iſt er, und das heißt ja bekanntlich in der ganzen Welt ſo viel — in der ganzen Welt, mein' ich, die je von Stadt und Land Altenburg gehört hat — als: ein treues Herz. Ein junger, friſcher, unabhängiger Burſch iſt er, und meint, nach Altenburg, wohin jetzt nun der Franzmann vordränge — zucken Sie nicht ſo zornig, liebes Kind, die Binden verſchieben ſich ſonſt! — dahin welle er nicht gern eher wieder zurück, als bis er bei umgewandeltem Waffenglück mit den Verbündeten dort einrücken könne. Nicht wahr, das klingt hübſch, mein liebes Kind? — Nun, und der will Sie fahren und Ihrer pflegen mit Altenburger Treue und Liebe, bis er Sie auf den Hof des väterlichen Schloſſes im ſchönen waldigen Ober-Schleſien und in die Arme der lieben Eltern bringt. Warum ich ſelbſt nicht mit kann" — ſetzte ſie weinerlich hinzu — „ach, Junkerlin, das macht: all mein Hoppheichen, und das meiner Schweſterkinder noch mit — oder, wie man's auch zu nennen pflegt: Hab' und Gut — es ſteckt in dem Blitzmarketender-kram, den Gott geſegnen welle um der guten Kinder willen. Blieb' ich nun nicht dabei, oder führe ohne Gewinn zurück, wo wäre all der Lieben ängſtliches Hoffen auf Muhme Lisbeth's Hülfe und Beiſtand

hin! — Ach, Tonerl, ich muß nun für dasmal ſchon leben und ſterben mit dem König von Preußen und dem Kaiſer von Rußland!“

„Gott ſegne Dir das ſchöne Bündniß!“ ſprach, leiſe lachend, der erheiterte Jüngling; „aber auch ich hoffe bald auf's Neue in den Bund zu gehören. Bald wieder mit Arm' und Büchſe, mein' ich!“ ſetzte er viel ernſter, ja feierlich hinzu; „meine Seele ſoll mir derweile nicht Tod, nicht Leben auch nur augenblicklich davon trennen!“

Da trat der freundliche Altenburger heran und meldete, jetzt ſey Alles zur Abfahrt fertig, aber zugleich auch die höchſte Zeit dazu. — Lisbeth half ihren Pflegling auf das Fuhrwerk des treuen Mannes ſorglich betten, und hielt dabei noch ſorglicher ihre Thränen zurück. „Denn“, ſo dachte ſie aus mannigfach ernſter Erfahrung, „Thränen von Leuten, die man lieb hat, kommen uns gar leicht und auch zugleich gar ſchwer im Traume wieder vor. Und lieb hat mich Junker Tonerl von Herzen und an Fieberträumen wird es ihm unterweges auch nicht fehlen — und alſo!“ — Erſt als ſie das Raſſeln des Altenburger Fuhrwerks nicht mehr hören konnte, ließ ſie den Schmerzensquellen ihrer Seele freien Lauf; und da floſſen ſie wie Frühlingsſtröme, oder — wenn das Jemand für die

gute alternde Lisbeth etwa nicht wollte gelten lassen: wie die Herbstesströme des Jahres 1824, von tiefer, wundersamer Bewegung der guten alten Erdmutter Hertha erregt!

Anton kehrte unter dem treuen Altenburger Geleit schon fast genesen in die Arme seiner um ihn längst trauernden Eltern heim.

Als das Fuhrwerk auf den Schloßhof rasselte, sprach ein Diener wehmüthig den Geleitsmann an: „Ach, lieber Freund, Ihr bringt einen Verwundeten, und Gott weiß, wie gern meine Herrschaft dergleichen aufnimmt; aber eben deshalb giebt es in der überfüllten Burg leider keinen Raum für solche liebe Gäste mehr!“

„Geduld, Geduld!“ sagte der fröhliche Altenburger, vor Freuden die kräftigen Hände gegen einander reibend; „für den hier ist wahrhaftig Platz im Schlosse! Denn erstlich ist er so ziemlich schon genesen, und wird also wenig Umstände verursachen; zweitens schickt mich die gute Kinderfrau Lisbeth mit ihm her zum Herrn von Sternbach und zu dessen Frau Gemahlin; und drittens ist er der lieben Schloßherrschaft einziges Kind, der tapfere junge Herr Anton von Sternbach!“

Da ging eine Freude auf, die man ein Vorbild der ewigen Freude nennen konnte, und die späterhin, als der geneſene Jüngling auf's Neue gegen den Feind rückte, in eben ſo ſtarker Ergebung als Zuverſicht keinen Raum für irgend eine zerreißende Trauer mehr ließ. — Anton iſt aber auch wirklich am Ende aller Kämpfe gegen Napoleon Buonaparte abermals glücklich und ruhmgeſchmückt in ſeine edle Heimath zurück gekehrt.

Braunold's Vertrauen, daß weder Krankheit noch Wundfieber ſeinen echten Namen über Anton's Lippen bringen werde, iſt erfüllt geblieben. Der ſchläft, vergeſſen von faſt allen Lebenden, faſt ähnlich der unglücklichen Zeit, welche mit ihm verſank, auf Lützen's ernſten Gefilden.

Anton's Leben blüht allzu friſch durch die Gegenwart in die Zukunft hinaus, um in der Novelle noch Raum zu finden. Wir wiſſen aber nur zu melden, daß die Kinderfrau ihren Liebling nach ausgefochtenen Kriegen in großen Freuden wieder ſah, und überhaupt in keiner Hinſicht Urſache fand, ihr mit König und Kaiſer geſchloſſenes Bündniß zu bereuen. Ob ihr ſchon jetzt die frohe Gelegenheit ward, nach alter, ehrſamer

Kinderfrauen-Sitte, ihres Junkerlin Tonerl Kinderschuhe einer schönen Braut bei'm Hochzeit-Mahle auf einer mit Rosen und Myrthen gezierten Schüssel zu überreichen — davon schweigt die Ueberlieferung und also auch die Novelle.

# Das Portrait zum Sprechen.

Von

**Ludwig Halirsch.**

# Erſtes Kapitel.

Der Studioſus Finterl. — Etwas von Kleinigkeiten. — Iſt's nur das!

Es war ein heiterer Herbſt-Abend, als der Studioſus Finterl von den waldigen Höhen nach dem, im Thale liegenden Dörfchen Löwenau herab ſchritt. Er machte dabei ein ſo bedenklich liſtiges Geſicht, daß jeder aufmerkſame Beobachter auf die Vermuthung kommen mußte, es ſey nicht ganz richtig mit ihm. — Dem war allerdings ſo. Es hatte nämlich ſeine ganze Richtigkeit wohl mit Finterl's Kopf, aber nicht mit ſeiner Taſche. Dieſe erſchien, zufolge des emporſtrebenden Geiſtes ihres Inhabers, ſeit den zwei Tagen, in denen er bereits die Freuden der Ferien ausgekoſtet, ſo leer, als wäre ſie in eine der neueſten Rittergeſchichten verwandelt. — Finterl aber wollte noch weiter, Finterl wollte nach den Plänen, die er während des ganzen

traurigen Collegien-Jahres formirt, nach der Schweiz, nach Italien, nach Paris, und weiß Gott, wo überall hin. Demnach befand er sich ohne Zweifel jetzt in einer kleinen Verlegenheit, vorzüglich, weil man eher durch die Luft als durch die fünf Welttheile mit leerem Beutel reisen kann.

Allein für ein Genie, und Finterl war ein Genie, sind derlei Dinge Kleinigkeiten; und er meinte, der müsse ein erbärmlicher Stümper seyn, der sich mit einem erfindungsreichen Kopfe nicht über die ganze Halbkugel winden könne. Er fing auch sogleich an, einem Plane nachzuhängen, vermöge welchem er sich einstweilen freie Zehrung zu verschaffen dachte. — Unschlüssig noch über die Wahl der vielerlei sich aufdringenden Hülfsmittel, begann er seinen Trab eben in einen gemäßigten Schritt zu verwandeln, als ein vorübereilender Landmann, das einzige Wesen, das ihm bis jetzt aus dem nahe liegenden Orte begegnete, seine ganze Aufmerksamkeit in Anspruch nahm.

„Der Erste, der Beste!" dachte er und begann sogleich, auf ein ansehnliches Gebäude inmitten des Dorfes weisend: „Ist dies das Herrenhaus, guter Freund?"

Der Bauer nickte mit dem Kopfe, denn einer andern Antwort schien ihm der unscheinbare Fremde nicht werth.

„Wie heißt denn der Beſitzer?“ fuhr dieſer in ſeinem Examen fort.

„Baron Gläubig!“

„Iſt's möglich! mein alter väterlicher Freund — o wie wird der ſich freuen, mich wieder zu ſehen! Was macht denn der Ehrenmann? wie geht's ihm? Lebt ſeine Gemahlin noch?“

„Sind Alle kreuzwohlauf!“ entgegnete Hans, den Hut lüftend vor dem vermeintlichen Bekannten ſeines Herrn. „Schade nur“ — fuhr er, einmal in Gang gebracht, fort — „daß unſerm geſtrengen Herrn allerlei — Ahnungen, glaub' ich, nennt er's, zuſetzen. Da iſt ihm erſt neulich ſein großes Mundglas, als er's eben anſetzen wollte, zerſprungen, und jetzt glaubt er mit Teufelsgewalt, er werde in's Gras beißen. Ich ſoll auch deswegen einen Maler aus dem nächſten Städtchen holen, der ihn abpinſeln muß zur Erinnerung für die liebe Familie!“

Finterl entdeckte einen reichen Schatz in dieſen Eröffnungen, das konnte man ihm aus den Augen abſehen. „Iſt's nur das!“ rief er, nach einer Pauſe angeſtrengten Nachdenkens — „ſo kehre Er in Gottes Namen wieder um, mein Freund! Ich bin ſelbſt ein Maler, und Er braucht alſo nicht lange nach einem ſolchen in die Nacht hineinzulaufen!“

Hans war über dieſe Neuigkeit ſeelenvergnügt und erbot ſich ſogleich, den Herrn Maler nach dem Schloſſe, wie er es nannte, zu führen, was von dieſem auch dankbar angenommen wurde.

## Zweites Kapitel.

**Der Monolog, wie er ſeyn ſoll. — Kurze Charakteriſtik.**

Als ſie in den düſtern Thorweg eintraten, machte Hans ſeine Reverenz, und Finterl begann, den Finger auf die Naſe legend, die breite Treppe mit einem Monolog zu beſteigen, von welchem man nur die Worte: „Maler — Portrait — abergläubiſch — Frau Gemahlin — vortrefflich!“ vernehmen konnte. Ein Umſtand war ihm dabei etwas fatal, der nämlich, daß er nie einen Pinſel berührt hatte und doch für einen Maler gehalten ſeyn wollte. Indeſſen Finterl war, wie geſagt, der Mann nicht, der ſich von ſolchen Geringfügigkeiten abſchrecken ließ. — Demnach befahl er einem Diener, der ihm eben begegnete, mit unerſchrockener Stimme, ihn bei ſeiner Herrſchaft zu melden: „Sag' Er nur, der Maler Finterl wünſche die Ehre zu haben!“

Der Menſch gehorchte.

Alsbald flogen die alterthümlichen Flügelthüren auf, und Finterl konnte deutlich den gewaltigen Baß vernehmen, der bei ſeinem Eintritt eben donnerte: „Was Teufel, hat der Hans Flügel —?“

„Um Vergebung!“ begann Finterl, ſogleich den Ausruf aufnehmend — „um Vergebung, wenn ich widerſpreche. Hans iſt mir ſo eben vor dem Dorfe begegnet, that mir das Verlangen Ew. Hochfreiherrlichen Gnaden kund, das dieſelben nach einem Maler zu tragen geruhen, und da ich ſelbſt ein ſolcher bin, ſo wag' ich es hiermit, meine unterthänigſten Dienſte anzubieten!“

Finterl las die Wirkung ſeiner devoten Rede auf den Geſichtern aller Anweſenden. Die wohlgenährte, noch ziemlich blühende Frau Baronin, deren jugendlichem Ausſehen ein zur Seite ſitzendes Töchterchen mit Gewalt zu widerſprechen ſchien, lächelte dem Unterwürfigen verklärt entgegen; das Töchterchen ſelbſt maaß ihn verwundert mit den großen blauen Augen; der Baron ſchien dagegen über die ſchnelle Erfüllung ſeines Wunſches nicht eben erfreut zu ſeyn, denn er ächzte in ſeinem Lehnſtuhle, als wäre Freund Hain eingetreten.

„Was iſt Dir denn, mein Schatz?“ fragte endlich die freiherrliche Ehegenoſſin; „begrüße doch den

Herrn Maler!" ſetzte ſie mit einem Blicke hinzu, in dem man leicht leſen konnte, wer hier eigentlich Herr im Hauſe ſey.

„Ach Gott!" wimmerte der Aufgeſchreckte — „ſagte ich es Dir nicht, mein Schatz, mit mir iſt es aus, rein aus? Wie wäre auch der Teufelskerl — Pardon! der Herr Künſtler wollte ich ſagen — ſo ſchnell herbei gekommen, wenn nicht auch der Tod ſchon draußen vor der Thür ſtände?"

„Schäme Dich, mein Schatz!" entgegnete die Hausfrau unwillig, während das fromme Töchterchen den Papa beſänftigend liebkoſte, und Finterl, ſich räuſpernd, verſicherte, es ſey ein alter Glaube bei den Malern, daß, wer vor ihrem Erſcheinen erſchrecke, noch recht lange leben werde. „Zudem", fuhr er fort, „beſitzen wir auch die Gabe, in den Augen unſerer Gönner zu leſen, was ihnen bevor ſteht. Aus Ihren aber, Herr Baron, da blitzt mir nichts entgegen, als Geſundheit, ſpätes Alter, und Glück auf allen Wegen!"

Der Schalk hatte das aus einem Neujahrs-Wunſche genommen, den Baron jedoch tröſtete es wunderbar. „Seyn Sie mir tauſendmal willkommen, Herzensmännchen!" rief er aus, plötzlich rüſtig aufſpringend und ihn umarmend. „Sie ſcheinen mir ein recht liebenswürdiger, ein recht geſprächiger junger

Mann — und, meinen Sie wirklich, daß ich nichts zu fürchten habe?“

„Nicht das Geringſte!“ verſicherte Finterl.

„Aber, Freundchen, mein Mundglas iſt zerſprungen, he?“

„Bedeutet einen Schuß, eine glückliche Jagd!“

„Hehehe! Meinen Sie wirklich? — Nun, Sie gefallen mir immer mehr! — Doch jetzt, Mariechen, laß uns eine Bouteille aus Nr. 3 bringen. Bei einer Flaſche Wein ſpricht ſich's mit Euch Herren Künſtlern immer beſſer als auf trockenem Lande!“

## Drittes Kapitel.

**Künſtler-Grillen. — Der neue Prometheus. — Schade, daß er keine griechiſche Naſe hat! — Gedanken bei dem Einſchlafen.**

Finterl war bis jetzt mit ſeinen Progreſſen ſehr zufrieden, abſonderlich die Bouteille aus Nr. 3 anbelangend; indeſſen, meinte er, müſſe man das Eiſen ſchmieden, während es warm ſey. Er fing demnach an, die Baronin ſo mit Galanterien zu überhäufen, daß dieſe am Ende vollkommen überzeugt wurde, der arme Maler ſey in den vergänglichen Netzen ihrer

Reize ſtecken geblieben, eine Ueberzeugung, welche ihr, im Vertrauen geſagt, nicht ganz unangenehm war, ungeachtet ſie ſelbſt ihren Gemahl ſeit den erſten Flitterwochen mit Blicken der höchſten Eiferſucht verfolgte. Alles dieſes, und noch viel mehr, hatte Finterl's Scharfſinn nach der kurzen Stunde, die er mit dem alten Herrn bei mehr als einem Fläſchchen aus Nr. 3 zubrachte, weg, und ſeine Beobachtungen verſprachen ihm das erfreulichſte Reſultat des liſtigen Planes, welchen er dazwiſchen ausgebrütet. Ihm zu Folge ſtand er jetzt raſch auf, ging ein Paar Mal mit ſehr ernſthafter Miene im Zimmer auf und ab und blieb dann plötzlich ſtehen, indem er, den Baron feſt anblickend, fragte: „Alſo wollen Sie ſich wirklich malen laſſen?"

„Allerdings!" entgegnete die Baronin ſtatt des Befragten, der über Finterl's Ernſt in ſichtbare Beſtürzung gerieth. „Da Sie uns einmal gefällig werden wollen, ſo iſt es an uns, dieſe Gefälligkeit zu benützen, um ſo mehr, weil ſich nicht leicht wieder eine ſo günſtige und" — ſetzte ſie mit bedeutendem Blick hinzu — „ſo angenehme Gelegenheit finden dürfte!"

Der Schlaukopf machte eine Verbeugung. „Jeder Menſch hat ſeine Grillen", begann er dann, „am meiſten aber der Künſtler. Die meinigen ſind unfehlbar von ganz unſchuldiger Art. Ich pflege nämlich mit

mehr Tiefe, als die gewöhnlichen Portrait Maler, denen man gleich die Flachheit abmerkt, bei meinen Arbeiten zu Werke zu gehen. Ich beobachte durch einige Zeit den Gegenstand, welchem ich gleichsam ein zweites Leben durch meine Farben geben soll, ganz genau; ich belausche seine Neigungen, Sitten, Gewohnheiten, seine Tugenden und Laster, um so den Funken des Prometheus aufzufinden, der allein das todte Bild beseelt, und der, ich darf es mit Stolz sagen, meine Leistungen über die gewöhnlichen adelt und erhebt!"

„Wie schön der Mensch seine Worte setzen kann!" lispelte Madam dem berchenden Baron zu.

„Sie werden mir" — fuhr der Sprechende fort — „demnach schon durch mehrere Tage eine Freistätte gönnen, und das vielleicht um so lieber, da ich Sie dann des gewöhnlichen beschwerlichen Sitzens ganz entledigen kann; denn mein Geist wird im Verlaufe dieser Zeit Ihre Züge sich einprägen, und meine Hand wird sie in den Stunden der Weihe, deren ich nur täglich eine einzige in meinem einsamen Zimmer genießen will, auf die Leinwand hauchen."

„Bleiben Sie hier, so lange es Ihnen gefällt!" unterbrach ihn hier die Baronin; „Sie werden uns immer ein lieber Gast seyn!"

„So laß ihn nur ausreden, Schatz!“ meinte der Baron — „Du siehst ja, daß er noch etwas auf der Zunge hat, und ich fürchte — ich fürchte —.“

„Fürchten Sie nichts!“ entgegnete Finterl; „ich will Sie nur noch auf eine gewisse Eigenschaft aller meiner Portraits aufmerksam machen, die ich Ihnen zwar jetzt nicht näher bezeichnen kann, von der ich Ihnen aber im Voraus einen Wink gebe, damit Sie sich nach vollendetem Werke nicht beklagen können!“

„Nein, Herr, daraus wird nichts!“ fuhr der Baron erschrocken auf — „diese gewissen Eigenschaften sind mir in den Tod verhaßt; am Ende steckt immer der Teufel dahinter, und ich habe erst neulich eine Geschichte davon gelesen, die Einem die Haare zu Berge treibt. Kurz und gut, Sie malen mich entweder ohne Schaden an Leib und Seele, oder Sie gehen dorthin, woher Sie gekommen!“

„Aber so sey doch manierlich, mein Schatz!“ flüsterte ihm die Baronin zu.

„Ei, das verstehst Du nicht, mein Schatz!“ entgegnete der Aufgeregte; „bei solchen Gelegenheiten —.“

Finterl aber unterbrach ihn lächelnd: „Seyn Sie ganz ruhig, Herr Baron; diese gewisse Eigenschaft ist durchaus unschuldig und wird Ihnen weder an Leib noch Seele schaden, das versichere ich Ihnen bei meinem heiligen Ehrenworte!“

Durch dieſe Verſicherung wurde der Baron einigermaßen beſänftigt; ſeine Gemahlin, der die gewiſſe Eigenſchaft weniger am Herzen lag, ſtellte den Frieden vollſtändig her, und das blauäugige Töchterlein, welches bald darauf mit der Nachricht hereinhüpfte, daß das Abendeſſen im Speiſeſaal bereit ſtände, ſtimmte durch dieſe Ausſicht die Gemüther auf das Fröhlichſte zuſammen.

Bei Tiſche war man guter Dinge; nur daß Finterl es zuweilen für ſchicklich fand, eine ernſthafte Miene anzunehmen, den Baron tiefſinnig zu betrachten und in einzelne unzuſammenhängende Reden auszubrechen, wodurch nicht ſelten die ergötzlichſten Contraſte heraus kamen.

So rühmte z. B. die Baronin das ſchöne Ausſehen des eben aufgetragenen ſteyriſchen Kapaunes, während Finterl mit bedauerndem Achſelzucken ausrief: „Wenn doch ſeine Naſe griechiſch wäre!“

So verſicherte ihm das Fräulein, ihr Jeli wäre das gelehrteſte Hündchen auf der Welt, und er entgegnete: „Schade nur, daß die etwas unnatürliche Röthe den Weintrinker verräth!“

Auf dieſe Weiſe wußte Finterl ſeinen Zuhörern trefflich zu imponiren, denn bekanntlich gewinnt man durch nichts mehr den Ruf eines großen Mannes, als wenn man zerſtreute Gedanken affektirt. — Zugleich

aber hielt er auch die Unterhaltung immer im vollen Gange, um seine Umgebungen gründlich zu studiren. So fand er denn in der Baronin eine schlichte Edelfrau, die kaum des Jahres einmal über die Grenzen ihrer Besitzung hinaus kam, sich auf ihre üppige Fülle etwas zu Gute that, ihren Mann, wie es einer Hausfrau ziemt, knapp unter dem Pantöffelchen hielt, übrigens aber, außer einer guten Portion Eifersucht, ganz friedlicher Natur zu seyn schien.

Mariechen, das hatte er aus der ersten Unterhaltung weg, las gern Romane und schien das empfindsame Herzchen nicht mehr in der eigenen Willkür zu besitzen. Ein schalkhaftes Lächeln, das zuweilen, wenn er es gar zu arg trieb, um ihren hübschen Mund spielte, beunruhigte ihn sehr; doch tröstete er sich bald darüber, und meinte, es sey nicht so gefährlich, denn das Mädchen wäre ja die pure Unschuld, deren Basis, laut neuester Moral, die Einfalt ist.

Mit innig vergnügtem Herzen bestieg er endlich das behagliche Bett, welches er seiner eigenen Erfindungskraft verdankte, indem er alsbald von Schweizergebirgen und feurigen Römerinnen zu träumen anfing. Unterdessen hielt der Baron seiner Gemahlin noch eine lange Vorlesung über all die seltsamen Eigenschaften, die er an ihrem neuen Gast entdeckt

haben wollte, während Mariechen ſich in ihr ſeidenes Deckchen hüllte und an Jemand dachte — den wir im nächſten Kapitel näher kennen lernen werden.

## Viertes Kapitel.

**Die Univerſitäts-Freunde. — Philoſophiſche Reflexionen. — Allerlei Fatalia.**

Hinterl ſchmauchte eben behaglich vor dem Thore ſein Morgenpfeifchen, und dachte über dies und das nach, was ihm jetzt gewaltig am Herzen lag, als er einen Reiter im vollen Galopp auf ſich zuſprengen ſah. Der Mann kam ihm bekannt vor, und als er endlich abſtieg, blieb kein Zweifel mehr übrig, es war ſein alter Univerſitäts-Freund Eik. — Mit offenen Armen eilte er ihm entgegen, und die beiden Duzbrüderchen konnten nicht Ausdrücke genug für die Freude des unverhofften Wiederſehens finden.

„Aber ſprich doch, Hinterl!“ begann endlich Eik, „welcher Sturm hat denn Dich auf dieſe Felſenburg verſchlagen?“

„Pſt! man ſpricht nicht gern davon!“ entgegnete der Befragte, den Finger auf den Mund legend, „Du mußt wiſſen, ich bin Maler!“

„Du?“

„Ein berühmter Künſtler, ein zweiter Raphael, oder mit wem Du mich ſonſt eben vergleichen willſt!“

„Was ich höre!“

„Auf einer großen Kunſtreiſe begriffen, halte ich hier nur Standquartier, um den werthen Herrn Baron Gläubig zu portraitiren.“

„Nicht möglich!“

„Vermuthlich, weil ich ſtets vor Pinſeln eine gewiſſe Apathie hatte, meinſt Du? Fehlgeſchoſſen, Bruderherz, ich will Dir in einem Odem zehn Dichter nennen, die nie einen Vers gemacht, zehn Compoſiteurs, die nie eine Note geſetzt, zehn —.“

„O laß das, ich kenne Deine Erfahrungen; ſage mir lieber, wie Du auf den tollen Einfall gerathen —?“

„Pläne, Schatz, rieſenmäßige Pläne!

Iſt der Wechſel aufgezehrt,
Iſt der Beutel ausgeleert,
Wird der Burſch ein weiſer Mann —

Du kennſt doch das fidele Lied noch? — Nun, mich überraſchte geſtern die beldſelige Luna mit leerem Geldbeutel, ich war um ein Nachtquartier verlegen — da ward ich Maler! Voila tout!“

„Aber haſt Du nicht bedacht —?“

„Bedacht? Alles! Das Aergſte, was mir geſchehen kann, iſt, daß man grob wird — je nun, ich kann's

auch seyn! Setzt man mich vor die Thür — ich strebe ohnehin in's Weite; sperrt man mich ein — ich bin ein Philosoph! Uebrigens hab' ich noch die besten Hoffnungen: der Baron ist, nach Allem, was ich sehe, ein abergläubischer Narr!"

„Gott sey's geklagt!"

„Gott sey's gedankt vielmehr! Er hält auf Ahnungen und Träume, darauf aber hab' ich meinen Plan gebaut. Madam ist zudem eifersüchtig, das liebe Töchterchen eine Schwärmerin —."

Hier seufzte Eib auf einmal wehmüthig auf, und als Finterl über dieses verdächtige Lautwerden Nachfrage hielt, erfuhr er zu seiner Ergötzung, wie Eib hier in der Nähe ansäßig geworden, sich in Marie sterblich verliebt, von dieser sowohl als von ihren Eltern unzweideutige Hoffnungen erhalten, wie aber die Eifersucht seiner Amanda, ein Erbstück ihrer Mama, nun alle diese Hoffnungen wieder vernichtet hätte, da eine arme Cousine, die den Sommer mit ihrer Tante bei ihm zugebracht, den Argwohn der Argwöhnischen aufgeregt.

„Dir soll geholfen werden!" rief Finterl nach kurzem Nachdenken. „Frage nicht nach dem Wie und Wann — Dir soll geholfen werden, aber nur unter einer Bedingung!"

„Die ist?"

„Daß Du mich nach vollbrachter That mit heiler Haut aus der Schlinge ziehſt — quod primum, et minimum — und mir ein Plätzchen auf Deinen Gütern einräumſt, wo ich leben und wirken kann — quod secundum et maximum!“

„Topp!“ rief Eid, in die dargebotene Hand einſchlagend — und Finterl meinte, für jetzt ſey es mit der Reiſe nach der Schweiz nichts.

## Fünftes Kapitel.

**Grandpatience und Federſchleißen. — Wir leben in der Alltäglichkeit, wir bleiben in der Alltäglichkeit. — Der Faſan im Sauerkohl.**

Die beiden Freunde gingen nun Arm in Arm hinauf, woſelbſt ſie den Baron bei einer Partie Grandpatience auf Leben und Tod, die Baronin aber bei dem Federſchleißen antrafen. Eid verſicherte, er kenne den Maler Finterl bereits aus der Reſidenz und ſeine Leiſtungen würden daſelbſt allgemein geſucht. Dieſe Verſicherung diente nicht wenig dazu, den Kredit des Schalks zu heben.

Unterdeſſen trat auch Marie ein und erwiederte mit ſehr kalter Höflichkeit Eid's warme Begrüßung.

ungeachtet man ihr die Freude über seine Ankunft aus den Augen absehen konnte. — Die Stockung, welche durch diese Mißhelligkeit in der Conversation entstanden war, wußte Hinterl nach seiner Art zu benutzen. Er begann zur Erhebung aller Anwesenden von seinen Reisen zu erzählen, oder vielmehr zu lügen. Ein Abenteuer jagte das andere, ein Wunder das andere, als ob Herr von Schelmuffsky oder Münchhausen das Wort führe. Nach und nach wußte er durch geschickte Wendungen das Gespräch auf die seltsamen Ahnungen der Menschenseele, auf die unerforschten Kräfte der Natur, auf die großen Verbindungen zwischen Ursache und Wirkung, auf Magnetismus und Geisterseherei u. s. w. hinüber zu spinnen. Mit der ernsthaftesten Miene von der Welt tischte er seinen Zuhörern Alles auf, was er je hievon gelesen oder gehört; immer gespannter wurde die Aufmerksamkeit; der Baron warf furchtsame Blicke umher, trotz der hellen Mittagssonne, Madam aber holte vor Erstaunen so tief Athem, daß die armen Federn in alle vier Winde flogen.

Da hielt Hinterl plötzlich in seinem Vortrage ein, blickte erst vor sich hin und begann erst nach einer Pause wieder: „Ja, meine Theuersten, es giebt Dinge im menschlichen Leben, von denen sich unsere Philosophie nichts träumen läßt; Dinge, die so unerwartet

kommen, wie der Blitz vom wolkenlosen Himmel. Wer so viel erlebt hat, wie ich, den wundert es nur, daß die Sonne noch nicht vom Himmel gefallen und eine Byron'sche Finsterniß erregt. Doch es ist eine Zeit des schnöden Unglaubens und der Leichtfertigkeit, vergebens lüftet die göttliche Poesie den geheimnißvollen Schleier von Zukunft und Vergangenheit, vergebens tritt die graue Sage, ein ernstes Weib, aus ihrem unheimlichen Hintergrunde; vergebens flattert das Mährchen, ein rosiges Knäblein, aus seinen Zaubergärten — wir leben in der Alltäglichkeit, wir bleiben in der Alltäglichkeit, ja, wir drehen und wenden an den unnatürlichsten Dingen so lange, bis sie uns natürlich scheinen. Kein Wort weiter! Ich könnte Ihnen zwar noch Manches erzählen, denn uns Malern, die wir mit klaren Augen die Welt beschauen, eröffnet sich gar Vieles, was Andern unbekannt bleibt, allein Ihnen macht es nur Ueberdruß und mir erregt es Schmerz!"

Alle sprangen hier auf, ihm das Gegentheil versichernd, und um fernere Mittheilung bittend. Allein Finterl blieb taub; erst auf langes Zureden versprach er ihnen, Abends, wenn Alles ruhiger und feierlicher gestimmt, eine Geschichte preis zu geben, die er selbst erlebt und die ihnen zugleich jene merkwürdige Eigenschaft erklären sollte, die seinen Kunstleistungen von

der Zeit an zu Theil geworden und deren er bereits erwähnt.

„Sie" — rief er aus — „hat den verwüſtenden Brand in meinem Innern zur reinen Naphta-Flamme verwandelt, genähret von dem tiefſten Sinne für alles Herrliche und Schöne!"

Somit eilte er, wie von einer ungeheuren Erinnerung ergriffen, mit verhülltem Antlitz — eigentlich um das überhand nehmende Lachen zu verbergen — zur Thür hinaus.

Marie aber ſagte leiſe und tief gerühret, was trotz dem wie Ironie klang: „Der Menſch hat ein reines Gefühl, ein ungeſchwächtes Herz; er gemahnt mich ſchier wie ein Kindermährlein, das man mir in der frühesten Jugend erzählt!"

Sie ging hierauf hinaus, um nach dem Faſan im Sauerkohl zu ſehen.

## Sechstes Kapitel.

**Finterl löſcht die Lichter aus. — Anfang des ſehr wunderlichen Mährleins von dem Zauberer mit den papageygrünen Beinkleidern. — Der böſe Spatz und der intrikate Laubfroſch.**

Ein finſterer ſtürmiſcher Herbſt-Abend war frühzeitig herangerückt. Finterl hatte ſich gleich nach dem

Mittagsmahle unter dem Vorwande in sein Zimmer zurück gezogen, daß er heute gerade einen produktiven Tag habe, und daher an dem neuen Portrait malen wolle; der Blick, welchen er hiebei auf den Baron warf, ging diesem durch Mark und Bein. — Nun, da es bereits Nacht geworden, und die Uebrigen um den großen eichenen Tisch im Speisesaal saßen, sich über den wunderlichen Maler besprechend, der im Finstern arbeite, trat er plötzlich mit einer Miene, auf der eine ganze Gespensterwelt hin und her schwankte, unter sie. Ohne ein Wort zu sprechen fing er an, ein Licht nach dem andern auszulöschen.

„Ach Herr Je, was machen Sie denn da?" fragte die Baronin verwundert.

„Bist Du närrisch?" flüsterte ihm Eib zu.

„Ich verlösche die zeitliche Flamme, damit die ewige in uns um desto heller und freudiger empor lodere!" entgegnete der Schalk, indem er seinen Freund auf den Leichdorn trat, daß dieser laut zu jammern anfing.

„Aber um Gottes willen, Sie werden uns Ihre Spuk-Historien doch nicht im Finstern erzählen wollen?" klagte der Baron, jetzt erst der Sprache mächtig.

„Nicht anders!" erwiederte Finterl, indem er das letzte Licht auslöschte. „Heilige Nacht!" — fuhr er mit dumpfem Tone fort — „sey mir gegrüßt, Mut-

ter des weiten Geiſterreiches, Amme des Unbegreiflichen! — nur von deinen Fittigen umſchattet, wag' ich es, wieder in's Gedächtniß zu rufen, was wie das Verhängniß ſelbſt an mir vorüber zog! — Und nun, meine Freunde, hören Sie einige Blätter aus dem großen Tagebuche Ihres Finterl; mit gewaltiger Fauſt hat ſie das Schickſal beſchrieben, und die Tinte dazu war ſchwärzer als die Finſterniß um uns her!"

Hier hielt der Wortführer inne, um ſich was Weniges zu räuſpern, und die Uebrigen folgten ſeinem Beiſpiel.

„Es war eine wunderſchöne Sommer-Nacht" — begann er ſodann — „als mich die Peinigungen gewiſſer unſchuldigen Thierchen aus einem einſamen Wirthshauſe in den Apenninen hinaus in die freie Natur trieben. Ich war ſo ſchwärmeriſch geſtimmt, daß bei dem Anblick des lieben Mondes ſogleich eine ganze Geiſterwelt in mir aufging; mein Ohr hörte die geheimſten Heimlichkeiten dieſer Zaubergegend, und meine Augen durchdrangen alle ihre Schleier. Da vernahm ich, wie der Pinſel in meinem Maler-Ränzel zu deklamiren anfing:

„Wär' ich ein Vögelein,
Hätt' ich zwei Flügelein —"

und wie alle Farben zu ſingen begannen:

„Wir ſitzen ſo traulich beiſammen,
Und haben einander ſo lieb!“

Auch hörte ich dicht neben mir einen Diſtelkopf mit gewaltigem Baſſe intoniren:

„Freut euch des Lebens,
Weil noch die Diſtel blüht!“

Eine ſchmächtige Brenneſſel ſang neben ihr mit herzzerreißendem Tenor:

„Im Walde ſchleich' ich ſtill und wild,
Geſpannt mein Feuerrohr —“

und ein aufgeblaſenes Stinkkraut, das ſich das Anſehen eines gewaltigen Poeten gab, improviſirte:

„Mondenſchimmer, Wehmuthsthränen,
Hat die Liebſte mir gebracht,
Ach, welch Sehnen! Ach, welch Sehnen
Iſt mit ihnen aufgewacht!“

Da ergriff mich jene wunderſame Macht, die in Stunden der Weihe die Künſtlerbruſt ergreift, die ihn raſtlos zum Schaffen treibt und dem Unendlichen näher bringt. Den Sternenhimmel wollt' ich ſehen in ſeiner ganzen Pracht; demnach kletterte ich auf einen nahen Ahornbaum, nicht achtend der Gefahr für meine Beinkleider, immer weiter und weiter, bis ich mich auf ſeinem höchſten Gipfel wiegte. Zwar warnte mich ein junger Spatz, den ich aus ſeinem Neſt aufſchreckte:

„Was steigst du noch so spät bei Nacht
Herum, wie 'ne wilde Katz!
Du junger Fant, hab' Acht, hab' Acht,
Ich bin ein böser Spatz!"

Zwar flüsterte mir ein intrikater arcßer Laubfrosch mit schallendem Hohngelächter zu:

„Wart, wart! Störst in der Ruhe mich,
Sollst's büßen, Frevler du!
Ich beiße — beiße — beiße dich,
Und beiße immer zu!"

Doch ließ ich mich dadurch gar nicht stören, sondern holte vielmehr mein Malerzeug hervor und begann das schönste Nachtstück zu zeichnen, das je gezeichnet wurde."

„Welch eine interessante Situation!" unterbrach hier Marie, deren Lächeln Niemand bemerken konnte, den Erzähler — „so zwischen Himmel und Erde, im Mondenschein, von geistigen Stimmen umflüstert — und wie poetisch Sie das Alles schildern, just, wie ich's neulich irgendwo las, fürwahr, Sie könnten es auch drucken lassen!"

„Was nicht ist, wird werden!" entgegnete Hinterl; „aber hören Sie weiter, das und Alles Kleinigkeiten gegen das Nachfolgende."

# Siebentes Kapitel.

**Fortsetzung des sehr wunderlichen Mährleins. — Höchst seltsames Abenteuer mit einem poetisirenden Sansfaçon. — Instruktionen aus dem Geisterreich.**

---

„Fast war ich mit der Skizzirung fertig, da zupfte mich plötzlich etwas am Aermel. Erschrocken schaut' ich mich um und sah auf dem Aste neben mir einen großen, hageren Mann mit papageygrünen Beinkleidern, scharlachrothem Frack, gelber Weste und blauen Strümpfen, auf dessen großer Adlernase der Spatz und der Laubfrosch in friedlicher Eintracht saßen. Der Mensch schmauchte aus einer großen Meerschaum-Pfeife, zog alle Augenblick eine ungeheure Tabaks-Dose hervor, und nahm dazwischen bald einen Schluck Wein, bald einen Schluck kalten Kaffee, von welchen beiden Gattungen Getränken eine ansehnliche Quantität in ansehnlichen Halbflaschen aus seinen riesigen Rocktaschen hervor guckte. Am meisten aber fiel mir das seltsame Instrument auf, das er in den Händen führte und auf welchem er zuweilen klimperte. Es war zusammengesetzt aus der griechischen Lyra, aus der spanischen Mandoline, aus der italienischen Guitarre, aus der französischen Violine und aus dem schottischen Dudelsack. Stumm und staunend starrte ich ihn an, während er, wie der gewandteste Seiltänzer, sich auf einem

Beine herum drehte. Endlich begann er in fünffüßigen Jamben:

„Du ſiehſt verwundert, Sterblicher, mich an,
Und kennſt mich nicht, der Du mich kennen ſollſt!
Der ich Dein Schutzgott bin und Dein Patron! —
So wiſſe denn, Apollo ſteht vor Dir,
Nicht der Apollo, den einſt Griechenland
In ſeiner jugendlichen Schönheit ehrte,
Nein, der Apollo, dem Ihr Deutſchen huldigt.
Vom fernen Nordpol komm' ich hergezogen —
Zu kalt iſt's dort, zu rauh, zu ſtürmiſch,
Und meinen Dichtern friert das Wort im Mund,
Das ich von Island ihnen mitgebracht;
Da ging ich denn jetzt nach Italien,
Um hier ein wenig Blüthenduft zu ſammeln,
Die armen Schelme ſchnarren ja danach;
Und weil ſie niemals eigenthümlich werden,
Muß ich vom Weſt zum Oſt, vom Nord zum Süd!

Du ſiehſt" — fuhr er jetzt in reiner Proſa fort, indem er ſich Feuer ſchlug — „die Jamben gehen mir nachgerade aus in einſylbige Wörter, wie nach einem ſtarken Regenguſſe der einzelne Tropfenfall von den Dachrinnen; doch muß man ſchon ein Uebriges thun, um zu imponiren. Ja, mon ami, wenn ich nicht noch meine Pfeife, meine Doſe und dieſen Labetrunk hätte — es wäre längſt mit mir aus; doch das ſchärft den Verſtand, erhitzt die Phantaſie und kitzelt das Gefühl, denn, sub rosa, man iſt auch gefühlvoll, obſchon

nicht immer! — Jetzt höre mich an! — Du weißt bereits, mein Ahnherr, Gott hab' ihn selig, war etwas verliebter Complexion — nun, wenn ich ihm in nichts Anderem nachstrebe, so geschieht's wenigstens in dem. Aber weiter! — Hier in der Nähe herum wohnt auf seinem artigen Schlößchen ein Edelmann mit seinem eben so artigen Töchterchen. Das Mädchen gefällt mir — ich ließ bereits zehn Sonettenkränze, die ich eigenhändig auf beränderes Velinpapier abgeschrieben, in ihren zarten Schoß flattern, und Du kannst denken, welchen Eindruck das auf sie machte. Allein trotz dem bin ich eifersüchtig wie ein Türke, und da ich mich beiher auch mit Quacksalberei beschäftige, so habe ich ein Mittelchen aufgefunden, was mir in dieser Hinsicht die vollkommenste Aufklärung giebt; leider aber kann ich es nicht selbst appliziren und bedarf dazu immer eines Zweiten. Eben dieser Zweite aber sollst Du diesmal seyn. — Mache Dich demnach auf; ich werde Dir diese zwei ehrlichen Geister hier (er wies auf den Spatz und den Laubfrosch, die mich Beide mit höhnischem Lächeln betrachteten) zu Führern geben. — Auf dem ersten Kreuzwege bleibst Du stehen, und conjungirst das Zeitwort τυπτειν, jedoch ohne Böcke, sonst ist's Dein Tod. Du wirst dann alsbald mit leichter Mühe fünf Farbentöpfe entdecken, die Du auf den Rücken nimmst und so den ferneren Weg zu

meinem Schätzchen antrittſt. Hier trägſt Du dem Fräulein Deine Dienſte als Maler an, die ſie mit Freuden annehmen wird; und nun beginnſt Du ohne Zaudern Deine Arbeit, haſt aber dabei genau Acht, ob das Fräulein ihre Züge bemerkt oder nicht — auf jedem Fall begiebſt Du Dich nach vollbrachtem Werk mit dem Portrait ſogleich zu mir und wirſt dann das Nähere erfahren. Jetzt Adieu! Vergiß nicht das Zeitwort τυπτειν! Morgen um dieſe Zeit will ich Dich hier erwarten!"

Somit war er verſchwunden.

Finterl holte hier Athem und ſeine Zuhörer auch.

---

## Achtes Kapitel.

Beſchluß der wahrhaften Geſchichte von dem heidniſchen Gotte Apollo. — τυπτω, τυπτεις, τυπτει. — Wie Finterl in dem Schloſſe aufgenommen und wie er endlich beſchenkt wurde.

„Sie können ſich leicht denken, meine Herren und Damen!" — fuhr Finterl fort — „welches tiefe Entſetzen ſich meiner bemächtigt hatte. Inzwiſchen mußte ich mich in den Willen des mächtigen Gottes fügen, und machte mich daher in's Himmels Namen auf den

Weg. Spatz und Laubfrosch, die Beide leuchtende Strahlen von sich warfen, hüpften mit ungemeiner Schnelligkeit voraus.

Jetzt hatten wir den Kreuzweg erreicht, jetzt stellt' ich mich auf einen alten Baumstrunk und begann mit entsetzlicher Stimme: τυπτω! — Da fing der Donner zu rollen an, da kreuzten sich Blitze, da heulte der Sturm, da schrie der Wehrwolf durch die Mitternacht —.ich aber stand und schrie mit noch entsetzlicherer Stimme: τυπτεις! — Alsbald streckten die Bäume einander ihre langen grünen Arme entgegen und tanzten einen gräßlichen Reigen um mich; der Gießbach quiekte dazu wie hundert verstimmte Violinen; die Luft durchbrauste ein tausendfaches Wehe, und der liebe Mond bekam Hörner und schnitt mir entsetzliche Gesichter — ich aber stand und schrie weit über all den Lärmen: τυπτει! — Da schwellen Spatz und Laubfrosch zur Riesengröße; der Eine riß seinen Schnabel, der Andere seinen Brillenmund auf, und indem Beide folgende gräßliche Weise zu brüllen begannen, drohten sie mich zu verschlingen:

„Hast bei Nacht uns aufgestört,
Hast die Warnung nicht gehört,
Wagtest dich mit frechem Muth
Unter unser Hab' und Gut —
Hei — hei — hab's nun, junges Blut!

Kannſt nicht weiter fort,
Stecken bleibt das Wort,
Sieh', auf dieſem Fleck
Speiſen wir dich weg —
Hei — bei — hab's nun, junger Geck!"

Jetzt war guter Rath theuer. Ich hatte in meiner Angſt die Fortſetzung der Conjungation rein vergeſſen, und ſtand nun wie ein heulender Schelac vor zwei ſchrecklichen Präceptoren!

Aber nicht ſo kläglich ſollt' ich umkommen, nicht werden ſollt' ich ein Opfer des verrätheriſchen Spatzes und des treuloſen Laubfroſches! — Ach, ich war ja mein ganzes Leben hindurch ein guter Junge, unter meinem Bruſtfleck ſchlug immer ein frommes Herz — hatt' ich nicht oft ſüße Thränen geweint, wenn ich meine Butterbemme mit einem Andern theilen konnte? Bekam ich nicht oft den Schluchzen vor Rührung, wenn ich um Nichts unter der ſtrafenden Ruthe blutete, indeſſen unergriffene Delinquenten aller Art frei und offen draußen ihr Liedchen pfiffen?"

Finterl hielt hier abermals inne und fing was Weniges zu weinen an, wobei ihn die Uebrigen ſattſam begleiteten. Beſonders gerührt ſchien Marie zu ſeyn; ſie ergriff ſeine Hand, drückte ſie und rief mit brechender Stimme: „O Sie guter Mann!"

„Ja, meine Freunde!" fuhr der Bewegte fort — „ja, die Tugend wird belohnt, und es giebt vergeltende

Engel. Schon ſah ich mit jedem Augenblick das Ende meines jungen Lebens näher heranrücken, das Gedächtniß hatte mich gänzlich verlaſſen, und ich ſtand da, wie einſt Laokoon, wehrlos, dem Grimme zweier Ungeheuer bloß gegeben. Da flatterte plötzlich eine mächtige Nachteule auf mich zu und flüſterte mir den Dualis τυπτεθον—τυπτεθον mit freundlicher Stimme ein. Ohne Zweifel war es mein guter Genius oder ſonſt eine wohlthätige Fee; denn jetzt, wie von einem mächtigen Zauberworte, ging der ganze Roſengarten der Erinnerung vor mir auf, und ohne Anſtand kam ich mit dem ſchweren Worte zu Ende. Triumphirend ſchrie ich den Infinitivus hinaus in die aufgeregte Natur, und mit ihm ward Alles plötzlich ruhig und beſänftigt. Der Himmel entwölkte ſich, ſtatt der Sterne ſchauten eben ſo viele Engels-Aeugelein mir in's Herz hinein; der Mond — ach — der Mond verlor ſeine Hörner und bekam die Züge der rothwangigen Bäckerstochter, die ich, ein zweiter Raphael, mir für mein Leben, Lieben und Malen erwählt! — Spatz und Laubfroſch waren ſpurlos verſchwunden, die Nachteule hatte ſich in einen Papagey verwandelt, der auf den fünf goldenen Farbentöpfen ſaß, die dicht neben mir aus dem Boden aufgetaucht waren und die ich eiligſt auf den Rücken nahm, meinen ferneren Weg antretend, den mir nun der bunteſte aller Vögel anwies, wäh-

rend die Bäume, mit den ſmaragdenen Blättern aneinander ſchlagend, die Melodie zu nachfolgendem Liede der Waldbächlein gaben:

Glück auf! Glück zu!
Sieger du!
Muthig haſt du überwunden,
Spatz und Laubfroſch ſind verſchwunden,
Und der helle Mondenſchein
Soll dein ſtiller Führer ſeyn!

Schwarz und weiß,
Gluth und Eis,
Herb und mild
Iſt das Lebensbild!

Geht durch Leid zur Luſt der Reine,
Ob ihn ird'ſcher Schmerz auch peine,
Kommt am End' der Mondenſchein,
Führt ihn in den Himmel ein —
Glück auf! Glück zu —
Sieger du!

Sie können ſich leicht denken, meine Wertheſten, wie angenehm es ſich bei einem ſolchen Marſche vorwärts gehe, vorzüglich wenn man Fährlichkeiten, wie die früheren, glücklich überſtanden. Stunden wurden mir zu Minuten, und Aurora küßte die erſten Bergeshäupter, als mein Papagey, plötzlich verſchwindend, mich vor den Pforten des von Apollo bezeichneten Schloſſes zurück ließ!"

„Gott ſey Dank, daß Sie nur einmal dort ſind!“ ſeufzte der Baron — „ich ſtand Todesangſt um Sie aus! Und jetzt können wir die Lichter anzünden — nicht wahr?“

„Beileibe nicht!“ entgegnete Finterl; „laſſen Sie mich erſt ſchließen! — Wie mir mein Patron voraus geſagt, ſo geſchah es auch: Vater und Tochter empfingen mich mit gleicher Zuvorkommenheit; beſonders Letztere, die mir durch den Augenſchein bewies, daß doch noch Geſchmack unter den deutſchen Poeten ſeyn müſſe, weil ihr Präſes ſelbſt ſo viel in der Auswahl beurkundete. — Die Abſicht meines Beſuches war Beiden erwünſcht; bald hatte ich mein Malerzeug hervorgeholt, das liebe Geſichtchen lächelte mir aus gar nicht weiter Entfernung entgegen, und ich ſuchte fleißig aus den fünf Farbentöpfen die Tinten zuſammen, um all die ſchönen Gedanken abzuſchreiben, welche die Natur hier vereinigt. — Aber Wunder über Wunder! wie emſig ich auch malte, meine irdiſchen Augen waren ein für alle Mal unempfänglich dafür, während bei dem Mädchen das Gegentheil ſtatt fand: denn dieſe rief ein über das andere Mal entzückt aus, wie ſo ganz und vollendet ich ſie zu treffen wüßte! — Zwar kam mir das Ding überaus ſeltſam vor, und ich dachte an die grellen Unwahrſcheinlichkeiten, über die ich in dieſem und jenem Mährlein oft ſo herzlich gelacht; doch ließ

ich mich dadurch keineswegs in meiner Arbeit ſtören, denn ich war nun ſchon an Zauber gewöhnt, wie ſich der Menſch an's Tabakſchnupfen gewöhnt, ſo oft er auch im Anfang nieſen muß. — Nachdem Alles gethan, was ich zu thun hatte, empfahl ich mich unter dem Vorwand, daß ich das Portrait in dem nächſten Städtchen, woſelbſt ich ohnedem Geſchäfte hätte, firniſſen wolle, und mit dem Verſprechen, des andern Tages zurückzukehren. — Inzwiſchen aber machte ich auf einem heiteren verſteckten Raſenplatze Halt, um hier die Nacht abzuwarten und dann meinen Apollo aufzuſuchen. — Mit dem erſten Sterne fand ſich auch der Papagoy wieder ein, und ohne weitere Fährlichkeiten langte ich nach einer angenehmen Wanderung, während welcher ſich die ganze Gegend umher in einen Feengarten zu verwandeln ſchien, aus dem mir tauſend Vöglein in verſtändigen Weiſen zuſangen, tauſend Blümlein ihre Grüße zunickten, an dem Orte wieder an, den ich geſtern mit ſo großer Bekümmerniß verlaſſen. — Der Mann mit den papagoygrünen Beinkleidern erwartete mich bereits, indem er ungeheure Dampfwolken zum lieben Mond hinauf blies. Nachdem ich ihm meinen Bericht abgeſtattet, betrachtete er das Bild und ſchien äußerſt zufrieden; das verrieth mir die Behaglichkeit, mit der er ſeiner Adlernaſe eine mäßige Priſe preis gab. Er bedauerte mich

nur wegen der Angſt, die ich ſeinetwegen ausgeſtanden, ſchlug ein ſchallendes Gelächter über den Maler auf, der ſeine eigenen Striche nicht ſah, und gab mir hierüber folgende Auskunft: „Jedes Bild", ſagte er, „das mit dieſen fünf Zauberfarben gemalt wird, hat die Eigenſchaft, daß es nur der, in der Liebe wahrhaft treue Menſch erblickt, für jeden Andern bleibt es leerer Raum, und bei Dir mag hiezu wahrlich mehr als ein Grund vorhanden ſeyn!" — Mein Gewiſſen fand gegen dieſe Behauptung nichts einzuwenden, und Apollo fuhr fort: „Um Dir aber die ausgeſtandene Angſt zu vergüten, ſchenk' ich Dir hiemit dieſe Töpfe ſammt ihrem Inhalt, der nie verſiegen wird. Verſtehſt Du die Kunſt, ſie weiſe zu gebrauchen, ſo wird es Dir nie an dem fehlen, was der Menſch doch für ſein höchſtes Glück hält. Und nun Addio, mio caro! Ich bleibe Dein wohlaffektionirter Patron, und wo Du mich irgend einmal von Nöthen haben ſollteſt, ſo rufe nur meinen Namen und halte eine gute Collation von Kaffee und Wein bereit, ich werde dann alsbald erſcheinen!" — Hiemit verſchwand er; ich aber ſetzte meinen Wanderſtab weiter, bereichert mit einem Schatz, der mir in zahlloſen Augenblicken meines Lebens ſehr vortheilhaft war."

# Neuntes Kapitel.

Allerlei Reflexionen. — Finterl's Moneleg. — Etwas vom Humor.

Finterl ſchwieg hiemit und auch die Andern wollten die Stille nicht unterbrechen, welche endlich der eintretende Diener ſtörte, der mit dem freundlichen Lichte auch neues Leben in die verſchiedenartig bewegte Geſellſchaft brachte. — Jeder machte nun ſeine Reflexionen über das Gehörte. Der Baron wollte die Farbentöpfe ſehen; aber Finterl hatte ſeine Urſachen, ihm das zu verweigern. — Die Baronin fragte, ob der jetzige Apell Kanaſter oder türkiſchen Tabak geraucht. Auch meinte ſie, durch die hellen Lüſtres ermuthigt, Finterl ſey ein Spaßvogel und hätte ſie wohl nur zum Beſten gehabt. Dem widerſprachen aber alle Andern, und der Baron wurde ſogar böſe über die verſteckte Ungläubigkeit, wie er es nannte, die zu ſeiner Zeit ſchon beſtraft werden würde.

Marie aber, die immer ernſter geworden, je teller ſich die Geſchichte fortwirbelte, ſagte ſeltſam bewegt: „O, ich kenne dieſe Ironie, die ſelbſt das Größte nicht verſchont, aber keineswegs, um es in den Staub herab zu ziehen, ſondern um es gegen die kleinliche Form, in der es erſcheint, deſto herrlicher und höher hinaufzuſtellen!“ Ganz leiſe und errötbend fügte ſie noch

hinzu: „Ich sehe nun das Thörichte und Eitle meines Betragens ein!“

Hiemit eilte sie hinaus und reichte dem entzückten Eid mit einer so heiteren liebevollen Miene die Hand, daß Finterl selbst über die unerwartete Wirkung seiner Geschichte erstaunte.

„Ja!“ rief er, auf seinem einsamen Zimmer angekommen, plötzlich sehr ernst — „ja, sie hat Recht, und die gefühlvolle unverfälschte Natur wies hier der Kunst wieder einmal deutlich ihren Zweck. Was wollt' ich denn auch Anderes mit dieser tollen Caricatur, als dem innerlich bewegten Herzen mit lachendem Zorne Luft machen über das Kleinliche und Erbärmliche? Was wollt' ich denn anders, als diesem süßlichen Geckenheere — das ewig den Mund voll nimmt von Tugend, Religion, Vaterland und Kunst — zeigen, wie verzerrt und fratzenhaft sich selbst das Heiligste ausnehme, wenn es von einer verzerrten und fratzenhaften Phantasie gehätschelt wird! Tritt aber nicht eben dadurch jenes Heiligste auf seinen alten unberührten Standpunkt zurück, und wird es nicht dem Menschenherzen um desto theurer, je ergreifender es seinen eigenthümlichen Werth durch den Contrast kennen lernt? — Freilich wird dieses Streben nur zu oft verkannt, und Du, o seliger Hoffmann! wirst mir dort oben davon Zeugniß geben — allein was thut's? Am

Ende iſt das der Fall mit allem ird'ſchen Streben, weil wir gewöhnlich, wie durch einen Operngucker, die fremde That mit dem Verkleinerungsglas betrachten; zu der eigenen aber genügt keine Vergrößerung; und findet man am Ende nur, wie ich, unter vier Seelen eine, die uns verſteht, ſo mögen die Andern immerhin mit Eib Alles für Spaß nehmen, was tiefer Ernſt ſeyn ſoll, oder mit der Baronin nach dem Tabak fragen, den eine Fratze geraucht, oder mit dem Baron uns für Narren halten, wie ſie ſelbſt ſind! — Zwar hatt' ich Anfangs ganz Anderes im Sinn, und niemals wär' es mir eingefallen, trotz dem verdächtigen Lächeln, in Marien das zu ſuchen, als was ſie ſich nun offenbarte; aber nun iſt es um ſo beſſer, und es freut mich herzlich, zu ſehen, daß die reine Menſchennatur immer Sieger bleibt über allen verdächtigen Bücherkrem, wie der grüne lebendige Wald über den nachgemalten todten! — Indeſſen bin ich des Spielens mit den übrigen Thoren herzlich ſatt; mich treibt es wieder in's Freie, und morgen ſoll dem Ganzen ein Ende gemacht werden!"

Nach dieſem Monologe begab ſich Fintel zur Ruhe.

# Zehntes Kapitel.

**Das Portrait zum Sprechen. — Gewissen. — Schlußpunkt.**

---

Der Morgen graute kaum, als es zuerst leiser, dann stärker an die Thür des eben Aufgewachten pochte.

„Machen Sie doch auf, lieber Herr Finterl!“ flüsterte dazwischen die Stimme der Baronin; „ich muß nothwendig mit Ihnen sprechen!“

Der Aufgeforderte fuhr schnell in seine Kleider und vollzog den Willen der Gebieterin.

„Es ist ein altes Sprüchwort“ — begann diese, nachdem sie dem Studiosus einen freundlichen guten Morgen geboten — „die Weisheit kommt über Nacht. Mir träumte schwer, und, ich muß Ihnen gestehen, von dem Portrait meines Mannes. Sagen Sie mir, lieber Finterl, hat es denn damit richtig die Bewandniß, wie Sie gestern sagten?“

„Zweifeln Sie noch?“ entgegnete der Befragte; „nun, so überzeugen Sie sich selbst; ich habe heute Nacht rastlos gearbeitet“ (einen leeren Rahmen zu schaffen! dachte er bei sich selbst) „und bin fertig!“

Hiemit führte er sie an eine Wandnische, zog den schweren, seidenen Vorhang hinweg, und — „Zum

Sprechen!" rief die kreideweiße Baronin mit erkünstelltem Erstaunen.

„Sagen Sie lieber: zum Entsetzen!" entgegnete Finterl ernst; „ich seh' es Ihnen an den Augen ab, daß Sie nichts sehen. Erinnern Sie sich nur —."

„O schweigen Sie!" fiel ihm hier die Baronin jammernd ein; „schweigen Sie, mein theuerster Freund, ich bin ja ohnedem genugsam bestraft! Ja, nun erkenne ich Ihre Macht! Das Gemälde darf nicht aufgehangen werden — es wäre mein Tod! Ich gebe Ihnen hundert Dukaten, aber das Gemälde muß vernichtet werden und — Sie schweigen!"

„Wohlan!" entgegnete Finterl, nach einem augenblicklichen Besinnen; „Ihre Angst rührt mich, und Ihr Wunsch soll erfüllt werden, doch —."

Da pochte es wieder an die Thür, welche die Baronin früher aus leicht erklärlichen Ursachen verriegelt hatte, und der Baron flehte draußen mit eindringlichem Basse: „Lieber Finterl, auf ein Wort!"

„Ach Gott, mein Gemahl!" schrie die aufgeschreckte Hausfrau und entfloh durch ein Seitenzimmer. Finterl öffnete einstweilen.

„Guten Morgen, guten Morgen, Herzensmännchen! Wohl geruht? keine Anfechtungen gehabt?" begann der Eintretende.

Finterl bejahte und verneinte kurz, während sich der Baron die Hände rieb, verlegen um den Eingang zu dem, was er nun vorzutragen gedachte.

„Sagen Sie mir, Goldfreund!“ hob er endlich, nach wiederholtem Räuspern, an — „haben Sie die bewußte Arbeit schon begonnen?“

„Begonnen und vollendet!“ war die trockene Antwort.

„Du mein Himmel! schon vollendet?“ schrie der Baron mit einem Jammergesicht; „und ich wollte Sie bitten, sich gar nicht damit zu molestiren, weil —.“

„Ei, das wäre schön!“ rief Finterl unwillig — „hier, Sie werden am besten urtheilen können, ob ich zu treffen verstehe!“

Hiemit näherte er sich dem Vorhange.

„Lassen Sie, lassen Sie!“ schrie der Beängstigte; „ich mag — ich will nichts sehen!“

„Aber Sie sollen sehen!“ entgegnete Finterl mit verstelltem Zorn, zog ihn mit der einen Hand herbei und enthüllte mit der andern den leeren Rahmen.

Eine stumme Pause folgte diesem Aktus, in der sich unser Schalk weidlich an dem Gesicht des armen Leichtgläubigen ergötzte, worauf sich eine Menge Leidenschaften zerrissen. Endlich stammelte dieser mit gelähmter Zunge: „Zum Sprechen! wirklich zum Sprechen, liebster, bester Freund! — Lassen Sie sich

umarmen! Teufel noch einmal — Sie ſind mir ein Maler!“

„Nicht wahr?“ rief Finterl mit zweideutigem Triumphe.

„Das will ich meinen, und wer es leugnet, der hat es mit mir zu thun! — Aber, Schatz! Sie haben mir geſtern einen Floh in's Ohr geſetzt. Trotz aller Herrlichkeiten bleibt das Bild doch eigentlich nur — wie ſoll ich ſagen — ein — ein Herenwerk — pardeniren — und meine Frau — Sie verſtehen mich ſchon — he, he, he — man giebt nicht gern Aergerniß — das liebe Kind — wir ſind Alle ſchwach — kurz und gut, behalten Sie das Portrait für ſich, und nehmen Sie dieſe hundert Dukaten als Honorar. Doch — **taceas dilectissime**! — Verſtanden?“

„Ganz wohl!“ entgegnete Finterl trocken; „noch heute reiſe ich fort und das Bild mit mir!“

„An mein Herz, Goldmännchen!“ ſchrie der Erleichterte und drückte den Studioſus mit Macht an ſich.

Zum dritten Male klopfte es; auch der Baron flüchtete ſeiner Gemahlin nach.

Eid und Marie traten Hand in Hand ein.

„Wir ſind verſöhnt, Bruder!“ ſagte der Erſtere — „und ich halte mein Wort!“

„Das hoff ich!“ ſagte Finterl; „wenn ich von meiner Reiſe zurückgekehrt, bleib' ich bei Euch!“

„Von der Reise?“ fragte Eib erstaunt.

„Ja, Amice, das Blatt hat sich gewendet; das Portrait ist fertig — zum Sprechen, nach der Versicherung des Originals — ich habe mein Honorar und nehme Extrapost!“

„Unmöglich!“ riefen die beiden Liebenden.

Finterl aber führte sie an die Nische, wies auf die blanke Leinwand und rief: „Laßt sehen, ob Ihr einander treu seyd!“

Da sanken sie sich in die Arme und betheuerten: „Zum Sprechen!“

Als Finterl nach Jahr und Tag zu dem jungen Ehepärchen zurückkehrte, fand er sein Werk im Parade-Zimmer aufgehängt, und wenn Eib seiner Cousine zu tief in die Augen schaute, oder Marie die Blicke von dem Schnauzbärtchen dieses oder jenes einquartierten Husaren-Offiziers nicht wegwenden wollte, deutete der behelligte Theil auf den Rahmen und man verstand sich.

# Die Anklage.

Begebenheit aus dem ſiebenzehnten Jahrhundert.

Der sonnige Frühlings-Tag ging zu Ende, als Raimund, ein Edelmann im reifern Mannesalter, von feinem, aber melancholischem Ansehen, durch die blühende Gegend einer ansehnlichen deutschen Stadt den Thoren derselben zuritt. Rechts und links neben ihm zogen muntere Wanderer vorbei; Reiter sprengten an ihm vorüber; prächtige Wagen mit glänzendem Gespann rasselten neben ihm hin; Spaziergänger wandelten durch die herrliche Frühlings-Landschaft. Den breiten Strom hinab zog eine Menge Schiffe und Barken, deren bunte Wimpel, vom Winde bewegt, in dem letzten rothen Glanze der Abendsonne wie flatterndes Gold schwebten. Zu diesem frischen Lebensgemälde bildete Raimunds Erscheinung einen grellen Abstich. Ernst und trübe ruhten seine Blicke auf den

altergrauen Thürmen der Stadt, die, von den Sonnenstrahlen vergoldet, ihm entgegen schimmerten. Es war die Heimath, die Vaterstadt, die er nach Jahren der Abwesenheit wieder erblickte, und die er wiederzusehen nicht gehofft hatte. Dunkle Bilder der Vergangenheit tauchten vor ihm auf und erfüllten seine Seele mit wehmüthiger Freude und tiefem Schmerz. Fast Alles fand er so wieder, wie er es einst verlassen; Alles blühte wie damals im frischen, regen Leben, nur in ihm war es so öde, so düster geworden. Eine schwere Thräne drängte sich in sein Auge, als es dem Laufe des leuchtenden Stromes folgte, an dessen Ufern er als Knabe, im Kreise munterer Gespielen, sich oft getummelt hatte. Dort erhob sich, in der Mitte freundlicher Landhäuser, die einfache Wohnung und der reizende Garten, wo er einst an der Seite des Freundes, an der Hand der Geliebten wandelte. Wo waren sie geblieben, diese befreundeten Gestalten? Leichtsinnig und treulos hatten sie das Band zerrissen, das er im jugendlichen Wahne für die Ewigkeit geknüpft glaubte. Betrogen vom Freunde, getäuscht von der Geliebten, suchte er im Getümmel des Krieges das Wehe des Herzens zu übertäuben, und auf der Bahn des Ruhms hoffte er Entschädigung für seinen Verlust zu finden. Den Tod verachtend, war er einer der Tapfersten in den Reihen der Krieger;

die Blicke ſeiner Obern und ſelbſt die ſeines Fürſten ruhten mit Beifall auf ihm, und ſchon war er bis zu einem bedeutenden militairiſchen Grade geſtiegen, als Neid und Kabale ihm in den Weg traten, und ihn in die Tiefe eines ſchmachvollen Kerkers ſtürzten. Verrätheriſcher Anſchläge beſchuldigt, mußte er in langer Haft die flüchtigen Augenblicke der fürſtlichen Gunſt büßen, und nur ſchwer gelang es einigen, von ſeiner Unſchuld überzeugten Männern, dieſe deutlich ins Licht zu ſetzen und ihm endlich ſeine Freiheit auszuwirken. Der Fürſt erkannte das ihm widerfahrene Unrecht, aber ſtatt ihm daſſelbe zu vergüten, ſuchte er dem unbehaglichen Gefühl, welches der Gedanke an eine begangene Ungerechtigkeit in uns erweckt, auszuweichen und den Gegenſtand derſelben von ſich zu entfernen.

So war Raimund allmählig an allen Freuden und Hoffnungen verarmt, die ſeine Jugend verſchönert hatten. Es wäre ihm leicht geweſen, ſein trübes verfinſtertes Leben gewaltſam ſelbſt zu enden, aber er verwarf dieſen Gedanken als feige und ſeiner unwürdig; mit dem ſtolzen Bewußtſeyn, ein beſſeres Schickſal verdient zu haben, war er feſt entſchloſſen, den fernern Kampf mit dem feindlichen Geſchick muthig fortzuſetzen, ohne ſich von ihm beugen zu laſſen. Auch gab es noch ein Band, welches ihn an das Le-

den fesseln konnte: eine geliebte Schwester, Ludewika; noch im Kindesalter, als er sich von ihr trennte, hatte er sie seitdem nicht wieder gesehen, aber er wußte, daß sie seit einigen Jahren mit dem Graf Fergau, einem ihm fremden Manne, vermählt war. Zu ihr trieb ihn jetzt die Sehnsucht, zu ihr ging sein Weg.

In schweren Gedanken, in wehmüthigen Erinnerungen verloren, eilte er die Straße hinauf und bald durch das Stadtthor in das bunte Menschengewimmel hinein. Die Hoffnung, die geliebte Schwester in wenigen Minuten zu umarmen, verscheuchte auf einige Augenblicke die melancholischen Gedanken, denen er bis dahin Raum gegeben. Rasch trabte er in dem zunehmenden Abenddunkel durch die wohlbekannten Straßen, als plötzlich ein feierliches Glockengeläut von der Höhe der Kathedrale niedertönte. Ein ahnungsvoller Schauer durchrieselte Raimund bei diesen Klängen; er spornte sein Pferd, als wolle er dem Gefühl entfliehen, das seine Brust zusammen preßte. Bald hielt er bei einem großen stattlichen Hause, vor welchem sich eine Menge Volks versammelt hatte. Priester im festlichen Ornat und Chorknaben erblickte man auf den breiten Stufen der Treppe und in der offenen Vorhalle des Hauses; die vielen Fackeln warfen eine matte röthliche Flamme, welche mit dem Zwielicht

des Tages kämpfte und eine dumpfe Trauer-Musik tönte durch das Geläut der Glocken.

„Wer wird begraben?“ fragte Raimund die ihm zunächst Stehenden, und seine Stimme bebte vor innerer Erregung.

„Man begräbt die Gräfin Ludewika von Fergau!“ war die Antwort.

Wie von einem betäubenden Schlage getroffen, starrte Raimund einige Sekunden den ihm Antwortenden an; dann sprang er vom Pferde und, die Menge der Umstehenden theilend, eilte er in die Halle. Da lag Ludewika auf einem Paradebette, im weißen seidenen Gewande, auf Atlaskissen, mit Blumen geschmückt und von Blumen und Lichtern umgeben. Durch einen Schleier von weißem Silberflor, der über ihr Gesicht gebreitet war, schimmerten die schönen Züge desselben, und die dunkeln Locken, die kunstlos über ihre blasse Stirn fielen, nur matt hindurch. — Unbeschreiblich reizend lag sie da wie im sanften Schlummer; der Todesengel schien ihre Seele sanft hinweg getragen zu haben, ohne ihre irdische Gestalt zu berühren. Lautlos und ohne Regung betrachtete sie Raimund einige Zeit, bis eine vernichtende Stimme in seinem Innern ihm zurief: „Auch das Letzte, was dir blieb, ist dahin!“ — Bewußtlos sank er zur Erde.

Als er erwachte, lag er in einem prächtigen Gemach auf einem Ruhebette, zwei Wachskerzen erhellten das Zimmer. Neben seinem Lager saß eine ältliche Frau, in einfacher Kleidung, wie sie Bürgerfrauen jener Zeit und jener Gegend zu tragen pflegten. Sie betrachtete ihn mit Blicken, in denen sich eine mehr als gewöhnliche Theilnahme ausdrückte.

„Wo bin ich?“ rief Raimund, indem er sich in die Höhe richtete und um sich blickte.

„Im Hause des Grafen Fergau, Eures Schwagers!“ antwortete die Alte.

Raimund starrte sie an und fuhr mit der Hand über seine Stirn, als besinne er sich auf das, was eben vorgegangen war.

„Ach, Herr Ritter!“ nahm die Alte das Wort; „Ihr kommt zu einem traurigen Zeitpunkt; ach, die gute, liebe, schöne Gräfin! Eure herrliche Schwester!“

„Ihr kennt mich?“ fragte Raimund; „wer seyd Ihr?“

„Mein Himmel!“ rief die Alte, „freilich kenn' ich Euch; ich bin ja Ursula, die Amme Eurer guten, ach Gott! nun hingeschiedenen Schwester.“

„Ursula!“ rief Raimund, ihr die Hand reichend; „ja, ich erinnere mich Eurer, Ihr habt Ludowika's Kindheit gepflegt. O meine Ludowika! wer hätte gedacht, daß ich dich im Sarge wiedersehen würde!“

„Es iſt ein harter Schlag!“ ſchluchzte Urſula.

„Ja wohl, ein harter Schlag!“ wiederholte Raimund; „aber er kommt von dem Herrn des Lebens und des Todes, vor ſeinem Willen beugt ſich in Demuth das Herz, während es ſich empört, wenn Menſchenwerk zerſtörend in unſer Erdenglück greift.“

„Menſchenwerk!“ erwiederte Urſula; „und was meint Ihr ſey Ludewika's Tod? O Herr Ritter! wenn Ihr wüßtet —!“

Raimund fühlte ſich bei ihren Worten von einem Grauſen beſchlichen. „Was wollt Ihr damit ſagen?“ fragte er raſch; „verſchweigt mir nichts, ich will Alles wiſſen!“

„Das ſollt Ihr auch!“ antwortete Urſula. „So vernehmt denn“, fuhr ſie nach einer kurzen Pauſe fort, „vernehmt, daß Ludewika keines natürlichen Todes geſtorben iſt; ſie ſtarb an Gift.“

Hier fuhr Raimund haſtig empor.

„Faßt Euch, edler Herr!“ ſagte Urſula; „erſt müßt Ihr mich ruhig anhören, dann iſt es an Euch, den Tod Eurer Schweſter zu rächen. Ihr wißt“, fuhr ſie fort, „daß Ludewika ſeit vier Jahren mit dem Grafen Fergau vermählt war. Der Graf war nicht der Mann ihrer Wahl. Sie zeigte überhaupt eine Abneigung gegen jede Verbindung; ihr frommer ſtiller Sinn neigte ſich ſtets zum Kloſterleben, und ſie ſtand

selbst mit der Aebtissin und den Nonnen eines nahen Klosters im vertrauten Umgange, sie besuchte sie oft, und wurde durch ihre Aufmunterung noch mehr in dem Vorsatz bestärkt, selbst den Schleier zu nehmen. Ihr Vormund aber und ihre Verwandten bestimmten sie, ihrer Schönheit wegen, für die große Welt. Nur auf ihr dringendes Zureden, aber mit innerm Widerstreben, gab sie dem Grafen Fergau ihre Hand, und ward nicht glücklich. Der Graf war leichtsinnig; seine Liebe zu ihr flüchtig vorübergehend. Dennoch würde ihre Ehe nicht schlechter gewesen seyn, als man deren viele findet, wäre nicht im dritten Jahr derselben eine junge Wittwe in unserer Stadt erschienen, die durch ihre Schönheit ein allgemeines Aufsehen erregte. Sie hatte schon früher, als sie noch unvermählt war, in dieser Gegend gewohnt, dann den Baron Wahlheim geheirathet, mit dem sie im Auslande gelebt. Man sagt, ihr Mann habe sich vor Verdruß und Kummer über ihren Leichtsinn erschossen. Sie kam als Wittwe hieher, wo sie ihre gewohnte Lebensweise fortsetzte. Durch ihre Schönheit und durch Lockungen und Kunstgriffe mancherlei Art zog sie viele Jünglinge und selbst Männer von reiferem Alter an sich. Auch den Grafen Fergau, den schwachen leichtsinnigen Mann, wußte sie in ihr Netz zu ziehen. Die sanfte, tugendhafte Ludowika ertrug alle diese Krän-

kungen mit großer Geduld, sie bemühte sich lange, ihren Gemahl zu seiner Pflicht zurückzuführen, aber wenn sie ihn zuweilen gewonnen glaubte, so sah sie plötzlich alle ihre redlichen Bemühungen durch die ränkevolle List ihrer Nebenbuhlerin vereitelt. Des Grafen Leidenschaft für Frau von Wahlheim stieg endlich zu einem Grade, daß er kaum noch wußte, was er that. Ich ahnte keinen guten Ausgang; ja, meine Besorgniß wurde um so größer, da es mir vorkam, als sey der Hauskaplan des Grafen, Pater Sebaldus, der Vertraute seines Herrn, und begünstige dessen Verhältniß zu Frau von Wahlheim. Ich machte die Gräfin auf das Betragen des Kaplans aufmerksam, aber sie verschmähte meine Warnung. — „Laßt das, gute Ursula!“ sagte sie mir dann; „ich kenne den Kaplan besser, er ist ein redlicher Mann und meint es gut mit mir, von ihm habe ich nichts zu fürchten. So schwieg ich denn; als ich aber neulich auf eine kurze Zeit verreisen mußte, um einen kranken Sohn zu besuchen, da fiel mir der Abschied von meiner Gräfin sehr schwer auf's Herz. Ich fand weder Ruhe noch Rast, und kaum war mein Sohn außer Gefahr, so eilte ich zurück. Heut Mittag kam ich an, aber, o mein Gott! ich fand die Gräfin im Sarge. Ich wollte mich über sie hinstürzen, die Diener des Grafen hielten mich jedoch zurück; kaum war es mir vergönnt,

ihre kalte Hand zu küssen. Man brachte mich in mein Stübchen, wo man mich bewachte, weil ich — so hieß es — durch mein Geschrei die Todtenfeier störe. Ich wollte dem Leichenzuge folgen, es wurde mir nicht vergönnt. Seit einer Stunde ruht nun die schöne Gräfin in ihrer Familiengruft in der Kathedrale. Nun läßt man mich frei, Niemand kümmert sich um mich; da erfahre ich, daß Ihr hier seyd und welchen Eindruck der Anblick Eurer todten Schwester auf Euch gemacht hat. Ich eile zu Euch, ich finde Euch in tiefer Ohnmacht auf diesem Lager, einen Diener des Hauses, der Euch erkannt hat, um Euch beschäftigt. Ich entferne ihn, um Eurer allein zu warten und Euch mitzutheilen, was ich weiß, was ich ahne. — Ludowika ist vergiftet; ihr plötzlicher Tod ist nicht natürlich."

„Ist denn kein Arzt zu ihr gerufen worden?" fragte Raimund.

„Der Hauskaplan", antwortete Ursula, „ist auch zugleich Hausarzt, und ich will nicht leugnen, daß er etwas von der Arzneiwissenschaft verstehen mag, er hat wirklich schon manchem Kranken geholfen; aber dennoch traue ich ihm nicht, es gehen wunderliche Reden über ihn, ja, es giebt sogar Leute, die ihn beschuldigen, daß er sich mit geheimen Zauberkünsten befasse. Ob es wahr ist, weiß ich nicht, aber in seinem

Zimmer — ich gerieth durch Zufall einſt hinein — ſieht es ſeltſam genug aus; Phiolen, Schmelztiegel, Kräuter, Alles liegt und ſteht dort durcheinander. Er ſagt freilich, er brauche das Alles zur Bereitung ſeiner Arzneien, aber wer weiß, ob er es nicht auch zu andern hölliſchen Künſten gebraucht."

Raimund hörte den Bericht der Alten mit geſpannter Aufmerkſamkeit an, und ihre Worte blieben nicht ohne Wirkung auf ihn, denn der Glaube an Zauberei, der in jener Zeit noch faſt allgemein war, machte auch ſeine Herrſchaft über ihn geltend.

„Wo iſt mein Schwager, der Graf Fergau?" fragte er nach einer Weile.

„Er hat ſich in ſeinem Zimmer eingeſchloſſen", antwortete Urſula; „und läßt Niemand vor ſich, weil er, wie es heißt, vor Gram todtkrank iſt; aber ich wette, es iſt Alles Verſtellung."

„Ich will ihn ſehen!" rief Raimund; „man melde mich ſogleich!"

Ein Diener ward gerufen und beauftragt, dem Grafen die Ankunft ſeines Schwagers zu melden, der ihn um eine Unterredung bitten laſſe. Es dauerte lange, ehe Raimund Antwort erhielt. Endlich kam der Diener mit dem Beſcheid zurück: es ſey dem Grafen ſehr angenehm, ſeinen Verwandten in ſeinem Hauſe zu wiſſen, doch könne er den Beſuch deſſelben

nicht sogleich annehmen, da der tiefe Schmerz über seinen erlittenen Verlust ihn außer Stande setze, irgend Jemand zu sehen.

„Deste besser!" rief Ursula, als sie mit Raimund wieder allein war; „was braucht Ihr den Heuchler zu sehen! Wenn Ihr den Rath einer alten Frau nicht verschmähen wollt, edler Herr, so klagt den Grafen öffentlich des Mordes seiner Gemahlin an."

„Ihr seyd nicht bei Sinnen, Ursula!" antwortete Raimund; „so ohne genauere Prüfung der Sache, ohne größere Merkmale der Schuld? Wer dürfte ihn mit dieser schweren Beschuldigung belasten, ohne wenigstens einige Umstände anzuführen, die diesen Verdacht rechtfertigen können!"

„Nun wohl, Herr Ritter, nun wohl!" rief Ursula unwillig; „wenn Ihr säumt, die gerechte Rache zu vollziehen, wenn Ihr den Wink Gottes verkennt, der Euch gerade zur rechten Stunde an den Sarg Eurer Schwester führte, so will ich die Sache der gemordeten Gräfin verfechten. Morgen fordere ich den Grafen vor die Schranken des Gerichts."

„Und wenn man Euch fragt, worauf sich Euer Verdacht gründet, was habt Ihr zu antworten?" fragte Raimund.

„Am Grafen wird es seyn zu antworten", erwiederte Ursula heftig, „wenn ich ihn fragen werde,

warum Jedermann von der Leiche fern gehalten, warum mit der Bestattung derselben so geeilt wurde? Dringen werde ich darauf, daß der Sarg noch einmal geöffnet und von zuverlässigen Aerzten der Körper untersucht werde: ob Spuren der Vergiftung an demselben zu entdecken sind."

„Hört, Ursula!" sagte Raimund nach kurzem Sinnen; „was Ihr jetzt sagt, verdient beherzigt zu werden. Ich billige die Untersuchung der Leiche von einem verständigen Arzte, aber sie geschehe im Geheimen und unverzüglich, und dann erst, wenn des Arztes Bericht mit Eurer gräßlichen Vermuthung übereinstimmen sollte, dann werde ich den Grafen zur Rechenschaft ziehen."

„Gut", sagte Ursula; „so geschehe es! Morgen mit dem Frühesten möge die Untersuchung beginnen!"

„Das ist zu spät", antwortete Raimund; „bis morgen würden vielleicht mit der Leiche Veränderungen vorgehen, daß der Arzt nicht mehr die Spuren einer Vergiftung von denen der Verwesung unterscheiden könnte. Gleich muß es geschehen, in dieser Nacht! Eilt, einen Arzt zu bestellen und alles Uebrige zu veranstalten."

Ursula, vor Begierde brennend, die Freveltat zu enthüllen und ihre geliebte Herrin zu rächen, verließ Raimund sogleich, um seinem Gebot Folge zu

leiſten. Erſchüttert von dem eben Gehörten, und geſpannt in Erwartung der Entdeckungen, die er noch zu machen fürchtete, harrte Raimund ihrer Wiederkehr. Er warf ſich in einen Seſſel und ſchloß die Augen, um wo möglich die düſtern Gedanken zu verſcheuchen, die ſeinen Kopf durchkreuzten, aber ſein aufgeregtes Gemüth geſtattete ihm keine Ruhe. Haſtig ſprang er wieder auf und ging raſch im Zimmer auf und nieder. Seine Bruſt war beklommen, die Luft im Gemach ſchien ihm drückend; um freier zu athmen, öffnete er das Fenſter, das nach einem Garten hinausging. Die kühle Nachtluft, die in das Zimmer ſtrömte, erfriſchte ihn auf einige Augenblicke, und der Anblick des tiefblauen Himmels mit den glimmenden Sternen ſchien den Sturm ſeiner Gefühle etwas zu beſchwichtigen. Die Bäume rauſchten leiſe, und im blaſſen Mondlichte, das den Garten beleuchtete, ſah er den ſilbernen Strahl eines nahen Springbrunnens hoch über die Wipfel der Bäume in die blaue Nacht hinaufſteigen. Wie oft, dachte er, haben wohl Ludowika's Augen auf dieſem gleichförmig ſteigenden Waſſerſtrahl geruht! Iſt es nicht, als wenn aus dem niederfallenden plätſchernden Waſſer mir ihre klagende Stimme entgegentönte? als wenn ſich das Flüſtern der Bäume in einen langen, ſchmerzlichen Seufzer verliere? Iſt es nicht, als wenn ihr ätheriſches Bild

aus dem Schauer der klaren Fluth emporſteige? Seine Gedanken fingen an, ſich zu verwirren, es kam ihm vor, als ſchwankte unter ihm der Boden, als tanzten um ihn her die Bäume, als erklänge um ihn her ein wunderbares Tönen, das ihm die Beſinnung raubte; er taumelte einige Schritte vom Fenſter zurück und ſank dann in den Seſſel. Es war keine völlige Ohnmacht, ſondern ein zweifelhafter Zuſtand zwiſchen Schlaf und Wachen, der ſeine Sinne gefeſſelt hielt und der wahrſcheinlich von der Erſchütterung ſeines Gemüths und der fieberhaften Aufregung ſeines Blutes herrührte. Es war ihm wohl in dieſer traumähnlichen Betäubung, doch blieb ihm das Gefühl, daß er daraus erwachen müſſe. Aengſtlich harrte er dieſes Augenblicks, als er ſich bei der Hand ergriffen fühlte und ſchnell in die Höhe fuhr.

„Ihr habt gut geſchlafen, edler Herr", ſagte Urſula, die wieder vor ihm ſtand; „ſeht! die Lichter ſind dem Erlöſchen nahe, ſeht! wie die matte Flamme in der Luft, die durch das offene Fenſter hereinzieht, hin- und herweht! Wie iſt Euch denn? Ihr ſeht ja völlig ſchlaftrunken aus."

Raimund ſchämte ſich ſeiner Schwäche und raffte ſich empor. „Nun, wie ſteht's aus?" fragte er.

„Alles Nöthige iſt geſchehen!" antwortete Urſula. „Ein Arzt, den ich als einen geſchickten und redlichen

Mann lange kenne, und eine Gerichtsperson, denn diese ist nothwendig dabei, harren unserer an der Kirchthür. Kommt, laßt uns nicht zögern!"

„Brave Ursula!" sagte Raimund; „Ihr habt Alles schnell in's Werk gerichtet!"

„Nun, nicht eben zu schnell", erwiederte Ursula; „ich war gegen zwei Stunden weg; Ihr habt schlafend den Verlauf der Zeit nicht bemerkt. Alles schläft schon im Hause, nur der Thorhüter wacht, und diesen habe ich durch ein Goldstück gewonnen, uns still hinauszulassen. Kommt, edler Herr! nehmt Euren Mantel, der dort auf der Stuhllehne hängt, und folgt mir!"

Sie zündete eine Blendlaterne an und löschte die Lichter aus. Dann verließen sie, ohne von Jemand gesehen zu werden, das Haus.

Schweigend gingen sie durch die menschenleeren Straßen, die Thurmglocke der Kathedrale schlug zwölf, als sie in die alterthümliche Kirche traten. An der Thür derselben empfingen sie zwei in Mäntel gehüllte Männer; es war der Arzt und der Gerichts-Beamte. Ein Kirchendiener, mit einer Kerze in der Hand, leuchtete ihnen voran bis zu der Familiengruft, deren metallne Gitterthür sich rasselnd öffnete. Sie folgten dem Führer eine schmale, steile Treppe hinab und traten dann in ein tiefes Gewölbe, welches eine düstere Lampe spärlich erhellte. Eine feuchte Moderluft schlug

ihnen entgegen und drohte die Flamme der Kerze zu erlöschen. Die grauenvolle Stille, die sie umgab, wurde nur durch den Wiederhall unterbrochen, der ihre Tritte dumpf und hohl zurück gab. Im Hintergrunde standen rechts und links viele Särge; vor einem derselben blieb der Kirchendiener stehen und deutete an, daß es der Sarg der Gräfin von Fergau sey. Raimund sah mit Verwunderung, daß der Deckel desselben nicht geschlossen, sondern nur leicht aufgelegt war. Auf einen leichten Stoß des Kirchendieners fiel er herunter, und die schöne Leiche, das Gesicht noch immer vom halb verhüllenden Schleier bedeckt, lag vor den Blicken der Anwesenden. Ursula that einen Schmerzesschrei, indem sie ihre Hände vor das Gesicht schlug und in ein lautes Schluchzen ausbrach. Raimund sank in schmerzlicher Bewegung neben dem Sarge auf die Kniee nieder und drückte seine Lippen auf die Hand der Todten. Mehrere Sekunden blieb er in dieser Stellung, dann fuhr er, wie aufgeschreckt, in die Höhe, ließ die Hand los, faßte sie wieder, hielt sie eine kurze Zeit in seinen Händen und rief dann: „Sie ist nicht todt! ich fühle Wärme und Bewegung in ihrer Hand!“

Bei diesen Worten zog er den Schleier von ihrem Gesicht, auf welches der blaßgelbe Schein des Kerzenlichtes fiel; es hatte die Farbe der Todten. —

Der Arzt war unterdessen herangetreten und hielt eine Hand der Leiche, die er forschend betrachtete. „Sie lebt!“ rief er endlich; „der Puls schlägt, obwohl schwach.“

In der That fing die Scheintodte an sich zu regen. Der Arzt und Raimund waren um sie beschäftigt, während Ursula neben dem Sarge auf den Knieen lag und die Füße und Hände ihrer Herrin durch ihren Athem zu erwärmen suchte. — Da richtete sich plötzlich die Todtgeglaubte in die Höhe, eine wächserne Larve fiel von ihrem Gesicht, die schwarzen Locken, die ihre Stirn umschattet hatten, sanken nieder, und mit dem höchsten Erstaunen sahen die Umstehenden ein schönes, sehr jugendliches, aber Allen fremdes Gesicht; denn diese blonden Locken, diese himmelblauen Augen, diese fast noch kindlichen Züge gehörten nicht der Gräfin Fergau an.

„Das ist nicht Ludowika!“ — „Das ist nicht meine Gräfin!“ — riefen Raimund und Ursula zugleich, und die Umstehenden, vor Erstaunen starr und stumm, blickten auf die schöne bleiche Gestalt, welche angstvoll einige Mal um sich schaute, dann die Hände zusammen schlug und mit einem schwachen Angstlaut auf ihre Atlaskissen zurück sank. Der Arzt war der Einzige, der bei dieser seltsamen Scene Besonnenheit behielt. Er war bemüht, die Ohnmächtig-Scheinende

durch ſtärkende Waſſer, die er bei ſich trug, zum völligen Bewußtſeyn zu bringen, und als ſie anfing, ſich zu erholen, und abermals in ſichtlicher Angſt um ſich ſchaute, redete er ihr liebreich zu. „Wer Ihr auch ſeyn mögt", ſprach er, „fürchtet nichts! Ihr ſeyd unter wohlmeinenden Menſchen, die bereit ſind, Euch beizuſtehen, wo Ihr Hülfe braucht. Nur ſagt, um's Himmels willen, wie Ihr in dieſe Gruft gekommen ſeyd, die Lebende unter Todte?"

„Unter Todte?" rief die Geängſtigte, indem ſie den Fragenden mit Blicken anſtarrte, in denen ſich ihr Entſetzen malte.

Jetzt trat der Gerichts-Commiſſar zu ihr heran. „Wer ſeyd Ihr, junge Dame, und wie kommt Ihr hieher?" fragte er ſie in einem etwas ſtrengen Ton; „es iſt Zeit zu erfahren, was dies Gaukelſpiel zu bedeuten hat?"

„Barmherziger Gott! wo bin ich denn?" fragte das junge Mädchen, ſich völlig von ihrem Lager erhebend; „in einem Sarge? in einer Todtengruft?" fuhr ſie ſchaudernd fort, als ſie nach und nach die ſie umgebenden Gegenſtände erkannte.

Der Arzt und Raimund unterſtützten die Wankende, die im Begriff war, wieder zu Boden zu ſinken. Der Arzt erzählte ihr in wenigen Worten, daß man nicht ſie, ſondern die vor einigen Stunden bei-

gesetzte Gräfin von Fergau in diesem Sarge gesucht habe, und drang in sie, das Allen unerklärliche Räthsel zu lösen.

„Ich kann Euch nicht sagen, wie ich hieher komme, weil ich es selbst nicht weiß", antwortete die Unbekannte; „aber führt mich schnell zu meiner Schwester, der Baronin von Wahlheim, zurück."

„Eure Schwester? Frau von Wahlheim?" rief der Gerichts-Commissar; „hier muß etwas Unerhörtes vorgehen!"

„O schont meiner! schont der armen Elisabeth, die wahrlich keinem Menschen ein Leid zugefügt hat!" rief das bebende Mädchen, die gefalteten Hände bittend emporhebend.

Man beruhigte sie, und nach einer kurzen Berathung wurde beschlossen, daß sie in das Haus des Arztes gebracht werden und dort bleiben solle, bis das wunderbare Räthsel gelöst sey.

„Aber was ist aus meiner Schwester geworden?" rief Raimund; „beim Himmel, ich ruhe nicht, bis ich das Unerklärliche dieses Ereignisses erforsche und Ludowika finde, sey sie lebend oder todt!"

„Am sichersten werdet Ihr gehen", sagte Ursula, „wenn Ihr Euch an den Pater Sebaldus haltet; er muß wissen, was aus der Gräfin geworden ist, und wer verbürgt uns, ob er nicht durch seine höllischen

Kunſtſtücke ihre Geſtalt in eine fremde hat zu verwandeln gewußt, daß unſere Augen ſie nicht wieder erkennen. Vielleicht iſt Alles, was wir ſehen, Blendwerk des Satans, böſes Zauberweſen, worin auch wir Gefahr laufen, uns zu verſtricken. Auf, Herr Ritter! ſäumt nicht, Euch des Gauklers zu bemächtigen; ehe der Tag beginnt, büße er in Kerkerhaft ſein unheiliges Treiben! — die Marterbank führe ihn zum Geſtändniß ſeiner Frevelthaten!"

Sie hätte noch länger fortgetobt, wenn die Männer ihr nicht Schweigen geboten und ſie erinnert hätten, daß der Ort zu ſolchen wilden Ausbrüchen des Zorns am wenigſten geeignet ſey. Man verließ die Gruft und die Kirche. Der Arzt unterſtützte Eliſabeth; ſie mit ſeinem Mantel umhüllend, führte er ſie in ſeine Wohnung, während die Uebrigen ihres Weges gingen. — Raimund, von den verſchiedenartigſten Gefühlen bewegt, mochte nicht im engen Raum eines Gemachs verweilen. Unruhig durchirrte er die öden Straßen, bis ein blaſſes Zwielicht den Morgen verkündete. Bald wurden die Thore der Stadt geöffnet, und Raimund eilte hinaus in's Freie. Weiße Duftgewölke ſchwammen am Frühlingshimmel, und Berge und Bäume floſſen noch in den Morgen-Nebeln ineinander, bis die Strahlen der aufgehenden Sonne die leichten Dünſte allmählig zerſtreuten. Raimund

ging den Strom entlang. Tausend Erinnerungen seines abenteuerlichen Lebens stürmten auf ihn ein. Seine unruhige Vergangenheit, seine trübe Gegenwart, seine dunkle Zukunft, Alles lag vor ihm wie ein Nachtstück, und sein Inneres ward um so düsterer, je greller es gegen die Außenwelt abstach, die im Glanz und Blüthenzauber eines Frühlings-Morgens ihn umgab. Die Sonne war schon ziemlich weit herauf, als er sich in der Nähe jenes Landhauses befand, in welchem er einst eine kurze glückliche Zeit verlebt hatte, die aber eine Quelle seines ganzen nachherigen Mißgeschicks ward. Falsche, treulose Helene! dachte er; hatte ich es um dich verdient, daß du mir den Giftbecher in das heitere, blühende Leben gossest? — Er trat näher an die niedere, mit Epheu und Moos überwachsene Mauer, die den Garten des Hauses umgab und starrte eine Weile auf die Fenster hin, die im Sonnenglanze wie Gold funkelten. Da sah er, wie sich die Thür des Hauses öffnete; eine verschleierte weibliche Gestalt trat heraus und ging rasch, mit allen Anzeichen innerer Angst, einer kleinen in der Mauer befindlichen Pforte zu, die nach der Seite des Feldes hinaus führte, wo Raimund stand. Auch die Pforte wurde geöffnet, und in wenigen Sekunden war die Eilende an dem Rande des Flusses, warf den Schleier ab und schien im Begriff, in die Fluth zu

ſprungen, als Raimund, der ihr faſt mechaniſch gefolgt, ohne von ihr bemerkt zu werden, dicht hinter ihr ſtand und mit kräftigen Armen ſie einige Schritte zurück riß.

Mit allen Zeichen des Schreckens wandte ſie das Geſicht gegen ihn, Raimund ſah ſie an und ließ den Arm ſinken, mit dem er ſie hielt. „Helene!“ rief er und trat einige Schritte rückwärts.

Helene ſank mit einem lauten Schrei auf den Raſen hin. Schnell aber faßte ſie ſich wieder, ſprang in die Höhe und ſuchte abermals nach dem Fluſſe zu kommen. „Laßt mich, um Gottes willen!“ rief ſie, als Raimund ſie gewaltſam zurückhielt; „ich bin verloren! für mich iſt nur Rettung im Tode!“

Jetzt vernahm man Menſchenſtimmen im Garten, und Helene machte eine neue, aber vergebliche Anſtrengung, ſich loszureißen. Jetzt traten einige Männer durch die kleine Pforte.

„Da iſt ſie!“ rief Einer; „ergreift ſie, daß ſie nicht entkomme!“

Raimund erkannte in dem Gebietenden den Gerichts-Beamten der vergangenen Nacht, auf deſſen Befehl die Gerichtsdiener ſich der ſchönen Helene bemächtigten.

Raimund verſuchte ſie zu beſchützen, aber der Commiſſar ſagte: „Was fällt Euch ein, Herr Ritter!

Ihr selbst seyd bei der Verhaftung der Frau von Wahlheim am meisten betheiligt, denn sie ist angeklagt, um das Verschwinden Eurer Schwester, der Gräfin von Fergau, zu wissen."

„Frau von Wahlheim? Helene?" wiederholte langsam der bestürzte Raimund; dann aber trat er zurück, lehnte sich an einen Baum und sah schweigend, wie die Männer Helenen wegführten, die in ohnmächtigem Zorne sich sträubte, ihren Führern zu folgen, welche halb mit Gewalt sie hinweg schleppten.

Erst nach einer geraumen Zeit verließ Raimund seinen Platz; wie aus einem dumpfen Traum erwachend, sah er nun den Zusammenhang der eben erlebten Ereignisse klar und deutlich ein. Also jene Helene, die ihm einst so verderblich gewesen, und diese Frau von Wahlheim, die Nebenbuhlerin seiner Schwester, waren dieselbe Person; er hatte sie wiedergesehen, aber ihr Anblick, weit entfernt, ihm gefährlich zu werden, ließ nur Verachtung und ein Gefühl des Mitleids in ihm zurück. Er pries das Verhängniß, das ihn noch zeitig genug den Schlingen dieser ränkevollen Frau entzogen, und so schmerzlich ihm auch die Erkenntniß ihrer Unwürdigkeit war, so fühlte er doch, daß sein Loos, als ihr Gatte, weit schrecklicher würde gewesen seyn. — Unter diesen Betrachtungen kam er wieder im Hause seines Schwagers an.

Urſula eilte ihm haſtig entgegen, ſobald ſie ihn erblickte. „Mein Gott! wo ſeyd Ihr ſo lange geweſen?“ rief ſie; „es iſt heut ſchon Wichtiges vorgefallen. Pater Sebaldus ſollte verhaftet werden, aber er iſt verſchwunden; wahrſcheinlich hat er Kunde erhalten, daß man ſeinen Teufelskünſten auf der Spur war, und hat ſich bei Zeiten aus dem Staube gemacht. Auch der Graf, Euer Schwager, iſt nirgends zu finden. Der Himmel gebe nur, daß uns jenes argliſtige Weib, die Urſache alles Unglücks, nicht auch entwiſche.“

Raimund mochte nicht in dem Hauſe ſeines Schwagers bleiben, er bezog eine nahe belegene Wohnung. Schon am folgenden Tage wurde eine gerichtliche Unterſuchung gegen Helenen eingeleitet. Sie betheuerte ihre Unſchuld und Unwiſſenheit an Allem, was vorgegangen war. Das Verſchwinden der Gräfin Ludowika aber und die unerklärliche Begebenheit in deren Gruft könne nur, meinte ſie, durch Zauberwerk veranlaßt worden ſeyn. Sie halte den Kaplan Sebaldus für ſchuldig und auch Eliſabeth müſſe darum wiſſen, denn Beide hätten ſtets in einem Verkehr geſtanden, der ihr längſt unheimlich vorgekommen. Sie ſey gewiß, fuhr ſie fort, daß ihre Schweſter am Begräbnißtage der Gräfin und in der darauf folgenden Nacht das Haus nicht verlaſſen habe; jene ihr ähn-

liche Erscheinung im Sarge Ludowika's sey also nicht sie selbst, sondern ein Trugbild, welches die Augen der Anwesenden täuschte. Der Kaplan Sebaldus, in geheimen Wissenschaften erfahren, habe ohne Zweifel den Betrug vollbracht, doch wahrscheinlich nicht ohne Elisabeth's Wissen, über welche er stets eine große Gewalt geübt habe.

Elisabeth wurde gebolt und Helenen gegenüber gestellt. Auf diese schien der Anblick ihrer Schwester entmuthigend zu wirken, sie erbleichte und rang mit niedergeschlagenen Augen nach Fassung, dann blickte sie mit scheinbarer Ruhe umher und wiederholte mit fester Stimme die Anklage gegen Elisabeth. Diese hörte sie schweigend an. Ihr Gesicht drückte Anfangs Erstaunen und Entsetzen aus, welches allmählig in den heftigsten Schmerz überging. Auf die an sie gerichteten Fragen des Richters hob sie die gefalteten Hände in die Höhe, und mit einem unbeschreiblichen Blick zum Himmel rief sie: „Ich nehme Gott zum Zeugen, daß ich nicht weiß, wer mir das gethan, was mir geschehen ist." — Als sie über ihr Verhältniß zu Pater Sebaldus befragt wurde, antwortete sie: „Ich werde nicht leugnen, daß ich ihn als einen väterlichen Freund, dem ich den größten Theil meiner Bildung verdanke, liebe und ehre; daß ich in seinem Umgange Belehrung und oft Trost gefunden habe, wo ich des

Troſtes bedurfte. Jene geheimen Wiſſenſchaften und übernatürlichen Künſte, deren er verdächtig iſt, gründen ſich wohl nur auf ſeine tiefern Kenntniſſe der Natur, von deren Kräften und Wirkungen er auch zuweilen mit mir ſprach, und die himmelweit entfernt ſind von jenen dunkeln Geheimniſſen, die nur Aberglaube und Unwiſſenheit erſonnen haben."

Die Richter, die dem finſtern Glauben ihrer Zeit huldigten, fanden die Worte des jungen Mädchens vermeſſen, und ſchüttelten bedenklich den Kopf zu ihrer Rede, die ſie überklug nannten.

„Gott bewahre uns", ſagte Einer von ihnen, „Gott bewahre uns vor einer Weisheit, die gegen die Erfahrung der frömmſten Menſchen der Vorzeit ſpricht; eine Weisheit, die um ſo thörichter klingt, da ſie von einem ſo jugendlichen Munde ausgeſprochen und vielleicht nur zur Schau getragen wird, um die Bekanntſchaft mit den Dingen, die ſie wegleugnet, deſto beſſer zu verdecken."

Helene, durch die Stimmung der Richter ermuthigt, fuhr in ihrer Anklage fort, indem ſie auf eine blaue, ſeidene Schnur deutete, die Eliſabeth am Halſe trug. — „An dieſer Schnur", ſetzte ſie hinzu, „trägt meine Schweſter ein kleines, goldenes Schild, auf welchem allerhand wunderliche Figuren eingegraben ſind; es iſt ein Geſchenk des Pater Sebaldus, und

vielleicht eine Art Talisman, der seinem Besitzer gewisse Kräfte verleiht, die der Mensch auf natürliche Weise nicht erlangen kann."

Auf das Gebot des Richters löste Elisabeth die seidene Schnur von ihrem Halse und übergab sie ihm nebst dem daran befestigten Schilde. Es war eine kleine, ovalrunde Platte, aus dem feinsten Golde gearbeitet, auf deren einen Seite eine egyptische Sphynx eingegraben war; die andere Seite trug das Gepräge einiger wunderlich verschlungenen Buchstaben. Mit bedenklichen Mienen fragte der Richter Elisabeth nach der Bedeutung des goldenen Schildes und dessen räthselhaften Figuren.

„Es ist allerdings zu verwundern", sagte er, „und erregt Verdacht, daß eine christliche Jungfrau einen Schmuck mit so heidnischen Bildern und Zeichen trägt, indeß sollt Ihr nicht nach dem Schein verurtheilt werden; laßt hören, was Ihr zu Eurer Rechtfertigung zu sagen habt!"

Elisabeth antwortete: Das goldene Schild sey allerdings ein Geschenk vom Kaplan Sebaldus, der ihr empfohlen, es sorgfältig zu bewahren, weil es ein Erbstück ihrer Mutter sey, die es ihm kurz vor ihrem Tode für sie übergeben habe. — Helene wurde befragt, ob sie sich erinnere, das Schild bei ihrer Mutter gesehen zu haben; sie verneinte es, und als im

nächſten Verhör eine alte Dienerin Helenens, die ſchon als Kammerfrau bei deren Mutter gedient hatte, vor Gericht als Zeugin erſcheinen mußte, und ebenfalls verſicherte, daß ſie das Schild nie bei ihrer verſtorbenen Gebieterin bemerkt, wurde der Verdacht gegen Eliſabeth gewichtiger. Das bedrängte Mädchen, von den ſich durchkreuzenden Fragen des Richters beſtürmt, über die Anklage ihrer Schweſter empört und tief in der Seele verwundet, gerieth außer ſich. Halb ohnmächtig führte man ſie hinweg, und ihr aufgeregter Gemüthszuſtand galt bei den Richtern für das Anzeichen eines ſchuldigen Gewiſſens. Nur Raimund, der bei dem Verhör zugegen war, fühlte, daß dieſer Blick und dieſe Miene nur der Unſchuld angehören könne. Er verlangte Eliſabeth's Freilaſſung, man verweigerte ſie ihm. Beide Schweſtern wurden in ſichern Gewahrſam, doch Jede in einen andern Kerker gebracht. Alles Forſchen nach Ludowika blieb indeſſen vergebens, keine Spur von ihr war zu finden. Auch vom Grafen Fergau und vom Pater Sebaldus hörte man nichts.

Noch mehrere Male wurde Eliſabeth vor dem Tribunal zum Bekenntniß ihrer Schuld aufgefordert; ſie verharrte bei der Verſicherung ihrer Unſchuld. Zuletzt vermochte ihr empörtes Gemüth nicht mehr die Schmach auszuhalten, und ſie verweigerte ſtandhaft

jede Antwort auf die ihr vorgelegten Fragen. Die Berichte mehrerer herbeigeschafften Zeugen gaben der Verhandlung kein klares Licht, verstärkten aber den zweideutigen Schein, der, nach der Richter Meinung, auf Elisabeth ruhte. Ihr hartnäckiges Schweigen schien ihnen Trotz und Bestätigung ihrer Schuld, und so wurde, um zur Erkenntniß der Wahrheit zu gelangen, ihr die Folter zuerkannt. — Helene, die bei diesem Ausspruche zugegen war, schien von einem Schauder ergriffen; sie mußte aus dem Gerichtssaal hinweggeführt werden. Noch ein Mal versuchten es die Richter, Elisabeth durch gütliches Zureden zu einem Geständnisse zu bewegen; sie schwieg einige Sekunden, in welchen sie Muth und Fassung zu gewinnen suchte, dann hob sie das gesenkte Haupt in die Höhe, schüttelte die herunterfallenden Locken von dem schönen bleichen Gesicht und sagte mit schwacher, aber ruhiger Stimme: „Ich weiß nichts zu sagen, als daß die Schuld, deren ich angeklagt werde, meinem Herzen so fern ist, als der Himmel der Erde."

Der Oberrichter stand unwillig auf und gab gleich darauf Befehl, zur Folter zu schreiten. Elisabeth wurde in die Marterkammer geführt. Dort lagen die Schrauben, die Schnüre und die übrigen entsetzlichen Werkzeuge der sie erwartenden Qual. Der Richter blickte nicht ohne Mitleid auf die zarte jugend-

liche Geſtalt, die auf ſo fürchterliche Weiſe ſollte zerriſſen werden, ermahnte ſie noch ein Mal zum Geſtändniß und gab, als keine Antwort erfolgte, mit abgewandtem Geſicht den bereit ſtehenden Schergen den Befehl, die gräßliche Arbeit zu beginnen, während ſich ein Gerichtsſchreiber anſchickte, das Reſultat der angewandten Marter ſchriftlich aufzuzeichnen.

Schon ergriffen die Schergen die Banden, mit welchen Eliſabeth an die Bank ſollte befeſtigt werden, da erhob ſich im Nebengemach ein Getümmel, die Thür wurde haſtig aufgeriſſen, und athemlos ſtürzt Raimund herein.

„Was ſoll hier geſchehen?“ rief er mit zornfunkelnden Blicken und drohender Geberde; „wem Recht und Wahrheit heilig ſind, erfreche ſich nicht, dieſe Unſchuldige anzurühren!“

Der aufgebrachte Richter rief ſeine Gerichtsdiener, um den Unwillkommenen hinauszuſchaffen; aber Raimund legte ſeine Hand an's Schwert. „Gewalt gegen Gewalt!“ rief er; „bei Eurem Leben, Herr Richter, laßt das Fräulein los, ſie iſt unſchuldig!“

Auf den Wink des Richters traten die Gerichtsdiener zu Raimund, um Hand an ihn zu legen, aber wüthend ſchleuderte ſie dieſer zu Boden; raſch flog ſein Schwert aus der Scheide und blitzte durch das dunkle Jammergemach gegen den Richter, als plötzlich

von hinten ein kräftiger Arm den ſeinigen, der die funkelnde Waffe ſchwang, gewaltſam niederriß. Wuthſprühend wandte Raimund den Kopf und erblickte zwei unbekannte Männer, die hinter ihm hereingetreten waren.

„Pater Sebaldus!“ rief Eliſabeth und warf ſich um den Hals des Aeltern, der Raimund's Arm gehalten hatte.

„Ich komme zu Eurer Rettung, Fräulein!“ ſagte der Pater. „Herr Richter! vergönnt mir Gehör, und Ihr ſollt in wenigen Minuten das Räthſel gelöſt wiſſen, das Euch beſchäftigt!“

Man kehrte in den Gerichtsſaal zurück, wo der Richter ſeinen gewöhnlichen Sitz einnahm, um des Paters Bericht anzuhören, den er folgendermaßen begann: „Nicht ohne ein Gefühl tiefen Schmerzes lege ich ein Bekenntniß ab, welches einen Mann, dem ich bisher ein treuer Freund war, mit Schmach und Schande bedeckt. Aber das Recht der verkannten Unſchuld und die Stimme der Wahrheit gebieten hier. — Ihr wißt“, fuhr er fort, „daß ich im Hauſe des Grafen Fergau Kaplan war. Dem Grafen mit treuer Seele ergeben, bemühte ich mich, ihn von ſeiner leichtſinnigen, regelloſen Lebensweiſe zu einem vernünftigen Wandel zurückzuführen, es gelang mir aber nicht; im Gegentheil ſah ich, wie er ſich immer mehr und mehr

ſeiner edlen, frommen Gemahlin entfremdete und ſich einer ſtrafbaren Neigung für Frau von Wahlheim rückſichtslos überließ. Von Verirrung zu Verirrung ſinkend, ging ſeine beſſere Natur allmählig in ihm unter, und völlig unterjocht von ſeiner Leidenſchaft, entſtand nach und nach in ihm der Gedanke, um jeden Preis zu dem Beſitz der Frau zu gelangen, die ihn mit ihren Ränken umgarnt hatte. Da nach einer Scheidung eine zweite Ehe nicht erlaubt iſt, ſo konnte er ſein Glück nur auf den Tod ſeiner Gemahlin gründen, und, jede Regung des Gewiſſens betäubend, verlangte er Gift von mir, welches er ſich auf keine andere Weiſe zu verſchaffen wußte. Er forderte Verſchwiegenheit, für welche er mir eine ungemeſſene Belohnung verſprach. Schaudernd vor dem tiefen Falle, dem er ſo nahe war, verſuchte ich es, ſein übertäubtes beſſeres Gefühl zu erwecken; er ſchien auch wirklich reuevoll in ſich zu gehen, aber der Dämon, der ſich ſeines ſchwachen Herzens bemächtigt hatte, riß ihn zurück in die Tiefen der Sünde. So ſah ich ihn eine Zeit lang zwiſchen Reue und Verbrechen ſchwanken und den Sieg des letztern fürchtend, hielt ich es für rathſam, ſeine Gemahlin zu warnen, weil es nicht unwahrſcheinlich, daß er das, was ich ihm verweigerte, auf einem andern Wege zu erlangen ſuchen und ſo ſeinen entſetzlichen Plan ausführen würde, ohne daß

ich ihn daran hindern könne. Die edle Gräfin überließ sich Anfangs einem grenzenlosen Schmerz; dann, das Gefährliche ihrer Lage erwägend, faßte sie mit muthigem Herzen den Entschluß, den Grafen vor einem ungeheuren Verbrechen zu bewahren, indem sie ihm freiwillig entsagte. Sie verließ heimlich sein Haus und suchte Zuflucht in einem Kloster, in welchem sie schon früher den Schleier hatte nehmen wollen. Nachdem ich zu ihrem Entweichen hülfreich gewesen, überbrachte ich dem Grafen die Botschaft davon, und einen Brief von ihr, worin sie einen rührenden Abschied von ihm nahm und ihm sagte, daß nur der Wunsch, seiner Zufriedenheit nicht im Wege zu stehen, sie zu diesem Schritte veranlasse; sie wünsche vor der Welt für todt zu gelten, und gelobe ihm, nie eine Spur ihres Daseyns in die Sphäre dringen zu lassen, wo sie ihm und seinem Glücke nachtheilig werden könne. Sie schloß den Brief mit einigen tief aus dem Herzen kommenden Ermahnungen, sein Leben zu bessern, und gegen seine künftige Gemahlin die Pflichten treu zu erfüllen, deren Verletzung er sich gegen sie schuldig gemacht habe. Ueberraschung, Beschämung und ein Anflug von Rührung kämpften bei dem Lesen dieses Briefes in des Grafen Seele; er wandte das Gesicht von mir ab, um mir sein, von streitenden Gefühlen bewegtes Innere zu verbergen; bald aber siegte die

Gewalt der verherrschenden Leidenschaft, und ihren Einwirkungen nachgebend, überließ sich der Schwächling einer empörenden Freude, nun ungehindert zu Helenens Besitz gelangen zu können. Sogleich wurde die Gräfin für krank ausgegeben, und nur ich, als ärztlicher Rathgeber, und eine durch bedeutende Geldsummen gewonnene Dienerin, durften ihr verschlossenes Gemach betreten, welches der übrigen Dienerschaft untersagt war. Nach zwei Tagen wurde endlich ihr Tod bekannt gemacht und sogleich Anstalt zu ihrem Begräbniß getroffen. Um jedem Verdachte vorzubeugen, sollte der offene Sarg ausgestellt und den Zuschauern eine der Gräfin ähnliche Gestalt in demselben gezeigt werden. Wie aber war diese Gestalt herbei zu schaffen? Eine lebensgroße Wachsfigur anzufertigen, bedurfte es eines Künstlers, und wir konnten nicht wagen, noch Jemand in das Geheimniß zu ziehen. Da half uns Frau von Wahlheim, die der Graf von Allem unterrichtet hatte, aus der Verlegenheit. Ihre Schwester, jenes junge Fräulein dort, sollte durch einen völlig betäubenden Trank in einen Schlaf gesenkt werden, dessen Dauer ich, der Verfertiger jenes Elixirs, genau bestimmen konnte. Ungern, und nicht ohne Besorgniß für Elisabeth, an deren Schicksal ich großen Antheil nehme, willigte ich in einen Betrug, gegen den sich mein Gefühl sträubte, aber der Drang der

Umſtände gebot. Eliſabeth genoß ohne ihr Wiſſen in einer Taſſe Chokolade den einſchläfernden Trank, und wurde zu nächtlicher Stunde aus dem Hauſe ihrer Schweſter in das des Grafen Fergau geſchafft. Tages darauf wurde die ſcheinbare Todte, von allem Trauerpomp umgeben, vor den Augen der ſchauenden Menge ausgeſtellt. Eine ſchnell von mir verfertigte Wachslarve, von einem leichten Schleier überdeckt, gab dem Geſicht der Schlummernden wirklich ein leichenhaftes Anſehen, und ihr blondes Haar verbarg ſich unter einem falſchen Bau ſchwarzer Locken, denen der Gräfin Ludowika ähnlich. Die Wirkung des Elixirs, ſo hatte ich es berechnet, ſollte bis gegen das Ende der darauf folgenden Nacht dauern. Um Mitternacht ſollte Eliſabeth, noch ſchlafend, wieder aus der Todtengruft in ihre Wohnung gebracht werden, aber bei ihrem Erwachen mit Allem unbekannt bleiben, was mit ihr vorgegangen. Die vermeinte Leiche ſtand in der Gruft. Gegen zwölf Uhr Nachts begab ich mich nach der Kathedrale, um die Begrabene zu erlöſen. Wie groß war aber mein Erſtaunen, als ich, mich der Gruft nähernd, in deren Tiefe Menſchenſtimmen vernahm. Hinter einem nahen Pfeiler verborgen, horchte ich ein Weilchen, und hörte bald darauf Eliſabeth's Stimme, die, wahrſcheinlich durch die ſie umgebende Bewegung, früher erwacht war, als ich geglaubt hatte.

Deutlich vernahm ich ferner die mich anklagenden Reden der alten Amme, und ſah nun voraus, was erfolgen würde. Ich harrte, im Dunkel der Kirche zurückgezogen, bis Alle ſie verlaſſen; dann erfuhr ich vom Kirchendiener das Uebrige. — Dieſer Mann hatte ebenfalls in unſere Intrigue eingeweiht werden müſſen; er erwartete mich zur beſtimmten Zeit, und als er zur ſelbigen Stunde mehrere Perſonen erſcheinen ſah, die Einlaß in die Gruft begehrten, ſo glaubte er ſie mit mir einverſtanden, und öffnete ihnen ohne Bedenken die Thür. — Ich eilte, dem Grafen Zerzgau von dem Vorgefallenen Kunde zu geben. Der feige Mann gerieth in groſſe Angſt, ſein erſter Gedanke war Flucht vor der verfolgenden Gerechtigkeit, von der er ſein Geheimniß entdeckt ſah. Noch vor Anbruch des Tages verließ er ſein Haus. Wohin er ſich gewendet und was aus ihm geworden, weiß ich nicht. Ich ſelbſt glaubte mich gefährdet und hielt mich bei einem Freunde in der Vorſtadt verborgen, wo ich täglich über die gerichtliche Verhandlung dieſer Angelegenheit Kunde einzog. Sobald ich erfuhr, daß eine peinliche Unterſuchung gegen Eliſabeth verhängt ſey, eilte ich nach der Reſidenz, um höhern Orts Schutz für ſie und mich zu ſuchen."

„Das hättet Ihr erſparen können, mein Freund!" unterbrach ihn der Richter in einem ſtrengen, etwas

gereizten Ton; „auch höhern Orts richten die Gesetze, und die Schuld wird dort wie hier bestraft. Haltet Ihr Euch nun für schuldfrei?“

„Vor dem Richterstuhl der Gesetze“, antwortete Sebaldus, „muß ich, als Theilnehmer an einem Betruge, für schuldig erkannt werden; vor dem Richterstuhle meines Gewissens bin ich nicht strafwürdig, denn was ich that, geschah um eine edle Frau vor der ihr drohenden Gefahr zu schützen, und einen tief Verirrten von einem gräßlichen Verbrechen abzuhalten.“

„Wir wollen sehen“, sagte der Richter, „ob Euch sonst nichts angeschuldigt werden kann!“

Er stand auf und nahm aus einem verschlossenen Wandschrank, den er öffnete, das goldene Schild, welches Elisabeth am Halse getragen hatte. „Kennt Ihr diesen Talisman?“ fragte er Sebaldus mit einem festen, lauernden Blicke, indem er ihm das Kleinod vor's Gesicht hielt.

„Talisman?“ wiederholte der Pater langsam und ruhig.

„Ja, ja, was denn sonst?“ entgegnete der Richter; „diese heidnischen, eingeprägten Figuren scheinen auf Nichts zu deuten, was Euch hier Vortheil bringen könnte. Aber sprecht! erkennt Ihr dieses Schild als ein Geschenk, welches Ihr dem Fräulein machtet?“

„Ich bekenne", antwortete Sebaldus, „daß sie es aus meinen Händen empfangen hat." Er hielt bei diesen Worten die goldene Platte in die Höhe und drehte sie zwischen seinen Fingern herum, indem er einen Blick auf den Unbekannten warf, der mit ihm in den Gerichtssaal getreten. Es war Dieser im reifern Alter, von schönem Wuchs und edlen Gesichtszügen; seine grobe Kleidung verrieth jedoch nur einen Mann, der höchstens dem mittlern Stande angehörte. Bis jetzt stand er im Hintergrunde des Saals, und betrachtete aus der Ferne mit theilnehmenden Blicken Elisabeth, die, bleich und matt in einem Sessel ruhend, allmählig sich von ihrem frühern Entsetzen zu erholen begann. Niemand hatte auf den Fremden geachtet, bis er endlich näher trat, um den Talisman in Sebaldus Händen genau zu betrachten. — Raimund, der mit gespannter Aufmerksamkeit auf des Paters Erzählung gehört und dessen freudige Theilnahme sich in seinen Mienen besonders kund gab, als er vernahm, daß seine Schwester noch lebe, hatte den schlichten unbekannten Mann noch gar nicht wahrgenommen. Jetzt erst, da dieser sich näherte, bemerkte er ihn; einige Sekunden betrachtete er ihn mit unruhig forschenden Blicken, dann erhob er sich rasch von seinem Sitz, und mit schnell wechselnder Gesichtsfarbe

zog er ſich mit einer Art ehrerbietiger Scheu in eine Fenſter-Vertiefung zurück.

Der Richter erkundigte ſich, wer der Fremde ſey und was er wolle.

„Herr Oberrichter", nahm dieſer das Wort, „ich bin bei der eben verhandelten Sache betheiligt; doch was ich Euch zu ſagen habe, iſt nur für Euch beſtimmt. Laßt Eure Amtsgehülfen hinausgehen!" Er ſagte das in einem Tone, der an das Gebietende ſtreifte.

Der Richter ſah ihn ernſt und unwillig an.

„Was hier verhandelt wird", ſprach er, „dürfen meine Amtsgehülfen eben ſo gut wiſſen als ich; doch jetzt iſt erſt an Pater Sebaldus die Reihe, zu ſagen, zu welchem Behuf dieſe Goldplatte mit den heidniſchen Abbildungen dient?"

Der Pater ſtockte und ſah verlegen den Fremden an, der ſeinerſeits eine innere Ungeduld, die in ihm rege ward, zu bemeiſtern ſuchte. Er runzelte einige Mal die Stirn und warf unwillige Blicke auf den Oberrichter, der ſeine Fragen an Sebaldus fortſetzte.

„Nun, Herr Pater!" ſagte er, „Ihr könnt alſo nicht leugnen, daß dies ein Talisman ſey, welchen Ihr zu geheimen verbotenen Zwecken gebraucht; Eure Verlegenheit, Eure ſchwankenden Antworten zeugen genugſam gegen Euch. Geſteht! und erſpart Euch

und uns die ſtrengen Mittel, die Euch ſonſt zum Geſtändniß bringen müſſen."

Hier hielt ſich der Fremde nicht länger. Er riß dem Pater den vermeinten Folioman aus der Hand und rief: „Laßt die Anweſenden hinausgehen, ich verlange es!"

Mit ergrimmter Miene rief der Oberrichter den Gerichtsdienern zu, den Unverſchämten hinauszubringen, aber ehe dieſe herbei kamen, ſprang Raimund zwiſchen die Zornigen. „Halt!" rief er, „Ihr wißt nicht, was Ihr thut, Herr Richter!"

Unterdeſſen hatte der Unbekannte auf eine kleine, kaum ſichtbare Feder, die an der Seite des goldenen Schildes angebracht war, gedrückt, und die Platte öffnete ſich.

„Kennt Ihr dieſes?" fragte haſtig der Fremde den Oberrichter und hielt ihm das geöffnete Schild hin, in deſſen Innerem man ein Portrait erblickte.

Es war das Bild eines jungen, ſchönen Mannes in reicher Kleidung. Ein prächtiger Hermelinpelz hing über ſeinen Schultern und war von der Bruſt zurück geſchlagen, auf welcher ein Ordensband und ein Stern glänzten.

„Mein Gott!" rief der Richter, „unſer Landesfürſt in ſeinem Jünglingsalter; ich ſah ihn damals

ſo — aber, wie kommt Ihr —? Was ſoll das Bild hier ſagen?"

Der Fremde ſah ihn durchdringend an.

In des Oberrichters Kopf ſchien ein Licht aufzugehen. Mit ſchlecht verhehlter Beſtürzung hat er ſeine Amtsgehülfen, den Saal auf einige Minuten zu verlaſſen, und dieſe, die Wahrheit wohl ahnend, leiſteten ſogleich Folge. Auch Raimund und Eliſabeth wollten von dannen, aber des Fremden Wink hieß ſie bleiben.

Als ſich die Uebrigen entfernt hatten, warf ſich der Oberrichter auf die Kniee. „Verzeihung, mein gnädigſter Herr!" rief er; „wie konnte ich ahnen, meinen erhabenen Fürſten in dieſer Kleidung und an dieſem Orte zu ſehen?"

„Steht auf!" ſagte der Fürſt; „ich verzeihe Euch Eure Unziemlichkeit gegen mich, Ihr erkanntet mich nicht. Pater Sebaldus iſt unſchuldig, dieſe Goldplatte iſt kein Talisman, ſondern eine einfache Kapſel, die mein Bild enthält, welches ich meiner erſten geliebten Gemahlin ſchenkte, deren Tochter, mein theures Kind, Ihr in dieſem jungen Fräulein ſeht." — Er zeigte auf Eliſabeth, die lautlos zu ſeinen Füßen ſank. Er hob ſie auf und drückte ſie mit tiefer Rührung an ſeine Bruſt, aber die von Angſt und plötzlicher Freude Er

schöpfte sank in den Sessel zurück, und Thränen löften endlich das überwältigende Gefühl, dem sie fast erlag.

Am folgenden Tage saß der Fürst in einem Zimmer des angesehensten Gasthofes der Stadt, wo er jedoch nur für einen Privatmann galt; denn er hatte denen, die ihn erkannt, das tiefste Schweigen über seine persönliche Anwesenheit in der Stadt geboten, und ob sich gleich schnell genug das leise Gerücht verbreitete, der Landesherr sey angekommen, wagte doch Niemand sein Incognito zu stören. Dem Fürsten gegenüber saß Elisabeth, auf deren lieblichen Gestalt die Blicke des Vaters mit Rührung und Innigkeit ruhten, während er ihr das Geheimniß enthüllte, welches so lange über ihrer Geburt und ihren Verhältnissen geschwebt hatte.

Eufybemia, Elisabeth's Mutter, war früh die Wittwe eines ungeliebten Gemahls geworden, nach dessen Tode sie mit ihrer einzigen Tochter Helene, einem unmündigen Kinde, in der Residenz lebte. Dort lernte sie der Fürst, der damals noch Erbprinz war, kennen, und faßte eine so heftige Leidenschaft für die schöne Frau, daß er, alle Rücksichten des Standes bei Seite setzend, sie zu seiner Gemahlin machte. Ihre Ehe mußte aber ein Geheimniß blei-

ben; nur wenige Vertraute des Prinzen waren davon unterrichtet. Mehrere Jahre verzingen, da mußte Euphemia erfahren, daß sie ihr Glück auf seichten Grund gebaut. Der Tod des regierenden Fürsten hob den Erbprinzen auf den Thron, und bald darauf nöthigten ihn politische Verhältnisse, gegen die sich sein Herz vergebens sträubte, einer auswärtigen Fürstentochter seine Hand zu geben. — Euphemia, im Herzen tief verwundet, verließ die Residenz mit Helenen und ihrer zweiten Tochter Elisabeth, die sie dem Fürsten geboren. Sie begab sich nach dem Ort, in welchem die eben erzählten Ereignisse statt fanden, wo sie in stiller Zurückgezogenheit den wehmüthigen Erinnerungen ihres verlornen Glückes lebte. Der Gram nagte in den Tiefen ihres Lebens, und sie stand bald an der Grenze einer andern Welt, zu deren Uebergang sie die Unterhaltungen eines Freundes stärkten, der seit längerer Zeit der einzige Mensch war, den sie bei sich aufnahm. Es war Pater Sebaldus. Vor ihrem Verscheiden übergab sie Helenen einer Schwester ihres ersten Gemahls, die jene zu sich nahm und erzog.

Elisabeth empfahl sie dem Pater Sebaldus, mit der dringenden Bitte, sie stets vom Hofe entfernt zu halten. — Er versprach es und hielt Wort.

Der Fürst, dem er Euphemia's Tod meldete, betrauerte ungeheuchelt die noch immer geliebte Frau und ehrte ihren Willen, die kleine Elisabeth unter der Aufsicht des Vaters erziehen zu lassen. Dieser übergab das Kind seiner Schwester, einer wackern Frau, die für jene Zeit sehr gebildet zu nennen war, und die Elisabeth wie eine zweite Mutter liebte. — Kaum aber hatte das junge Mädchen ihr funfzehntes Jahr erreicht, als sie auch diese mütterliche Freundin durch den Tod verlor. Der Fürst war damals in böse Verhältnisse verwickelt, die einen blutigen Krieg herbeiführten, seine Krone und sein Leben gefährdeten und ihn lange aus seiner Residenz entfernt hielten. Vater Ekkehardus konnte sich ihm nicht nahen, um sich über Elisabeth's Schicksal zu berathen. Er sah sich also gezwungen, diese einstweilen ihrer nun schon verwittweten Schwester Helene zu übergeben, die er zwar für leichtsinnig, aber nicht für so tief gesunken hielt, als sie war.

Der Vater verlor Elisabeth nicht aus den Augen, er besuchte, bildete, tröstete sie, wenn sie so manche Unbilden von ihrer Schwester zu ertragen hatte. Um diese Zeit gab er ihr die goldene Kapsel, ein für sie bestimmter Nachlaß ihrer Mutter. Die der einen Seite der Kapsel eingeprägte Sphinx war das zu-

fällige Werk einer Laune des Künſtlers; die verſchlungenen Buchſtaben der andern Seite waren die etwas undeutlichen Namenszüge Euphemia's und des Fürſten. Mit der verborgenen Feder in der Kapſel, und dem in derſelben enthaltenen Bilde, hatte der Vater Eliſabeth nicht bekannt gemacht; denn, dem Wunſche ihrer Mutter zu Folge, ſollte dieſe erſt bei reiferem Verſtande und vollendeter Bildung erfahren, daß ſie des Fürſten Tochter ſey; ſo ſehr hatte dieſe einſichtsvolle Mutter den nachtheiligen Einfluß gefürchtet, den eine hohe Geburt und glänzende Ausſichten oftmals auf Herzen üben, die noch nicht gelernt haben, die irdiſchen Güter nach ihrem wahren Werthe zu ſchätzen. Die Staats-Angelegenheiten des Fürſten hatten ſich unterdeſſen vortheilhafter geſtaltet, er lebte wieder in der Mitte ſeiner Unterthanen, und Sebaldus beſchäftigte ſich eben mit dem Gedanken, Eliſabeths wegen eine Reiſe nach der Reſidenz zu machen, als die Thorheiten und verbrecheriſchen Anſchläge des Grafen Kergau, in deſſen Hauſe er lebte, ſeine Aufmerkſamkeit in Anſpruch nahmen und ſeine Gegenwart nothwendig zu machen ſchienen. — Als die unſchuldige Eliſabeth endlich, durch die boshaften Anklagen ihrer Schweſter, ſich den Mißhandlungen preis gegeben ſah, welche die in Geiſtesfinſterniß befangenen Richter über ſie ver-

hängten, da eilte Zebaldus zum Fürſten und, ſich ihm zu Füßen werfend, berichtete er ihm den ganzen Verfall, und die Gefahr, die Eliſabeth drohe. Der Fürſt, deſſen ſchlummerndes Vatergefühl für die einzige Tochter — ſeine zweite ſchon verſtorbene Gemahlin hatte ihm zwei Söhne gegeben — mächtig erwachte, wollte das geliebte Kind ſelbſt aus den Händen ihrer Feinde retten, und in der Verkleidung eines geringen Mannes begleitete er den Pater Zebaldus, mit welchem er in dem verhängnißvollen Augenblick anlangte.

Mit Thränen heißer kindlicher Liebe, die Eliſabeth dem Andenken ihrer Mutter und dem jetzigen frohen Augenblicke weinte, hörete ſie die Erzählung ihres Vaters an, die er kaum geendet hatte, als Zebaldus in das Gemach trat. Der Fürſt empfing ihn huldvoll, bemerkte aber auf ſeinem Geſicht einen Ausdruck von Beſtürzung, nach deren Urſache er fragte.

„Vor mehreren Stunden", antwortete der Pater, „iſt Graf Fergau zurück gekommen und hat ſich freiwillig vor den Gerichtshof geſtellt, wo er ein treuliches Bekenntniß ſeiner Schuld abgelegt. Ob es Reue iſt, was ihn zu dieſem Schritte treibt, oder ſeine Leidenſchaft für Helenen, die er jetzt verloren ſieht, iſt noch nicht ermittelt."

„Sey es, was es wolle", sagte der Fürst aufstehend, „er soll seine Freveltat büßen, wie es sich gebührt, gleich der elenden Mitgenossin seiner Verbrechen."

Elisabeth's Herz erbebte bei diesen Worten; sie warf sich ihrem Vater zu Füßen und bat um Schonung für ihre Schwester. Der Fürst hob sie liebreich auf, gebot ihr aber mit wenigen ernsten Worten, diese Bitte nicht zu wiederholen. Dann wandte er sich an Sebaldus.

„Ich habe hier", begann er mit einem Ton, der einen Anklang von Bewegung trug; „ich habe hier einen Mann gesehen, dem ich gewissermaßen ein Schuldner geblieben bin. Ich meine den Ritter Raimund, der gestern im Gerichtssaal war. Ich trage Euch auf, Herr Pater, ihn schleunigst zu mir zu entbieten."

Der Pater verneigte sich und ging. — Nicht lange darauf kehrte er mit Raimund zurück. Mit gebührender Ehrfurcht, aber auch mit der Miene gekränkter Unschuld erschien dieser vor seinem Fürsten, der ihm huldreich und sichtbar gerührt die Hand reichte, die Raimund ehrerbietig küßte.

Nach einer kurzen Einleitung über gewöhnliche Gegenstände lenkte der Fürst das Gespräch auf Rai-

munds ihm früher geleistete Dienste und das ihm widerfahrene Unrecht.

„Ich habe Euch Manches zu verzeihen", fuhr er fort, „und es hätte billig früher geschehen sollen; aber Ihr wißt, wie auch ich den Druck des Schicksals empfand, welches eben so gut das Haupt des Fürsten zu beugen weiß als den Nacken des Sclaven. Es wird jetzt von Euch abhängen, ob Ihr in meinen Diensten zu dem ehrenvollen Standpunkt, den Ihr verließt, zurückkehren oder eine andere Laufbahn erwählen wollt. Noch einen besondern Dank", fuhr er fort, „glaube ich Euch schuldig zu seyn für die muthige Vertheidigung, mit der Ihr gestern gegen die Bedrücker meiner Tochter auftratet. — Elisabeth", sagte er dann, sich zu seiner Tochter wendend, „hast Du keine Worte für Deinen edlen Vertheidiger?"

„Nehmt auch meinen Dank, Herr Ritter!" sprach Elisabeth mit leiser, zitternder Stimme, indem sie sich hoch erröthend, Raimund nahte und ihm die Hand reichte, die er in großer Bewegung an seine Lippen drückte, indem er nach Worten suchte, die sich ihm versagten. — Der Fürst betrachtete sie einige Augenblicke mit forschender Aufmerksamkeit.

„Mein lieber Ritter", begann er dann, „wie kann ich Euch meinen Dank an den Tag legen? Sprecht!"

„Mein gnädigster Herr spottet meiner", antwortete Raimund; „was ich in Ew. Durchlaucht Diensten that, heischten Pflicht und Ehre, und bedarf keines Lohns. Genug für mich, wenn mein Fürst erkennt, daß ich nie seines Vertrauens unwürdig war."

„Nein, nein!" entgegnete der Fürst, „es soll Euch um jeden Preis Vergütigung werden. Auch Euer Eifer für die Sache meiner Tochter darf nicht unbelohnt bleiben. Elisabeth, gieb dem Ritter zum Dank, und zum Andenken an seinen ritterlichen Schutz, den Ring, den Du an der Hand trägst."

Elisabeth's Gesicht erglühte, sie zog an dem Ringe, aber er saß sehr fest am Finger.

„Ei", rief der Fürst, „der Ring will nicht herunter; bestimmt ist er Euch indeß einmal, Herr Ritter: so nehmt nur gleich die Hand dazu." Er legte Elisabeth's Hand in Raimund's. Dieser sank sprachlos zu den Füßen des lieblichen Mädchens, die, keines Lauts mächtig, mit rasch wechselnder Farbe und niedergeschlagenen Augen da stand, ohne Raimund ihre Hand zu entziehen.

„Was ich jetzt ausgesprochen habe", sagte dann der Fürst, „ist mein ernstlich gemeinter Wunsch; doch soll er Euch nicht binden, im Fall das Herz des Einen oder Andern nicht damit übereinstimmte. In

dieſem Augenblick ſollt Ihr nicht entſcheiden. Steht auf, Raimund, entfernt Euch jetzt! denn Ihr und dies arme, überraſchte Mädchen bedürft ruhiger Augenblicke, um Euch von dem Unerwarteten zu erholen."

Raimund, der mit Mühe einige Faſſung geſammelt hatte, wollte ſich, mit einem deutungsvollen Blick auf Eliſabeth, beurlauben, da wurde die Thür des Zimmers raſch geöffnet: eine ſchöne, bleiche Frau in ſchwarzer Kleidung trat herein und that raſch einige Schritte gegen den Fürſten; dann ſank ſie auf die Kniee, und die Hände bittend emporhebend, rief ſie: „Gnade! Gnade für meinen Gemahl, den Grafen Fergau!"

„Ludowika!" rief Raimund, aber ſie hörte nicht auf ihn.

„Gnade!" wiederholte ſie.

Der Fürſt hob ſie freundlich auf, und jetzt erſt gewahrte ſie Raimund.

„Ludowika!" rief dieſer noch ein Mal, und alle Rückſichten auf des Fürſten Gegenwart vergeſſend, ſanken die Geſchwiſter einander in die Arme.

Es gelang der edlen Ludowika, die über ihren Gemahl verhängte Strafe zu mildern. Er wurde auf zehn Jahre des Landes verwieſen. Helene wurde in lebenslangen Gewahrſam in ein Kloſter von ſehr

ſtrengem Orden gebracht. Ludowika nahm den Schleier in dem Kloſter, welches ſie früher gewählt hatte, und wohin ihr die treue Urſula folgte.

Wenige Monate nachher rief der Feierklang der Glocken eine Menge Zuſchauer in die Domkirche der Reſidenz, wo in Gegenwart des Fürſten und vieler Edlen der Biſchof Raimunds und Eliſabeths Hände durch prieſterlichen Segen vereinte. Bis zum ſpäteſten Alter war Raimund eine Stütze des Staats, ein Beſchützer der Unterdrückten; und der glückliche Gatte Eliſabeth's pries noch oft ſeine früheren herben Erfahrungen als die Quelle eines ſpätern, dauernden Glückes.

# Memoiren eines Ringes.

Von

**Moltke.**

## Meine erſte Ausflucht in die Welt.

Gütiger als viele Memoiren — in einer Zeit, wo Alles ſeine Memoiren ſchreibt — erſpare ich meinen Leſern die Geſchichte meiner Herkunft und erſten Ausbildung, obgleich ich wie Freund Triſtram einige Bände mit der Art meines Entſtehens füllen könnte, wo ich dann unmittelbar mit der Weltſchöpfung anfangen müßte. Ich könnte erzählen, was in den Jahrtauſenden, welche zur Bildung des ſchönen Solitairs nothwendig waren, der meine Perſon aufs Angenehmſte ziert, unter der Erde vorgefallen, und ſo die in dieſem Punkt ſehr mangelhafte Weltgeſchichte ergänzen. Ich könnte den Phyſikern die vortrefflichſten Nachweiſungen über die Temperatur der Quellen und über das Entſtehen der Vulkane liefern, den Geld-

machern ſchätzbare Winke über die Bildung des edlen Metalls geben; ich könnte Manches der Art thun, allein ich ſchreibe nicht für die kleine gelehrte Welt, ſondern für die große — kurz für die große Welt.

Wann ich das Licht der Welt zuerſt erblickte, kann ich mit Beſtimmtheit nicht ſagen, wohl aber, wann die Welt mein Licht erblickte; ich meine den Zeitpunkt, wo ich aus dem engen Verſchluß des Juweliers hervorging und an der Hand der liebenswürdigſten Dame in die große Welt eingeführt wurde, in der ich eine ſo glänzende Rolle geſpielt. Kein Wunder! — Ich trat völlig abgeſchliffen in dieſelbe, bewahrte meine ganze Reinheit und ging eben ſo gediegen aus ihr hervor, wie ich eingetreten, während die mehrſten Perſonen in umgekehrter Ordnung wohl manchmal Gediegenheit und Reinheit mitbringen, dieſe aber dann bald abſtreifen, dafür aber ſchön abgeſchliffen hervorgehen.

Kein Menſch kann einen ſo richtigen Begriff von ſeinem eignen Werth haben, als ich von dem meinigen. Ich könnte wohl anführen, daß mein erſter Käufer achttauſend Gulden für mich, nicht ſowohl zahlte als ſchuldig blieb, allein das beweiſet wenig. Ich könnte geltend machen, daß mein Verfertiger zehntauſend Gulden für mich forderte, dies aber beweiſet gar nichts. Wenn ich jedoch auf meine Ehre verſichere,

daß ein Wucherer viertausend Thaler auf mich geborgt hat, so wird dies hinreichen, um dem geehrten Leser einen ungefähren Begriff von meiner Persönlichkeit beizubringen.

Was meinen Charakter anbelangt, so besitze ich die Härte eines vornehmen Mannes, die Glätte eines Höflings, die Ausdauer einer Kokette, die Verschwiegenheit eines Kammerdieners, kurz alle Eigenschaften zu einer großen Rolle. Wenn der Leser hiezu noch ein ausgezeichnetes Talent, Memoiren zu schreiben, rechnet, so habe ich nichts weiter hinzuzufügen.

Ich habe oben gesagt, daß mein erster Käufer achttausend Gulden für mich nicht bezahlte, und bin es seinem Charakter schuldig, ihn hierüber zu rechtfertigen. — Der Baron Jammer von Schuldenberg war einer der ausgezeichnetsten jungen Männer der Hauptstadt. Er gehörte unter die so nützlichen Staatsbürger, welche das Geld in einem beständigen und raschen Umlauf zu erhalten wissen. Durch ungemeine Betriebsamkeit brachte der Baron es dahin, daß nicht nur die Zinsen seiner Kapitalien, sondern auch diese Kapitalien selbst, und außerdem, nach dem Beispiel aller wohlgeordneten Staaten, ein unverzinsliches Papier-Vermögen auf's Beste circulirte, welches auf jene fundirt war. Er stand mit den ersten Künstlern der Residenz im Fach der Kleider-Anfertigung, des Haar-

kräuſelns, der Wohlgerüche u. ſ. w. in einem lebhaften Noten-Wechſel, nämlich ſie ſchickten ihre Note und erhielten ſeinen Wechſel. Wirklich konnte der Baron ſein ganzes Leben mit Rechnungen belegen.

Außer dieſem hervorſtechenden finanziellen Talent beſaß der Baron eine ſchöne wiſſenſchaftliche Bildung. Die Geſchichte war ſeine Leidenſchaft. Er kannte ſie beſonders aus Walter Scott's Romanen und aus dem hiſtoriſchen Drama. Im Schauſpiel hatte er ſich ein entſcheidendes Urtheil über die Coſtüme der Griechen und Römer erworben; er ſchätzte die Tänze der Alten, aber was die Tänzer anbelangte, ſo liebte er mehr die jungen. Von den Zweigen der Chemie fühlte er ſich am meiſten zur Kochkunſt hingezogen. Weit entfernt, der nutzloſen Beſtrebung nachzuhängen, aus allerlei Stoffen Gold zu machen, befliß er ſich mit Erfolg der Kunſt, das Gold, auf trockenem wie auf naſſem Wege, in die angenehmſten Subſtanzen aufzulöſen. Von der Optik räumte er freimüthig ein, nichts zu verſtehen, doch unterſtützte er ſie durch den Ankauf einer Sammlung von Operngucken. Auch die Geographie hatte ihm nie zugeſagt, dagegen war ihm die Topographie der Stadt ſo geläufig wie dem erfahrenſten Droſchken-Fuhrmann. Ferner war ihm die Anatomie nicht fremd, er ſecirte mit der erdenklichſten Präziſion die ſchwierigſten Braten. Beſondere

Reize für den Baron hatte noch die Mathematik. Er exercirte die Probabilitäts-Rechnung in allen Lotterien, die Zinsrechnung erfüllte seine müßigen Stunden, und die Potencirung untersuchte er auf praktische Weise am Pharotisch mit so gutem Erfolg, daß er auf dem besten Wege war, eine untrügliche Cabbala zu entdecken, als zufällig die letzten Effektiva seines Vermögens auf einer, gegen alle gesunde Vernunft zehn Mal hinter einander verlierenden Dame dahin schwanden.

Nach dieser Niederlage war es billig, daß der Baron durch eine andre Dame wieder sein Glück zu machen strebte. — Für eine der brillantesten Partien galt damals die junge polnische Gräfin Klotilde. Die gnädige Frau Mama reiste alle Sommer in's Bad, lebte den Winter in der Residenz und sah die ersten Circles bei sich. Sie besoldete in jeder Kreisstadt einen Advokaten und hatte ein Heer von Dienern, welche eine Menge Wörter mit unglaublich vielen Consonanten aussprachen, die man allgemein für die Namen der Schlösser, Vorwerke, Forsten und Dörfer der Gräfin hielt.

Ungeachtet nun die schöne Klotilde nicht viel weniger Bewerber hatte als die göttliche Penelopeja, so hinderte das doch nicht, daß sie einen so ausgezeichneten Mann, wie den Baron, sogleich bemerkte, wenn

er während der Exposition singend in's Schauspiel trat und mit ruhigem Lächeln auf das murrende Parterre herabblickte, oder wenn er in den Salons mit der angenehmsten Unverschämtheit die Contretanz-Touren ignorirte.

Das Vermögen des Barons war freilich dahin, aber wie das Meer die größten Wellen schlägt, wenn der Sturm vorbei, oder wie die Fluth am höchsten steht, wenn der sie erregende Mond schon untergegangen, so war auch, durch die bedeutenden Ausgaben der letzten Zeit, sein Kredit auf der höchsten Stufe. Wagen, Pferde, Shawls und Marabouts standen zu seiner Auswahl und bestimmten das Herz der liebenswürdigen Gräfin; allein den Sieg bei der Mutter, ich darf es sagen, vollendete ich. — Zwar wollte mein Prinzipal, der Goldarbeiter, einige Schwierigkeiten erheben, allein der Baron verschrieb ihm sechstausend Eichenstämme aus den Forsten seiner Schwiegermutter, welche auf der Gilli'schen Spezialkarte deutlich verzeichnet standen, und so wollte mein gutherziger Prinzipal, der schon einiges Erhebliche zu fordern hatte, dem Glücke des Barons nicht im Wege seyn.

Mit Freuden denk' ich noch immer an die Feier der Hochzeit, welche mit all dem Glanz vollzogen wurde, zu welchem das Vermögen oder der Kredit beider Theile berechtigte. Ich könnte weitläuftig mei-

nen Lesern über die Schönheit der Braut, und meinen Leserinnen über ihren Putz berichten, ich könnte über die Trauung, den Ball, das Soupee und über weit mehr reden, wenn ich nicht von jeher mit einer außerordentlichen Schweigsamkeit und Discretion behaftet gewesen wäre.

Am folgenden Morgen galoppirte eine Estafette, das heißt der Gaul trabte nur, in den Hof und meldete, daß die Gräfin ihren großen Prozeß gewonnen, und daß die Herrschaft ihr von Rechts wegen in letzter Instanz zugesprochen sey. — Das war ein großes Unglück! — Dieser Prozeß hatte achtzehn Jahr gedauert, und gerade heut mußte er enden! Er hatte Tausende gekostet, die Administration während der Zeit hatte um doppelt so viele Tausende den Werth der Güter verringert und die Badereisen und Bälle zehn Mal so viele Tausende verschlungen. Kurz die Herrschaft ging drauf, um dies Alles zu bezahlen. — Jedoch war nicht alle Hoffnung verloren. Es wurde alsbald ein neuer Prozeß um die Kosten des vorigen eingeleitet, der nach der billigsten Veranschlagung wieder ein Paar Decennien dauern konnte. — Uebrigens erleichterten diese Umstände ungemein die kleinen Geständnisse, welche Schwiegermutter und Schwiegersohn einander über die jetzt sehr häufig

werdenden Besuche theilnehmender Gläubiger zu eröffnen hatten, und es blieb von beiden Seiten nur etwas Erstaunen übrig.

## Die Spielpartie.

Schon wenige Wochen nach der Hochzeit bemerkte ich, und meine schöne Herrin bemerkte es vorzüglich, daß der Baron viel aus dem Hause war, spät zurückkehrte, dann äußerst einsylbig, ungesellig und abgespannt erschien. — Eines Abends hatte die arme Klotilde bis zwölf Uhr vergeblich auf ihren Mann gewartet. Sie stützte das Köpfchen auf die Hände und ein Paar Thränen fingen an sich ganz leise unter den langen Wimpern hervorzuschleichen. Sie seufzte und schlief ein. Gleich darauf trat der Baron in die Stube.

Er war blaß und sein Anzug zerstörter, als man bei einem Manne wie er gewohnt war. Ein Paar Mal schritt er zornig durch das Gemach, warf einen leeren Geldbeutel auf den Tisch und murmelte einige Worte für sich. Als er sich umdrehte, fiel sein Blick erst auf Klotilden. Sie schlummerte sanft mit der Thräne auf der Wange und dem Lächeln eines Kindes auf den Lippen. Lange stand der Gemahl vor

ihr und widersprechende Gedanken schienen abwechselnd in seiner Seele aufzutauchen. Dann seufzte er tief und drückte beide Hände auf die Augen. So hatte ich ihn nie gesehen. Er war ernsthaft geworden. Jetzt fiel sein Auge auf mich, der ich ihn klar und hell von der Toilette seiner Frau anlächelte. Ein schneller Gedanke durchfuhr seine Seele. Er dachte nicht mehr an die Schlafende, riß mich an sich, warf den Mantel wieder um und eilte geräuschlos zum Hause hinaus.

Nachdem er mit den langen Schritten eines Mannes, der die Ausführung eines wichtigen Entschlusses beeilt, durch mehrere Straßen und über einen Hof an ein Hintergebäude gelangt war, in welchem noch Lichter schimmerten, klopfte der Baron wiederholte Male an eine Thür. Nach einigem Harren wurde vorsichtig geöffnet. Eine Frau leuchtete ihm in's Gesicht, ließ ihn aber, als sie ihn erkannt, sogleich ein und schloß sorgfältig hinter ihm zu, nicht ohne einen zweiten Mann in einem grauen Mantel mit einschlüpfen zu lassen, den sie für einen Domestiken des Barons halten mochte, den dieser aber, in seine Gedanken versenkt, gar nicht bemerkt hatte, wiewohl er ihm bereits eine geraume Zeit gefolgt war.

Durch mehrere Zimmer gelangten wir in einen Salen, wo um einen grünen Spieltisch etwa zwanzig

Personen in den verschiedensten Stellungen standen, saßen oder lagen; denn hier hatte Niemand Zeit, den Beobachter des Andern zu machen. Aller Blicke hafteten auf den Händen des Banquiers, einer langen, hagern, ausgetrockneten Figur, mit einem völlig regungslosen Gesicht, dem ausgebrannten Krater eines Vulkans gleichend. Wie konnte es anders seyn bei einem Mann, bei welchem durch eine Reihe von Jahren an jedem Abend in jedem Talon zweiundfunfzig Mal Freude und Verdruß, Hoffnung und Furcht ihr abwechselndes Spiel trieben! Man hätte ihn für eine bloße Maschine gehalten, wenn nicht dann und wann ein stechender Blick seiner Augen eine innere, wenn gleich versteckte Theilnahme am Gange des Spiels verrathen hätte. Ein Trauring an seinem Finger schien zu sagen, daß das Herz unter dieser unbeweglichen Larve sanfte Regungen empfunden, ein Kreuz auf seiner Brust, daß in einem edlern Stande edlere Gefühle ihm nicht fremd waren; aber die Zeit, die seinen Scheitel grau gefärbt, hatte das Alles erlöscht; Alles, nur die Leidenschaft zum Spiel nicht.

In den angrenzenden Zimmern wurde getrunken; die, welche gewonnen, tranken, weil sie nicht daran dachten, daß sie wieder verlieren konnten; die, welche verloren, um für so viel Geld doch etwas zu haben. Andre schliefen auf den Bänken aus Anhänglichkeit

an den Ort, wo ſie ihr Vermögen verthan hatten. — Lange ſtand der Baron und beobachtete mit Aufmerkſamkeit die verlierenden und gewinnenden Karten.

„Zweitauſend Dukaten!“ rief er jetzt, „zweitauſend Dukaten auf den Buben!“ indem er mich auf dieſe Karte warf.

Zweitauſend Dukaten war eine etwas zu ſchmeichelhafte Veranſchlagung meines Werths, allein ein Banquier, der im Glück ſitzt, muß ſich noch ganz andere Dinge gefallen laſſen. Auch bereitete ſich derſelbe, nach einer flüchtigen Prüfung, abzuziehen, als plötzlich dicht neben uns aus dem grauen Mantel die Stimme meines erſten Prinzipals, des Goldarbeiters Jakob Goldſtaub, laut wurde, welcher ſich mit dem Baron, und gleichſam unter ſeiner Flagge, ſelbſt eingeſchmuggelt hatte.

Jakob war eine Arbeits-Maſchine, welche Sonntags ſpazieren ging und Dünnbier trank, obgleich es eine Unbeſonnenheit ſchien, auf ſolch einem Paar Beinen gehen zu wollen; denn da ſie nicht zu ſeinem Handwerk gehörten, waren ſie aufs Aeußerſte vernachläſſigt. — Was ſeinen Stammbaum betrifft, ſo darf ich vermuthen, daß er altteſtamentariſchen Urſprungs war. Er ſelbſt entſchied ſich nie beſtimmt darüber, entweder weil er keiner Religions-Meinung auf Koſten einer andern den Vorzug geben wollte,

weshalb er auch weder Kirche noch Synagoge besuchte, oder weil er es selbst nicht recht wußte, oder weil er den möglichst vortheilhaften Augenblick abwartete, sich für eine Sekte zu entscheiden. Uebrigens ist es auch wunderlich, daß man gerade bei den ehrlichen Israeliten immer auf die Religion zurückkommt, nach der bei den Christen kein Mensch fragt. Jakob hatte eine rationale Anhänglichkeit an das Metall, welches er verarbeitete.

„Gebt mir meinen Ring!" rief er; „er ist nicht bezahlt. Hört Ihr da, Herr! mit Euren verwünschten Karten! Nehmt ihn nicht an, er ist nicht halb so viel werth. Und Sie, mein Herr! wo sind die Eichenstämme, wo Ihre Versprechungen? Erst bezahlen Sie mich, meinen Schwager, den Stellmacher, meinen Vetter, den Weinhändler, meine Gevatter, den Roßhändler, den Schneider, den —! Mein Ring! mein Ring!" fuhr er mit einer schrecklichen Steigerung fort.

Der Banquier aber war weit entfernt, sich daran zu kehren. Es war ihm äußerst gleichgültig, wem der Ring zur Zeit gehöre, wohl wissend, daß derselbe in wenig Sekunden und bei einigem Glück ihm gehören mußte.

„As et — valet!" sprach er und schob dem Baron zweitausend Goldstücke mit derselben steifen Höf-

lichkeit hin, mit welcher ſich ein Duellant ſeinem Gegner verneigt, wenn er von ihm eine Wunde erhalten, mit welcher er glaubt, zufrieden ſeyn zu dürfen.

Einen wunderbaren Eindruck machte dieſe raſche Entſcheidung auf meinen ſchreienden Prinzipal. Von ſeinem Antlitz thaute ein ganzer Gletſcher von Verdruß weg.

„Gott Lob!“ ſeufzte er, „jetzt iſt mir geholfen! Ew. Gnaden werden ohne Zweifel die günſtige Gelegenheit benutzen, mir durch vorliegende Summe meinen Ring zu bezahlen, wogegen ich ſogleich dankbarlichſt zu quittiren nicht unterlaſſen werde.“

„Gewiß werde ich die Gelegenheit benutzen, ehrlicher Jakob!“ ſprach der Baron; „aber ſieh! der Ring iſt ja nur halb ſo viel werth und dann Dein Schwager, der Stellmacher, Dein Vetter, der Weinhändler, Deine Gevattern —!“

„Hol' ſie Alle der Teufel! ich will mein Geld! mein Geld!“ unterbrach der Jude.

„Und Ihr“, fuhr der Baron fort, „habt Ihr ſo lange gewartet, ſo werdet Ihr wohl noch fünf Minuten Zeit haben!“ — Dabei goß er dem fortwährend nach Geld ſchreienden Handelsmann ein ſchäumendes Glas Champagner auf die trichterförmige Quelle der gellenden Ausrufungen, welche ſich in der thätigen Kehle wunderbar mit dem Sauerſtoffgas des edlen Ge-

tränks mischten und in einen Husten ausarteten, welcher dem Baron Zeit gewährte, einen Paroli und einen Sept leva hintereinander zu gewinnen.

„Gagné!" sagte gelassen der Banquier, und vierzehntausend Goldstücke lagen vor dem glücklichen Pointeur ausgebreitet.

„Gott und die Propheten! ein schöner Anblick!" hustete Jakob. „So viel — hm! hm! — so viel haben fünfunddreißig Jahr Arbeit mir nicht einbringen können. Gesegnet sey Ihr Beginnen! Ach, nun ist uns geholfen!"

„Allerdings!" murmelte der Baron, indem er ein Treize leva bog, Euch, aber mir — mir noch nicht!"

Der wackere Jakob Goldstaub hatte zwar keine klare Vorstellung von der Bedeutung eines so gefaltenen Kartenblatts, auch kam ihm der Gedanke nicht in den Sinn, daß es möglich sey, man könne ein solches Kapital aufs Spiel setzen, indeß erwachte doch jetzt ein schrecklicher Verdacht in ihm.

„Theuerster Herr Baron!" rief er, „allergroßmüthigster Herr Freiherr und Herr, Ew. Gnaden werden doch nicht so ganz des Teufels —!"

Der Banquier fing an abzuziehen, da erhob der schwergeprüfte Juwelier ein lautes Gewinsel. „Mein Ring! mein Geld! Gewalt! Mord! Hülfe!" schrie

er, so gut er konnte; „Gewalt! mein Geld!!“ — Der Baron hatte jetzt nicht Zeit, sich nach ihm umzusehen, doch bemächtigte er sich seitwärts seiner vornehmsten Zierde, einer Halsschleife von riesenhaften Ausmessungen, und indem er zwei Finger durchsteckte und selbige schraubenförmig bewegte, verengte er in der Zerstreuung, oder vielmehr in der völligen Sammlung aller seiner Gedanken, nach und nach die akustischen Werkzeuge des Inculpaten so sehr, daß dieser völlig zum Schweigen gebracht wurde.

Diesmal war das As die entscheidende Karte. Das Blatt zögerte lange zu kommen. Bei jedem Umschlag wurde eine Furcht und eine Hoffnung vernichtet, und die streitenden Affekte wechselten in jeder Sekunde. Der Banquier selbst schlug langsamer um und sein Auge funkelte seitwärts unter den grauen Wimpern hervor. — Die Karte fiel rechts.

„Das As gewonnen!“ — sagte der Baron mit einem tiefen Athemzuge. „Endlich gewonnen! endlich!“ — Jetzt erst fiel ihm ein, daß er etwas in seiner rechten Hand halte. Als er sich umsah, erblickte er den verhafteten Juden, mit blauem Gesicht, hervortretenden, aber nach dem Spiel gedrehten Augen und offenem Munde, im Begriff, das Schicksal eines disgracirten Pascha zu erleben oder zu ersterben. Betroffen ließ der Baron seine Beute fahren und der

letzte Lebenshauch des Strangulirten schien mit der Sylbe: „Geld!“ durch die wiedereröffnete Communication seinem Schluck- und Schrei-Werkzeuge zu entfahren.

Der Anblick von sechsundzwanzigtausend Goldstücken machte einen wunderbar wohlthätigen Eindruck auf die schwindenden Lebensgeister des von seinem Handgalgen befreiten Juwelen-Mannes. Jetzt war er sicher, zu seinem Gelde zu gelangen, ja er begann den größten Geschmack an diesem eben so schnellen als einträglichen Geschäft zu gewinnen, als der Baron, nachdem er ein Glas Wein hinabgestürzt, ihn mit einem verzweifelten „va banc!“ von seiner Höhe in die schrecklichste Unruhe wieder hinabstürzte.

Allerdings lag die größere Hälfte des Kaptals, welches der Banquier aufgelegt hatte, bereits vor der Karte des Barons.

„Va banc!“ schrie dieser mit erkünstelter Leichtigkeit, und der Banquier mischte mit einem nicht ganz zu unterdrückenden Zucken der Gesichts-Muskeln, die Augen auf des Barons Hände geheftet, die entscheidenden Karten. Alle Uebrigen zogen ein. Es wurde abgehoben und das Spiel, denn Spiel heißt dieses Beginnen, fing an.

Der Baron stand in der Stellung eines Mannes, der in der Finsterniß von irgend einer Seite her

einen tödtlichen Angriff gewärtigt. Seine Hände waren geballt, der Athem verhalten, die Blicke ſtarr. — Jakob tanzte wie unſinnig um den Tiſch herum, biß ſich an den Nägeln und raufte das Haar. — Alle ſchwiegen. — Eben fielen die erſten Blätter, als ein ſtarkes Pochen an der Thür gehört wurde. Aber Niemand verließ den Tiſch in dieſem entſcheidenden Augenblick. Der Lärm wurde ſtärker.

„Und wenn der Teufel pochte, wenn das jüngſte Gericht, erſt abgezogen, erſt abgezogen!“ ſchrie der Baron.

Aber jetzt ſtürzten mehrere Perſonen aus den Vorſälen mit dem Schreckensruf: „Gensd'armen! Polizei!“ durch den Salen.

Wie zwei grimmige Stiere, die ſich wüthend gefaßt, Stirn gegen Stirn regungslos und doch in der höchſten Spannung aller ihrer Kräfte daſtehen, der Minute nicht achtend, welche Beide zerfleiſchen wird, ſo ſtarrten beide Spieler noch auf die ſchnell ſich wendenden Karten, als Gewinn und Verluſt, welche vor wenig Minuten noch ſo entſcheidend waren, ſchon keine Bedeutſamkeit für ſie mehr hatten. — Nicht ſo die übrige Geſellſchaft. Diejenigen, welche gewonnen, waren eifrigſt bemüht, ſich hinter jedem Stuhl und in jedem Winkel zu verbergen; Andre, es waren die, welche nichts mehr zu verlieren hatten, verſuchten einen

thätlichen Widerstand zu leisten, denn die armen Völker sind von jeher die kriegerischen und freiheitliebenden gewesen. — Einige Wenige, welche die ganze Seelengröße eines wahren Elegants besaßen, wollten sich todt lachen über die Begebenheit und luden die Eintretenden ein, mit ihnen zu trinken. — Größer war die Zahl derjenigen klugen Leute, welche aus jeder, selbst der mißlichsten Lage des Lebens, Vortheil zu ziehen wissen. Die umsichtigen Mitglieder dieser Klasse waren bemüht, die Lichter auszulöschen und eifrigst beschäftigt, die umherliegenden Trümmer von Reichthum zu bergen, wiewohl sie, die Wahrheit zu gestehen, bei der großen Aehnlichkeit, die Goldstücke untereinander haben, und in einer so ungewöhnlichen Krisis, nicht immer die gewöhnlichen engherzigen Rücksichten auf Mein und Dein nahmen. Auch geriethen in der allgemeinen Verwirrung die besten Hüte in ihre Hände und die besten Mäntel, oft Doubletten von Mänteln, auf ihre Schultern.

So viel ich weiß, entwischte nur ein Individuum aus dieser allgemeinen Katastrophe. Es war ein junger Arzt, der eine Voltaische Säule aus Gold, Silber und Händedrücken auf's Geschickteste zu construiren verstand. Der auf diese Weise Galvanisirte, ein stämmiger Diener der Gerechtigkeit, welcher mit seinen breiten Schultern den ganzen Eingang sperrte,

bekam die heftigsten Zuckungen im rechten Oberarm und Inculpat verschwand ihm unter den Fingern, bevor die Linke der bedrängten Rechten zu Hülfe kommen konnte.

Aber wie Stentor in der Schlacht, oder wie die **trompette marine** durch einen heulenden Seesturm, erklang im drei gestrichenen **f** das Falset meines Freundes, des Goldschmieds, welcher, indem er auf die Verhaftung des Barons angetragen, die Polizei auf diese Spur geleitet, und so den Sturm herbeigeführt, den er jetzt nicht mehr beschwören konnte. Er betheuerte seine völlige Unschuld, die Reinheit seiner Absichten in Betreff seines Hierseyns, reclamirte auch nebenher sämmtliches Geld, Pretiosen und Papiere, welches Alles er nicht ohne Schrecken in den geräumigen Gewahrsam der Gerechtigkeit verschwinden sah.

Was den Baron anbelangt, so fordert die Wahrhaftigkeit eines Memoirenschreibers von mir, zu sagen, daß er bei dieser Gelegenheit gänzlich aus der Rolle eines Mannes von gutem Ton fiel. Anstatt dem Banquier oder den Leuten, welche die Unverschämtheit hatten, gegen ihn ihre Schuldigkeit zu thun, eine Grobheit zu sagen, oder über das Schicksal, diesem Sündenbock menschlicher Thorheiten, zu fluchen, anstatt irgend etwas der Art zu beginnen, rannte er mit Beiseitesetzung aller decors und ohne die geringste

Anmuth mit langen Schritten durch's Zimmer. Die Hände fuhren durch die nicht mehr künſtlich geordneten Locken. Die Stirn war bleich, das Auge todt, und Blut ſtand auf ſeiner Lippe.

„Klotilde!“ ſtöhnte er mit zuſammengebiſſenen Zähnen, „arme Klotilde!“ ſeufzte er ſo leiſe, daß Niemand als ich es hören konnte und daß ich faſt glaube, er ſelbſt fürchtete, es zu hören. — „Arme Klotilde, unglückliches Kind!“ — das Bild der kleinen Frau mochte ihm vor die Seele getreten ſeyn, wie ſie ſo friedlich daheim ſchlummerte, in Thränen ſchlummerte, aber doch ſanft: denn es waren ja nur die Thränen des Kummers, nicht die der Schuld.

Eine ſolche herbe Thräne mochte die ſeyn, welche in ſeinem Auge zitterte, in dieſer Stunde, wo er mit Schrecken auf eine finſtere Zukunft, mit Reue auf eine lange Vergangenheit blickte, wo ihm keine Hoffnung mehr blieb als die Gemahlin, deren Hoffnungen er zerſtörte, keine Stütze im Unglück als ſie, deren Glück er hätte machen ſollen. „Arme Klotilde!“ ſeufzte der Baron, und von dieſem Augenblick habe ich nichts mehr mit ihm zu ſchaffen.

Es iſt vorherzuſehen, daß meine glänzenden Eigenſchaften mich bald wieder in die großen Zirkel führten. Nach dem Verluſt ſeines Vermögens war vom Baron dort natürlich nicht mehr die Rede. Nur zu-

fällig erfuhr ich durch eine Dame, welche das Unglück gehabt, einen Sommer auf dem Lande zuzubringen, daß die Baronin von den Trümmern ihres Reichthums dort ein kleines Gut gekauft, wo der Baron elenderweise zum — Landmann herabgesunken. Sie behauptete, daß er durch persönlichen Fleiß seine Lage ungemein verbessert und daß er mit seiner kleinen Frau und einem Troß von Kindern so glücklich lebe, wie man ohne Bälle, Concerte, Theater und Soiree's überhaupt leben könne. Wie unglaublich dies Alles klingen mag, so erhielt es Bestätigung, indem nach und nach alle Gläubiger abgefunden wurden. Am schlechtesten kam offenbar mein Prinzipal weg, denn da er an Zahlung statt für mich nur — mich bekam, so hatte er Recht, wenn er nachmals schwur: er habe bei diesem Geschäft hundert Procent verloren.

## Der Bijouterie-Laden.

Durch eine jener freundlichen Aufmerksamkeiten, durch welche das Schicksal uns von Zeit zu Zeit kirrt, um uns dann nach Belieben wieder hudeln zu können, durch einen solchen Sonnenblick seiner Laune versetzte mich das Glück, diese undankbarste aller Koketten,

der es doch nie an Liebhabern fehlt, aus der dunkeln Werkstatt meines Verfertigers in den hellsten glänzendsten Galanterie-Laden der Hauptstadt.

Mein neuer Herr, welcher täglich die schönste Welt bei sich sah, und sie sich durch Mode und Luxus zinsbar erhielt, hatte mich mit einem ganzen Heer von Ringen so aufgestellt, daß wir aus rothen, blauen, grünen und wasserhellen Augen auf die Menge hinab sahen, welche sich unter den Spiegelfenstern drängte, weniger vielleicht, damit wir selbst sähen, als weil wir gesehen werden sollten.

Jeder, der in B. gewesen, wird mir einräumen, daß der Ort, von dem ich spreche, ein nicht abzuhelfendes Uebel, gleichsam ein unheilbarer Schaden der an breiten Straßen so reichen Stadt ist. Denn gerade hier, wo die geschäftigste Menge mit der müßigsten Menge zusammenwogt, wo der Kaufmann, der Geschäftsmann und der Arbeiter, der Elegant und die putzsuchende Damenwelt sich mischen; wo der Wagen des Arztes mit prahlender Eile neben dem gesetzten Müllerwagen vorbeirollt, und das Oberonshorn der mächtigen Postgebäude die Landau's, Droschken, Whiskys, vier-, zwei- und einrädrigen Karren auseinander jagt, für dieses Getümmel, in welchem der Krüppel noch Platz findet, durch sein bettelndes Erscheinen eine indirekte Steuer vom Mitleid zu erheben, giebt es

nur einen so schmalen Abzug, daß sich die lächerlichsten wie die traurigsten Ereignisse stündlich erneuern.

Jakob, der Goldschmied und Geld-Liebhaber, steckte eben die Friedrichsd'or in eine weite, mit Leder besetzte Tasche seiner Manchester-Beinkleider, welche seiner rechten Hand zum beständigen Wohnort oder Schilderhaus angewiesen war, wenn sie nicht arbeitete. Sie befand sich daselbst als Sicherheits-Posten, als **Garde-Louis**, und ergötzte sich, die Schwere und Rundung der Stücke einzeln zu wägen, während Jakob, den reinen Gewinn nach den zuverlässigsten Rechen-Methoden überschlagend, langsam fortschritt. Aber langsam gehen war hier am unrechten Ort. Die treibende Menge drängte sich zu beiden Seiten vorbei und brachte den integrirenden Handelsmann dergestalt aus dem Cours, daß er bald mitten auf der Straße segelte. Eben mochte er an die fünfte Dezimal-Stelle gekommen seyn, als Jemand ihn wiederholt und stark auf die Schulter klopft.

„Siebenhundert, drei und achtzig Tausendstel!" sagt er, um seinen Satz nicht zu vergessen, und sieht sich um, wobei seine nicht unerhebliche Nase in eine innige Berührung mit der noch größern eines Pferdes tritt, während der Postillon ihm auf seinem Instrument eine Symphonie unmittelbar in's Ohr flötet, die ihn betäubt vier Schritte links gegen einen

Gypsmann wirft, und im Umsehen liegt ein Napoleon zu seinen Füßen, eine Venus in seinen Armen und Minerva balancirt auf seinem Filzhut.

Das hierauf entstehende Duett mit italienischen und hebräischen Anklängen zieht die Aufmerksamkeit eines sehr dicken Herrn auf sich, welch stehen bleibt. Einen Augenblick defilirt die Menge zu beiden Seiten um dies Vorgebirge, aber die Fluth wächst, staut sich, schwillt und reißt das gewichtige Hemmniß, wie ein Eisbrecher im Strom, obgleich in entgegengesetzter als der von ihm beabsichtigten Richtung fort.

Jetzt hielt ein Wagen vor unsrer Thür. Ein hagerer Kammerdiener mit mahagonibraunem Gesicht und schneeweiß gepuderten Locken sprang herab, öffnete den Schlag und entwickelte alle seine Behendigkeit, um eine alte wunderlich aussehende Dame aus einer unglaublichen Menge von Mänteln, Tüchern, Boa's, Schleiern, Shawls, Palatinen und Fußsäcken herauszuwickeln. Nachdem alle diese Stücke, bis auf einen portativen Rest, beseitigt waren, senkte sich die Dame in die Arme des Kammerdieners hernieder, welcher in diesem Augenblick das Ansehen des Atlas gewann, der die Weltkugel trägt.

„**Tenez bien ferme!**" sagte die Dame, indem sie langsam wie ein großer Montgolfier zum Erdboden herabglitt; „**bien ferme! Lefort!**"

Monsieur Lefort that sein Aeußerstes, aber die Sache ging langsam und Madame schwebte noch oder war vielmehr noch aufgespießt an den langen dünnen Armen des Kammerdieners, wie ein Milchbrod an einer Gabel, da schaute aus dem andern Fenster ein hübsches Lockenköpfchen aus einem Paar großen schwarzen Augen, als fragte es: wird die Reihe des Aussteigens auch einmal an mich kommen? Hübsche Augen fragen nicht leicht, ohne Antwort zu bekommen; ein junger Offizier, welcher eben vorüber ging, war augenblicks bereit, der jungen Dame behülflich zu seyn, und während Madame auf der einen Seite sorgfältig ausgepackt wurde, stand Mademoiselle schon auf der andern am Arm eines ungleich rüstigern Beschützers, als Monsieur Lefort war.

Man trat in den Laden, und ein fragender Blick der älteren Dame erinnerte den jungen Mann, daß die Glätte des Parquets ihm kein Recht geben könne, ferner Beschlag auf die niedliche Hand zu legen, deren Besitz er bisher behauptet hatte. — Es war ein schöner Zug von Dankbarkeit, mit welcher Fräulein Malvina die geleisteten Dienste ihres stattlichen Begleiters anerkannte. Aber ich habe stets gefunden, daß die kleinern Dienstleistungen nach einem weit günstigern Maaßstabe beurtheilt werden als die größern.

„Sie ſind allzu gnädig!“ ſagt man ſeiner Nachbarin, die unſer Glas füllt, obſchon der Wein ihr nicht einmal gehört.

„Unendlich verbunden!“ flüſtert die Dame mit einer tiefen Verneigung gegen den Herrn, der ihren Shawl aufnimmt, den er eben ſelbſt hinabgeſtreift hat.

Dagegen ſagt man: „Ich kann nicht leugnen, daß Ew. — viel Güte für mich gehabt, mir dieſe Pfründe, jenes Amt zu verſchaffen; — Sie verſtehen im hohen Grade die Leute zu beurtheilen und ihre Fähigkeiten zu würdigen!“ — oder: „Ich verdanke dem Profeſſor N. meine Erziehung und werde das nie vergeſſen!“ — was denn erſtaunlich wenig geſagt iſt und wobei der Profeſſor N. recht füglich verhungern kann.

Fräulein Malvina gab ihre Dankbarkeit durch eine anmuthige Verneigung und einen freundlichen Blick kund, und ſchritt an die Auswahl verſchiedener „nothwendiger Bedürfniſſe“, als Marabouts, Colliers, Spitzen und Fächer.

„Wie gefallen Ihnen die beiden Ringe?“ fragte ſie, zu dem fremden Offizier gewendet, indem ſie in jeder Hand einen hielt.

„In der That, nie ſind zwei Ringe ſchöner gefaßt geweſen“, entgegnete dieſer mit einem lächelnden Blick auf die ſchneeweißen runden Finger, welche die Ringe hielten.

„Aber dieſer iſt von weit größerm Werth als der andere!“

„Das kommt darauf an!“

„Wie ſo?“ fragte Malvina und „wie ſo?“ fragte ich, aber nur im Stillen, denn der eine Ring war ich und der andre ein werthloſer Topas.

„Nun, wenn Sie die Ringe verſchenken, ſo kann der eine keinen größern Werth haben als der andre?“

„Und wenn ich ſie nun nicht verſchenke?“

„Eben ſo wenig! Dann blieben die Ringe an Ihrer Hand und — aber verzeihen Sie, daß ich faſt in ein Compliment gefallen wäre.“

Die alte Gräfin mochte finden, daß er ſchon ziemlich mit Complimenten im Zuge ſey, kaufte beide Ringe, ſteckte ſie in ein weitläuftiges Ridicul und ordnete mit vieler Umſicht die Abfahrt ſo an, daß ihre Nichte Malvina zuerſt in den Wagen ſteigen mußte, offenbar, um dann ſelbſt mit einem „j'ai l'honneur“ allen weitern Verkehr mit dem fremden Mannsbild abzuſchneiden. — So geſchah's, wenigſtens ſo fing es an. Die junge Dame ſaß bereits im Wagen, als von Seiten des Kammerdieners die wunderlichſten Ausrufungen vernommen wurden.

„Ah mon dieu!“ ſchrie er und zog die dicken ſchwarzen Augenbrauen dergeſtalt in die Höhe, daß ſie völlig unter der ihnen auf halbem Weg entgegen kom-

menden weißen Peruque verschwanden. „Dieu! la comtesse!“ und fort stürzte er.

Die Comtesse, welche dem Druck der vorbei eilenden Menge einige nicht unbeträchtliche Flächen darbot, war vom Strom gefaßt und fortgespült worden; an ein Umdrehen war für sie nicht zu denken, denn ein verderblicher Schubkarren rasselte dicht hinter ihren Ferſen, dem zu entgehen sie ihre Schritte aufs Aeußerste beschleunigen mußte, und so schwankten die schwarzen Federn ihres Huts schon weit unten in der Menge, wie die Nothflagge eines Pulverschiffs.

„Zugefahren!“ riefen ungeduldige Stimmen dem französischen Kutscher zu und machten ihn den Sinn der Worte durch eine leicht zu verstehende Mimik klar. Dieser, dem Drange der Verhältnisse weichend, trieb die Pferde an, und dem Offizier, der mit einem Fuße auf dem Tritt stand, blieb nur die Wahl, die junge Dame allein ohne Schutz fahren zu lassen oder sich neben sie in den Wagen zu setzen. Junge Offiziere pflegen bei solchen Wahlen selten lange zu schwanken, und die Kutsche fuhr mit den beiden Insassen nach der entgegengesetzten Richtung ab, in welcher die Menschenfluth die verlassene Gräfin fortgespült hatte.

Unerachtet diese Dame nicht umhin konnte, dem Verdacht Raum zu geben, daß ein Paar junge Militairs, welche ihren Kameraden eben beim Einsteigen

beſchäftigt gefunden, ihr abſichtlich den erſten Impuls zu der verderblichen Richtung gegeben, in welcher ſie jetzt wider Willen fortſteuerte, ſo erſchöpfte ſie doch die verbindlichſten Reden an einige Laſtträger und Fiſchweiber, die zur Zeit ihre nächſte Umgebung ausmachten, jedoch ohne beſondern Erfolg; denn die feinſten franzöſiſchen Wendungen wurden verſchlungen durch das unbarmherzige Getöſe eines Rollwagens mit Eiſenbarren, welcher vor ihr fuhr.

Monſieur Lefort war es vermöge ſeiner geringern Dimenſionen gelungen, ſeiner Gebieterin ziemlich nahe zu kommen, und auf dem nächſten freien Platz vereinigten ſich Beide — „Et Mademoiselle Malvina en voiture avec ce monsieur l'officier!" fragte die Gräfin, nachdem ſie ihr Gemüth durch zahlreiche Ausrufungen entlaſtet. — Lefort zog die Achſeln bis an die Ohrringe, ſtreckte die langen Arme ſchnurgrade am Leibe hinab und ſah äußerſt bedenklich aus.

Es wurde jetzt nach dem Beiſpiel der alten Gallier ein Kriegsrath unter freiem Himmel abgehalten, in welchem zwei Punkte zur Sprache gebracht wurden, erſtlich: was die Welt zu der Begebenheit ſagen werde? und zweitens: was für den Augenblick zu thun ſey? — Die Berathungen waren eben ſo weit gediehen, daß Beide darin übereinkamen, ſie wüßten

weder das Eine noch das Andre, als die ersehnte Kutsche durch eine Quergasse daher rollte und bei ihnen still hielt.

Die Gräfin saß nunmehr glücklich neben ihrer Nichte im Wagen, aber der Kutscher war durch eine so unvorhergesehene Irrfahrt dergestalt irre an seiner Geographie geworden, daß er weder wußte, woher er komme noch wohin er sollte.

„Vielleicht", meinte Malvina, „würde der Herr von der großen Güte seyn —."

Madame lanzirte einen regard désapprobateur auf die Nichte, allein der Herr hatte sich das nicht zwei Mal sagen lassen und saß, wie der nicht zu vertreibende Schatten des Banko, schon wieder auf seinem usurpirten Platz im Wagen, und genau in der Sehlinie des Fräuleins.

„Gnädige Frau", sagte er, als die Gräfin vor ihrem Gasthof hielt, „ich werde mich glücklich schätzen, zu erfahren, daß die kleine Irrfahrt, welche Sie jetzt überstanden, für Ihr Befinden keine verdrießlichen Folgen gehabt hat."

Die Gräfin zitterte vor einem Besuch auf den andern Tag.

„Sie werden das, mein Herr!" beeilte sie sich zu erwiedern, „Sie werden das kaum erfahren, denn da wir morgen nach Paris zurückreisen —."

„Allerdings etwas weit — jedoch nicht ſo weit, daß es mir alle Hoffnung rauben könnte, eine ſo angenehme Bekanntſchaft fortzuſetzen.“

Obſchon dies „Jedoch“ wohl eigentlich der Nichte galt, erregte es der Gräfin einen doppelten Verdruß. Sie ſah im Geiſt dieſen Mann, den ſie nun einmal nicht los werden ſollte, vor ihrem Hotel rue St. Honoré halten pour faire visite, und gab ihm eine ſarkaſtiſche Antwort mit einer Verbeugung, die tief genug war, um kränkend zu ſeyn. — Der Offizier ſah die andre Dame an.

„Adieu!“ ſagte ſie, weiter nichts; — aber ſie ſagte es anders als die Tante.

Lieber Gott! was ſo ein junger Menſch in einem Ton, in einem Blick zu leſen glaubt. — Dieſer hier z. B. mochte geleſen haben: „Mein Herr, es thut mir weh, daß meine Tante einen Mann, der bloß höflich gegen uns geweſen, ſo kalt behandelt!“ oder: „Mein Herr, ich habe Sie nur wenige Minuten geſehen und werde Sie höchſt wahrſcheinlich nie wieder ſehen, um ſo eher möchte ich Ihnen ſagen, daß Ihre Geſellſchaft mir angenehm geweſen iſt!“ oder gar: „Mein Herr, machen Sie immerhin die zweite Viſite in Paris, es ſoll mir nicht unlieb ſeyn!“ oder wer weiß, was ſonſt noch. Kurz, der Fremde ſchien ganz

zufrieden mit seiner Abfertigung, verbeugte sich ehrerbietig gegen beide Damen und wir reisten den andern Morgen nach Paris.

## Die Visite.

„Certes! hier sind wir geborgen!“ rief Lefort mit freudiger Sicherheit, als die schwerbepackten Wagen der Gräfin in den engen Schloßhof von Latraille rollten. Wohlgefällig betrachtete er die Zugbrücke, die hohe krenelirte Mauer und die mit Eisen beschlagenen Thorflügel, welche die ganze Welt ausschlossen.

Die Gräfin hatte nämlich in der denkwürdigen Periode der hundert Tage zum zweiten Mal das Unmögliche erlebt. Die Herren Feinde waren im vollen Anmarsch auf Paris und sie zweifelte keinen Augenblick, daß die Hauptstadt der Welt bei Gelegenheit dieser zweiten Visite in Rauch und Flammen aufgehe und dem Erdboden gleich gemacht würde. — Demgemäß flüchtete sie mit ihrer Nichte auf ihre Güter jenseit der Loire und traf am Abend des dritten Tages im Schlosse Latraille am Ufer dieses Stromes ein. Die Reise war nicht ohne Besorgnisse gewesen. Mehrmals und besonders heute war man auf feind-

liche Abtheilungen geſtoßen. Gern hätte die Gräfin daher die Loire zwiſchen ſich und den Feinden gehabt, aber der Eigenthümer des Schloſſes, der Marquis Craveaux d'Echelles, drang darauf, daß man die Nacht im Schloß zubringen müſſe. In Hinſicht auf die Haltbarkeit des Platzes war er gewohnt, Latraille in gleiche Linie mit Straßburg, Toulon und Lille zu ſetzen. Das Schloß war vom König Franz dem Erſten belagert worden, und wenn dies, wie Einige behaupteten, nie der Fall geweſen, ſo hatte er es ſicherlich nur deshalb nicht belagert, weil es zu feſt war. Der Ritter Pagan, welcher bei des Marquis Groß Oheim zuweilen gejagt, hatte eines Mittags, nachdem einige Flaſchen Burgunder ihn mittheilender gemacht, als er zu ſeyn pflegte, ſich ſehr ſchmeichelhaft über den Hohlbau der Souterrains geäußert, und der Marſchall Vauban ſoll gemeint haben, das Schloß werde ſich gerade ſo lange halten, wie die Barrière-Plätze an der Grenze. — Mit einem Wort, die Gräfin und ihre ſchöne Nichte konnten, wie die Sachen heute ſtanden, in der ganzen Welt keinen Platz finden, wo ſich ſicherer übernachten ließe, als im Schloß Latraille.

Dieſe Verſicherung und der Umſtand, daß Louis de Craveaux ihr Vetter und der beabſichtigte reiche Bräutigam ihrer Nichte war, beſtimmten die alte Gräfin, den großen Wagen abpacken zu laſſen.

Stürmiſche Zeiten ſind gar ſehr geeignet, das Herz der Frauen ſchnell an den feſten Charakter der Männer zu ketten, und Malvinen erſchien ihr Vetter Louis, als er ihr in ſeinem feſten Schloſſe Sicherheit verhieß, ungleich liebenswürdiger als in den Salons von Paris. Die Abſichten ihrer Tante waren ihr durch vielfache Anſpielungen bekannt genug, und da ſie bisher nie daran gedacht, einen andern Willen als den ihrer mütterlichen Verſorgerin zu haben, ſo war ſie ohne Widerſtreben wie ohne Neigung an den Gedanken gewöhnt, den Vetter Louis als ihren Zukünftigen zu betrachten.

Als der moderne Thee auf dem großen alten Tiſch der Halle dampfte, kam die Unterhaltung ſehr bald auf gewaltſame Handlungen, verwegene Unternehmen und allerlei Unheil, an welchem es in dieſer Zeit nicht fehlen konnte. — Die Gräfin fühlte ſich ſicher genug, um einigen patriotiſchen Verwünſchungen Raum zu geben. Sie bejammerte, daß das Schickſal beſchloſſen, Frankreich zu demüthigen, da es ſonſt gar nicht zu begreifen ſey, wie die Alliirten den Rhein hätten überſchreiten können. — Der Marquis ſchob die Schuld auf eine Verwickelung der Verhältniſſe, welche den alten Adel verhinderte, das Schwert zur Erhaltung des Reichs gegen den Thron der Bourbonen zu ziehen. Malvina war geneigt, einen Mittelweg

zwischen dem Fatalismus der Tante und dem Royalismus des Vetters zu halten, als Lefort mit einem Gesicht eintrat, welches in allen seinen tausend Falten und Ecken eine äußerst wichtige Nachricht enthielt. — Dennoch blieb er schweigend an der Thür stehen, bis die Gräfin ihm befahl, sich zu entladen. — Lefort erzählte nun mit großer Lebhaftigkeit, wie so eben ein Trupp Reiter vor dem Schloßthor gewesen, welche ohne Zweifel beabsichtigt hätten, einzudringen. Sie wären um den Graben geritten und hätten die Zugbrücke genau betrachtet. Er, Lefort, sey auf den Altan getreten und habe ihnen parole d'honneur erklärt: Schloß Latraille sey pucelle und nehme keine Reiter ein; überdies sey die Frau Gräfin im Schloß und wolle ungestört bleiben. Schließlich habe er erklärt, er würde den Böller, welcher im linken Eckthurm stehe, auf sie abbrennen. Nach dieser ernst ausgesprochenen Drohung habe ein Reiter einen großen Karabiner herausgezogen, welcher ihn am Weiterreden gehindert, die Reiter aber hätten sich nach und nach entfernt, nicht ohne viele Reden und Zurufungen, von denen er aber um so weniger Kenntniß genommen, als sie in einer ihm gänzlich unbekannten Mundart gewesen. — Da nun Lefort außer Französisch nur etwas Patois verstand, so ließ sich auf die Nation der Feinde nicht viel schließen.

Der Graf befahl indeß, die ganze männliche Bevölkerung zu bewaffnen und übergab Lefort zu dem Ende den Schlüssel zur alten Rüstkammer. Wirklich konnte er wohl hoffen, seinen Gästen Ruhe für eine Nacht gegen vorausstreifende Cavallerie-Truppen zu verschaffen, denn obschon seit Franz I Zeit der Graben des Schlosses ausgetrocknet und in Küchengärten verwandelt, der Halbmond vor dem Thor bei dem Einzug seiner gnädigen Frau Mutter Behufs einer Ehrenpforte weggerissen war, und das Fallgatter nicht mehr fallen wollte, so boten doch die bloßen Mauern, welche nach außen erst im zweiten Stockwerk Fenster hatten, passiven Widerstand genug dar. — Was Malvina betrifft, so hatte sie genug von dem ritterlichen Geist ihrer Väter geerbt, um in dem Unternehmen, sich im Schloß zu vertheidigen, Reize zu finden; die Gräfin dagegen war sehr bestürzt.

Eben fing es an dunkel zu werden, als eine Gestalt mit wunderlichem Gerassel in die Thür trat, welche die Gräfin geneigt war, für den in Gott ruhenden Ahnherrn ihres Hauses zu halten. — Es war indeß Monsieur Lefort, welcher die Armirung der Garnison geleitet, sich selbst bei dieser Gelegenheit durchaus nicht vergessen hatte und nun, bis an die Zähne gewappnet, in den Salon trat. Mit besonderer Vorliebe hatte er die Schutzwaffen erwählt. Von seinen

Schultern herab hing ein rüſtiger Küraß, in welchem vier Monſieurs Lefort Schutz gefunden hätten, und zwar bis an das Knie, ſo daß die Beinſchienen ganz überflüſſig wurden, welche durch eine zitternde Bewegung des Trägers in beſtändigem Klirren erhalten wurden, ſo daß man ihn in der Nähe des Ganges unfehlbar für ein Krokodil gehalten hätte. Die Rücken-Partie war nicht minder ſorgfältig verſchanzt und auf den Kopf, oder vielmehr auf die Schultern, war eine beſtaubte Pickelhaube geſtülpt, welche ihm, ohne dieſe Beihülfe, leicht das Genick gebrochen hätte. — Unter ſo viel Eiſen erſchienen die dünnen, mit Escapins bekleideten Beine, welche hin und wieder einen ſchwankenden Schritt zur Seite machten, um den Schwerpunkt der Maſſe genügend zu unterſtützen, noch einmal ſo krumm wie ſonſt. Auf der Bruſt glänzte ſehr allegoriſch der Wahlſpruch des Hauſes: „**Terrible et généreux.**"

Monſieur Lefort ſtand ſchon mitten im Zimmer, als an einem langen Wehrgehenke ein endloſer Degen noch immer durch die Thür defilirte. Jetzt machte er Halt, ſchlug mit beiden durch Büffelleder und Schienen gedeckten Händen das Viſir auf, unter welchem ſein Geſicht zwei Mal ſo lang als bei gewöhnlichen Gelegenheiten erſchien. — Er hatte nämlich nichts Geringeres zu berichten, als daß die Reiter, die er

doch so entschieden abgefertigt, in größerer Zahl wieder da seyen, und einen höchst unbesonnenen Lärm vor dem Thore machten. Noch hatte der gewappnete Kammerdiener seine Rede nicht vollendet, als sich etwas zutrug, das ihm plötzlich den Mund verschloß und ihn dergestalt erbeben ließ, daß die Eisentheile seiner Rüstung laut an einander klangen.

Es zuckten nämlich plötzlich drei, vier röthliche Blitze durch das Zimmer. Gleich darauf rollte ein so fürchterlicher Donner, der sich an den Thürmen, Ecken und Winkeln des Schloßhofs hundertfach brach, daß Fensterscheiben klirrend zur Erde fielen und altes Gerölle von den steilen Dächern hinabschoß. Die Hunde fingen an laut zu heulen und die Dohlen und Eulen verließen krächzend die Schlupfwinkel, in denen sie seit Franz des Ersten Zeit ungestört gehauset hatten. Unmittelbar darauf erfolgte ein dumpfes Gerassel, und dann ein so heftiger Sturz, daß das ganze Gebäude wie bei einem Erdbeben in seinen Grundfesten erzitterte — dann herrschte einen Augenblick tiefe Stille.

Die Damen standen wortlos und betäubt da, denn für eine Ohnmacht war die Situation zu ernst geworden. Der Marquis hatte seinen Degen ergriffen und stürzte die Wendeltreppe hinab zu seiner Dienerschaft in den Hof. — Lefort lag der Länge nach auf

dem Parquet hingeſtreckt, wie er nachmals verſicherte, in Folge einer Verwickelung mit ſeinem Degengehenke. Denn bei ſeiner großen Eil, der Gefahr entgegen aus der Thür zu ſtürzen, habe ſich dies Seitengewehr boshafter Weiſe quer vor die Thür gelegt und ſich allen ſeinen Beſtrebungen widerſetzt. Uebrigens lag er in ſeiner Eiſenverkleidung eben ſo hülflos wie eine Schildkröte, die man auf den Rücken gelegt hat. Auch nicht einmal das ſtahlbedeckte Haupt vermochte er aufzurichten, und ſo ergab er ſich denn einſtweilen bewegungslos in ſein Schickſal.

Malvina erholte ſich zuerſt und trat an das Fenſter, um die Urſache des entſetzlichen Lärmens zu entdecken. Der Hof war durch die Fackeln der von allen Seiten herbeiſtürzenden Diener hell erleuchtet, und die alten ſteinernen Statuen warfen aus ihren Niſchen ſchwankende rieſige Schatten an die grauen Mauern hinauf. In eine Staubwolke gehüllt lag am Eingang des Schloſſes der Trümmerhaufen einer der beiden Pfeiler, die mit dem Familien-Wappen geziert, und in welchen die Angeln der Thorflügel eingemauert geweſen waren. Ein Paar Kanonenſchüſſe in unmittelbarer Nähe hatten hingereicht, einen dieſer Pfeiler über den Haufen zu werfen und einen Eingang in das Schloß zu öffnen. — Mehrere Reiter ſprengten

eben jetzt durch den trockenen Graben, die Zugbrücke umgehend, durch die Breſche. Ein junger Mann ritt an ihrer Spitze auf einem ſchnaubenden Rappen. Mit einem gewaltigen Satz war er über die Trümmer fort, und mit gezogenem Pallaſch mitten unter der erſchreckenen Garniſon. Ihm folgten Mehrere und bald war der Schloßhof angefüllt mit Reitern, deren Helme und Küraſſe im rothen Schein der Fackeln prächtig glänzten und funkelten. — Die betroffenen Vertheidiger waren nach allen Richtungen auseinander geſprengt, nur der Marquis ſtand mit gezogenem Degen trotzig mitten im Hofe ſeines Schloſſes.

Ein Paar Piſtolen waren auf ihn gerichtet, als ſich der junge Offizier in's Mittel ſchlug, jedoch nicht ohne dem Marquis zu ſagen: daß es klüger geweſen wäre, ſiegreichen Truppen nicht zuzumuthen, nach einem ermüdenden Marſch die Nacht ohne Obdach zu bleiben, und daß es unbeſonnen ſey, ein ſolches „Neſt", ſo benannte der junge Offizier das Schloß Latraille ohne Rückſicht auf ſeine geſchichtliche Notabilität, wie eine Feſtung belagern laſſen zu wollen. — Des Marquis Augen ſprühten Flammen.

„Monſieur!" rief er mit dem unnachahmlichen Ton eines beleidigten Franzoſen; „in Frankreich iſt es weder unbeſonnen, den Sitz ſeiner Väter ver-

theidigen zu wollen, noch unklug, den Widerſtand mehr nach ſeinem Muth als nach der Zahl ſeiner Feinde abzumeſſen!“

Es lag in dieſer Tirade eine Rechtfertigung für das Benehmen des Marquis, eine ſtrafende Mißbilligung des Tons ſeines Gegners und eine Apologie für Frankreich; — wenn daher etwas den Zorn des Marquis noch ſteigern konnte, ſo war es der Umſtand, daß dies Alles verloren ging, weil der Reiterführer nichts davon gehört hatte. Denn eben bei den anſtößigen Worten „ein ſolches Neſt“ hatte derſelbe die Augen umherſtreifen laſſen und war an einem Bogenfenſter einen Kopf gewahr geworden, der ihn verhinderte, irgend ſonſt etwas zu bemerken.

„Ah!“ rief Malvina, als ſie ihren Begleiter im Wagen zu B. in dem Augenblick erkannte, wo er den verwegenen Sprung über die Thorflügel machte; und in ihrem Ausruf malte ſich gleich viel Staunen, Furcht, Zufriedenheit und Ueberraſchung. Die Gräfin war troſtlos, aber Malvina trippelte mit einer gewiſſen Zuverſicht durch das Zimmer und wiegte das Köpfchen ſehr bedeutſam.

„**Quel désastre!**“ rief die Gräfin, „**quel hasard!**“ das Fräulein. „Wie das tobt und wüthet!“ bemerkte die Tante; „wie ſie reiten!“ die Nichte. — „Wir

ſind verloren!" ſeufzte die Eine; „wir werden ja ſehen!" meinte die Andre.

Lefort war nach und nach auch wieder frei geworden, indem er ſein Eiſenkleid wie die Schlange ihr Fell gehäutet hatte, oder genauer, indem er aus demſelben herausgekrochen war, nicht ohne ſeine Perücke in der Pickelhaube zurückzulaſſen, wogegen er die Fechthandſchuh an den Händen conſervirt hatte.

Mit ſoldatiſcher Freimüthigkeit entſchuldigte der eingedrungene Offizier die Art, wie er genöthigt geweſen, ſich einzuführen, ſtellte ſich beiläufig als Eduard von Welldorf vor, und verſicherte die Damen: daß ſie jetzt vollkommen ruhig ſchlafen könnten, da er ihre Bewachung zu einer der wenigen angenehmen Pflichten zähle, welche dieſer Tag ihm auflege. Als der junge Mann ſogar verſprach, die Damen am folgenden Tage unter ſeinen Schutz zu nehmen, da der von ihm befehligte Trupp deſſelben Weges, wie die Gräfin zog, ſo fing dieſe an, freier zu athmen.

Nur der Marquis war ſehr unzufrieden mit dem ganzen Arrangement, da aber die Umſtände ihn für den Augenblick höchſt ungünſtig ſtellten, ſo beſchloß er wenigſtens, nicht von der Seite ſeiner zukünftigen Braut zu weichen.

Was Malvina anbelangt, ſo kann ich nicht beſtimmt ſagen, ob ſie mit der Erſtürmung des Schloſſes

mehr zufrieden oder unzufrieden war. Junge Mädchen haben oft eben ſo viel Gefallen am Erobern als am Erobertwerden.

---

## Das Duell.

Als am folgenden Tage die Reiſe fortgeſetzt wurde, war der Marquis äußerſt verſtimmt. Die Niederlage von geſtern, das abhängige Verhältniß, in welches er getreten, waren ſeinem Stolz ſehr zuwider. Auch mochte er wohl fühlen, daß ein junger Mann, der im Wagen zwiſchen zwei Damen ſitzt, nicht den günſtigen Eindruck auf ein Mädchenherz macht, wie Einer, der auf muthigem Roß bald hier Befehle ertheilt, die mit militairiſcher Schnelle und Pünktlichkeit erfüllt werden, bald ſelbſt dorthin eilt, wo Gefahr iſt; ernſt und ſtreng in der Behauptung ſeiner Machtvollkommenheit, und doch ritterlich aufmerkſam jeden freien Augenblick benutzend, die ſeinem Schutz vertrauten Damen zu beruhigen, oder ihren Wünſchen zuvorzukommen. Und ſo wurde der Marquis immer finſterer, je vortheilhafter die Perſönlichkeit des jungen Soldaten hervortrat. Malvinens Bekanntſchaft mit dem Fremden und mehr noch das Vertrauen, welches ſie auf ſeinen Schutz

ſetzte, unter dem er ſelbſt gewiſſermaßen ſtand, war ihm unerträglich. Eine unbezwingliche Eiferſucht erfüllte immer heftiger ſeine Bruſt, um ſo mehr, als keine beſtimmte Zuſage des jungen Mädchens ihn dazu berechtigte. — So kam man Abends zum Schloß der Gräfin, welches an der großen Straße gelegen war und woſelbſt die Truppen Halt machten.

Welldorf war viel zu gutmüthig, und auch ohne klar zu wiſſen warum, viel zu glücklich, um nicht dann und wann ein freundliches Wort an den Marquis zu richten, welcher ſchweigend und finſter in abſtoßender Haltung da ſtand. Malvinen verdroß das, und ſie glaubte dem Fremden, welcher ohnehin morgen weiter marſchirte, einigen Erſatz dafür ſchuldig zu ſeyn. Selbſt die Gräfin war von dem beſcheiden, feſten Weſen des jungen Mannes zu ſeinen Gunſten geſtimmt und ſie fand ſich veranlaßt, ihm eine Artigkeit zu ſagen, indem ſie bemerkte: wie höchſt ruhmvoll in allen Zeiten es für die Alliirten ſeyn würde, das erſte Land Europa's für einen Augenblick bezwungen zu haben.

„Wenn man aber", bemerkte der Marquis mit einem Lächeln, „wenn man dieſen Ruhm auf eine halbe Million Engländer, Spanier, Ruſſen, Deutſche, Koſacken, Baſchkiren und andere Horden vertheilt, ſo kann die Portion Ruhm, die auf jeden Kopf kommt, nicht ſehr bedeutend ſeyn."

„Mein Herr Marquis", entgegnete Welldorf nach kurzem Schweigen, „erlauben Sie mir darauf zu erwiedern, daß wir uns dieſen Ruhm auch gar nicht ſo hoch anrechnen, wie Sie vielleicht glauben; es giebt viele Niederlagen, in denen wir, wie das bisher faſt immer der Fall war, mit der franzöſiſchen Ueberzahl gekämpft haben, durch die wir weit ſtolzer ſind."

„O!" fiel mit bitterer Höflichkeit der Andere ein; „es giebt glänzende Beiſpiele von ritterlichen Zügen auch in dieſer Campagne, von Schutz, welcher Damen verliehen wurde, die ihn zwar nicht brauchten, aber die gewiß dankbar genug ſind! obſchon die Klinge eines franzöſiſchen Edelmannes ſie hinreichend gegen alles umherſtreifende Geſindel geſichert hätte."

„Wenn Sie", ſagte Welldorf ernſt, und indem er dem Marquis näher trat, „wenn Sie von der heutigen Reiſe reden, Herr Marquis, ſo gebe ich Ihnen zu bedenken, daß, nach der nicht wohl angebrachten Bravade im Schloſſe Latraille, die Klinge des franzöſiſchen Edelmannes weit weniger nöthig wurde, als die Ehrfurcht, die jeder deutſche Soldat vor Damen hat und die uns veranlaſſen dürfte, unſer Geſpräch, hier wenigſtens, abzubrechen."

Aber der Marquis wollte beleidigen, und Malvina ſollte und mußte den glücklichen Fremden beleidigt, gekränkt ſehen.

„Louis!“ ſagte ſie mit bittender Stimme.

Aber dieſer fuhr mit überlegter Kälte fort: „Mein Herr Offizier, da Sie mit zwei bis dreihundert dieſer zartfühlenden Soldaten im Schloſſe ſtehen, ſo gewinnt Ihre Bemerkung dadurch ungemein an Glaubwürdigkeit; zugleich giebt dieſer Umſtand Ihnen ein Recht, mit einer Einmiſchung in meine Angelegenheit zu prahlen, die ſonſt wohl eine Züchtigung verdiente.“

Welldorf war jetzt auf's Aeußerſte gereizt, allein Malvina ſah ihn flehend an und — Welldorf ſchwieg. — Bei'm Fortgehen trafen die beiden Männer an der Thür zuſammen.

„Wir ſehen uns noch!“

„Morgen um vier Uhr!“

„In der großen Allee!“

Dieſe Worte wurden von beiden Theilen ſchnell gewechſelt, und man trennte ſich. — Als Welldorf auf ſein Zimmer gekommen, ſchritt er nachdenkend einige Mal auf und ab.

„Und bin ich denn“, ſagte er ſtillſtehend, als ob ihm Jemand Vorwürfe mache, „bin ich die Urſach geweſen, hab' ich abſichtlich beleidigt?“

Dieſer Jemand war aber eben die ernſt warnende Stimme, die in unſerm Innern laut genug redet, wenn wir ſie nur hören wollen.

„Ich bin nicht Schuld", fuhr Welldorf für ſich fort, „an dieſem Ausgang. Durch Hohn und willkürliche Kränkung bin ich gereizt und alſo —."

„Und alſo hätteſt du ein Recht", fragte die innere Stimme, „menſchlichen und göttlichen Geſetzen zum Trotz, eine Handlung zu begehen, die, du magſt nun ſagen, was du willſt, die den ruhigen Schlaf von deinen Augenliedern verſcheuchen, dir Wermuth in jeden Becher der Freude gießen, die dir bis in deiner Todesſtunde ein drückender Vorwurf ſeyn wird?"

„Pah!" rief der Leichtſinn. „Wie oft ſchon ſchleudertеſt du den Tod in die Reihen der Feinde, dachteſt du wohl daran, welchen Biedermann deine Kugel hinſtrecken würde, welche Familie durch dich vater- oder bruderlos, welches Herz mit dem getroffenen zugleich durchbohrt wurde? Und doch nannte dein Gewiſſen dies Recht, ja ſogar Tugend, jemehr des Unheils du ſtifteteſt. Wo iſt hier der Unterſchied? Feind iſt Feind! und dieſer Feind hatte dich perſönlich nie beleidigt, nie gekannt, er hätte vielleicht wohlwollende Geſinnungen für dich gehegt. Oder ſetzeſt du dein Leben etwa nicht gegen das ſeinige, würfelt ihr nicht um denſelben Satz?"

„Freilich wohl", erwiederte der innere Mahner. „Aber wenn der Krieg ein beweinenswürdiges Uebel iſt, rechtfertigſt du dadurch den noch weit verwerf-

lichern Zweikampf? Allerdings ſetzeſt du Leben gegen Leben, und eben dadurch begehſt du ein doppeltes Verbrechen. Kannſt du vergeſſen, daß, wenn du fällſt, du unnennbares Weh in dem Kreiſe deiner nächſten Verwandten verbreiteſt? Denk' an die ſorgenden Eltern, an die zärtliche Schweſter! Schon haben die Verhältniſſe des Lebens dich halb von ihnen geſchieden. Nur in den kurzen Zwiſchenräumen, welche die Dienſtpflicht erlaubt, nur in dieſer erfahren ſie, daß ſie noch einen Sohn, einen Bruder haben. Schon hat lange Abweſenheit und dadurch entſtandenes getheiltes Intereſſe dich halb zum Fremden in der Heimath gemacht, und du biſt mit denen, die dir ſo nahe ſtehen, nur noch in der Erinnerung vereint; ſollen ſie dich ganz, und durch eine Frevelthat verlieren?"

Dieſe Stimme ſchien in Welldorfs Seele zu laut, zu lebhaft zu werden, und mit einer Bewegung, als wollte er den Eindruck abſchütteln, ſchritt er bis an das andre Ende des Saals. — Da fing das Ehrgefühl an zu reden.

„Ihr habt Recht!" ſagte es; „Ihr habt ſehr Recht, aber wenn Ihr noch zehntauſend Mal mehr Recht hättet, ich wette mit Euch Allen, er wird ſich dennoch ſchlagen, denn die Ehre will's! die Ehre, die — was man auch ſagen mag — weit mehr als ein bloßes Phantom iſt. Die Ehre iſt außer uns, was

das Gewiſſen in uns, ja, ſie iſt ein Theil dieſes Gewiſſens ſelbſt. Sie iſt das Bewußtſeyn unſerer Würdigkeit, unter deſſen Schatten allein jede edle Eigenſchaft, jedes große Gefühl gedeiht. Wenn du zurückträtest — ich rede nicht von der Welt, ſie kehrt dir höhnend den Rücken, dein Freund zieht ſich erſchrocken zurück, dein Vater, dein Bruder ſelbſt beklagen dich, vor dir erröthend — aber ich frage dich, ob du ſelbſt noch vermagſt, dich zu ertragen? — Raub' einem Menſchen die Ehre und ſetze ihn an eine wüſte Inſel aus, wo er nie wieder einen Menſchen zu ſehen bekommt, und er wird verkümmern, weil er ſich ſelbſt verachtet. — Die Ehre iſt mit flammender, unauslöſchlicher Schrift in die Seele des Mannes gegraben, ſie vertilgen heißt, ihn ſelbſt vertilgen!"

So hatte die Ehre geſprochen. Ob ſie ſich ſelbſt zu hoch veranſchlagt, ſtelle ich eines Jeden Beurtheilung anheim. Bei einem jungen Soldaten behielt ſie begreiflich das letzte Wort.

Welldorf befahl ſeinem Diener, ihn morgen um halb vier Uhr zu wecken und früher nicht zu ihm zu kommen. Er riegelte zu und holte eben ein ſauberes Mahagoni-Käſtchen hervor, in welchem ein Paar ſchöne Piſtolen blitzten. Am Deckel klebte von der Hand ſeines Urgroßvaters ein Zettel mit den Worten: „Mein Sohn! thue nie einen Schritt, um ein Duell herbei-

zuführen, und nie einen, es zu vermeiden.“ — Diese einfachen Worte, die seinen Vätern zur Richtschnur ihres Benehmens gedient, waren Welldorf Alles, was er zu wissen brauchte. Er nahm die blanken Feuergewehre heraus, betrachtete sie von allen Seiten, untersuchte die Schlösser und zielte prüfend nach seinem Bild im Spiegel.

Mitten in dieser Beschäftigung war ihm, als höre er hinter sich etwas rauschen, schnell drehte er sich um und gewahrte eine so liebliche und so unerwartete Erscheinung, als ob sie ein Traum geschaffen hätte. Das Gemach, in welchem Welldorf sich befand, und welches zu seinen Wohnzimmern das Entree bildete, war ein sehr langer Saal mit vielen Fenstern, welche in die wohl funfzehn Fuß dicke Mauer eingehauen schienen, und wovon, so zu sagen, jedes ein besonderes Zimmer bildete. An der andern Seite hingen alte Familiengemälde an einer rothen Damast-Tapete, und unter einem derselben öffnete sich eben eine verborgene Thür, durch die das lieblichste Bild der Wirklichkeit eintrat: das Bild eines Mädchens, das, in dem Augenblick, wo er bereit war, das Leben einer Idee zu opfern, ihn mit ganzer Stärke erinnerte, wie viel dies Leben werth seyn könne. — Es war Malvina, die an der Hand einer Dienerin eintrat, jetzt aber, wo sie im Zimmer stand, so erschrocken über den Schritt war, den sie ge-

than, daß ſie den Grund, der ſie dazu bewogen, ganz vergeſſen zu haben ſchien. — Welldorf fühlte, daß Verlegenheit von ſeiner Seite das Unſchicklichſte von Allem ſeyn würde, und indem er zu Hülfe rief, was er von Welt und Gewandtheit beſaß, wußte er durch eine verbindliche Wendung ſeinem Erſtaunen einen minder kränkenden Ausdruck zu geben.

„Ich weiß Ihnen Dank", ſagte Malvina ſehr ernſt, „daß Sie auf Koſten Ihrer Aufrichtigkeit meiner Verlegenheit zu Hülfe kommen möchten. Allein die Urſachen meiner befremdenden Erſcheinung ſind ſo ernſt, der Drang der Umſtände iſt ſo groß, daß ich jede Ausrede, jeden Vorwand verſchmähen muß. Ich bin" — fuhr ſie mit ſteigender Wärme fort — „Zeugin Ihrer Unterhaltung mit Craveaur geweſen, und weiß ſehr wohl, welche Folgen unter Männern Aeußerungen haben, wie die, welche ich gehört. — Dennoch komme ich nicht hieher, Ihnen vorzuhalten, was Religion, Moral, Vernunft und Gefühl gegen eine Handlung ſagen, gegen ein blutiges Beginnen, zu dem, ich weiß es, ich ſelbſt die unglückſelige Veranlaſſung bin; ich weiß, daß alle Rückſichten verſchlungen werden von dem, was die Männer Ehre nennen. Nein, ich rede nicht zu Ihrer Ueberzeugung, zu Ihrer kalten Vernunft; aber wenn die Bitten eines armen Mädchens etwas über Sie vermögen, ſo beſchwöre ich Sie,

thun Sie, was Ihnen möglich, um einer Entscheidung vorzubeugen, die nicht nur das Herz dessen durchbohrt, der Sie beleidigt, sondern auch derer, die Sie nie gekränkt, die Sie lieben — ich meine Eltern, Verwandte, Freunde — oder wenn noch innigere Bande Sie an ein Herz fesseln —."

Alle die Gefühle, die eben erst zum Schweigen gebracht waren, bekamen einen mächtigen Alliirten durch den Beitritt einer solchen Bittstellerin. Eben so gefährlich als ihre Rede war die Art, wie diese vorgebracht, die mädchenhafte Schüchternheit, mit welcher sie angefangen, das Feuer, mit dem sie fortgesetzt wurde. Welldorf war versunken in Malvinen's Anblick, er fuhr wie aus einem Traum, als Malvina, sein Sinnen bemerkend, schwieg.

„Nein, ich höre, ich fasse Sie ganz!" sprach er. „Ich dachte nur eben darüber nach, wie unendlich beneidenswerth der Mann seyn muß, für den Fräulein Malvina so bitten kann, um dessentwillen —."

„Um dessentwillen sie solchen Schritt thun kann!" ergänzte das erröthende Mädchen für sich.

Ja, meine Damen, sie stand mit dem fremden Soldaten in einer jener mächtigen Fensterwölbungen, und also so gut wie allein, und von der ganzen Welt geschieden. Was noch mehr ist, sie hatte im Feuer

der Rede mit ihren Händen bittend die ſeinen umfaßt, und ihr Auge blickte durch Thränen in ſeins. Aber, meine Gnädigſten, es giebt Lebensverhältniſſe ſo ſtürmiſcher Art, daß die Grenzlinie, welche die Freiheit eines Mädchens bedingt, ſich über den Kreis hinaus erweitert, welchen Gouvernanten, Mode, Grandiſons, Zwang und Convention ſo ſcharf bezeichnet haben; Augenblicke, in welchen die Leidenſchaften ſich nicht in das Schnürleib des guten Tons mehr einzwängen laſſen; und dann hatte Malvina einen Schutz, weit mächtiger als der ihrer Begleiterin, es war das Vertrauen, das ſie mitbrachte, und das ein Mann von Ehre zu mißbrauchen unvermögend iſt.

„Mein Fräulein", ſagte Wellderf, „die Tochter eines franzöſiſchen Edelmanns wird nicht fordern, daß ich hier zurückweiche. — Allein, beruhigen Sie ſich, Malvina, ſeyn Sie außer Sorge! — Der Ausgang eines Zweikampfes iſt nicht immer zweifelhaft!"

„Craveaux, ſagt man, iſt ſeiner Hand gewiß, und ich —!"

„O Malvina, wenn in Ihrem Herzen neben dem Bilde meines überglücklichen Gegners noch Raum für die Erinnerung an einen Fremden iſt, ſo ſollen Sie ſeiner nie anders gedenken, als daß er, auch nicht um den Preis ſeines Lebens, Ihnen eine Thräne koſten mochte."

„Heilige Mutter Gottes!“ rief Malvina entſetzt; „welche Deutung, welchen fürchterlichen Sinn legen Sie meinen Worten unter! ach, wenn Sie ahnen könnten — o mein Gott!“ ſeufzte ſie mit erſtickter Stimme.

Und was konnte ein armes Mädchen auch noch ſagen, das faſt immer tauſend Rückſichten zu nehmen und Mißdeutungen zu vermeiden hat; die ihren Zweck ſelten nennen darf, ihre Beweggründe verſchweigen muß, hier um ſo mehr, als dieſe Beweggründe Malvinen ſelbſt noch nicht klar geweſen waren und ihr erſt in dieſem Augenblick mit Schrecken volles Licht darüber aufging. Ja, ſie liebte ihn, liebte ihn mit einer Leidenſchaft, die ſie jetzt ganz fühlte, wo er dem Tode entgegen, wo er durch ſie dem Tode entgegen geſchickt wurde. Alles, was ſie bisher gethan, die Rückſichten, die ſie verletzt, die Ueberredung, welche ſie verſchwendet, hatten die Sache nur verſchlimmert und ſie ſelbſt in die unſeligſte Verwickelung hineingezogen. — Malvina ſah ſich auf dem Punkt, wo die weibliche Vernunft keinen Willen und keine Kraft mehr haben, wo nur das Herz ſeine Stimme mächtig geltend macht. Aber, ihr Frauen, wie mächtig ſeyd ihr da, wo ihr am ſchwächſten ſeyd; durch nichts herrſcht ihr über edle Gemüther ſo ſehr, als durch willenloſe Ergebung!

Welldorf hatte die faſt bewußtlos hinſinkende Malvina in ſeinen Armen aufgefangen und betrachtete mit tiefer Rührung das zerſchmetterte, niedergebeugte Weſen, das in Thränen unendlich liebenswürdige Antlitz, das an ſeiner Bruſt ruhte, in welcher die heiligſten Gefühle wogten. Beide ſchwiegen, aber es giebt eine Sprache des Gemüths, in welcher die Segle zur Seele redet.

Da ermannte ſich Welldorf. Er richtete das kraftloſe Mädchen ſanft auf und mit freiem edlen Anſtand führte er ſie mitten in den Saal.

„Was ich gelobt habe, werde ich halten", ſagte er, „und handeln, wie Ehre und Gefühl mir vorſchreiben!"

Damit legte er die Hand des Fräuleins in die ihrer Begleiterin und verneigte ſich ehrerbietig gegen die Fortſchwankende. — Was in des jungen Mannes Seele vorging, wüßte ich nicht zu ſagen; nur ſo viel habe ich ſpäter erfahren, daß er am Morgen, als ſein Diener eintrat, noch feſt und ruhig ſchlief.

Eben blickte die Sonne mild und ſegenreich auf die beperlten Fluren und ſchien mit ihren erſten Strahlen alle lebendigen Weſen zur Freude, Eintracht und Liebe aufzufordern, als zwei Männer, mit Geſichtern, die ſehr wenig von dieſen Gefühlen zu enthalten ſchienen, in einer großen Linden-Allee des geräumigen

Schloßgartens und in einiger Entfernung vom Schloß, eifrig beschäftigt waren, Entfernungen abzuschreiten und in den Erdboden zu bezeichnen. Pistolen wurden sorgfältig geprüft, von den Kugeln die rundesten, schwersten ausgewählt, die Ladung so schwach wie möglich abgemessen, um desto sicherer zu treffen; kurz, alle Vorkehrungen wurden von den Secundanten getroffen und die nähern Bedingungen des Zweikampfs mit Bestimmtheit verabredet.

Zwei Striche im Sande, die nur fünf Schritt von einander entfernt waren, bildeten die Barriere, die keiner der Streitenden überschreiten durfte, an welche aber auch beide Theile heran treten mußten, indem Jeder von seinem um zehn Schritt von den Barrieren entfernten Standpunkt ausging. Zu Anfang des Kampfes waren beide Theile also fünfundzwanzig Schritt von einander entfernt. — Jeder hatte zwei Kugeln zu verschicken und konnte feuern, wenn er wollte, oder auch seinen Schuß versparen, bis er an der Barriere stand und seinen Feind auf fünf Schritt herankommen ließ. — Alles war geordnet und die Secundanten führten ihre Duellanten von verschiedenen Seiten auf den Kampfplatz.

Welldorf erschien mit der Festigkeit und Ruhe, welche ein unwandelbarer Entschluß zu verleihen pflegt. Eraveaux hingegen fühlte, daß er Unrecht hatte; das

erbitterte ihn, und er erbitterte ſich abſichtlich, um es zu vergeſſen. Ueberdies hatte er geſtern, als ihn ſein unruhiger Geiſt noch in den Schloßhof trieb, Schatten im Zimmer ſeines Feindes erblickt, welche einen Argwohn in ihm erweckt, dem er noch nicht Raum geben wollte, um nicht raſend zu werden, der ihn aber mit dem brennendſten Rachegefühl beſeelte.

Auch waren die beiden Feinde kaum auf ihre Plätze getreten und das Zeichen gegeben, als Craveaur ſein Piſtol abbrannte; und nur die außerordentliche Aufregung hatte die Hand des Marquis um eine Linie wanken gemacht, die Kugel flog haardicht bei der Schläfe des Gegners vorbei, welcher ſeinerſeits mit feſtem Schritt an die Barriere vortrat. — Der Marquis verſchmähte zum zweiten Mal zu ſchießen, bevor Welldorf gefeuert. Dieſer bemerkte es und legte ſein Piſtol an. — Mit völlig ruhiger Hand zielte er, während Craveaur ihm ſtolz in die Augen blickte. Das Pulver brannte auf und die Kugel ſauſte mitten durch den ſchlanken Stamm eines Citronenbäumchens, das etwa zwei Schritt ſeitwärts ſtand, und welchen ſie in zwei Theile zerſchnitt, Saft und Rinde weit umherſpritzend. — Ein ahnender Ruf entfuhr beiden Secundanten. Aber Craveaur, voll Wuth, gefehlt zu haben, ergriff ſein Piſtol; langſam und mit aller Sorgfalt bewegt er es von unten nach oben, in der Richtung

des aufrecht daſtehenden Gegners, und drückt es in dem Augenblick ab, wo er die Bruſt deſſelben vor dem Korn erblickte. — Er hatte auf's Herz gezielt und Welldorf lag lautlos in ſeinem Blute.

Die Schüſſe hatten mehrere der Reiter herbeigezogen, und nur die Anweſenheit der ſecundirenden Offiziere zügelte ihre Wuth gegen Craveaux, als ſie ihren Führer todt in den Armen eines jungen ſchönen Mädchens ſahen, welche ihn mit thränenloſer Verzweiflung anblickte. Sein Haupt ruhte auf ihrem Schooß, und das Blut aus ſeiner Wunde floß über ihren weißen Arm.

„O wie grauſam, wie ungroßmüthig!“ rief Malvina; „in ſeiner edlen Seele ſtand der Entſchluß feſt, den er ausgeführt. — Glaubt nicht, daß Ihr ihn beſiegtet, denn er verſchmähte es, ſich zu vertheidigen, er verſchmähte es aus dem unſeligſten Grunde; ich, ich ſelbſt habe ihn getödtet!“

Man trug Beide in's Schloß. — Malvina war weit entfernt, ihre Schritte verbergen zu wollen; Craveaux zu ſtolz, um Gefühle zu erbetteln, oder ein Recht auf die Zuſage der Verwandten zu begründen. Seine Eigenliebe war tief verletzt, allein er wußte ſie zu beſiegen, ſobald er ſeine Ehre nicht mehr beeinträchtigt glaubte.

## Nachſchrift.

Kein Wunder daher, wenn ich nach dem eben erzählten Vorfall, aus der unmittelbaren Nähe meiner Herrin, in ein altes Glasſpind wandern mußte, welches auf dem Corridor ſtand. Denn ich war urſprünglich für Louis de Craveaur beſtimmt geweſen, und da dieſer den Ring nun einmal nicht haben ſollte, ſo mußte ich in mein gläſernes Exil, wo ich den Verfolg der Begebenheit nur aus der Unterhaltung abnehmen konnte, welche zwiſchen Wellderf's Reitknecht Albert, und Manon, dem Kammermädchen von Fräulein Malvina, ſtatt fand. Da aber Manon keine Silbe Deutſch verſtand, und Albert grade ſo viel Franzöſiſch wußte, ſo wird man mir einräumen, daß es eines Memoiren-Schreibers bedurfte, um daraus klug zu werden.

Manon war nämlich entſetzlich furchtſam, was ihr, dem ſehr hübſchen Mädchen, ungemein wohl ſtand. Sie wäre zum Beiſpiel nicht allein des Abends über den großen Corridor nach ihrer Stube gegangen, und wenn ſie dadurch die Drapd'er-Mütze hätte gewinnen können, durch die des Pfarrers Köchin alle Sonntag ſo großes Aergerniß in der Kirche erregte. — Albert war ein gutmüthiger Junge und ließ ſich die Mühe

nicht verdrießen, ſie regelmäßig zu begleiten, wobei denn die gedachte Unterhaltung ſtatt fand, welche, trotz der geringen Sprachkenntniß, dennoch beiden Theilen völlig verſtändlich war.

Am Abend des Tages, wo ſein Herr verwundet worden, hielt Albert die längſte Rede. — „Hier!“ ſagte er, und zeigte dem Mädchen ganz genau den Fleck, „grade hier bei'm Herzen iſt die Kugel eingedrungen.“

Die erſten acht Tage ſagten ſie dann weiter nichts als „gute Nacht, Manon!“ und „bon soir, Monsieur Albert!“ Die folgenden acht Tage aber ſagte Albert: „Bon soir, Mademoiselle Manon!“ und Manon antwortete: „Gute Nacht!“ und darauf ſprachen ſie gar nichts mehr.

Ein Umſtand aber, der für den aufmerkſamen Beobachter Gewicht hatte, war dieſer: Als Albert die ſchreckliche Wunde ſeines Herrn beſchrieb, die an ſeinem Leben zweifeln ließ, hatte Manon tief geſeufzt; als er ihr aber erzählte, daß ſein Herr ſo wohl ſey, daß ſie bald abreiſen könnten, ſeufzte ſie um eine volle Oktave tiefer. Ueberdies wußte ich aus indirekten Quellen, daß Albert von Jean, dem Küchenjungen, Manon's zeitherigem Verehrer, à l'escrime attakirt worden, und ihn mit Fäuſten aus dem Felde geſchlagen hatte; daß am Sonntag Manon ihre kleinen Füße

im Walzer mit dem Reitknecht avanturirt, welcher die Contredanse nur sehr unvollkommen exerzirte, und daß Beide sich schon ein Paar Mal gezankt hatten, so gut es die Sprache erlaubte. Eine gewisse Neigung war daher außer Zweifel.

Etwa zwei Monat mochten so verflossen seyn, als Albert eines Abends folgende Rede hielt, in welcher er alles Französisch anlegte, welches er nur irgend verstand oder zu verstehen glaubte. „Manon!" sagte er, und ich bemerkte, daß er heute die gelben hirschledernen Beinkleider und die neue blaue Jacke mit Silber angezogen hatte, auch einen ungewöhnlich großen Blumenstrauß auf dem Hute trug; „Manon!" wiederholte er nach einigem Räuspern, „ich werde meinen Herrn nie verlassen!" — Manon schwieg — „und ich denke, Du wirst stets bei Deinem Fräulein bleiben — nun sieh! da nun Dein Fräulein und mein Herr versprochen sind und sich sogar heirathen wollen, wir also doch einmal stets beisammen bleiben müssen, so — vorausgesetzt, daß Du mit dem Jean nie wieder tanzest — so —."

„Eh bien!" sagte Manon herausfordernd.

„So will ich Dich nehmen!" antwortete der aufmerksame Reitknecht.

„Pah!" rief das Mädchen und lief davon. — Aber das Davonlaufen zieht ein Verfolgen nach sich,

das Verfolgen ein Festhalten, das Festhalten einen Widerstand und Widerstand kann leicht mit einer Niederlage enden. Ob überhaupt Manon's Weigerung etwas Anderes war, als die scheinbare Entrüstung eines Kommandanten bei Capitulations-Vorschlägen, wenn er schon entschlossen ist, sich um jeden Preis zu ergeben, oder als das Verfahren des geübten Fischers, der dann durch einen leichten Ruck den Köder zu entziehen scheint, wenn der Fisch schon angebissen, um ihn einzuladen, desto herzhafter zuzufahren — dies überlasse ich der weiblichen Kritik zu entscheiden. Gewiß ist, daß Albert und Manon sich verheiratheten an demselben Tage, als ich zum Hause hinaus geschafft wurde.

Ich komme jetzt an die traurigste Periode meines Daseyns, und ich fasse mich kurz, weil nichts so sehr die Leute langweilt, als die Erzählung fremder Leiden. — Nachdem der Haushofmeister mich verkauft, ging ich durch die Hände mehrerer uninteressanter, obschon nicht uninteressirter Handelsmänner, und wurde zuletzt von einem jungen Mann erstanden, für eine ziemlich bedeutende Summe, von welcher er auch wirklich ein Drittheil baar bezahlte, indem er mich sofort auf einem Pfand-Leihhaus versetzte, und dadurch noch einige Hundert Thaler baar Geld in Händen behielt, ein Geschäft, zu dessen glücklichem Erfolg er sich nicht

genugſam gratuliren konnte. — So befand ich mich denn in dem traurigen Kerker eines Leihhauſes unter tauſend verſchiedenartigen Dingen, welche die Noth und der Leichtſinn hier aufſpeicherten. Ein ganzer traurig langweiliger Tag verging, die Nacht brach ein, und ich glaubte vor Kummer zu vergehen. Da fing die große Glocke des gegenüberliegenden Rathhauſes an Zwölf zu brummen, aber ſo langſam, daß es Eins werden konnte, ehe ſie fertig wurde, und daß Jeder, der nicht darüber einſchlief, viel Zeit verlieren mußte, um zu erfahren, welche Zeit es ſey. Dazwiſchen fuhr eine kleine Tafel-Uhr mit gellender feiner Stimme und ſchlug ihre zwölf Schläge mit der allergrößten Eil. Plötzlich vernahm ich neben mir einen tiefen ächzenden Seufzer, welcher einem alten Lehnſtuhl entfuhr, der hier den Reſt ſeiner Tage zuzubringen beſtimmt ſeyn mochte, obgleich er noch außerordentliche Reſſorts in ſich zu fühlen ſchien.

„Wieder ein Tag verſtrichen, und keine Ausſicht auf Rettung!“ brummte der Veteran und ſchlug die Arme mit mehr Pathos zuſammen, als ich ſonſt bei Lehnſtühlen wahrgenommen.

„Nachbar!“ antwortete in holländiſcher Mundart eine Stimme, die einem großen Limburger Käſe angehörte; „Ihr könnt das Ding ſchon ein Weilchen anſehen, am Ende kommt Ihr doch heraus, und viel-

leicht seyd Ihr dann grade eben so modern als Ihr zur Zeit Ludwig's XV waret. Aber ich, was soll ich sagen!"

Wirklich hatte der betrübte Käse Grund zu klagen, denn der Eigenthümer des Leihhauses hatte die Gewohnheit, alle Morgen um elf Uhr die Interessen des auf denselben geborgten Sümmchens, und zwar nach einem sehr hohen Zinsfuß, herunter zu schneiden.

„Ja!" meinte ein Päckchen weißer Leinwand; „hätte ich mir in meinem Gebirgsdörfchen wohl träumen lassen, hier eingesperrt zu werden? Meine jetzige gnädige Frau kaufte mich zu Wäsche für ihre Kinder. Da kam die letzte Maskerade heran. Der Herr Gemahl war so unvernünftig, kein Geld geben zu wollen, flugs mußte ich hieher. Es ist wahr, die Kinder bekamen nun keine Wäsche, aber die gnädige Frau hatte dafür einen wunderschönen indianischen Anzug, bestehend aus einer Schürze, einem Kopfputz und einem Fächer, Alles von bunten Papagoyen-Federn."

Sehr vergnügt war das Mousselin-Kleid einer vornehmen Dame, dessen Saison hier bald aus war. Denn wie die Königliche Familie von Spanien den Sommer im Escurial, den Winter im Pardo residirt, so wechselte es sich mit den Merino- und Seidenkleidern um die Zeit des Frühlings- und Herbst-Aequinoctiums hier ab. Auch die gelehrte Welt hatte

ihre Repräſentanten in dieſer Verſammlung. Die „Memoiren des Freiherrn von Trenck“ ſtanden in groſſem Anſehen, und „Genz, über die brittiſche Staatsſchuld“ hätte leicht unſern Eigenthümern beweiſen können, daß ſie uns einlöſen müßten. Am meiſten ſchimpften aber die Juwelen, Marabouts und Perlen, welche man verſetzt hatte, um elendes Brod zu ſchaffen. Bald wurde die Unterhaltung ſo allgemein, daß ich mich entſchloß, eine Rede zu halten.

„Theure Gefangenen! und gefangene Theuren!“ rief ich, um durch eine ſo feine Wendung gleich die Aufmerkſamkeit zu gewinnen. Da brummte die zwölfte Stunde der erſten Mai-Nacht ihren letzten Schlag; Alles ſchwieg, erſtarrte regungslos, und auch mir verſiegte die Rede.

Berlin, Druckerei von F. W. Gubitz.

# Anzeigen.

In unserm Verlage sind unter anderen auch folgende Schriften erschienen:

Arndt, A., Die Blume auf Kinnekulle. Anna Reibnitz. Gustav Brahe. Historische Novelle in drei Theilen. Aus dem Schwedischen des G. H. Mellin übersetzt. 1⅔ Thlr.

Arnim, L. Achim v., Nachlaß. Sechs Erzählungen. ⅔ Thlr.

Bellegno, Fr., Reise-Novellen und Erzählungen. 2 Bde. 2⅔ Thlr.

Birch-Pfeiffer, Ch., Romantische Erzählungen. Inhalt: Anna Laminit. Der holländische Kamin. Der Magnat und sein Sohn. Der Kirchhof von San Giovanni. Biondetta. Wie ist das zugegangen? 1⅓ Thlr.

Blätter und Blüthen. Taschenbuch in einem einzigen Jahrgange. Herausgegeben von F. W. Gubitz. Mit zwölf Holzschnitten. 2 Thlr. (Ausgezeichnete Beiträge geschätzter Schriftsteller.)

Brentano, Clemens, Geschichte vom braven Kasperl und dem schönen Annerl. Mit Darstellung der Schluß-Scene. ⅓ Thlr.

— — Die mehreren Wehmüller und ungarischen Nationalgesichter. Erzählung. Zweite Auflage. ⅓ Thlr.

Erzählungen, die Manchem schon gefielen. 1¼ Thlr. Inhalt: Des Menschen Wege sind nicht Gottes Wege. Von Caroline Behrens. — Bellarosa. Von A. v. Tromlitz. — Die Sage von der Teufelsbrücke. Von Bertram. — Ein Mährchen zu seiner Zeit. Erzählt von einem Laien in der Schriftstellerei. — Der goldene Schwan und die weiße Taube. Von dem Verfasser von „Wahl und Führung". — Das

Schloß ohne Treppe. Von E. Karoli. — Paul Marron. Eine Kriminalgeſchichte von Sterwil. — Die Gründung von Herrnhuth. Von E. Karoli.

Friedrich der Große als Begründer von Familienglück. Wahre Begebenheiten in (ſieben) Novellen von Bertram, E. Karoli und A. v. Sartorius. 1½ Thlr.

Fouqué, Friedrich (de la Motte) Baron. Der Menſch des Südens und der Menſch des Nordens. Sendſchreiben in Bezug auf das gleichnamige Werk des Herrn von Bonſtetten an den Freiherrn Alexander von Humboldt. ⅔ Thlr.

Gedichte von Caroline B.....n. Herausgegeben von Wilhelm Schnitter. ¾ Thlr.

Geſtändniſſe eines Rappen, mit Anmerkungen ſeines Kutſchers. ¾ Thlr.

Gubitz, F. W., Erzählungen, Mährchen und Schwänke. Inhalt: Der Stern im Leben. Der Mann mit dem Schlackhute. Vikar Aswee. Die Roſe. Aus Flammthals Leben. Die Hochzeiten. Der Rache-Plan. Die Billets zum Concert der Catalani. Die Verleugnung. Die Urkunde. Ottmar. Der Prozeß. ¾ Thlr.

Hanſen, M. C. und J. M. Thiele, Othar von Bretagne und Bergmannsthal. Erzählungen; aus dem Däniſchen überſetzt von Fr. Lenburg. 1½ Thlr.

Leßmann, Dan., Luiſe von Halling. In Briefen aus Süd-Spanien. 2 Bde. 2¼ Thlr.

— — Die Heidenmühle. Ein Roman. (Das letzte ſeiner Werke.) Zwei Theile. 3 Thlr.

— — Maſtino II. della Scala. Ein Beitrag zur Geſchichte der oberitalieniſchen Staaten im Mittelalter. 1½ Thlr.

— — Nachlaß. 3 Bde. 5 Thlr.

— — Die Schlittenfahrt. Erzählung. 1 Thlr.

— — Das Wanderbuch eines Schwermüthigen. Erſter Theil. Süd-Frankreich. 1⅔ Thlr.

Leßmann, Dan., Das Wanderbuch eines Schwermüthigen. Aus seinen hinterlassenen Papieren fortgesetzt von August Ellrich. Zweiter Theil. Spanien und England. 1⅔ Thlr.

Liederbuch für deutsche Künstler. Mit vielen Melodien und Vignetten. 1⅓ Thlr.

Lorris, Guillaume de, Das Gedicht von der Rose. Aus dem Altfranzösischen übersetzt von Heinr. Fährmann. Mit einem Vorwort eingeführt von Fr. Heinr. v. d. Hagen. 1 Thlr.

Manzoni, Alessandro, Die Verlobten. Roman. Uebersetzt von Dan. Leßmann. 3 Bde. 4 Thlr.

— — Die Verlobten. Uebersetzt von Dan. Leßmann. 5 Bde. (4r und 5r, die Fortsetzung der Verlobten: die Nonne von Monza enthaltend). Wohlfeilere Ausgabe. 4 Thlr. (Diese Ausgabe wird nicht getrennt.)

Musen-Almanach auf das Jahr 1826. Herausgegeben von Julius Curtius. 1 Thlr. — Gedichte von verschiedenen Verfassern und in der mannigfaltigsten Form und mehr als 500 Xenien bilden den Inhalt.

Paoli, Fr., Novellen aus dem modernen Leben. 1 Thlr.

Rebenstein, A., Novellen und Lebensbilder. 1⅓ Thlr. (Sieben Erzählungen.)

Robert, Ludwig, Kassius und Phantasus oder der Paradiesvogel. Eine erzromantische Komödie mit Musik, Tanz, Schicksal und Verwandlungen, in drei großen und drei kleinen Aufzügen, nebst einer empfehlenden Vorrede von dem berühmten Hunde des Aubry. ⅔ Thlr.

Schmidt, Heinrich, Altonaer Bilder. Genre-Bilder und Skizzen. 1 Thlr.

Wedekind, Bertha, Anna Arnold, die Herrnhuterin. — Der Thurmwächter auf St. Petri. Zwei Novellen. 1 Thlr.

Berlin. Vereins-Buchhandlung.